

# PARTE SEGUNDA

## EDAD MEDIA

### LIBRO PRIMERO

#### CAPÍTULO PRIMERO

##### CONQUISTA DE ESPAÑA POR LOS ÁRABES

*De 711 á 713*

La Arabia.—Su clima.—Vida, costumbres, religión de los primitivos árabes.—Nacimiento, educación y predicación de Mahoma.—El Corán.—La Meca; Medina; la Hégira.—Contrariedades y progresos del islamismo.—Muerte de Mahoma.—Sus discípulos y sucesores.—Abubekr.—Conquistas de los musulmanes.—La Siria, la Persia, el Egipto, el África.—Guerras con los berberiscos: son éstos vencidos y se hacen mahometanos.—Muza, gobernador de África.—Pasan los árabes y moros á España.—Sucesos que siguieron á la batalla de Guadalete.—Venida de Muza.—Desavenencias entre Muza y Tarik.—Se posesionan de toda la Península.—Teodomiro y Abdelaziz.—Capitulación de Orihuela.—Muza y Tarik son llamados por el califa á Damasco.—Castigo de Muza.—Conducta de los primeros conquistadores y carácter de la conquista.

¿De dónde procedían estos nuevos conquistadores que invadieron nuestra España, y por qué encadenamiento de sucesos han venido esas gentes á plantar los pendones de una nueva religión en las cúpulas de los templos cristianos españoles? ¿Qué causa los movió á dejar los campos del Yemen, y quién fué ese hombre ó ese genio prodigioso á quien invocan por profeta?

Hay allá en el Asia una vasta península que circundan el mar Rojo y el Océano Indico, entre la Persia, la Etiopia, la Siria y el Egipto: país en que se reúnen, más aún que en España, todos los climas; donde hay comarcas en que la lluvia del cielo está empapando los campos seis meses del año seguidos, y otras en que por años enteros suple á la falta de lluvia un ligerísimo rocío: heladas eminencias, y planicies abrasadas por un sol de fuego: vastísimos desiertos é inmensos arenales sin agua y sin vegetación, donde se tiene por dichoso el viajero que al cabo de algunas jornadas encuentra una palma á cuya sombra se guarece de los ardientes rayos de aquel sol esterilizador, si antes no ha perecido ahogado en un remolino de arena, ó caído en manos de alguna tribu de beduínos, únicos que de aquellos inmensurables yermos han podido hacer una patria movable; y también risueñas campiñas, fertilísimos valles, frondosos y amenos bos-

ques, verdes y abundosos prados, regados por mil arroyos de cristalinas aguas, donde estuvo, dicen, el Edén, el paraíso terrenal criado por Dios para cuna del primer hombre. Este país tan diversamente variado es la Arabia, que Tolomeo y los antiguos geógrafos dividieron en Desierta, Pétreá y Feliz.

Preciábanse los árabes de descender de la tribu de Jectan, cuarto nieto de Sem, hijo de Noé, y también de Ismael, hijo de Abraham y de Agar, y de aquí los nombres de *Agarenos* y de *Ismaelitas*. Los habitantes del Yemen ó Arabia Feliz, y de una parte del desierto, ó labraban sus campos, ó comerciaban con las Indias Orientales, la Persia, la Siria y la Abisinia. Pero los más hacían una vida nómada, vagando en grupos de familias con sus rebaños y plantando sus movibles tiendas allí donde encontraban agua y pastos para sus ganados. Teniendo que ser á un tiempo pastores y guerreros, ejercitábanse y se adiestraban desde jóvenes en el manejo de las armas y del caballo para defender su riqueza pecuaria. Especie de campeones rústicos, los fuertes hacían profesión de defender á los débiles, y montados en caballos ligeros como el viento, protegían las familias y sostenían su agreste libertad y ruda independencia contra toda clase de enemigos. Así resistieron á los más poderosos reyes de Babilonia y de Asiria, del Egipto y de la Persia. Vencidos una vez por Alejandro, pronto bajo sus sucesores recobraron su independencia antigua. Aunque los romanos extendieron sus dominios hasta las regiones septentrionales de la Arabia, nunca fué ésta una provincia de Roma. Defendida la Arabia Feliz por los abrasados arenales de la Desierta, cuando ejércitos extranjeros amenazaban su libertad como en tiempo de Augusto, aquellas tribus errantes aparejaban sus camellos, recogían sus tiendas, cegaban los pozos, se internaban en el desierto, y los invasores, hallándose sin agua y sin víveres, tenían que retroceder si no habían de sucumbir ahogados entre nubes de menuda y ardiente arena y sofocados por la sed sin poder dar alcance á aquellos ligeros y fugitivos hijos del desierto.

Así se defendió por miles de años esta nación belicosa, protegida por los desiertos y los mares, y como aislada del resto del mundo. Pero divididas entre sí sus mismas tribus, no se libertaron de sostener sangrientas guerras intestinas de que fué principal teatro la Arabia Central, y cuyas hazañas suministraron materia á multitud de poesías y cantos nacionales, á que tanto se presta el genio de Oriente.

En los tiempos de su ignorancia, como ellos los llamaban después, aquellas tribus, acampadas en las llanuras, adoraban los astros que les servían de guía en el desierto. Cada tribu daba culto á una constelación, y cada estrella y cada planeta era objeto de una veneración particular. Mas desde los primeros tiempos del cristianismo la religión cristiana había hecho también prosélitos en la Arabia. Cuando los herejes fueron desterrados del imperio de Oriente, refugiáronse muchos en aquella península, especialmente monophysitas y nestorianos. Acogiéronse allí igualmente después de la destrucción de Jerusalén muchos judíos, y el último rey de la raza homeirita se había convertido al judaísmo, lo cual le costó perder la corona y la vida en una batalla. Con esto y con distinguirse los árabes, en árabes primitivos, árabes de la pura raza de Jectan y árabes

mixtos ó descendientes de la posteridad de Ismael, hallábase el país dividido en una confusa multitud de sectas y de cultos, cuando nació Mahoma en la Meca, ciudad de un cantón de la Arabia Feliz, hacia el año 670 de Jesucristo.

Pertenecía la Meca á la tribu de los Coraixitas, que se suponían descendientes en línea recta de Ismael, hijo de Abraham. Gobernábanse por una especie de magistrados nombrados por ellos mismos, que eran al propio tiempo los sacerdotes y guardianes del templo de la Casbah, que decían construído por el mismo Abraham. A los dos años de su nacimiento quedó Mahoma huérfano de su padre Abdallah, el hombre más virtuoso de su tribu. A poco tiempo le siguió al sepulcro su esposa Amina, que dejó á Mahoma por toda herencia cinco camellos y una esclava etíope. El huérfano fué confiado á una nodriza, hasta que le recogió su tío Abutaleb, que hizo con él veces de padre, y le dedicó al comercio, llevándole consigo á todos los mercados. Púsole después en clase de mancebo en casa de Cádija, viuda de un opulento mercader, que prendada del ingenio, de la gracia, de la elocuencia y del noble continente del joven, le ofreció su fortuna y su mano. Tenía entonces Mahoma 25 años, y la que se hizo su esposa 40, y á pesar de la diferencia de edad no quiso Mahoma, dicen los árabes, en todo el tiempo que vivió con ella, usar de la ley que le permitía tener otras mujeres. Dueño ya de una inmensa fortuna, prosiguió algunos años dedicado á la vida mercantil, corriendo las ferias de Bostra, de Damasco, y de otros pueblos aún más lejanos, al frente de sus criados y sus camellos.

No era esta, sin embargo, la ocupación á que Mahoma se sentía llamado. Otros y más elevados eran sus pensamientos. Por espacio de quince años, al regreso de cada viaje, y después de reposar en los brazos de Cádija, retirábase á una gruta del monte Ara á entregarse á sus silenciosas meditaciones. Allí fué donde se le apareció (al decir suyo) una noche el ángel Gabriel con un libro en la mano: «Mahoma, le dijo, tú eres el apóstol de Dios, y yo soy Gabriel.» Su libro estaba hecho: Mahoma comenzaba su misión: de allí salió proclamándose el *Profeta*, el *Enviado de Dios*. *No hay más Dios que Dios*, decía, *y Mahoma es su Profeta*. He aquí su gran principio. Daba á su nueva religión el nombre de *islamismo*, *consagración á Dios*. Proponíase acabar con la anarquía religiosa que reinaba en la Arabia, y principalmente con la idolatría, que había llegado al mayor grado de desconcierto. En sólo el templo de la Casbah se adoraba á más de trescientos ídolos, representados muchos de ellos en ridículas figuras de tigres, de perros, de culebras, de lagartos, y de otros animales inmundos, á los cuales se sacrificaban hombres y niños, y bajo este concepto la religión de Mahoma, que predicaba la unidad de Dios, era un verdadero progreso.

Escaso fué, no obstante, el número de prosélitos que en los primeros años logró hacer Mahoma. Fueron éstos su mujer Cádija, Alí, á quien dió en matrimonio á Fátima, su hija, Abubekr, con cuya hija se casó él cuando murió Cádija, Omar, Zaid y algunos otros. Cuando ya contó con adeptos entusiastas que le ayudaran en la obra de su misión, comenzó á hacer lectura pública de su libro, *Corán* ó *Alcorán*, que significa la lectura. Mas aunque tenía ya su libro acabado, ni le leía ni le revelaba todo de

una vez, sino por páginas sueltas y gradualmente según las escribía y entregaba el ángel Gabriel, recitando en las plazas públicas con aire y voz de hombre inspirado los versos más maravillosos de su Corán, los más á propósito para herir las ardientes imaginaciones orientales, aquellos en que prometía á los buenos y justos la posesión de un paraíso de delicias, de una mansión de deleites, embalsamada de suavísimos aromas y perfumes, donde descansarían en los purísimos senos de hermosísimas huríes que los embriagarían de placer. Pero al paso que con tan seductora doctrina halagaba la sensualidad de aquellas gentes y ganaba secuaces, excitaba más los celos de los Coraixitas, sacerdotes del templo de la Meca, que no podían consentir su predicación que daba al traste con su influjo y sus riquezas. Conjuráronse contra tan peligroso innovador, y pusieron de acuerdo para asesinarle una noche. Fué avisado de ello Mahoma, y burló á los conspiradores fugándose con su discípulo y amigo Abubekr, con el cual llegó felizmente á *Yatreb*, llamada desde entonces *Medinath-at-Nabi*, ciudad del Profeta, y después por excelencia *Medina* (la ciudad). Esta huida memorable fué la que sirvió de cómputo para la cronología de los árabes. Llámala *hégira*, que significa *huída* (1).

Tenía entonces Mahoma 54 años, y era el décimocuarto de su apostolado. Contaba en Medina con partidarios numerosos, y la antigua rivalidad entre Medina y la Meca favoreció los designios del gran reformador. Uniéronse allí muchas familias principales, y los emires ó jefes de las más poderosas tribus. La espada de Dios vino luego en ayuda del Profeta, como decían sus sectarios, y en pocos años logró señalados triunfos contra sus perseguidores los Coraixitas, contra los incrédulos, los idólatras y los judíos. Fuerte y poderoso, púsose á la cabeza de sus fieles, que le siguieron entusiasmados, y acometió la Meca; rindió á los Coraixitas, se apoderó de la ciudad, abatió los ídolos del templo, le purificó y consagró al verdadero culto que él decía. Mahoma fué proclamado sobre la colina de Al-Safah primer jefe y soberano pontífice de los islamitas. Rendida la Meca, todas las tribus de la Arabia se agruparon en derredor de sus estandartes, todas las kabilas se fueron inclinando ante el Corán, y la Persia y la Siria se veían amenazadas del proselitismo. Volvió Mahoma á Medina,

(1) La *hégira* comienza en el primer día de moharren, primer mes del año árabe, que corresponde al 16 de julio de 622 de J. C. Aunque la fuga de Mahoma se verificó el 8 de rabie primera de este año, y su llegada á Medina fué el 16 del mismo mes, los árabes comenzaron á contar su era desde el primer día del año en que tuvo lugar la huida, no del día mismo en que se realizó. Para buscar la relación entre los años árabes y los cristianos, hay que comparar los dos calendarios, comenzando á contar el primero de los árabes por el 16 de julio de 622 de Cristo, teniendo presente que el año arábigo no es solar como el cristiano, sino lunar de 354 días, 8 horas y minutos, y que la diferencia de diez ó once días en un año, viene á ser considerable á la vuelta de un siglo, puesto que 97 años solares equivalen casi á 100 lunares. Estas diferencias no bien conocidas de nuestros antiguos cronistas, dieron ocasión á muchas equivocaciones cronológicas, que han ido desapareciendo desde que se fijaron con la posible exactitud las correspondencias. Hoy tenemos ya tablas bastante minuciosas y exactas.

La huida de Mahoma de la Meca, su patria, es una buena confirmación del proverbio del Evangelio: *Nemo est propheta in patria sua: Nadie es profeta en su patria.*

y entonces fué cuando dispuso la famosa peregrinación á la Meca. Ochenta mil peregrinos le siguieron en aquella célebre expedición: él ejecutó escrupulosamente todas las ceremonias del Corán; dió siete vueltas al rededor del templo de Casbah, besó el ángulo de la misteriosa piedra negra, inmoló sesenta y tres víctimas, tantas como eran los años de su edad, y se rasuró la cabeza: Khaled recogió sus cabellos, á los cuales atribuyó sus victorias posteriores. Hecho todo esto, regresó á Medina, y ya se disponía á llevarse la guerra santa á la Siria y la Persia, cuando le arrebató la muerte hallándose en la casa de su amada Aiesha (1).

¿Quién había de sospechar entonces que la naciente religión de Mahoma había de propagarse por la mitad del globo, y que había de venir no tardando á aclimatarse en la España cristiana por espacio de ocho siglos? Veamos cómo se verificó tan grande é impensado suceso.

Muerto Mahoma sin sucesión, fué nombrado jefe de los creyentes su discípulo Abubekr, el cual levantó el pendón de la guerra en Medina, dispuesto á propagar con las armas la fe del Profeta por todas las naciones. Los moradores de las ciudades y los pastores de las praderas del Yemen y del Hejaz, todos acudieron entusiasmados, y vióse en poco tiempo

(1) Los árabes, en su fanatismo religioso, han llenado de relaciones maravillosas y hasta de anécdotas absurdas toda la vida de Mahoma. Según ellos, á su nacimiento se derramó por el horizonte un resplandor inusitado: el lago de Sawa se secó de repente, y el fuego sagrado de los persas, conservado mil años hacía, se apagó por sí mismo. Cuando Abraham é Israel edificaron el templo de la Meca, un ángel les llevó un jacinto blanco, que con el tiempo se petrificó: un día le tocó con su mano una mujer adúltera, y la piedra mudó de color y se hizo negra. Tocóle á Mahoma enterrar en el templo esta piedra misteriosa, signo de la nueva religión que iba á fundar. Las apariciones del ángel Gabriel fueron frecuentes: él fué quien le enseñó á leer y escribir, el que le infundió la ciencia y le nombró apóstol de Dios, el que le inspiró el Corán. Un día, durmiendo Mahoma en el monte Merva, el ángel Gabriel le despertó con un soplo. A su lado estaba el cuadrúpedo gris Elborak, cuyo galope era más vivo que el relámpago. El ángel echó á volar, y Mahoma le siguió en la famosa yegua. Llegaron á Jerusalén, donde Mahoma halló á Abraham, á Moisés y á Jesús; los saludó, los llamó sus hermanos, y oró con ellos. Desde allí se remontaron ambos viajeros á los cielos: setenta mil ángeles estaban entonando alabanzas á Dios, el cual ordenó á Mahoma las oraciones que había de hacer cada día; de cincuenta que le prescribió diarias, fué rebajando, á ruegos de Mahoma, hasta cinco, que son las que manda el Corán. Después de haber recibido las órdenes de Dios, volvió Mahoma á montar en su veloz yegua Elborak y regresó á la tierra. Por este orden se contaban de él mil ridículas visiones y maravillas.

A pesar del entusiasmo que el impostor supo inspirar á sus adeptos, hubo ocasiones en que sus escándalos estuvieron á punto de hacerle perder toda su autoridad. La ley de su mismo Corán no permitía á los musulmanes tener más de cuatro mujeres. Mahoma, luego que murió su primera esposa Cádija, pasando por encima de su propia ley, tuvo doce á un tiempo y se jactaba de ello. Hizo más: llevó á su lecho á Zainab, estando casada con Zaid, lo cual produjo entre los árabes gravísimo escándalo. «Dios (decía) ha dado á los hombres dos cosas buenas, los perfumes y las mujeres.» A pesar de todo, tuvo astucia y maña para acallar todas las murmuraciones, y logró que la misma Zainab fuese reconocida y saludada por mujer legítima del Profeta. La mayor prueba del ascendiente y prestigio que Mahoma alcanzó sobre los árabes, fué haber conseguido hacerlos renunciar al uso del vino.

Cuando examinemos el Corán, juzgaremos del mérito de Mahoma como legislador, y como reformador religioso.

la ciudad de Medina inundada de una muchedumbre inmensa de voluntarios, desarmados, descalzos y medio desnudos, de flacos y denegridos rostros, pero llenos de fe y de entusiasmo, pidiendo lanzas y cimitarras con que seguir al califa (1) y ayudarle en su santa empresa. Abubekr convirtió aquel entusiasmo en un verdadero vértigo ó frenesí, prometiendo á aquellos hombres la posesión del paraíso en premio de la muerte que recibieran en el campo de batalla peleando por la santa causa de Dios y del Profeta. «Habitaréis, les dijo, oh creyentes, anchos y fresquísimos verjeles, plantados en un suelo de plata y perlas, y variados con colinas de ámbar y esmeralda. El trono del Altísimo cobija aquella mansión de delicias, en la cual seréis amigos de los ángeles y conversaréis con el Profeta mismo. El aire que allí se respira es una especie de bálsamo formado con el aroma del arrayán, del jazmín y del azahar, y con la esencia de otras flores. Frutas blancas y de jugo delicioso penden de los árboles, cuyas hojas y ramas son una labor de menuda filigrana. Las aguas murmuran entre márgenes de metal bruñido..... Allí está la *tuba*, ó el árbol de la felicidad, que plantado en los jardines del Profeta, extiende una de sus ramas hacia la mansión de cada musulmán, cargado de sabrosas frutas que vienen á tocar los labios de los que las apetecen. Cada uno de los creyentes será dueño de alcázares de oro, y poseerá en ellos tiernas doncellas de ojos negros y rasgados y tez alabastrina: sus miradas, más agradables que el iris, no se fijarán sino en vosotros: aquellas huríes nunca se marchitarán, y serán tales sus encantos, tan aromático su aliento y tan dulce el fuego de sus labios, que si Dios permitiera que apareciese la menos hermosa en la región de las estrellas durante la noche, su resplandor, más agradable que el de la aurora, inundaría al mundo entero. El menor de los creyentes tendrá una morada aparte, con setenta y dos mujeres y ochenta mil servidores..... Su oído será regalado con el canto de Israfil, que entre todas las criaturas de Dios es el que tiene la voz más dulce; y campanas de plata pendientes de los árboles, movidas por la suave brisa que saldrá del trono de Allah, entonarán con una melodía divina las alabanzas del Señor. La cimitarra es la llave del paraíso: una noche de centinela es más provechosa que la oración de dos meses: el que perezca en el campo de batalla será elevado al cielo en alas de los ángeles; la sangre que derramen sus venas se convertirá en púrpura, y el olor que exhale sus heridas se difundirá como el del almizele. Pero ¡ay del incrédulo que vacile, que no abrigue en su pecho la verdadera fe, y que desmaye por miedo á los peligros y á las fatigas! No hay palabras para deciros los martirios que sufrirá por los siglos de los siglos en las hogueras del infierno. Marchad á proclamar por el mundo: *No hay Dios sino Dios, y Mahoma es su profeta* (2).»

¿Cómo con tan vivas y halagüeñas imágenes no habían de foguearse los ánimos ya exaltados de aquellos hijos del desierto y las vivas imagi-

(1) Vicario.

(2) En el Corán se hallan estas y otras descripciones de las bellezas y encantos del paraíso, tan propias para halagar el sensualismo oriental, especialmente en las *suras* ó capítulos 18, 25, 28, 38 y 56.

naciones de aquellos fanáticos, ya de por sí propensas á dejarse arrastrar de lo maravilloso? ¿Qué no acómeterían aquellos pobres y desnudos soldados de la fe á trueque de ganar el paraíso? ¿Qué peligros no arrostrarían, qué brechas no asaltarían, qué temor podría infundirles la muerte, cuando en pos de ella les esperaba una mansión de tantas delicias, una embriaguez de bienaventuranza?

Después de esto el califa dió el mando general de las tropas que habían de ir á conquistar la Siria á Yezid ben Abi Sofián: hizo una corta oración á Dios para que auxiliase á los suyos, y dirigiéndose á Yezid, escuchando todos con el más profundo silencio: «Yezid, le dijo en alta y sonora voz, á tus cuidados confío la ejecución de esta santa guerra: á tí te encomiendo el mando y dirección de nuestro ejército: ni le tiranices ni le trates con dureza ni altivez: mira que todos son musulmanes: no olvides que te acompañan caudillos prudentes y bravos; consúltales cuando se ofrezca; no presumas demasiado de tu opinión, aprovecha sus consejos, y cuida de obrar siempre sin precipitación, sin temeridad, con reflexión y prudencia; sé justo con todos, porque el que no ama la equidad y la justicia, no prosperará.»

En seguida, dirigiéndose á las tropas, les habló de esta suerte: «Cuando encontréis á vuestros enemigos en las batallas, portaos como buenos musulmanes, y mostraos dignos descendientes de Ismael: en el orden y disposición de los ejércitos y en las lides, seguid vuestros estandartes, seguid á vuestros jefes y obedecedles. Jamás cedáis ni volváis la espalda al enemigo; acordaos que combatís por la causa de Dios; no os muevan otros viles deseos; así no temáis jamás arrojaros á la pelea, y no os asuste el número de vuestros adversarios. Si Dios os da la victoria, no abuséis de ella, ni tiñáis vuestras espadas con la sangre de los rendidos, de los niños, de las mujeres y de los débiles ancianos. En las invasiones y correrías, no destruyáis los árboles, ni cortéis las palmeras, ni abatáis los verjeles, ni asoléis sus campos ni sus casas; tomad de ellos y de sus ganados lo que os haga falta. No destruyáis nada sin necesidad, ocupad las ciudades y las fortalezas, y arrasad aquellas que puedan servir de asilo á vuestros enemigos. Tratad con piedad á los abatidos y humildes; Dios usará de la misma misericordia con vosotros. Oprimid á los soberbios, á los rebeldes y á los que sean traidores á vuestras condiciones y convenios. No empleéis ni doblez ni falsía en vuestros tratos con los enemigos, y sed siempre para con ellos fieles, leales y nobles; cumplid religiosamente vuestras palabras y vuestras promesas. No turbéis el reposo de los monjes y solitarios, y no destruyáis sus moradas; pero tratad con un rigor á muerte á los enemigos que con las armas en la mano resistan á las condiciones que nosotros les impongamos (1).»

Después de estas arengas, en que se revela el genio musulmíco, y el carácter á la vez pontifical, militar y político de los califas, que desde la

(1) Conde, *Historia de la Dominación de los árabes en España*, part. I, cap. III. A ser ciertas estas arengas, probarían verdaderamente una ilustración y un espíritu de humanidad y de templanza, que sería de desear en muchos caudillos militares de los pueblos civilizados y de los siglos modernos. Por lo menos descubren no poca política de parte de aquellos conquistadores.

Meca y Medina dirigían las conquistas y los ejércitos, ordenó Abubekr que la mitad de sus tropas marchase á la Siria, y la otra mitad al mando de Khaled ben Walid hacia los confines de la Persia. ¿Quién será capaz de detener estos torrentes, que se creen impulsados por la mano de Dios, ni qué imperio podrá resistir al sople del huracán del desierto? Las ciudades de la Siria se rinden á la impetuosidad de los ejércitos musulmanes: Bostra, Tadmor, Damasco, dan entrada á los sectarios y á los estandartes del Profeta. Si alguno recibe la muerte, su jefe le señala el camino del paraíso, y una sonrisa de anticipada felicidad acompaña su último suspiro. Khaled, el más intrépido de los jinetes árabes, llamado la *Espada de Dios*, lleva delante de sí el terror, y no encuentra quien resista el impulso de su brazo. La Persia sucumbe á la energía religiosa de los hijos de Ismael. Abubekr muere, y le sucede Omar. Bajo Omar el torrente se dirige hacia el Egipto; la enseña musulmática tremola en los muros de Alejandría y de Menfis; los árabes del desierto reposan á la sombra de las pirámides. Pero estos soldados misioneros no pueden detenerse: un sople que parece venir de Dios los empuja, los hace arrastrar tras sí á sus jefes más bien que ser regidos por ellos: el verdadero jefe que los manda es el fanatismo; es Dios, dicen ellos, el que da impulso á nuestros brazos, y el que afila el corte de nuestras espadas; es el Profeta el que nos lleva por la mano á la victoria; si morimos, gozaremos más pronto de Dios y del paraíso, hablaremos con el Profeta; y nos acariciarán las huríes que no envejecen nunca. ¿Quién puede vencer á un ejército que pelea con esta fe?

Del Egipto el torrente se desborda de nuevo. ¿Qué dique podrá oponerle el África, devastada por los vándalos, sometida por Belisario, y arruinada y empobrecida por la tiranía de los emperadores griegos? Desde las llanuras de Egipto hasta Ceuta y Tánger, desde el Nilo hasta el Atlántico, había una línea de poblaciones, poderosas y florecientes en otro tiempo, yermas y pobres ahora. Berenice, la ciudad de las Hespérides; Cirene, la antigua rival de Cartago; Cartago, la ciudad de Aníbal y de Escipión; Utica é Hipona, las ciudades de Catón y de San Agustín; todas las poblaciones de las dos Mauritánias, teatro sucesivo de las conquistas de los cartagineses, de los romanos, de los vándalos, de los godos y de los griegos, se someten á las armas de ese pueblo nuevo, poco antes ó desconocido ó despreciado. Sólo los moros agrestes, aquellas hordas salvajes que, ó bien apacentaban ganados en las llanuras siendo el azote de los aduares agrícolas, ó bien vivían entre sierras y breñas disputando sus pieles á las fieras de los bosques, fueron los que opusieron á los árabes invasores una resistencia ruda y porfiada. Pero la política, la astucia y la perseverancia de los agarenos triunfaron al fin de todos los esfuerzos de los berberiscos. En medio del desierto y á unas treinta leguas de Cartago fundaron la ciudad de Cairwan, que unos suponen poblada por Okbah y otros por Merwan. El intrépido caudillo Okbah, después de haber penetrado por el desierto en que se levantaron más adelante Fez y Marruecos, cuéntase que detenido por la barrera del Océano, hizo entrar su caballo hasta el pecho en las aguas del mar, y exclamó: «Allah! ¡Oh Dios! Si la profundidad de estos mares no me contuviese, yo iría hasta el fin del mundo á predicar la unidad de tu santo nombre y las sagradas doctrinas del Islam!»



A principios del octavo siglo fué encargado Muza ben Nosseir, el futuro conquistador de España, de la reducción completa de Al-Magreb, ó tierra de Occidente, que así llamaban entonces los árabes al África entera por su posición relativamente á la Arabia. Muza llenó cumplidamente su misión; y el undécimo califa de Damasco, Al Walid, le dió el título de walf con el gobierno supremo de toda el África Septentrional (1). Muza logró con la persuasión y la dulzura mitigar la ruda fiereza de los moros; y las tribus mazamudas, zanhegas, ketamas, howaras y otras de las más antiguas y poderosas de aquellas comarcas, fueron convirtiéndose al islamismo y abrazando la ley del Corán. Llegaron los árabes á persuadirlos de la identidad de su origen, y los moros se hicieron musulmanes como sus conquistadores, llegando á formar como un solo pueblo bajo el nombre común de sarracenos (2).

En tal estado se hallaban las cosas en Africa en 711, cuando ocurrieron en España los sucesos que en el capítulo octavo de nuestro libro IV dejamos referidos. Estaba demasiado inmediata la tempestad y soplabla el huracán demasiado cerca para que pudiera libertarse de sufrir su azote nuestra Península. Los desmanes de Rodrigo, las discordias de los hispanogodos, y la traición de Julián, fueron sobrados incentivos para que Muza, jefe de un pueblo belicoso, ardiente, victorioso, lleno de entusiasmo y de fe, resolviera la conquista de España. De aquí la expedición de Tarik y la tristemente famosa batalla de Guadalete que conocemos ya, y en la cual suspendimos nuestra narración, para dar mejor á conocer el pueblo que concluía y el pueblo que venía á reemplazarle.

La fama del vencedor de Guadalete corría por Africa de boca en boca. Picóle á Muza la envidia de las glorias de su lugarteniente, y temiendo que acabara de eclipsar la suya, resolvió él mismo pasar á España. Por eso al comunicar al califa el triunfo del Guadalete calló el nombre del vencedor, como si quisiera atribuirse á sí mismo el mérito de tan venturosa jornada, y dió orden á Tarik para que suspendiera todo movimiento hasta que llegara él con refuerzos, á fin de que no se malograra lo que hasta entonces se había ganado. Comprendió el sagaz moro toda la significación de tan intempestivo mandato, mas no queriendo aparecer desobediente, reunió consejo de oficiales, y les informó de la orden del walf, manifestando que se sometería á la deliberación que el consejo adoptase. Todos

(1) Los califas sucesores de Mahoma hasta la conquista de España fueron Abubekr, Omán, Othmán y Alí, que residieron en la Meca y Medina desde 632 hasta 660. Hacia el fin del reinado de Alí, Moaviah ben Abi Sofián, de la casa de Ommiyah, walf de Siria, con pretexto de vengar la muerte de Othmán, le disputó el poder, y se siguió una guerra civil. A la muerte de Alí le sucedió su hijo Hassán en el Hejaz, pero Moaviah tomó el título de califa de Damasco, y fué el origen de los *Ommiadas* que después habían de fundar un imperio en España. Siguiéronle Yezid I, Moaviah II, Merwán, Abdelmelek y Walid, sexto de los Ommiadas, en cuyo califato fué conquistada España.

(2) Derivan algunos el nombre de *sarracenos* de *Sara*, una de las mujeres de Abraham, lo cual se opone á la genealogía que se dan ellos mismos. Otros de *Sharac*, que significa oriental, que puede ser más probable, y otros también de *Sahara*, gran desierto, que no deja de ser verosímil.

unánimemente opinaron por proseguir y acelerar la conquista, aprovechando el terror que se había apoderado de los godos, y no dando lugar á que pudieran reponerse de la sorpresa, y Tarik aparentó ceder á una deliberación que ya esperaba y que él mismo había buscado. Ordenó, pues, sus haces para la campaña; hizo alarde de sus huestes; nombró caudillos, otorgó premios y arengó á sus soldados, recomendándoles, según costumbre de los musulmanes, que no ofendiesen á los pueblos y vecinos pacíficos y desarmados, que respetaran los ritos y costumbres de los vencidos y que sólo hostilizaran á los enemigos armados (1).

Con esto dividió su ejército en tres cuerpos: el primero bajo la dirección de Mugueiz *el Rumi* fué enviado á Córdoba; el segundo al mando de Zaide ben Kesadi recibió orden de marchar á Málaga; y el tercero, guiado por él mismo, partió al interior del reino por Jaén á Tolaitola, que así llamaban ellos la ciudad de Toledo.

Muza por su parte, resuelto á venir á España, organizó sus tropas, en número de diez mil caballos y ocho mil infantes; arregló las cosas de Africa, dejó en ella de gobernador á su hijo Abdelaziz, y trayendo consigo á otros dos hijos menores, Abdelola y Meruán, con algunos jóvenes coraitas, y varios árabes ilustres, pasó el estrecho y desembarcó en Algeciras en la luna de Regeb del año 93 (712). Allí supo con indignación y despecho que Tarik, desobedeciendo sus órdenes, proseguía la conquista. Desde entonces concibió el proyecto de perderle tan pronto como hallase oportuna ocasión.

Entretanto la primera hueste de Tarik, al mando de Zaide, tomó á Écija, no sin resistencia; le impuso un tributo, encomendó la guarnición de la plaza á los judíos, dejando también algunos árabes; se posesionó después, sin dificultad, de Málaga y Elvira, armó también á los judíos, procuró inspirar confianza á los pueblos y marchó á incorporarse en Jaén con la división de Tarik. El segundo cuerpo, regido por Mugueiz *el Rumi* (el romano), acampó delante de Córdoba, é intimó la rendición bajo condiciones no muy duras. Los godos que defendían la ciudad negáronse á admitirlas. Entonces informado Mugueiz por un pastor de la poca gente de armas que la ciudad encerraba, y también de que el muro tenía un punto de fácil acceso por la parte del río, dispuso en una noche tempestuosa y de lluvia pasar el río á la cabeza de mil jinetes que llevaban á la grupa otros tantos peones. El pastor que les servía de guía los condujo sin ser sentidos al lugar flaco de la muralla. Las ramas de una enorme higuera, que al pie de ella crecía, sirvieron á un árabe para escalarla, y el turbante desplegado de Mugueiz sirvió á otros para subir á lo alto del muro. Cuando ya hubo sobre el adarve el número suficiente, degollaron los centinelas, abrieron la puerta inmediata, y entraron todos los sarracenos en la ciudad derramando en ella el terror con sus gritos y alaridos. El gobernador y unos cuatrocientos hombres se refugiaron en un templo bastante fortificado, donde se defendieron por algunos días obstinadamente, hasta que Mugueiz mandó aplicarle fuego, y perecieron todos,

(1) Conde, *Dominación*, etc., part. I, cap. XI. Ahmed Al Makari, lib. IV, cap. I. —Al Khatib, y Ben Hazil, en Casiri, tom. II.

quedándole al templo el nombre de *iglesia de la Hoguera*. Dueño el *Rumí* de la plaza, tomó rehenes á su arbitrio, confió una parte de su guarnición á los israelitas, dejó el gobierno de la ciudad á los más principales de ella, y partió con su ejército á correr la comarca, llenando de asombro el país con su maravillosa actividad y rápidos movimientos.

Mientras Mugueiz se enseñoreaba de Córdoba, los dos ejércitos reunidos de Tarik y Zaide avanzaban hacia Toledo. Pronto estuvieron delante de la corte de los visigodos, porque la noticia del suceso de Guadalete, la fama del valor y la ligereza de la caballería árabe, y hasta la vista de los turbantes musulmicos, todo había difundido el pavor en las poblaciones, los nobles y el clero huían despavoridos, las reliquias de los soldados godos andaban dispersas, y las familias abandonaban sus hogares á la aproximación de los invasores. Lo mismo había sucedido en Toledo. Aunque la posición de la ciudad la hacía á propósito para la defensa, fuese terror, flaqueza, falta de provisiones, escasez de guarnición, ó todo junto, los toledanos pidieron capitulación. Tarik recibió á los parlamentarios con firmeza y bondad, y concertóse la rendición, á condición de entregar todas las armas y caballos que hubiese en la ciudad, que los que quisiesen abandonarla pudieran hacerlo dejando todos sus bienes, que los que quedaran serían respetados en sus personas é intereses, sujetos sólo á un moderado tributo, con el libre ejercicio y goce de su religión y de sus templos, mas sin poder edificar otros sin permiso del gobierno, ni hacer procesiones públicas, y, por último, que se regirían por sus propias leyes y jueces, pero que no impedirían ni castigarían á los que quisiesen hacerse musulmanes. Con estas condiciones se abrió á Tarik la ciudad de Toledo; eran casi las mismas que imponían á todas las ciudades.

El caudillo moro se hospedó en el suntuoso palacio de los monarcas visigodos, donde halló, dicen, muchos tesoros y preciosidades, entre ellos veinticinco coronas de oro guarnecidas de jacintos y otras piedras preciosas y raras, porque veinticinco, dicen estos autores, eran los reyes godos que había habido en España, y era costumbre que cada uno á su muerte dejara depositada una corona en que escribía su nombre, su edad y los años que había reinado (1). Veamos lo que hacía entretanto Muza.

Determinado Muza á continuar la conquista de España por las partes en que no hubiera estado Tarik, tomó guías fieles (que dicen las historias arábicas que nunca le engañaron), y recorrió el condado de Niebla apoderándose de varias ciudades, y mientras algunos cuerpos de caballería berberisca discurrían por las vecinas comarcas, detúvose él delante de Sevilla, cuya ciudad capituló después de un mes de resistencia. Muza entró en ella triunfante, tomó rehenes, y encomendando la custodia de la ciudad al caudillo Isa ben Abdila, pasó á Lusitania, donde tampoco halló resistencia de consideración, y vino á acampar delante de Mérida. A la vista

(1) Isidor. Pacens. Chron.—Roder. Tolet. *de Reb. Hisp.*—Conde, capítulo XII.—Al Makari, lib. IV. En cuanto á haberse hallado en el palacio de Toledo algunas coronas, pudo muy bien suceder; pero no es tan verosímil que fuesen veinticinco, puesto que desde Leovigildo, primer rey godo de quien se sabe que usara corona, hasta Rodrigo, apenas pueden contarse diez y siete reyes.

de esta ciudad, dicen los historiadores árabes que se sorprendió el viejo musulmán de su grandiosidad y magnificencia, y exclamó: «¡Dichoso el que pudiera hacerse dueño de tan soberbia ciudad!» Desde luego reconoció Muza la dificultad de reducirla y confirmóle en ello la altiva respuesta que recibió á su primera intimación. Tanto que desesperanzado de rendirla con las fuerzas que acaudillaba, mandó á su hijo Abdelaziz que de Africa viniese en su ayuda con cuanta gente de armas allegar pudiera. Cada día se empeñaba un combate entre sitiadores y sitiados: los mejores oficiales árabes iban pereciendo: Muza discurrió lograr por medio de un ardid lo que por la fuerza veía serle imposible. Escondió de noche gran parte de su gente en una caverna. A la alborada de la mañana siguiente presentóse Muza como de costumbre á atacar la ciudad; los cristianos salieron á rechazarlos; los árabes fingieron retirarse dejándose perseguir hasta la celada, y creyendo los cristianos aquella huída obra de su bravura y esfuerzo, llegaron hasta más allá de la gruta; salieron entonces los emboscados, y se trabó una reñida y brava pelea que duró muchas horas: acometidos los cristianos de frente y de espalda, después de pelear valerosamente y vender caras sus vidas, fueron la mayor parte degollados. Pronto vengaron el ultraje, pues á pocos días, habiéndose apoderado los árabes de una de las torres de la ciudad, asaltáronla los españoles tan denodadamente, que ni uno solo de los musulmanes que la defendían quedó vivo. Llamaron desde entonces los árabes á aquella torre la *Torre de los Mártires*.

Pero he aquí que á este tiempo llega el joven Abdelaziz de Africa con siete mil caballos y cinco mil ballesteros berberíes. Viendo los meridianos acrecentado el campo de los árabes con tan poderoso refuerzo, escasos ya de guarnición y de provisiones, determinaron pedir capitulación. El viejo walí recibió á los mensajeros en su tienda, y acordó con ellos las bases del convenio. Muza acostumbraba á teñir su blanca barba, lo que dió ocasión á que en el segundo recibimiento que hizo al siguiente día á los diputados de Mérida, se sorprendieran éstos de hallarle como rejuvenecido. Duras fueron las condiciones que les impuso Muza; la entrega de todas las armas y caballos, de los bienes de los que habían huído, de los que se retirasen de la ciudad, de los muertos en la celada, las alhajas y riquezas de los templos, la mitad de las iglesias para convertirlas en mezquitas, y por rehenes las más ilustres familias que se habían refugiado allí después de la batalla de Jerez, entre las cuales se hallaba la reina Egilona, viuda de Rodrigo. Muza hizo su entrada triunfal en Mérida el 11 de julio de 712, el día de Alfitra ó de la Pascua que termina el Ramadán (1).

Tarik desde Toledo hizo una excursión por los pueblos de lo que forma hoy el territorio de las dos Castillas, de donde, noticioso de que Muza se encaminaba desde Mérida á la antigua corte de los godos, regresó á Toledo cargado de ricos despojos, entre ellos la célebre y preciosa mesa llamada de Salomón, guarnecida de jacintos y esmeraldas (2). Desde allí salió á recibirle á Talavera (Medina Talbera); y conociendo las desfavorables dis-

(1) Conde, cap. XIII.—Lucas Tud. Chron.

(2) Don Rodrigo de Toledo se extiende en muchos pormenores acerca de esta famosa mesa: supónese que fué hallada en Medinaceli, aunque no todos convienen en ello: otros creen que fué en la antigua Complutum: Dunhan lo califica de cuento árabe:

posiciones que para con él traería, llevó consigo algunas preciosas joyas que ofrecer á Muza, con las cuales esperaba templar su enojo. Tan luego como el vencedor de Guadalete vió al anciano walí, apeóse respetuosamente de su caballo. La entrevista fué fría y severa. «¿Por qué no has obedecido mis órdenes? le preguntó Muza con altivez.—Porque así lo acordó el consejo de guerra, le respondió Tarik, á fin de no dar tiempo á los enemigos para reponerse de su derrota, y porque así creía servir mejor la causa del Islam.» Y presentóle las alhajas que llevaba, y que el codicioso Muza aceptó. Pasaron luego juntos á Toledo. Allí, en presencia de todos los caudillos, preguntó Muza á Tarik dónde estaba la preciosa mesa verde de *Sulemain*. Presentósele el africano, pero falta de un pie, que de intento le había hecho quitar, ya veremos con qué singular previsión, diciendo, no obstante, que en tal estado había sido hallada. El término de estas conferencias fué la destitución de Tarik en nombre del califa, nombrando en su lugar á Mugeiz el Rumí, el cual tuvo la generosa valentía de constituirse en defensor del exonerado caudillo, pero sin poder evitar el que fuese reducido á prisión. Estas reyertas de los dos jefes dejaron hondas huellas de división entre las dos razas de árabes y africanos, como en el discurso de la historia habremos de ver.

En este tiempo, el joven Abdelaziz, que de orden de su padre había ido á Sevilla á sosegar un motín popular que contra la guarnición musulmana había estallado, pacificado que hubo la ciudad, salió hacia la costa del Mediterráneo, defendida por el cristiano Teodomiro (llamado por los árabes Tadmír), el mismo que había intentado rechazar la primera invasión de los árabes, y que después había hecho proezas en la batalla de Guadalete. Retirado allí con las reliquias del destrozado ejército godo, había sido proclamado rey de aquella tierra. Llevaba Abdelaziz á sus órdenes varios jóvenes entusiastas de las más nobles familias árabes, entre ellos Otmán, Edris y Abulcacín. Noticioso Teodomiro de la aproximación de Abdelaziz, apostóse con su gente en los desfiladeros de Cazlóna y Segura, con ánimo de hostilizar al enemigo desde aquellas asperezas, sin exponer sus mal pertrechados soldados al rudo empuje de los lanceros árabes. Pero Abdelaziz combinó tan diestramente sus movimientos, que obligó á los españoles á replegarse á la provincia de Murcia. Persiguiéronles los escuadrones musulmanes hasta las áridas campiñas de Lorca, donde los lancearon y acuchillaron. Teodomiro se encerró con muy pocos en Orihuela, en cuyas puertas se presentó en seguida Abdelaziz. Grande fué la sorpresa de éste al ver las murallas coronadas de muchedumbre de guerreros. Preparábase, no obstante, á dar el asalto, cuando vió salir de la ciudad un gallardo mancebo, que dirigiéndose á él, solicitaba hablarle en nombre del caudillo godo. El árabe le admite en su tienda, y escucha con la mayor cortesanía las proposiciones de paz del caballero cristiano, y en esta célebre entrevista se ajusta un convenio que original nos ha conservado la historia, y que es uno de los documentos más curiosos de esta época. He aquí su contexto:

---

el historiador inglés propende á hacer casi siempre la misma calificación de todo suceso que tenga algo de extraño ó de dramático.

«En el nombre de Dios, clemente y misericordioso: rescripto de Abdelaziz, hijo de Muza, para *Tadmir ben Gobdos* (Teodomiro hijo de los godos): séale otorgada la paz, y sea para él una estipulación y un pacto de Dios y de su Profeta, á saber: que no se le hará guerra ni á él ni á los suyos: que no se le desposeerá ni alejará de su reino: que los fieles (así se nombraban á sí mismos los árabes), no matarán, ni cautivarán, ni separarán de los cristianos sus hijos ni sus mujeres, ni les harán violencia en lo que toca á su ley (su religión); que no serán incendiados sus templos; sin otras obligaciones de su parte que las aquí estipuladas. Entiéndase que Teodomiro ejercerá pacíficamente su poder en las siete ciudades siguientes: Auriola (Orihuela), Balentila (Valencia), Lecant (Alicante), Mula, Biscaret, Aspis y Lurcat (Lorca): que él no tomará las nuestras, ni auxiliará ni dará asilo á nuestros enemigos, ni nos ocultará sus proyectos: que él y los suyos pagarán un dinhar ó áureo por cabeza cada año, cuatro medidas de trigo, cuatro de cebada, cuatro de mosto, cuatro de vinagre, cuatro de miel y cuatro de aceite: los siervos ó pecheros pagarán la mitad.—Fecho el 4 de redjeb del año 94 de la hégira (abril de 713). Signaron el presente rescripto Otmán ben Abi Abdah, Habib ben Abi Obeida, Edris ben Maicera, y Abulcacín el Mozeli.»

Concluído el tratado, y manifestando Abdelaziz deseos de conocer á Teodomiro, el caballero cristiano se descubrió al joven árabe; era él, el mismo Teodomiro en persona. Sorprendió á los árabes tan impensado descubrimiento, celebráronlo mucho, y diéronle un banquete, en que comieron los dos caudillos juntos como si hubieran sido amigos toda la vida. Al día siguiente entraron Abdelaziz y Otmán en Orihuela con la gente más vistosamente ataviada, y preguntando á Teodomiro dónde estaban aquellos tantos guerreros que el día anterior coronaban los muros de la ciudad, tuvieron que admirar una nueva estratagemata y ardid del caudillo cristiano. Aquellos soldados, pertrechados de cascos y lanzas, que habían visto sobre los muros, eran mujeres que Teodomiro había hecho vestir de guerreros; sus cabellos los habían dispuesto de manera que imitaran la barba larga de los godos. Aplaudieron los árabes la ingeniosa ocurrencia, riéronse de su mismo engaño, y todo contribuyó á que se entablara una especie de confraternidad entre Teodomiro y el hijo de Muza (1).

Pacificada toda la tierra de Murcia y Valencia, Abdelaziz retrocedió á las comarcas de Sierra Segura, descendió á Baza, ocupó á Guadix y á Jaén, tomó á Granada (Garnathat), colonia judía y arrabal de la antigua Illiberis (Elvira), entró en Antequera, y prosiguió á Málaga sin hallar resistencia, y dejando en las ciudades judíos y árabes de guarnición.

A este tiempo recibió Muza órdenes del califa, preceptuándole devolver á Tarik el mando de las tropas que tan gloriosamente había conducido, diciéndole que no inutilizase una de las mejores espadas del Islam. Muza obedeció, aunque bien á pesar suyo, pero con gran contento de los musulmes. Fingió, no obstante, una reconciliación sincera, y concertóse que Tarik con sus tropas marchase al Oriente de España, mientras él con las suyas se dirigía á reducir las regiones del Norte. Tarik recorrió el Sur

(1) Isid. Fac. Chron. 38.—Roder. Tolet. *de Reb. Hisp.*—Conde, capítulo xv.

y el Este de Toledo, la Mancha, la Alcarria, Cuenca, y descendió á las vegas y campos del Ebro hasta Tortosa. Muza tomó hacia Salamanca y Astorga, que se le rindieron sin resistencia, y volviendo y remontando el curso del Duero, haciendo después una conversión hacia el Ebro, vino á incorporarse con el ejército de Tarik, que sitiaba ya á Zaragoza (Medina Saracusta). Obstinada resistencia había encontrado Tarik en Zaragoza, pero la llegada de Muza, coincidiendo con el apuro de víveres de la plaza, desalentó á los sitiados, y fué causa de que se propusiese su entrega bajo las condiciones ordinarias. Muza, valiéndose de la ocasión y dejándose llevar de la codicia, impuso á los habitantes de Zaragoza una contribución extraordinaria de guerra, para cuya satisfacción tuvieron que vender sus alhajas y las joyas de los templos. Muza tomó en rehenes la más escogida juventud, y dejando el gobierno de la ciudad á Hanax ben Abdala, que luego edificó allí una suntuosa mezquita, prosiguió sometiendo el Aragón y Cataluña. Huesca, Lérida, Barcelona, Gerona, Ampurias, todas fueron reducidas á la obediencia del Islam. De allí volvió y enderezóse á Galicia por Astorga, entró en la Lusitania, y en todas partes fué recogiendo riquezas que no repartía con nadie.

Tarik, por el contrario, siguiendo otra ruta, y encaminándose por Tortosa á Murviedro, Valencia, Játiva y Denia hasta los límites del pequeño reino de Teodomiro, observaba también muy opuesto comportamiento. Trataba á los pueblos con dulzura, partía con sus soldados los despojos de la guerra, y con mucha escrupulosidad reservaba el quinto de todo el botín para el califa. Comunicaba á éste directamente sus operaciones sin entenderse con Muza. Éste por su parte no perdía ocasión de desacreditar á su rival para con el califa, ponderándole su espíritu de insubordinación y sus prodigalidades.

Estos enconos de parte de los dos conquistadores fueron causa de que el califa de Damasco escribiera á ambos mandándoles comparecer á su presencia, dejando el gobierno de España encomendado á personas de confianza. Tarik obedeció al momento: Muza lo hizo con más repugnancia, mas al fin, después de haber nombrado á su hijo Abdelaziz walí ó gobernador en jefe de España, partió con los despojos de sus felices expediciones, con la famosa mesa verde, y con inmensa cantidad de oro y pedrería. Pasó el Estrecho, y atravesó el Magreb, primer teatro de sus campañas y de sus glorias. En su comitiva iban cuatrocientos jóvenes de las familias godas más ilustres, que tomó para que sirvieran de ostentación á su marcha triunfal, y con este aparato fué costeando el litoral de África.

Tarik había llegado antes que él á Damasco, y expuesto ante el califa sencillamente y con lealtad su conducta. Cuando llegó Muza, Walid se hallaba gravemente enfermo; Suleiman, su hermano, designado para sucederle, hizo comparecer á los dos rivales. La historia de esta entrevista es de un género enteramente oriental. Muza creyó adquirir gran mérito á los ojos del califa presentándole la célebre mesa de oro y esmeraldas. «Emir de los creyentes, dijo entonces Tarik, esa mesa soy yo quien la ha encontrado.—He sido yo, replicó Muza, este hombre es un impostor.—Preguntadle, repuso Tarik, qué se ha hecho el pie que falta á la mesa.—

Estaba así cuando se encontró, respondió Muza.—Emir de los fieles, exclamó Tarik, ahora juzgarás de la veracidad de Muza.»

Y sacando el pie de la mesa que llevaba escondido, le presentó al califa, el cual quedó convencido de que era Muza el verdadero calumniador. Y como ya deseaba tomar severa satisfacción de su conducta, le castigó teniéndole un día entero expuesto á un sol abrasador, haciéndole azotar y condenándole á una multa de cien mil mitcales, que Rasis y Ebn Kalkan hacen subir á doscientos mil. Así pagó el conquistador de Africa y de España la envidia y rencor con que había perseguido á Tarik.

Quedó, pues, sometida la España á las armas sarracenas. Rápida, breve, veloz fué la conquista. Lo que costó á los poderosos romanos siglos enteros de porfiada lucha, lo hicieron los árabes en menos de dos años. Diestros, polífticos, activos, valerosos y entendidos capitanes eran los jefes de la conquista. El estupor se había apoderado de los españoles después del desastre de Guadalete, y no les dieron tiempo para recobrarle. El principio religioso, único que hubiera podido realentar los abatidos ánimos, tuvieron los conquistadores la política de aparentar por lo menos que le respetaban, dejando á los vencidos el libre ejercicio de su culto. Sin perjuicio de juzgar más adelante la conducta de estos primeros invasores, obsérvase desde luego que no fué ni tan ruda, ni tan cruel, ni tan bárbara como nos la pintaron nuestros antiguos cronistas, impresionados por las calamidades inherentes á tan brusca invasión, y como guiados por ellos la han representado después otros historiadores. A ser auténticas, como no se duda ya, las capitulaciones de Córdoba, de Toledo, de Mérida, de Orihuela, y aún la de Zaragoza, revélase en ellas más la política de un proselitismo religioso que el afán de exterminio, y algunas de sus condiciones fueron más humanitarias de lo que podía esperarse de un pueblo invasor que ocupaba por conquista un país donde hallaba diferente religión y distintos hábitos y costumbres: creemos que en este punto no puede compararse la conducta de los árabes á la de los romanos y godos; si bien se comprende también que á nadie tanto como á los conquistadores convenía, pocos como eran, no exasperar á una nación grande y vasta, que aunque amilanada entonces, hubiera podido en un arranque de cólera serles terrible (1).

Veamos cómo se condujeron los que sucedieron á Tarik y á Muza en el gobierno de España (2).

(1) Después de leer las crónicas cristianas y árabes, nos quedamos sin saber con certeza qué fué del conde Julián, del obispo Oppas y de los demás parientes de Witiza, ó causadores ó cómplices de la pérdida de España. Los unos suponen al conde Julián alentando á Tarik en el consejo de oficiales á que se apresurara á apoderarse de Toledo, los otros le hacen servir de guía á Muza desde su desembarco y en casi toda la expedición: otros, y son los más, guardan profundo silencio. El Pacense dice que Muza condenó á muerte á varios nobles de Toledo por causa de Oppas que se había fugado de la ciudad: *per Oppam.... a Toletum fugam arripientem*: lo cual probaría que los árabes no habían correspondido muy bien con los mismos que les invitaron ó auxiliaron en la empresa de la conquista.

De todos modos la suerte de la familia de Witiza ha quedado envuelta en bastante misterio.

(2) Fuera largo enumerar las inexactitudes que cometió Mariana, privado de



## CAPÍTULO II

## GOBIERNO DE LOS PRIMEROS EMIRES

*De 713 á 732*

Abdelaziz.—Regulariza la administración de España.—Su tolerancia con los cristianos.—Cásase con la reina viuda de Rodrigo.—Hácese sospechoso á los musulmanes.—Muere asesinado de orden del califa de Damasco.—Breve y justo gobierno de Ayub.—Traslada el asiento del gobierno de Sevilla á Córdoba.—El Horr.—Primera invasión de los árabes en la Galia.—Toma de Narbona.—Es depuesto El Horr por sus exacciones.—Alzama.—Hace una estadística de España.—Es derrotado en Tolosa de Francia.—Prudente y equitativo gobierno de Ambiza.—Conquista toda la Septimania.—Otros emires de España.—Castigo de sus tiranías.—Abderramán.—Rebelión de Munuza y su término.—Famosa batalla de Poitiers.—Carlos Martell.—Gran derrota del ejército sarraceno y muerte de Abderramán.

Encargado Abdelaziz del gobierno de España, y habiendo fijado su asiento en Sevilla, dedicóse á regularizar la administración de las ciudades sometidas; nombró perceptores ó recaudadores de los impuestos, que por regla general consistían en el quinto de las rentas, si bien le rebajó hasta el diezmo á algunas poblaciones y distritos; creó un consejo ó diván, con el cual compartía la dirección de los negocios de España; estableció magistrados con el nombre de alcaldes; dejó á los españoles sus jueces, sus obispos, sus sacerdotes, sus templos y sus ritos, de tal manera que los vencidos no eran tanto esclavos como tributarios de los vencedores. Indulgencia admirable, ni usada en las anteriores conquistas, ni esperada de tales conquistadores. Los que así quedaban y vivían denomináronse *Mos-tárabes ó Mozárabes*, nombre ya de antes usado en otros países por el pueblo vencedor.

Habíase señalado ya Abdelaziz por su clemencia y su moderación para con los cristianos. Una circunstancia notable vino á hacer todavía más suave la suerte y condición de los vencidos bajo el gobierno del joven emir (1), á estrechar más las relaciones entre árabes é indígenas, si bien fué al propio tiempo la causa de su ruina y perdición.

Dijimos en el anterior capítulo, que entre los prisioneros hechos en Mérida se hallaba la reina Egilona, la viuda del desventurado Rodrigo. Era joven y bella, Abdelaziz lo era también, y prendóse apasionadamente de

---

muchos documentos posteriores, en los capítulos que destina á la narración de estos sucesos. Su mismo ilustrador, el docto Sabau y Blanco, nota ya bastantes; y al llegar al cap. xxv del lib. VI, dice: «Los cronicones antiguos no hablan nada de lo que refiere Mariana en este capítulo, ni sabemos de dónde tomó estas noticias.» Hay errores evidentes de fechas, de nombres y de hechos.

(1) Dábase indistintamente á los gobernadores de España los títulos de *emir* y de *walí*, que equivalían á *príncipe, dux, jefe ó gobernador*. El emirato de España era una dependencia ó como vicariato del de África, que tenía su asiento en la moderna Cairwán, y éste á su vez dependía del califato de Damasco. Abdelaziz, antes de venir á España, había desempeñado el emirato de Cairwán.

su ilustre y hermosa cautiva. El generoso hijo de Muza logró hacerse amar de la viuda del último monarca goda, y con sorpresa de musulmanes y cristianos los que comenzaron por amantes se convirtieron luego en esposos. Abdelaziz no exigió de Egilona que abrazase el islamismo, la permitió seguir siendo cristiana, y le dió el nombre árabe de *Ommalisan*, que quiere decir *la de los lindos coilares*. Desde entonces por amor á su nueva esposa fueron en aumento las consideraciones del ya tolerante emir para con los cristianos, al paso que se hizo sospechoso á los fervorosos musulmanes, que murmuraban la mansedumbre con que trataba á los pueblos conquistados, tan opuesta al rigor que con ellos había empleado su padre. Suponíanle ya algunos traidor á la fe del Islam, avanzando á decir que en secreto se había hecho idólatra, que así llamaban ellos á los cristianos (1). Atribuíanlo todo al influjo de Egilona la infiel, mujer ambiciosa y de corazón altivo, y añadían que todas las mañanas colocaba en la cabeza de Abdelaziz una corona semejante á la que llevaba su primer marido Ruderik el romano, como para incitarle á que se alzara con el señorío de España (2).

Tales rumores fueron tomando consistencia, pasaron los mares y llegaron hasta el califa Suleiman, sucesor de Walid, hombre orgulloso y sombrío, que irritado ya contra el padre de Abdelaziz, y temiendo el resentimiento de sus hijos, emires todos tres, los dos en Africa y el uno en España, acogió con avidez la acusación y resolvió deshacerse de todos. La orden de muerte para Abdelaziz la comunicó á los cinco principales caudillos de esta tierra. El primero que la recibió fué Habib ben Obeidah el Fehri (3), el más fiel amigo y compañero de Abdelaziz. Grande fué la aflicción de Habib. «¿Es posible, exclamó, que la envidia y el odio paguen de esta manera los más gloriosos servicios? Pero Dios es justo, y nos manda obedecer al califa.» Tal era el deber de un musulmán sumiso, y Habib se resignó.

Habitaba Abdelaziz una casa de recreo en las afueras de Sevilla; á su lado había hecho construir una mezquita donde se congregaba el pueblo á la oración. Resueltos los cinco jefes á ejecutar las órdenes del califa, entraron una mañana en la mezquita, conducidos por Zeyad, cuando el desventurado y desprevenido Abdelaziz rezaba la oración del alba. Echáronse los conjurados, y aunque muchos amigos pugnaron todavía por defenderle, acribilláronle con sus lanzas (año 97 de la hégira, 715 y 716 de J. C.). Cortáronle la cabeza, y enterraron su cuerpo en el patio de la casa. La cabeza alcanforada la enviaron al califa de Damasco. Tocóle á Habib ser el conductor del funesto presente. Cuéntase que habiendo llegado

(1) Faustino Borbón, en sus *Cartas para ilustrar la Historia de la España árabe*, intenta probar con el testimonio de algunos autores árabes que Abdelaziz había realmente abrazado el cristianismo.

(2) Isid. Pacens., Chron. n. 42.

(3) *Habib* era el nombre personal: *ben* significa hijo: *ben Obeidah* hijo de Obeida; *el Fehri* es el patronímico de la tribu. Este mismo orden siguen generalmente los árabes en todos los nombres. A veces citan los de muchos de sus abuelos, para lo cual no hacen sino añadir á cada uno de ellos el *ben*. Es como el *filius* de la Biblia, en que se observa también la misma costumbre.

Muza al palacio del califa al tiempo que éste examinaba la cabeza de su víctima, tuvo la horrible crueldad de preguntarle: «¿Conoces, Muza, esta cabeza?—Sí, contestó altivamente el anciano walí, la reconozco: la maldición de Dios caiga sobre el asesino de mi hijo, que valga más que él.» Y salió del palacio, y partió para Waltichora, su patria, donde á poco tiempo murió oprimido de pesar. Los hermanos de Abdelaziz sufrieron la misma suerte que él. Justo castigo, dicen los cronistas cristianos, con que Dios hizo expiar á Muza sus crueldades para con los fieles: indigna recompensa, dicen los escritores árabes, de los distinguidos servicios que había prestado al imperio tan notable familia (1).

Abdelaziz había gobernado la España con prudencia cerca de diez y ocho meses. En las inmediaciones de Antequera hay un valle que llaman todavía de Abdelaziz; nombre sin duda conservado por los árabes en memoria de aquel desgraciado emir. Ignórase lo que fué de Egilona. Parece que la Providencia quiso cubrir con el velo de la oscuridad el término de los principales personajes godos de la última familia real. En cuanto á Teodomiro, al tiempo que la cabeza de Abdelaziz le fué enviada al califa, despachó también emisarios para suplicar á Suleiman que respetara las estipulaciones hechas con el emir, y consiguió que el califa las mandara observar.

No había nombrado el califa sucesor á Abdelaziz. En su virtud reunieron en consejo los principales caudillos y eligieron walí á Ayub ben Habib el Gahmi, primo hermano de Abdelaziz, guerrero experimentado y administrador entendido. Trasladó el nuevo emir el asiento del gobierno á Córdoba, como punto más central. Dividió la Península en cuatro grandes partes, con los nombres de Norte, Mediodía, Oriente y Occidente (2). Visitó á Toledo y Zaragoza, oyó las quejas de los pueblos sobre las injurias de los alcaides y gobernadores, destituyó á muchos, puso orden en la administración, y se captó el afecto de cristianos, judíos y musulmanes. Entre Toledo y Zaragoza, y sobre las ruinas de la antigua Bilbilis, erigió una fortaleza, que se llamó *Calat-Ayub*, castillo de Ayub (3). Ibanse reparando en lo posible los desastres de la guerra, pero gozó poco tiempo España las ventajas de un gobierno reparador. Depúsole el califa por ser pariente de Muza, y nombró en su lugar á Alhaur ben Abderramán, llamado comunemente El Horr, y Alahor en nuestras crónicas cristianas (4).

(1) Tarik murió también, como Muza, en la oscuridad y en la desgracia. Parecía destino de los conquistadores de España perecer ingratamente recompensados por sus pueblos. Aníbal y Escipión, Muza y Tarik, todos tuvieron un fin poco digno de sus gloriosos hechos.

(2) *Al Guf, al Keblah, al Sharkyah, y al Garb*. Conserva todavía este último nombre una de las provincias occidentales de la Península, en lo que es hoy Portugal.

(3) Fundóse allí después la ciudad que actualmente se nombra Calatayud.

(4) Debemos advertir, que en cuanto á los nombres árabes, así de personas como de pueblos, de empleos, dignidades, instituciones, etc., los escribiremos muchas veces con la ortografía, ó más usada de nuestros cronistas é historiadores, ó más acomodada á la pronunciación castellana, sin que por eso dejemos muchas veces y respecto á los más importantes, de poner á su lado la tecnología arábica, según que la vemos usada por los más doctos orientistas. Así lo hemos hecho con muchos nombres romanos y

Violento y duro el nuevo emir, hizo pesar una opresión igualmente ruda sobre cristianos y musulmanes. Belicoso y emprendedor, fué el primero que se atrevió á llevar las armas sarracenas del otro lado de los Pirineos, ó por lo menos el primero que, al frente de una expedición formal, franqueó la barrera oriental de aquellas montañas y penetró en la Galia gótica, en aquella Septimania que había constituido una parte integrante del reino godo-hispano, y que después de la catástrofe había tenido que ponerse bajo la tutela de los duques de Aquitania. Habíase refugiado á ella gran número de cristianos de la Península. Difundió El Horr el espanto por aquellos ricos y semi-abandonados países. Narbona no pudo resistir al ímpetu de las huestes sarracenas, y la antigua capital de la Septimania gótica fué convertida en capital de la Septimania árabe. Por espacio de tres años recorrió, según algunos, por un lado hasta Nimes y el Ródano, por otro hasta el Garona, hasta que le obligó á regresar la noticia de una victoria de los cristianos del Norte de la Península sobre un ejército musulmán.

Debió ser el primer triunfo de los refugiados en Asturias, suceso de que daremos cuenta en lugar separado, así por merecerlo su importancia, como por no interrumpir la narración cronológica de lo que acontecía en todo el resto de España.

Las injustas exacciones de El Horr y sus violencias contra los alcaides y walíes que no se prestaban á cooperar á sus iniquidades, sobre todo contra los moros y berberiscos, levantaron contra él universal clamor, y movieron al califa Yezid á enviar en su reemplazo á Alsamah ben Melek, el Zama de nuestras crónicas (727), que se consagró á reparar los males causados por la avidez y la dureza de su predecesor. Hábil y entendido en administración Alzama, arregló los tributos, hizo una distribución por suerte de los bienes que habían quedado sin dueños, estudió las provincias, y fué el primero que hizo y envió al califa una estadística de la población del país y sus riquezas de todo género, con una descripción de sus ciudades, sus ríos, sus costas y sus puertos.

Guerrero también Alsamah como todo buen musulmán de aquel tiempo, no quiso ceder en gloria á ninguno de sus predecesores, y con numerosa hueste avanzó, no ya sólo á la Septimania, sino á la Aquitania misma, centro de los vastos dominios del conde Eudón, y puso cerco á Tolosa. A punto de rendirse estaba ya la ciudad, cuando acudió Eudón con un ejército considerable. «La muchedumbre de los enemigos era tanta, dice un historiador árabe, que el polvo que levantaba con sus pies oscurecía el cielo.» Los dos ejércitos se acometieron con el ímpetu de dos torrentes que bajan de las cumbres: dudosa estuvo mucho tiempo la batalla; corría Alzama á todas partes como un bravo león; cuando levantaba su espada, fluía la sangre y destilaba por su brazo: pero la lanza de un cristiano le atravesó el cuerpo y le dió el martirio. Con esto desmayó la caballería árabe; el campo quedó sembrado de cadáveres, y los restos del desbara-

---

góticos. Nos acomodamos también en esto á la práctica de Conde, y creemos que de otro modo no sería fácil á muchos lectores hallar la identidad de una gran porción de estos nombres con los que estarán acostumbrados á leer en nuestras antiguas historias.

tado ejército se retiraron á Narbona, y nombraron su jefe y emir al valiente Abderramán, el Gafeki (721), cuya elección confirmó el emir superior de Africa.

No hizo poco Abderramán en contener á los cristianos de la Galia, y en reprimir á los de la frontera oriental española, que alentados con el triunfo de sus correligionarios de Tolosa se habían removido y alterado. Perdió á Abderramán su excesiva liberalidad para con los soldados: repartía todo el botín, sin exceptuar más que el quinto que la ley mandaba reservar el califa: amábanle con esto las tropas, pero los jefes le presentaron como corrompedor de las costumbres frugales y sencillas de los musulmanes, y bastó para que el emir de África le reemplazara con Ambiza ben Sehim, de su misma tribu y familia.

Casi todos los emires comenzaban por organizar la administración. Ambiza hizo una nueva y equitativa distribución de los terrenos baldíos entre los veteranos del ejército y los musulmanes pobres que acudían á establecerse en España. Recargaba ó aliviaba el impuesto á las poblaciones, según era mayor su sumisión ó su resistencia á recibir la ley del Islam. Hacía constantemente justicia á todos, sin mirar que fuesen musulmanes ó cristianos, y cuando visitaba las provincias llenábanle los pueblos de bendiciones. Propúsose después vengar el desastre de Tolosa, é invadió resueltamente la Galia gótica. Carcasona, Beziérs, Agda, Magalona, Nimes, todas las ciudades de la Septimania, además de Narbona que pertenecía ya á los árabes, cayeron en su poder. Penetró hasta el Ródano y tomó á Lyon; avanzó á la Borgoña y saqueó á Autún. La conducta de los conquistadores de la Galia era casi idéntica á la que habían observado en España. No imponían el islamismo; dejaban á los cristianos su culto, y el tributo á que los sujetaban era más ó menos crecido según la mayor ó menor resistencia de los pueblos conquistados. Murió, no obstante, allí Ambiza de resultas de heridas recibidas en un combate (725), designando antes de morir para sucederle á Hodeirah ben Abdallah, cuyo nombramiento no fué ratificado por el emir de África, el cual envió en su lugar á Yahia ben Salemah, hábil y bravo general, pero de un rigor inflexible (1).

Agriados por la severidad de Yahia los mismos jefes que habían influido en su nombramiento pidieron luego su destitución, y el emir de África, condescendiendo á los caprichos de aquellos caudillos, les dió á Hodeifa ben Alhaus, hombre sin talento, que sólo pudo sostenerse algunos meses, y hubo de ser reemplazado por Othmán ben Abu Neza, el Munuza de las crónicas cristianas, que á su vez fué pronto víctima de la inconstancia de aquellos turbulentos y descontentadizos jefes y sustituido á los seis meses por Alhaitam ben Obeid.

Desacertada elección fué también la de Alhaitam. Su avaricia y sus tiranías con musulmanes y cristianos, sus tormentos, suplicios y confiscaciones le hicieron tan aborrecible, que informado el gobierno de Damasco de sus excesos, hubo de despachar á España á Mohamed ben Abdallah con la misión de averiguar lo que de cierto hubiese en los desmanes que se

(1) Isid. Pacens. Chron. 53.—Cron. de Maissac.—Ahmed Al Makari.—Conde, capítulo xxxii.

atribuían al emir, y de imponerle el conveniente castigo si resultase culpable. Poco trabajo le costó al enviado apurar la verdad; públicas eran sus vejaciones: el tirano fué preso; y despojado de sus insignias de jefe, con la cabeza desnuda y las manos atadas á la espalda, hízole pasear montado en un asno por las calles de Córdoba. teatro principal de sus maldades, embarcándole en seguida cargado de cadenas á África á disposición del emir (728). Así vigilaban los califas de Damasco por la suerte de su nueva dependencia de España, siempre que á tan larga distancia podían llegar las quejas de los oprimidos. Dos meses permaneció Mohamed en España gobernando con justicia y equidad, al cabo de los cuales partió dejando nombrado walí al guerrero Abderramán; aquel mismo que por su excesiva liberalidad para con los soldados había sido antes depuesto. Recibido fué este nombramiento con general aplauso: sólo los berberiscos vieron con enojo su elevación, porque como árabe que era, distinguía y apreciaba con preferencia á los de su raza. Munuza, el africano. revoltoso y altivo, tramó pronto una traición contra el jefe de pura raza árabe.

Muchas injusticias reparó Abderramán; afable y justo con cristianos y musulimes, depuso á los alcaides opresores, y los reemplazó con otros de conocida probidad; restituyó á los cristianos las iglesias que les habían quitado faltando á las estipulaciones, y destruyó las que por soborno y á precio de oro habían permitido levantar de nuevo algunos gobernadores. Empleó los dos primeros años en reconocer y visitar las provincias, y en restablecer el orden por todas partes. Pero lo que hizo célebre á Abderramán fué su famosa expedición á la Galia, aunque de fatal resultado para él y para los árabes. Extraordinarios fueron los preparativos; tribus enteras de Arabia, de Siria, de Egipto y de África vinieron á España á alistarse bajo las banderas de Abderramán para la guerra santa; pero antes de emprenderla, érale preciso al emir deshacerse de Munuza, que envidioso de su glorias, de carácter inquieto y díscolo, pero belicoso y bravo, se había aliado con Eudón, duque de Aquitania, y casádose con su hija. Abderramán conoció lo que podía temer de Munuza que ambicionaba su puesto, si le daba lugar á encender una guerra civil entre los musulmanes, de concierto con su aliado. Despacha, pues, á un jefe sirio llamado Gedhi ben Zeyan, con orden expresa de buscar á Munuza y traérsele vivo ó muerto. Gedhi en cumplimiento de su misión marcha al frente de un fuerte destacamento hacia la residencia de Munuza: apenas tuvo éste tiempo para huir con su esposa Lampegia; Gedhi le persigue por los desfiladeros de las montañas: Munuza fatigado se detiene á reposar en un fresco y frondoso valle al pie de una fuente de agua viva que se desgajaba de una roca: el murmullo de las aguas y las caricias de su cautiva bien amada, como la llama el autor árabe, no le permiten oír el ruido de los pasos de su perseguidor: Munuza es sorprendido, Gedhi se apodera de Lampegia, Munuza cae á los golpes de las lanzas, córtanle la cabeza, y llevan ambos presentes á Abderramán. Admirado quedó el emir de la hermosura de Lampegia; la cabeza de Munuza la envió al califa, según costumbre, exponiéndole las causas que le habían movido á esta rápida ejecución.

Desembarazado de este rival, Abderramán se pone en marcha con su

grande ejército, el mayor que se había visto jamás en España bajo los estandartes blancos de los Omniadas. Dirígese por Pamplona y el Bidasoa á los Pirineos, franquea esta inmensa barrera, penetra por los fértiles valles de Bigorra y el Bearnés en los Estados de Eudón, duque de Aquitania. El inmenso ejército se derrama como un torrente devastador; Burdeos intenta resistirle, pero es tomada y saqueada, el conde que la defendía cae prisionero, y tomándole por Eudón, los árabes le cortan la cabeza para enviarla á Damasco. Prosigue el ejército sarraceno su marcha terrorosa, pasa el Garona y el Dordoña y encuentra al fin á Eudón con considerables fuerzas de cristianos; Abderramán no duda un momento en arremeter á Eudón, y el ejército aquitano queda destrozado. Los sarracenos victoriosos, cargados de botín, marchan sin otro obstáculo que el inmenso despojo, y se presentan delante de Poitiers: penetran en un arrabal y le incendian, pero el centro fortificado de la ciudad se prepara á resistirlos. Abderramán duda si atacar á Poitiers ó marchar contra Tours, cuando vienen á anunciarle que numerosas huestes mandadas por Carlos, hijo de Pepino, duque soberano de los franco-austrasios, marchan á su encuentro unidas con las reliquias del destrozado ejército de Eudón. Los francos y los árabes se encuentran en las vastas llanuras que se extienden entre Tours y Poitiers. Seis días maniobran los dos ejércitos en presencia uno de otro; al séptimo ú octavo se empeña seriamente el combate; Abderramán, confiado en su fortuna, acomete el primero impetuosamente con un cuerpo de caballería, la pelea se hace general, horrible la matanza para ambas partes, y pasa el día sin declararse la victoria. Reempréndese al siguiente día la batalla; Abderramán arremete con rabioso brío, y rompe la espesa línea de los austrasios; los robustos soldados del Norte pelean cuerpo á cuerpo con los tostados árabes y africanos....., un tumulto se levanta en las tiendas de los sarracenos: era las tropas del duque de Aquitania que habían hecho una irrupción por aquel lado: los árabes, temiendo perder las riquezas de su botín, hacen un movimiento retrógrado para defender su campo; este movimiento introduce la confusión; en vano Abderramán intenta restablecer el orden; cae del caballo atravesado de infinitas lanzas; estaba anocheciendo y las tinieblas vienen á economizar alguna sangre mahometana. Los árabes se retiran silenciosamente del campo del combate: al día siguiente los cristianos hallan las tiendas desiertas, los árabes habían ido en retirada hasta Narbona; el famoso Carlos, llamado después Martell, que quiere decir *martillo* (1), pone cerco á Narbona, pero los ismaelitas la defienden con valor, y le obligan á levantar el sitio con gran pérdida (2).

La derrota de Poitiers, acaecida en 732 (3), puso término al engrandecimiento de los árabes en Occidente, y acaso les impidió hacerse los dominadores de toda Europa, que tal había sido el pensamiento de muchos de sus caudillos. Ella completó también el abatimiento de la casa real de Clo-

(1) «Por los terribles golpes que á manera de martillo descargó sobre los enemigos en esta batalla,» según la Crónica de Saint-Denis.

(2) Isid. Pac. Cron. n. 59.—Conde, Dominac. cap. 25.—Fredegario, Cron.—Anales de Aniano.—Fauriel, Hist. de la Gaule Meridion.

(3) Conde la pone en 733: las crónicas francas todas en 732.

doveo, y fué el principio y cimiento del imperio franco-germano de Occidente, y la base sobre que Carlos Martell fundó la soberanía de la Galia para los herederos de Pepino de Herestall.

### CAPÍTULO III

PELAYO.—COVADONGA.—ALFONSO

*De 711 á 756*

Los cristianos en Asturias.—Pelayo.—Combate de Covadonga.—Triunfo glorioso.—Formación de un reino cristiano en Asturias y principio de la independencia española.—Reinado de Pelayo.—Su muerte.—Idem de su hijo Favila.—Elevación de Alfonso I.—Estado de la España musulmana al advenimiento de Alfonso.—Sus guerras en la Galia con Carlos Martell.—Rebeliones y triunfos de los berberiscos en África.—Escisiones entre las razas musulmicas de España.—Atrevidas excursiones y gloriosas conquistas de Alfonso el Católico.—Terror de los árabes.—Nueva irrupción de africanos.—Designación de comarcas para el asiento de cada tribu.—Renuévanse con furor las guerras civiles entre las razas musulmanas.—Fraccionamiento de provincias.—Anárquica situación de la España sarracena.

¿Era toda la España sarracena? ¿Obedecía toda á la ley de Mahoma? ¿Era en todas partes el Dios de los cristianos tributario del Dios del Islam? ¿Habían desaparecido todos los restos de la sociedad goda? ¿Había muerto la España como nación? No: aun vivía, aunque desvalida y pobre, en un estrecho rincón de este poco há tan vasto y poderoso reino, como un desgraciado á quien han asaltado su casa y robado su hacienda, dejando sólo un triste y oscuro albergue, en que los salteadores con la algazara de recoger su presa no llegaron á reparar.

Desde la catástrofe del Guadalete y al paso que los invasores avanzaban por el interior de la Península, multitud de cristianos, sobrecogidos de pavor y temerosos de caer bajo el yugo de los conquistadores, buscaron su salvación y trataron de ganar un asilo en las asperezas de los montes y al abrigo de los riscos de las regiones septentrionales, llevándose consigo toda su riqueza mobiliaria, las alhajas de sus templos y los objetos más preciosos de su culto. Obispos, sacerdotes, monjes, labradores, artesanos y guerreros, hombres, mujeres y niños, huían despavoridos á las fragosidades de las sierras en busca de un valladar que los pusiera al amparo del devastador torrente. Los unos ganaron la Septimania, los otros se cobijaron entre las breñas y sinuosidades de la gran cadena de los Pirineos, de la Cantabria, de Galicia y de Asturias. Esta última comarca, situada á una extremidad de la Península, se hizo como el foco y principal receptáculo de los fugitivos. País cortado en todas direcciones por inaccesibles y escarpadas rocas, hondos valles, espesos bosques y estrechas gargantas y desfiladeros, una de las postreras regiones del mundo en que lograron penetrar las águilas romanas, no muy dócil al dominio de los godos, contra el cual apenas cesó de protestar por espacio de tres siglos, parecióles á aquellas asustadas gentes el más á propósito para guarecerse con menos probabilidad de ser hostilizados, y para atrincherarse y defenderse en el



caso de ser acometidos. Diéronles benévola acogida los rústicos é independientes moradores de aquellas montañas: y allí vivían naturales y refugiados, si no contentos, resignados al menos con su estrechez y sus privaciones, prefiriéndolas al goce de sus haciendas á trueque de no verse sujetos á los enemigos de su patria y de su fe. La fe y la patria eran las que los habían congregado allí. En el corazón de aquellos riscos y entre un puñado de españoles y godos, restos de la monarquía hispano-goda, confundidos ya en el infortunio bajo la sola denominación de españoles y cristianos, nació el pensamiento grande, glorioso, salvador, temerario entonces, de recobrar la nacionalidad perdida, de enarbolar el pendón de la fe, y á la santa voz de religión y de patria sacudir el yugo de las armas sarracenas.

Los mahometanos por su parte habíanse cuidado poco de la conquista de un país, que sobre ser de difícil acceso, debió parecerles miserable y pobre en cotejo de las fértiles y risueñas campiñas de Mediodía y Oriente de que acababan de posesionarse, mucho más no sospechando lo que se ocultaba dentro de aquellas montuosas guaridas. Parece, no obstante, que bajo el gobierno del cuarto walí Ayub llegaron algunos destacamentos enemigos á la parte llana de Asturias, y que hallándola desierta, por haberse retirado sus moradores á lo más fragoso de sus bosques y breñas, se apoderaron fácilmente de las aldeas y puertos de la costa. Dejaron por gobernador en Gegio ó Gigio (hoy Gijón) á un jefe que nuestras crónicas nombran Munuza, y que fué sin duda el Othmán ben Abu Neza de que hemos hablado en el anterior capítulo.

Faltábales á los cristianos allí guarecidos un caudillo de tan grandes prendas como se necesitaba para que los guiara en tan grande y atrevida empresa como la que habían meditado. La Providencia les deparó un noble godo nombrado Pelayo, hijo de Favila, antiguo duque de Cantabria, y de la sangre real de Rodrigo. Había sido Pelayo conde de los espatarios ó sea de la guardia del último monarca; había peleado heroicamente en la batalla de Guadalete, y la fama de sus proezas, y la gallardía de su persona, y la nobleza de su alcurnia, todo contribuyó á que los asturianos se agruparan en derredor suyo y le aclamaran unánimemente por jefe y capitán de aquella improvisada milicia religiosa, de aquella grey de fervorosos cristianos, más provistos de entusiasmo y de fe que de armas y materiales medios para la defensa. Pelayo aceptó, á fuer de hombre religioso y de varón esforzado y amante de su patria, el difícil y honroso cargo que se le confiaba, y dióse principio á la obra derramándose aquellas gentes por las comarcas vecinas de Cangas de Onís, llamada entonces Cánicas.

Llegó la noticia del levantamiento de los astures á oídos del walí El Horr, á tiempo que éste se disponía á penetrar con sus huestes en la Galicia gótica, y no dando grande importancia al levantamiento de Asturias, encargó á su lugarteniente Alkamah la empresa de sujetar los asturianos. Partió, pues, Alkamah con un cuerpo de ejército respetable, si bien es de sospechar que hayan exagerado su cifra los primeros cronistas españoles. A la aproximación de la hueste sarracena, no creyendo Pelayo conveniente esperarla en Cangas, se retiró con todo el pueblo hacia el monte Auseba. Las mujeres, viejos y niños, buscaron lo más fragoso de las breñas para cobijarse, mientras los hombres de armas se situaban en las altu-

ras y colinas desde donde mejor pudieran ofender á los enemigos que se atrevieran á penetrar por aquellos desfiladeros.

A la extremidad de un estrecho y sombrío valle al oriente de Cangas, que torciendo un poco hacia Occidente forma una cuenca limitada por tres cerros, se levanta una enorme roca de ciento veintiocho pies de elevación, en cuyo centro hay una abertura natural que constituye una caverna ó gruta, entonces como ahora llamada por los naturales la cueva de Covadonga. Allí se retiró Pelayo con cuantos soldados podían caber en aquel agreste recinto, colocando el resto de sus gentes en las alturas y bosques que cierran y estrechan el valle regado por el río Deva, y allí esperó con serenidad al enemigo, contando más con la protección del cielo que con sus fuerzas. Noticioso Alkamah de la retirada de Pelayo, orgulloso y confiado, hizo avanzar su ejército encajonado por aquella cañada, no pudiendo presentar sino un frente igual al que oponían los refugiados en la cueva, quedando sus inmensos flancos expuestos á los ataques de los que en las colinas laterales se hallaban emboscados. Entonces comenzó aquel ataque famoso, cuya celebridad durará tanto como dure la memoria de los hombres. Las flechas que los árabes arrojaban solían rebotar en la roca y herir de rechazo á los infieles, mezcladas con las que desde la gruta lanzaban los cristianos. Al propio tiempo los que se hallaban apostados entre las breñas hacían rodar á lo hondo del valle enormes peñascos y troncos de árboles que aplastaban bajo su peso á los agarenos y les causaban horrible destrozo. Apoderóse el desaliento de los musulmanes tanto como crecía el ánimo de los cristianos, á quienes vigorizaba la fe y alentaba la idea de que Dios peleaba por ellos.

Cuando Alkamah vió sucumbir á su compañero Suleiman, intentó ganar la falda del monte Auseba y ordenó la retirada. Embarazábanse unos á otros en aquellas angosturas. Levantóse en esto una tempestad que vino á aumentar el espanto y el terror en los que iban ya de vencida. El estampido de los truenos, cuyo eco retumbaba con fragor por montes y riscos, la lluvia que se desgajaba á torrentes, las peñas y troncos que de todos lados sobre los árabes caían, el movedizo suelo que con la lluvia se aplastaba y hundía bajo los pies de los que habían logrado ganar alguna pendiente, y que caían resbalados por aquellos senderos sobre los que se rebullían confusos en el valle, y que perecían ahogados en las desbordadas aguas del Deva, todo contribuyó á hacer creer que hasta los montes se desplomaban sobre los soldados de Mahoma. Horrible fué la mortandad: hay quien afirma no haber quedado un solo musulmán que pudiera contar el desastre: de todos modos el triunfo cristiano fué glorioso y completo; por mucho tiempo cuando las crecientes del río descarnaban las faldas de las colinas, se descubrían los huesos y armaduras de los soldados sarracenos. En medio de la vega de Cangas una capilla con la advocación de la Santa Cruz muestra todavía el sitio en que se atrevió ya Pelayo á atacar en campo raso á sus diezmados enemigos. Aconteció este famoso suceso en el año 99 de la hégira, 718 de Jesucristo (1).

(1) Para la relación que acabamos de hacer del levantamiento de Asturias, de la proclamación de Pelayo y de la batalla de Covadonga, hemos recogido cuanto hemos

Admiremos aquí los altos designios del que rige los pueblos y tiene en su mano los destinos de las naciones. El inmenso poder de aquellos godos, á cuyo pujante brazo no había podido resistir el coloso de Roma, de aquellos godos vencedores de cien pueblos, dominadores de España, de África y de la Galia, vióse reducido á un puñado de montañeses guarecidos en un rincón de esta Península, dentro de una cueva, capitaneados por un caudillo, en cuyas venas corría mezclada y confundida la sangre goda y la sangre española. Y del corazón de aquella gruta había de salir un poder nuevo, que había de luchar con otro pueblo gigante, y había de ser el fun-

hallado de más comprobado y verosímil en los escritores árabes y cristianos, desnudo de las exageraciones y fábulas, de las invenciones maravillosas y de las extravagantes aserciones con que algunos parece haberse propuesto embrollar este brillante período de nuestra historia, los unos llevados del fanatismo propio de su época, los otros arrastrados de una especie de pirronismo histórico. Así no extrañamos que el docto Dunhan se viera embarazado hasta el punto de expresarse de la manera siguiente: «Hay tanta confusión, tanta contradicción, y á veces tal carencia de probabilidad en las oscuras autoridades relativas á este período, así árabes como cristianas, que es desesperada empresa la del que aspira á formar una narración algo racional y un tanto ordenada del reinado de Pelayo. Bien es verdad que cuando discrepan las autoridades, toca á la razón dar el fallo...» Esto es precisamente lo que nosotros hemos procurado hacer, con la diferencia que no tenemos por tan desesperada empresa como el historiador inglés, el entresacar de entre tan encontrados relatos lo más conforme á la autoridad, á la razón y á la tradición. Creemos que basta para ello un mediano criterio.

Convenimos en que se ha embrollado mucho este período, ó por lo menos ha habido riesgo de que así sucediese, máxime desde que algunos críticos españoles conocidos por su prurito de sentar opiniones nuevas y peregrinas, pretendieron trastornar toda la cronología de estos sucesos, suponiendo no haber acontecido hasta el año 756, es decir, 38 años más tarde de lo universalmente admitido. Sustentó el primero esta aserción el erudito Pellicer, á quien un historiador moderno (Ortiz) llama el *Hardouin de España*, «por su ciega manía en decir cosas nuevas y sostener paradojas,» y á quien siguieron Mondéjar, Masdeu y Noguera, aquejados también del mismo furor de novedad. Sirviéronles de principal apoyo y fundamento el silencio del Pacense, único cronista español contemporáneo, acerca de todo lo acaecido en Asturias. Ciertamente es notable y lastimoso el silencio que sobre tan importantes sucesos guarda el obispo cronista. Mas por fortuna, sobre no pasar de ser un argumento negativo, ha venido la publicación posterior de historias árabes, que aquellos críticos no conocieron, á confirmar la cronología general recibida y que nosotros seguimos. ¿No pudiera además el Pacense haber escrito aparte los sucesos de Asturias, y haberse perdido su obra, como desgraciadamente sucedió con el Epítome de la Historia de los Arabes, de que el mismo Isidoro nos habla en el n.º 66 de su Crónica?

Por otra parte, mientras Noguera niega el título de rey á Pelayo, Masdeu empieza su catálogo de Reyes desde Teodomiro y Atanaildo ó Atanagildo, tocándole á Pelayo ser el tercer rey de España. Nos parece aventurada la opinión primera, é infundada la segunda.

Masdeu sostiene que los árabes no llegaron nunca á Gijón, y que Munuza no era gobernador de *Gegio*, sino de *Legio*, León. La similitud del nombre y la circunstancia de pertenecer entonces León á las Asturias, podrían hacerlo verosímil. Pero sus esfuerzos para probar que fuese *Legio* y no *Gegio* han sido insuficientes para persuadirlo.

Más razón nos parece que tienen Pellicer y Masdeu para dar por fabulosa la ida del obispo Oppas á Asturias y su presencia en la batalla, cuanto más los largos razonamientos que dice Mariana pasaron entre el obispo y Pelayo, y que nos da íntegros y

dador de un Estado que con el tiempo había de dominar dos mundos. Pelayo, cobijado en la caverna de Covadonga, seméjasenos á la semilla desprendida de un árbol viejo cortado por el hacha del leñador, que encarcelada dentro del hueso ha de romperle, brotar, desarrollarse, crecer, fructificar y formar con el tiempo un árbol más lozano, robusto y vigoroso que el que le había engendrado, y cuyas ramas se han de extender por todo el universo.

Aunque el memorable triunfo de Covadonga se explique, como lo hemos visto, por sus causas naturales, preciso es no obstante reconocer en

---

á la letra según su costumbre. Lo cual, dice un escritor de nuestro siglo, lleva un sello de falsedad tan evidente que avergüenza hablar de ello. Tampoco falta quien añada haberse hallado y muerto en el combate el conde Julián y los hijos de Witiza: lo que consignamos, porque se vea que no ha quedado nada por decir de aquella célebre familia.

En cuanto á la genealogía de Pelayo hay también variedad y confusión. La crónica Albeldense le hace hijo de Veremundo ó Bermudo y sobrino de Rodrigo. Sebastián de Salamanca le supone hijo de Favila, duque de Cantabria. Duque de Alava llama á su padre la crónica de Oviedo.

El P. Mariana da un origen muy singular al gran suceso de Asturias. En la idea de que la incontinencia de un rey cristiano (Rodrigo) fué la causa de la pérdida de España, buscó el desquite en la incontinencia de un gobernador moro para encontrar la causa de su restauración. Al efecto supono que Munuza se enamoró ciegamente de una hermana de Pelayo, extraordinariamente hermosa como era menester que fuese; y que no pudiendo lograrla en matrimonio, halló medio de enviar á Pelayo con una comisión á Córdoba para el caudillo Tarik, cuya ausencia aprovechó el moro para satisfacer su torpe deseo. Noticioso Pelayo á su vuelta é indignado de la afrenta y deshonor de su hermana, juró vengarse del atrevido y deshonesto moro, y de aquí la excitación á los asturianos á tomar las armas y todo lo demás que se siguió, y que el historiador exorna con circunstancias todas singulares, sin que podamos saber de dónde tomó la fábula y sus decoraciones. El caso es que el Padre d'Orléans, el Abad de Vairac y la compilación de Paquis tomaron ciegamente la fábula del historiador español, la cual ha podido ser muy buena para dar argumento á Morafín, padre, para su tragedia de *Ormsinda*, y á Jovellanos y Quintana para su *Pelayo*.

Excusado es decir que el P. Mariana acoge de lleno todos los milagros que se cuentan de la batalla de Covadonga.

Las crónicas antiguas hacen subir el ejército árabe que combatió en Asturias á una cifra que asombra. Sebastián de Salamanca sienta muy formalmente que murieron en la primera refriega *ciento veinticuatro mil moros* (caldeos llama él), y que los *sesenta y tres mil* restantes perecieron aplastados bajo aquella colina que se desgajó. De manera que según el cronista, á quien han seguido el monje Silos y otros posteriores, hasta el canónigo Ortiz, historiador de nuestro siglo, el ejército moro se componía de *ciento ochenta y siete mil hombres*, que todos perecieron sin quedar uno solo que lo contara. Si así fué, bien hacen en recurrir á dos milagros visibles para explicar la derrota de Covadonga, pues de otro modo sería imposible. D. Rodrigo de Toledo sólo hace perecer veinte mil en la primera pelea, y después de la retirada una gran muchedumbre. A éste sigue sin duda el P. Mariana. Un historiador árabe (Ebn Haiyan, in Anmed) toma su exageración por otro estilo. Este dice que el comandante de los infieles (Pelayo) se encerró en una cueva con trescientos hombres, los cuales todos perecieron de hambre y de fatiga, excepto treinta hombres y diez mujeres que sobrevivieron y se alimentaban de miel que las abejas habían dejado en las hendiduras de la roca. Por último, en el *Moro Expósito* de nuestro ilustrado contemporáneo el Duque de Rivas, se acaba de

aquel conjunto de extraordinarias y portentosas circunstancias algo que parece exceder los límites de lo natural y humano. En pocas ocasiones ha podido ser más manifiesta para el hombre de creencias religiosas la protección del cielo. Por lo mismo no nos maravilla que los escritores de una edad de tanta fe lo dieran todo al milagro y á la mediación de la Virgen María, cuya imagen había llevado consigo Pelayo á la cueva. Las historias árabes refieren también el suceso con asombro, no disimulan haber sido horrible la matanza y hacen justicia al valor y á la audacia de *Belay el Rumi* (Pelayo el Romano), como ellas le nombraban (1). El gobernador de Gegio, Munuza, sabedor de la derrota de los suyos y de la muerte de Alkamah, no se contempló seguro en Asturias, y retiróse hacia la España Oriental. Algunas crónicas cristianas afirman haber sido alcanzado y muerto en la vega de Ovalle por el héroe mismo de Covadonga; acaso pudo creerse así entonces: mas este relato le contradicen los posteriores hechos de Munuza que en el precedente capítulo dejamos referidos. Quedó, no obstante, con esto todo el territorio de Asturias comprendido entre los montes y el mar, libre de soldados sarracenos.

En el entusiasmo de la victoria, los asturianos apellidaron rey á Pelayo: principio de una nueva monarquía, de la monarquía española; porque la religión y el infortunio han identificado á godos y romano-hispanos, y no forman ya sino un solo pueblo; y Pelayo, godo y español, es el caudillo que une la antigua monarquía goda que acabó en Guadalete con la nueva monarquía española que comienza en Covadonga. A la salida de esta célebre cueva hay un campo llamado todavía de *Repelayo* (síncope, sin duda de Rey Pelayo), donde es fama tradicional que se hizo la procla-

poner el sello á la exageración en el romance que supone cantado por un rústico como canción popular en la España antigua, y dice así:

«El valeroso Pelayo  
cercado está en Covadonga  
por cuatrocientos mil moros  
que en el zancarrón adoran.  
Sólo cuarenta cristianos  
tiene, y aun veinte le sobran.»

Y concluye diciendo:

«Cuatrocientas mil cabezas  
de los perros de Mahoma  
los valerosos cristianos  
siegan, hienden y destrozan,  
concediendo así la Virgen  
al gran Pelayo victoria.»

Pero no era en España sólo donde de tal manera se ponderaban las pérdidas de los infieles. Las crónicas cristianas francesas hacían subir el número de árabes muertos en el sitio de Tolosa á la enorme cifra de trescientos setenta y cinco mil, y á otros tantos en la batalla de Poitiers, si bien acaso algunos las confundieron. Menester es disimular tales hipóboles á las gentes de aquel tiempo en su ansia de exterminar á los enemigos de su religión.

(1) Sabido es que los árabes llamaban *romano* á todo el que no fuese árabe, ó acaso godo puro. También significaba el *cristiano*, el *extranjero*.

mación levantándole sobre el pavés; y nada más natural que este acto de recompensa de parte de aquellas gentes hacia el valeroso caudillo que las había conducido á la victoria, en el primer sitio en que pudo hacer alto el ejército vencedor. A una legua junto al pueblo de Soto se halla el *Campo de la Jura*, donde hasta el siglo presente iban los jueces del concejo de Cangas á tomar posesión de la vara de la justicia. Respetables y tiernas prácticas tradicionales de los pueblos, que recuerdan con emoción la humilde y gloriosa cuna en que nació el legítimo principio de la autoridad.

O no conocieron los árabes toda la importancia de su desastre de Asturias, ó entretenidos á la otra parte de los Pirineos en la empresa de apoderarse de la Septimania gótica, descuidaron reparar el contratiempo de Covadonga, ó no tuvieron tropas que destinar á ello. Es lo cierto que una paz que parecía providencial proporcionó á Pelayo tiempo y quietud para poder dedicarse á la organización de su pequeño Estado. La fama de su triunfo fué atrayendo á aquel primer asilo de la libertad á los cristianos de las vecinas comarcas, que abandonando sus hogares y haciendas acudían ansiosos de aspirar el aire de la independencia y de vivir entre aquellos esforzados montañeses, que tenían la misma fe y hablaban la misma lengua que ellos. A medida que la población iba creciendo, y que la seguridad infundía aliento á los moradores de las montañas, iban descendiendo de las breñas y bosques á los valles y á los llanos. La necesidad y la conveniencia les prescribía ocuparse en desmontar terrenos incultos, en laborear los campos, en apacentar sus ganados, en edificar templos y casas, en ensanchar el recinto de sus pequeñas aldeas, y en aplicar cada cual su industria para ir las fortaleciendo; entre ellas debió ser una de las que recibieron más agregaciones la corta villa de Cangas, destinada á ser la capital de aquel diminuto reino. Natural era también, aunque las crónicas no lo digan, que Pelayo se consagrara en aquel período de paz á ejercitar á sus soldados en el manejo de las armas, y á dar á su pueblo una organización á la vez militar y civil, como lo es siempre la de los pueblos nacientes que conquistan su existencia por la guerra y tienen que sostenerla con la espada. No nos hablan las historias de nuevas batallas que tuviera que dar Pelayo. No hostilizado por los enemigos, fué por su parte muy prudente en no aventurarse á excursiones que hubieran podido ser peligrosas, y contento con haber formado el núcleo de la nueva monarquía, dedicado á consolidarla y robustecerla, reinó diez y nueve años, al cabo de los cuales murió pacíficamente en Cangas (737 de J. C.). Los restos mortales del ilustre restaurador de la independencia española fueron sepultados en Santa Eulalia de Abamia (antes Velamia), á una legua de Covadonga, juntos con los de su mujer Gaudiosa (1).

Mientras esto pasaba en Asturias, habían acontecido en los últimos años del reinado de Pelayo sucesos importantes en la España musulmana. La derrota de los sarracenos en Poitiers, acaecida en 732, había realentado á los cristianos de una y otra vertiente del Pirineo Occidental, que alzados en armas se dispusieron á resistir á los árabes al abrigo

(1) Sebast. Salmant., n. 11.—El monje de Silos.—El arzobispo don Rodrigo.—La crónica geneal.—Los Arabes de Conde.—Ahmed Al Makari y otros.

de sus montañas. En reemplazo del desgraciado Abderramán, muerto en la batalla de Poitiers, fué nombrado emir de España el anciano Abdelmelek ben Cotán, que bajo una cabellera emblanquecida por los años conservaba el vigoroso corazón de un joven. Habiendo hallado sus tropas abatidas bajo el golpe del hacha de Carlos Martell, las reanimó diciendo: «La guerra es la escala del paraíso: el enviado de Dios se gloriaba de ser el *hijo de la espada*, y reposa en el campo de batalla á la sombra de los estandartes ganados al enemigo. Los triunfos, las derrotas y la muerte, todo está en manos del Todopoderoso, que exalta hoy á los que había humillado ayer.» Animados con esta arenga los guerreros árabes, dirigíanse con su anciano jefe á la Aquitania, ansiosos de vengar su anterior desastre y la sangre de Abderramán; mas al atravesar los desfiladeros de la Vasconia, encontraron á aquellos rudos montañeses preparados á atajarles el paso, y cayendo bruscamente sobre los musulmanes los obligaron á retroceder con gran pérdida y á replegarse sobre el Ebro. Segundo ejemplo que encontramos de resistencia de parte de los naturales de España á las armas sarracenas, todo en la cadena de los Pirineos (734). Costóle á Abdelmelek ser depuesto por el walí de África, á quien preguntaba ya el califa en qué consistía que saliesen tan desgraciadas todas sus empresas contra los hombres de Afranc (1).

El desastre de Abdelmelek infundió nuevo desaliento en las tribus de España; y el gobierno de Damasco nombró emir de esta tierra á Ocba ben Alhegag, cuya cimitarra se había distinguido en África en las guerras contra los berberiscos. Tenía también fama de justo y de severo, y á ella correspondieron bien sus actos de gobierno en España. Ocba se mostró inexorable con los dilapidadores y concusionarios; quitó las alcaldías á los caudillos acusados de avaros ó crueles y llenó las cárceles de malversadores y exactores injustos. El delito más grave para este emir en un funcionario del gobierno, era el que oprimiese á los pueblos por saciar su codicia. Ocba era en esto inflexible. Además de haber establecido cadíes ó jueces para que administrasen rectamente justicia, ordenó que los walíes organizaran partidas de seguridad pública para la persecución de los ladrones y bandidos: llamábanse esta especie de celadores *kaxiefes* (descubridores); institución parecida á la que posteriormente han adoptado las naciones modernas, bajo denominaciones diferentes, como cuadrilleros, miqueletes ó gendarmes, acomodando su nombre y organización á las circunstancias y á la índole de cada gobierno y país. Ocba deslindó las atribuciones de las autoridades, empadronó todos los vecinos de todas las poblaciones, é igualó los tributos sin distinción de orígenes ni de creencias. Creó escuelas y las dotó con las rentas públicas: mandó construir mezquitas y oratorios, y dispuso que hubiese en ellas predicadores y maestros que enseñasen la religión al pueblo. Era el emir irreprochable en su porte, amábanle los buenos y temíanle los malos. Examinó la conducta de Abdelmelek, y no hallándole delincuente, le nombró comandante de la caballería con destino á la frontera del Norte. El mismo Ocba se encaminaba hacia el Pirineo para invadir la Aquitania, cuando en Za-

• (1) Ebn Khaldun, apud Ahmed Al Makari.—Isidor. Pacens. Chron.

ragoza recibió órdenes del walí de Africa, en que le mandaba que sin demora se pusiese en camino para aquella tierra, donde los turbulentos berberiscos de Magreb con nuevas rebeliones amenazaban seriamente la autoridad del califa, y hacían necesaria la presencia de un caudillo cuyo alfanje había domado otras veces á los inquietos africanos. Obedeció Ocha, y regresando apresuradamente á Córdoba, pasó á África con un cuerpo escogido de caballería (737).

Coincidió este suceso con la muerte de Pelayo, á quien sucedió en el reino por consejo y determinación de los generales su hijo Favila, que en un corto reinado de menos de dos años no hizo cosa digna de la historia, dice el cronista Salmantino (1), sino haber construído cerca de Cangas la iglesia de Santa Cruz que poco há hemos mencionado. Era la caza la pasión favorita de este príncipe, y entregado á esta diversión pereció un día desgarrado por un oso que había tenido la imprudencia de irritar (739). Aunque Favila había dejado hijos, ninguno de ellos fué llamado á reinar, acaso por sus pocos años, y dióse la soberanía al yerno de Pelayo, casado con su hija Ermesinda, llamado Alfonso, hijo de Pedro, duque también de Cantabria y de la noble sangre goda (2). Era el nuevo príncipe hombre de ánimo esforzado, inclinado á la guerra, emprendedor y atrevido, y el más propio para mandar en aquella sazón al pueblo y gobernarle. Ardía ya Alfonso en deseos de acometer alguna empresa con los vencedores de Covadonga, y á este propósito comenzó á excitar el celo religioso y guerrero de aquellos moradores, exhortándolos á salir de sus estrechas guaridas y á emprender la guerra de agresión contra los infieles, en lo cual no hacía sino seguir los instintos de su natural belicoso y fiero.

Brindábale oportuna ocasión el estado en que los musulmanes se hallaban del otro lado de los Pirineos. Allá en la Galia llevaba Carlos Martell más de ocho años gastándoles las fuerzas con su prodigiosa actividad. Disputábanse con furor sangriento la posesión de la Provenza y de la Septimania. Marsella, Arlés, Avignón, Nîmes, Beziérs, Narbona, todas las ciudades del Sur de la Galia de que se habían posesionado los sarracenos, perdidas y recobradas alternativamente por árabes y francos, eran teatro de las devastaciones del feroz Carlos, que en su furor de destruir pretendió hasta incendiar el maravilloso y colosal anfiteatro romano de Nîmes. Guerra de exterminio era la que se hacía á los árabes por el Mediodía de la Francia. «Porque francos y sarracenos, dice con loable imparcialidad un historiador moderno de aquella nación, bárbaros del Norte y bárbaros del Mediodía, parecía competir en aquella época desastrosa en menosprecio de la especie humana; y aun en esta triste rivalidad los francos excedían en mucho á los árabes. Desapiadados éstos en el combate, pero to-

(1) *Propter paucitatem temporis nihil historie dignum egit.* Sebast. Salmant. Chron. n. 12.

(2) Afirma Mariana equivocadamente haber muerto Favila sin sucesión; y consiguiente á este yerro, que una inscripción de la iglesia de Santa Cruz desmiente expresamente, comete otro mayor y de más trascendencia, que es suponer que Alfonso fué nombrado rey, según que estaba dispuesto en el testamento de don Pelayo. Ni da nadie noticia de semejante testamento, ni la monarquía entonces era todavía hereditaria, sino electiva como en tiempo de los godos.



lerantes y humanos después de la victoria. tenían aliados y súbditos, mientras los francos no tenían sino enemigos, y nadie jamás aplicó tan duramente como ellos el *vox victis* de Roma (1).» Así cuando la muerte sorprendió en 741 al furibundo jefe de la raza Carlovingia, dominaba la Provenza, y tenía reducidos los árabes á Narbona y á la insegura posesión de algunas ciudades de la Septimania.

En África había conseguido Ocba sujetar á los inquietos berberiscos, derrotó muchas de sus taifas, y dispersó á los más rebeldes por el desierto. Pero el temor de nuevas insurrecciones le detuvo en África por espacio de cinco años, y cuando regresó á España la encontró en el mayor desorden. Durante su ausencia, los walíes y los gobernadores subalternos, más ocupados en guerras y rivalidades de raza que en el gobierno de los pueblos y en el progreso del Islam, no habían pensado en empresa alguna del otro lado de las fronteras. La discordia reinaba en todas partes. Sólo Abdelmelek había hecho esfuerzos por sostener el honor de las armas musulmicas, y acudido á reprimir las inquietudes de las fronteras. Ocba le dió las gracias por su celo y sus servicios, mas habiendo enfermado el emir en Córdoba, sucumbió sin haber podido hacer otra cosa que dejar el gobierno de España en manos de Abdelmelek como el más digno.

Completemos el triste cuadro que para los musulmanes ofrecía el estado de su imperio en Africa y España, cuando Alfonso I de Asturias se preparaba á hacer sus primeras excursiones.

Horribles guerras entre árabes y berberiscos habían vuelto á ensangrentar el suelo africano desde la salida de Ocba. Aquellas bárbaras, numerosas y turbulentas tribus berberiscas, caterva de salvajes de cetrinos rostros, ennegrecidos del sol, cubierta sólo su cintura con un delantal corto y grosero, siempre de mal grado sujetos, montados en ligerísimos caballos, perpetuamente rebeldes al yugo de los árabes, habíanse insurreccionado de nuevo, y vencido en dos mortíferas batallas las huestes árabes, egipcias y sirias, la una cerca de Tánger, en que veinticinco mil árabes con su jefe el anciano Koltum *recibieron el martirio*, la otra á las márgenes del Masfa, en que después de otra semejante y no ménos espantosa carnicería, obligaron á un cuerpo de veinte mil sirios mandados por Baley y Thaala-ba á refugiarse en Ceuta, desde donde acosados por el hambre imploraron el socorro de sus hermanos de España. Negósele al principio el emir de Córdoba Abdelmelek; y á un piadoso musulmán, Zehiad ben Amrú, que de su cuenta les envió barcos con provisiones, le hizo arrancar los ojos y ahorcarle entre un cerdo y un perro para ignominia y afrenta y ejemplar escarmiento de los que imitarle pensaran. Mas noticiosos los berberiscos

(1) Saint-Hilaire, *Hist. d'Espagn.*, lib. III, c. III. «El duque de Austrasia, dice también Romey, se mostraba más bárbaro con los cristianos que ninguno de los generales musulmanes que habían invadido el país. Así la memoria y el odio de la invasión de Carlos Martell han vivido más tiempo en la Septimania que la memoria y el odio de la ocupación sarracena.» *Hist. d'Espagn.*, part. II, c. IV. «Aun pueden verse, dice Agustín Thierry hablando del famoso anfiteatro de Nimes, bajo las arcadas de sus inmensos corredores, todo lo largo de las bóvedas, las negras manchas trazadas por las llamas en los sillares que no pudieron ni destruir ni devorar.» *Lettres sur l'Histoire de France*.

de España de los triunfos de sus hermanos en la Mauritania, revolucionáronse también contra el emir, especialmente los de Galicia, y marcharon los unos sobre Toledo, los otros sobre Córdoba. Encerrado por ellos Abdelmelek en esta última ciudad, llamó entonces él mismo á los sirios de Ceuta, y los hizo transportar á condición de que habían de reembarcarse cuando él lo creyera oportuno. Baleg, en el apuro en que se hallaba, aceptó todas las condiciones.

Viniéron, pues, los veinte mil sirios á España en una desnudez espantosa. Vestidos y armados que fueron, unidos á los árabes andaluces pelearon con los berberiscos y los derrotaron, vengando el desastre de Masfa. Mas cuando Abdelmelek no tuvo necesidad de ellos y en cumplimiento del tratado quiso hacerlos reembarcar para Africa, negáronse á ello abiertamente, los auxiliares se convirtieron, como de común acontece, en enemigos, pusieron sobre Córdoba, apoderáronse de Abdelmelek, y no olvidando Baleg su primera negativa de socorro, sin respeto á la blanca cabellera del anciano emir, impúsole el castigo que él había ejecutado en Zehiad, é hízole ahorcar entre un perro y un cerdo. Así los sirios se trocaron de miserables aventureros en señores de España, y aclamaron emir á su jefe Baleg (entre los años 742 y 743). No sufrieron los árabes andaluces que unos extranjeros les pusieran así la ley, y se revolucionaron. También Thaalaba, segundo jefe de los sirios, se negó á reconocer la elección de Baleg. La más completa excisión y anarquía se declaró en los ejércitos musulmanes. Vino á aumentar la confusión y el desorden el walf de Narbona Abderramán ben Alkamah, uno de los árabes más ilustres, que á la cabeza de un gran número de descontentos acudió desde la Septimania á medir sus fuerzas con Baleg. Encontráronse los walfes en los campos de Calatrava (Calat-Rahba), batiéronse cuerpo á cuerpo, la lanza de Abderramán atravesó el cuerpo de Baleg, derrotó su hueste y fué apellidado *al Mansur* (el victorioso). Reunió Thaalaba los restos del ejército sirio, se apoderó de Mérida (743), pasó á Córdoba y se hizo proclamar emir. Tal era el estado de desconcierto del imperio musulmico en la Galia, en Africa y en España (1).

Por su parte los cristianos del Norte, gallegos, cántabros, vascones y euskaros, mal sujetos á la dominación sarracena, apoyados los unos en sus vecinos de Aquitania, alentados los otros con el ejemplo de los asturianos, y animados todos con las discordias en que se destrozaban las razas y bandos del pueblo musulmico, hacían esfuerzos ó por defender ó por rescatar su independencia, y aunque sin concierto todavía ni combinación comenzaban á entenderse, porque los impulsaba un mismo pensamiento, los unía un mismo peligro, un mismo odio al extranjero, una misma fe.

Conoció Alfonso de Asturias todo el partido que de este concurso de circunstancias podía sacar, y resolvióse á levantar el pendón de la conquista y á ensanchar los reducidos límites de su reino, saliendo de los atrincheramientos rústicos á que estaba concretado. Compartió el mando de las tropas de la fe con su hermano Fruela, y con animoso corazón fran-

(1) Isid. Pacens. Chron. n. 63 y sig.—Conde, part. I, cap. xxxix y sig.—Ben Alabar de Valencia, en Cassiri, tom. II.

queó las montañas que dividen las Asturias de Galicia (742). O mal guardado, ó abandonado entonces acaso este país por los sarracenos disidentes, Lugo vió con alegría ondear en su recinto el estandarte de los cristianos; Orense y Tuy recibieron con júbilo las bandas libertadoras de la fe: las ciudades de la Lusitania, Braga, Flavia, Viseo, Chaves, acogían con entusiasmo á sus hermanos de Asturias. Lástima grande que las crónicas no nos hayan relatado sino en conjunto la serie de las conquistas ejecutadas por el esforzado Alfonso, ni fijado con exactitud el orden de las excursiones, ni dado noticia cierta de las dificultades con que hubo de tener que luchar en su atrevida cruzada. Refiérennos en globo haber tomado, además de las expresadas ciudades, las de Ledesma, Salamanca, Zamora, Astorga, León, Simancas, Ávila, Segovia, Sepúlveda, Osma, Saldaña, Auca, Clunia y otras muchas de los territorios de Cantabria, Vizcaya, Alava, hasta el Bidasoa y los confines de Aragón, llevando sus armas victoriosas desde el Océano Occidental hasta los Pirineos, y desde el Cantábrico hasta las sierras de Guadarrama y últimos términos de los Campos Góticos que taló y yermó (1), recorriendo con sus triunfantes pendones una cuarta parte de la Península.

Suponemos que haría en diferentes años estas rápidas y gloriosas excursiones, las cuales por otra parte no podían ser conquistas permanentes: antes bien la devastación y el incendio iban señalando las huellas de la marcha de Alfonso. Los campos eran talados, desmanteladas las poblaciones, las guarniciones sarracenas degolladas, los hijos y mujeres de los vencidos llevados como esclavos, los cristianos mismos recogidos para poblar con ellos las comarcas de Cantabria, Alava y Vizcaya, menos expuestas á la invasión de los musulmanes. Sólo conservó y fortificó las ciudades de las montañas limítrofes á sus antiguos Estados, las que se prometía poder conservar. León y Astorga eran de este número. Un historiador arábigo describe así las expediciones de Alfonso: «Entonces vino Adefuns, el terrible, el matador de hombres, el hijo de la espada: tomó ciudades y castillos, y nadie osaba hacerle frente; mil y mil musulmanes sufrieron por él el martirio de la espada; quemaba casas y campiñas, y no había tratados con él (2).» Aterraban á los árabes aquellos rudos montañeses, con sus largas cabelleras, sus groseras mallas de hierro, armados de hondas, del dardo ibero, del puñal cántabro, de horquillas de dos puntas, de aguzados chuzos y de cortas y cortantes guadañas, precipitándose de las sierras sobre los valles y campiñas.

En las poblaciones que conservaba, iba Alfonso restableciendo el culto católico, reponiendo obispos, restaurando ó erigiendo templos y dotando iglesias, lo cual le valió el dictado de *Católico*, que siglos adelante había de aplicarse á otro rey de España para seguir siendo apelativo de honor de los monarcas españoles. Para defensa y seguridad de las fronteras, en las quebradas y en los lugares más enriscados de las breñas y montes iba

(1) *Campos quos dicunt gothicos usque ad flumen Doriem cremavit*. Chron. Albeld. n. 52.—Los Campos Góticos se extendían entre el Duero, el Esla, el Pisuerga y el Carrión. Hoy se llama este país *Tierra de Campos*, y pertenece á Castilla la Vieja.

(2) El Laghi, citado por Faustino Borbón, *Cartas*, p. 176.

también erigiendo fortalezas y castillos, *Castella*, de donde más adelante habían de tomar su nombre dos provincias de España. Así empleó Alfonso los 18 años de su reinado, de modo que á su muerte, acaecida en 756, el reino de Asturias se extendía, aunque inseguramente y sin solidez, por toda la ramificación de los Pirineos desde Galicia y la Cantabria hasta la Vasconia. Murió Alfonso en Cangas y sus restos mortales fueron sepultados en el monasterio de Santa María de Covadonga que él había fundado donde fueron también trasladados los de Pelayo. Las crónicas cristianas cuentan los milagros que señalaron sus últimos momentos, y dicen que en su entierro se oyó á los ángeles cantar en armoniosos coros el salmo: *Ecce quomodo tollitur justus* (1).

Grandemente había favorecido al éxito de las correrías militares de Alfonso el anárquico estado en que los musulmanes continuaban, no más lisonjero que el que anteriormente hemos descrito. Cierta que en Africa el emir Hantala había logrado vencer y sujetar, momentáneamente al menos, la raza indomable de los berberiscos. Pero la idea de descargar el suelo africano de esta gente feroz y desalmada trasplantándola á nuestra Península vino á aumentar los elementos de discordia que ya pululaban en ella. Quince mil *magrebinos* fueron trasportados á España al mando del emir Hussán ben Dirhar, llamado también Abulkatar. Llegaron estos africanos á dar vista á Córdoba á tiempo que Thaalaba iba á degollar en las afueras de esta ciudad mil prisioneros berberiscos. Preparábase una inmensa muchedumbre á presenciar el horrible suplicio de aquellos infelices, cuando entre nubes de polvo se divisaron banderolas y turbantes y el brillo de fulgentes armas. A la llegada de Abulkatar se suspendió la sangrienta ejecución; los que iban á ser sacrificados fueron puestos en libertad, ordenó Abulkatar la prisión de Thaalaba, y encadenado le envió á Africa á disposición del emir (744).

Deseoso Abulkatar de poner término á las excisiones en que se despedazaban las diversas razas de los musulmanes españoles, é informado de que una de las causas mas fuertes de las discordias era la repartición de tierras, aspirando todos á poseer las fértiles campiñas de Andalucía, y principalmente los árabes y sirios que se creían con derecho de preferencia en la repartición, como lo eran en la jerarquía religiosa, quiso por un medio ingenioso cortar todas las disputas, acallar todas las pasiones y contentar todas las voluntades, haciendo una nueva y general distribución de territorios, señalando á cada tribu aquellas tierras ó comarcas que más se asemejasen á su país natal, y cuyo suelo y clima les suscitase más dulces recuerdos de su patria. Así á los de la Palestina les señaló el país montuoso de Ronda, Algeciras y Medina Sidonia, que podían recordarles su Líbano y su Carmelo: los que habían pastoreado en las márgenes del Jordán estableciéronse en Archidona y Málaga, á orillas del Guadalhorce, que corre como el Jordán entre pintorescos valles; asentáronse los de Kinscrina en tierra de Jaén; algunos persas se quedaron en Loja; los de Wacita en los alrededores de Cabra; los del Yemen y Egipto obtuvieron las comarcas de Sevilla, de Ubeda Baza y Guadix; á otros egipcios les fué designada la tierra de Osonoba y

(1) Sebast. Salmant., n. 15.—Silens., 26.—Chron., Ovet., p. 65.

Beja; los de Damasco no hallaron país ni cielo que les representara mejor los jardines y verjeles que rodeaban la corte de sus califas, que las márgenes del Genil y la vega de Garnathah y de Elvira, y adoptaron por nueva patria el país de Granada: á los árabes de Palmira les fueron señaladas las campiñas de Murcia y las comareas orientales de Almería, que formaban la tierra de Tadmír. Por algún tiempo llamaron á Elvira *Damasco*, á Málaga *Arden*, á Jaén *Kinserina*, á Murcia *Palmira*, *Palestina* á Medina Sidonia, y así á las demás (1).

Estas adjudicaciones no se hicieron sin perjuicio de los cristianos, saliendo entre ellos el más lastimado en sus intereses el godo Atanaildo, que por muerte de Teodorico obtenía el señorío de la tierra de Murcia. Impúsole Abulkatar fuertes tributos para el mantenimiento de sus nuevos colonos, ó creyéndose ó suponiéndose desobligado el emir de guardar los convenios y estipulaciones ajustadas entre Teodomiro y Abdelaziz. Así fué desapareciendo aquel Estado que el valor de Teodomiro había sabido conservar enclavado entre los dominios musulmanes, sin que de él vuelva á hacer mención la historia (2).

Lo que se hizo para traer las tribus á una concordia vino á ser causa de disturbios mayores. Samail, joven sirio de ilustre cuna, pero de genio inquieto y díscolo, práctico en el ejercicio de las armas y astuto para tramar conspiraciones, alzó el estandarte de la rebelión so pretexto de que la tribu del Yemen, á que pertenecía Abulkatar, había sido la más favorecida en la distribución de los lotes. Adhiriósele Thueba ben Salemi, aunque yemenita, y juntos declararon una guerra cruel á Abulkatar y á las tribus de su partido. Nada puede dar mejor idea del extremado encono á que se dejaron llevar en esta guerra aquellas razas vengativas que la descripción que hace un historiador arábigo de las batallas que se dieron cerca de Córdoba. «Fué, dice, como un duelo caballeresco entre dos ejércitos de quince á veinte mil hombres cada uno..... No hubo lanza que no se rompiera, y los caballos heridos y sofocados por el calor, ni obedecían ya el freno, ni podían moverse: echaron los jinetes pie á tierra, y arremetieron espada en mano..... la mayor parte rompieron también sus aceros, pero no por eso dejaban de combatir, los unos con el pedazo de alfanje que en las manos les quedaba, los otros hasta con puñados de arena y de guijo. Los que no hallaban con qué herirse se abrazaban cuerpo á cuerpo, se asían por la garganta, por los cabellos, luchando, haciéndose rodar por el polvo, sobre los cuerpos de los heridos, de los moribundos, de los muertos. Hacia el mediodía la victoria estaba indecisa, faltaban ya á todos las fuerzas...., cuando de repente vienen de Córdoba algunos centenares de hombres á mezclarse en la pelea. No eran guerreros, era un populacho tumultuoso de artesanos, de ganapanes, de carniceros, ávidos de sangre, armados de lanzas ó de espadas, de hachas, de palos, de cuchillos ó de piedras.... que en otra ocasión no hubieran excitado sino risa, pero

(1) Xerif Aledris. Geogr.—Ben Alabar, Cassiri, tom. 2.—Conde, cap. xxxiii.—Al Khatib de Granada, part. I.

(2) Según el Pacense, le exigió 27,000 sueldos. Chron., n. 39.

que en la crisis en que la lucha se hallaba no tuvieron que hacer sino ó prender ó degollar.... (1).»

Alzóse Thueba de resultas de esta batalla con el poder soberano de la Península: recompensó á Samail dándole el emirato independiente de Zaragoza y de la España oriental, pero los walíes de Toledo y de Mérida se negaron á obedecer al usurpador. Así se fraccionaba ya en pedazos el imperio fundado por Muza y Tarik. La anarquía, el desorden y la inseguridad eran tales, que hasta los labradores y pastores tenían que defender con las armas sus propiedades y ganados. Era esto en ocasión que Alfonso de Asturias paseaba los estandartes cristianos, desde la Lusitania hasta la Vasconia. Aprovechábase bien Alfonso del desconcierto de los musulmanes. En tan Angustiosa situación las diferentes razas de árabes, sirios, egipcios, persas, yemenitas y berberiscos, por un natural instinto de conservación acordaron dar una tregua á sus rivalidades y reunir todas las fuerzas del Islam bajo la autoridad única y central de un emir. Congregáronse los más nobles jeques en Córdoba en una especie de asamblea general de los Estados musulmanes, y conviniendo en la necesidad de elegir un jefe bastante enérgico que administrara justicia por igual y los sacara á todos de aquel estado de anarquía, recayó la elección en Yussuf ben Abderramán el Fehri, noble coraixita y caudillo acreditado, que había sabido mantenerse extraño á todos los partidos, siendo por esta razón recibido su nombramiento con aplauso y contentamiento universal (746).

Dedicóse Yussuf á escuchar y satisfacer las quejas de los pueblos; arregló la administración, reformó la estadística, destituyó á los malos gobernadores, consagró la tercera parte de las rentas de cada provincia á la construcción de mezquitas y á la reparación de puentes y caminos, y dividió la España musulmática en cinco grandes provincias ó emiratos cuyas capitales eran: Córdoba, Toledo, Mérida, Zaragoza y Narbona. De hecho el emir de España obraba ya con independencia del califa de Damasco, ó era por lo menos una dependencia casi nominal. De ello se valió el ambicioso Ahmer ben Amrú, walí de Sevilla, para intrigar con el califa contra Yussuf y Samail á quienes aborrecía mortalmente. Descubrióse la intriga por una carta que le fué interceptada. Yussuf y Samail trataron de deshacerse de Ahmer y no pudieron lograrlo (753). Nuevas guerras civiles volvieron á ensangrentar los campos de la España musulmana, porque le fué fácil á Ahmer indisponer de nuevo á las siempre rivales y jamás bien unidas tribus. Pelearon, pues, otra vez encarnizadamente árabes, sirios, egipcios y mauritanos, y guerrearon entre sí los emires y walíes de Córdoba, Zaragoza y Toledo. Toda la España ardía en guerras civiles: todos sufrían: era un estado insoportable. Veremos cómo el mismo exceso del mal les inspiró el remedio.

---

(1) Manuscrito árabe de la Biblioteca Real de París, citado por Fauriel, tom. III.

## CAPÍTULO IV

## LOS OMMIADAS DE CÓRDOBA

*De 756 á 774*

Revolución de Oriente.—Cambio de dinastía en el califato de Damasco.—Los Omeyas.—Los Abassidas.—Horrible exterminio de la familia destronada.—Aventuras del joven Abderramán el Beni-Omeya.—Acuérdase la fundación de un imperio independiente en España.—El proscrito Abderramán es llamado de los desiertos de Africa para ocupar el trono musulmíco español.—Su recibimiento en Andalucía.—Prosiguen las guerras civiles.—Yussuf y Samail.—Triunfos de Abderramán.—Los hijos de Yussuf.—Marsilio.—Irruptiones de africanos.—Nuevos triunfos y nuevas contrariedades de Abderramán.—Sitio de Toledo.—Guerra de las Alpujarras.—Espantosa noche en Sevilla.—Sosiégase la Andalucía.—Considerable fomento y desarrollo que dan á su marina los árabes de España.

«Lado seas, Señor Dios, dueño de los imperios, que das el señorío á quien quieres, y ensalzas á quien quieres, y humillas á quien quieres. En tu mano está el bien y el mal, y tú eres sobre todas las cosas poderoso.» Así exclama un autor arábigo al dar cuenta de la gran revolución y mudanza que sufrió el imperio musulmíco, y que vamos á referir nosotros en el capítulo presente.

No era solamente en África y en España, no era sólo en estos dos emiratos independientes de Damasco donde ardía el horno de las guerras civiles, donde lo devoraba todo el fuego de la discordia. Acontecía otro tanto en Siria, en el centro del imperio, en la corte misma de los califas. Por eso no podían ni reprimir con mano fuerte las revueltas de África y España, ni atender al buen gobierno de estas dependencias, ni evitar que se desgarraran en disensiones. Antes bien, veían cómo se iban aflojando los lazos de estas provincias con el gobierno central, y cuando los walíes de las ciudades procedían á nombrar su emir de propia autoridad y sin consultar á Damasco, como sucedió con Yussuf en España, la situación vacilante y débil en que se encontraban los califas los obligaba á ratificarlo, ya que no podían impedirlo.

Combatido y vacilante traían las contiendas civiles el trono imperial de Damasco, principalmente en los cuatro últimos reinados, desde Walid ben Yezid hasta Meruán, todos de la ilustre familia de los Beni-Omeyas, que había dado catorce califas al imperio. Meruán veía la marcha que hacia la emancipación iban llevando las provincias más apartadas. Pero amenazábale todavía otro mayor peligro. La raza de los Abassidas (Beni-Alabas), descendientes de Abbas, tío de Mahoma y abuelo de Alí, aquel á quien el Profeta había dado en matrimonio su hija Fátima, aspiraba á su plantar en el trono á los Ommiadas ó descendientes de Abu Sofián. Uno de ellos, Abul-Abbas el Seffah, ayudado de su tío Abdallah y del vazir Abu-Moslema, hombre feroz, tipo de los déspotas de Oriente, á quien no se había visto reír en su vida, y que se jactaba de haber muerto medio millón de hombres, levantó el negro pendón de los Abassidas contra el

estandarte blanco de los Omeyas, en cuyos colores se significaba la irreconciliable enemistad de los dos bandos. Meruán llamó á todos los fieles á la defensa de la antigua dinastía imperial; pero emprendida la guerra, perdió Meruán el trono y la vida en una batalla á manos de Saheh, hermano de Abdallah. Abul-Abbas se sentó en el trono de Damasco. Gran revolución en el imperio musulmíco de Oriente. Ella se hará sentir en España (749).

Horrible y bárbaro furor desplegaron los vencedores contra la familia del monarca destronado. Propusieron exterminar hasta el último vástago de la noble estirpe de los Omeyas. Todos los que podían ser habidos eran degollados. Noventa miembros de aquella ilustre raza habían hallado asilo cerca de Abdallah, tío del nuevo califa; convidóles aquél á un festín en Damasco, como en demostración de querer poner un término á las discordias. Cuando los convidados aguardaban á los esclavos que habían de servirles á la mesa exquisitos manjares, entraron de tropel en el salón del banquete los verdugos de Abdallah, y arrojándose á una señal suya sobre los noventa caballeros, apaleáronlos hasta hacerlos caer exánimes. El feroz Abdallah hizo extender una alfombra sobre aquellos cuerpos expirantes, y sentado con los suyos sobre el sangriento lecho, tuvo el bárbaro placer de saborear las delicadas viandas oyendo los gemidos y sintiendo las palpitations de sus víctimas. Otro tío de Abul-Abbas hizo degollar á los Omíadas de Bassorah, y arrojó sus cadáveres á los campos para que los perros y los buitres les dieran sepultura. Falta serenidad y aliento para referir el refinamiento de los suplicios inventados para acabar con la familia y raza de los Omeyas (1).

Sólo un tierno vástago de aquella esclarecida estirpe, mancebo de veinte años, ausente de Damasco al tiempo de las ejecuciones, había logrado salvar su cuello de la tajante cuchilla de los Abassidas. «Bendito sea aquel Señor, vuelve á exclamar aquí el escritor arábigo, en cuyas manos están los imperios, que da los reinos, el poderío y la grandeza á quien quiere.... Estaba escrito en la tabla reservada de los eternos decretos que, á pesar de los Beni-Alabas y de sus deseos de acabar con toda la familia de los Beni-Omeyas, todavía se había de conservar una fecunda rama de aquél insigne tronco que se establecería en Occidente con floreciente estado.» Era este joven Abderramán ben Moawiah, nieto de Hixem, décimocalifa de los Omeyas. Huyendo este joven príncipe de la furiosa persecución de los sacrificadores de su familia, refugióse á Egipto, donde anduvo errante de lugar en lugar, temeroso siempre de ser reconocido. Espiados allí sus pasos, tuvo que pasar al país de Barca, donde entre aquellas tribus salvajes halló una hospitalidad que le era negada en su patria. Allí el ilustre proscrito, criado en las delicias de la corte y del serrallo, hacía la vida agreste del beduino, manteniéndose de leche y de cebada medio cocida, y abrigándose en un humilde aduar, pero admirando á todos por su agilidad y destreza en el manejo de un caballo, por su conformidad en las privaciones, por el sufrimiento en las fatigas y por la serenidad en los

(1) Abulfeda, *Annal. moslem.*—D'Herbelot, *Bibliotec. Orient.*—Conde, part. I. cap. xxxix.—Al Makari, *History of the mohamm. dinast.*—Roder. Tolet. *Hist. Arab.*



peligros. Un día llegaron allí los emisarios del califa con un grueso destacamento de caballería: «¿Está por aquí, preguntaron á los beduinos, Abderramán el Beni-Omeya?—Aquí ha venido, respondieron, un joven desconocido que acompaña á la tribu en sus cacerías: hacia aquel valle ha salido con otros jóvenes á la caza de los leones.» Y les señalaron una lejana cañada. Dirigiéronse allí los satélites del califa, y entretanto avisado Abderramán pudo fugarse con seis animosos jóvenes del aduar que se brindaron á escoltarle.

Caminaron los siete viajeros cruzando montes y collados de arena, oyendo á su paso el rugido de los leones y el maullido de los tigres, y errando de desierto en desierto llegaron á Tahart, en la Mauritania, capital de la tribu de los zenetas, donde había nacido Tarik, el conquistador de España (1). La madre de Abderramán era también originaria de aquella tribu. Allí encontró el joven príncipe su patria. Su desgracia, su amabilidad, su noble continente, interesó á los jeques de aquella rústica tribu, y todos le ofrecieron protección. Pero hasta en aquellas apartadas comarcas le perseguía el odio inextinguible del califa (2).

Acontecía esto en ocasión que la guerra civil assolaba las más fértiles provincias de nuestra España, cuando Yussuf, Samail y Ben Amrú, y las razas partidarias de cada caudillo traían los pueblos fatigados con sus peleas, y los hacían víctimas de sus rivalidades y particulares enconos. El mismo exceso del mal, decíamos al terminar el anterior capítulo, les inspiró el remedio. Resueltos á oponer un dique al torrente de tantas calamidades, acordaron los ancianos y jeques de todas las tribus celebrar una junta en Córdoba, con objeto de arbitrar un medio de salir de tan angustioso y aflictivo estado. Congregáronse hasta ochenta venerables musulmanes con sus largas y blancas barbas, como por milagro escapados de la muerte en tantas guerras civiles (3). Convinieron todos en la poca esperanza que había de poder salvar la España musulmana de los horrores de la anarquía, y en el ningún remedio que podían aguardar de la corte de Damasco, agitada como estaba ella misma y á tan larga distancia de la Península. Ayub el de Emeso propuso, como único medio de salvación, elegir un jefe que los gobernara con independencia del imperio de Oriente, y ante el cual todos se inclinaran, pues ni ellos ni los pueblos debían ser por más tiempo juguete de las miserables ambiciones de sus caudillos. ¿Pero dónde hallar un hombre que reuniera tan excelentes dotes como se necesitaban para salvar así la causa del Islam en España? Suspensos estaban todos, hasta que se levantó Wahib ben Zahir, diciendo: «La elección de un príncipe no es dudosa: yo os propongo un joven descendiente de

(1) Es también el país donde en nuestros días se estableció, según DeFrance, el célebre Abdelkader. Pertenecía al Algarbe ó Magreb de Mediodía.

(2) Conde, part. II, cap. I.

(3) Id. cap. II. Es la segunda vez que vemos á los musulmanes de España reunirse en asamblea para elegir un jefe que los gobernara. Creemos por lo tanto que se equivocó el ilustrado Roseew-Saint-Hilaire, cuando, al hablar de la que antes celebraron los jeques de las tribus árabes y egipcias para nombrar á Yussuf, dice: «Esta asamblea, única de este género de que hallamos vestigio en los historiadores árabes....» *Histoire d'Espagne*, lib. III, c. III.

nuestros antepasados califas, y del linaje mismo del Profeta. Proscrito y errante vaga ahora por los desiertos de África sin familia ni hogar: pero aunque perseguido y prófugo, es tal su superioridad y su mérito, que hasta los bárbaros le quieren y le veneran. De Abderramán os hablo, el nieto del califa Hixem ben Abdelmelek.» Aprobaron todos los jéques el pensamiento, y acordó la asamblea que Theman y Wahib pasasen en comisión á Africa á ofrecer en su nombre al fugitivo huérfano Beni-Omeya un trono independiente en la Península española. Partieron los emisarios, y los demás quedaron preparando los ánimos para el buen éxito de la importante resolución acordada en la asamblea (1).

Mientras los comisionados desempeñaban su encargo cerca del príncipe sirio, á quien hallaron en un pobre aduar de la tribu de los zenetas, Yussuf, vencedor en Aragón del rebelde Amrú, después de haber tenido á éste, con su hijo y su sagaz secretario el Zohiri, encarcelados en Zaragoza, habíalos conducido á Toledo en camellos y con cadenas. Descansado que hubo algunos días en aquella ciudad, partía para Córdoba con los caudillos de Andalucía, cuando una tarde, reposando con su familia en un ameno y frondoso valle del camino, llegaron dos mensajeros anunciándole que los pueblos de tierra de Elvira estaban esperando con ansia la llegada de un príncipe Ommiada, á quien habían ofrecido el gobierno de España, y que era universal el levantamiento y entusiasmo por aquel príncipe. Indignado con esta nueva Yussuf, descargó su cólera y rabia sobre los infelices prisioneros, mandándolos despedazar en el acto. El emisario no le había engañado. En aquellos momentos el príncipe Abderramán con viento propicio verificaba su tránsito de las costas de Argel á las playas de Almuñécar. Agolpáronse los pueblos á recibir al ilustre vástago de los Beni-Omeyas, llamado del desierto para ocupar el trono de España (755). Acompañábanle sobre mil jinetes de la tribu africana que le había dado asilo. No bien puso sus plantas en tierra española el joven príncipe, la muchedumbre le victoreó con frenético entusiasmo: los jeques y caudillos de las tribus sirias y egipcias saludáronle con júbilo y rindiéronle homenaje. La gallarda presencia del joven, que entonces contaba veinticinco años, su talle esbelto y varonil, su dulce mirada y graciosa sonrisa, todo contribuía á aumentar la satisfacción y realzar la idea que les habían hecho formar de la gentileza del deseado príncipe. Escortado por sus fieles zenetas, y seguido de una inmensa comitiva, atravesó la Alpujarra y llegó á Elvira, incorporándosele en el camino voluntarios de todas partes de Andalucía. Toda su marcha fué una verdadera ovación. Cuando llegó á Sevilla llevaba ya veinte mil hombres armados, y la ciudad le dispuso una entrada triunfal. Jamás príncipe alguno fué más sinceramente aclamado. «Dios ensalce á Abderramán ben Moawiah,» era el grito que resonaba por todas partes.

Súpolo todo Yussuf el Fehri, y excusado es decir el enojo y desesperación que le causaría. Dió orden á su hijo para que defendiese la ciudad y comarca de Córdoba, mientras él y Samail allegaban gente en las demás partes, y ponían en movimiento las tribus amigas de Mérida, Toledo, Va-

(1). Conde, cap. III.

lencia y Murcia. Pero la suerte había abandonado á los caudillos que con sus rivalidades habían manchado de sangre el suelo de España, y puéستose del lado del que aparecía en ella como el iris de paz en medio de tantas tormentas, y que había de brillar después como un sol en despejado horizonte. El joven Abderramán batió al hijo de Yussuf, que le había salido al encuentro, y le obligó á encerrarse en Córdoba. Adelantábanse en tanto Yussuf y Samail con numerosas huestes, confiados en vencer fácilmente á un joven inexperto y bisoño. Pero Abderramán, dejando en el cerco de Córdoba diez mil infantes, salió con otros tantos caballos al encuentro de los dos orgullosos caudillos; á pesar de la inferioridad y desproporción numérica, embistió Abderramán con tal ímpetu que no hubo filas que resistieran las lanzas de sus fogosos escuadrones: los dos ejércitos combinados quedaron deshechos. Yussuf no paró hasta Lusitania; Samail, con las reliquias de su gente, se retiró hacia Murcia; el hijo de Yussuf salió con sus tropas desalentadas camino de Mérida, y Córdoba abrió sus puertas al vencedor.

De esta manera quedó en poder de Abderramán la ciudad que había de ser asiento y silla de su imperio. Y aunque todavía para asegurar su naciente trono tuvo que luchar contra recios huracanes, quedó, por decirlo así, instalado el imperio árabe español, independiente de Asia y África, empezando la dinastía de los califas árabes españoles con el último y único vástago de la familia de los Beni-Omeyas, que por tantos años había tenido el califato de Damasco.

Dióse pocos días de reposo Abderramán en Córdoba. Salió luego para Mérida con la mayor parte de su ejército. Las ciudades le abrían sus puertas como á un libertador, y los jeques se le presentaban á rendirle homenaje. Mas noticioso el hábil Yussuf de la escasa guarnición que en Córdoba había dejado, dirigióse rápidamente á esta ciudad por desusadas sendas, como práctico que era ya en el país, y apoderóse de ella por un atrevido golpe de mano. Avisado de ello Abderramán, retrocedió con no menos precipitación, si bien Yussuf, no teniendo valor para esperarle en la ciudad, había corrido ya con su hueste, reunida otra vez á la de Samail, hacia tierra de Elvira. Allí los siguió el intrépido sirio, y acosándolos por entre los desfiladeros de la Alpujarra, dióles alcance en Almuñécar (*Hins Almunecab*, fortaleza de las lomas), teatro de las primeras glorias de Abderramán. Empeñóse allí otra más brava y tenaz pelea, en que la fortuna favoreció segunda vez las armas del ilustre descendiente de los califas. Retiráronse á Elvira los vencidos, y parapetáronse al abrigo de la villa de los Judíos (756). La poca gente que á Samail quedaba, el prestigio que veía ir ganando al joven Omniada, la idea que este último golpe le había hecho formar de las altas prendas militares del ilustre emir, todo le movió á proponer á su compañero Yussuf el venir á una avenencia y transacción con el afortunado vencedor de Córdoba y de Almuñécar. Accedió á ello Yussuf aunque con repugnancia. Deseaba también Abderramán poner término á tan sangrienta guerra, y estipuláronse los tratos. Mostróse en ellos Abderramán tan generoso, que queriendo premiar á Samail por la parte que había tenido en la sumisión de Yussuf, le dejó el gobierno de la España Oriental. A Yussuf ofreció completo olvido de lo pasado, y éste por

su parte hizo entrega de las fortalezas de Elvira y la Alpujarra. Tremoló pues el pendón blanco de los Omniadas en todas las fortificaciones de las márgenes del Darro y del Genil, y los sometidos pasaron á tierra de Murcia, donde los hijos de Yussuf, más tenaces aún que su padre, no dejaron de conspirar y atizar de nuevo la guerra.

Terminada esta campaña, procedió el joven emir (1) á visitar algunas provincias y ciudades principales, entre ellas Mérida, donde entró con gran pompa á la cabeza de sus fieles y distinguidos zenetas. Paseó la ciudad á caballo entre las aclamaciones de una multitud encantada de su amabilidad, gentileza y gallardía: él por su parte tuvo todavía ocasión de admirar los magníficos restos de la famosa Emérita de Augusto: trató con su genial dulzura á musulmanes y cristianos, y recibió allí los enviados de las ciudades de Extremadura y Lusitania que iban á ofrecerle sus respetos. Recorrió después algunas comarcas de los Algarbes, y regresó apresuradamente á Córdoba con motivo del estado crítico de la sultana Howara, que á los pocos días le dió felizmente un hijo. Entonces, contando ya más asegurado el trono (757), decidióse á hacer la capital del emirato asiento y corte del nuevo imperio. Las horas que los negocios del Estado le dejaban libre, entreteníalas agradablemente en los bellos jardines de Córdoba que le recordaban con placer los de su amada Siria. Para que fuese más vivo el recuerdo, plantó con su mano aquella esbelta palma que tan célebre se hizo en los anales de la España musulmana. En otro lugar hemos observado la singular circunstancia de haber sido plantada la reina de las selvas orientales por la mano de un árabe ilustre en los mismos sitios en que ocho siglos antes había crecido el famoso plátano puesto por el más ilustre de los capitanes romanos. Los jardines de Córdoba eran testigos de estas grandes revoluciones de los tiempos: un mismo recinto veía sucederse una planta á otra planta, un héroe á otro héroe, y un imperio á otro imperio. Pero César era guerrero é historiador, y su plátano tuvo que celebrarle un poeta de España; Abderramán era guerrero y poeta, y él mismo compuso á su palma aquella célebre y tierna balada que los árabes repetían de memoria, y que revela toda la dulzura de sentimientos del joven príncipe Omniada:

Tú también, insigne palma,—eres aquí forastera;  
De Algarbe las dulces auras—tu pompa halagan y besan.  
En fecundo suelo arraigas,—y al cielo tu cima elevas.  
Tristes lágrimas lloraras,—si cual yo sentir pudieras;  
Tú no sientes contratiempos,—como yo, de suerte aviesa:  
A mí de pena y dolor—continuas lluvias me anegan:  
Con mis lágrimas regué—las palmas que el Forat (2) riega;  
Pero las palmas y el río—se olvidaron de mis penas,  
Cuando mis infaustos hados—y de Alaba la fiereza

(1) Aunque el objeto había sido hacer de España un imperio musulmánico independiente, los primeros soberanos Omniadas de Córdoba sólo tomaron el modesto título de *Emires*; y aunque no usaron hasta más adelante el de *Califas*, comunmente se los nombra en las historias arábicas y cristianas desde Abderramán I, ó califas ó reyes ó emperadores. Nosotros, hecha esta salvedad, emplearemos también cualquiera de estas denominaciones generalmente adoptadas.

(2) El Éufrates.

Me forzaron á dejar—del alma las dulces prendas.  
 A tí de mi patria amada—ningún recuerdo te queda;  
 Pero yo, triste, no puedo—dejar de llorar por ella (1).

A invitación de Abderramán vinieron á España muchos personajes ilustres de los que por adictos á la causa de los Beni-Omeyas andaban proscritos y errantes por Siria, Egipto y África, que fueron los troncos de otras tantas familias nobles en España. A todos los honró y distinguió el nuevo soberano, y á Moavia ben Salehi, que de su orden había ido á ofrecer una nueva patria á aquellos desterrados ilustres, le nombró *Cadí de los Cadíes* ó juez superior del nuevo imperio.

Poco tiempo gozó Abderramán las dulzuras de sus pacíficos entretenimientos. El tenaz y nunca escarmentado Yussuf, faltando á los compromisos de Elvira, había alzado de nuevo banderas contra el emir, llamándole el *Adaghel* (el aventurero, el intruso), y proclamándose emir legítimo de España. Dió Abderramán el encargo de perseguirle al walf de Sevilla Abdelmelek ben Omar, el famoso *Marsilio* de las crónicas cristianas y de los romances moriscos (2), que pronto recobró las plazas de que Yussuf se había apoderado. Alcanzándole después en los campos de Lorca, la hueste rebelde fué acuchillada, y el mismo Yussuf se encontró entre los cadáveres acribillado de heridas. Su cabeza fué enviada al emir, que la hizo clavar á una de las puertas de los muros de Córdoba. Así acabó el valeroso y tenaz Yussuf el Fehri (759). Su antiguo compañero Samail, que gobernaba el Oriente de España, renunció el mando de su provincia y se retiró á vivir tranquilamente en su casa de Sigüenza.

Pero, ¿acabaron con esto las conspiraciones y las revueltas entre los dominadores musulmanes? Condenado estaba el buen Abderramán á no gozar momento de descanso en el trono, como no le había gozado en el destierro. Jamás imperio alguno había sido más espontáneamente ofrecido: ninguno había de ser á costa de más fatigas consolidado. Carácter era de aquellas gentes no renunciar nunca á los odios de tribu y de familia, transmitirse el encono de generación en generación y no extinguirse nunca. Los hijos de Yussuf se encargaron de continuar la obra de su padre, y la bandera de la rebelión se alzaba alternativamente en la España Central y Meridional, ó en todas partes á un tiempo. Ni porque el mayor de los tres, Abderramán, fuera cogido y su cabeza enviada á adornar la muralla de Córdoba al lado de la de su padre; ni porque al segundo, Abul Amad, prisionero á su vez, le fuera generosamente perdonada la vida; ni porque el tercero, Cassim, vencido en Sevilla y Algeciras, hallara todavía indulgencia en el magnánimo corazón de Abderramán, que se contentaba con enviarle á una prisión de Toledo, nada bastaba á escarmentar aquella familia aviesa é incorregible; y escapados de una prisión ó sacados de ella

(1) Traducción de Conde. En este género de metro, el más usado en la poesía árabe, cada uno de los versos, divididos por dos hemistiquios, equivale á dos de los de nuestros romances.

(2) Contracción sin duda de *Omares filius*, como llamarían los cristianos á *Ben Omar*, y después por corrupción *Marsilius* y *Marsilio*. Es el célebre personaje mencionado en los romances de Carloingno, en los cantos de Ariosto y en la escena del retablo de Maese Pedro en el *Quijote*.

por sus parciales, volvían á hacer armas y á conmover el imperio, y costábale á Abderramán el sujetarlos ó largos cercos ó sangrientas batallas. Llegó el emir á arrepentirse de su clemencia, y el mismo Samail, cuando retirado en su casa de Sigüenza acaso no se acordaba de conspirar, hizo-se sospechoso, y arrancado de su retiro y llevado á Toledo, murió al poco tiempo en un calabozo (761).

Otras contrariedades y reveses sufría entretanto por otra parte el imperio musulmico español. Narbona, aquella célebre capital de la Septimania árabe, caía, al cabo de cuarenta años de dominación musulmana, en poder de Pepino, hijo de Carlos Martell, que llevaba siete años prosiguiendo activamente la obra de su padre. Después de un largo asedio sucumbió aquel postrer baluarte de los mahometanos en la Galia, y la guarnición sarracena pereció al filo de las espadas de los feroces y sanguinarios francos. Si de España había intentado algún caudillo ismaelita llevar socorros á sus hermanos de Narbona, había sido destrozado en el Pirineo de la España Oriental; que ya los cristianos de Cataluña se atrevían, á ejemplo de los de Asturias, la Cantabria y la Vasconia, á caer sobre los infieles desde los desfiladeros de sus montañas.

Abderramán estaba destinado á no reposar. Los Abassidas de Oriente, los mortales enemigos de su estirpe, no le tenían tampoco olvidado. Era imposible que vieran con indiferencia á un vástago de la raza proscrita fundar un imperio en Occidente. El califa Almansur, sucesor de Abul-Abbas, que había trasladado la silla del imperio á Bagdad, envió á las costas de Andalucía con poderosa hueste al walf de Cairván Alí ben Mogueitz, que comenzó á recorrer el país excitando la insurrección contra Abderramán, el intruso, el usurpador, el maldecido, y proclamando al Abassida Almansur, califa de Oriente y de Occidente (763). Encendióse con esto en Toledo la llama de la rebelión mal apagada. Cada día se allegaban nuevos rebeldes en derredor del estandarte negro de los Abassidas. Pero no amilanó esta nueva tormenta al ilustre y valeroso Omniada, cuyo destino era pelear y vencer, estar siempre venciendo, pero siempre é incesantemente peleando. Encontráronse ambas huestes entre Badajoz y Sevilla. Siete mil abassidas quedaron en el campo. Pereció Alí entre ellos: algunos grupos de fugitivos pudieron ganar la Sierra de Ronda.

Al poco tiempo de esta batalla, una mañana amaneció en la plaza pública de Cairván un trofeo sangriento. Sobre una columna ó poste se veía clavada una cabeza humana junto con algunos truncados miembros. Encima había un rótulo que decía: *Así castiga Abderramán ben Moawiah ben Omeya á los temerarios como Alí ben Mogueitz, walf de Cairván.* Eran la cabeza y miembros de Alí que el vencedor había hecho trasportar secretamente á la capital del emirato africano.

Muy irritado debía estar Abderramán para cometer un acto de tan ruda ferocidad, habiéndose hasta entonces distinguido tanto por lo humanitario y lo clemente. ¡Cuánto endurece la guerra los corazones más propensos á la piedad (1)!

(1) Añaden que el califa exclamó con este motivo: «Este hombre es el mismo Eblis (*Satans*). ¡Loado sea Dios que ha puesto un mar entre él y yo!»

Lo peor fué que ni por eso terminaron las rebeliones. El viejo Hixem ben Adra, obstinado en sostener la doble causa de los Abassidas y de los Fehries, sorprendió á Sevilla, la saqueó y corrió á encerrarse en Medina Sidonia, donde se habian reunido todos los caudillos facciosos. El célebre *Marsilio* fué sobre ellos, y de tal manera los apretó, que no les quedaba otra alternativa que capitular ó romper la línea enemiga erizada de lanzas. Adoptaron este último partido, y en una noche tenebrosa hicieron una arremetida súbita, por dos diferentes puertas de la ciudad, logrando muchos de ellos ganar los riscos de la Serranía de Ronda. Hixem, menos afortunado y más viejo, habiendo tenido la desgracia de que su caballo tropezase, cayó en poder del terrible Marsilio, el cual, temiendo que la excesiva bondad de Abderramán le hiciese todavía gracia de la vida, le cortó inmediatamente la cabeza y se la envió al emir en señal de la victoria según costumbre. Medina Sidonia abrió las puertas al vencedor Marsilio (765).

Pero el ilustre Omniada, después de haber corrido por Egipto y África todos los azares, todas las vicisitudes de un proscrito, semejábase en España á un bajel lanzado en medio del Océano y contra el cual el dios de los mares parecía complacerse en conjurar todos los elementos y en levantar una tras otra cien deshechas borrascas. Así fué que los rebeldes escapados de Medina Sidonia, abrigados en las fragosidades y riscos de las ásperas sierras de Ronda y de la Alpujarra, no contentos con hacer desde aquellas breñas una guerra de pillaje, enviaron á África á invitar para que viniese á capitanearlos al joven Abdel-Gafir, walí de Mequinez (Meknasah), que se jactaba de descender de Fátima, la hija del Profeta, y cuyo pujante brazo, preclaro linaje, y brillantes virtudes ponderaban los rebeldes de España diciendo á los de Elvira: «Ahora vendrá un caballero de fuerte brazo, descendiente del Profeta, que derribará del trono al usurpador y al intruso.» Halagó á Abdel-Gafir una invitación que no esperaba, y que lisonjeaba grandemente su genio y carácter aventurero, y reclutando porción de moros, dispúsose á venir á España. En vano Abderramán quiso activar la guerra contra los fieros alpujarreños, en vano puso á pregón las cabezas de los caudillos rebeldes, en vano envió naves de guerra que protegiesen las costas de Málaga y de Almería: el atrevido walí de Mequinez no por eso dejó de desembarcar junto á Almuñécar, y tremolando el negro pendón de los Abassidas, á que unió el verde de los Fatimitas, que era el suyo propio, é incorporado á los insolentes guerrilleros de aquellas sierras, comenzó por de pronto una campaña de depredación, aunque limitándose á algunas ligeras excursiones y sin osar internarse demasiado en la tierra llana.

Por entonces el walí de Elvira Ased el Schebani, cuya larga permanencia en aquella ciudad le había dado ocasión de conocer el genio indomable y fiero de los montañeses de aquellas sierras, no considerando á Elvira susceptible por su posición de la conveniente defensa contra los ataques de los turbulentos alpujarreños, determinó fortificarse en lugar más oportuno, y comenzó á ceñir de sólidos muros y espesos torreones las inmediatas colinas de *Garnathah*, la ciudad de los judíos, desde cuya altura podía dominar y explorar de un solo golpe de vista toda la comarca.

abundante por otra parte de aguas y de víveres. Entonces fué cuando echó los cimientos del castillo que con el nombre de Alcazaba se conoce hoy todavía en Granada y forma parte de la ciudad (1). Pero Ased no pudo ver concluída su obra, porque encargado por Abderramán de perseguir los rebeldes del distrito, después de atacarlos briosamente á la cabeza de sus tropas y arrojarlos de sus posesiones, cayó mortalmente herido de una lanzada y falleció luego en Elvira. Grandemente sintió el emir la muerte de su fiel Ased, y nombró en su lugar á un caballero sirio llamado Abdel-Salem ben Ibrahim, el cual tenía doce hijos que todos llevaban las armas en favor de Abderramán. Ufanos los rebeldes de Sierra Elvira con la muerte del walí, y protegidos por nuevos moros venidos de Africa, reunidos todos bajo las órdenes de Abdel-Gafir, plagaron la Serranía de Ronda y con continuos amagos y rebatos nocturnos trabajaban los distritos de Arcos y Osuna, si bien contenidos por la gente de Écija, de Sevilla y de Carmona, que los hacían replegar á sus montuosas guaridas (766).

Otros cuidados embargaban al propio tiempo á Abderramán.

Los rebeldes de Toledo, sitiados tres años hacía, estábanlo tan flojamente, que más bien que cerco parecía ser una tregua ó convenio tácito entre sitiadores y sitiados de guardar cada cual sus posiciones sin hostilizarse. Tal estado de cosas no podía convenir á Abderramán, y menos en las circunstancias en que se hallaba; y así encargó al activo Teman ben Alkama que partiese á estrechar el sitio y apresurar la rendición de la ciudad. La presencia de Teman cambió la inercia en movimiento y la apatía en actividad. Al ver sus enérgicas disposiciones, aterrorizados los de Toledo abrieron las puertas implorando la clemencia del vencedor, no sin haber dejado antes escapar á nado por la parte superior del río á Cassim ben Yussuf, aquel hijo menor del famoso Fehri, tantas veces afortunado en deber á la fuga su salvación.

Entretanto Abdel-Gafir de Mequinez inquietaba desde sus montuosos abrigos á los alcaldes de Écija, de Baena, de Sevilla, de Carmona, de Arcos y de Sidonia, y su osadía creció con el suceso siguiente. Los walíes de Africa, empeñados en arrojar de España á Abderramán, y conceptuándole apurado con la guerra de Elvira y con la de los cristianos del Norte, enviaron á las costas de Cataluña una escuadra de diez buques con tropas aguerridas al mando del jefe abassida Abdalla ben Abih el Seklebi. La noticia de este desembarque inspiró serios temores á Abderramán, que abandonando los alcázares y jardines de Córdoba, marchó apresuradamente en dirección del punto nuevamente amenazado. Mas antes de llegar á Valencia recibió aviso del walí de Tortosa de haber dispersado ya á los africanos y obligádoles á reembarcar con gran pérdida. En la refriega había muerto su jefe el Seklebi. Abderramán aprovechó esta ocasión para visitar la parte oriental de su imperio que aun no había visto, y recorrió Tortosa, Barcelona, Tarragona, Huesca y Zaragoza, volviendo por Toledo y Calatrava á Córdoba, donde hizo una especie de entrada triunfal. Pero aquellas bandas dispersas de africanos habían logrado incorporarse con las de Abdel-

(1) Conde, part. II, cap. XVIII.—Marmol, *Rebel. de los morisc.*, lib. I.



Gafir, con cuyo inesperado refuerzo envalentonado el molesto caudillo, se atrevió á tentar fortuna en la tierra llana, invadiendo las comarcas de Antequera, Estepa y Archidona, y avanzando hacia Sevilla. Noticioso de esta aproximación salió á su encuentro el valeroso Marsilio (Abd-el-Melek ben Omar), y como enviase de descubierta un destacamento al mando de uno de sus hijos, joven tímido é inexperto, no avezado á los horrores de la guerra, sorprendido el mancebo y bruscamente atacado por la caballería de Abdel-Gafir, volvió bridas á su caballo y corrió á ampararse al lado de su padre. Marsilio, indignado de verle huir tan cobardemente, no pudiendo reprimir la cólera: *tú no eres mi hijo*, exclamó; *tú no eres un Meruán: muere, cobarde*. Y enristrando ciegamente la lanza, le derribó del caballo, llenando de terror á los circunstantes (768).

Sangrienta y brava fué la lucha que se emprendió al siguiente día. El grueso de la facción acudió á Sevilla en la confianza de que Ayub ben Salem les abriría las puertas de la ciudad. Abdel-Gafir ocupó á Alxarafe (hoy San Juan de Alfarache), donde esperó las tropas de Marsilio. Al penetrar en las calles este intrépido jefe, una lluvia de venablos y de saetas lanzadas desde las ventanas diezmó sus filas, sus mejores oficiales pagaron con la vida tan temerario arrojo y el mismo Marsilio cayó gravemente herido. Entretanto en Sevilla ejecutábase otra no menos sangrienta tragedia. Ben Salem se había alzado abiertamente en favor de los rebeldes, ocupado el alcázar y degollado su guarnición. Abdel-Gafir, triunfante en Alxarafe, recibió aviso de avanzar: sus feroces hordas entraron sin obstáculo y ya de noche en Sevilla: el palacio del walf fué brutalmente destruido, robadas las casas de los opulentos vecinos, y entrados á saco los almacenes de víveres y armas. Infausta noche fué aquella. Cuando la desfrenada soldadesca se hallaba entregada á los horrores del más atroz vandalismo, vino á completar la confusión del sombrío cuadro la entrada de la caballería de Marsilio, que capitaneada por sus lugartenientes, irritada con la derrota de la víspera, penetró por las calles de la ya horrorizada población. Las tinieblas de la noche, el estrépito de los caballos, el sonido de los instrumentos bélicos, los lamentos de los despojados vecinos, los gritos de los sorprendidos saqueadores, los ayes de los moribundos y el crujir de las armas, todo formaba un conjunto de lúgubres y espantosas escenas, hasta que el resplandor del nuevo día vino á poner término al negro y sangriento cuadro. Abdel-Gafir con sus rebeldes se vió obligado á evacuar la ciudad y á retirarse á Callaza, y los sevillanos respiraron, que hartos lo habían menester (1).

Cansado Abderramán de tan larga y fatigosa guerra, resolvió dirigir en persona las operaciones militares. Trabajo le costó al ministro Teman contener los fogosos ímpetus del emir, que á la cabeza de sus fieles zeneas quería lanzarse á castigar la audacia del pertinaz é importuno Abdel-Gafir, al menos hasta que llegase el refuerzo de tropas que se había pedido á Mérida. Llegaron al fin éstas, y Abderramán puso en acción todos sus recursos materiales para una pronta y decisiva campaña. Combinó

---

(1) Conde, cap. xix.

diestramente su plan, y cuando el rebelde Abdel-Gafir acababa de vadear el Guadalquivir por la parte de Lora para ganar sus antiguas guaridas de la sierra, un ataque simultáneo de los dos ejércitos combinados arrolló completamente á las tropas rebeldes en las alturas de Écija, y una hora de matanza puso término á la guerra de siete años que tenía fatigado el país. El turbulento y porfiado Abdel-Gafir pereció atravesado de un lanzazo dirigido por la vieja pero vigorosa mano del anciano Abdel-Salem, que le cortó la cabeza con su propio alfanje. Más de cincuenta cabezas de caballeros africanos de la tribu de Mequinez fueron distribuidas en las poblaciones del país que habían sido teatro de la guerra, y clavadas según costumbre en los muros de las ciudades, sirvieron de sangriento trofeo en las plazas y edificios de Elvira, en la alcazaba de Granada, en los torreones de Almuñécar, y en las almenas de otras poblaciones de Andalucía. El vencedor Abderramán tomó enérgicas medidas para que no se reprodujese el fuego de la rebelión, y publicó un edicto de perdón para todos los que en un plazo dado depusiesen las armas y se acogiesen á su clemencia. Con lo que restituyó la paz á un país de tanto tiempo trabajado, y afirmó con ella su combatido trono (772).

Trasladóse el victorioso emir desde el campo de batalla de Écija á Sevilla con el fin de visitar y consolar al valiente y fiel Marsilio, que además de sufrir de sus heridas, se hallaba acongojado por la muerte que en un momento de ciego arrebato había dado á su hijo. Abderramán creyó conveniente alejarle de un país que le suscitaba dolorosos recuerdos, y le nombró walf de Zaragoza y de toda la España Oriental. Los grandes sucesos que en aquella tierra se preparaban habían de ofrecer á Abdelmelek un teatro digno de sus prendas, y allí había de ganar aquella fama que hizo tan célebre el nombre de *Marsilio* en las crónicas de la edad media y en los romances de Carlomagno, de cuyos sucesos nos habremos luego de ocupar.

Sosegada la tierra de Andalucía con la derrota de Écija, gozó al fin Abderramán de una paz de diez años. Por de pronto, para asegurar las costas de las continuas incursiones de los walfes de África, dedicóse á fomentar la marina, aumentando sus escuadras: nombró almirante (*emir-al-má*) al activo y fiel Teman ben Alkama, el cual en poco tiempo hizo construir numerosos buques de guerra sobre modelos que hizo venir de Constantinopla, de la mayor dimensión que entonces se conocía en las construcciones navales, y las aguas de Barcelona, Tarragona, Tortosa y Rosas, las de Almería y Cartagena, las de Algeciras, Huelva, Cádiz y Sevilla, se plagaron, al decir de los historiadores arábigos, de bien construidas naves, obra de la actividad de Teman, y los puertos de la Península se pusieron al abrigo de las incursiones africanas (774).

Dejemos por ahora á Abderramán ocupado en plantear en sus Estados una sencilla y sabia administración á beneficio de la paz, y veamos lo que entretanto hacían los cristianos de uno y otro lado del Pirineo.

## CAPITULO V

## ASTURIAS

## DESDE FRUELA HASTA ALFONSO EL CASTO

*De 757 á 791*

Reinado de Fruela I.—Rebélanse los vascones y los sujetos.—Medida sobre los matrimonios de los clérigos.—Consecuencias que produjo.—Rebelión en Galicia. La sofoca.—Fundó á Oviedo.—Mata á su hermano, y él es asesinado después por los suyos.—Reinado de Aurelio.—Idem de Silo.—De Mauregato.—De Bermudo el Diácono.—Sube al trono de Asturias Alfonso II.

Había coincidido la fundación del imperio árabe de Occidente en Córdoba con la muerte del belicoso rey de Asturias Alfonso el Católico (756). ¡Cuán bella ocasión la de las revueltas que despedazaban á los musulmanes para haberse ido reponiendo los cristianos y haber dilatado ó consolidado las adquisiciones de Alfonso, si los príncipes que le sucedieron hubieran seguido con firme planta la senda por él trazada y abierta, y si hubiera habido la debida concordia y acuerdo entre los defensores de una misma patria y de una misma fe! ¡Pero por qué deplorable fatalidad, desde los primeros pasos hacia la grande obra de la restauración, cuando era común el infortunio, idéntico el sentimiento religioso, las creencias las mismas, igual el amor á la independendencia, la necesidad de la unión urgente y reconocida, el interés uno solo, y no distintos los deseos, por qué deplorable fatalidad, decimos, comenzó á infiltrarse el germen funesto de la discordia, de la indisciplina y de la indocilidad entre los primeros restauradores de la monarquía hispano-cristiana?

Por base lo asentamos ya en otro lugar. «Era el genio ibero que revivía con las mismas virtudes y con los mismos vicios, con el mismo amor á la independendencia y con las mismas rivalidades de localidad. Cada comarca gustaba de pelear aisladamente y de cuenta propia, y los reyes de Asturias no podían recabar de los cántabros y vascos sino una dependencia ó nominal ó forzada (1).»

A Alfonso I de Asturias había sucedido en el reino su hijo Fruela (757). No faltaban á este príncipe ni energía ni ardor guerrero: pero era de condición áspera y dura, y de genio irritable en demasía. Mas este carácter, que le condujo á ser fratricida, no impidió que fuera tenido por religioso, del modo que solía en aquellos tiempos entenderse por muchos la religiosidad, que era dar batallas á los infieles y fundar templos. De uno y otro certifican con su laconismo mortificante los cronistas de aquellos siglos. «Ganó victorias,» nos dice secamente uno de ellos (2). «Alcanzó muchos triunfos contra el enemigo de Córdoba,» nos dice otro (3). Si bien este úl-

(1) Discurso preliminar.

(2) Albeldens. Chron. n. 55.

(3) Salmant. n. 16.

timo cita una de las batallas dadas por Fruela á los sarracenos en Portumium de Galicia, en que afirma haber muerto cincuenta y cuatro mil infieles, entre ellos su caudillo Omar ben Abderramán ben Hixem, nombre que no hallamos mencionado en ninguna historia árabe, las cuales guardan también profundo silencio acerca de esta batalla (1). No lo extrañamos. Achaque solía ser de los escritores de uno y otro pueblo consignar sus respectivos triunfos y omitir los reveses. Así, y como en compensación de este silencio, nos hablan las crónicas árabes de una expedición hecha por Abderramán hacia los últimos años del reinado de Fruela á las fronteras de Galicia y montes Albaskenses, de la cual regresaron á Córdoba los musulmanes victoriosos, llevando consigo porción considerable de ganados y de cristianos cautivos, extendiéndose en descripciones de la vida rústica, de los trajes groseros y de las costumbres salvajes que habían observado en los cristianos del Norte de España (2). Y acerca de esta expedición enmudecen nuestros cronistas. Tarea penosa para el historiador imparcial la de vislumbrar la verdad de los hechos por entre la escasa y escatimada luz que en época tan oscura suministran los parciales apuntes de los escritores de uno y otro bando, secos y avaros de palabras los unos, pródigos de poesía los otros (3).

Una rebelión de los vascones contra la autoridad de Fruela en el tercer año de su reinado, demostró ya la tendencia de aquellas altivas gentes á emanciparse del gobierno de Asturias, á que sin duda los había sometido Alfonso el Católico, y á obrar aislada é independientemente de los demás pueblos cristianos. Y aunque Fruela logró reducirlos, estas sumisiones forzadas, que hubieran debido ser espontáneas alianzas, sobre distraer la atención y las fuerzas de los cristianos, que bien las habían menester todas para resistir al común enemigo, eran flojos y precarios lazos que habían de desatarse fácilmente en la primera ocasión ó romperse. Las cróni-

(1) Sólo Al Makari hace alguna indicación sobre ella.

(2) Conde, cap. XVIII.

(3) Para que se vea hasta qué punto están en desacuerdo las crónicas árabes y las cristianas respecto á los sucesos de esta época, baste decir que hacia el año en que éstas refieren la brillante victoria de Fruela en Portumio, suponen aquéllas haber impuesto Abderramán un tributo á los cristianos de Galicia, cuya escritura copian en los términos siguientes: «En el nombre de Dios clemente y misericordioso: el magnífico rey Abderramán á los patriarcas, monjes, próceres y demás cristianos de España, á las gentes de Castela y á los que los siguieren de las regiones otorga paz y seguro, y promete en su ánimo que este pacto será firme, y que deberán pagar diez mil onzas de oro, y diez mil libras de plata, y diez mil cabezas de buenos caballos, y otros tantos mulos, con mil lorigas y mil espadas, y otras tantas lanzas cada año por espacio de cinco años. Escribióse en la ciudad de Córdoba día 3 de la luna safar del 148 (750).» Este documento tiene todos los visos de apócrifo. Ni entonces á Abderramán se le nombraba rey, sino emir, ni al reino cristiano de Asturias le llamaban ellos Castela, sino Galicia, ni hubiera sido posible á los cristianos pagar un tributo anual de diez mil caballos y diez mil mulos, ni tan inmensa suma de oro y plata, aunque se hubiera agotado toda la riqueza pecuaria y metálica del país, ni estaban tampoco en aquella sazón los árabes, envueltos como andaban en sus guerras civiles, para dar de una manera tan dura la ley á los cristianos de las montañas. No podemos convenir con el doctor Dunham, á quien le parece verosímil este tratado.

cas no nos explican las causas ó motivos de aquel movimiento. ¿Pero hay necesidad de buscarlos en otra parte que en la índole misma y en la independiente arrogancia de los pueblos vascos, tan distintos de los demás pueblos de España en carácter, en lengua, en costumbres, siempre dados á gobernarse á sí mismos por caudillos propios y de libre elección? Pendiéndose allí Fruela de una noble y hermosa joven llamada Munia, la cual llevó consigo á Asturias, y haciéndola su esposa, tuvo de ella un hijo que más adelante había de regir el reino y alcanzar glorioso renombre. Llamóse también Alfonso como su abuelo.

Enajenóse Fruela una gran parte del clero y del pueblo con una medida que acaso le inspiró su celo religioso. Tal fué la de prohibir los matrimonios de los sacerdotes, y aun obligar á los ya casados á separarse de sus mujeres: costumbre antigua en España y desde el tiempo de Witiza muy recibida y generalizada. Bien fuese que no le creyeran con derecho á hacer por su sola autoridad esta innovación en la disciplina canónica, bien que el clero y los pueblos mismos tuvieran interés en la conservación de aquella costumbre, «porque los hombres, dice á este propósito uno de nuestros historiadores, quieren que lo antiguo y usado vaya adelante, y la libertad de pecar es muy agradable á la muchedumbre (1),» atrájose con esto el desabrimiento de una gran parte del pueblo y de los sacerdotes. «Lo cual, dice hablando de esto mismo otro de nuestros analistas, agradó á todos los piadosos, aunque se exasperaron los más de los eclesiásticos (2).» Con tanto disgusto se supone haber sido recibida esta medida, que á ella se atribuye la rebelión que en Galicia estalló contra Fruela, el cual desplegó para sofocarla toda la severidad de su irascible genio, devastando la provincia y castigando de muerte á todos los culpados.

De regreso de esta expedición edificó á Oviedo, destinada á ser más adelante el asiento y corte de los reyes de Asturias. Dos piadosos varones, el abad Fromistano y su sobrino el presbítero Máximo, habían erigido un templo en honor de San Vicente mártir en un lugar cubierto de guájaras y arbustos, no lejos de la selva llamada por los romanos *Lucus Asturum*. Al rededor de este templo habíanse ido agrupando muchos fieles, que desbrozando las malezas de la colina hicieron allí sus viviendas, siendo la ermita el centro de la población, que á favor de un terreno fértil y de un clima suave iba atrayendo á los moradores de las montañas. Agradóle á Fruela aquel sitio, y mandó construir en él otro templo de mayores dimensiones bajo la advocación del Redentor. Fuéronse multiplicando las casas, y se dió á la nueva población el nombre de Ovetum, hoy Oviedo (3). Así, casi al mismo tiempo que el árabe Abderramán embellecía con alcázares y jardines lá corte del nuevo imperio musulmán, y pensaba levantar en Córdoba la gran mezquita consagrada al culto del Profeta, Fruela el cristiano levantaba en Asturias una basílica consagrada al culto del Salvador de los hombres.

(1) Mariana, lib. VII, c. vi.

(2) Ferreras, Sinops. hist., tom. IV, pág. 85.

(3) Risco, *España Sagrada*, tom. XXXVII.

Pero este celo religioso de Fruela no le impidió afear su nombre con la mancha de un fratricidio horrible. Su hermano Vimarano, que por su amabilidad y su dulzura se había hecho querer del pueblo y de los grandes, llegó sin duda á inspirar recelos y sospechas al irritable monarca, que dejándose llevar de su arrebatado genio, le asesinó con su propia mano y dentro de su palacio mismo. Con este crimen acabó de exasperar á los grandes, á quienes antes se había hecho ya harto aborrecible, y conjurados contra él, hicieronle sufrir, dice el cronista, la justa pena del tali6n, asesinandole á su vez en Cangas los mismos suyos (1). Enterraronle en la iglesia de Oviedo que él había fundado (768). Reinó once años y algunos meses (2).

No pasó la corona á su hijo Alfonso, ya por su corta edad, «que no estaba aquel pequeño Estado, dice el juicioso Fl6rez, para colocar corona y cetro donde faltaban cabeza y mano,» ya por el odio que los grandes á su padre tenían. Cualquiera de las dos causas hubiera bastado, continuando como continuaba entonces siendo electiva la monarquía. Fué, pues, nombrado en su lugar su primo hermano Aurelio, hijo del otro Fruela hermano de Alfonso el Cat6lico, su tío. Como una fatalidad puede contarse para el naciente reino cristiano el que le tocara un príncipe de quien sólo han podido decir los historiadores que «no hizo cosa en paz y en guerra que sea digna de memoria.» Parece, no obstante, que se debió á su prudencia el haber podido reprimir una insurrección de los esclavos contra sus señores que sucedió en su tiempo. Discúrrese que aquellos esclavos serían los cautivos que Alfonso el Cat6lico había recogido y llevado en sus expediciones por las tierras de los sarracenos. La paz en que Aurelio vivió con éstos fué causa de que condescendiera en que algunas doncellas cristianas de linaje noble se casaran con musulmanes, lo que acaso dió origen á la famosa fábula, inventada cerca de cinco siglos después, del tributo de las cien doncellas (3). Falleció Aurelio de muerte natural en Cangas, en 774, después de seis años de pacífico reinado.

(1) *Talionem juste accipiens, á suis interfectus est.* Salmant. Chron. 1. c.

(2) Mariana atribuye á Fruela una hija llamada Jimena, «muy conocida, dice, por ser madre de Bernardo del Carpio y por su poca honestidad.» Mariana refiere más adelante muy extensamente los romancescos amores de Jimena y el conde de Saldaña, el nacimiento de Bernardo del Carpio y sus celebradas proezas. Convencidas ya de fabulosas las hazañas de este romancesco personaje, objeto de los cantos populares de los siglos XII y XIII en que se inventó, no hay para qué nos detengamos á refutar fábulas que los mismos ilustradores de Mariana desechan ya. Véanse las notas de Mondéjar á Mariana, edición de Valencia, 1788, y las de Sabau, edición de Madrid, 1818.

(3) Mariana, que con una ligereza extraña en su buen juicio acoge de lleno esta fábula, como la de Bernardo del Carpio y tantas otras, dice en tono aseverativo hablando de este rey: «pero la loa que por esta causa ganó (la de haber sujetado los esclavos) la oscureció del todo y amancilló con un asiento muy feo que hizo con los moros, en que se obligó á darles cada un año cierto número de doncellas nobles como por parias.» Por fortuna la invención de este supuesto tributo, que otros atribuyen á otro posterior monarca, y que ningún cronista mencionó hasta el siglo XIII, está ya tan desautorizada, que no hay escritor de mediano criterio que no la tenga por ridícula conseja. Por lo mismo no necesitamos detenernos á vindicar ninguno de nuestros reyes de esta deshonrosa mancha que algunos ligeramente echaron sobre ellos. Otros se han encargado

También esta vez fué postergado el hijo de Fruela, y dióse la soberanía del reino á un noble llamado Silo, por hallarse casado con Adosinda, hija de Alfonso I. Fijó Silo su residencia en Pravia, pequeña villa situada á la izquierda del Nalón después de su confluencia con el Narcea. Príncipe también oscuro, sólo se sabe de él que debió á la influencia de su madre la paz en que vivió con los árabes (1), sin que de esto nos hagan más revelaciones las crónicas, y que sujetó y redujo á la obediencia á los gallegos que otra vez habían vuelto á sublevarse, batiéndolos en el monte Ciperio, hoy Cebrero. Viéndose sin sucesión, trajo á su lado, á persuasión de la reina Adosinda, y dió participación en el gobierno del palacio y del reino á su sobrino Alfonso, que desde la muerte de su padre se hallaba retirado en Galicia en el monasterio de Samos. Murió Silo en Pravia al año noveno de su reinado (783).

A la muerte de Silo la reina viuda Adosinda, en unión con los grandes de palacio, hizo proclamar rey á su sobrino Alfonso. Mas como todavía muchos nobles guardaran encono á la memoria de su padre Fruela, hacia quien parecían conservar un odio inextinguible, concertáronse para anular la elección de Adosinda y sus parciales y proclamaron á su vez á Mauregato. Era este Mauregato hijo bastardo del primer Alfonso, á quien había tenido de una esclava mora de aquellas que él en sus excursiones había llevado á Asturias. Hay quien añade que puesto Mauregato á la cabeza de los descontentos reclamó el auxilio del emir de Córdoba Abderramán, el cual le acudió con un ejército musulmán para ayudarle á derribar del trono á su sobrino, y que á esto debió apoderarse del reino (2). Sobre no estar justificado este llamamiento á los árabes, bastaba el recelo de los que habían tenido parte en la muerte de Fruela para que vieran de mal ojo el poder real en manos de su hijo, cuya venganza temían, y para que ayudaran con todas sus fuerzas á Mauregato á arrebatarse el cetro. Lográronlo al fin, y Alfonso se vió obligado á buscar un asilo en el país de Álava, entre los parientes de su madre. De esta manera conquistó Mauregato el trono de Asturias que ocupó por seis años, sin que del bastardo

de hacerlo antes que nosotros, y lo que sentimos es tener que hacer mención todavía de tan desacreditadas tradiciones, y no lo haríamos á no hallarlas estampadas en la historia de España que más popularidad ha alcanzado entre nosotros. Véase sobre esto á Ambrosio de Morales, á Mondéjar, Flórez, Ferreras, Masdeu, y á todos los modernos, incluso los extranjeros.

(1) *Ob matris causam..... pacem habuit*, dice el Cronicón Albeldense.

(2) A éste es á quien han atribuido los más el vergonzoso tributo de las cien doncellas, á cuyo precio, dicen, compró el auxilio de Abderramán. El buen Mariana, sin tener presente que en el cap. vi. lib. VIII, había aplicado lo del infame tributo al rey Aurelio, no vaciló en aplicársele también en el cap. vii á Mauregato, diciendo: «Hizo recurso á los moros, pidiéndoles le auxiliasen, y alcanzólo con asentar de darles cada un año por parias cincuenta doncellas nobles y otras tantas del pueblo.» Sobre lo cual le dice su anotador Sabau: «No consta por ningún documento auténtico, ni por ningún escritor de aquellos tiempos que este príncipe pidiese socorro á los moros, ni que hiciese el concierto vergonzoso de darles las cien doncellas: y así debe reputarse como una fábula inventada para denigrar la fama de nuestros reyes, y recibida y propagada inconsideradamente por nuestros historiadores.» Por nuestra parte nada tenemos que añadir á lo que arriba dejamos dicho.

príncipe hubiera quedado á la posteridad otra memoria que la de su nombre, á no haberle dado cierta celebridad las fábulas con que en tiempos posteriores exornaron algunos su reinado. En la historia religiosa de España se hace mención de la herejía que en aquel tiempo difundieron los dos obispos de Urgel y Toledo, Félix y Elipando, cuya doctrina era una especie de nestorianismo disfrazado, contra la cual escribieron luego algunos monjes y otros obispos españoles, y fué anatematizada en los concilios de Narbona y Francfort, celebrados por Carlomagno (1).

Todavía después de la muerte de Mauregato (789), fué por cuarta vez desairado y desatendido el poco afortunado Alfonso. Temerosos siempre los nobles (que ya comenzaban á recobrar aquella antigua influencia que habían ejercido en tiempo de los godos) de que siendo rey quisiera tomar satisfacción, no ya sólo de la muerte de su padre, sino también de los repetidos desaires que en cada vacante le habían hecho, no hallando otra persona de sangre real en quien depositar el cetro, diéronsele á Veremundo ó Bermudo, hermano de Aurelio, sin reparar en que fuese diácono, traspasando así por primera vez en este punto las leyes góticas que inhabilitaban para el ejercicio del poder real á los que hubiesen recibido la tonsura. Bermudo, aunque diácono, estaba casado con Numila, de quien tuvo dos hijos, Ramiro y García; que el precepto del celibatismo impuesto por Fruela á los clérigos, ó no alcanzaba á los diáconos, sino sólo á los sacerdotes, ó no había tenido la más rigurosa observancia. Era Bermudo hombre generoso y magnánimo, y más ilustrado de lo que la índole de aquellos tiempos comunmente permitía. Por lo mismo, conociendo las altas prendas de aquel Alfonso tantas veces excluído, le llamó luego cerca de sí, y le confió el mando de las milicias cristianas, que era como predestinarle al trono, dando también de este modo ocasión á que conociéndole los grandes fueran deponiendo los recelos y prevenciones que contra él tenían. Y como nunca se hubiera olvidado de sus deberes de diácono, y pensara más, como dice la crónica, en ganar el reino del cielo que en conservar el reino de la tierra, concluyó por resignar espontáneamente el cetro en manos de Alfonso, retirándose á cumplir con las obligaciones del orden sagrado de que se hallaba investido (791). Conocida ya por los grandes la condición apacible y las altas cualidades de aquel Alfonso que tanto habían repugnado y temido, determináronse á reconocerle por rey, posesionándose de esta manera del supremo poder un príncipe que tantas contrariedades había experimentado. Bermudo vivió todavía lo bastante para gozar en su retiro y en medio de su abnegación el placer de ver realizadas las esperanzas que de su sucesor había concebido, manteniendo con él las relaciones más afectuosas (2).

Falta hacía al pobre reino de Asturias, después de tantos monarcas ó indolentes ó flojos (pues apenas alguno desde Fruela había sacado la espada contra los sarracenos), un príncipe enérgico y vigoroso que le sacara de aquel estado de vergonzosa apatía, é hiciera respetar otra vez á los infieles las armas cristianas como en tiempo de Pelayo y de Alfonso el

(1) Flórez, *Esp. Sagrad.*, tom. V.

(2) Chron. Albeld. 57.—Sebast. Salmant. 20 21.—Flórez, tom. XXXVII.



Católico. Mas por lo mismo que va á tomar nuevo aspecto la monarquía cristiana bajo el robusto brazo del segundo Alfonso, fuerza nos es hacer una pausa para dar cuenta de los importantes sucesos que en otros puntos de nuestra España habían durante estos reinados acaecido.

## CAPÍTULO VI

RONCESVALLES.—FIN DE ABDERRAMÁN I

*De 774 á 788*

Educación de los hijos de Abderramán.—Defección del walf de Zaragoza Ibnalarabi.—Pide auxilio á Carlomagno contra el emir.—Venida de Carlomagno con grande ejército á España.—Llega á las murallas de Zaragoza.—Se retira.—Célebre derrota del ejército de Carlomagno en Roncevalles.—Canto de guerra de los vascos.—Nuevos disturbios en Zaragoza.—Sométela el emir.—Alzan otra vez bandera de rebelión los hijos de Yussuf.—Notable fin que tuvieron.—Paz.—Da principio Abderramán á la construcción de la gran mezquita de Córdoba.—Nombró sucesor á su hijo Hixem, y muere.

Dejamos á Abderramán en Córdoba en 774, vencidas las facciones de los Abassidas y Fehriés, gozando, si no de paz, por lo menos de un respiro que desde su arribo á España no había podido obtener. Íbase afianzando el poder de los Omniadas en el centro y Mediodía de España. Los hijos del emir desempeñaban ya cargos públicos importantes. El mayor, Sulemain, era walf de Toledo; el segundo, Abdallah, lo era de Mérida. El tercero, Hixem, el predilecto de su padre, el que destinaba para sucesor suyo, vivía en su compañía recibiendo la más esmerada educación, asistiendo á las asambleas de los cadíes de la aljama y al mexuar ó consejo de Estado. é instruyéndose en las artes y en las ciencias, de que hacían los árabes alta estima: añaden los escritores que él mismo leía en las academias elegantes versos en elogio de su padre.

Mas al tiempo que reinaba esta calma por la parte del Mediodía, nublábase el horizonte por Oriente y preparábase por el Norte estruendo sa tempestad. Las indóciles tribus berberiscas que tenían su principal asiento en la parte oriental y septentrional de la Península, las más apartadas del centro del imperio, en sus perpetuos odios de raza no cesaban de conspirar contra el emirato, alimentando siempre la esperanza de la emancipación. Ya un personaje llamado Hussein el Abdari, walf que había sido de Zaragoza, había fraguado en esta ciudad una conspiración, que el walf Abdelmelek, el bravo Marsilio, había acertado á conjurar, apoderándose bruscamente de Hussein y haciéndole decapitar instantáneamente, dejando con esto por entonces la ciudad consternada y tranquila. Mas estos no eran sino síntomas de otras más terribles borrascas. El germen del descontento minaba sordamente aquel país; silencio y misterio envuelven el período que siguió á aquel amago de revolución, y las crónicas no nos dicen ni lo que pasó después en Zaragoza, ni lo que fué del valeroso Marsilio, ni quién le reemplazó en el gobierno de la provincia. Sábese sólo que en 777 se hallaba de walf de Zaragoza Suleiman ben Alarabi, que

lo había sido de Barcelona por Abderramán y conducídose allí con la mayor fidelidad al emir. Pero el fiel servidor de Abderramán en Barcelona dejó de serlo en Zaragoza. Acaso al verse al frente de una ciudad tan importante y en que dominaba el espíritu y abundaban los elementos de hostilidad hacia la familia de los Omeyas le sugirió el pensamiento de alzarse en emir independiente de la España Oriental. Fuese éste ú otro semejante su designio, Zaragoza se hizo el centro y asilo de todos los enemigos y de todos los resentidos ó descontentos del emir. Creyó, no obstante, Ben Alarabi (comunmente Ibnalarabi), que necesitada el apoyo de un aliado poderoso que le ayudase en sus planes contra el soberano de los musulimes de España. Corría entonces por Europa la fama de los grandes hechos de Carlomagno, y á él determinó acudir el ingrato walí. Trasládonos por un momento á otro teatro para comprender mejor el interesante drama que se va á representar.

Después de los célebros triunfos de Carlos Martell sobre las armas sarracenas, su hijo Pepino *el Breve* había extendido su dominación desde este lado del Loire hasta las montañas de la Vasconia. Á su muerte, acaecida en 768, los estados de Pepino se dividieron entre sus dos hijos Karl y Karlomán; mas habiendo ocurrido á los tres años (771) la muerte de Karlomán, hallóse su hermano Karl, el llamado después Carlos el Grande y Carlomagno, dueño de toda la herencia de Pepino hasta los Pirineos. Tuvo Carlomagno, en los primeros años siguientes, ocupada toda su atención y empleadas todas sus fuerzas y toda su política en el Norte del otro lado de los Alpes y del Rhin, peleando alternativamente contra los sajones y contra los lombardos, y oponiendo un dique á las últimas oleadas de las invasiones de los pueblos germanos. Habíanse los sajones sublevado de nuevo en 777; marchó contra ellos el rey franco y los deshizo, y después de haber implantado, como dice un escritor de aquella nación, con ayuda de los verdugos la obediencia y el cristianismo en el suelo rebelde de la Sajonia, los emplazó para que compareciesen en el *Campo-de-Mayo* (1) de Paderborn.

Hallábase, pues, Carlomagno presidiendo esta célebre dieta en el fondo de la Germania, cuando inopinadamente se presentaron en ella unos hombres cuyos trajes y armaduras revelaban ser musulmanes. ¿A qué iban y quiénes eran aquellos extranjeros que así interrumpían las altas cuestiones que se agitaban en la asamblea? Era Ben Alarabi, el walí de Zaragoza, que con Cassim ben Yussuf (2) y algunos otros de sus compañeros iba á solicitar de Carlomagno el auxilio de sus armas contra el poderoso emir de Córdoba Abderramán. No desechó el monarca franco una invitación que le proporcionaba propicia coyuntura, no sólo de asegurar la frontera de los Pirineos, sino también de ensanchar sus Estados incorporando á ellos por lo menos algunas ciudades de España que el disidente

(1) Nombre que daban los francos á las asambleas semi-religiosas, semi-militares de la Germania, por haber Pepino trasladado al mes de mayo los antiguos *Campos de Marte*. Más tarde se llamaron *dietas*, *estados generales*, *cámaras*, etc.

(2) Aquel tercer hijo de Yussuf el Fehri, que cuando el ejército de Abderramán tomó á Toledo se había fugado de la ciudad salvándose á nado. (Cap. IV de este libro).

musulmán le debió ofrecer (1), dado que más allá no fuesen sus pensamientos de conquistador. Preparóse, pues, para invadir la España en la primavera del año siguiente (778). Dejó aseguradas las fronteras de Sajonia, pasó el Loire, cruzó la Aquitania, juntó el mayor ejército que pudo, y dividiéndole en dos cuerpos ordenó que el uno franqueara los desfiladeros del Pirineo Oriental, mientras él á la cabeza del otro penetraba por las gargantas de los Bajos Pirineos.

Sin tropiezo avanzó el rey franco, con todo el aparato y brillo de un conquistador poderoso, por San Juan de Pie de Puerto y los estrechos pasos de Ibañeta hasta Pamplona, cuya ciudad, en poder entonces de los árabes, tampoco le opuso resistencia; y prosiguiendo por las poblaciones del Ebro, talando y devastando sus campos, se puso sobre Zaragoza. Gran confianza llevaba el monarca franco de entrar derecho y sin estorbo á tomar posesión de la ciudad. Grande por lo mismo debió ser su sorpresa al encontrar las puertas cerradas y sus habitantes preparados á defenderla. ¿Qué se habían hecho los ofrecimientos y compromisos de Ben Alarabi? ¿Es que se arrepintió de su obra al ver á Carlos presentarse, no como auxiliar, sino con el aire y ostentación de quien va á enseñorearse de un reino? ¿O fué que los musulmanes llevaron á mal el llamamiento de un príncipe cristiano y de un ejército extranjero, y se levantaron á rechazarle aún contra la voluntad de su mismo walí? Las crónicas no lo aclaran, y todo pudo ser. Es lo cierto que en vez de hallar amigos vió Carlos sublevarse contra sí todos los walíes y alcaides, todas las poblaciones de uno y otro margen del Ebro, y que temiendo el impetuoso arranque de tan formidables masas, tuvo á bien retirarse de delante de los muros de Zaragoza, con gran peso de oro, dicen algunos anales francos, pero con gran peso de bochorno también (2). Determinado á regresar á la Galia por los mismos puntos por donde había entrado, volvió á Pamplona, hizo dismantelar sus muros, y prosiguiendo su marcha se internó en los desfiladeros de Roncesvalles, sin haber encontrado enemigos. Sólo en aquel valle funesto había de dejar sus ricas presas, la mitad de su ejército, y lo que es peor para un guerrero, su gloria.

Dividido en dos cuerpos marchaba por aquellas angosturas el grande ejército de Carlomagno á bastante espacio y distancia el uno del otro. Carlos á la cabeza del primero, «Carlos, dice el astrónomo historiador, igual en valor á Aníbal y á Pompeyo, atravesó felizmente con la ayuda de Jesucristo las altas cimas de los Pirineos.» Iba en el segundo cuerpo la corte del monarca, los caballeros principales, los bagajes y los tesoros recogidos en toda la expedición. Hallóse éste sorprendido en medio del valle por los montañeses vascos, que apostados en las laderas y cumbres de Altabiscar y de Ibañeta, parapetados en las breñas y riscos, lanzáronse al grito de guerra y al resonar del cuerno salvaje sobre las huestes francas, que sin poderse revolver en la hondonada, y embarazándolas su misma

(1) «Entonces el rey, dice su mismo secretario y cronista Eginhard, concibiendo á persuasión del mencionado sarraceno la esperanza de tomar algunas ciudades en España... *Tunc rex persuasione prædicti sarraceni, etc.*» Eginh. Aunal.

(2) Annal. Metens.—Id. de Aniano.—Id. de Eginhard., *ad an.* 778.

muchedumbre, se veían aplastadas bajo los peñascos que de las crestas de los montes rodando con estrépito caían. Los lamentos y alaridos de los moribundos soldados de Carlomagno se confundían con la gritería de los guerreros vascones, y retumbando en las rocas y cañadas aumentaban el horror del sangriento cuadro. Allí quedó el ejército entero; allí todas las riquezas y bagajes; allí pereció Egghiard, prepósito de la mesa del rey; allí Anselmo, conde de palacio; allí el famoso Roland (1), prefecto de la Marca de Bretaña; allí, en fin, se sepultó la flor de la nobleza y de la caballería francesa, sin que Carlos pudiera volver por el honor de sus pendones ni tomar venganza de tan ruda agresión (2).

Tal fué la famosa batalla de Roncesvalles, como la refiere el mismo secretario y biógrafo de Carlomagno que iba en la expedición, desnuda de las ficciones con que después la embellecieron y desfiguraron los poetas y romanceros de la edad media de todos los países (3). Por muchos siglos siguieron enseñando los descendientes de aquellos bravos montañeses la roca que Roldán, desesperado de verse vencido, tajó de medio á medio con su espada, sin que su famosa Durindaina ni se doblara ni se partiera; aun muestran los pastores la huella que dejaron estampada las herraduras del caballo de aquel paladín; aun se conservan en la Colegiata de Nuestra Señora de Roncesvalles, fundada por Sancho el Fuerte, grandes sepulcros de piedra, con huesos humanos, astas de lanzas, bocinas, mazas y otros despojos que la tradición supone pertenecientes á aquella gran batalla.

Entre los cantos de guerra que han inmortalizado aquel famoso combate, es notable por su enérgica sencillez, por su aire de primitiva rudeza, por su espíritu de apasionado patriotismo, de agreste y fogosa independencia, el que se nos ha conservado con el nombre de *Altabizaren cantua*, que abajo ponemos en el antiguo idioma vasco, y de que damos aquí una imperfecta traducción.

«Un grito ha salido del centro de las montañas de los Eskaldunacs: y el Etcheco-Jauna (el caballero hacendado, el señor de casa solariega), de pie delante de su puerta, aplicó el oído y dijo: ¿qué es esto? Y el perro que dormía á los pies de su amo se levantó, y sus ladridos resonaron en todos los alrededores de Altabiscar.

»Un ruido retumba en el collado de Ibañeta: viénese aproximando por las rocas de derecha é izquierda: es el sordo murmullo de un ejército que avanza. Los nuestros le han respondido desde las cimas de las montañas; han tocado sus cuernos de buey, y el Etcheco-Jauna aguza sus flechas.

(1) El Roldán de nuestros romances, *Hernodland*.

(2) Eginh. Annal.—Id. *Vit. Karol. Magn.*—Conde, cap. xx.

(3) ¿Quién no conoce la famosa crónica del arzobispo Turpín, las proezas de Roldán y de los Doce Pares de Francia, las hazañas de Bernardo del Carpio, y los mil romances, canciones y leyendas á que ha dado argumento aquella famosa batalla, incluso lo de:

*Mala la hubistes, franceses,  
en esa de Roncesvalles,*

que el inmortal Cervantes llegó á poner como el romance más popular en boca de un labrador del Toboso?

»¡Que vienen!; que vienen!; Oh qué bosque de lanzas!; Qué de banderas de diversos colores se ven ondear en medio!; Cómo brillan sus armas!; ¡Cuántos son?; Mozo, cuéntalos bien! Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce, quince, diez y seis, diez y siete, diez y ocho, diez y nueve, veinte.

»¡Veinte, y aun quedan millares de ellos! Sería tiempo perdido quererlos contar. ¡Unamos nuestros nervudos brazos; arranquemos de cuajo esas rocas; lancémoslas de lo alto de las montañas sobre sus cabezas: aplastémoslos, matémoslos!

»Y ¡qué tenían que hacer en nuestras montañas estos hijos del Norte? ¡Por qué han venido á turbar nuestro reposo? Cuando Dios hizo las montañas, fué para que no las franqueras los hombres. Pero las rocas caen rodando, y aplastan las haces: la sangre corre á arroyos; las carnes palpitan. ¡Qué de huesos molidos!; qué mar de sangre!

»¡Huid, huid, los que todavía conserváis fuerzas y un caballo! Huye, rey Carlomagno, con tus plumas negras y tu capa encarnada. Tu sobrino, tu más valiente, tu querido Roldán yace tendido allá abajo. Su bravura no le ha servido de nada. Y ahora, Eskaldunacs, dejemos las rocas, bajemos aprisa lanzando flechas á los fugitivos.

»¡Huyen, huyen!; ¡Qué se hizo aquel bosque de lanzas?; ¿Dónde están las banderas de tantos colores que ondeaban en medio? Ya no despiden resplandores sus armas manchadas de sangre. ¡Cuántos son? Mozo, cuéntalos bien. Veinte, diez y nueve, diez y ocho, diez y siete, diez y seis, quince, catorce, trece, doce, once, diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno.

»¡Uno!; ¡Ni uno siquiera hay ya! Se acabaron. Etcheco-Jauna, ya puedes retirarte con tu perro, á abrazar á tu esposa y tus hijos, á limpiar tus flechas, á encerrarlas con tu cuerno de buey, á acostarte después y dormir sobre ellas.

»Por la noche las águilas vendrán á comer esas carnes machacadas, y todos esos huesos blanquearán eternamente (1).»

(1) *Altabizarem cantua*

Oiubal aitua izauda

Escualdunen mendeüen artelic;

Eta etcheco-jauna, bere atiaren aitecinian chutic,

Idekitu beharrüac, eta errandu: norda hor? ¡Cer nahi dantel?

Eta chacurra bere nausiaren cinetan lo zaguena;

Alt chatuda eta carasiz Altabizaren ingurniac beteditu.

Ibanetaren lephuan harabostbat agercenda;

Hurbilcenda, arrokkac ezker eta escuin iotcendi tuic lazic.

Horida urrindic helduden armada beten burrumba.

Mendüen capete taric guriec erepuerta emandiote.

Bere tunten seinuia adiaacinte:

Eta etcheco-jaunac bere dardac chorosh tentu.

¡Herdurida!; herdurida!; ¡Cer lantzazco sasía!

¡Nola cernahi colozco banderas hoi eu erdian agertcendiren!

El escarmiento de Roncesvalles aleccionó á Carlomagno y le enseñó á abstenerse de traspasar unas fronteras tan ostensiblemente por la naturaleza trazadas, así como le sirvió para procurar la mejor defensa de aquel natural baluarte por la parte que miraba á sus Estados, encomendando su guarda á sus más fieles condes, abades y leudes, y poniendo la Aquitania

¡ Cer sinuitac at heratcendiren hoi en armetaric!  
 ¡ Ceubat dira? ¡ Haurza, condaitcac ongi!  
 Bat, büa, hirur, laü, bortz, sei, zatzpi, sortzi, bederatzi, hamar, hameca, hamabi,  
 Hamahirur, hamalaü, hamabortz, hamasei, hamazazpi, hemezortzi, hemeretzi, hogoi.

¡ Hogoi eta mila oraino!  
 Hoién condatcia deubora, gascia litake.  
 Hurbildet zegun gure beso zai lac, errhotic alherabet zagun arroca horiec,  
 Botha detzahun mendáren petharra behera  
 Hoién buruen gainezaino.  
 Leherdet zagun, hertioaz oidetzagun.  
 ¡ Cer nahizuten gure medietaric norteco gizon horiec?  
 ¡ Certaco iendira gure baakiaren maasterat?  
 Jaungoicoa mendiac endituiemar, nahi izandu hec gizonec ez pasatzia  
 Bainan arrohac biribicoilca erotzcendira tropac leher candituzta.  
 Odola currutan badoha, haragi puscac dardaran dande.  
 ¡ Oh! ¡ ceubat hecur carrascac huac! ¡ Cer odolesco itsasua!

Escapa, escapa, indar eta zaidi ditucnienac.  
 Escapa hadi. Carlomagno errege, hire luma beltcekin eta hire capa goría rakin.  
 Ire iloba maitia Rolan zangarraha lia utchet hila dago.  
 Bere cangarthasuna ieretaco ez tuizan  
 Eta horai, Escualdunac, utdzizagun arrhoca horiec.  
 Jausgiten fite igordetzakun queredardac escapa tcendiren contoá.

¡ Baduaci! ¡ baduaci! ¡ Nuda bada lantzazco sasi hura?  
 ¡ Nun dira hoién erdian agericiren cernahi colozco bandera hec?  
 Ezta gihüago simistaric atheratcen hoién arma odolez bethetaric.  
 ¡ Ceuban dira? ¡ Haura, condaitzac ongi!  
 Hogoi, hemeretzi, hemezortzi, hamazazpi, hamasei, hamabortz, hamalaü, hamahirur,  
 Hamabi, hameca, hamar, bederatzi, zortzi, zatzpi, sei, bortz, laü, hirur, büa, bat.

¡ Bat! Eza bihiric ageri gihüago.  
 ¡ Akhboda! Etcheco-jauna, inaiten ahaltcia zure Makurraekin,  
 Zure emaztiaren, eta zure haurren bezarcat cerat,  
 Zure darden garbitcerat, eta altchatcerat, zure tuntekin, eta gero heüén gainian et  
 zatzat eta lociteat.  
 Gabaz arrchanuac ienendira haragi pusca leherta horien iaterat  
 Eta hezur horiec oro zuritu codira eternitatean.

Este bello canto de guerra en lengua éuscara, cuya tradicion aun se conserva entre los habitantes de los Pirineos donde pasó la batalla de Roncesvalles á que alude, hállase en el Recueil de M. J. Michel, Chansons de Roland, appd. pág. 226, y en el Journal de l'Institut historique, tom. I, pág. 176.—El Altabizar es una colina que domina el valle de Roncesvalles.

bajo una vigorosa organización militar que la conservase al abrigo de una invasión por parte de los árabes ó de los montañeses vascones (1).

Después de la desastrosa retirada de Carlomagno, Zaragoza fué teatro de nuevas turbulencias entre los caudillos musulmanes enemigos de Abderramán. Hussein ben Yahia, el Abassida, había hecho asesinar á Ibnalarabi, provocado una reacción contra los malos musulimes, que habían llamado al rey de los cristianos *Karilah*, y proclamándose emir independiente de la España Oriental. Los partidarios de Ibnalarabi, incluso su hijo Issum, igualmente que los parciales del emir de Córdoba, habían tenido que refugiarse á los valles de los Pirineos y á la Septimania, huyendo de la común persecución de Hussein. La traición de Ibnalarabi y la invasión de Carlomagno habían conmovido menos á Abderramán que la noticia de haberse enarbolado de nuevo en Zaragoza el aborrecido pendón de sus eternos enemigos los Abassidas, y desde luego acudió con gran golpe de gente contra la sublevada ciudad. Costó esta vez la rendición de Zaragoza dos años de obstinado sitio, al cabo de los cuales, cansado Hussein y agotados todos sus medios de defensa, se sometió á Abderramán, dando al vencedor en rehenes sus hijos (780). El valeroso Ommiada, restablecida su autoridad en Zaragoza, pasó á Pamplona, que desmantelada de murallas dos años antes por Carlomagno, no pudo oponerle resistencia alguna; desde allí prosiguió á visitar el país vecino á Roncesvalles, teatro de las glorias de los montañeses vascones, pero sin atreverse á penetrar en aquellas terribles gargantas en que tan duro escarmiento había hallado un príncipe cristiano, no menos esclarecido y poderoso que él; después, cruzando de nuevo el Aragón, y reducidos á la obediencia los walíes y alcaides de las ciudades y villas de aquellas inquietas comarcas, pasó á Gerona, Barcelona y Tortosa, y asegurada al parecer la tranquilidad en estas no menos turbulentas tribus, regresó á su residencia habitual de Córdoba, satisfecho de dejar sometidos á su dominación los valles del Ebro y las tribus y ciudades de las vertientes de los Pirineos.

Pero destinado estaba el ilustre fundador del imperio árabe de Occidente á pasar una vida desasosegada y zozobrosa. Veinticinco años se contaban desde su arribo á la Península, y apenas había podido gustar algunos momentos de reposo. Vencedor de cien rebeliones, tantas veces reproducidas como sofocadas, parecía que sus enemigos de dentro y fuera se habían propuesto proporcionarle ocasiones de ganar gloria, aunque á costa de inquietudes y peligros. Aun no había trascurrido un año de la sumisión de Zaragoza cuando se vió tremolar otra vez la bandera de la rebelión en el seno mismo de la Andalucía (781). El otro hijo de Yussuf el Fehri, aquel Abul Asuad, á quien en 763 dejamos recluso por orden de Abderramán en un torreón de los muros de Córdoba, acababa de evadirse de la prisión, y era el que había alzado de nuevo el estandarte re-

---

(1) No es posible formar una idea medianamente exacta de estos sucesos por la historia de Mariana. En el cap. xi del lib VII, que titula: *Como Carlo-Magno vino en España*, altera fechas, refiere fábulas, supone hechos, ni probados ni verosímiles, añade dos ó tres venidas de Carlomagno que no hubo, confunde épocas, y confunde también al lector, que debe mirar como no existente dicho capítulo.

belde de los Fehríes. Las circunstancias de su evasión merecen ser referidas.

Los primeros años de su cautiverio había sido custodiado con toda rigidez, porque el bando de los Fehríes era todavía fuerte y hacía necesaria toda precaución. Mas al paso que se disipaban los temores de nuevas revueltas por parte de aquella parcialidad indócil, había ido aflojando el rigor de los guardas y carceleros, y disminuyendo poco á poco su vigilancia y cuidado. No era, sin embargo, ésta tan escasa que hubiese podido Abul Asuad realizar su fuga en dos ocasiones que lo intentó. Entonces apeló á un ardid, tan ingenioso como de paciencia grande y de ejecución difícil. Un día, habiéndole sacado á que gozase de la luz del sol, fingió en aquel momento quedarse ciego, y lo fingió con tal propiedad y lo sostuvo con tal perseverancia que llegaron todos á persuadirse de ser una realidad su ceguera. Con este motivo fuéronsele ensanchando los límites de la prisión; permitíasele bajar á los aljibes, y á las salas bajas del baluarte que daban al río, y cuyas ventanas ofrecían fácil salida; dejábasele hasta dormir en aquellas piezas en las noches del estío. En este estado había tenido ocasión de comunicar su proyecto á algunos parciales de su familia que acudían á verle, y de concertar con ellos los medios de ejecución. Así fué que una tarde de verano, aprovechando la hora y sazón de estarse bañando las gentes en el Guadalquivir y distraídos en otros negocios sus carceleros, se descolgó de repente por una de las ventanas bajas de la escalera de las cisternas, pasó á nado el río, y cuando se halló del otro lado tomó un disfraz y un caballo que sus amigos le tenían dispuesto, y se encaminó por sendas desusadas á Toledo, donde ya le esperaban también sus adictos, los cuales le proveyeron de todo lo necesario y le facilitaron medios para que pudiese sin peligro pasar á las montañas de Jaén, abrigo de todos los descontentos del emir y de todos los parciales del antiguo y pertinaz partido de los Fehríes.

Cuando el emir supo la evasión del creído ciego, exclamó: «Temo mucho que la fuga de este ciego nos haya de causar no poca inquietud y efusión de sangre.» En efecto, ya entonces se hallaba Abul Asuad al frente de seis mil hombres posesionado de las sierras de Segura y de Cazorla, mientras su hermano Cassim, el fugado de Toledo, el compañero de Ibnalarabi, había reaparecido otra vez como por encanto en la Serranía de Ronda, y reclutaba gente para engrosar las bandas de Abul Asuad. ¡Admirable actividad y constancia la de los hijos de Yussuf, sólo comparable á la de su padre! Noticioso el emir de esta novedad, partió de Córdoba á la cabeza de su caballería y dió órdenes á diferentes walíes para que se le incorporasen con sus respectivas huestes. Encastillados los rebeldes en las breñas de Cazorla, sostuvieronse por espacio de tres años haciendo la guerra de montaña, la más á propósito para rendir de fatiga y sin resultados las tropas del emir. Impacientado ya éste y ardiendo en deseos de terminar de una vez lucha tan prolongada y fatigosa, hizo un llamamiento general á todas las tribus, y congregados todos los hombres útiles de guerra, dispuso una batida simultánea en las asperezas en que se abrigan los rebeldes, resuelto á no dejar un enemigo á vida. Abul Asuad, de resultas de este ojeo, reconcentró su gente en Cazorla. Aconsejábanle allí



unos que implorase la clemencia del emir, seguro de que sería acogido con benignidad, otros que aceptara la batalla y en lo más recio de ella se pasara al campo enemigo donde sería recibido con benevolencia. Desechó altivamente el Fehri una y otra proposición como innobles, y prefirió aventurar el todo por el todo en un combate. Y así fué que forzado á aceptar la pelea en los campos de Cazorla, sus indisciplinadas bandas, buenas para la guerra de montaña, de sorpresa y de rapiña, pero poco á propósito para una batalla campal, fueron pronto acuchilladas y desechas por los escuadrones regulares y aguerridos de Abderramán. Muchos se ahogaron en las aguas del Guadalimar; otros se retiraron á sus casas; Hafila, uno de los bandidos más antiguos, huyó á sus conocidas montañas de Jaén; Cassim pudo retirarse á la Serranía de Ronda, y Abul Asuad escapó despavorido con unos pocos por Sierra Morena á Extremadura y el Algarbe. Más de cuatro mil hombres habían quedado en el campo (784).

Vióse Abul Asuad acosado en tierra extraña por los walfes de Beja, de Alcántara y de Badajoz; abandonáronle sus compañeros; y solo, errante noche y día por bosques y cuevas, como hambriento lobo, dice un autor arábigo, derrotado y miserable entró en Coria, donde estuvo oculto algún tiempo: precisado á volver á salir de allí, continuó errante de bosque en bosque, apagando su sed en los arroyos y pidiendo limosna á los transeúntes: por fin, descalzo y andrajoso, desfigurado con los trabajos, entró en Alarcón, pueblo y fortaleza de Toledo, donde recibió la hospitalidad del desvalido, y á poco tiempo una muerte oscura puso fin á sus infortunios. Tal fué el lamentable fin del hijo mayor de aquel Yussuf, enemigo implacable de Abderramán. Habíase fingido ciego en la prisión, y sólo recobró la libertad y la vista para gozar de la libertad de las fieras del bosque y del espectáculo de su negra desventura.

Terminada esta guerra, pasó Abderramán á visitar la Extremadura y Lusitania. Recorrió las ciudades de Mérida, Évora, Lisboa, Santarén, Coimbra, Porto y Braga, haciendo levantar en todas partes mezquitas y estableciendo escuelas públicas para la enseñanza del islamismo: volvió por Zamora, Astorga y Ávila, ciudades todas conquistadas antes por el rey cristiano de Asturias Alfonso I, y abandonadas sin duda después ó poco defendidas, y pasó á Toledo, donde fué recibido por su hijo Abdallah con las mayores demostraciones de alegría (785). Allí supo que Cassim, el hijo menor de Yussuf, unido al indómito Hafila, restos ambos de la batalla de Cazorla, hacían todavía los últimos desesperados esfuerzos por la parte de Murcia y Almería. Mientras Abdallah, hijo del célebre Marsilio, y heredero del valor y de la severidad de su padre, perseguía á Cassim ben Yussuf, Abderramán visitaba los pueblos de las montañas de Jaén, teatro de la última guerra, cambiando con su presencia y porte el espíritu desfavorable que en ellos dominaba y disipando con su amabilidad las prevenciones que contra él tenían. Al llegar á Segura de la Sierra, exclamó: «Esta fortaleza, defendida por un buen alcaide y por algunos ballesteros fieles, sería inaccesible como el nido del águila en la empinada roca.» Lleváronle allí la noticia importante de haber caído Cassim el Fehri en manos de Abdallah, hijo de Marsilio (Abdelmelek ben Omar). Invirtió algunos días el emir en recorrer las aldeas de la sierra, y luego bajó á Denia,

donde le esperaba otra nueva no menos feliz. Abdallah había capturado también al terrible caudillo de los rebeldes Hafila, á quien había decapitado en el acto. Cuando Abderramán llegó á Lorca, incorporóse el vencedor Abdallah, y juntos se encaminaron á Córdoba, donde entraron en medio de las más vivas aclamaciones y plácemes de los habitantes de la ciudad (786). Presentáronle allí al rebelde Cassim encadenado: el hijo de Yussuf imploró la clemencia del emir besando la tierra que pisaba el mismo á quien había hecho guerra obstinada y pertinaz. El ilustre emir puso término á la guerra de treinta años con un rasgo de magnanimidad que acabó de realzar su grandeza. No sólo mandó quitar las cadenas y grillos al cautivo Fehri, sino que le otorgó mercedes y le dió tierras en Sevilla para que pudiese vivir conforme á su antiguo rango y socorrer á sus parientes desvalidos. Cassim, conmovido con tan generoso proceder, ofreció solemnemente ser desde entonces el más fiel servidor y amigo de su magnánimo bienhechor (1).

¡Cuán diferente estrella la de los hijos de Yussuf el Fehri! Abul Asuad, preso diez y ocho años en una torre, logra á costa de una fingida ceguera, ficción aún más incómoda que el mismo cautiverio, evadirse de la prisión, alza el pendón rebelde en el corazón de una montaña, es batido á ojeo como una fiera dañina, derrótanle en un combate, abandónanle los suyos, vaga por los bosques como una alimaña perseguida por el cazador, pide limosna á los transeuntes, apaga la sed en los torrentes del desierto, desfigúranle los trabajos de la vida salvaje, y escuálido y desnudo entra en una población donde muere como un mendigo en la oscuridad y en la miseria. Cassim, su hermano, diez veces prisionero y otras tantas auxiliado para fugarse, fomentador de todas las rebeliones, conspirador incansable y eterno, aparece doquiera que había enemigos armados del emir, en ciudades y en despoblados, en España y fuera de ella, en Mediodía y en Oriente, en riscos y llanos, es apresado al fin, y no sólo obtiene perdón é indulto de un vencedor de quien fuera tan mortal enemigo, sino también tierras de que poder vivir con la grandeza de un príncipe. Inútil sería buscar en lo humano las causas de estos contrastes que en todos los siglos, en todas las religiones y en todos los países suele ofrecer la suerte de los hombres.

Llegamos por fin al término de la carrera de Abderramán: treinta años llevaba de luchas el hijo de Moawiah con pocas interrupciones, al cabo de los cuales, vencedor siempre, pero siempre molestado, logró todavía poder dedicar con quietud alguno aunque corto tiempo á afianzar el trono de los Omniadas y á legársele en un estado brillante á sus sucesores. Dedicó, pues, Abderramán este apetecido período de sosiego á embellecer á Córdoba con monumentos que testificaran á la posteridad su poder y grandeza. Ya la había adornado con alcázares, palacios y jardines; mas queriendo dejar levantado en la capital del imperio un templo que igualara ó excediera á los más magníficos y soberbios de Oriente, dió principio á la construcción de la grande aljama ó mezquita mayor de Córdoba sobre el mismo plan de la de Damasco, en lo cual llevó acaso la idea reli-

(1) Conde, part. II, cap. xxiii.

giosa y el pensamiento político de apartar más y más á los musulmanes españoles de la dependencia moral de Oriente en que los conservaba la veneración á la Meca, haciendo á Córdoba un nuevo centro de la religión musulmática. Para activar los trabajos y alentar á los operarios con su ejemplo, trabajaba Abderramán por sí mismo una hora cada día; mas á pesar de tanta actividad y de haber consumido en los gastos de la obra más de cien mil doblas de oro, Dios no le permitió ver concluido el grandioso monumento, en que, al decir de un moderno poeta, el ojo había de perderse en maravillas (1). Reservada estaba esta satisfacción á su hijo Hixem (2). Pero á Abderramán corresponde la gloria del pensamiento y la honra de haber dotado con rentas perpetuas los hospitales y escuelas (madrisas) que levantó á la sombra de la grande aljama.

Ocupado estaba el ilustre Omniada en estos trabajos, cuando sintiéndose próximo á descender al sepulcro, convocó á los walfes de las seis provincias, y á los gobernadores de doce ciudades principales, con sus veinticuatro wazires, y teniéndolos reunidos en su alcázar, á presencia de su *hahgib* ó primer ministro, del *cadí* de los *cadfes*, de los *alkatibes*, secretarios y consejeros de Estado, declaró su voluntad de dejar á su hijo Hixem por *walí alahdi*, ó sucesor del imperio; rogó á todos le reconociesen y jurasen por tal, é hicieronlo así todos aquellos altos dignatarios, tomando la mano á Abderramán, según costumbre, en señal de obediencia y respeto, y prometiendo fidelidad al futuro emir cuando su padre muriese. Era Hixem el predilecto de su padre, porque aventajaba á sus hermanos en bondad y en sabiduría, en prudencia y rectitud. Murmuróse que la sultana Howara, madre de Hixem, la más querida, y acaso la única esposa que tuvo el emir, no había dejado de influir en la elección. Mas aunque los dos hermanos mayores, Suleiman y Abdallah, no podían reclamar legalmente derecho de preferencia á la soberanía, puesto que ésta era electiva, como lo era también en aquella época entre los cristianos, no pudieron sin secretos celos y sin un resentimiento que por entonces ahogaron, verse postergados á un hermano menor, cuyo mérito y virtudes presumían por lo menos igualar.

Despedida la asamblea, partió Abderramán á Mérida, acompañándole Hixem, y quedando Abdallah en Córdoba: Suleiman volvió á su gobierno de Toledo. A los pocos meses adoleció Abderramán en Mérida de una

(1) Víctor Hugo.

(2) Abderramán hizo la parte principal, desde el muro occidental hasta la undécima nave inclusive. Según el autor del *Indicador Cordobés* (edición de 1837), la actual catedral de Córdoba compendia en sí la historia de los cuatro grandes períodos de la España romana, gótica, arábiga y restaurada. En el sitio que hoy ocupa este grandioso templo estuvo el que los romanos dedicaron á Jano, que llamaron Augusto. De ello se hallaron dos inscripciones cuando se abrieron los cimientos para la fábrica de la capilla mayor, que están hoy colocadas en el arco llamado *de las Bendiciones*. En este mismo sitio, según la opinión más probable, estuvo en tiempo de los godos el templo de San Jorge, aquel fuerte donde se refugiaron los caballeros godos y cordobeses cuando la invasión de Mugeiz el Rumí, y que de la catástrofe en él ocurrida, se llamó *iglesia de los Mártires*. Después fué la gran mezquita, y San Fernando la convirtió en catedral cristiana, cuyo destino conserva.

enfermedad, de la cual no tardó en sucumbir. Acaeció su muerte en el año de la hégira 171, el 22 de la luna de Rebie segunda (30 de setiembre de 788). Tenía entonces poco más de cincuenta y nueve años, y dejaba once hijos y nueve hijas. Hízosele un entierro solemne y pomposo, acompañando su féretro toda la gente de la ciudad y de sus contornos, con señaladas muestras de sentimiento y pesadumbre (1).

Así terminó su agitada y gloriosa carrera el primero de los Omniadas de España, Abderramán ben Meruán, á cuyas aventajadas cualidades sus mayores enemigos no pudieron menos de hacerle justicia. Almanzor, califa de Bagdad, y por lo mismo natural enemigo de su nombre y familia, elogiaba su valor y sus talentos, y se felicitaba de que las guerras interiores de España le hubieran impedido ejecutar el atrevido pensamiento que tuvo, según Al Makari, de llevar la guerra hasta el Oriente, y de derrocar la poderosa dinastía de los Abassidas. Los escritores cristianos, á pesar de sus naturales antipatías, no pudieron dejar de reconocer sus virtudes. El Silense le llama el gran rey de los moros (2), y el arzobispo don Rodrigo dice que Abderramán fué llamado *Al Adhil*, el Justo (3). «Carlo-magno, dice un escritor contemporáneo, la figura colosal que descuella en aquel siglo, queda rebajado en comparación de Abderramán (4).»

Aunque Abderramán gobernó como jefe supremo é independiente, y aunque las historias cristianas y algunas árabes le nombran Rey, Califa (Vicario), ó Miramamolín (5), consta por Al Makari que nunca se dió á sí mismo sino el modesto título de Emir. Los dictados de miramamolín y de califa no empezaron á darse á los emires de Córdoba hasta el octavo de los Omniadas de España Abderramán III, ó sea Abderramán al Nasir.

El mismo año de la muerte de Abderramán I entró en África Edris ben Abdallah, que después de haber andado errante por aquellas regiones, como en otro tiempo Abderramán, se apoderó de Almagreb, quitándoselo á los califas de Oriente, y echó los cimientos del reino de Fez, que trasmitió en herencia á su hijo Edris ben Edris. De esta manera el África propiamente dicha, desde el Egipto hasta el Estrecho, se constituía independiente de los califas Abassidas, como treinta y ocho años antes se había constituído la España: circunstancia interesante para la inteligencia de los sucesos ulteriores de nuestra historia.

(1) Conde, cap., xxiv.

(2) Abderramen magnus rex Maurorum. Chron. n. 18.

(3) Hist. Arab. 18.

(4) Alcant., *Hist. de Granada*, tom. II.

(5) Corrupción de *Emir-al-mumenin*, emir ó jefe de los creyentes.

## CAPÍTULO VII

HIXEM Y ALHAKEM EN CÓRDOBA; ALFONSO EL CASTO EN ASTURIAS

*De 788 á 802.*

Solemne proclamación de Hixem I en Córdoba.—Guerra que le movieron sus dos hermanos Suleiman y Abdallah.—Véncelos el emir.—Noble y generoso comportamiento de éste.—Rebeliones de los wálíes de la frontera oriental.—Proclama Hixem la *guerra santa*.—Progresos de los musulmanes de uno y otro lado del Pirineo.—Termina Hixem la gran mezquita de Córdoba.—Su descripción.—Triunfo de Alfonso II (el Casto) en Asturias.—Muerte de Hixem, y elevación de su hijo Albakem I.—Dispútale el trono sus dos tíos Suleiman y Abdallah.—Guerra civil.—Su término.—Alfonso de Asturias hace una excursión hasta Lisboa.—Mensaje y presentes de Alfonso á Carlomagno en Aquisgrán.—Es destronado momentáneamente, recluso en un monasterio, y vuelto á aclamar.—Conquistas de los francos en el Oriente de España.—Célebre sitio de Barcelona por Ludovico Pío, rey de Aquitania.—Ríndele la plaza los musulmanes.—Origen del condado de Barcelona.

Extraño se mantenía á todos estos sucesos el pequeño reino de Asturias, como oscurecido en un rincón bajo los inertes príncipes que mediaron del primero al segundo Alfonso, que todavía, como anunciamos en otro capítulo, tardará tres años en empuñar el cetro de la monarquía de Pelayo.

Con desusada pompa se celebraba en 788 en Mérida, terminados los funerales de Abderramán, la solemne proclamación de su hijo Hixem I. «¡Que Dios ensalce y guarde á nuestro soberano Hixem, hijo de Abderramán!» era el grito que resonaba en todas partes, y rezábase por él la *chotba* ú oración pública en todas las mezquitas de España. Ayudaba al entusiasmo con que era saludado Hixem su majestuosa presencia, su índole apacible, y la fama de religioso y justiciero que ya gozaba, designándole desde el principio con el doble dictado de *Al Adhil*, el justo, y *Al Rahdi*, el benigno y afable.

Pero estas virtudes no bastaron á estorbar que sus dos hermanos mayores Suleiman y Abdallah, wálíes de Toledo y de Mérida, no pudiendo resistir á la envidia y enojo de verse postergados, le declararan abierta guerra, proclamándose independientes en Toledo, donde ambos se habían reunido. Al wazir de la ciudad, que se negó á coadyuvar á sus designios, encarceláronle y le cargaron de cadenas. Y como Hixem escribiese á su hermano Suleiman para que le diese cuenta de la causa ó motivo de aquel maltratamiento, la respuesta del soberbio Suleiman fué hacer sacar de la prisión al desgraciado wazir y clavarle en un palo á presencia del portador de la carta, diciéndole á éste: «Vuelve y dí á tu señor lo que vale aquí su soberanía: que queremos ser independientes en nuestras pequeñas provincias, lo cual es una corta indemnización del desaire que se nos ha hecho.» Justamente indignado Hixem de la desatentada osadía de sus hermanos, marchó á la cabeza de una hueste de veinte mil hombres sobre Toledo. Suleiman había salido á su encuentro con quince mil. Batiéronse

los dos hermanos con el encarnizamiento de extraños enemigos. Derrotado el rebelde, pudo á favor de las tinieblas de la noche refugiarse á los montes, y el ejército vencedor prosiguió á poner cerco á la ciudad, defendida por Abdallah. El sitio apretaba, Suleiman no volvía, escaseaban los víveres, cundía en la ciudad el descontento, y Abdallah pidió permiso á los jefes del campo enemigo para pasar á conferenciar con el emir su hermano. Salió de Toledo de incógnito, presentóse á Hixem, el cual, por uno de aquellos impulsos indeliberados propios de las almas generosas, recibió á Abdallah con los brazos abiertos. Ante la elocuencia muda de la sangre, no vió en su hermano al gobernador rebelde de Toledo, sino al hijo de Abderramán como él. Concertóse, pues, la entrega de la plaza y el olvido de todo lo pasado, y juntos marcharon á Toledo, donde fué recibido Hixem con públicas demostraciones de alegría. Instaló en calidad de walí á un pariente del wazir tan inhumanamente sacrificado: dió á Abdallah, para que pudiese vivir, una casa de recreo situada en uno de los más amenos sitios de la campiña del Tajo, y regresó á Córdoba á preparar los medios de reducir á Suleiman, que tenaz en su rebelión, se había corrido de los montes de Toledo á los campos de Murcia, y reclutado gran número de descontentos.

Tampoco tardó en verse segunda vez humillada la soberbia de Suleiman. El joven hijo de Hixem, Alhakem, que hacía el primer ensayo de acaudillar algunas tropas, mandaba la vanguardia del ejército destinado á perseguir á su rebelde tío. En los campos de Lorca encontró la gente de éste, y con el ardimiento y la inconsideración de un joven que no ve los peligros la arremetió impetuoso, y tuvo la fortuna de arrollarla. Cuando llegó el ejército del emir no halló ya con quien pelear. Costóle al joven vencedor ser amonestado por su padre, para que otra vez no procediera con tanta precipitación, pues si bien es necesario el arrojo en las lides, no lo es menos la prudencia, por cuya falta caudillos muy bravos causaron muchas veces la ruina de sus reinos y la suya propia. Cuando Suleiman, que no había estado en la batalla, supo la derrota: «¡Maldición á mi suerte!» exclamó, y sin decir más corrióse con algunos jinetes á tierra de Valencia, donde acosado por la caballería del emir escribió á su hermano solicitando le admitiese en su gracia con las mismas condiciones que á Abdallah. Hixem, siempre generoso, allanóse también á ello; si bien conociendo el carácter impetuoso y arrebatado de Suleimán, le propuso que se estableciese en Tánger ú otra ciudad de Almagreb, donde con el valor de los bienes que tenía en España podría adquirir otras posesiones equivalentes. Accedió á todo Suleiman, y vendidas sus haciendas en sesenta mil mitcales de oro pasó á morar en Tánger. Así terminó (de 788 á 790) la guerra de los tres hermanos (1).

Simultáneamente había estado ardiendo el fuego de la rebelión por las fronteras del Pirinco Oriental. Los inquietos berberiscos no se resignaban á la obediencia de los emires árabes. Ya era el walí de Tortosa Said ben Hussein que se negaba á reconocer á su sucesor, y se concertaba con sus

(1) Roder. Tolet. *Hist. Arab.* c. xviii.—Conde, part. II, cap. xxv y xxvi.—Ben Alabar, in Cassiri.

vecinos los francos para sostener contra el soberano de Córdoba las plazas de Gerona, Ausona y Urgel; ya era el caudillo de la frontera Balhul, que unido á los walíes de Barcelona, Tarragona y Huesca, se apoderaba de Zaragoza y se proclamaba independiente. Por fortuna de Hixem, el walí de Valencia Abu Otmán, enviado contra los rebeldes, fué tan enérgico y feliz en su expedición, que no tardó en informar al emir de sus triunfos de la manera auténtica que los musulmanes solían hacerlo, enviándole las cabezas de los caudillos vencidos. Como esto coincidiese con la sumisión de los dos hermanos, hiciéronse en Córdoba fiestas públicas. Hixem escribió de su puño una carta de gracias al bravo Abu Otmán, y le dió el mando de la frontera de Afranc ó del Frandjat (que así llamaban ellos á la frontera de Francia), prometiéndole le serían enviados refuerzos para recobrar las ciudades que en aquella tierra habían perdido los musulimes.

Desembarazado Hixem de estas guerras, pensó en resucitar en los musulmanes españoles el fervor religioso de los buenos tiempos del Islam, y llevando el pendón del Profeta á los dominios cristianos, emplear las fuerzas y la atención de todas las tribus en combatir á los enemigos de su fe, haciendo cesar por este medio el espíritu de sedición que trabajaba y enflaquecía el imperio. Al efecto hizo leer en todos los *minhbares* ó púlpitos de las mezquitas la proclamación del *alghied* ó guerra santa. Hizo un llamamiento general á todos los walíes y caudillos, á todos los creyentes, ofreciendo grandes premios á cuantos contribuyeran de algún modo á tan digna empresa. Respondieron á la invitación del emir todos los buenos musulmanes, concurriendo los unos con sus personas, los otros suministrando armas ó caballos, los demás con sus bienes, haciendo donativos y limosnas (791). Juntáronse así brevemente tres grandes cuerpos de ejército, que destinó el emir á Asturias y Galicia, á los montes *Albaskenses* (montañas vascas), y á las tierras de Afranc.

El primero, al mando del hadgib ó primer ministro Abdel Waid, fuerte de cerca de cuarenta mil hombres, corrió las comarcas de Astorga y Lugo, talando y destruyendo el país, y cuando volvía cargado de ganados, despojos y cautivos, encontróse una parte de él en Burbia (1) con fuerzas del rey de Asturias Bermudo (Bomond que nombran los árabes). El resultado de esta pelea le traducen en favor las historias musulmanas: distinta interpretación le dan los cronistas cristianos (2). Era el último año del reinado de Bermudo, cuando ya Alfonso mandaba las armas de Asturias. El segundo ejército penetró por los montes de Vizcaya hasta la Vasconia. Pero la irrupción más notable de la guerra santa fué la que hizo el tercer cuerpo á las órdenes de Abdalá ben Abdelmelek á la Septimania ó Narbonense. Los momentos no podían ser más oportunos. Carlomagno se hallaba en el Norte defendiendo las fronteras de su reino contra los indóciles sajones: Luis el Bondadoso, su hijo (Ludovico Pío), rey de Aquitania, había tenido que acudir á Italia al socorro de su hermano Pepino, contra quien se habían sublevado los de Benevento. En tal ocasión el ejército musul-

(1) Junto á Villafranca del Bierzo, en la actual provincia de León.

(2) Conde, cap. xxvii.—Ahmed Al Makari.—Albeld. Chron. n. 57.—Roder. Tolet. *Hist. Arab.*, c. xxi.

mán, después de tomar á Gerona, que estaba por los franco-aquitianos, y de degollar á sus habitantes, invadió la Septimania, incendió el grande arrabal de Narbona, treinta años hacía perdida por los sarracenos, hizo gran matanza en sus defensores, y cargado de botín dirigióse á Carcasona. En vano quiso hacer frente el duque Guillermo de Tolosa en las riberas del Orbieu á las vencedoras huestes agarenas: inútiles fueron las proezas personales del duque cristiano. El pendón mahometano quedó otra vez triunfante, y contentos los árabes con esta segunda victoria, regresaron de este lado de los Pirineos á poner en seguridad su inmenso botín (793). Córdoba celebró con regocijos públicos las nuevas de tan felices expediciones (1). Del quinto de aquellos despojos tocaron al emir más de cuarenta y cinco mil mitcales ó pesantes de oro.

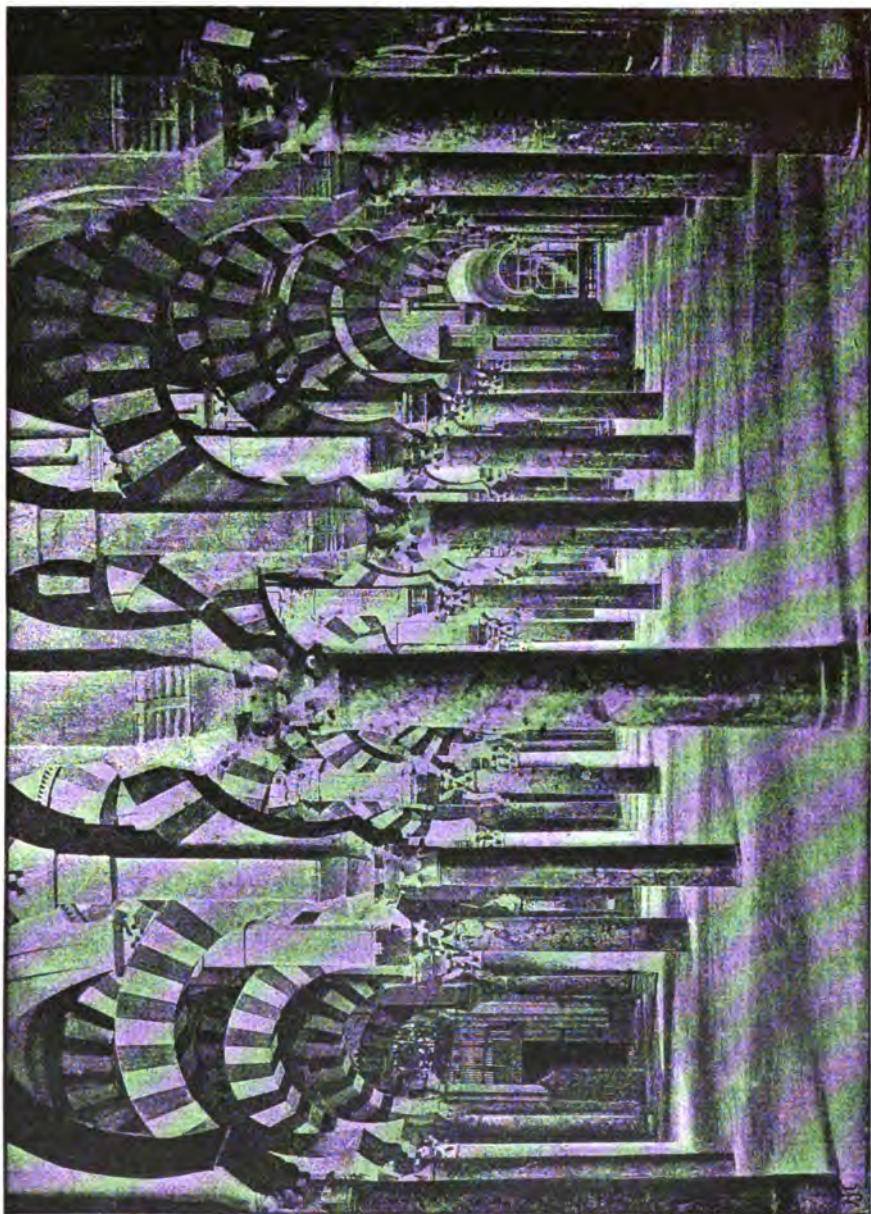
«Con estos venturosos sucesos, dicen los historiadores árabes, era el rey Hixem muy temido de sus enemigos y muy amado de los pueblos: con su clemencia, liberalidad y condición dulce y humana, se granjeaba las voluntades de todos.» Príncipe, añaden, tan magnánimo, que de su particular tesoro pagaba los rescates de los prisioneros, y tomaba á su cargo y bajo su protección los hijos y mujeres de los que morían en la guerra santa. Tan celoso por la religión como caritativo con los pobres, destinó en su totalidad el quinto de los despojos que le había tocado á acabar la gran mezquita de Córdoba empezada por Abderramán I, y en la cual, á ejemplo de su padre, también trabajaba él algún rato cada día. Dicen que empleó como obreros á todos los cautivos hechos en Narbona, lo que pudo dar ocasión á la tradición popular de haber hecho traer en hombros de cautivos los escombros de aquella ciudad para emplearlos en este edificio. Acabóse, pues, en tiempo de Hixem este grandioso templo, que describe así un historiador árabe: «Esta magnífica aljama de Córdoba aventajaba á todas las de Oriente; tenía seiscientos pies de larga y doscientos cincuenta de ancha; formada de treinta y ocho naves á lo ancho y diez y nueve á lo largo, mantenidas en mil noventa y tres columnas de mármol: se entraba á su *alquibla* (2) por diez y nueve puertas forradas de planchas de bronce de maravillosa labor, y la puerta principal cubierta de láminas de oro: tenía nueve puertas á Oriente y nueve á Occidente. Sobre la cúpula más alta había tres bolas doradas, y encima de ellas una granada de oro: de noche para la oración se alumbraba con cuatro mil setecientas lámparas, que gastaban veinticuatro mil libras de aceite al año, y ciento veinte libras de áloe y ámbar para sus perfumes: el *atanor del mihrab*, ó lámpara del oratorio secreto, era de oro y de admirable estructura y grandeza.» Otro escritor arábigo, Abdelhalín de Granada, que tuvo la humorada de informarse hasta de las tejas que cubrían el edificio, dice que eran cuatrocientas sesenta y siete mil trescientas (3). También se reedificó de orden de Hixem el famoso puente romano de Córdoba.

(1) *Historia de Languedoc*, tomo I.—Fauriel, *Histoire de la Gaule*, etc., tomo III.—Conde, cap. xxviii.—Rod. Tolet. *Hist. Arab.* c. xix.

(2) La parte destinada á la oración, que se hacía con el rostro vuelto hacia la Meca.

(3) Conde, part. II, cap. xxviii.—Ponz, *Viaje de España*.—Indicador cordobés.





INTERIOR DE LA MEZQUITA (HOY CATEDRAL) DE CÓRDOBA.--COPIA DIRECTA DE UNA FOTOGRAFÍA

Reinaba desde 791 en Asturias Alfonso II llamado *el Casto* (1). En el tercer año de su reinado y sexto del de Hixem en Córdoba (794), invadió las Asturias otro nuevo ejército sarraceno. Internáronse esta vez bastante los mahometanos en aquel suelo clásico de la restauración española, devastando campiñas y destruyendo iglesias. Alfonso reunió toda la gente de armas que pudo; el número era mucho menor que el de los enemigos, pero la presencia de su rey y el celo por su religión les inspiraba un ardor irresistible. Alfonso supo con maña atraer á los enemigos á un lugar pantanoso llamado Lutus (Lodos), en que entraron confiadamente los musulmanes. Salieron entonces los cristianos que emboscados los esperaban, y embistiéndolos tan bravamente, que embarazados y confusos los moros en un terreno fangoso, y para ellos desconocido, sufrieron una horrible mortandad: las crónicas cristianas hacen subir el número de muertos á setenta mil (2). Las historias arábicas confiesan que fué grande la matanza de los musulimes, que pereció en ella el caudillo Yussuf ben Bath, y que perdieron la presa y cautivos que traían. Esta fué la última expedición de los sarracenos á tierras cristianas durante el reinado de Hixem.

La santa guerra, feliz para él por la parte de Narbona, lo había sido bien poco por la de Asturias. Entreteníase como su padre en el cultivo de las hermosas huertas y jardines de Córdoba. Conociendo su afición, propusieronle un día la adquisición de una heredad contigua sumamente feraz y amena: sabedor el emir de que deseaban adquirirla otros, abstuvo de comprarla por no perjudicarles (3).

Cuéntase que un astrólogo anunció á Hixem la proximidad de su muerte; y que en su virtud, sin apesadumbrarse por ello, dicen las cróni-

(1) Llamósele así, por ser fama que «con deseo de vida más pura y santa por todo el tiempo de su vida no tocó á la reina Berta, su mujer:» dice Mariana. Lo que se infiere del cotejo de las crónicas de Albelda, de Alfonso III, de Pelayo de Oviedo y de Lucas de Tuy, es que si estuvo desposado con Berta, no debió llegar á realizarse el consorcio, ó esta señora, á quien suponen francesa, no vino á España. Por lo menos no se encuentra su nombre entre los confirmantes de los privilegios de aquel reinado como acostumbraban á hacerlo las reinas en aquel tiempo.

(2) Sebast. Salmant. n. 21.—Algunos confunden esta entrada y derrota con la de 791.

(3) Con esta ocasión compuso los siguientes versos, que revelan no tanto ingenio como grandeza de ánimo.

«Mano franca y liberal—es blasón de la nobleza,  
El apañar intereses—las grandes almas desdeñan:  
Floridos huertos admiro—como soledad amena,  
El aura del campo anhelo,—no codicio las aldeas,  
Todo lo que Dios me da—es para que á darlo vuelva:  
En los tiempos de bonanza—infundo mi mano abierta  
En el insondable mar—de grata beneficencia;  
Y en tiempo de tempestad—y de detestable guerra  
En el turbio mar de sangre—baño la robusta diestra:  
Tomo la pluma ó la espada—como la ocasión requiera,  
Dejando suertes y lunas,—y el contemplar las estrellas.»

cas, convocó una solemne asamblea de los principales dignatarios del imperio (ceremonia que desde su padre siguieron usando en iguales casos los emires), y en ella hizo reconocer por sucesor suyo á su hijo el joven Alhakem, al cual juraron todos los principales jeques obediencia y fidelidad. El vaticinio del astrólogo, si fué cierto, no tardó en cumplirse. En los primeros días de abril de 796 enfermó Hixem, y á los doce días, dicen los autores árabes, se fué á la misericordia de Alláh. Refieren que poco antes de morir llamó á su hijo y le dió los siguientes consejos, que algunos equivocadamente han atribuido á su padre (1). «Considera, hijo mío, que los reinos son de Dios, que los da y los quita á quien quiere. Pues Dios por su bondad nos ha dado el poder que está en nuestras manos, démosle gracias por tanto beneficio, hagamos su santa voluntad, que no es otra cosa que hacer bien á todos los hombres, y en especial á los que están encomendados á nuestra protección: haz justicia igual á pobres y á ricos; no consientas injusticias en tu reino, que es camino de perdición; sé benigno y clemente con todos los que dependan de tí, que todos son criaturas de Dios. Confía el gobierno de tus provincias y ciudades á varones buenos y experimentados; castiga sin compasión á los ministros que opriman tus pueblos: gobierna con dulzura y firmeza á tus tropas cuando la necesidad te obligue á poner las armas en sus manos; sean los defensores del Estado, no sus devastadores; pero cuida de tenerlos pagados y de inspirarles confianza en tus promesas. No te canses de granjear la voluntad de tus pueblos, pues en su amor consiste la seguridad del Estado, en el miedo el peligro, y en el odio su ruina cierta. Cuida de los labradores que cultivan la tierra y nos dan el necesario sustento: no permitas que les talen sus siembras y plantíos. En suma, haz de manera que tus pueblos te bendigan, y vivan contentos á la sombra de tu protección y bondad, que gocen tranquilos y seguros los placeres de la vida: en esto consiste el buen gobierno, y si lo consigues, serás feliz, y alcanzarás fama del más glorioso príncipe del mundo (2).»

«Al leer este fragmento, exclama un escritor de nuestros días, ¿no se cree tener á la vista una página de Fenelón?» Ciertamente, á ser auténtico, como lo parece, este discurso, holgaríamos de ver practicadas las máximas del príncipe musulmán por los mismos que rigen y gobiernan los pueblos cristianos. Dejó Hixem establecidas en Córdoba escuelas de lengua arábiga, y en su tiempo se comenzó á obligar á los cristianos mozárabes á no hablar ni escribir en su lengua latina.

Alfonso de Asturias había trasladado su corte y residencia real á Oviedo, la ciudad que había fundado su padre Fruela, y donde él había nacido. Consagrábase el tiempo que las irrupciones sarracenas se lo permitían á fomentar la prosperidad de su reino con el celo, piedad y prudencia que hicieron tan glorioso su largo reinado. Cinco años llevaba gobernando la monarquía de Asturias, cuando por muerte de Hixem fué proclamado emir de la España musulmana Alhakem, su hijo, cuya brillante educación, juventud, ingenio y cultura, hacían esperar á los musulimes que ten-

(1) Viardot, *Hist. des Arabes*, etc., cap. xi.

(2) Conde, cap. xxix.

drían en él un digno sucesor de su abuelo y de su padre: y esperáronlo más al verle nombrar su hagib ó primer ministro al ya ilustre en armas y letras Abdelkerim ben Abdelvahid, su bibliotecario y amigo desde la infancia. Pero la altivez é irascibilidad de su genio le condujeron á los excesos y extravagancias que nos irá diciendo la historia.

Borrascoso y turbulento comenzó el reinado del tercer Omniada. Sus dos tíos Suleiman y Abdallah, en Tánger el uno, en las cercanías de Toledo el otro, de nuevo aguijados de la ambición de reinar, preparáronse á disputar con las armas á su joven sobrino un trono de que aun se creían injustamente despojados, como hijos mayores de Abderramán. Entendiéronse entre sí, y mientras Abdallah con ayuda del cadí de Toledo Obeida ben Amza (el Ambroz de las crónicas cristianas), hombre astuto y de intriga, organizaba secretamente la rebelión, Suleiman en África reclutaba á fuerza de oro la gente movediza y vagabunda del Magreb para traerla á España. Abdallah, después de haberse concertado con su hermano en Tánger, pasó resueltamente á solicitar el apoyo del más poderoso príncipe que entonces en Europa se conocía, de Carlomagno, que se hallaba á la sazón en su palacio de Aquisgrán (Aix-la-Chapelle). Allá se fué el atrevido árabe, como antes Ibnalarabi á Paderborn, á implorar la ayuda del gran jefe de la cristiandad contra el emir su inmediato pariente y correligionario. A tal punto la codicia de poder ahoga en los hombres la voz de la sangre y el sentimiento religioso. Lo que negociaron en su común interés el monarca franco y el rebelde omniada, indicáronlo pronto, si del todo no lo aclararon los sucesos (1).

Después de haber venido juntos hasta la Aquitania Abdallah y el rey franco Luis el Pío, y mientras el hijo de Carlomagno se disponía á invadir la España por el Pirineo Oriental, el tío del emir de Córdoba atravesaba todo el territorio que media hasta Toledo, donde ya su activo agente Ambroz (Aben Amza) le tenía ganadas algunas fortalezas de la provincia, alzado banderas por él, y apoderándose de las puertas y alcázar de Toledo por un atrevido golpe de mano (797). De todos los alcaides de la comarca ninguno había permanecido fiel al emir sino Amrú el de Talavera. Suleiman con su hueste aventurera de Africa desembarcaba en Valencia y se reunió á su hermano en Toledo, sin que alcanzara á impedirlo el emir por pronto que acudió con la caballería de Arcos, de Jerez, de Sidonia, de Córdoba y de Sevilla. Viéronse al instante los resultados de la entrevista de Aquisgrán, porque mientras Alhakem y su fiel Amrú sitiaban en Toledo á los dos hermanos rebeldes, el hijo de Carlomagno y el rey de Aquitania Luis (Ludovico el Pío) por medio de sus leudes y caudillos recobraba á Narbona, batía á los comandantes musulmanes de la frontera Balhul y Abu Tahir, rendía otra vez á Gerona, se le entregaban Lérida, Huesca y Pamplona, y un moro nombrado Zaid escribía á Carlomagno ofreciéndole poner la plaza de Barcelona á su disposición.

En tal conflicto el joven Alhakem, con una resolución propia de su juventud, dejando encomendado á su fiel Amrú el sitio de Toledo, parte rápidamente con la caballería de su guardia á apagar el incendio de la Es-

(1) Eginhard, *Annal.*—*Annal. Lauriss.*—*Conde*, cap. xxx.

paña Oriental. Llega á Zaragoza, hace un llamamiento á los buenos musulmanes, su presencia, sus modales, sus ardientes discursos reaniman las poblaciones del Ebro, y acuden en derredor de la legítima bandera. Con esto emprende vigorosamente la reconquista de las plazas perdidas, los franco-aquitianos huyen delante de sus armas, recobra á Huesca, Lérida y Gerona, entra en Barcelona, traspone el Pirineo, avanza á Narbona, destruye, degüella, cautiva niños y mujeres, le aclaman sus soldados *Almudhaffar* (vencedor afortunado), y dejando el cuidado de la frontera á su primer ministro Abdelkerim, y al walí Foteis ben Suleiman, regresa á Toledo fuerte y orgulloso con el resultado de tan feliz y rápida campaña. En vano en su ausencia se había engrosado el partido de sus rebeldes tíos: en vano se les habían adherido las ciudades de Valencia y Murcia: íbale á Alhakem el trono y la vida en acabar con aquella rebelión: el sitio se activa; las aguerridas y triunfantes huestes del emir vencen en varios reencuentros á la gente allegadiza y baldía de Suleiman; tómanles las fortalezas del país; Suleiman y Abdallah se ven forzados á pasar á tierras de Valencia y Murcia: el emir se mueve también, y establece su cuártel general en Gingilia (Chinchilla). A poco tiempo se le presenta en Chinchilla el intrépido y fiel Amrú con la noticia de haber entrado en Toledo, de haber decapitado á Ambroz, cuya cabeza le llevaba en testimonio según costumbre, y de haber dejado de gobernador de la ciudad á su hijo Yussuf (799).

Intentan entonces Suleiman y Abdallah penetrar en Andalucía y apoderarse de Córdoba por un golpe de mano. Pero el activo emir les sale al encuentro, y casi en el mismo sitio en que en vida de su padre había hecho el primer ensayo de su temeraria intrepidez contra aquel mismo Suleiman su tío, allí encontró ahora las huestes de los dos hermanos: allí correspondió otra vez al alto concepto que desde aquella primera ocasión había hecho formar de su arrojo; allí en lo más recio de la batalla vió caer á los pies de sus caballos al mayor de sus tíos, Suleiman, clavada una flecha en su cuello. Desordenáronse con este golpe las bandas rebeldes, y Abdallah se retiró á Valencia á favor de la noche seguido de algunos. Cuando al emir le fué presentado el cadáver de su tío lloró sobre él, y mandó hacerle solemnes exequias á que asistió él mismo. Aunque Abdallah era muy querido en Valencia, tanto que le apellidaban *Al Balendi* (el Valenciano), no quiso prolongar por más tiempo los males de una guerra que sería ya inútil, y envió á Alhakem su sumisión ofreciéndole pasar á vivir en África ó donde le destinase. Admitió el emir la propuesta, concediéndole generosamente morar donde más gustase, asignándole mil mitcales de oro mensuales y cinco mil más al fin de cada año, pero exigiéndole en rehenes sus hijos como en garantía de la fe de su padre. Trató Alhakem á sus primos como príncipes, otorgándoles altos empleos en muestra de su confianza y aun dió al mayor de ellos, Esfah, en matrimonio su hermana *Alkinza* (1). Volvióse con esto Alhakem á Córdoba, donde fué recibido con grande alegría (800). De este modo acabó la segunda guerra de los dos hermanos Suleiman y Abdallah, en que se vieron tantos ejem-

(1) *Alkinza* significa *el tesoro*.

plos de esa extraña mezcla de crueldad y de sentimientos nobles y humanitarios tan común en las gentes de la Arabia.

¿Había estado entretanto ocioso y quieto Alfonso de Asturias? Por el contrario, aprovechando las desavenencias de los musulmanes había hecho en 797 una atrevida excursión á la Lusitania, llevádola hasta las lejanas márgenes del Tajo, penetrado aunque momentáneamente en Lisboa, talado sus campiñas y traído ricos despojos. Hallándose Carlomagno en Aquisgrán, vió llegar unos personajes cristianos que mostraban ir de apartadas tierras, llevando consigo siete mil cautivos musulmanes con otros tantos caballos, lujosos arneses, y un magnífico pabellón árabe. Eran dos nobles españoles, Basilico y Froya, enviados y mensajeros de Alfonso el Casto de Asturias, que iban á ofrecer de parte de su rey al monarca franco aquellos preciosos dones, gloriosos trofeos de su feliz expedición á Lisboa, al propio tiempo que su alianza y amistad (1). Quedó desde entonces Alfonso en relación íntima con el poderoso Carlos, que extendió igualmente á su hijo Luis de Aquitania. También á Tolosa, donde este príncipe celebraba una especie de asamblea para deliberar sobre el modo de hacer otra incursión en España, fueron mensajeros de Alfonso con presentes para aquel rey, siendo de este modo los tres monarcas el nervio de la liga cristiana de aquel tiempo.

Pero tan íntimas relaciones, tales y tan cumplidas muestras de amistad por parte de Alfonso á los príncipes francos hubieron de ser interpretadas por algunos celosos próceres de Asturias como signos de dependencia, sumisión ó vasallaje, y no pudiendo tolerar la idea del más remoto peligro de dependencia extranjera, formóse un partido bastante poderoso para derrocar á Alfonso del trono y encerrarle, bien que por muy poco tiempo, en el monasterio de Abellanica (802). Las sucintas crónicas de aquella era no nos dicen quién fuese aclamado en su lugar. Acaso ninguno, porque muy brevemente, en aquel mismo año, los vasallos leales de Alfonso, que eran los más, capitaneados por un godo llamado Theuda, le sacaron de la reclusión y le devolvieron la libertad y el trono de que injustamente le habían despojado. Fundado ó no el cargo que á Alfonso le hacían, es lo cierto que desde aquella fecha no se volvió á hablar ni de presentes ni de regalos, ni de afectuosos escritos de parte del rey de Asturias y Galicia al señor emperador Carlomagno, como ya entonces se le llamaba (2). Tampoco desde entonces volvió á ser inquietado Alfonso en la pacífica posesión de su cetro.

Por dichoso hubiera podido tenerse Alhakem con no contar más enemigos cristianos que los del Norte de España. Hubiera al menos podido reposar un tanto tranquilo en su soberbio alcázar y á la sombra de sus bellos jardines de Córdoba, después de terminada la guerra civil de sus dos tíos, si por el Nordeste de la Península no viera irse estrechando las fronteras de su imperio al empuje de las armas de otro formidable adver-

(1) Eginhard, *Annal.*—Id. *Fuldens.*—Reginon, *Cron. cit.* por Flórez, tom. XI, página 6.

(2) *Albeld. Chron.* 1. c.—Astron. *Vit. Hist. Ludovici Pii.*—Egin. *Vit Karol. Mugn.*

sario. Ni Carlomagno ni su hijo Luis habían renunciado á sus proyectos sobre España. Uno y otro tenían honra que vindicar, pérdidas que resarcir y ambición que satisfacer: y la asamblea de Tolosa que hemos mencionado, no había sido estéril; habíase acordado en ella una nueva invasión, y realizóse con la ayuda y cooperación que había ido á ofrecerles en Tolosa aquel jefe de frontera Balhul, uno de aquellos moros de quienes dice la crónica árabe, «que acostumbrados á ser independientes en sus gobiernos, se mantenían en ellos con artera y vil política, buscando la amistad y el favor de los cristianos, para no obedecer á su señor ni servirle, y cuando ya no podían sufrir la opresión de los cristianos, fingían ser leales y buenos musulmes, y se acogían al rey, y que por esta causa se había perdido aquella frontera.» Viene, pues, otra vez el ejército franco-aquitano. Gana fácilmente los lugares fronterizos: Gerona, tres veces en un año tomada y perdida por musulmanes y cristianos: la antigua Ausona, tan floreciente en otro tiempo, y en aquella sazón casi deshabitada (1); Caserras, situada sobre una alta roca; el fuerte de Cardona, en la pendiente de un desfiladero; Solsona, Manresa, Berga, Lérida, todas fueron cayendo sucesivamente en poder de los francos, que se dedicaron á fortificarlas, como quien pensaba hacer asiento en el país, que fué el núcleo de lo que había de llamarse luego *Marca Hispana*, y quedó por entonces encomendado al conde Borrell. El gobernador de Barcelona Zaid rehusó entregar la plaza, según había ofrecido. Tal era la fe de los moros. Quedó Barcelona para ser especial objeto de una gran cruzada por parte de los francos.

En el primer año del siglo IX se celebraba en Tolosa una solemne asamblea, especie de Campo-de-Mayo, presidida por el rey de Aquitania. Tratábase de formar una gran liga de todos los condes y leudes francos y aquitanios para la conquista de Barcelona. El duque Guillermo de Tolosa fué el orador más vehemente y el instigador más fogoso en favor de la expedición. Ardía en deseos de vengar el desastre de Orbieu. El discurso de aquel Guillermo, entonces duque y después santo, arrastró tras sí los votos de toda la asamblea. Francos, gascones, godos y aquitanios, de Tolosa, de la Guiena y de la Auvernia, provenzales y borgoñones enviados como auxiliares por Carlomagno formaron el grande ejército expedicionario, que fué dividido en tres cuerpos. En el otoño de aquel año (801), una numerosa hueste cristiana derribaba los árboles de las cercanías de Barcelona, levantaba estacadas, construía torres de madera, armaba escalas, arrastraba piedras, manejaba arietes y todo género de máquinas de batir. Un moro, seguido de una muchedumbre de gente, paseaba por lo alto de los muros de Barcelona. Era Zaid, que alentaba á los musulmanes á que no desmayaran á la vista del ejército franco. Todos los asaltos de los sitiadores eran rudamente rechazados con no poca pérdida de la gente cristiana.

Los musulmanes esperaban que Alhakem les enviara socorros de Córdoba. Pero habíase apostado para impedirlo el duque Guillermo de Tolosa

(1) Estaba tan destruída, que se le dió el nombre de Vicus (a. l. dea) Ausonensis, de donde le quedó el de Vic, Vique y hoy Vich.

con el tercer cuerpo entre Tarragona y Lérida. Por otra parte, el moro Balhul, acaudillando á los cristianos del Pirineo, aquellos rústicos y bravos montañeses avezados á todo género de privaciones y de fatigas, devastaba las campiñas y poblaciones árabes que hallaba descuidadas, y en una de sus atrevidas excursiones llegó á apoderarse de Tarragona, que hizo su plaza de armas. Singular fenómeno el de un caudillo musulmán haciendo guerra terrible á los de su misma creencia con guerrilleros cristianos. Un cuerpo de auxiliares andaluces mandado por Alhakem hubo de retroceder apenas llegó á Zaragoza, espantado del aparato bélico de los cristianos. Con eso pudo el duque Guillermo reunirse con su división á la de los sitiadores, y activáronse las operaciones del asedio, y jugaron con más vigor las máquinas de guerra. Insultábanse y se denostaban sitiados y sitiadores. «¡Oh mal aconsejados francos! gritaba un árabe de lo alto del muro; ¡á qué molestaros en batir nuestras murallas? ningún ardid de guerra os podrá hacer dueños de la ciudad. Sustento no nos falta; tenemos carne, harina y miel, mientras vosotros pasáis hambre.» — «Escucha, orgulloso moro, le contestó el duque Guillermo; escucha palabras amargas que no te agradarán, pero que son ciertas. ¿Ves este caballo pío que monto? Pues bien, las carnes de este caballo serán despedazadas con mis dientes antes que mis tropas se alejen de tus murallas, y lo que hemos comenzado sabremos concluirlo.»

Lo del moro había sido una arrogante jactancia. Hambre horrible llegaron á sufrir los sitiados: los viejos cueros de que estaban aforradas las puertas los arrancaban y los comían; otros preferían á las angustias del hambre precipitarse de lo alto de las murallas en busca de la muerte: todo menos rendirse: heroísmo digno de otra mejor causa y religión que la de Mahoma: excitaban ya la compasión como la admiración de los mismos cristianos. Créese que luego recibieron socorros por mar, porque el sitio continuó, y ellos en vez de rendirse se mostraron más firmes y animosos.

Aproximábase ya la ruda estación del invierno, y esperaban los musulimes que los rigores del frío obligarían á los cristianos á levantar el sitio y volver el camino de Aquitania. Por lo mismo fué mayor su confusión y sorpresa al ver desde las murallas los preparativos para la continuación del bloqueo, construir chozas, clavar estacas, colocar tablones, levantar, en fin, por todo el campo atrincheramientos y abrigos que indicaban intención resuelta de pasar allí el invierno. Mayor fué todavía el desánimo de los mahometanos al percibir un día en el campo enemigo del lado del Pirineo un movimiento y una agitación desusada. Era el rey Luis, que acababa de llegar del Rosellón con su ejército de reserva, avisado de que era el momento y sazón de venir á recoger la gloria de un triunfo con que ya se atrevían á contar. El desaliento de los musulmanes de la ciudad fué grande entonces: hablábase ya públicamente de rendición: sólo Zaid rechazaba esta idea con energía, y para reanimarlos les daba esperanzas de recibir pronto socorros de Córdoba. Poco tiempo logró mitigar la ansiedad del pueblo, porque los socorros no llegaban y Alhakem parecía tenerlos abandonados. Zaid veía crecer la alarma y los temores, y no hallaba ya medio de acallarlos. Asaltóle entonces el atrevido pensamiento de salir él mismo de la ciudad, ir á Córdoba, pedir auxilio al emir, y volver á la ca-



beza de las tropas auxiliares á libertar á Barcelona. Arrojado era el proyectil, pero ante ninguna dificultad retrocedía el intrépido y valeroso Zaid. Comunicóle á los demás jefes, nombró gobernador de la plaza durante su ausencia á su pariente Hamar, y se dispuso á ejecutar su designio á la noche siguiente. Encargó y recomendó mucho á sus compañeros que no desanimaran, que no se asustaran por nada, que tuvieran serenidad, pero que no provocaran al enemigo con salidas imprudentes, seguros de que no tardaría en venir en su socorro.

A estas instrucciones añadió otra muy notable, que prueba la previsión al mismo tiempo que el ardor generoso del bravo musulmán. «Si por casualidad, les dijo, cayese en poder de los cristianos, lo cual no es imposible, y quisieran sacar partido de mi cautiverio imponiéndome por condición para el rescate de mi vida el exhortaros á entregar la ciudad, no me escuchéis, no hagáis caso de mis palabras, manteneos firmes, sufridlo todo, hasta la misma muerte, como la sufriré yo, antes que rendiros con ignominia. Esto es lo que os dejo encargado.» ¿Cómo no había de inflamarse, por decaído que estuviese, el espíritu de los musulimes con tales palabras?

Llegó la noche: una noche tenebrosa de invierno. Zaid había observado un sitio del campo enemigo en que las tiendas y cabañas estaban menos espesas ó á más distancia unas de otras. En aquella dirección salió Zaid á caballo por una puerta secreta: el animal parecía comprender el oculto designio de su dueño; en medio del silencio de la noche percibíanse apenas sus pisadas: así llegaron sin ser sentidos casi á las últimas chozas que ceñían el campamento: unos pasos más, y el atrevido musulmán se veía libre de peligros. Ya casi se lisonjeaba de estarlo cuando una desigualdad del camino hizo tropezar al caballo: el cuadrúpedo se levanta, relincha, espoleale el jinete, corren... poco les falta para salvar el campo... pero al relincho del corcel todos los centinelas se han puesto en movimiento, y Zaid encuentra embarazado el paso por un pelotón de soldados. En su vista retrocede camino de Barcelona: pero la alarma había cundido por todas partes; por todas encuentra soldados cristianos, que le acosan, le cercan, le hacen en fin prisionero, y le conducen á la tienda del rey. La alegría se derrama por el campamento cristiano; la noticia no tarda en llegar á los sitiados de Barcelona: compréndese el terrible efecto que causaría.

Sucedió todo lo que Zaid había previsto. Los francos quisieron valerse de su ilustre prisionero para que aconsejara á los suyos la entrega de la ciudad. Presentáronle, pues, ante los muros de Barcelona con un brazo ligado, el otro desnudo y suelto. Cuando Zaid llegó á sitio de poder hacerse oír de los suyos agolpados sobre las murallas, extendió hacia ellos el brazo que le quedaba libre, y comenzó á exhortarlos á voz en grito que abriesen las puertas de la ciudad; pero al mismo tiempo doblaba los dedos y hacía otras semejantes demostraciones, como para dar á entender que ejecutarán todo lo contrario de lo que con la voz les ordenaba. Reparó el duque Guillermo en aquel juego misterioso, sospechó de él, y no pudiendo reprimir su indignación, dejóse arrebatado hasta el punto de descargar su puño sobre el rostro del astuto musulmán. Su seña, sin embargo, no había sido perdida: los jefes de la ciudad la comprendieron y continuaron defendiéndose con vigor. También los sitiadores redoblaron sus esfuerzos. Re-

solvióse el asalto general; no hubo máquina que no se empleara; eran tantas, dice la crónica, que faltaba sitio para colocarlas: abriéronse al fin algunas brechas, mas al penetrar por ellas los cristianos, millares de flechas, piedras y dardos llovían sobre ellos. Los cristianos hacían no menor destrozo en los musulmanes.

Ultimamente, agotados todos los medios de defensa, hostigados por todas partes, oprimidos por el número, su jefe en poder de los sitiadores. cedieron los árabes y se rindieron, mas no sin obtener honrosas condiciones del vencedor, entre ellas la de salir de la ciudad ellos y sus familias con armas y bagajes, y la de poder retirarse libremente á la parte de territorio musulmán que les agradase escoger. Bajo este pacto abrieron las puertas y franquearon la entrada al ejército franco-aquitano. Sólo entró aquel día una parte de él á tomar posesión de la ciudad. Hízolo el rey al siguiente con gran aparato, precedido de sacerdotes y clérigos cantando salmos y entonando himnos, y con este cortejo pasó á la iglesia de Santa Cruz á dar gracias á Dios por tan importante victoria (1).

Barcelona



CARLOMAGNO

Poco tiempo permaneció en Barcelona el rey Luis. Dejando en ella en calidad de conde á Bera, noble godo, y uno de los capitanes que más se habían distinguido en el asedio, con fuerte guarnición de francos y españoles, regresó á Aquitania. Desde allí despachó al conde Bego á anunciar al emperador Carlomagno, su padre, los triunfos de sus armas, enviándole en testimonio de ello al ilustre y desgraciado prisionero Zaid con multitud de despojos de guerra. Bego encontró en Lyon un ejército que Carlomagno enviaba en auxilio de su hijo Luis, al mando de Carlos su hermano mayor, el cual, no siendo ya necesario, volvió incorporado con Bego cerca de su padre. Extraordinario júbilo causó al emperador la nueva de la conquista de Barcelona, y acaso, añade un historiador francés, le halagó un momento la idea de poder hacer de toda España una provincia del imperio de Occidente con que acababa de ser investido (2). Cuéntase que Zaid fué mal recibido y no mejor tratado por el nuevo emperador, y que el mismo día de su presentación le condenó á destierro.

(1) A las noticias de Eginhard, del Astrónomo autor de la vida de Ludovico Pio, del arzobispo Marca, de Conde, de la Historia de Languedoc, etc., sobre estos sucesos, hemos añadido los interesantes y dramáticos pormenores que sólo se encuentran en la obra titulada *Gesta Ludovici Pii*, de *Ermoldius Nigellius*, ó Ermold el Negro, como le nombra monsieur Guizot.

(2) Carlomagno recibió la corona del imperio de Occidente de mano del papa León III en Roma el año 800.

Tal fué el famoso sitio y toma de Barcelona por Ludovico Pío, hijo de Carlomagno y rey de Aquitania; uno de los más importantes acontecimientos de aquella época, por las consecuencias que estaba llamado á producir; verdadero fundamento de la Marca Gótica, y principio y base del condado de Barcelona, que tanta influencia y tanto peso había de tener en la solemne lucha entre el mahometismo y el cristianismo, entre la esclavitud y la libertad de España, que hacía cerca de un siglo se había inaugurado.

## CAPÍTULO VIII

ALFONSO II EN ASTURIAS: ALHAKEM I EN CÓRDOBA

*De 802 á 843.*

Recobra Alhakem una parte del territorio perdido en la España Oriental.—Noche horrible y trágica en Toledo.—Espantoso espectáculo.—Crueldad abominable del walí Añrú.—Sublevación en Mérida apagada. La bella Alkinza.—Conspiración en Córdoba contra el emir.—Otra catástrofe sangrienta.—Carlomagno y su hijo Luis de Aquitania intentan en vano por tres veces distintas tomar á Tortosa.—Frústrase otra expedición de los francos contra Huesca.—Invasión de Ludovico Pío, rey de Aquitania, hasta Pamplona.—Sus exquisitas precauciones al regresar por Roncesvalles.—Triunfos del rey Alfonso el Casto en Galicia sobre los árabes.—Famosos rescriptos de Carlomagno y Luis el Pío en favor de los españoles de la Marca Hispana.—Abdicación del emperador Carlomagno en su hijo Luis.—Alhakem proclama sucesor del imperio á su hijo Abderramán.—Muerte de Carlomagno y división de sus Estados.—Horrorosas escenas en Córdoba.—Suplicio de trescientos nobles musulmanes.—Famosa destrucción del arrabal.—Emigración de veinte mil cordobeses.—Misantrópía de Alhakem: sus demencias: su muerte.—Alfonso el Casto: funda y dota la catedral de Oviedo.—La cruz de los Angeles.—Invencción del sepulcro del apóstol Santiago.—Se erige en catedral el templo de Compostela.—Restablece Alfonso el orden gótico en su reino.—Últimos hechos de Alfonso el Casto: su muerte.

Dominaba Alfonso el Casto en el segundo año del siglo IX además de las Asturias, el país de Galicia hasta el Miño, algunos pueblos de lo que después fué León y Castilla, la Cantabria y las provincias vascas, debilitándose su acción en estas últimas hasta perderse en la Vasconia, que á veces se sometía á los sarracenos ó se aliaba con ellos ó con los francos, ó se mantenían libres algunas de sus comarcas el tiempo que podían. Las ciudades de la Lusitania, poseídas por los árabes, pero expuestas á las irrupciones de los cristianos de Asturias, solían mudar frecuente aunque momentáneamente de dueño, según los varios sucesos de la guerra. Los musulmanes acababan de ver desmembrarse una buena parte de su imperio por una y otra vertiente del Pirineo Oriental, y la conquista de Barcelona aseguraba al hijo de Carlomagno el territorio español que con el nombre de Marca Hispana se extendía desde las fronteras de la Septimania hasta Tortosa y el Ebro, y constituía una parte integrante de la Marca Gótica.

No se comprende la causa de haber estado el emir Alhakem tan remiso en socorrer á los apurados defensores de Barcelona. Acaso no le pesaba ver comprometido á aquel Zaid que antes había cometido la imprudente

ligereza de ofrecer la entrega de la plaza á Carlomagno. Es lo cierto que todo estaba terminado ya cuando el emir se movió con su ejército á Zaragoza. No fué, sin embargo, estéril esta expedición. Procedió primeramente á ocupar á Pamplona, que no perdonaba ocasión de desprenderse del dominio musulmán, y descendiendo por las riberas del Ebro pasó á Huesca, cuyo walí Hassán era de aquellos que se ofrecían á musulmanes y á cristianos, y no guardaba fe ni á cristianos ni á musulmanes. Y habiendo restablecido allí su autoridad y acaso decapitado al walí (de quien por lo menos no volvió á saberse), dedicóse á exterminar al famoso guerrillero mahometano Balhul, que desde Tarragona, lá antigua ciudad de los Escipiones y de los Césares, ahora guarida de un bandido musulmán, con sus bandas de cristianos, gente ruda y montaraz de los Pirineos, sorprendía las guarniciones musulmicas de las comarcas del Ebro, vejaba las poblaciones y devastaba los campos. Pudo el emir apoderarse fácilmente de Tarragona, que se hallaba desmantelada de muros, pero habiéndose corrido Balhul hacia Tortosa, allí le persiguió el emir, que después de darle muchos combates parciales logró al fin vencerle en formal batalla, no sin esfuerzo grande, que no menos de catorce horas se sostuvo peleando con impavidez el rebelde caudillo musulmán. Cayó por último vivo en manos del emir, que instantáneamente y en el acto le hizo decapitar (803). Con esto y con proveer á la seguridad de la frontera, sin intentar por entonces recobrar á Barcelona, regresó Alhakem por Tortosa, Valencia, Denia y el país de Tadmír á Córdoba, desde donde envió una embajada (804), con un séquito de quinientos caballeros andaluces, al joven Edris ben Edris, que acababa de ser proclamado emir independiente del Magreb, ofreciéndole su amistad y alianza; que importaba mucho á los Omniadas de Córdoba fomentar todo lo que fuese desmembrar el imperio de los Abassidas de Oriente (1).

Una serie de horribles tragedias, tan espantosa que las tomáramos por ficciones de imaginaciones sombrías si no las viéramos por todas las historias árabes confirmadas, señalaron el resto del reinado del primer Alhakem.

Atónitos y helados de estupor se hallaron una mañana los moradores de Toledo al ofrecerse á sus ojos el sangriento espectáculo de cuatrocientas cabezas separadas de sus troncos y destilando sangre todavía. El espanto se mudó en indignación al saber que aquellas cabezas eran de otros tantos nobles toledanos ¿Quién había sido el bárbaro autor de aquella horrorosa matanza, y cuál la causa del espantoso sacrificio?

Recordará el lector que cuando el walí Amrú rescató á Toledo del poder del rebelde Ambroz, cuya cabeza llevó al emir hallándose en Chinchilla, había dejado por gobernador de la ciudad á su hijo Yussuf. Este inexperto y acalorado joven había con sus violencias y su imprudente conducta exasperado de tal manera á los toledanos, que llegó á producir un tumulto popular en que su alcázar, su guardia, su vida misma corrieron inmi-

(1) Este Edris ben Edris, segundo emir independiente de África, fué el que después, en 807 (191 de la hégira), edificó la ciudad de Fez, que vino á ser capital de un imperio.

nente riesgo. Interpusiéronse los jeques y principales vecinos, y lograron apaciguar la tumultuada muchedumbre. Mas sabiendo que el imprudente walí intentaba hacer un ejemplar escarmiento en los sublevados, y temiendo que provocara nuevos desórdenes y desafueros, apoderáronse ellos mismos del temerario Yussuf, y encerráronle en una fortaleza, enviando luego un mensaje al emir en que le participaban respetuosamente lo que se habían visto forzados á hacer para sosegar al irritado pueblo. Recibió el emir estas cartas cuando iba á Pamplona, enseñóselas á Amrú, el padre de Yussuf, y después de haber acordado sacar á Yussuf de Toledo, donde su presencia era peligrosa, y dádole la alcaidía de Tudela, Amrú, disimulando el agravio, se convidó á reemplazar á su hijo en el gobierno de Toledo, á lo cual accedió el emir.

Oculto llevaba ya Amrú un pensamiento de venganza contra los nobles toledanos que habían sabido enfrenar á su desacordado hijo. Meditaba una ocasión, y quiso que fuese estruendosa y solemne. Enviaba Alhakem á la España Oriental cinco mil caballos andaluces al mando de su hijo Abderramán, joven de quince años. Al pasar la hueste cerca de Toledo salió Amrú á rogar al joven príncipe se dignase entrar en la ciudad y descansar algún día en su alcázar. Aceptó Abderramán la invitación, y se hospedó en casa del walí, el cual, para obsequiar al ilustre huésped, dispuso para aquella noche un magnífico festín, á que convidó á todos los vecinos más distinguidos y notables de la ciudad. Acudieron éstos á la hora señalada. Al paso que los convidados entraban confiadamente en el alcázar, apoderábanse de ellos los guardias de Amrú, conducíanlos á una pieza subterránea, y allí los iban degollando. El trágico término del festín le pregonaban á la mañana siguiente las cuatrocientas cabezas que el bárbaro Amrú hizo enseñar al pueblo para inspirarle terror. ¿Qué parte habían tenido en la horrenda matanza Alhakem y su hijo? Si el emir no la había ordenado ó consentido, por lo menos así se divulgó por la ciudad, y gran parte del odio y de la animadversión pública cayó sobre él (805). En cuanto al joven Abderramán, no se le creyó participante de la negra traición. A los tres días salió con su hueste en dirección á Zaragoza (1).

Amagaba casi al mismo tiempo en Mérida otra catástrofe, que acertó á evitar la resolución animosa de una mujer. Esfah, el primo y cuñado de Alhakem, que tenía el gobierno de aquella ciudad, había destituido á su wazir, el cual persuadió al emir de Córdoba que su destitución envolvía de parte de Esfah el proyecto de sustraerse á la autoridad del emirato y de proclamarse independiente. Creyólo Alhakem, y á su vez ordenó la separación de Esfah. Negóse éste á obedecerle diciendo: «Pues qué, ¿así se depone á un nieto de Abderramán como á un hombre vulgar?» La respuesta excitó la cólera de Alhakem, que partió al punto á Mérida, resuelto á hacer un ejemplar escarmiento en el soberbio walí. Guerra terrible amenazaba á Mérida sitiada por el ejército de Alhakem, desgracias y desórdenes se temían dentro de la población, cuando por una de las puertas de la ciudad se ve salir montada en un fogoso corcel una mujer árabe lujosamente vestida, que acompañada de dos solos esclavos atraviesa im-

(1) Conde, cap. XXXII y XXXIII.

pávida el campo de los sitiadores, y se dirige y llega hasta el pabellón del emir. Era la bella y virtuosa Alkinza, hermana de Alhakem y esposa de Esfah, que con varonil resolución había salido á interceder, y con elocuente persuasiva pedía gracia al ofendido hermano en favor del desobediente marido. Dejóse vencer Alhakem á pesar de la acritud y aspereza de su genio, y se conjuró y desvaneció la tempestad. Juntos y en armonía entraron los dos hermanos en Mérida, y Esfah, que no esperaba sino ser decapitado si caía en manos del emir, le tuvo hospedado en su casa y recibió de él la confirmación de su autoridad. Convirtiéndose en alegría y fiesta lo que se creyó que ocasionaría sólo llanto y luto, y Mérida bendecía á la noble y hermosa Alkinza (806).

Mas si la borrasca de Mérida se había conjurado por la mediación benéfica de una mujer, otra tan terrible como la de Toledo se preparaba en Córdoba, que ayudó á estallar el maléfico soplo de un hombre instigador. Una conspiración se había fraguado en la capital del imperio contra el aborrecido emir. Cassim, su primo, había fingido entrar en ella, y bajo la fe de conjurado le había sido confiada la lista de los conspiradores, que eran hasta trescientos caballeros de los principales de Córdoba. El desleal Cassim escribió reservadamente á su primo que se hallaba en Mérida, indicándole lo que pasaba y excitándole á que sin pérdida de tiempo se trasladase á Córdoba para castigar á los conjurados. Así lo ejecutó el colérico emir. Dos días antes que hubiera de estallar la conspiración, Cassim, que estaba al corriente de todos sus planes y pasos, entregó á su primo la fatal nómina, previniéndole que no se descuidase en hacer lo que convenía. «No se durmió el rey, añade la crónica, y por diligencia del *walilcodá*, ó presidente del consejo, á la tercera vela de la noche *vió tendidas sobre sus alfombras las trescientas cabezas de los conjurados*, y mandó que amaneciesen puestas en garfios en la plaza, y escrito sobre ellas: *Por traidores enemigos de su rey*. Horrorizó al pueblo este atroz espectáculo, ignorando la mayor parte la causa de este escarmiento (1).» ¡Así practicaba Alhakem los humanitarios consejos que su padre le había dado al tiempo de morir!

Después del viaje de Alhakem á las fronteras del Ebro, los vascones y pamploneses parece se habían desprendido de nuevo de la sumisión á los árabes uniéndose al rey de Aquitania, y en Galicia los caudillos musulimes habían concertado ya una tregua de tres años con los cristianos del rey Anfús (Alfonso); que de esta manera se entablaban ya negociaciones entre el pueblo conquistado y el pueblo conquistador (2).

Donde más viva se mantenía la guerra, aunque en parciales choques y sin resultados sustanciales, era en el territorio que entre el Pirineo y el Ebro se conocía ya con el nombre de Marca Hispana, siendo ahora Barcelona el baluarte principal de los franco-aquitánicos, como antes lo había sido de los árabes, y sirviendo á éstos de apoyo la plaza de Tortosa, que como llave del Ebro y el punto más avanzado que les quedaba ya de aquella frontera se habían dedicado á abastecer en abundancia y á fortificar con esmero.

(1) Conde, cap. xxxiv.

(2) Eginhard, *ad ann.* 806.—Conde, ubi supra.

Era también por lo mismo el punto en que tenía clavada su vista Carlomagno desde su palacio de Aquisgrán. Así en cumplimiento de sus órdenes, de que era su hijo Luis de Aquitania dócil ejecutor, salieron en 809 de Barcelona dos cuerpos de ejército á poner sitio á Tortosa, el uno á las inmediatas órdenes del mismo rey Luis, el otro á las de Borrell, marqués de Gothia, de Bera, conde de Barcelona, y de otros condes de la Marca de España. El primero recobró de paso á la desmantelada Tarragona, tomó algunas fortalezas, destruyó otras, incendió y saqueó las poblaciones del tránsito y se puso sobre Tortosa. El segundo, después de una correría hasta el Guadalope, cuyos romancescos pormenores é incidentes se complacen las crónicas francas en contar, logró al fin incorporarse con el primero ante los muros de aquella plaza, cuyo asedio emprendieron con vigor. Mas habiendo acudido desde Zaragoza el joven príncipe Abderramán junto con el walf de Valencia, dieron tan impetuosa acometida á los cristianos, que haciendo en ellos no poca matanza obligaron á los francos á tomar el camino de Barcelona con más precipitación de la que competía á soldados de Carlomagno, á tantos condes acreditados de guerreros y á un rey tantas veces victorioso cual era el hijo del emperador.

Ganó con esto no poca fama entre los suyos el joven Abderramán, que apenas frisaba entonces en los 19 años. Mas en vez de recoger los frutos de su primera victoria, corrió á recoger aplausos en Córdoba, siendo nombrado en su lugar walf de Zaragoza el famoso Amrú, el verdugo de Toledo (809). El gobierno de Zaragoza era tentador para un musulmán del temple de Amrú. Distante del gobierno central, y comprendiendo bajo su dependencia porción de ciudades importantes de las fronteras de la Marca y de la Vasconia, comprendió Amrú el partido que de su nueva posición podía sacar, haciendo un doble papel con el emir su señor y con Carlomagno, el jefe de la cristiandad. Y como por muerte del conde franco Aureolo se apoderase bruscamente de las plazas de la Marca, por un lado escribía al emir poniendo á su disposición con la alegría de un celoso musulmán su nueva conquista, mientras por otro despachaba un mensaje á Carlomagno ofreciendo ponerse á su servicio: mensaje en que el emperador creyó de lleno, correspondiéndole con otro y enviándole legados para acordar la ejecución de lo prometido. Pero el astuto y falaz moro manejóse con tal maña, que los legados hubieron de volverse sin llevar otro resultado que buenas y muy atentas palabras y otras promesas.

De todos modos no desistía Carlomagno de su empresa sobre Tortosa. Además de la importancia de la plaza, el honor de las armas francas se hallaba empeñado en ello. Así al año siguiente (810), dispuso otra expedición, que encomendó, no ya á su hijo, á quien destinó á defender las costas de Aquitania de las depredaciones de los normandos, sino á Ingoberto, uno de los leudes de su mayor confianza. Otra vez partieron de Barcelona dos cuerpos de ejército. Singulares eran las precauciones con que marchaban. Caminaban sólo de noche, muy en silencio y por desusadas veredas; ocultábanse de día en los bosques; ni llevaban tiendas, ni encendían fuego, pero iban provistos de unas barcas de cuatro piezas, que se armaban y desarmaban fácilmente, y podían ser trasportadas en acémilas, con las cuales atravesaron el Ebro. ¿De qué les sirvieron tan exquisitas precauciones? El

walí de Tortosa Obeidalah los hizo retirarse de delante los muros de la plaza tan vergonzosamente como la vez primera. El leude Ingoberto no fué más afortunado que lo había sido el rey Luis, y las huestes del gran emperador cristiano volvieron á la Aquitania con gran prisa y no poco bochorno (1).

A pesar de tan mal éxito, y cuando menos el emperador Carlomagno podía esperarlo, recibió en Aquisgrán una diputación del emir Alhakem proponiéndole la paz; y es que el emir, fatigado de guerrear con los cristianos de Galicia, conocía lo difícil de sostener á un tiempo las dos luchas de Oriente y Occidente. Aceptóla Carlomagno, si bien una expedición marítima de los árabes á la isla de Córcega dependiente del imperio, sirvióle de pretexto para romperla antes de trascurrir un año. Y fijo en su idea favorita de tomar á Tortosa, un nuevo y más numeroso ejército que los dos anteriores, al mando otra vez de Luis el Pío, partió en dirección de la codiciada ciudad. Provisto esta tercera vez Ludovico de todo género de máquinas de batir, hízolas jugar contra la plaza por espacio de cuarenta días. Una sumisión menos real que ilusoria, de parte del walí Obeidalah, que ofreció entregar las llaves de la ciudad, y que debió ser uno de los tantos ardides que los sarracenos solían emplear en los casos apurados para entretener al enemigo, fué bastante para que el rey Luis regresara á Aquitania sin que de esta tercera expedición hubiera recogido fruto alguno que por positivo y duradero pudiera tenerse (2). Tanto que, picado el emperador su padre del poco resultado de esta empresa, envió en el mismo año de 811, otro cuarto ejército á la Marca de España á las órdenes del conde Heriberto, que esta vez parecía dirigido menos contra Tortosa que contra Huesca y los demás puntos que antes había poseído Aureolo y de que se había apoderado después Amrú, á quien acaso iba á pedir cuenta de la falta de cumplimiento de su promesa y de su conducta ambigua y falaz.

Tampoco fué esta invasión más feliz que las tres primeras. Desgraciadas fueron estas tentativas de los francos, y ni Carlomagno, ni su hijo, ni sus leudes y condes ganaron en ellas gran reputación.

Ni fueron tampoco más afortunados en otra incursión que al año siguiente (812) hizo el rey de Aquitania á otra comarca de nuestra Península, tiempo hacía de los monarcas francos codiciada, la Vasconia española. Los vascones de la otra vertiente del Pirineo se habían alzado hostigados por las vejaciones que sufrían del gobierno de Aquitania. El rey Luis había marchado en persona contra ellos y sometídoslos por fuerza. Después de lo cual determinó venir á la Vasconia ultra-pirenaica, que ya comenzaba entonces á llamarse Navarra. Conocía el espíritu indócil de estos habitantes, que en su independiente altivez, si en algunas ocasiones, como en 806, se amoldaban á la alianza de los galo-francos para sacudirse de los sarracenos, nunca de buena voluntad toleraban el influjo de gente extra-

(1) Anon. *Astronom. Vit. Ludovici.*—Eginhard. *Annal.*—Ermold Nigell.—Fauriel. *Hist. de la Gaul.* tom. III.—Murphi.—Conde.

(2) Sólo su biógrafo habla de la entrega de la ciudad: ningún otro historiador ni árabe ni franco confirma esta noticia, y los sucesos posteriores demuestran que Tortosa continuaba en poder de los árabes.



ña, aunque fuesen cristianos como ellos, y sólo la necesidad los hacía valerse alternativamente del apoyo de unos y otros, mientras de unos y otros hallaban oportunidad de descartarse. Venía Luis con objeto de afirmar aquí su autoridad, y entrando por San Juan de Pie de Puerto, llegó sin obstáculo á Pamplona por el mismo camino que treinta y cuatro años antes había traído su padre. Ni en la ciudad ni en su comarca encontró resistencia, y arregló el gobierno del país al modo que en la Marca Hispana lo había hecho.

Sospechosa se le hizo ya por lo extraña al hijo del emperador aquella conformidad de los navarros, y habiendo determinado regresar á Aquitania por aquel mismo Roncesvalles de tan funesta memoria para Carlomagno, no lo hizo sin tomar precauciones para que no le aconteciese lo que á su padre. Y hubiérale sucedido sin previsión tan oportuna, porque ya le esperaban los montañeses dispuestos á repetir la famosa caza de Roncesvalles. Pero Luis hizo reconocer y ojear antes los montes y collados, y las cañadas y valles por donde tenía que pasar, y como hubiese caído en poder de los exploradores un navarro que tomaron por caudillo de aquellas gentes, hízole colgar de un árbol, y apoderándose en seguida de las mujeres y niños de algunas poblaciones de aquellos valles, mandó el rey colocarlos en medio de las filas de su ejército, y así atravesaron aquellos desfiladeros terribles hasta llegar á sitio en que no pudieran ya ser sorprendidos. Tan terribles se habían hecho los navarros, y tan viva se conservaba en la memoria de los francos la derrota de 778 (1).

Mientras de esta manera se libertaba Luis de Aquitania de las asechanzas de los navarros, el joven Abderramán, hijo de Alhakem, que había vuelto á tomar el gobierno de la España oriental, invadía la Marca Hispano-Franca, recobraba á Tarragona y Gerona, llevaba las armas musulmicas hasta la Narbonense, y volvía cargado de riquezas y cautivos: después de lo cual pasó á las fronteras de Galicia. Fatigaba á Alhakem y apuraba su paciencia la guerra que por esta parte le hacían los cristianos; tanto que, de vuelta á Córdoba en 811, encomendó su dirección á los dos más bravos generales del ejército musulmán, Abdalá y Abdelkerim. Alentados éstos con algunos sucesos parciales, llevaron sus campamentos hasta el otro lado del Miño, internándose así imprudentemente en comarcas montañosas que no conocían bien. El resultado de esta imprudencia vino á serles fatal. Dejemos á sus historiadores que lo refieran ellos mismos. «Al año siguiente, dice la crónica arábica (813), vencieron los cristianos al caudillo Abdalá ben Malehi en la frontera de Galicia, y sufrieron los musulimes cruel matanza, y el esforzado caudillo Abdalá murió peleando como bueno, y su caballería huyó en desorden, llevando el terror y el espanto á la hueste que acaudillaba Abdelkerim, y á pesar del valor de este caudillo huyeron desbaratados, y por huir se atropellaban, que muchos murieron ahogados en

---

(1) Eginhard. *Annal.*—Astron. Anon.—El capítulo xi del libro VII que Mariana dedica á hablar de la venida de Carlomagno á España abunda, como hemos dicho, de inexactitudes históricas y cronológicas con mezcla de no pocas fábulas. La invasión de Carlomagno en 778, y la batalla de Roncesvalles la supone en 812 ó 14, y no habla de la de su hijo Luis el Bondadoso.

la corriente de un río, donde confusamente se arrojaban unos sobre otros; otros se acogían á los cercanos bosques y se subían sobre los árboles, y los ballesteros enemigos por juego y donaire los asaeteaban y burlaban de su triste suerte. Cuenta Iza ben Ahmed el Razi, que después de esta derrota estuvieron trece días ambas huestes á la vista sin osar los cristianos ni los musulmes venir á batalla: pero que en una sangrienta escaramuza que se empeñó por ambas partes, fué herido de un bote de lanza Abdelkerim, y dos días después murió (1).»

Nada podría expresar mejor esta solemne derrota de los musulmanes, que las palabras sencillas con que la cuenta el historiador de su nación, ni nada puede dar idea del pavor que se apoderó de ellos, como representarlos encaramándose á los árboles y escondiéndose entre sus ramas, y á los cristianos entreteniéndose en cazarlos como si fuesen aves de rapiña. Estas dos derrotas se verificaron en Naharón y á orillas del río Anceo (2). Debieron á resultas de esta victoria los cristianos apoderarse de todo el país desde el Miño hasta el Duero. Pues cuando Abderramán pasó de la frontera Oriental á la de Galicia, dice la crónica que arrojó á los cristianos de Zamora. Entonces fué cuando ajustó con ellos la tregua de tres años. El rey Alfonso el Casto de Asturias era el que guiaba los cristianos de Galicia.

Desde que los franco-aquitianos habían conquistado aquella parte de España que se llamó Marca Hispana, habían acudido á aquel país muchos cristianos del interior, huyendo del dominio sarraceno. Todos eran allí bien recibidos, porque hacían falta hombres para poblar y brazos para el cultivo de las tierras. En poco tiempo estos activos colonos hicieron prosperar la agricultura, pero excitada la envidia y la codicia de los condes, oprimieronlos con impuestos exorbitantes, llegando hasta disputarles la propiedad de sus tierras y la posesión de las ciudades que ellos habían fundado. Quejéronse los maltratados colonos al emperador, el cual los escuchó favorablemente, y en su virtud expidió un *præceptum*, que ahora llamaríamos carta, edicto ó pragmática, á los principales condes de la Gothia (3). La tregua recientemente ajustada entre moros y francos dió ocasión á Luis el Pío para poner en ejecución la carta expedida poco antes por su padre en favor de la población española. El texto del célebre *præceptum* de Carlomagno, decía así, traducido del latín al español:

«En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu-Santo, Carlos, Serenísimo, Augusto, coronado por la mano de Dios, emperador grande, pacífico, gobernador del imperio romano, y por la misericordia de Dios rey de los francos y de los lombardos, á los condes Bera, Gauselino, Gisclaredo, Odilón, Ermengardo, Ademar, Laibulfo y Erlino.

»Sabed que los españoles cuyos nombres siguen, habitantes de los

(1) Conde, cap. XXXV.

(2) Sebast. Salmant. Chron. núm. 18.

(3) Del nombre de esta marca ó territorio, *Gothia*, debió derivarse el de *Cataluña*, que recibió más adelante la parte española en él comprendida. *Gothland*, palabra teutónica que significa tierra de godos, se fué latinizando y convirtiéndose en *Gothlandia*, *Gothalanía*, *Catalonia* y después *Cataluña*.

países que vosotros administráis, Martín, sacerdote, Juan, Quintila, Calapodio, Asinario, Egila, Esteban, Rebellis, Ofilo, Atila, Fredemiro, Amable, Cristiano, Elperico, Homodei, Jacinto, Esperandei, otro Esteban, Zoleimna, Marchatelo, Teodaldo, Paraparius, Gomis, Castellano, Ardarico, Vasco, Vígiso, Viterico, Ranoido, Suniefredo, Amaucio, Cazorellas, Langobardo y Zate militares, Obdesindo, Valda, Roncariolo, Mauro, Pascales, Simplicio, Gabino y Salomón, sacerdote (1), han acudido á Nos quejándose de las numerosas opresiones que sufrían de vosotros y de vuestros oficiales inferiores. Y nos han dicho, así como lo atestiguan los unos de los otros á nuestro fisco, que ciertos jefes del país los han arrojado de sus propiedades contra toda justicia, quitándoles el beneficio de nuestra investidura de que han gozado hace treinta años y más; representándonos que eran ellos los que en virtud de la licencia que les habíamos otorgado habían sacado estas tierras del estado de incultura. Dicen también que muchas ciudades que ellos mismos edificaron les han sido quitadas por vosotros, y que los sometéis á prestaciones injustas, que vuestros ujieres les exigen violentamente y á la fuerza. Por lo tanto, hemos dado orden á Juan, arzobispo (2), nuestro delegado, de presentarse á nuestro muy amado hijo, el rey Luis, para tratar con él de este negocio cuidadosa y minuciosamente. Le enviamos, pues, á fin de que llegando oportunamente y compareciendo vosotros por vuestra parte á su presencia, arregle cómo y de qué manera hayan de vivir los españoles. Hemos, no obstante, ordenado expedir estas cartas, y os las despachamos para que ni vosotros ni vuestros oficiales subalternos impongáis por vosotros mismos censo alguno á los susodichos españoles, venidos á Nos de España con confianza, propietarios ahora de yermos ó baldíos que les habíamos dado á cultivar, y que se sabe han cultivado, ni permitáis que ellos mismos se impongan ninguno, sino que al contrario, mientras nos sean fieles á Nos y á nuestros hijos, lo que han poseído durante treinta años lo posean tranquilos ellos y sus herederos, y vosotros se lo conservéis. Y todo lo que hayáis hecho vosotros y vuestros oficiales contra justicia, si les habéis tomado algo indebidamente, lo restituyáis al momento si queréis obtener el favor de Dios y el nuestro. Y para que deis más entera fe á este escrito, hemos ordenado que vaya sellado con nuestro anillo.

»Dado el IV de las nonas de Abril, en el año de gracia de Cristo, XII de nuestro imperio, el XLIV de nuestro reinado en Francia, y el XXXVIII de nuestro reinado en Italia, en la V indicción. Fecho felizmente en el palacio real de Aquisgrán, en el nombre de Dios. Amén (3).»

Este rescripto ó *præceptum* fué confirmado por dos cartas posteriores redactadas en el mismo espíritu, pero más explícitas todavía, sobre los derechos y deberes de los españoles refugiados. «Todos los que sustrayéndose

(1) Entre estos nombres los hay, como advertirá el lector, de origen romano-hispano, como Cristiano, Homodei, etc., otros góticos, como Atila, Elperico, Viterico, etc., y otros también sarracenos, como Mauro, Zoleiman ó Suleiman, Zate, que acaso sería Zaide, sin duda musulmanes conversos.

(2) Era el arzobispo de Arlés.

(3) Baluz. Capitul. Tom. II.

á la dominación de los sarracenos, decía el emperador en la primera á sus condes, se pongan espontáneamente bajo nuestra potestad, queremos sepáis que los tomamos bajo nuestra protección, y que entendemos que conservan su libertad.» Seguidamente deslinda los derechos y obligaciones de dichos súbditos. Estos colonos estaban obligados como los demás hombres libres á tomar las armas al llamamiento de sus condes, á los cuales competía regularizar el servicio. Estábanlo también á proveer de raciones, alojamientos y bagajes á los enviados del emperador y á los de su hijo Lotario. Ninguna otra carga debía imponérseles. Debían comparecer ante su conde, cuando fuesen judicialmente llamados, así en las causas civiles como en las criminales. Los negocios de menor cuantía, las contestaciones ó diferencias que se suscitaban entre ellos y aquellos á quienes cedían sus tierras como precio del trabajo, podían juzgarlas entre sí, según su antigua costumbre (1). Pero los delitos de los terratenientes quedaban sujetos á la jurisdicción de los condes. Los colonos perdían todo derecho de propiedad sobre las heredades que cultivaban en el caso de abandonarlas, y volvían á su primer dueño. En lo demás los colonos estaban exentos de tributos, y dependían directamente del emperador. Pero podían, según costumbre franca, hacerse vasallos particulares de un conde, ó feudatarios suyos, si les parecía más ventajoso. El original de este rescripto ó constitución, como se nombra en latín (2), se depositó en los archivos del palacio real de Aquisgrán, y se sacaron para cada ciudad tres copias, una para el obispo, otra para el conde y otra para los vecinos españoles, es decir, para el pueblo.

La tercera carta (de 10 de enero de 816) arregló al fin las relaciones de los españoles entre sí. Los que se habían hecho vasallos de un propietario y en cambio y remuneración habían recibido tierras de él, debían conservar su disfrute con las condiciones una vez pactadas; cuya disposición se hizo extensiva á todos los refugiados españoles que en lo sucesivo se establecieron en las Marcas. De esta ordenanza se depositaron siete copias en las ciudades de Narbona, Carcasona, Rosellón, Ampurias, Barcelona, Gerona y Beziérs, en cuyos territorios formaban los españoles una considerable parte de la población y tenían más particularmente sus propiedades (3).

Por esta reseña vemos la particular constitución que regía á los españoles de estas Marcas. Súbditos del imperio por una parte, sujetos por otra en lo militar y judicial á los condes, pudiendo hacerse vasallos inmediatos, ó del rey, ó de los condes, ó de sus mismos compatriotas propietarios, vivían entre sí ligados con costumbres y leyes particulares.

Por una coincidencia singular dos acacimientos importantes y pareci-

(1) *More suo, sicut hactenus fecisse nascuntur.*

(2) *Cujus constitutionis in unaquaque civitate, etc.*

(3) Entiéndese que estos dos rescriptos fueron dados ya por Luis el Pío, que había sucedido á su padre en el imperio, como ahora vamos á ver. Romey ha ilustrado mucho con documentos y útiles investigaciones este período de la historia franco-hispana, y su relación, conforme en lo general con nuestras averiguaciones, nos ha parecido preferible á otra alguna.

dos se verificaron en la España árabe y en el imperio cristiano de Occidente durante la tregua de que hemos hablado entre cristianos y musulmanes. El emperador Carlomagno, sintiendo sus fuerzas debilitadas por la edad, llamó cerca de sí á su hijo Luis, y ante una asamblea de obispos, abades, duques, condes y sus lugartenientes, reunidos en su palacio de Aquisgrán, pacífica y honestamente, dice la crónica, preguntó á todos si serían gustosos en que trasmitiese el título de emperador á su hijo Luis. Á lo cual contestaron unánimemente que tal pensamiento debía ser inspirado por Dios. Con que quedó Luis, rey de Aquitania, reconocido emperador de Occidente, como lo había sido su padre. Por el mismo tiempo, conociendo Alhakem que su hijo Abderramán, aunque joven, pues sólo contaba sobre veintidós años, era ya la gloria del Estado y el alma del gobierno, convocó á todos los walíes, vazíres, alcaides y consejeros, y á presencia de todos, según costumbre, le declaró walí alahdi ó futuro sucesor del imperio, jurándole en seguida los primeros sus primos Esfah y Cassim, hijos de Abdallah, después el hagib ó primer ministro, el cadí de los cadíes, continuando los demás walíes y funcionarios, siendo celebrado aquel día con grandes y solemnes regocijos.

Ocurrió el año siguiente (28 de enero de 814) la muerte del emperador Carlomagno en Aix-la-Chapelle (Aquisgrán), á los setenta y dos años de edad, el cuarenta y siete de su reinado como rey de los francos, el treinta y seis de la fundación del reino de Aquitania, y el catorce del imperio. La muerte de este ilustre personaje, que tanto y por tantos años había influido en los destinos de Europa, no podía menos de hacerse sentir en nuestra España, si bien al pronto su hijo y sucesor Luis alteró muy poco la antigua constitución del imperio. Mas en el año 817 hízose la famosa partición del imperio franco entre los tres nietos de Carlomagno, Lotario, Pepino y Luis. Lotario fué asociado al título y á la potestad del emperador: á Pepino le fué adjudicada la Aquitania propiamente dicha, la Vasconia, la Marca de Tolosa, el condado de Carcasona, en la Septimania, el condado de Autún, en Borgoña, Avalón y Nevérs. La Marca de España y la Septimania fueron segregadas del antiguo reino aquitano, y erigidas en ducado, cuya capital se hizo á Barcelona, bajo la dependencia directa del imperio de Luis y del mayor de sus hijos, reconocido heredero de la dignidad imperial, y admitido á llevar su título provisionalmente.

Parece que en 815 se había roto la paz entre árabes y francos, pero momentáneamente y sin grandes consecuencias; pues Abderramán, que había vuelto á tomar el gobierno de las fronteras orientales, la solicitó de nuevo del emperador Luis y fué prorrogada por otros tres años.

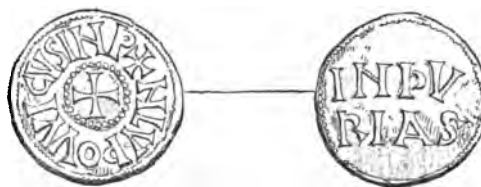
Nadie gozaba más de ella que Alhakem. Desprendido de todo cuidado del gobierno, encerrado en su alcázar de Córdoba, pasando la vida en sus jardines entre mujeres y esclavas, entregado de lleno á los placeres sensuales, sin miramiento á las prácticas religiosas de los buenos musulimes, no se acordaba de que era rey sino para exigir tributos, y para satisfacer, dice la crónica, cierta sed de sangre que parece tenía, pasándose pocos días sin dar ó confirmar alguna sentencia de muerte. Atribuyósele haber introducido en España el uso de los eunucos, de los cuales tenía muchos dentro del alcázar. Había creado y le rodeaba una guardia de cinco mil

hombres, los tres mil andaluces muzárabes, y los dos mil esclavos, á los cuales asignó sueldo fijo, imponiendo para ello un nuevo derecho de entrada sobre varias mercancías. Su vida muelle y licenciosa tenía disgustados á todos los buenos musulmanes, y su despotismo irritaba al pueblo.

Un día negáronse algunos á pagar el nuevo tributo, y atropellaron á los recaudadores. Siguióse conmoción y alboroto en las puertas. Diez de los trasgresores fueron presos. Alhakem halló ocasión de satisfacer sus instintos sanguinarios, y mandó empalar á los diez delincuentes á la orilla del río. Acudió á presenciar la ejecución gran muchedumbre de pueblo, especialmente del arrabal de Mediodía, y como acaeciese que un soldado de la guardia hiriera por casualidad á un vecino, alborotóse la multitud y cargó sobre él á pedradas; herido y ensangrentado se acogió á la guardia de la ciudad, pero la muchedumbre desenfrenada persiguió á los soldados hasta el mismo alcázar con gran gritería y con amenazas insolentes.

Alhakem, ardiendo en cólera, sin escuchar los templados consejos de su hijo, del hagib y de otros caudillos, salió de su alcázar, y puesto á la cabeza de sus mercenarios cargó bruscamente á la muchedumbre, que

*Ampurias*



LUIS EL PIADOSO

*Barcelona*



LUIS EL PIADOSO

huyó al arrabal y se encerró en las casas. Muchos habían caído atravesados por las lanzas de los esclavos. Sobre unos trescientos que cayeron prisioneros fueron clavados vivos en estacas y colocados en hilera á lo largo del río desde el puente hasta las últimas almazaras ó molinos de aceite. Á tan bárbara ejecución siguió una orden para que fuese demolido el arrabal, y por espacio de tres días se permitió á la soldadesca cometer á mansalva todo género de desmanes, salvo la violación de las mujeres, que se les prohibió. Al cuarto día mandó el emir quitar de los maderos á los infelices ajusticiados, y otorgó seguridad de la vida á los que habían podido escapar con ella, pero desterrándolos de Córdoba y su territorio. Abandonaron, pues, aquellos desventurados, no ya sus hogares, sino las cenizas de ellos, único que había quedado. Muchos anduvieron errantes por las aldeas de la comarca de Toledo, hasta que por compasión les abrieron las puertas de la ciudad. Más de quince mil pasaron con sus familias á Berbería,

de las cuales ocho mil se quedaron en Magreb, y los restantes continuaron su marcha hasta Egipto (1).

En más de veinte mil hombres útiles disminuyó Alhakem con tan rudo golpe la población de Córdoba. El grande arrabal quedó convertido en campo de siembra, y se prohibió edificar en él. Y el sanguinario emir, que en el principio de su reinado se apellidaba *Al Morthadi* (el Afable), fué después llamado *Al Rabdi* (el del Arrabal), y *Abul Assy* (el Padre del mal), de que los cristianos hicieron Abulaz.

Desde este tiempo pocos sucesos notables ocurrieron en el imperio, como no fuesen las ordinarias correrías á las fronteras de Galicia y de Afranc, en que Abderramán logró algunos parciales triunfos, y las expediciones marítimas que entonces ocupaban á los árabes á las islas de Cerdeña, de Córcega y Baleares, donde se señalaban por sus devastaciones, pero que mostraban el desarrollo que desde Abderramán I había tomado la marina del pueblo musulmán.

Por empedernido y sanguinario que fuese el corazón de Alhakem, la matanza del arrabal de Córdoba había sido tan espantosamente terrible, que sus recuerdos le hicieron caer en una hipocondría febril que le consumía el cuerpo y le alteraba la razón. Paseábase solo y como espantado de sí mismo por los salones y azoteas del alcázar; en aquellos paseos solitarios representábasele la matanza, y parecíale ver y oír la gente que combatía, el ruido y chocar de las armas y los ayes de los moribundos. A deshora de la noche solía llamar á su palacio á los caudillos y jeques de las tribus, como para encomendarles la ejecución de algún proyecto, y cuando los tenía reunidos hacía cantar á sus esclavas ó danzar delante de ellos sus bailarinas, y seguidamente los mandaba retirarse á sus casas. Cuéntanse de él muchos actos de verdadera demencia. A veces exhalaba su

---

(1) Digna es de saberse la suerte que corrieron los desgraciados proscritos del arrabal de Córdoba. A los que se quedaron en Magreb les concedió el emir Edris ben Edris un asilo en su nueva ciudad de Fez, y el barrio que se les dió á habitar se llamó el *Cuartel de los Andaluces*. Menos afortunados los que prosiguieron á Egipto, les negó el gobernador de Alejandría la entrada en la ciudad, pero cansados ya y desesperados de tantas contrariedades é infortunios, penetraron á viva fuerza, y después de hacer gran mortandad se apoderaron de ella y de su gobierno. Habiendo luego acudido Abdalá ben Taher, walf de Egipto por el califa abassida Almamún, capituló con los cordobeses, accediendo éstos á dejar la ciudad mediante una suma considerable de oro, y á condición de dejarles libres los puertos de Egipto y de Siria hasta que eligiesen una isla en que establecerse. Salieron, pues, los desterrados andaluces de Alejandría, y armándose de naves con el dinero que habían recibido, corrieron como piratas el mar y las islas de Grecia, hasta que al fin se asentaron en Creta, que hallaron poco poblada, y cuyo clima y fertilidad les agradó. Gobernábalos Omar ben Xoaib, natural de las cercanías de Córdoba, á quien desde el principio habían nombrado su caudillo. La parte de la isla que eligieron para su morada fué donde hoy se levanta Candía. Poco á poco se hicieron dueños hasta de veintinueve ciudades, convirtieron en mezquitas los templos cristianos, y propagaron allí el mahometismo. Rechazaron varias expediciones que contra ellos fueron enviadas, y así se mantuvieron por espacio de 138 años hasta el 961, en que fué vencido su gobernador Abdelaziz ben Omar, y conquistada Creta por Armetas, hijo del emperador griego Constantino. *Hist. del Bajo Imperio*.—Conde, capítulo xxxvi.

melancolía y sus impetuosos instintos en cantos poéticos de fogosa y vehemente expresión. Pero la fiebre le iba consumiendo; y al fin un jueves, cuatro días por andar de la luna dylhagia del año 206 de la hégira (25 de mayo de 822), murió el cruel Omniada, arrepentido de su crueldad, dicen sus crónicas, después de un reinado de veintiséis años.

Alfonso de Asturias, que desde su advenimiento al trono había mostrado á los árabes que el cetro cristiano se hallaba en manos harto más hábiles y fuertes que las de sus cuatro antecesores; Alfonso, que desde la victoria de Lutos había paseado dos veces el pendón de la fe hasta los muros de Lisboa (1); Alfonso, que desde las montañas de Galicia había sabido hacer frente y frustrar todos los esfuerzos del imperio musulmán; que había con su denuedo y su constancia desesperado á Alhakem, al joven é intrépido Abderramán, á sus mejores caudillos Abdallah y Abdelkerim; Alfonso II, que como guerrero había hecho revivir los tiempos de Pelayo y del primer Alfonso, y pactado ya con el emir de Córdoba como de poder á poder, dedicábase en los períodos de paz á fomentar la religión como príncipe cristiano, y á regularizar y mejorar el gobierno de su Estado como rey. Oviedo se embellecía y agrandaba con nuevos edificios públicos, casas, palacios, baños, acueductos, ya de sólida y regular arquitectura. La iglesia del Salvador, fundada por su padre Fruela, se reedificaba y convertía en grandiosa basílica episcopal, con doce altares dedicados á los doce apóstoles. Asistían á su solemne consagración todos los obispos que el peligro y la fe tenían refugiados en Asturias, y un noble goda, Adulfo, fué el primer prelado que tuvo la honra de ser designado y puesto por el piadoso monarca para regir la primera catedral de la restauración, á la cual dotó el magnánimo rey con nuevas rentas, hizo y confirmó donaciones, y otorgó y ratificó privilegios (2).

(1) En 797 y 808.

(2) Interesantes son las dos actas ó escrituras de fundación y donación expedidas por Alfonso el Casto, ambas en 812, que originales se conservan en el archivo de la catedral de Oviedo, y su libro de Testamentos, y cuya copia inserta el P. Risco en el tomo XXXVII de la *España Sagrada*. La primera empieza: *Fons vitæ: oh lux, auctor luminis*, etc. La segunda: *In nomine sanctæ et individuæ Trinitatis, per infinita sæculorum sæcula regnantis. Ego Rex Aldephonsus, indignè cognominatus Castus*, etc. En la primera, después de dar á la iglesia el atrio, acueducto, casas y otros edificios construídos en su circuito, y muchas alhajas para el culto y ornato del templo, le ofrece los llamados mancipios ó clérigos sacricantores, á saber: «Nonnello, presbítero, Pedro, diácono, que adquirimos de Corbello y de Fafila; Secundino, clérigo, Juan, clérigo, Vicente, clérigo, hijo de Crescente; Teodulfo y Nonnito, clérigos, hijos de Rodrigo; Enneco, clérigo, que compramos de Lauro Baca, etc.» Firman este testamento el rey, tres obispos y varios abades y testigos. En la segunda, después de confirmar el testamento y donaciones de su padre Fruela, le ofrece toda la ciudad de Oviedo que él había circundado de muro: *Offero igitur, Domine... omnem Oveti urbem, quam muro circumdatam, te auxiliante, pereqimus...* montes, tierras, prados, aguas y molinos fuera de la ciudad, con muchos ornamentos de oro, plata y otros metales, telas de seda y lino para uso de los altares, etc. Confirman con el rey esta escritura cinco obispos y varios testigos.

¿Qué podían ser, pregunta un moderno historiador, esos sacerdotes, diáconos y clérigos que se compraban? No podían ser otra cosa, se responde á sí mismo, siguiendo la conjetura plausible de otro crítico español, que hijos ó nietos de esclavos mahome-



El pequeño templo dedicado á San Miguel, y enclavado entonces en el palacio como capilla doméstica, y que hoy subsiste con el nombre de Cámara Santa, donde se custodian las reliquias de la catedral; el monasterio de San Pelayo, las iglesias de San Tirso, de San Julián, de Santa María del rey Casto, son monumentos que viven todavía en la capital de Asturias y recuerdan la piedad del ilustre hijo de Fruela.

Deseoso el rey de adornar la basílica del Salvador con una rica ofrenda, había reunido grande cantidad de oro y joyas con intento de hacer labrar una preciosa cruz. Inquieto y apesadumbrado andaba por no hallar en sus Estados artista bastante hábil para poder ejecutar tan piadosa obra, cuando repentinamente al salir un día de misa (dicen las crónicas y las leyendas), se le aparecieron dos desconocidos en traje de peregrinos que le habían adivinado su pensamiento y se ofrecieron á realizarlo. Al instante los llevó Alfonso á un aposento retirado de su palacio. A poco tiempo, habiendo ido algunos palaciegos á examinar el estado en que los artífices llevaban su trabajo, sorprendiéronlos dos prodigios á un tiempo. Los peregrinos habían desaparecido: una cruz maravillosamente elaborada, suspendida en el aire, despedía vivos resplandores.

Aquellos peregrinos eran dos ángeles, dijo el pueblo cristiano, y así se lo persuadió su fe; y la preciosa cruz de Alfonso el Casto, revestida de planchas de oro y piedras preciosas, que hoy se venera todavía en Oviedo, sigue llamándose *la Cruz de los Angeles* (1).

Otro prodigio, que como milagroso refieren también los devotos cronistas de la edad media, señaló el reinado del segundo Alfonso. Cerca de ocho siglos hacía, dicen, que el cuerpo del apóstol Santiago había sido traído de la Palestina por sus discípulos, y depositado en un lugar cerca de Iria Flavia en Galicia. Pero las continuas guerras y trastornos de aquel país habían hecho olvidar el sitio en que el sagrado depósito se guardaba, hasta que se descubrió en tiempo de Alfonso el Casto. Cuentan las crónicas haber acaecido del modo siguiente.

Varios sujetos de autoridad comunicaron á Teodomiro, obispo de Iria, haber visto diferentes noches en un bosque no distante de aquella ciudad resplandores extraños y luminarias maravillosas. Acudió en su virtud el piadoso obispo al lugar designado, y haciendo desbrozar el terreno y excavar en él, hallóse una pequeña capilla que contenía un sarcófago de mármol. No se dudó ya que era el sepulcro del santo Apóstol.

Puso el prelado el feliz descubrimiento en noticia del rey Alfonso que se hallaba en Oviedo, é inmediatamente el monarca se trasladó al sagrado lugar con los nobles de su palacio, y mandó edificar un templo en el *Campo del Apóstol* (que desde entonces, acaso de *Campus Apostoli*, se denominó *Compostela*), y le asignó para su sostenimiento el territorio de tres millas en circunferencia. Posteriormente le hizo merced de una preciosa cruz de

---

tanos convertidos, que el rey manumitía y dedicaba al servicio de la Iglesia. Las historias no lo declaran y no estamos lejos de pensar como estos autores.

Tardó la catedral de Oviedo treinta años en concluirse.

(1) El primero que mencionó como milagrosa la obra de esta cruz fué el Monje de Silos, á quien siguieron después Pelayo de Oviedo y otros cronistas.

oro, copia, aunque en pequeño, de la de los Angeles de Oviedo, y empleando la buena amistad en que estaba con Carlomagno, le rogó impetrase del papa León III el permiso para trasferir la sede episcopal de Iria á la nueva iglesia de Compostela. Hízolo así el pontífice, que con este motivo escribió una carta á los españoles.

Pronto se difundió por las naciones cristianas la noticia de la invención del santo sepulcro y de los milagros del Apóstol, y multitud de peregrinos acudían ya á mediados del siglo XI á visitar el santuario de Compostela (1).

Atento el monarca, no sólo á los asuntos de interés religioso, sino también á los civiles y políticos de su reino, adicto á las costumbres y gobierno de los godos, que vivían en su memoria, restableció el orden gótico en su palacio, que organizó bajo el pie en que estaba el de Toledo antes de la conquista: promovió el estudio de los libros góticos, restauró y puso en observancia muchas de sus leyes, y llevó á la Iglesia su antigua disciplina canónica (2): que fué un gran paso hacia la reorganización social del reino y pueblo cristiano.

No amenguaron por eso las dotes de guerrero que desde el principio había desplegado. En las expediciones que Abderramán II, sucesor de su padre Alhakem en el imperio musulmán, hizo por sí ó por sus caudillos á las fronteras de Galicia, encontráronle siempre los infieles apercebido y pronto á rechazarlos con vigor. Hacia los últimos años de su reinado un caudillo árabe, Mohammed ben Abdelgebir, que en Mérida se había insurreccionado contra el gobierno central de Córdoba, acosado por las victoriosas armas del emir, hubo de buscar un asilo en Galicia, que el rey Alfonso le otorgó con generosidad dándole un territorio cerca de Lugo, donde pudiesen vivir él y los suyos sin ser inquietados (833). Corresponde más adelante el pérfido musulmán con negra ingratitud á la generosa hospitalidad que había debido á Alfonso, y tan desleal al rey cristiano como antes lo había sido á su propio emir, alzóse con sus numerosos parciales y apoderóse por sorpresa del castillo de Santa Cristina, dos leguas distante de aquella ciudad (838). Voló el anciano Alfonso con la rapidez de un joven á castigar á sus ingratos huéspedes, y después de haber recobrado el castillo que les servía de refugio, los obligó á aceptar una batalla en que pereció el traidor Mohammed con casi todos sus secuaces (3). Alfonso regresó victorioso á Oviedo por última vez.

Este fué el postrer hecho de armas del rey Casto, sin que ocurrieran

(1) Chron. Iriens.—Samp. Chron. *Esp. Sagr.*, tom. XIX. Apend.—Privil. de donac. de la catedral de Santiago.—Hist. Compostela.—Baluz. Colección de cartas de los papas.—Son muy varias las opiniones acerca del año de la invención del sagrado cuerpo. Morales y el marqués de Mondéjar suponen fuese en agosto de 835: Ferreras pretende haber acontecido en 808. Por la fecha del diploma del rey Casto, y más aun por la circunstancia de haber intervenido Carlomagno en este asunto, debió de todos modos suceder antes de 814.

(2) Chron. Albeld. n. 58.

(3) Id. Ibid.—El cronista de Salamanca, tan propenso á exagerar el número de enemigos que morían en cada encuentro, hace subir el de este combate á 50,000. Chron. n. 22.

otros sucesos notables hasta su muerte, acaecida en 842, á los cincuenta y dos años de reinado, y los ochenta y dos de su edad. Sus restos mortales fueron depositados en el panteón de su iglesia de Santa María. Aun se conserva intacto el humilde sepulcro que encierra las cenizas de tan glorioso príncipe.

Los monjes de los monasterios de San Vicente y San Pelayo iban diariamente en comunidad á orar sobre los restos del rey Casto, y aun conserva el cabildo catedral la costumbre de consagrarle anualmente un solemne aniversario. Su memoria vive en Asturias como la de uno de los más celosos restauradores de su nacionalidad.

## CAPITULO IX

### LA ESPAÑA CRISTIANA EN EL PRIMER SIGLO DE LA RECONQUISTA

*De 718 á 842*

*Marcha y desarrollo del reino cristiano de Asturias.—Cómo contribuyó á él cada monarca.—Bases sobre que se organizó el Estado.—Tradiciones góticas.—Orden de sucesión al trono.—Navarra.—Conducta de los navarros con los musulmanes y con los francos.—Dos ejemplos de odio á la dominación extranjera en Navarra y en Asturias.—Marca Hispana.—Origen y carácter de la organización de este Estado.*

Ha pasado más de un siglo de lucha entre el pueblo invasor y el pueblo invadido. Reposemos un momento para contemplar cómo vivió en este tiempo cada una de las dos poblaciones.

¿Cuál era la vida social de ese pobre pueblo cristiano, que ó se salvó de la inundación, ó pugnaba por recobrar su existencia? ¿Cuál era su organización, sus leyes, sus instituciones, sus artes, sus ejércitos? Ejércitos, artes, instituciones, leyes, todo había perecido ahogado por las desbordadas aguas del torrente. Al abrigo de una roca, que era como el Ararat del nuevo diluvio, y entre riscos y breñas moraba un puñado de hombres, pobres náufragos, sin riquezas, sin ciudades, sin gobierno regularizado, que poseían por todo tesoro un corazón ardiente, los símbolos de su fe, y los recuerdos de una sociedad que había desaparecido. Unidos con el doble lazo de la religión y del infortunio, estrechados con el lenguaje elocuente y fraternizador de la fe y de la desgracia, la necesidad les obliga á cobijarse en una cueva. Decretado estaba que de aquella gruta había de salir un poder que dominara mundos que entonces no se conocían. También el cristianismo nació en una gruta de Belén para desde allí derramarse con el tiempo por toda la tierra, lentamente y á fuerza de siglos y contrariedades como la monarquía española. Belén y Covadonga.... una gruta para el cristianismo naciente, otra gruta para el cristianismo perseguido; en ambas se ve una misma Providencia. Todos los grandes acontecimientos suelen semejarse en la pequeñez de sus principios.

Véanse precisados á pelear, y aquellos animosos montañeses, teniendo por ciudadela una gruta, rocas por castillos, peñascos por arietes, y troncos de robles por lanzas, vencen, arrollan, aniquilan á los vencedores de Siria, de Persia, de Egipto, de África y de Guadalete, y empieza á prego-

narse por el mundo que el estandarte de Mahoma ha sido por primera vez abatido en un rincón de España. En los tiempos mitológicos se hubiera creído ver realizada la fábula de los Titanes: eran tiempos cristianos, y se llamó milagro la maravilla. El vencedor como caudillo supo ser prudente como rey, y Pelayo se limitó á guardar y conservar su pequeño Estado. Ni el rey capitán, ni el pueblo soldado podían hacer otra cosa que cultivar para vivir y organizarse para defenderse. Es la sociedad cristiana que renace como una planta nueva al pie de la añosa encina derribada por el huracán. En la grosera reorganización de la nueva sociedad entraban como principal elemento las tradiciones y recuerdos de la sociedad que había perecido. La razón nos enseña, aunque la historia no lo diga, cuán imperfecta tenía que ser la forma de su gobierno.

Tampoco la historia nos dice otra cosa de Favila, sucesor de Pelayo, sino que murió en una partida de caza. Una fiera le devoró, como si hubiera querido avisar á sus sucesores que más que de distraerse en ejercicios de montería era tiempo ya de emplear el venablo contra los enemigos exteriores.

Hízolo así Alfonso I, príncipe cual convenía entonces á los cristianos, guerrero y devoto. Como guerrero, sale á enseñar á los musulmanes que los soldados del cristianismo no tienen sólo fe viva en el corazón, sino también robustas diestras para manejar la espada: pasea el estandarte de la cruz de uno á otro confín de la Península; destruye, incendia, degüella y cautiva. Como devoto, restablece iglesias, repone obispos, y funda y dota monasterios. Muere, y el pueblo cree oír armonías celestiales sobre su tumba: son los ángeles, dice, que anuncian que las puertas de la gloria se abren para recibir á Alfonso el Católico.

Vese bajo el reinado de Fruela el orden y la marcha progresiva de la población cristiana. Un monje desbroza un terreno cubierto de jarales para construir una ermita. Los fieles de las montañas acuden á vivir allí donde se les ofrece pasto espiritual, y en derredor del pequeño templo edifican viviendas, levantan albergues y roturan terrenos. Al lado de aquella iglesia erige el rey otro santuario mayor, aunque no muy suntuoso. Aquel humilde lugarcito era Oviedo, que otro rey hará corte y asiento de los monarcas de Asturias, y la ermita del monje se convertirá en basílica episcopal. De aldeas y ermitas hacen los reyes ciudades y catedrales; así protegen la población y el culto.

La inacción y la debilidad de los tres personajes sucesivos que tuvieron el título de reyes, presentan una laguna lamentable en la historia de las glorias cristianas. Las biografías de Aurelio y de Silo pudieran reducirse á que vivieron y murieron en paz: felicidad ni envidiable ni honrosa en tiempos en que tan necesaria era la acción. A Mauregato sólo pudieron darle celebridad dos circunstancias que nadie envidiaría tampoco, la de haber sido hijo natural de un rey y de una esclava, y la fábula del tributo de las cien doncellas. El corto reinado de Bermudo retrata las costumbres del pueblo cristiano de aquel tiempo. Los grandes no reparan en que sea diácono para investirle del poder real, y Bermudo, príncipe ilustrado, tampoco halla reparo en asentarse la corona real sobre la corona de la tonsura: ni el rey escrupuliza en unir en sí mismo el sacramento del ma-

trimonio al del orden, ni el pueblo muestra escandalizarse de ello, á pesar de las leyes godas y de las prohibiciones de Fruela. Por último, el rey diácono y el clérigo padre de familia deja espontáneamente cetro y esposa para volver á la iglesia y al breviario, y coloca en el trono al segundo Alfonso su sobrino, á quien, sin dejar de convenirle el nombre de *Casto*, hubiérale cuadrado mejor el de *Contrariado*.

Aquel pequeño reino que en el siglo VIII vimos nacer en el corazón de una roca con Pelayo, desarrollarse bajo el genio emprendedor del primer Alfonso, sostenerse, ya que no crecer, con Fruela, estacionarse ó amen- guar bajo otros cuatro reyes ó débiles ó tímidos, aparece en el siglo IX, vi- goroso y fuerte, con los arranques de un joven lleno de robustez y de vida, ganoso de conquistas y de glorias. Aquella humilde corte, si título de corte podía dársele, que tenía un asiento incierto en Cangas ó en Pra- via, se ha fijado en Oviedo; y Oviedo no es ya una agregación de modes- tas viviendas agrupadas en torno á la ermita de un monje; es una ciudad murada y embellecida con palacios, con acueductos, con baños, con gran- diosos templos, con un panteón destinado para sepulcro de los reyes. La ermita del monje se ha trasformado en iglesia catedral, erigida por un rey, consagrada por siete obispos y regida por un prelado godo. En la cá- mara santa de este templo se ve una brillante cruz, cubierta con plan- chas de oro, engastadas en ella multitud de piedras preciosas, con infini- tas labores de esmalte y filigrana ejecutadas con delicadeza exquisita. El pueblo la llama *la Cruz de los Angeles*, porque, más lleno de fe que cono- cedor de las artes, no puede creer que tan preciosa labor haya podido sa- lir de las manos de los hombres, y está persuadido de que los ángeles han sido los verdaderos artífices de aquella obra maravillosa (1). En los cuatro brazos de esta cruz se leen otras tantas inscripciones latinas: la de la parte superior nos revela el nombre del ilustre y afortunado príncipe á quien debe engrandecimiento el reino, esplendor la nueva corte, la reli- gión aquel templo y aquella cruz.

*Susceptum placide mansat hoc in honore Dei  
Offert Adelfonsus humilis servus Christi*

Es Alfonso II, el Casto, el religioso, el guerrero, el victorioso, el que ha consagrado á Dios esa preciosa ofrenda, fabricada de los despojos cogi- dos en Lisboa á los enemigos de la fe: porque Alfonso ha llevado las armas del cristianismo hasta las playas del Atlántico, y plantado su pendón en los muros de aquella ciudad. Su nombre suena ya con respeto del otro lado de los Pirineos, y el nuevo César de Occidente, el más poderoso princi-

(1) Los que no creen que bajasen los ángeles á fabricar esta cruz, suponen que los dos mancebos ó peregrinos que, según dijimos en el capítulo anterior, se habían apare- cido al rey Alfonso y ofreciédo-sele á elaborarla, serían artistas árabes de Córdoba, que ya en aquel tiempo tenían fama de excelentes plateros, y se distinguían por el primor y delicadeza con que trabajaban esta clase de obras. Si así hubiera sido, no extrañamos que el monarca cuidara de no herir el celo religioso de su pueblo, que á no dudar se hubiera ofendido de que en un objeto que representaba el símbolo de su fe hubieran trabajado manos mahometanas.



**CRUZ LLAMADA DE LOS ÁNGELES**

regalada por Don Alfonso II el Casto á la Catedral de Oviedo, donde se conserva actualmente

pe de su tiempo, Carlomagno, que se decora con el título de protector de la Iglesia y jefe de la cristiandad, recibe embajadores del rey de Asturias, que se presentan con ostentación en Aquisgrán y Tolosa de Francia. Los emires le proponen treguas, porque han probado el valor de sus armas en los campos de Lutos, de Lisboa, de Naharón y de Anceo.

Tiene la fortuna de que se descubra en su tiempo el sepulcro del apóstol Santiago, y desplegando su piedad religiosa en Compostela, como en Oviedo, funda en Galicia una basílica cristiana que con el tiempo competirá en fama y grandeza con la mezquita musulmana de Córdoba, y entusiasmo de tal modo á los clérigos y obispos, que piden acompañarle á las batallas con la cruz del apóstol y el escudo del soldado. Político y legislador, da un gran paso hacia la restauración de las leyes visigodas, restableciendo el orden gótico en la Iglesia y en el palacio.

He aquí la nueva sociedad cristiana reorganizándose sobre la base de las tradiciones góticas. Lo anunciamos ya en otro lugar. «La religión y las leyes (dijimos) fueron las dos herencias que la dominación goda legó á la posteridad, y estos dos legados son los que van á sostener los españoles en su regeneración social. Tan pronto como tengan donde celebrar asambleas religiosas, pedirán que se gobierne su Iglesia *juxta Gothorum antiqua concilia*, y tan luego como recobren un principio de patria, clamarán por regirse *secundum legem Gothorum* (1).» Si las actas del primer concilio de la restauración, que se cree celebrado en Oviedo bajo Alfonso el Casto, no pudiesen acaso acreditarse evidentemente de auténticas (2), nadie por eso niega el espíritu y la tendencia que hacia estas asambleas religiosas ya en aquel tiempo se manifestaban.

Habíase observado ya desde el principio el sistema gótico en orden á las sucesiones al trono. Siguiendo tradicional y como instintivamente el principio electivo en lo personal, pero guardada siempre consideración á la familia, y conservando en ella el principio semi-hereditario, continuaba la intervención poderosa de los grandes y nobles como en tiempo de los godos. Apenas desde el primer Alfonso dejó alguno de ser proclamado por este sistema mixto. Pero el ejemplo más notable de esta libertad electoral lo fué Alfonso II. Siendo hijo único de Fruela, á la muerte de su padre le postergan los nobles so pretexto de su corta edad, y entregan el cetro en manos de Aurelio su tío. Muerto Aurelio, es desatendido otra vez Alfonso y elevan á Silo, sin otro título que estar casado con Adosinda, hija de Alfonso I. Vaca de nuevo la corona, y antes que colocarla en las sienes del hijo de Fruela, y á pesar de la proclamación que en su favor logró la reina Adosinda, consienten en colocarla en la cabeza de un bastardo. Y como si aquellos próceres quisiesen hacer gala y ostentación de su libertad electiva, todavía á la muerte de Mauregato, no hallando vástago

(1) Discurso preliminar, página xxvii.

(2) Este concilio I de Oviedo, que se halla en la colección de Aguirre y en los Apéndices al tomo XXXVII de la *España Sagrada*, es tratado de apócrifo por muchos críticos españoles. Sin embargo, el ilustrado P. Risco se esfuerza de nuevo por probar su autenticidad. Puede verse su disertación en el mencionado tomo desde la pág. 166 á la 194.

de estirpe real en el siglo, van á buscarle á la Iglesia, y arrancan á un clérigo de las gradas del altar para hacerle subir las gradas del trono. Así se pasan cuatro reinados, postergado siempre el hijo único y legítimo de un rey, hasta que los arbitrarios grandes ceden á las nobles instigaciones de otro rey generoso, y le dan al fin el tan escatimado cetro.

Lo mismo que en tiempo de los godos, la pena mayor que á los reyes les ocurría imponer era la excomunión, arrogándose la majestad atribuciones del pontificado. «Si alguno de mi propia estirpe y familia, ó de otra extraña, decía Alfonso II en sus cartas de dotación, quitare, defraudare, ó con cualquier pretexto enajenar presumiere las cosas que os damos y concedemos, sea privado de la comunión de Cristo, sujeto á perpetuo anatema, y sufra con Datán y Abirón y con Judas traidor las penas eternas.»

Al otro extremo del Pirineo, los belicosos vascones pugnaban por rechazar todo yugo extraño y por recobrar y sostener su libertad dentro de sus propias montañas. Animados del mismo espíritu de religión y de independencia que los asturianos, alzábanse contra los musulmanes, pero ofendíales y esquivaban depender de otros hombres, aunque fuesen cristianos ó españoles como ellos, mostrando la antigua tendencia al aislamiento y la repugnancia á la unidad heredadas de los pobladores primitivos. Si preferían su independencia turbulenta al gobierno de los reyes de Asturias, ¿cómo habían de sufrir la dominación de los francos de Aquitania sus vecinos, siendo extranjeros, por más que fuesen también cristianos? Así es que si la necesidad los forzaba tal cual vez á aceptar la alianza ó á tolerar el dominio de los monarcas francos para libertarse de los sarracenos, ni nunca aquella alianza fué sincera, ni nunca dejaban de romperla tan pronto como podían. En cambio se aliaban otras veces con los árabes para sacudirse de los francos. Y en esta alternada lucha, encajonados entre dos pueblos que aspiraban á dominarlos, no sabemos á cuál mostraban más antipatía, si al uno por ser mahometano, ó al otro por ser extranjero.

Consignemos bien los dos grandes ejemplos de odio á la dominación extraña que dieron los españoles casi á un tiempo en dos puntos extremos de la Península, en Navarra y en Asturias. Cuando penetró Carlomagno con sus huestes hasta Pamplona y Zaragoza, por más que pareciera dirigirse contra los musulmanes como monarca cristiano, hubieron de comprender los vascones que traería miras de dominación sobre ellos, y mirando sólo á lo extranjero, y no atendiendo á lo cristiano, exclamaron: «¿Qué vienen á hacer entre nosotros esos hijos del Norte? ¿No ha puesto Dios entre ellos y nosotros esas montañas para tenernos separados?» Y las cañadas y desfiladeros de Roncesvalles fueron sepulcro de los soldados de Carlomagno; y hubieranlo sido más adelante de los de su hijo Luis, á no haber empleado tantas precauciones para atravesar aquel valle de fatídicos recuerdos. Sospecharon los asturianos que las intimidades del segundo Alfonso con Carlomagno pudieran degenerar en sumisión y dependencia extraña y en menoscabo de su nacionalidad, y tomándolo ó por motivo ó por pretexto hicieron al casto rey perder temporalmente el trono. Justa ó injusta la deposición, sirvióle de lección al destronado monarca, después de recobrado el cetro, para no dar más celos á su pueblo con una amistad que se hacía aparecer peligrosa, siquiera estuviese distante y ajena de su



intención. Tales eran los españoles de los primeros tiempos de la reconquista.

Más afortunados los franco-aquitánicos en el Oriente que en el Norte de España, acostumbrados como estaban de antiguos tiempos los españoles de aquella parte á mirar como compatriotas, como súbditos de un mismo trono á sus vecinos de la Septimania Gótica, trajéronles más fácilmente á su alianza, y con su concurso expulsaron de allí á los árabes, y extendieron su dominación desde los Pirineos hasta el Ebro, aunque sujeta á los vaivenes y oscilaciones de la guerra. Fundan así la Marca Hispana, la Marca de Gothia, en que entraban la parte española y el Rosellón, el condado de Barcelona, que había de concentrar en sí los condados subalternos que ya existían, porque cuando Luis el Benigno dejó establecido por primer conde de Barcelona á Bera, éste lo era ya de Manresa y de Ausona. Naturalmente los que con mayores fuerzas y más poder concurrían á lanzar de aquella parte del suelo español y á libertar sus poblaciones del dominio musulmán, habían de imprimir de nuevo al Estado franco-hispano el sello de sus costumbres, de sus leyes, de su organización y de su nomenclatura. Los *Preceptos* de Carlomagno y de Luis el Pío, si bien generosos y protectores de los españoles, comunicaban á aquella Marca ó Estado todo el tinte galo-franco de su origen. De aquí aquella fisonomía particular que había de seguir distinguiendo á los habitantes de aquella región, denominada después Cataluña, de la de las otras provincias de España, en carácter, en inclinaciones, en costumbres, en instituciones y hasta en dialecto.

¿Pero se conformaban de buen grado los catalanes, sufrían de buena voluntad el gobierno y la superior dominación de los galo-francos de Aquitania? La historia nos dirá cuán pronto aquellos españoles, celosos de su independencia como todos, aprovecharon la primera ocasión que se les deparó para convertir la Marca franco-hispana en Estado español y en condado independiente, sin dejar por eso de conservar su legislación ordinaria.

Así bajo distintas bases y elementos nacían y se desarrollaban los tres primeros Estados cristianos que del primero al segundo siglo de la invasión sarracena se formaron en la Península española, con la suficiente independencia y aislamiento entre sí, para seguir por largo tiempo viviendo cada cual su vida propia, que es uno de los caracteres que constituyen el fondo y la fisonomía histórica de nuestra nación.

---

## CAPÍTULO X

## LA ESPAÑA MUSULMANA EN EL PRIMER SIGLO DE SU DOMINACIÓN

I. En qué consistía la religión de los musulmanes.—Examen del Corán: en lo dogmático, en lo político, en lo civil y en lo militar.—Nótanse sus principales preceptos y disposiciones.—Juicio crítico de este libro.—II. Conducta de los árabes con los cristianos de España.—Situación en que quedaron los mozárabes.—Comportamiento de los diferentes emires.—Iglesias, obispos y monjes en Córdoba.—Cómo se condujeron los conquistadores entre sí mismos en sus guerras civiles.—Inextinguibles odios de tribu: crueldades horribles: venganzas horribles.—Explícase el contraste de tan opuesta conducta.—Carácter de los árabes.—III. Gobierno de los árabes en España en este primer período.—Administración de justicia.—Idem económica.—Empleos militares.—Sistema de sucesión al trono.—IV. Varias costumbres de los árabes.

Conozcamos al pueblo que nos dominó, y con quien se ha emprendido una lucha que durará siglos. ¿Cuál era su religión, cuál su gobierno, cuáles sus costumbres, su conducta, sus relaciones con el pueblo conquistado?

I. ¿Qué religión traían esos hombres que tenían la presunción de llamarse á sí mismos *los creyentes* por excelencia y de dar el nombre de *infieles* á los que no creían lo que ellos? ¿Qué doctrina es esa que tan rápidamente desde un ignorado rincón del desierto se ha difundido por las inmensas y dilatadas regiones de Asia y África, y aspira á extinguir el cristianismo en Europa, y á prevalecer sola en el mundo?

Todo el dogma, todos los preceptos de la religión mahometana están encerrados en un libro, que es para los musulmanes el libro de Dios, el libro precioso, que es no sólo su Biblia, sino también su código civil, político y militar. Este libro es el Corán, que fué sacado del gran libro de los decretos divinos, y cayó del cielo hoja á hoja. Dios le dictó, dicen ellos, el ángel Gabriel le escribió, Mahoma le recibió y le comunicó á los hombres. El Corán está dividido en capítulos ó *suras*, que en todos suman ciento catorce, y todos, á excepción del noveno, van encabezados con la fórmula que los musulmanes ponen á la cabeza de todos sus escritos: *En el Nombre del Señor clemente y misericordioso*. El noveno comienza de este modo: *Este libro se halla distribuido con un orden juicioso, siendo obra del que posee la sabiduría y la ciencia*. La aserción no puede ser más falsa, y todo el libro la está desmintiendo. Respecto al orden, nada más común que encontrar al fin del Corán lo que evidentemente corresponde al principio, y los dos primeros versículos que Mahoma recibió de mano del ángel Gabriel son ahora el noventa y seis y el setenta y cuatro. Sin orden fueron publicados, y el celoso musulmán que después de Mahoma se dedicó á recoger las hojas sueltas del Corán y á recopilar en un libro lo que los discípulos del Profeta habían ido escribiendo en hojas de palmera, en piedras blancas, en pedazos de tela y de cuero, y hasta en huesos de animales, lo hizo sin orden de tiempo ni de materia. Y en cuanto á la sabiduría y la ciencia del autor, no la acreditan mucho la incoherencia de materias en un mis-

mo capítulo, la vaguedad y confusión en las disposiciones legislativas y en los preceptos religiosos, las repeticiones, y hasta las contradicciones.

Como obra literaria, está muy lejos de corresponder su mérito al que han querido darle los devotos musulmanes y muchos de sus comentadores. Es cierto que se hallan en él algunos pasajes sublimes, otros también poéticos y bellos, y algunas descripciones majestuosas: mas para encontrarlas es menester á veces devorar largos y enojosos capítulos. Parécenos semejarse al país en que se escribió; que para hallar los verjeles del Yemen es necesario atravesar los abrasados arenales del Desierto. Necesitase perseverancia para leer todo el Corán. Si hay capítulos que parece revelar habilidad en el legislador para cautivar la admiración de las clases ignorantes y crédulas, no comprendemos cómo las gentes ilustradas podían admitir los absurdos milagros del viaje de Mahoma á Jerusalén, de su ascensión nocturna al cielo en la famosa yegua Borak, de la luna que se hendía á su voz, de la tela de araña que cubrió la boca de la caverna en que se escondió en su huída de la Meca á Medina, y otros de este género. ¿Y qué diremos de las revelaciones celestes para cohonestar las faltas del Profeta á su misma ley, sus vicios y sus crímenes, los escándalos de su incontinencia, sus adulterios y divorcios, las liviandades y torpezas que se hallan sancionadas por Dios en este libro *divino*? ¿Cómo no conocían que en vez de un legislador que se acercase á la divinidad, tenían un legislador que hacía á la divinidad descender á autorizar su desenfrenada lujuria y sus obscenos placeres?

Pero érale necesario al lascivo apóstol encubrir sus flaquezas de hombre halagando por el mismo lado las imaginaciones ardientes y voluptuosas de los orientales, é inventó un paraíso en que los servidores de Dios habrían de hallar todo género de delicias y materiales placeres, y nada más propio para esto y más seductor que jardines esmaltados de arroyos, fuentes puras y cristalinas, sombrías alamedas, frutas deliciosas, manjares exquisitos, blandos lechos, aromas suaves, vírgenes hermosas y tiernas, adornadas de perlas y esmeraldas, inmarchitables huríes de ojos negros, siempre encantadoras y siempre enamoradas de los que tenían la dicha de morir por la fe del Profeta, de las cuales el más humilde de los creyentes había de tener para sus placeres por lo menos setenta y dos, cuya virginidad se estaría perpetuamente renovando. De modo que vino á hacer de la morada celeste un inmenso lupanar en que entraba todo lo que había podido inventar una imaginación lúbrica.

De esta suerte para los mahometanos los premios espirituales del cristianismo deberían ser ofertas áridas, sin aliciente, y en cierto modo incomprendibles. Mahoma, pues, discurrió una religión más acomodada por entonces á la grosería del mundo oriental. Así su código religioso, al través de sus incoherencias, contradicciones y absurdos, era un objeto de profunda veneración para los árabes, y al cual rendían un homenaje ciego. Prestábase juramento en los tribunales sobre el Corán. Nadie le tocaba sin hallarse legalmente purificado, sin besarle ó llevarle á la frente con mucho respeto y devoción. Miraban como un deber estudiarle de memoria y recitar versos y capítulos enteros. Muchos califas, sultanes, príncipes y grandes señores hacían vanidad de saberle de punta á cabo y le recitaban

cada cuarenta días. Otros poseían muchos ejemplares adornados y enriquecidos con oro y pedrería; y algunos mostraban su celo religioso copiándole muchas veces en la vida y vendiendo los ejemplares ó beneficio de los pobres. En su supersticiosa veneración hubo quien se tomara la tarea de contar las voces y letras que entraban en él, resultando setenta y siete mil seiscientos treinta y nueve de las primeras, y trescientas veintitrés mil quince de las segundas. Se sabe hasta las veces que cada letra está repetida: propia paciencia de quienes la tuvieron para contar las tejas que cubrían la gran mezquita de Córdoba. Siendo, pues, el Corán el libro santo, el código de las leyes religiosas, políticas y civiles de los conquistadores de España, la bandera que se enarboló en contra del cristianismo y á cuya sombra pelearon sus sectarios en nuestro suelo por espacio de ocho siglos, daremos una breve idea de sus principales dogmas y disposiciones.

El dogma fundamental del Corán es la unidad de Dios y la misión del Profeta. *No hay Dios sino Dios y Mahoma es su Profeta*. Su idea dominante fué la abolición de la idolatría que prevalecía entre los árabes, y para lo cual había sido él elegido por Dios, el encargado de purgar la tierra de los falsos ídolos y de restituir la religión á su primitiva pureza. Bajo este punto de vista y del reconocimiento de la gran verdad religiosa, la unidad de Dios, que forma también la base del cristianismo, y que acaso él aprendió de la comunicación con los cristianos y judíos, Mahoma dió un gran paso hacia la civilización en Oriente, puesto que era una especie de transacción y de término medio entre la idolatría y el cristianismo, y al cual probablemente se hubiera ya acercado si no hubiese prohibido absolutamente toda discusión sobre su doctrina. Mahoma admitió también ángeles buenos y malos, y genios á imitación de los persas. Estos genios son creados de fuego como los ángeles, pero de organización más grosera, puesto que comen, beben, propagan su especie, y están sujetos á la muerte. Consignase en el Corán el principio de la inmortalidad del alma, el de la resurrección, y el de los premios y castigos en el paraíso y en el infierno. El paraíso hemos visto ya cómo lo describía: el infierno era igualmente material. «Los que no crean serán vestidos de fuego: se echará agua hirviendo sobre sus cabezas, con ella se disolverán su piel y sus entrañas, y serán además apaleados con mazas de hierro.» El juicio final será anunciado por la trompeta de Israfil. Entre otras señales terribles el sol saldrá por el Occidente como al principio del mundo: el Antecristo derrocará reinos, y Cristo, volviendo al mundo, abrazará el islamismo. Después de contar las escenas horribles y espantosas que precederán al juicio final, dice que aparecerá Dios para hacer justicia á todos. Abraham, Noé y Jesucristo habrán declinado su oficio de intercesores, y reemplazará á todos Mahoma. Los hombres darán entonces cuenta de su vida en este mundo, y el ángel Gabriel sostendrá la balanza en que se han de pesar las acciones buenas y malas, balanza cuyos platos serán bastante grandes para contener el cielo y la tierra y estar suspendidos el uno en el paraíso y el otro en el infierno.

Veneraban los musulmanes, además del Corán, la *Sunna* ó tradición, que correspondía á la *Mischna* de los judíos. Eran doctrinas transmitidas

de viva voz por el Profeta y recogidas después por sus discípulos. No faltaban sectas, cismas ni herejías entre los mahometanos, así sobre la Sunna como sobre el Corán mismo, á que daba ancho campo la oscuridad de muchos lugares de su código religioso y sus mismas contradicciones. No podemos nosotros detenernos á enumerar ni explicar sus divergencias religiosas. Baste decir que sus cuestiones sobre el dogma y las diversas escuelas que se crearon produjeron escisiones profundas entre ellos, y los envolvieron más de una vez en sangrientas guerras civiles.

Cuéntase que un día se apareció á Mahoma el ángel Gabriel en forma de un beduino y le preguntó: *¿En qué consiste el islamismo?* A que Mahoma contestó sin detenerse: *En creer que no hay más que un Dios, y que yo soy su Profeta, en la rigurosa observancia de las horas de oración, en dar limosnas, en ayunar el Ramadán, y en hacer, si se puede, la peregrinación á la Meca.*

Estas palabras encierran las principales obligaciones de los musulmanes. Prescribíase la peregrinación á la Meca al menos una vez en la vida á todo el que no estuviere imposibilitado de hacerla. El ayuno del mes de Ramadán era riguroso. No se podía tomar alimento desde la salida hasta la puesta del sol: cosa bien difícil de observar en otro país que no fuese la Arabia. «Se os permite comer y beber hasta el momento en que haya luz bastante para distinguir un hilo blanco de un hilo negro. *El olor de la boca del que ayuna es más grato á Dios que el almizcle.*» Prohibíase en todo tiempo el uso del vino y licores fermentados, la carne y sangre de puerco, y de todo animal que muriese ahogado ó de alguna caída, ó herido por otro animal, ó sacrificado á algún ídolo. Los árabes encontraron motivo ó pretexto en el clima de España y en el ejercicio de la guerra para quebrantar la abstinencia del vino y de otras bebidas y manjares prohibidos, y los primeros á dar el ejemplo solían ser los califas. Mahoma había imitado de los hebreos muchas de estas prácticas. Ordena también el Corán las abluciones, la santificación del viernes, día en que Dios crió al hombre y en que Mahoma hizo su entrada en Medina, y prohíbe los juegos de azar y las varas divinatorias.

Además de la *chotba* ú oración pública por el califa que todas las fiestas tenían que hacer los musulimes en las mezquitas principales, el Corán les prescribe cinco oraciones diarias; antes de salir el sol, al mediodía, antes y después de ponerse, y á la primera vigilia de la noche; cada una tiene su denominación, como *al-Sohbi*, la oración del alba, *al-Dohar*, la de mediodía, etc. El que presidía á una asamblea de creyentes congregada para la oración, se llamaba *imán*, y el imán supremo era el sucesor de Mahoma. El *muftí*, intérprete de la ley, era el jefe de los *alfaquíes* ó doctores. *Almokri* era el lector de la mezquita: *alhafit* el doctrinero, y el *muezzin* llamaba á la oración de lo alto del *minaret* ó *alminar*. «La oración conduce al creyente hasta la mitad del camino del cielo, el ayuno le lleva hasta la puerta del Altísimo, la limosna le abre la entrada.»

No se aconseja la limosna como acto de caridad, sino que se impone como obligación. «Haced limosnas de día, de noche, en público, en secreto. Socorred á vuestros hijos, á vuestros deudos, á los peregrinos: el bien que hagáis no quedará oculto para el Todopoderoso. Restituid á los huérfanos

su patrimonio cuando lleguen á mayor edad, y no les deis malo por bueno; no devoréis sus haciendas, acreciendo con ellas la vuestra, porque esto es un gran pecado.» No dejan de abundar en el Corán preceptos semejantes de humanidad y de beneficencia, que sin duda fueron tomados del Antiguo y del Nuevo Testamento. Condénase el suicidio y el asesinato, pero el legislador tuvo buen cuidado de no ser muy severo respecto á las pasiones á que su pueblo propendía más.

«El deseo de poseer á una mujer, sea ó no manifiesto, no os hará delincuentes ante el Señor, pues sabe que no podéis prescindir de pensar en las mujeres. No os caséis más que con dos, tres ó cuatro. Si no podéis mantenerlas decorosamente, tomad una sola, y contentaos con esclavas.» En otra parte hemos observado ya cómo el legislador comerciante se dispensó á sí mismo de esta especie de limitación que puso á la poligamia, como quien había recibido de Dios el privilegio exclusivo de casarse con cuantas mujeres y de tomar cuantas concubinas quisiese, incluso la que fuese ya mujer de otro. ¡Y sin embargo, este moralista logró fanatizar aquel pueblo! Permitíase el divorcio, pero con harta desigualdad de derechos entre los dos sexos, pues al marido le bastaba el motivo más leve, mientras la mujer tenía que alegar motivos poderosos y perdía además su dote. Todas las leyes eran desfavorables á las mujeres, y el legislador que tanto las amaba las hizo esclavas.

Siendo el Corán un código político y civil al propio tiempo que religioso, contiene las leyes sobre herencias, sobre contratos, sobre hurtos y homicidios, y en general sobre todos los negocios y transacciones de la vida. No nos detendremos á analizar esta legislación: haremos sólo unas ligeras observaciones. Los hijos habidos de concubinas y esclavas son mirados en el Corán como legítimos para la sucesión en igualdad á los de las mujeres libres y legítimas: sólo son declarados bastardos los hijos de mujeres públicas y de padre desconocido. El adulterio se castiga de muerte, pero ha de ser probado con cuatro testigos de vista. El testimonio de dos mujeres equivale al de un hombre. En las sucesiones los hijos reciben doble parte que las hijas. Impónese al delito de robo la amputación de la mano que le ha cometido. Se castiga de muerte el homicidio voluntario, pero se admite la composición pagando un tanto de indemnización á la familia del difunto. El Corán prescribe la pena del talión para los homicidios y las injurias personales. «¡Oh verdaderos creyentes! La ley del talión ha sido ordenada para el homicidio: el libre morirá por el libre, el esclavo por el esclavo, y la mujer por la mujer.» Obsérvase que la legislación civil del Corán es más completa que la criminal. La insuficiencia de ésta daba lugar á las modificaciones y decisiones de los tribunales, y dejó mucho á la prudencia y discreción de los jueces ó cadíes, entre los cuales había uno superior que se nombraba el cadí de los cadíes, alta dignidad, ante la cual los mismos califas estaban obligados á comparecer.

Pero las disposiciones y preceptos que más resaltan en el código sagrado de los musulmanes son las relativas á la guerra. No en vano se llama también al Corán *el libro de la Espada*. En todas sus partes se descubre la intención de Mahoma de inflamar el espíritu belicoso de los árabes, de halagar sus pasiones aventureras y sanguinarias, haciendo del pue-

blo una especie de milicia sagrada dispuesta siempre á conquistar en nombre de la religión: «Combatid á los infieles hasta que no tengáis que temer y esté consolidado el culto.» Como predicación de guerra y de conquista, observa oportunamente un ilustrado escritor, jamás una trompeta más belicosa ha sonado para llamar al combate. Esta conversión del principio religioso en enseña militar es la que imprime una fisonomía nueva y original al sistema del legislador de la Arabia, y á cuya influencia debieron las armas sarracenas sus rápidos triunfos, el mahometismo su asombrosa propagación. En muchos pasajes del Corán se declara la guerra á los infieles como el servicio más agradable á los ojos de Dios, los que mueren peleando por la fe son verdaderos mártires, y se les abren inmediatamente las puertas del paraíso. «La espada es la llave del cielo y del infierno; y una sola gota de sangre derramada en defensa de la fe ó del territorio musulmán es más acepta á Dios que el ayuno de dos meses. ¡Oh creyentes! no digáis jamás de los que mueren en la pelea por la religión de Dios, que han muerto: ellos viven; pero vosotros no entendéis esto.... ¡Oh Profeta! Dios es tu apoyo, y los verdaderos creyentes que te siguen.... Alentad los fieles á la guerra; si veinte de vosotros perseveran constantes, destruirán á doscientos; si ciento, ellos derrotarán á mil infieles. El soldado musulmán cuando va á la guerra no debe pensar ni en su padre, ni en su madre, ni en su esposa, ni en sus hijos; debe apartar todos estos recuerdos de su corazón, y pensar sólo en la guerra; porque si su espíritu desfallece, no sólo pecará contra la ley, sino que la sangre de todo el pueblo caerá sobre él, porque su cobardía será la causa de que se derrame la sangre del pueblo.» Cuando se llamaba á la guerra santa, todo buen musulmán en estado de llevar armas estaba obligado á acudir sin excusa ni pretexto.

El Corán determina cómo se ha de distribuir el botín que se coge al enemigo. «Sabed que siempre que ganéis algún despojo, la quinta parte pertenece á Dios y al Apóstol, y á sus parientes, y á los huérfanos, y á los pobres y á los peregrinos.» Estas palabras han sido de diversas maneras interpretadas. Abu Hanifa cree que la porción destinada á Mahoma y á sus parientes debió cesar desde la muerte del Profeta, y aplicarse á los peregrinos, huérfanos y pobres. Al-Shaafei opina que la porción llamada de Dios debe destinarse al tesoro y servir para hacer mezquitas, fortalezas y otras obras públicas. Cada intérprete del Corán lo entiende á su modo.— Cuando los musulmanes declaraban la guerra á los *infieles*, les daban á elegir entre estas tres cosas: ó abrazar el mahometismo, en cuyo caso cesaba la guerra: ó pagar un tributo, quedando entonces en libertad de seguir profesando su religión: ó decidir la contienda con la espada, en cuyo último caso los vencidos eran condenados á muerte, y sus hijos y mujeres hechos cautivos, si el príncipe no disponía de ellos de otro modo. Esto nos da la clave para juzgar la conducta de los árabes en España.

Hemos dado una ligera idea del Corán en su parte dogmática, política, civil y militar. Este libro ha sido ya juzgado por los filósofos y los historiadores. Reproduzcamos algunos de los juicios á que se conforma más el nuestro. «El Corán, dice uno de ellos, es la obra de un presuntuoso,

que cree resolver de lleno las más elevadas cuestiones sin ocuparse de las dificultades, y que de este modo constituye un teísmo insípido y superficial... Es estéril é incompleta la doctrina de su libro, y bien examinada no pasa de una compilación sacada de los evangelios apócrifos, preferidos en aquella parte de la Arabia á los auténticos, y de la Cábala más bien que del Pentateuco. No queda por consiguiente más que su mérito poético.» «Para libro bajado del cielo, dice otro, es una obra bastante imperfecta; para código redactado por mano de un hombre, su esfera de acción es demasiado limitada. Producto de un cerebro acalorado por los fuegos del desierto, á los hijos del desierto se dirige la ley de Mahoma, divinizando sus sensuales apetitos y sus inflamables cóleras. Quitad el desierto que le ha inspirado y el Corán no se comprende.»

Añadiremos, por último, que si el legislador de la Meca se hubiera propuesto solamente componer un libro para hacer un pueblo guerrero, conquistador, enérgico y valiente, hubiera sin duda acertado, porque al fanatismo que supo inspirar debió sus rápidas conquistas y la obstinada y tenaz resistencia que los conquistadores de España opusieron al valor y á la perseverancia de los cristianos. Mas como código religioso y social, llevaba en sí el principio de su muerte. Un fatalismo mortal pesaba sobre las acciones de los musulmanes. El despotismo no podía ser más absoluto. Sin jerarquías en el orden religioso como en el orden civil, todo está sujeto á la voluntad omnipotente de un hombre solo, á la vez monarca, pontífice, juez supremo y general de los ejércitos. Era un crimen variar la legislación, porque la legislación era dogma. Estaba prescrito el estacionamiento eterno. Todos los demás pueblos marchan con los tiempos, adquieren nuevas ideas, modifican con arreglo á ellas sus instituciones. El pueblo musulmán permanece inmóvil: su religión le prohíbe moverse: tiene que envejecer, tiene que morir como era en su infancia. Esta era la religión que traían nuestros conquistadores. Reeuérdese la débil pintura que del cristianismo hicimos en la primera parte de nuestra obra: cotéjese con el islamismo que acabamos de bosquejar, y júzguese si sufren comparación, si la Providencia podía permitir que de la religión pura del Crucificado en Jerusalén triunfara la moral lasciva del voluptuoso apóstol de la Arabia (1).

II. La conducta de los conquistadores de España había sido en lo general conforme á las máximas y preceptos del Corán. La política se lo hubiera aconsejado, aun cuando el deber no se lo hubiera impuesto: que era el pueblo español demasiado respetable, y ellos no muchos en número al principio para que les conviniese exasperarle. Pero política, ó deber religioso, ó todo junto, es lo cierto que á los cristianos que se les sometieron, que fueron los más, dejáronles el libre ejercicio de su religión y de sus ritos, y permitiéronles gobernarse por leyes y juces propios, y conservar sus tierras y haciendas si bien afectas á un tributo, al tenor de las

(1) Las leyes y disposiciones que hemos citado las hemos tomado del mismo Corán. Trad. de Sale.—Id. de Du Ryer.—Gagnier, *Vida de Mahoma*, trad. de Abulfeda. No hemos visto algunas rectificaciones que Hammer hace á Sale y á Sacy en sus Noticias sobre la religión musulmana.



capitulaciones de Córdoba, de Toledo y demás ciudades sometidas. Así los sentidos lamentos, los quejidos elegíacos que con el nombre de *Llanto de España* copiamos en otro lugar de la Crónica del Rey Sabio (1), eran más bien la expresión del justo dolor de ver una patria subyugada y una falsa religión enseñoreándose en ella, que la pintura exacta de la situación y de los hechos: porque ni todos los templos fueron destruídos, ni todos los obispos y sacerdotes degollados, ni perecieron todos los fieles, ni todas las ciudades fueron arrasadas: antes quedaron ciudades y templos, subsistieron fieles y sacerdotes, y monjes y prelados, si bien en una dependencia lastimosa y humillante.

¿Cuál fué la suerte que corrieron estos cristianos mozárabes que vivían mezclados con los hijos de Ismael? A pesar de lo que ordenaba el libro del Profeta, la condición de estos desgraciados estaba sujeta á la voluntad más ó menos despótica y á los sentimientos más ó menos generosos ó crueles de cada emir, y también á los caprichos ó á los arranques de intolerante celo del pueblo musulmán. Abdelaziz que los había considerado, bien por efecto de su condición blanda y apacible, ó por agradar y complacer á su esposa Egilona la cristiana, infundió sospechas y dió celos á los ardientes ismaelitas, y le costó morir asesinado por los suyos. Ayub, que recorrió muchas provincias, arreglando la administración, hizo justicia por igual, dicen las historias, á musulmanes y cristianos. El-Horr, cuyo carácter duro y guerrero contrastaba tanto con el de Ayub, si bien exigió rigurosamente á los mozárabes los tributos á que estaban sujetos, no se mostró menos implacable con los mismos musulimes. Ambiza distribuyó tierras entre los árabes sin perjudicar á los cristianos. Yahía, que reunía el esfuerzo y pericia militar á un carácter severo y justiciero, favoreció á los cristianos contra las violencias de los musulmanes, pero excitó el descontento de éstos y fué causa de su deposición. Alhaitan, de genio duro, vengativo y cruel, irritado por las turbulencias de los alcaides, hizo pesar sobre los mahometanos un yugo de hierro, con el pretexto, verdadero ó falso, de proteger á los cristianos contra sus vejaciones. Mohamed ben Abdallah hizo entregar á los mozárabes los templos que les pertenecían con arreglo á los pactos, mandando al propio tiempo arrasar los que las autoridades musulmicas habían permitido construir de nuevo, merced á las gruesas sumas que para otorgar su permiso arrancaban á los cristianos.

Pero las propias medidas y castigos que los emires más humanitarios y tolerantes se veían forzados á tomar é imponer contra las arbitrariedades y demasías, ó de otros emires, ó de los alcaides y walíes, relativamente á los pobres cristianos, ya en el ejercicio de su culto, ya en la posesión de sus bienes, ya en las exacciones de los tributos, prueban cuán angustiosa era la situación de los infelices mozárabes, pendientes de la voluntad de un emir despótico, ó del fanatismo, de la codicia y de la rapacidad de un walí ó de un alcaide subalterno.

Notablemente mejoró su condición cuando la España musulmana se emancipó del califato de Damasco. El primer Omíada, Abderramán, no

(1) Parte primera, lib. IV, cap. VIII al final.

sólo se mostró tolerante, sino que llevó su respeto y su justicia hasta crear en Córdoba un magistrado con el cargo y título de protector de los cristianos. Institución benéfica en demasía tal vez, puesto que tanto halago y contemporización pudo ser causa de que se entibiara en algunos el fervor religioso, y de que otros llegaran á apostatar, como lo hacen creer los matrimonios que ya comenzaban á celebrarse entre cristianos y musulmanes, la guardia de tres mil mozárabes que creó para sí Alhakem I, y las sentidas quejas que emitieron luego los celosos escritores católicos Alvaro, Eulogio y Samsón. A favor, pues, de esta tolerancia interesada y política, había obispos que representaban sus iglesias en Córdoba, en Málaga, en Baeza, en Guadix, en Elvira, en Écija, en Martos, y en otras poblaciones, principalmente de la España Meridional y Oriental: los sacerdotes se presentaban en público con el traje de su profesión; con su barba rapada y su ropa talar; los monjes vivían tranquilos en sus claustros; las vírgenes consagradas á Dios eran respetadas en sus modestos asilos, con arreglo al mandamiento del Profeta: «Respetad á los monjes y solitarios.» En la misma corte del imperio, en Córdoba, había tres iglesias y tres monasterios: en la vecina sierra y á las márgenes del Guadalquivir se contaban hasta ocho monasterios y varias iglesias: y el pueblo á toque de campana concurría á los templos y asistía á los divinos oficios sin que nadie se atreviera á inquietarle (1).

¿Subsistirá este estado, no lisonjero, pero en alguna manera tolerable para el pueblo cristiano? Pronto soplará el vendaval de la persecución que vendrá á turbar su efímero y mal seguro reposo. Pronto sobrevendrá una era de martirios, y sangre preciosa de fervorosos cristianos enrojecerá las calles y los campos de Córdoba. Pronto vendrán, pero no anticipemos siquiera estos infaustos tiempos.

Digno es de notarse cuán diferente comportamiento observaban los sarracenos en su lucha con los cristianos españoles y en sus guerras domésticas, intestinas y civiles. Al lado de las capitulaciones benignas con aquéllos, estremece la ferocidad aterradora que desplegaban con sus propios correligionarios. Como si fuesen los sencillos partes de una victoria, eran enviadas al emir las cabezas cortadas de los walíes rebeldes; y hacíanlas servir después, ó para trasmitirlas al califa cuidadosamente alcanforadas en cajas lujosas como un delicioso presente, ó para festonar con ellas las murallas de las ciudades. El primer Omniada, aquel noble y generoso Abderramán, que creaba una magistratura protectora de los cristianos, que erigía y dotaba escuelas y enseñaba á sus hijos á disputar en las academias literarias los premios del saber, que desahogaba su corazón en tiernas baladas y confiaba la ternura de sus sentimientos á las palmeras de sus jardines, tenía la cruel complacencia de hacer cortar la cabeza, pies y manos al cadáver de Alí Ben Mogheitz y de enviar á Cairwán sus mutilados miembros para exponerlos clavados en un madero en la plaza pública con un rótulo ignominioso. Apenas se concibe que el bondadoso, el humanitario Hixem, el que abrazaba llorando al hermano que

(1) Isid. Pacens.—Eulogio, Samsón, Alvaro Cordobés.—Don Rodrigo, Morales, Flórez.

acababa de disputarle el trono, el que daba á su hijo consejos y preceptos que honrarían al mejor de los príncipes, recibiera como deleitosa ofrenda las cabezas de los vencidos caudillos que le remitía el walí Otmán. Que aquellos mismos hombres que no podían resistir á las tiernas caricias de una esclava, y á los halagos de una *Redhya* ó de una *Zahira*, fueran los que ordenaban y presenciaban impasibles el acuchillamiento de un pueblo, los que degollaban en una sola noche á cuatrocientos nobles convidados á un banquete y saboreaban al día siguiente el bárbaro placer de enseñar al pueblo sus cabezas destilando sangre, los que guarneceban las márgenes del Guadalquivir con una hilera de trescientos jeques empalados.

Si como españoles y como cristianos consultáramos sólo el interés de nuestra patria y de nuestra religión, parece que debiéramos celebrar estos terribles holocaustos, puesto que sacrificadores y víctimas todos eran musulmanes, y todo redundaba en descrédito de sus creencias y en enflaquecimiento de su poder. Pero hay en el hombre un sentimiento que no puede ahogar el interés de la patria, y que le hace mirar con lástima y horror tan trágicas escenas. Este sentimiento es el de la humanidad. Que á lo menos nos sirva la memoria de tales sacrificios para compadecer á aquellos pueblos que como el mahometano están sujetos á los caprichos de un solo hombre, que reasumiendo en sí todos los poderes y todas las soberanías, dispone á su antojo de las vidas de sus súbditos, sin que haya tribunal en lo humano que le impida reposar tranquilo sobre los mutilados troncos de sus víctimas: que tal era la índole y la organización del gobierno establecido por Mahoma.

¿Cómo se explica esta mezcla de ferocidad y de ternura, de generosidad y de fiereza de nuestros dominadores? El árabe, impetuoso y ardiente como su corcel, violento en sus pasiones y en sus arranques, es generoso, galante y agradecido, pero vehemente en sus odios, ciego en sus iras é implacable en sus venganzas. La venganza es para él un artículo de religión, se trasmite como una herencia y se hace inextinguible. Además de ser por lo común en todas partes y en todos tiempos las guerras civiles más crueles y sangrientas que las que se sostienen contra pueblos extraños, éranlo mucho más entre los musulmanes de España, en que los odios y rivalidades de tribu, de raza y de familia comenzaron á mostrarse profundos y rencorosos desde Muza y Tarik, para proseguir sañosos entre árabes y africanos, entre Abassidas y Omeyas, entre Fehríes y Moawiahs, como después habían de continuar entre Almoravides y Almohades, para perpetuarse por siglos hasta su mutua y común destrucción. Pudo contribuir á tan ruda ferocidad la necesidad en que se veían de reprimir con el escarmiento y el terror la tendencia de los walíes y gobernadores y de los caudillos de las tribus á la insubordinación, á la rebeldía y á la independencia, acompañadas las más veces de la traición y de la perfidia. Es lo cierto que hasta el fanatismo religioso desaparecía ante el odio de razas, y que Yussuf, Ibnalarabi, Balhul y demás caudillos rebeldes, no escrupulizaban de invocar la ayuda de los príncipes cristianos, ni de acaudillar bandas y capitanear huestes de enemigos de su fe, á trueque de vengarse de sus propios emires, y éstos por su parte tampoco dificultaban de hacer treguas

y pactos con los monarcas católicos, reservando toda su ardiente ojeriza, toda la fogosidad de sus odiosos ímpetus para los díscolos musulimes, y unos y otros trataban con más saña á los enemigos de su estirpe ó de su tribu que á los enemigos de Mahoma y del Corán. Esta había de ser una de las causas más poderosas de su perdición. ¡Ojalá los cristianos hubieran sabido explotar más en su provecho estos elementos de disolución y de ruina!

III. Como del gobierno, de las leyes y de las costumbres de los conquistadores siempre se trasmite algo á los pueblos conquistados, cuando es larga y detenida su mansión en ellos, natural consecuencia de las relaciones sociales que entre los dos pueblos, por antipáticos que sean, se engendran siempre, y que vienen á reflejar y aun á formar parte de su fisonomía, de sus hábitos, de su vocabulario, y hasta de sus instituciones, no nos es posible desentendernos de hacer algunas observaciones sobre la índole y forma del gobierno y administración de los árabes en España.

Mientras la España musulímica estuvo sujeta á los califas de Damasco y á los walíes supremos de África, su gobierno no podía ser sino un reflejo del de Oriente, y participar de su misma organización y estructura. La necesidad obligó, no obstante, á los árabes españoles en más de una ocasión á apartarse de las formas legales y á proveerse á sí mismos de emir ó jefe que los gobernara, sin orden del califa, y aun sin su consejo. Así aconteció con los nombramientos de Ayub y de Yussuf el Fehri, hechos en una asamblea de jeques, ó sea de los principales y más ancianos personajes de cada tribu; y á una asamblea de este género se debió la elección de Abderramán ben Moawiah, y la revolución que produjo el establecimiento del imperio musulmico español independiente del de Damasco, con trono, gobierno y dinastía propia. Que así en los extremos casos proveen todos los pueblos á su conservación, y los más avezados al despotismo practican, como impulsados por una inspiración secreta é instintiva, el ejercicio de una soberanía que teóricamente no conocen.

Desde entonces comenzaron á introducirse en el imperio y corte de Córdoba empleos y cargos que no se habían conocido en el Oriente. El *mexuar*, ó consejo de Estado, establecido por Abderramán y al que consultaba en los casos arduos y negocios graves, ejerció atribuciones supremas durante las discordias civiles, y siendo como el plantel de donde se sacaban los altos funcionarios del Estado, había de irse convirtiendo en una especie de institución aristocrática. Elegíase de entre sus miembros el *hagib* ó primer ministro, al modo del *gran visir* de Oriente, cuyas facultades se extendían á todos los ramos de la administración. Seguían los *catibes* ó secretarios. Un magistrado, que los romanos habrían nombrado censor, entendía en los delitos contra las costumbres públicas, y estaba investido de atribuciones terribles, y facultado hasta para imponer por sí la pena de muerte, dado que rara vez la decretaran é impusieran. Encomendada estaba la administración de justicia á los *cadíes*, á quienes presidía el *cadí de los cadíes* ó juez supremo, que residía en la capital; éste era el que fallaba las causas en apelación, y su autoridad era tan respetada, que el mismo califa ó emir tenía que comparecer ante él cuando era citado. Tenían bajo de sí los *cadíes* un funcionario subalterno llamado

*alwacil* ó alguacil, encargado de prender los delincuentes y de ejecutar las sentencias criminales.

Tan sencilla como era la administración de justicia, lo era también la económica. Además de la capitación impuesta á los cristianos, cuya cuota solía variar según las circunstancias y según la condición y carácter de arbitrarios gobernadores, había dos clases de rentas del Estado, el *azaque* y los derechos de aduana. El *azaque* consistía en la décima de los frutos de la agricultura, ganadería, minería y comercio. Destinábanse estas rentas al mantenimiento del califa y de sus funcionarios, á los gastos de guerra, á la construcción y reparación de obras públicas, á la dotación de escuelas y maestros, y al rescate de cautivos y alivio y socorro de los musulimes desvalidos ó pobres. Los productos de aduanas se cree consistían también en la décima de las mercancías importadas y exportadas. Percibíanse por un administrador, almojarife, nombre y empleo que se conservó durante algunos siglos entre los cristianos, como se conservó en la corona de Aragón y otros puntos el de almotacén, ó fiel medidor, que entendía en todo lo relativo á pesos y medidas, calidad de los comestibles y policía urbana. Aplicábanse al fisco los bienes de los que morían sin herederos. Siendo tan sencillo el plan de los impuestos, no podía menos de ser igualmente sencilla y fácil la administración. El valor de las rentas subió al paso que se fué fomentando la agricultura y el comercio, y desde Abderramán I hasta Abderramán III hubo un aumento desde trescientos mil dinares hasta cinco millones cuatrocientos ocho mil. Conócese la importancia que los árabes daban á la estadística, pues desde los primeros gobernadores ó walíes, desde Alzama hasta que se declaró el reino independiente, hicieron ya varios censos y empadronamientos generales de España para la más conveniente distribución de los impuestos. El recaudador general residía en la corte, y tenía sus subalternos en las provincias.

Éstos fueron cinco, según la división hecha por Yussuf el Fehri, á saber: Andalucía, Toledo, Mérida, Zaragoza y Narbona. Al frente de cada una de ellas había un *walí* ó gobernador. Abderramán hizo una nueva división territorial, quedando repartida en seis provincias, á saber: Toledo, Mérida, Zaragoza, Valencia, Granada y Murcia. Narbona había dejado de pertenecer á los árabes, y Córdoba era la capital del reino. Había además otros doce *vazires* ó gobernadores subalternos en doce de las más principales ciudades después de las referidas. En las demás ciudades y fortalezas tenían establecidos *alcaldes*, nombre que se ha conservado también en España aplicado á diferentes empleos. Creáronse los walíes ó comandantes de frontera para aquellas comarcas que estaban más expuestas á las invasiones ó acometidas de los cristianos.

Es digno de reparo que el sistema de sucesión al trono entre los árabes fuese tan semejante al que regía entonces la sociedad cristiana. Mixto de electivo y hereditario, el califa designaba de entre sus hijos el que prefería para que le sucediese en el imperio, y atendiendo más, ó á las cualidades personales del hijo, ó al cariño y predilección del padre que al orden de progeneritura, á veces le asociaba á sí y compartía con él la gobernación del Estado, á veces sólo cuando se sentía próximo á la muerte manifestaba su voluntad de que fuese reconocido *alhadi* ó futuro sucesor del reino.

Convocaba para esto á los altos funcionarios del Estado, cadíes, walfes y vazires, y á los principales jeques de las tribus, y ante aquella asamblea de los más ilustres personajes musulimes nombraba al que tenía designado por futuro emir y pedía su reconocimiento. Otorgábasele ordinariamente sin réplica ni oposición los próceres musulmanes, y todos por su orden iban besando la mano al príncipe electo en señal de obediencia y fidelidad. A la muerte del califa se aclamaba solemnemente al príncipe jurado, se rezaba por él la *chothba* ú oración pública en todas las *aljamas* ó mezquitas del imperio, y esta ceremonia se repetía al fallecimiento de cada emir. Apenas esta libertad de preferencia de los padres dejó de producir en cada sucesión quejas, pretensiones, rebeliones y guerras de parte de los hijos ó deudos que se creían injustamente postergados.

IV. Hemos indicado las principales leyes de la guerra prescritas en el Corán. Vistoso espectáculo debería ser el de un campamento árabe en España. Al fin de cada jornada y al acercarse la noche hacía alto la hueste, y desplegaba sus tiendas y pabellones que con los bagajes llevaban siempre consigo al uso de Oriente, conducidos en ligeros carros y acémilas, y en camellos, especie introducida por los árabes en nuestra Península, como antes los cartagineses habían importado los elefantes de África, que tanto estupor causaron al pronto á los españoles y tanta parte tuvieron en el éxito de algunas batallas. Largas hileras de estacas servían para tener sujetos los caballos y mulos: los camellos acurrucados en grupos entreteníanse en rumiar: los guerreros se sentaban en derredor de las hogueras: las diversas formas y colores de los gorros y turbantes que distinguían á los berberiscos de los persas, á éstos de los sirios, de los egipcios y de los árabes de todas razas, completaban la variada visualidad de aquel cuadro nocturno, que conservaron nuestros invasores por mucho tiempo en toda su originalidad y pureza, aunque los modificaron después sin perder nunca el tinte oriental, los trajes, colores y formas que diferenciaban á cada tribu, raza ó nación. Allí, al fulgor de las hogueras, se contaban en su animada, pintoresca y expresiva lengua, sus antiguas hazañas ó sus azares del día, y exornándolos con la poesía natural á sus fecundas imaginaciones, y ávidos de aventuras y de cuentos, pasábanse hasta que el cansancio los rindiera, los unos relatando su historia, los otros escuchándola sin pestañear. Por la mañana plegábanse las tiendas, cargábanse los carros y los camellos, enfrenábanse los corceles, y se emprendía otra jornada. Los restos humeantes de las hogueras indicaban dónde había acampado el ejército musulmán.

Hábiles para la sorpresa, y propensos á la guerra de montaña, más semejantes en esto á los españoles que á los demás pueblos que les habían precedido en la conquista, fuesen cartagineses, romanos ó godos, mil veces desde las fragosas y enmarañadas sierras de Ronda y de la Alpujarra, ó desde las asperezas del Pirineo, fatigaron los rebeldes sarracenos á los emires de Córdoba, ó tenían en jaque continuo á los cristianos con sus correrías y súbitas invasiones á que daban el nombre de *algaras*, y á que se prestaba así la ligereza de sus caballos como la agilidad y destreza de los jinetes. Pero topáronse en España con gente que no les cedía en inclinación, inteligencia y práctica de este linaje de guerra. Y por otra parte

la preferencia que los árabes daban á la caballería fué en las batallas campales una de las desventajas que tuvieron para luchar con la infantería española, y una de las causas más frecuentes de sus derrotas y descalabros.

Su marina militar, tan escasa en los primeros tiempos de la conquista que Yussuf el Fehri hubo de suprimir por innecesario el cargo de almirante ó emir del mar, recibió desde el primer Abderramán tal desarrollo y fomento, que sus fuerzas navales no sólo bastaban para poner la Península al abrigo de las continuas irrupciones de los moros de África y de los francos de Aquitania, sino que derramándose sus naves por el Mediterráneo, las islas y las costas de España, de la Galia, y de Italia, no podían verse libres de las continuas agresiones de las flotas musulmanas, y los insulares de Córcega, de Cerdeña y de las Baleares se veían incesantemente acosados por atrevidos corsarios sarracenos, que desde los puertos de España salían á devastar sus poblaciones marítimas y las obligaban á buscar un asilo en el corazón de las montañas.

Pero artistas y poetas los árabes, al propio tiempo que guerreros y piratas, los hemos visto batallar y fundar escuelas, degollar en las lides y disputar en los certámenes literarios, manejar el alfanje y pulsar la lira, incendiar ciudades enemigas y erigir aljamas suntuosas, piratear en los mares y cultivar jardines, saquear poblaciones cristianas y construir palacios, acueductos y baños, adornar con cráneos humanos los lienzos de las murallas y cantar baladas amorosas en los artesonados salones de sus alcázares.

Expresiva y animada la lengua de los árabes, casi todos sus nombres personales significan alguna cualidad moral ó física. Los de las mujeres por lo común son tomados ó de las virtudes ó de bellos objetos del arte ó de la naturaleza, como *Redhiya*, dulce ó agradable; *Nocima*, graciosa; *Kinza*, tesoro; *Maliba*, bella; *Sobeiha*, aurora; *Zahira*, florida; *Noziha*, deliciosa, *Ommalisam*, la de los lindos collares; *Amina*, fiel; *Zaida*, dichosa; *Lobna*, blanca como la leche. De la misma manera los hombres gustaban de tomar un sobrenombre significativo, como *Al-Sherif*, el ilustre; *Al-Admed*, el deseado; *Saddilz-Allah*, el testigo de Dios; *Al-Radhi*, el benigno; *Al-Mudhaffar*, el vencedor; *Al-Mostayn-billah*, el que implora el auxilio de Dios; *Abder-el-Rahman*, servidor del misericordioso; *Obeid-Allah*, humilde servidor de Dios, etc.

No usaban los árabes el nombre de familia; distingúanse sólo, como en otra parte hemos indicado ya, por el de su padre, que añadían al suyo con la palabra *ben* ó *ebn*, de que hicieron muchas veces *aven* los europeos. Al nombre del padre solían agregar los de muchos de sus abuelos. «Entre nosotros, decía Numan en uno de sus diálogos, no encontrarías á nadie que no pudiese nombrar sus padres hasta la vigésima generación, sin omitir un grado.» A estos nombres añadían el de la tribu. Así tenían los nombres de los árabes aquella longitud tan propia para fatigar la memoria. El emir Yussuf, de quien tantas veces llevamos hecha mención, se nombraba *Yussuf ben Abderramán ben Habib ben Abi Obeida ben Okba ben Nafte el Fehri*. El *Fehri* era el patronímico de la tribu de *Fehr*, como el *Gafequi*, el *Yemeni*, los de las tribus de *Gafek* ó del *Yemen*, y así de los demás.

Otras cualidades y costumbres de los árabes tendremos ocasión de ir observando en el curso de esta historia. Prosigamos ahora nuestra interrumpida narración.

## CAPÍTULO XI

ABDERRAMÁN II Y MOHAMMED I EN CÓRDOBA: RAMIRO I Y ORDOÑO I EN OVIEDO

De 822 á 866

Excelentes prendas de Abderramán II.—Rebelión y sumisión extraña de su tío Abdallah.—Condado de Barcelona: Bera: Bernhard.—Segunda derrota del ejército franco en Roncesvalles.—Curioso episodio de la vida de Abderramán.—Célebres insurrecciones de Mérida y Toledo.—Revueltas en la Marca de Gothia.—Carlos el Calvo.—Ramiro I de Asturias, *el de la vara de la justicia*.—Supuesta batalla de Clavijo atribuída á este príncipe.—Guerras en la Marca de Gothia.—Terrible persecución de los cristianos en Córdoba.—Martirios. Causas que movieron esta persecución.—Muerte de Abderramán II.—Continúa la persecución con su hijo Mohammed. San Eulogio: Alvaro: el abad Samsón.—Concilios en Córdoba. Apostasías.—Reinado de Ordoño I en Asturias.—Verdadera batalla de Clavijo.—Muza el renegado.—Rebelión famosa del bandido Hafsún.—Muerte de Ordoño I.

«Treinta y un años, tres meses y seis días, dice con su acostumbrada minuciosidad la crónica arábiga, cumplía el hijo de Alhakem el día mismo que fué enterrado su padre, é investido él de unos poderes que de hecho había ejercido ya en el imperio. Era, añade, Abderramán II hermoso de rostro, alto de cuerpo, esbelto de talla, color trigueño y bien dispuesta barba, que se teñía con alheña. Apellidábase ya *Almudhafar* ó vencedor feliz, por el valor con que había vencido y domado los rebeldes de las fronteras y los enemigos que habitaban los montes y sierras, gente rústica y feroz. Era, prosigue, tan intrépido y duro en la guerra como humano y benigno en la paz: llamábasele el padre de los desvalidos y de los pobres: tenía además excelente ingenio y admirable erudición, y hacía elegantes versos. Gustábale la ostentación y la magnificencia, y aumentó su guardia con mil africanos, gente brillante y lucida.» Falta hacía á los árabes un príncipe de tan esclarecidas prendas para consolarse de las locuras de Alhakem (822).

Mas parecía ser estrella de la familia Omniada que ninguno había de subir al trono sin tener que luchar con algún pretendiente de la misma familia. Por tercera vez se presentó en campaña aspirando á hacer valer sus pretensiones aquel Abdallah á quien dejamos en África, dos veces vencido por Alhakem, «y en quien la nieve de las canas, dice la crónica, no había apagado el fuego de su corazón.» Confiaba ahora en la ayuda de sus tres hijos, Cassim, Esfah y Obeidallah. Pero los hijos, ó menos ambiciosos ó menos confiados en sus fuerzas que el padre, lejos de prestarle ayuda y fomentar sus ilusiones, acudieron á persuadirle que se sometiera al legítimo emir, cuando éste, después de algunos combates, le tenía cercado en Valencia. La manera como se decidió Abdallah á hacer su sumisión retrata al vivo lo que era un verdadero creyente, un musulmán fanático de aquellos tiempos.



Tenfa preparada una salida con toda su gente. Era un jueves, víspera del día festivo de los musulmanes. «Compañeros, les dijo, mañana, si Dios quiere (1), haremos nuestra oración de jhuma, y con la bendición de Allah partiremos el sábado, y peharemos si fuese su divina voluntad.» El viernes, congregadas sus tropas delante de la mezquita de Bad Tadmír ó puerta de Murcia, dirigióles otra vez breve arenga, y alzando después los ojos y las manos al cielo: «¡Dios mío! exclamó, si tengo razón y es justa mi demanda, si mi derecho es mejor que el del nieto de mi padre, ayúdame y dame la victoria; mas si su derecho es más fundado que el de su tío, bendícele, Señor, y no permitas las desgracias y horrores de la guerra y discordia que hay entre nosotros: apoya su poder y estado y ayúdale.» —«Así sea,» contestaron á una voz el ejército y mucha parte del pueblo que se hallaba presente. En aquel momento, añade la crónica, sopló un viento frío y helado, extraño en aquel clima y estación, que ocasionó á Abdallah un accidente repentino y le dejó sin habla, de modo que fué necesario concluir la oración sin él. A los pocos días desató Dios su lengua, y dijo Abdallah: «Dios ha declarado su voluntad, y no permita el Señor que yo intente cosa alguna contra ella.»

Al día siguiente un venerable anciano musulmán se apeaba á la entrada de la tienda de Abderramán: un joven llevaba asida la brida y otro sostenía el estribo de su lujoso palafren. Eran Abdallah y sus hijos, que iban á hacer su sumisión al emir instituído por Dios para gobierno del pueblo musulmán. Abderramán los recibió con los brazos abiertos, y generoso como su abuelo Hixem, concedió á Abdallah el gobierno y señorío de Tadmír, donde murió dos años después.

Desembarazado Abderramán de esta guerra, iba á licenciar sus tropas, cuando recibió noticia de una irrupción que los condes de la Marca de España habían hecho en tierras musulmanas de este lado del Segre. Retuvo, pues, las licencias á sus soldados, y marchó precipitadamente sobre la Gothia llevando de vanguardia al caudillo Abdelkerim. Cerca de veinte años hacía (desde 801) que gobernaba la ciudad y condado de Barcelona el godo Bera, cuando fué acusado de traición por otro godo llamado Sunila ante el emperador franco Luis, el cual le hizo comparecer en Aquisgrán. Negó Bera los cargos de infidelidad que se le hacían, y apeló á un juicio de Dios, pidiendo que, pues el acusado y el acusador ambos eran godos, se tuviese el duelo al uso de su nación, es decir, á caballo, al revés de los francos que en casos tales combatían á pie. Verificóse el combate, y vencido Bera, fué con arreglo á la ley de aquel tiempo declarado culpable y condenado á muerte; pero Luis conmutó esta pena en la de destierro á

(1) La fórmula *si Dios quiere*, que usa todavía en España comunmente el pueblo, estaba expresamente prescrita para los mahometanos en el Corán. Dícese que tuvo el siguiente origen. Habiendo rogado algunos cristianos á Mahoma que les contase la historia de los siete durmientes, les respondió: «Mañana os la contaré,» olvidándose de añadir: «Si así lo quiere Dios.» Reprendieronle el olvido, y de sus resultas dicen que le fué revelado por Dios este verso que se añadió al Corán: «Nunca digas: mañana yo haré tal cosa, sin añadir: *si Dios quiere*.» Los turcos siguen observando escrupulosamente esta máxima, y jamás ofrecen hacer cosa alguna, sin añadir: «Si Dios quiere.» *En seha Allah.*

Ruan. Con tal motivo, el emperador nombró conde de Barcelona en reemplazo de Bera á Bernhard, hijo del conde Guillermo de Tolosa, que era el que gobernaba ya á Barcelona cuando se aproximó Abderramán. Cuentan las historias árabigas que aquella importante ciudad cayó esta vez en poder del emir, así como Urgel y otras poblaciones de la Marca, obligando á los cristianos á refugiarse á las fortalezas de los riscos y á las angosturas de los montes, después de lo cual, dejando á los francos llenos de pavor, regresó á Córdoba. Dúdase, no obstante, que llegaran los árabes á posesionarse esta vez de Barcelona. Las crónicas cristianas no lo confirman, y la poca certeza que puede adquirirse de acontecimientos tan importantes como este prueba lo mucho que dejan que desear las crónicas de aquellos tiempos.

En la primavera del año siguiente vióse llegar á Córdoba unos personajes griegos, llevando consigo muchos y hermosos caballos con preciosos y elegantes jaeces, cuales nunca en España se habían visto. Eran enviados del emperador bizantino Miguel el Tartamudo, que venían á ofrecer á Abderramán aquel obsequio á nombre de su señor, y á solicitar su alianza contra el enemigo común de las dinastías de Bizancio y de Córdoba, Almamún, califa de Bagdad. Abderramán los hospedó en su alcázar, y después de haberlos agasajado, los despidió «con muy buena respuesta,» enviando en su compañía á Yahía ben Hakem, el Gazalí, marino de gran mérito, también con caballos andaluces y espadas toledanas para el emperador.

Otra embajada, menos espléndida, pero no menos interesante, recibió poco después Abderramán. Los vasco-navarros que miraban, como hemos dicho, con más antipatía á sus vecinos de raza germana, aunque cristianos, que á los mismos musulmanes, amenazados de otra invasión franca por los puertos de Roncesvalles y Roncal, iban á demandar auxilio á los árabes contra los enemigos traspirenaicos. De buena voluntad admitió Abderramán la petición, como admitía la alianza de aquellos montañeses. El temor de éstos no era infundado. Al fin del año 823, los condes Eblo y Aznar, lugartenientes del rey de Aquitania, habían tenido orden de franquear los Pirineos en dirección de la Vasconia. Sin obstáculo atravesaron aquellos valles, y sin dificultad llegaron también á Pamplona. Cumplido su objeto (que el historiador no declara), los condes y su ejército emprendieron su regreso á Aquitania por el mismo camino. Aquellos valles parecía estar destinados para cementerio de guerreros francos. Reprodujose la tragedia de Carlomagno al cabo de cerca de medio siglo, y las cóncavas montañas de Roncesvalles volvieron á resonar con los alaridos de los francos moribundos. Oigamos cómo lo refieren unos y otros autores.

«Los nuestros (dice el Astrónomo, en la *Vida de Ludovico Pío*) experimentaron de nuevo la perfidia acostumbrada del lugar, la astucia y el fraude innato de sus habitantes. Circuidos de todos lados por los naturales del país, las tropas fueron deshechas, y los mismos condes cayeron en manos de los enemigos.» «Los wálles de la frontera (dicen las historias árabes) tuvieron este año sangrientas batallas con los cristianos de los montes de Afranc, y los vencieron con cruel matanza en los angostos valles de los montes de Albortah..... y cautivaron sus caudillos, que vinie-

ron con muchos despojos á Córdoba.» «A su retirada (dicen las historias de Navarra) acometieron los navarros á los franceses según su costumbre, y derrotaron todo el ejército, quedando la mayor parte con bagajes y banderas en el campo de batalla. Los condes fueron hechos prisioneros. Aznar, que era vascón, y tenía parientes y amigos entre los navarros, recobró la libertad, bajo juramento de no hacer la guerra contra Navarra; pero Eblo fué enviado con título de regalo á Abderramán rey de Córdoba, cuya amistad y alianza necesitaban y solicitaban los navarros contra los franceses.»

Sufrieron, pues, los franco-aquitánicos otra segunda derrota en Roncesvalles, que si acaso menos sangrienta que la primera, sirviéles de tan dura lección y escarmiento que no volvieron más á visitar aquellos funestos lugares. Del cotejo de las historias de las tres naciones infiérese que alguna parte del triunfo debió tocar á los sarracenos como auxiliares, si bien la gloria principal fué de los vascones, y así lo confiesa el mismo Astrónomo biógrafo, que ciertamente en esto no podrá ser tachado de parcial (824).

Como un agradable alivio á la fatigosa narración de tantas guerras se presenta aquí un corto episodio del reinado del segundo Abderramán, que aprovechamos con gusto, porque al propio tiempo que nos informa de las ocupaciones pacíficas de los príncipes musulmanes, nos proporciona ir conociendo por los hechos el carácter galante y caballeresco de nuestros dominadores de Oriente. Oigamos á uno de sus historiadores. «En este tiempo, dice, mandó Abderramán construir hermosas mezquitas en Córdoba, y en ellas puso fuentes de mármol y de varios jaspes, y trajo á la ciudad aguas dulces de los montes con encañados de plomo, y abrevaderos y grandes pilas para las caballerías. Edificó alcázares en las ciudades principales de España, reparó los caminos y construyó las ruzafas á orillas del río de Córdoba: dotó las *madrisas* ó escuelas de muchas ciudades, y mantenía en la madrisa de la aljama de Córdoba trescientos niños huérfanos. Las horas que robaba á los negocios graves del Estado, se entretenía con los sabios y buenos ingenios que había en su corte, que eran muchos, y entre ellos estimaba y distinguía al célebre Abdalá Abén Xamri y Yahía ben Hakem, el Gazalí, y como este sabio había estado entre los cristianos de Afranc, y en Grecia en sus embajadas, gustaba mucho de conversar con él y de informarse de las costumbres de los reyes infieles, y de los pueblos y ciudades que había visto. Había hecho hagib al walí de Sidonia Abén Gamri, y con este sabio caudillo solía jugar al *sahtrang* ó ajedrez, que era uno de los más diestros jugadores que en aquel tiempo se celebraban, y competía con él Abderramán á este juego con grandes apuestas de joyas muy preciosas. Era en extremo liberal y dadivoso, y gastaba mucho con sus esclavas, pagando sus gracias y sus más cortos obsequios con joyas inestimables.

»Cuentan Ibrahim el Catib y otros, que un día regaló á una niña esclava suya, muy linda y agraciada, un collar de oro, perlas y piedras preciosas, de valor de mil dinares, y como algunos vazires de su confianza que estaban presentes encareciesen tan sobresaliente dádiva, diciendo que aquel collar era joya de las que ennoblecían el tesoro real y podían servir

en un apuro ó vicisitud de fortuna, Abderramán les dijo: «Me parece que os deslumbra el brillo del collar y la estimación imaginaria que dan los hombres á la rareza de estas pedrezuelas y á la figura y lindeza de sus perlas: ¿pero qué tienen que ver con la hermosura y gracia de la humana perla que Dios ha criado? Su resplandor encanta los ojos de quien la mira, arrebatada y desmaya los corazones: las más bellas perlas, los jacintos y esmeraldas más preciosas que ofrece la naturaleza en su especie, no deleitan así los ojos ni los oídos, no tocan el corazón ni recrean el ánimo; y así me parece que Dios ha puesto en mis manos estas cosas para que yo les dé su propio destino, y sirvan de adorno y gargantilla á esta graciosa muchacha.»

Refiriendo después el rey á su poeta Abdalá ben Xamri la contienda que sobre el collar había tenido con los vazires, uno y otro dedicaron á la linda esclava versos igualmente conceptuosos. «Gualiah, dijo el rey al poeta (continúa el historiador), que tus versos son más ingeniosos que los míos,» y mandó darle una *bidra* ó bolsa de diez mil adharemes que repartió entre sus amigos presentes.

¿Pero de dónde sacaba Abderramán para tantas larguezas, para tantos dispendios y tan locas prodigalidades? De donde comunmente lo sacan los príncipes, del pueblo. El que mucho daba, mucho tenía que pedir. Los impuestos se habían aumentado, el *azaque* ó diezmo, limitado al principio á los frutos de la tierra y de los ganados, se había extendido á infinitos otros artículos. El pueblo murmuraba: cristianos, musulmanes y judíos, á todos desazonaba igualmente que á su costa estuviera el emir ganando fama de espléndido y dadivoso: el descontento era general, y en Mérida principalmente, ciudad populosa y considerable, se notaban muchas disposiciones á la revolución. No se ocultaba este estado de los ánimos al emperador Luis el Benigno, y calculando en su política la utilidad que podría sacar de esta situación de los ánimos, y poco escrupuloso en los medios, arrojó una tea incendiaria en el corazón de la España árabe, escribiendo á los meridianos y excitándolos á revolucionarse contra su emir (1).

(1) Hé aquí las frases más notables de este extraño documento imperial:

«En el nombre del Señor Dios y de nuestro Salvador Jesucristo: Luis, por ordenación de la divina Providencia emperador augusto, á todos los primados, y á todo el pueblo de Mérida, salud en el Señor.—Hemos sido informados de vuestra tribulación y de las vejaciones que sufrís de parte de vuestro rey Abderramán, cuya avaricia os trae oprimidos. Lo mismo hacía su padre Abolaz (Alhakem), el cual os sobrecargaba de impuestos que no debíais pagar, convirtiendo así á los amigos en enemigos, á los servidores leales en rebeldes..... Pero sabemos que vosotros, como hombres de corazón, habéis rechazado siempre con vigor las injusticias de vuestros inicuos reyes, y resistido valerosamente á su codicia y avidez. Por tanto nos complacemos en dirigiros esta carta para consolaros y exhortaros á perseverar en defender vuestra libertad contra los ataques de vuestro tirano monarca, y á resistir con fortaleza, como hasta aquí habéis sabido hacerlo, á su dureza y crueldad. Y como este mismo rey es tan adversario y enemigo nuestro como vuestro, os proponemos combatir de concierto contra él. Nuestra intención es en el próximo estío, con la ayuda de Dios Todopoderoso, enviar un ejército á nuestra Marca, y tenerle allí á vuestra disposición. Si Abderramán y sus tropas hacen la tentativa de marchar contra vosotros, nuestro ejército lo impedirá

Pero mientras Luis suscitaba enemigos interiores á Abderramán, éste por su parte ganaba también auxiliares y aliados entre los súbditos del emperador, y una revolución estallaba en la Marca Española. Un godo llamado Aizón, fugado del palacio del emperador, se puso en la Marca de Gothia á la cabeza de un partido numeroso que debería tener ya preparado, y se hizo pronto dueño de Ausona (Vich), destruyó á Rosas, y para robustecer más su partido despachó á un hermano suyo á Córdoba á solicitar socorros de Abderramán, el cual le facilitó de buen grado un ejército, cuyo mando confió á Obeidallah, el hermano de Esfah y de Cassim. Con esta noticia Vil-Mund, hijo de Bera, el antiguo gobernador de Barcelona desterrado á Ruan, no quiso desaprovechar la coyuntura de vengarse de los enemigos de su padre, y se incorporó á los sublevados de Aizón (826).

Todo esto fué noticiado á Luis en ocasión de hallarse en la dieta de Seltz, del otro lado del Rhin, sin que al pronto tomara otra medida que pedir parecer á su consejo. Pero mientras el consejo daba su dictamen, los rebeldes y los árabes reunidos avanzaban por lá Cerdaña, encerraban al conde Bernhard en las plazas fuertes de Barcelona y Gerona, y talaban y destrufan campiñas y fortalezas, y engrosaban sus filas con los montañeses descontentos de los francos. Al fin un respetable ejército imperial se dirigió á la Marca al mando del joven hijo del emperador, Pepino rey de Aquitania, y de los condes Hugo y Matfried. Pero este grande ejército no halló ocasión de medir sus armas con las huestes del rebelde Aizón y del árabe Abu Meruán, que reunidas recorrieron los campos de Barcelona y Gerona, y sin que nadie las hostilizara se volvieron á pequeñas marchas á Zaragoza. Afrentosa fué esta campaña para los leudes francos, á quienes la asamblea celebrada el año siguiente en Aquisgrán castigó con la privación de sus empleos. «Pequeña pena, añade el historiador francés, para el crimen de no haber peleado en unas circunstancias en que parecía prescribirlo las leyes militares de todos los países y todos los tiempos.»

Hablábase entretanto de una grande expedición que Abderramán preparaba contra la Aquitania, y en otra segunda asamblea de Aquisgrán se decidió que marchase un fuerte ejército á los Pirineos bajo la conducta de los hijos del emperador, Lotario y Pepino. Ya los dos príncipes se hallaban en Lyon dispuestos á emprender su marcha, y las tropas de Abderramán iban á salir para la frontera de Afranc, cuando un impensado incidente vino á llamar la atención hacia otra parte y á dar otro giro á los negocios (1).

---

atrayéndolos á sí, y nada podrán contra vosotros sus fuerzas. Os aseguramos además, que si queréis separaros de Abderramán y veniros á nosotros, os volveremos vuestra antigua libertad íntegra y plena y os mantendremos libres de todo tributo. Vosotros mismos elegiréis la ley bajo la cual queráis vivir, y nosotros no os trataremos sino como amigos y asociados, honrosamente confederados para la defensa de nuestro imperio. Os deseamos salud en nuestro Señor.» Eginhard, *in Vit. Ludov.*—El español Ferreras, en su Sinopsis histórica de España, tom. IV, pág. 170, habla de esta carta como dirigida á los de Zaragoza, no á los de Mérida, y en aquella ciudad supone equivocadamente el alboroto de que hablaremos después.

(1) Eginhard, *Vit. Ludov.*—Astron., Annón.—Annal. Fuld.—Conde, part. II, capítulo xxxix.

Las imprudentes prodigalidades de Abderramán tenían, como dijimos, irritado al pueblo musulmán: los tributos eran excesivos, el rigor de los recaudadores del diezmo acabó de encender el ya preparado combustible, y la revolución que amenazaba en Mérida había estallado. Figuraba á su cabeza Mohammed Abdelgebir, antiguo vazir de Alhakem, destituido por Abderramán. El pueblo amotinado acometió las casas de los vazires, las saqueó, y degolló algunos de ellos: el walí pudo salvarse huyendo de la ciudad. Mohammed y otros jefes de la sedición repartieron armas, vestuarios y dinero á la plebe, sin distinción de creencias, y se prepararon á sostener su tumultuario gobierno. Esto fué lo que detuvo la salida de Abderramán á las fronteras de Aquitania. Con la mayor presteza dispuso que pasasen las tropas de Algarbe y de Toledo, mandadas por el walí Abdelruf, á sofocar la rebelión. Mérida no estaba para ser tomada fácilmente. Más de cuarenta mil hombres armados recorrían sus calles. A falta de provisiones para tanta gente, pagábanlo las casas de los mercaderes y los ricos, de cuyos almacenes se apoderaban como de legítimo botín: achaque ordinario en las revueltas populares. En tan crítica situación los buenos musulimes, dice la crónica, los hombres juiciosos y acomodados, entablaron inteligencias con Abdelruf, y conviniéronse en entregarle la ciudad. Así sucedió. Dada una noche por los de dentro la señal convenida, abriéronse las puertas y entraron sin dificultad las tropas. Grande fué la sorpresa de los sublevados: todos corrían inciertos; muchos dejaban las armas aturdidos; la caballería del emir recorría las calles persiguiendo la chusma: como unos setecientos del pueblo fueron acuchillados; los caudillos de la rebelión se salvaron en la confusión y entre el tropel de los fugitivos; muchos huyeron á los campos y Mohammed se refugió á Galicia. Sosegó Abdelruf los ánimos de los vecinos pacíficos, avisó al emir del allanamiento de la ciudad, y á los pocos días un indulto general de Abderramán acabó de disipar el temor del castigo que á muchos inquietaba (828).

No bien sosegado el alboroto de Mérida, otro no menos importante y grave estalló en Toledo. Movióle Hixem el Atiki, rico joven de la ciudad, por sólo el deseo de vengarse del vazir Abén Mafot ben Ibrahim. Había Hixem derramado mucho dinero entre la gente pobre, y ganado los berberiscos de la guardia del alcázar. Con esto penetraron en él los tumultuosos, apoderáronse de los ministros, arrastráronlos por las calles, «y toda la ciudad (dice un escritor árabe, gran reprobador de estas revueltas) se alegró de ver arrastrados por la plebe los ministros de su opresión.» Fortuna del walí fué hallarse en aquella sazón en el campo: avisado de la insurrección se retiró á Calat-Rahba (Calatrava) y comunicó la novedad al emir. Inmediatamente salió su hijo Omeya con parte de la caballería de su guardia y orden de reunirse al walí para castigar á los rebeldes de Toledo. Pero Hixem con gran actividad repartió armas, distribuyó banderas, y viéndose al frente de una muchedumbre resuelta y armada, se atrevió á salir con la gente más osada y escogida á buscar las huestes del emir. Algunos ventajosos encuentros con las tropas de Omeya y de Abén Mafot, dieron gran confianza y orgullo al joven Hixem. Fué ya preciso que Abdelruf pasara desde Mérida con todas las fuerzas disponibles.

Aun así trascurrieron tres años sin que los tres generales de Abderra-

mán lograran ventaja de consideración sobre los rebeldes de Toledo: hasta que en 832 pudo Omeya hacerlos caer en una celada, orillas del Alberche, causándoles gran matanza y obligando á los que quedaron con vida á refugiarse en la ciudad. Todavía al abrigo de sus fortificaciones hallaron recursos para persistir en la rebelión y no se rindió todavía Toledo.

En tal estado reprodujose otra vez la revolución de Mérida. Ausente Abdelruf y poco guarnecida la ciudad, introdujose en ella el mismo Mohammed, jefe del anterior motín, con todos los bandidos y malhechores que había estado capitaneando en tierras de Alisbona (Lisboa). Saqueó de nuevo los almacenes, armó y vistió la gente menuda, y se repitieron los excesos pasados. Esta vez acudió el mismo Abderramán con toda la caballería de su guardia. Hecho alarde de sus huestes en Ain Coboxi (la fuente de los carneros), contáronse cuarenta mil hombres y ciento veinte banderas. Circuida Mérida de antiguos muros romanos, había sido flanqueada de torres después de la conquista. Hizo Abderramán minar algunas de ellas: anchas brechas le facilitaban poder entrar en la plaza; pero queriendo evitar la efusión de sangre y dar á conocer sus humanitarias disposiciones á los meridianos, hizo arrojar dentro de la ciudad flechas con papeles escritos, en que ofrecía general perdón á los que se entregasen, exceptuando sólo á los jefes de la sublevación, que señalaba con sus nombres. Algunos de estos billetes fueron á parar á manos de los exceptuados. Pero era imposible ya toda defensa, y Mohammed y sus cómplices huyeron, entregándose la ciudad á merced y discreción del emir.

Magnánima y generosamente se condujo Abderramán. Disculpándosele los principales meridianos de no haber podido prender á los caudillos rebeldes, cuentan que les dijo: «Doy gracias á Dios de que en este día de complacencia me haya librado del disgusto de hacerlos degollar: tal vez Dios abrirá los ojos de sus entendimientos y volverán de su locura; y si no lo hacen, Dios me dará poder para estorbar que perturben la tranquilidad de mis pueblos.» Dignos y nobles sentimientos, que representan á Abderramán II como heredero de las virtudes de su abuelo, y como el reverso de la barbarie y crueldad de su padre. En los pocos días que permaneció en Mérida hizo reparar las fortificaciones destruidas, empleando en estas obras á los pobres de la ciudad.

Continuaba entretanto el sitio de Toledo. Al fin, después de seis años de una resistencia porfiada, estrechados y reducidos á lo alto de la ciudad, y acosados del hambre, tuvieron que rendirse. Hixem cayó herido en manos de Abdelruf, que le hizo cortar instantáneamente la cabeza, y colgarla de un garfio sobre la puerta de Bah-Sagra (1). El generoso Abderra-

(1) «Ahora se llama Bisagra, dice Conde, depravada la voz arábica *Bah*, puerta, y la latina *Sagra*, que fué su nombre antiguo.» Hay dos puertas en Toledo con el nombre de *Visagra*, la una antigua, tapiada ya, y la otra nueva, que es la principal de la ciudad, así por su construcción, como por ser la que da salida al camino de Madrid. Algunos quieren derivar el nombre de *Visagra* del *Via sacra* de los romanos, pero construída la puerta nueva por los árabes no es de creer que éstos adoptaran un nombre latino. Acaso ellos la nombraran *Bah-Sahra*, Puerta del Campo, y los cristianos corromperían después la pronunciación.

mán mandó publicar luego un indulto general para todos los ciudadanos. Nombró á Abén Mafot vazir de su consejo de Estado, y á Abdelruf walí de la ciudad. Dedicóse éste á reparar los maltratados muros, estableció una buena policía en la ciudad, y separó los cuarteles por medio de puertas para mayor seguridad de los vecinos (838). Así terminaron las dos famosas rebeliones de Mérida y de Tolcdo (1).

Pudo ya Abderramán atender á la Marca Gótica, cuya situación no podía ser más propicia para el progreso de las armas agarenas. Intrigas y discordias domésticas traían agitado el imperio franco-germano, y Bernhard, el conde de Barcelona, mezclado en ellas de lleno, había corrido diferentes vicisitudes. Sus intimidades con la segunda mujer del emperador Luis, llamada Judith, fueron causa de que el pueblo atribuyera á ellas el nacimiento de un hijo (en 823), el que después había de ser emperador y rey bajo el nombre de Carlos el Calvo. Á pesar de estos rumores, constituido Luis en padrino y protector decidido de Bernhard, le llamó en 829 á su palacio, y le nombró su camarero, conservándole el gobierno de Gothia que comprendía la Septimania y condado de Barcelona. Mal recibido el conde por los otros hijos del emperador, huyó en 830 del palacio imperial por sustraerse á su encono. Quedóle por único asilo la ciudad de Barcelona. Nuevas acusaciones le obligaron á comparecer en 832 ante la corte del imperio, y aunque se juramentó en descargo, fué destituido del condado de Barcelona, que se confirió á Berenguer, hijo del conde Hunrico. Mas habiendo muerto éste en 836, Bernhard, quien había recobrado gran ascendiente y favor en la corte de Luis, fué segunda vez nombrado conde de Barcelona y de la Septimania, con más amplios poderes que antes.

Hallábanse así las cosas en 838, cuando el diestro Abderramán, desembarazado de revueltas intestinas y alentado con las que trabajaban los dominios francos, ordenó al walí de Zaragoza que allegando las banderas de la España Oriental corriese las tierras de la Marca. Enfermo y casi moribundo el emperador Luis, disputándose sus hijos la herencia del imperio como una presa, bullendo en la misma Gothia las facciones y los partidos, pudieron Obeidalah, Abdelkerim y Muza hacer por espacio de dos años devastadoras incursiones por aquellas tierras con grande espanto de los cristianos de la Gothia. No se limitaron á esto las atrevidas hostilidades de los sarracenos. Vióse salir de Tarragona una expedición marítima, que unida á otras naves sarracenas de Yebisar y Mayoricas (Ibiza y Mallorca), se dirigió á las costas de la Provenza, y llegó á saquear la comarca y arrabales de Marsella, retirándose con no escasas riquezas y gran número de cautivos.

Al paso que el imperio de Carlomagno se debilitaba, crecía en importancia el hispano-sarraceno. Otra vez vinieron á Córdoba legados de Cons-

(1) Conde, del cap. xli al xliV, part. II.—Aquel Mohammed Abdelgebir, cabeza y jefe de los dos motines de Mérida, es el mismo de quien dijimos en el cap. xi haberse acogido á la benignidad de Alfonso de Asturias, el Casto, el mismo á quien este monarca dió tierras cerca de Lugo, el que después le correspondió con tanta ingratitud y perfidia. Los mericanos no vieron resultado alguno de la famosa carta del emperador franco: los auxilios, ni los dió, ni estaba muy en disposición de darlos.



tantinopla enviados por el emperador Teófilo, á solicitar los auxilios de Abderramán contra el califa abassida de Oriente Almoatesim. Recibiólos el emir honoríficamente y los despidió con regalos, ofreciendo al emperador que le ayudaría tan pronto como las guerras que entonces le ocupaban se lo permitiesen. Falleció en esto en Alemania el emperador Luis el Benigno (840), y á su muerte sufrió el imperio franco-germano una nueva recomposición, que había de envolverle en mayores turbulencias, y había de influir grandemente en los sucesos futuros de España (1). Por el contrario el pequeño reino de Asturias habíase ido afirmando y engrandeciendo bajo la robusta mano del segundo Alfonso, cuyos postreros hechos dejamos en otro lugar referidos.

Muerto sin sucesión en 842 Alfonso el Casto, el sobrio, el pío, el immaculado, como le nombra el cronista de Salamanca, los grandes prelados del reino, de acuerdo en esto con los deseos del último monarca, nombraron para sucederle á Ramiro, hijo de Bermudo el Diácono. Mas como se hallase á la sazón en Bardulia (Castilla), donde había ido á tomar por esposa la hija de un noble castellano, aprovechóse en su ausencia un conde palatino llamado Nepociano, pariente de Alfonso, para hacerse achamar rey de Oviedo por sus parciales. Informado de ello Ramiro, encaminóse derechamente á Galicia, donde sin duda contaba con más partidarios que en Asturias, y reuniendo en Lugo una numerosa hueste partió resueltamente en busca de su rival, á quien miraba como un usurpador. Encontráronse los dos competidores cerca del río Narcea. Batido Nepociano y abandonado de los suyos huyó hacia Pravia y Cornellana, pero alcanzado por dos condes de la parcialidad de Ramiro, fué entregado á éste, el cual le hizo sacar los ojos y le condenó á reclusión perpetua en un monasterio. Así subió al trono de Asturias el hijo de Bermudo el Diácono (2).

Conócese que el pequeño reino Asturiano comenzaba también á ser codiciado y combatido de pretendientes como el imperio árabe. Otros dos nobles, Aldroito, conde del palacio como Nepociano, y Piniolo, uno de los próceres de Asturias, conspiraron más adelante uno tras otro contra el monarca legítimo. Ambos fueron desgraciados en sus tentativas, y Aldroito

(1) Algún tiempo antes de morir había hecho Luis el Benigno dos partes iguales de sus Estados, dejando á su hijo mayor Lotario la parte que quisiera elegir para sí. Lotario tomó la primera, que comprendía la Francia Oriental, el reino de Italia, algunos condados de Borgoña, el reino de Austrasia y la Germania, á excepción de la Baviera, que dejaba á Luis su tercer hijo. La segunda abarcaba el reino de Neustria, la Aquitania, siete condados de Borgoña, la Provenza y la Septimania con sus Marcas. Este extenso reino fué dado por la voluntad expresa del emperador á Carlos el Calvo, el mismo que hemos dicho pasaba en el concepto público por hijo adulterino de la emperatriz Judith y del conde Bernhard, pero tiernamente amado, no obstante esto, por Luis. El Languedoc y una parte de Cataluña subsistían bajo el dominio del joven Carlos. Los hijos de Pepino, rey de Aquitania, quedaban excluidos de la sucesión de los Estados de su padre en esta nueva partición del grande imperio de Carloingno, lo cual fué adelante un manantial de turbulencias y discordias en la Galia meridional y países contiguos.

(2) Sólo el monje de Albelda da lugar á Nepociano en el catálogo de los reyes de Asturias. Nadie le ha seguido, como tampoco á Pellicer y Mondéjar, en las genealogías que tejen de los dos Bermudos que suponen.

sufrió la horrible pena de ceguera, prescrita en las resucitadas leyes godas, y Piniolo fué condenado á muerte con sus siete hijos; ¡severidad terrible la del nuevo monarca! Bien que Ramiro era inexorable y duro en el castigo de toda clase de delitos. A los ladrones hacía también sacar los ojos, con lo que purgó de salteadores sus Estados, y á los agoreros y magos los hacía quemar vivos; ¡espantosa crudeza la de aquellos tiempos! Este rigor hizo que los cronistas de aquella edad le llamaran *el de la vara de la justicia*.

Una tentativa de invasión de gente extraña, desconocida hasta entonces en nuestra Península, vino á poner á prueba la actividad y el valor bélico de Ramiro. Los normandos (*North-menn*, hombres del Norte), esos piratas emprendedores y audaces, especie de retaguardia de los bárbaros del Septentrión, que desde el fondo del Jutland y del mar Báltico, desde Dinamarca y Noruega habían salido á fines del siglo VIII, como á reclamar para sí una parte de los despojos del mundo, lanzándose atrevidamente á los mares en frágiles barcos sin más equipaje que sus armas, para arrojar-se sobre las costas occidentales de Europa, saquearlas y volver á engolfarse cargados de botín en las olas del Océano; esos aventureros impertéritos, ejército regimentado de piratas á las órdenes de un jefe, que caían de improviso sobre las poblaciones de las costas, ó se remontaban con asombrosa rapidez por las embocaduras de los ríos, para devastar tierras, degollar habitantes, hacer cautivos, y derramar sangre humana sin perdonar sexo ni edad: esos terribles facciosos de los mares que tan funestamente se habían hecho conocer en Inglaterra y en la Galia, aparecen por primera vez en la costa de Asturias con gran número de naves en el principio del reinado de Ramiro. Hacen su primera tentativa de desembarco en Gijón (843): pero ante las fortificaciones de la ciudad, y ante la actitud enérgica de los asturianos, desisten de la empresa, pasan adelante y van á desembarcar en el puerto Brigantino (Coruña).

Ramiro no se ha descuidado; un ejército cristiano cae intrépidamente sobre aquellos salteadores; muchos murieron; varias de sus naves fueron incendiadas, y viéronse forzados á abandonar aquellas costas fatales, y á tentar mejor fortuna en las de Lusitania y Andalucía. Allá van escarmentados por Ramiro el cristiano, á inquietar las poblaciones musulmanas, remontando el Guadalquivir hasta Sevilla, á continuar su obra de saqueo y de pillaje, á pelear con las huestes de Abderramán, hasta que son obligados á retroceder por los Algarbes, donde repiten los mismos estragos, y por último acometidos por los guerreros de Mérida, de Santarén y de Coimbra reunidos, desaparecen de aquellos mares (844). Honra fué del monarca de Asturias haber sabido guardar sus pequeños dominios de aquellos terribles invasores que habían logrado fijar su destructora planta en grandes y poderosos Estados (1).

Con la misma intrepidez peleó Ramiro con los árabes, vencéndolos en dos batallas (2): sin que otra cosa añadan las antiguas crónicas. Por lo mis-

(1) Salmantic. Chron.—Id. Silens.—Conde, cap. XLIV.—Ann. Berlin.—Des Roches, *Hist. de Dinam.*

(2) *Adversus sarracenos bis praeliavit et victor extitit.* Seb. Salm. Chron.

mo, y por no apoyarse en fundamento alguno racional histórico, ha rechazado ya la sana crítica la famosa victoria de Clavijo que historiadores posteriores atribuyeron á este príncipe, y que ha constituido por siglos enteros una de las más generalizadas y populares tradiciones españolas (1).

(1). He aquí en sustancia lo que cuenta de esta batalla el arzobispo don Rodrigo, verdadero autor de la leyenda. Indignado el rey Ramiro de que Abderramán de Córdoba le hubiera reclamado el tributo de las cien doncellas, á que suponen hallarse sujeto Mauregato, convocó en León á los prelados y abades, á los párrocos y barones ilustres del reino, y con su consejo declaró la guerra á Abderramán. Marchó el ejército cristiano contra los moros, dirigiéndose á la Rioja. Hallándose hacia Albelda, junto Logroño, se vieron acometidos los cristianos por un ejército numerosísimo de moros, no sólo de España sino de Marruecos y de otros países de África. La batalla fué desgraciadísima para los nuestros, los cuales se retiraron á llorar su infortunio al vecino cerro de Clavijo. A pesar de la derrota y la tristeza el rey se durmió, y entonces se le apareció en sueños el apóstol Santiago, el cual le habló amistosamente y le alentó á que volviera al día siguiente á la pelea, seguro de que quedaría vencedor, pues él mismo combatiría á la cabeza del ejército cristiano. Atónito el rey, comunicó esta aparición al amanecer á los grandes y prelados, y al ejército mismo, y todos, locos de alegría, no ansiaban ya sino el momento de entrar en combate bajo la dirección de tan ilustre capitán. Recibieron antes los Santos Sacramentos; llegó la hora de la lid, y exclamando: ¡Santiago! ¡Santiago! *Cierra España* (costumbre que quedó desde entonces al entrar en las batallas), comenzó la pelea, y con el socorro visible del Apóstol, que se apareció en los aires caballero en un blanco corcel y vestido él mismo de blanco, con espada en mano, fué tal el estrago que hicieron en los infieles, que quedaron en el campo más de sesenta mil moros, sin contar los que acuchillaron persiguiéndolos hasta Calahorra.

Mariana, que acogió sin examen ni crítica todo lo que halló en don Rodrigo, añadió por su cuenta no pocas circunstancias á la batalla, entre las cuales no podían faltar las arengas de costumbre.

Ni el monje de Albelda, ni el de Silos, ni Sebastián de Salamanca, ni ninguno de los antiguos cronistas dicen una sola palabra de un suceso que, á ser cierto, no le hubieran omitido en verdad. El primero que le mencionó fué el citado arzobispo que escribió cuatro siglos después.

Sobre esto se fundó, ó acaso fué él mismo el fundamento de la fábula, el célebre privilegio ó diploma de don Ramiro, llamado del *Voto de Santiago*, por el que se supone haber hecho la nación española voto general y perpetuo de pagar anualmente á la iglesia de Santiago cierta medida de los primeros y mejores frutos de la tierra, y de aplicar al Santo Apóstol una parte de todo el botín que se cogiese en todas las expediciones contra los moros, contándole como el primer soldado de caballería del ejército cristiano, cuya percepción continuó realizándose hasta tiempos muy recientes. La falsedad de este pretendido documento ha sido también evidenciada por muchos sabios y críticos españoles de los tres últimos siglos entre los cuales podemos citar al maestro José Pérez, *Disertationes ecclesiasticae*, tit. *Diploma celeberrimum de Voto*; al canónigo de Lugo don Joaquín Antonio del Camino, en su *Disertación* impresa en el tomo IV de las memorias de la Real Academia de la Historia; al duque de Arcos, en su *Memorial* á Carlos III; don Lázaro González de Acebedo en otro *Memorial* al duque del Infantado; Ortiz, *Discurso Histórico legal sobre el pretendido diploma del Voto de Santiago*; y pueden verse también, Flórez, *España Sagrada*, tom. XIX, Ferreras, *Sinopsis*, t. IV. Masdeu, *Historia Crítica*, tom. XII, Sabau en las notas á Mariana, libro VII, cap. XIII, y las razones que se expusieron en las Cortes de Cádiz de 1812, en que se abolió el tributo conocido con el nombre de *Voto de Santiago*: Diario de las Sesiones: Toreno, *Revolución de España*, lib. XXI.

Las razones que principalmente demuestran lo apócrifo del diploma, son: el len-

No menos piadoso y devoto Ramiro que sus predecesores, erigió cerca de Oviedo varios templos, que aun subsisten hoy, notables, ya no sólo por su admirable solidez, sino también por cierta regular proporción y belleza de arquitectura, que todavía merece los elogios de los distinguidos artistas que visitan aquellos célebres lugares, y que justifican las alabanzas que se leen en el cronista Salmantino. Es notable entre aquéllos el que con la advocación de Santa María edificó á la falda del monte llamado Naranco, á menos de media legua de Oviedo. Sin otros hechos importantes que las crónicas hayan consignado, terminó el honroso reinado del primer Ramiro en 850. Sus restos mortales fueron sepultados en el panteón de los reyes erigido por Alfonso el Casto, y su muerte no alteró la especie de armisticio tácito que había entonces entre los sarracenos y los cristianos de Galicia.

No era por el Norte, sino por el Oriente de España, por donde ardía entonces vivamente la guerra. Los hijos de Pepino, resentidos de la exclusión á que se los había condenado en la partición del imperio, se conjuraron en la Septimania contra Carlos el Calvo, y ayudábalos secretamente Bernhard, el conde de Barcelona, con la mira ulterior de hacerse independiente. Pronto y caramente pagó su deslealtad al que pasaba por su hijo. Carlos el Calvo, en una asamblea de Tolosa á que le mandó comparecer, le hizo condenar á la pena de muerte, que dicen ejecutó por su propia mano, y añaden que, poniendo el pie sobre su cadáver: «¡ Maldito seas, exclamó, que has mancillado el lecho de mi padre y tu señor!» Cuyas palabras prueban que Carlos no desconocía su origen y que cometía á sabiendas un parricidio (1). Acto continuo nombró conde de Barcelona al godo Aledrán, pariente de Berenguer. Propúsose Guillermo, hijo de Bernhard, vengar la muerte de su padre, atacó á Aledrán, se declaró en favor del hijo de Pepino contra Carlos el Calvo, é invocó el auxilio de Abderramán de Córdoba. Al propio tiempo levantábanse los vascones con su conde Aznar contra el rey Pepino de Aquitania: de forma que, de una y otra vertiente de los Pi-

---

guaje en que está escrito, impropio de un rey cristiano; suponerse la corte del reino en León, donde aun no residían los monarcas; la firma de un arzobispo, cuyo título no se conocía todavía en España; mencionarse un arzobispo de Cantabria que no se conoció nunca, y estar fechado el año 834, ocho antes que comenzara á reinar Ramiro, lo cual obligó á Mariana á decir con una naturalidad recomendable: «Puédese sospechar que en el copiar del privilegio *es quedó un diez en el tintero*: el original, añade, no parece.»

Sin embargo, no podemos tolerar la severidad con que suelen tratarnos los críticos extranjeros porque en nuestra historia se hayan mezclado invenciones como la de la batalla de Clavijo, como si no fuese común achaque de las historias de todos los países. Y para que se vea la injusticia con que en esto proceden, el mismo historiador Pedro de Marca, arzobispo de París, que de tan absurda califica esta aparición del apóstol Santiago en Clavijo, refiere como cosa muy cierta que en una batalla que dieron los franceses á los normandos en 980, se apareció delante del ejército el mártir San Severo, en traje de capitán, montado también sobre un caballo blanco, matando y arrojando á los enemigos, en memoria de cuyo milagro el duque de Gascuña, Guillermo Sánchez, fundó el monasterio de San Severo en la ciudad del mismo nombre, por voto que de ello hizo. Así los mismos que tan acremente nos censuran por nuestras tradiciones populares, las imitan ó las copian acaso más absurdas.

(1) Annal. Fuld.—*Hist. gener. de Languedoc*, tomo I.

ríneos, hormigueaban las facciones en términos que no es extraño que San Eulogio de Córdoba dijera en una de sus cartas que no había podido pasar á Francia por las bandas armadas que infestaban aquellos países. Cruzábanse las conspiraciones y se hacían y se deshacían con admirable facilidad las alianzas más extrañas. Los árabes, coligados con Guillermo en 846, hacían paces con Carlos el Calvo en 847, pero Guillermo, peleando solo y por su cuenta, se apoderó en 848 de Barcelona y de Ampurias y al año siguiente logró hacer prisionero á Aledrán. Poco le duró el contento. En 850 fué á su vez vencido por los partidarios de Aledrán, que repusieron á éste en el condado de Barcelona.

Las vicisitudes se sucedían rápidamente. En este mismo año vuelven á romperse las paces entre Carlos el Calvo y Abderramán II, y dos ejércitos musulmanes pasan el Ebro. El uno de ellos pone sitio á Barcelona, y declarándose los judíos por los islamitas, les abren las puertas de la ciudad, mientras una flota sarracena devastaba de nuevo las costas de la Provenza. No se empeñó Abderramán en conservar á Barcelona, contentóse con dismantelarla y con perseguir á los enemigos hasta las tierras de los francos. Si no pereció Aledrán en aquella invasión, por lo menos no volvió á saberse de él, y en 852 hallamos establecido como conde de Barcelona á Udalrico.

Todo iba entonces prósperamente para los musulmanes. El emperador Teófilo de Constantinopla enviaba á Abderramán nuevos embajadores solicitando con urgencia su alianza y su ayuda. La marina musulmana recorría las costas de la Galia Meridional y de la Toscana, enseñoreaba el Mediterráneo, y llenaba de terror á la Europa entera: y otros sarracenos, no declaran bien las historias si de España ó de África, se atrevían á avanzar hasta las puertas de la capital del mundo cristiano, devastaban los arrabales de Roma, y saqueaban las iglesias de San Pedro y San Pablo, situadas extramuros sobre el camino de Ostia: gran conflicto, y sobresalto grande para la cristiandad.

Días amargos y de ruda prueba estaban pasando ya los cristianos de Córdoba. La tormenta de la persecución que anunciamos antes, descargaba ya con furia sobre aquellos fieles que hasta entonces habían logrado gozar de cierta libertad y reposo, y á la era de tolerancia había sucedido una era de martirio. ¿Qué había motivado este cambio? ¿No tenía fama de humanitario y generoso el segundo Abderramán? Teníala, y los historiadores árabes cuentan el siguiente rasgo de su corazón benéfico.

Había afligido en 846 á las provincias meridionales una sequía espantosa: faltaron las cosechas, se abrasaron las viñas y los árboles frutales; no quedó hierba verde en el campo; agotáronse los pozos y los abrevaderos; los ganados escualidos morían de inanición; las risueñas campiñas se convirtieron en soledades horribles, sin vivientes que las atravesaran; muchas familias pobres emigraron á África huyendo del hambre; la miseria hacía estragos horribles, y, para completar este cuadro desconsolador, un viento solano que sopló de Sahara envió una plaga de langosta que acabó de consumir las pocas subsistencias que quedaran. Abderramán entonces apareció como un ángel de consuelo; suspendió la guerra santa y abrió las arcas del tesoro; distribuyó limosnas á los pobres, perdonó las contri-

buciones á los ricos, empleó los jornaleros en obras públicas, hizo por primera vez empedrar la ciudad, y de esta manera continuó curando los males del pueblo, hasta que Dios, dicen sus crónicas, se apiadó de los musulmes, y el rocío del cielo bajó á refrescar los campos. Esta conducta de Abderramán hizo que los mismos que antes le murmuraban le amaran y le llenaran de bendiciones.

¿Cómo este mismo Abderramán, tan bueno en Mérida y en Córdoba, persiguió después cruelmente á los cristianos? Examinemos las causas de este sangriento episodio.

A pesar de la tolerancia del gobierno musulmán y á pesar de haber adoptado mucha parte de los mozarabes el turbante, el albornoz y el calzón ancho de los musulmes, conservábanse vehementes antipatías entre los individuos de las dos religiones, en cada una de las cuales había fanáticos que creían contaminarse con sólo tocar los unos la ropa de los otros. Entre ciertas clases del pueblo es difícil, si no imposible, que haya la suficiente prudencia para disimular estos odios y animosidades, y que no las dejen estallar en actos positivos de recíproca hostilidad; y esto era lo que acontecía, sin que bastara á evitarlo el celo y vigilancia, así de los cadíes árabes como de los condes cristianos. Los alfaquíes, ó doctores de la ley, y algunos musulmanes exagerados, cuando oían tocar la campana que llamaba á los cristianos á los divinos oficios, tapábanse los oídos, y hacían otras demostraciones semejantes, prorrumpiendo á veces en exclamaciones ofensivas, y á veces también poníanse á orar por la conversión de los que ellos llamaban infieles. Los cristianos, por su parte, cuando oían al *muezzín* desde el *minaret* ó torre de la mezquita llamar á la oración á los musulmes, hacían iguales imprecaciones y poníanse á gritar: *Salvanos, Domine, ab auditu malo, et nunc, et in æternum*. Con esto exasperábanse, unos y otros, y á la provocación y á los denuestos seguíanse las riñas, las violencias y los choques.

La ley hacía esta lucha muy desventajosa por parte de los cristianos. Aunque gozaban de la libertad del culto, las palabras del Profeta daban mil ocasiones y pretextos para que fuesen molestados y perseguidos. El cristiano que pisaba una mezquita, ó había de abrazar la fe de Mahoma, ó era mutilado de pies y manos. El que una vez llegaba á pronunciar estas palabras de su símbolo: *No hay Dios sino Dios y Mahoma es su Profeta*, aunque fuese sólo por juego ó en estado de embriaguez, ya era tenido por musulmán y no era libre de profesar otro culto. El que tenía comercio con mujer musulmana, entendíase que abrazaba su religión. El hijo de mahometana y de cristiano ó vice-versa, el *mulado* ó *muzlita* (1), era reputado por mahometano también; porque el Profeta había dicho muy astutamente que tenía que seguir aquella de las dos religiones del padre

(1) Estos *mulados* (de donde vino nuestra voz *mulato*) *muzlitas*, *mozlemitas* ó *mauludines*, eran los hijos ó nietos de musulmanes no puros, sino que habían sido cristianos renegados, ó hijos de cristiana y musulmán, ó de mahometana y cristiano. Como el número de españoles era infinitamente mayor que el de las familias árabes y se fueron haciendo matrimonios mixtos, al cabo de algunas generaciones eran ya más los *mulados* que los árabes puros: de aquí las rivalidades de familias y muchas de las guerras de que hemos dado cuenta.

ó de la madre que fuese la mejor, y la mejor era natural que fuese la suya. El cristiano que de hecho ó de palabra injuriaba á Mahoma ó á su religión, no tenía otra alternativa que el mahometismo ó la muerte.

Con esto comenzó una serie de persecuciones y de martirios, á que ayudaba por una parte el celo religioso, á las veces indiscreto y exagerado, de algunos cristianos, y por otra las ardientes excitaciones de los monjes y sacerdotes, que ó alentaban á los demás ó se presentaban ellos mismos á buscar la muerte. El monje Isaac bajó espontáneamente de su monasterio, y comenzó á predicar el cristianismo en la plaza y calles de Córdoba, y aun á provocar al cadí ó juez de los musulmanes: el cadí le hizo prender, y de orden de Abderramán le dió el martirio que buscaba. El presbítero Eulogio, varón muy versado en las letras divinas y humanas, exhortaba incesantemente con sus palabras y sus cartas á despreciar la muerte, á persistir en la fe de Cristo y á injuriar la religión de Mahoma. Así lo hizo con las vírgenes Flora y María que se hallaban en la cárcel, con cuya ocasión escribió un libro titulado: *Enseñanza para el martirio*. Multitud de sacerdotes, de vírgenes, de todas las clases y estados del pueblo fueron martirizados en este sangriento período, sufriendo todos la muerte con una heroicidad que recordaba los primeros tiempos de la Iglesia. Con la insensibilidad que ostentaban los sacrificados crecía el furor de los verdugos, y con las medidas rigurosas de los musulmanes se fogueaban más los cristianos, y se multiplicaba el número de las víctimas voluntarias.

Vióse con este motivo un fenómeno singular en la historia de los pueblos; el de un concilio de obispos católicos congregado de orden de un califa musulmán. Convencido Abderramán de que cada suplicio de un mártir no producía sino provocar la espontaneidad de los martirios, convocó en 852 un concilio nacional de obispos mozárabes en Córdoba, presidido por el metropolitano de Sevilla, Rocafredo. El objeto de esta asamblea era ver de acordar un medio de poner coto á los martirios voluntarios, y los obispos, ó por debilidad ó por convencimiento, declararon no deber ser considerados como mártires los que buscaban ó provocaban el martirio, lo cual dió ocasión al fogoso Eulogio para escribir con nuevo fervor contra esta doctrina, calificándola de debilidad deplorable. No cesó por esto ni la audacia de los fieles ni el rigor de los mahometanos: siguióse una dispersión de mozárabes, y el mismo obispo de Córdoba, Saúl, se vió preso en una cárcel por el metropolitano de Sevilla (1).

Cumplióse en esto el plazo de los días de Abderramán II. Dicen nuestras crónicas, que asomándose una tarde á las ventanas de su alcázar, y viendo algunos cuerpos de mártires colgados de maderos orilla del río, los mandó quemar, y que ejecutado esto, le acometió un accidente de que falleció aquella misma noche (setiembre de 852; último de la luna de safar de 238). Todos los pueblos lloraron su muerte como la de un padre, dicen las historias musulmanas. Había reinado treinta y un años, tres meses y seis días. Dejó muchas hijas y cuarenta y cinco hijos varones: el que le sucedió en el imperio se llamaba Mohammed.

No se templó, antes arreció más con Mohammed I, la borrasca de la

(1) Eulog. Memorial. Sanctor.—Id. Liber apologet.—Alvar. Indicul. luminos.

persecución contra los cristianos. El nuevo emir comenzó por lanzar de su palacio á los que servían en él, y por destruir sus templos. Entre los muchos mártires de esta segunda campaña, lo fué el ilustrado y fervoroso Eulogio, que acababa de ser nombrado metropolitano de Toledo. La causa ostensible fué haber ocultado en su casa á Leocricia, que siendo hija de padres mahometanos había abrazado el cristianismo, y buscado un asilo en casa de Eulogio. Ambos fueron decapitados: los cristianos rescataron los cuerpos de estos santos mártires y los depositaron en sus templos.

La imparcialidad histórica nos obliga á consignar lo mismo los lunares que las glorias de las actas del cristianismo. No todo fué pureza, virtud y perseverancia en esta época de tribulación y de prueba. Algunos cristianos tuvieron la flaqueza de apostatar, lo cual no nos admira, porque el heroísmo no puede ser una virtud común á todos los hombres, y esto es precisamente lo que constituye su mérito. Lo peor fué que vino á los cristianos andaluces otra persecución de quien menos lo podían esperar, de algunos obispos cristianos. Hostigesio, prelado de Málaga, y Samuel, de Elvira, no contentos con haber convertido sus casas, de asilos modestos de la virtud que debían ser, en lupanares inmundos; no satisfechos con propalar herejías acerca de la naturaleza de Cristo conforme á lo que de ella enseñaban los mahometanos; y no teniendo por bastante apropiarse las limosnas y oblações de los fieles y malversar los bienes del clero, excitaron á Mohammed á que exigiese nuevos tributos personales á los cristianos, haciendo para ello un empadronamiento general escrupuloso, convidándose ellos á hacer uno minucioso y exacto de los de sus diócesis. Servando, conde de los cristianos, en quien éstos deberían creer encontrar consuelo y apoyo, había pedido permiso á Mohammed para exigirles cien mil sueldos, hacía desenterrar á los mártires, y formaba causas á los fieles por haberles dado sepultura. En tan apurado y extraño conflicto, un nuevo atleta se presenta á sostener la buena causa de los oprimidos cristianos, el abad Samsón, varón respetado por su piedad y por su literatura.

Pero el disidente Hostigesio negocia con Mohammed la convocación y reunión de un concilio de los obispos de la comarca para que en él sea juzgado Samsón, y para que se obligue á todos los prelados católicos á que hagan la matrícula de sus súbditos á fin de exigirles nuevos y crecidos impuestos. Extraña singularidad la de este lamentable episodio de la historia cristiana. Un obispo disidente, inmoral, avaro, manchado de herejía, instiga á un califa de Mahoma á celebrar un concilio de obispos cristianos para condenar al más celoso defensor de la pureza de la fe. Este concilio se celebra en Córdoba con asistencia del prelado de esta ciudad, de los de Cabra, Écija, Almería, Elche y Medina Sidonia. Samsón se previene con una profesión de fe que sustenta con valor en sus discusiones con Hostigesio, pero las furibundas amenazas, ya que no las razones de este prelado, logran intimidar á los débiles ancianos que componían el sínodo, y la doctrina y proposiciones de Samsón son declaradas perniciosas, cuya sentencia hacen circular Hostigesio y Servando por todas las iglesias de Andalucía. Samsón, por su parte, demuestra la nulidad de la sentencia como arrancada por la violencia y el dolo. Provocada nueva de-



claración, algunos obispos se retractan de la primera, y entre ellos Valencio de Córdoba, que para manifestar el aprecio que le merecía la doctrina de Samsón le hizo abad de la iglesia de San Zoilo (1). Esto acabó de irritar al partido de Hostigesio y Servando, que acudieron entonces á la calumnia y á la intriga, y aprovechando la predisposición de Mohammed, consiguen que el abad Samsón sea depuesto y desterrado á Martos, donde compuso la interesante defensa de su doctrina con el título de *Apologético*, acalorando con esto más y más los ánimos. Siguiéronse mutuas profanaciones é insultos de cristianos y musulmanes en sus respectivos templos, hasta que la tormenta fué con la acción misma del tiempo calmando, ó más bien la atención de los musulimes se distrajo hacia los campos de batalla, donde cristianos, muzlitas y moros rebeldes combatían con las armas el poder central del imperio árabe-hispano.

Tal fué este episodio tan glorioso como sangriento de la Iglesia mozárabe española, que podremos llamar la era de los martirios, y que produjo, además de una multitud de hechos heroicos mezclados con otros de lamentable recuerdo, un catálogo de santos con que se aumentó el martirologio de España, y los numerosos escritos de San Eulogio, de Pablo Álvaro y del abad Samsón, que han llegado hasta nuestros días, y sin los cuales nos veríamos privados de las noticias de este período de lucha religiosa, tanto más glorioso cuanto era con más desiguales armas sostenida (2).

Había sucedido en 850 á Ramiro de Asturias su hijo Ordoño, primero de este nombre, que tuvo que inaugurar su reinado con una expedición contra los vascones de Álava que se habían sublevado, sospéchase que en connivencia con los musulmanes, y á los cuales logró sujetar y tener sumisos. Pero el hecho más brillante de las armas del nuevo monarca de Oviedo fué la famosa victoria que en la Rioja alcanzó sobre un ejército mahometano mandado por Muza ben Zeyad. Antes de referir este célebre triunfo de Ordoño, necesitamos dar cuenta de quién era este Muza que tan famoso se hizo en la historia española del siglo IX.

Muza era goda de origen y había nacido cristiano. Por ambición había renegado de su fe y abrazado el islamismo con toda su familia. En poco

(1) El título de Abad que se da á Samsón no lo era de dignidad monástica, sino de gobierno parroquial, como en nuestros días se llaman abades los curas propios de las iglesias de Galicia y Portugal.

(2) A principios del siglo XIV, con ocasión de limpiarse un pozo distante media legua de Trasierra, se halló la famosa *campana del abad Samsón*, así llamada por haber sido donación de este virtuoso y erudito presbítero á la iglesia de San Sebastián, en 875, notable por la circunstancia de creerse la campana más antigua que se conserva en España. Tiene cerca de un pie de alto y otro tanto de diámetro. con asa para tocarla, y una inscripción que expresa el año de su oferta. Había sido llevada al monasterio de Valparaíso cerca de Córdoba, y en la última supresión de las órdenes religiosas fué entregada por la comisión de arbitrios de amortización á la de ciencias y artes, que la colocó en el colegio de humanidades de la Asunción, donde se conserva.—Ramírez y las Casas Deza, *Antigüed. de Córdoba*.—Los preciosos escritos de San Eulogio, de Pablo Álvaro y de Samsón, que tan interesantes noticias nos han trasmitido acerca de este importante período de la historia cristiano-musulmana, se hallan en los tomos X y XI de la *España Sagrada* de Flórez.

tiempo había hecho una brillante carrera en tiempo de Abderramán, y esto mismo acaso le tentó á rebelarse á su vez contra los árabes: con ardides tanto como por fuerza se había ido apoderando de Zaragoza, de Tudela, de Huesca y de Toledo: el gobierno de esta última ciudad y comarca le dió á su hijo Lupo (el Lobia de los árabes), y cerca de Logroño levantó una nueva ciudad que nombró *Albaida* (Albelda entre los cristianos), y que hizo como la capital de sus Estados. Los vascones, ó por temor á un vecino tan poderoso, ó por huir de sujetarse al reino de Asturias, hicieron alianza con Muza, y García su príncipe llegó á tomar por esposa una hija del doblemente rebelde caudillo. Alentado éste con sus prosperidades, y noticioso del miserable estado en que los dominios de Carlos el Calvo se hallaban, acometió la Gothia, franqueó los Pirineos, y sólo á precio de oro pudo el nieto de Carlomagno comprar una paz bochornosa. Entretanto Lupo su hijo se mantenía en Toledo y el rey de Asturias fomentaba y protegía su rebelión, y aunque las huestes de Mohammed lograron un señalado triunfo sobre las tropas rebeldes de Lupo y las auxiliares cristianas, matando gran número de unas y otras, la ciudad no pudo ser tomada: dejó el emir encomendado el sitio á su hijo Almondhir, el cual no tardó en ser batido por Muza. Envanecido éste con tantas victorias, se hacía llamar *el tercer rey de España*, y quiso tratar con el emir como de igual á igual. Y en efecto, llegó á dominar Muza en una tercera parte de la Península. Pero estas mismas pretensiones hicieron que los cristianos, en vez de mirarle como aliado, le miraran ya como enemigo.

Desavenidos estaban cuando se encontraron en la Rioja. Ordoño fué el que tomó la ofensiva: un cuerpo de tropas destacó sobre Albelda, y al frente de otro marchó él mismo contra Muza. Dióse el combate en el monte Laturcè, cerca de Clavijo: la victoria se declaró por los soldados de Ordoño; diez mil sarracenos quedaron en el campo; entre los muertos se halló el yerno y amigo de Muza, García de Navarra; el mismo Muza, herido tres veces por la lanza de Ordoño, pudo todavía salvarse en un caballo que le prestaron, y se fué á buscar un asilo entre sus hijos Ismail y Fortún, walí de Zaragoza el uno, de Tudela el otro: los ricos dones que había recibido de Carlos el Calvo quedaron en poder de Ordoño. El monarca cristiano marchó sin pérdida de tiempo sobre Albelda, y habiéndola tomado después de siete días de asedio, la hizo arrasar por los cimientos; la guarnición musulímica fué pasada á cuchillo, y las mujeres y los hijos hechos esclavos. De tal manera consternó este doble triunfo de los cristianos al hijo de Muza, Lupo, el gobernador de Toledo, que pareció faltarle tiempo para solicitar la amistad de Ordoño y ofrecerse para siempre á su servicio. Así humilló el valeroso rey de Asturias el desmedido orgullo de *Muza el renegado*, librando al mismo tiempo al emir de Córdoba de su más importuno y temible enemigo (1).

Alentóse con esto Mohammed y consagróse á acobar á toda costa con la rebelión de los hijos de Muza. Años hacía que Lupo se mantenía en Toledo sitiado por Almondhir, sin que le arredrara el haber visto enviar

(1) Seb. Salmant. Chron. n. 26.—Esta fué la verdadera batalla de Clavijo, y es de sospechar que fuese la que por error se atribuyó á Ramiro.

setecientas cabezas de los suyos cogidos en Talavera para adornar, según costumbre, las almenas de Córdoba. Fue, pues, Mohammed á activar y estrechar el sitio. Cansados los labradores y vecinos pacíficos de Toledo de los males de la guerra y de ver cada año destruir sus mieses, sus huertas y sus casas de campo, ofrecieron al emir que le entregarían la ciudad y aun las cabezas de los rebeldes si les otorgaba perdón. Prometióselo así Mohammed, y abriéronse las puertas de Toledo aun antes del plazo designado; algunos caudillos fueron puestos á su disposición; otros pudieron huir disfrazados, entre ellos el mismo Lupo, que fué á refugiarse á la corte de Ordoño el cristiano (859), de quien continuó siendo aliado y amigo. Así acabó por entonces la famosa rebelión de Muza el renegado, del que tuvo la presunción de titularse *el tercer rey de España*. Ocupóse Mohammed en arreglar las cosas del gobierno de Toledo (1).

Cúpole á Ordoño otra gloria semejante á la que había alcanzado su padre Ramiro. Los normandos, esos aventureros de los mares, ni nunca quietos ni nunca escarmentados (los *Magioges* de los árabes), vinieron á intentar un nuevo desembarco en Galicia (860). Sesenta naves traían ahora. Rechazó de allí está segunda vez el conde Pedro aquellos formidables marinos, que se vieron forzados á bordear como antes el litoral de Lusitania y Andalucía en busca siempre de presas que arrebatara: arrasaron aldeas, atalayas y caseríos desde Málaga á Gibraltar, saquearon en Algeciras la mezquita de las Banderas, y acosados por las tropas de Mohammed pasaron á las playas de África, recorrieron la costa de la Galia, las Baleares, el Ródano, los mares de Sicilia y de Grecia, haciendo en todas partes los mismos estragos, dejando tras sí una huella de devastación y de sangre, hasta que desaparecieron en el Océano para entrar otra vez en la Escandinavia con los despojos que habían podido recoger de todos los países.

Ordoño, que no olvidaba sus naturales y más inmediatos enemigos, los árabes, llevó sus armas á las márgenes del Duero, venció al walí de la frontera Zeid ben Cassim, y tomó varias poblaciones, entre ellas Salamanca y Coria, que no se esforzó en conservar, contentándose con destruir sus murallas y llevar cautivos al centro de su reino. Así no creemos que para recobrarlas hubiera necesitado Almondhir el Omniada llevar tan grande ejército como luego llevó, y cuyo aparato de fuerza podía sólo justificar el respeto que ya les imponía el nombre de Ordoño. Desde el Duero llevó Almondhir sus huestes hasta el Nordeste de la Península, franqueó el Ebro, penetró por Alava en la alta Navarra y montes de Afranc, taló las campiñas de Pamplona, ocupó algunas fortalezas de su comarca, y cautivó, dice un autor árabe, á un cristiano muy esforzado y principal llamado Fortún (2), que llevó consigo á Córdoba, donde vivió veinte años, al cabo de los cua-

(1) Conde, part. II, cap. XLVIII.

(2) Este Fortún pudo ser muy bien el hijo de Muza, gobernador de Tudela: mas al decir de algunas historias navarras, era Fortuño, hijo del García Íñigo ó Iñiguez, muerto en Albelda, y añaden que con él fué llevada á Córdoba su hermana Iñiga, y que el haber recobrado su libertad al cabo de los veinte años fué debido al casamiento de Iñiga con Abdallah, hijo segundo de Mohammed.

les fué restituído á su patria. Esta expedición tuvo sin duda por objeto castigar á los que habían sido aliados del rebelde Muza.

A poco tiempo de esto (en 863) llevaron al emir de Córdoba sus *foréni-cos*, ó correos de á caballo, nuevas que le pusieron en grande cuidado y alarma. Los cristianos de Afranc y los de Galicia habían invadido simultáneamente y por opuestos puntos las tierras de su imperio. Ordoño había entrado en la Lusitania, corrido la comarca de Lisboa, incendiado á Cintra, saqueado los pueblos abiertos y cogido multitud de ganados y cautivos. La fama abultaba los estragos, y Mohammed creyó llegado el caso de hacer publicar la guerra santa en todos los alminbares. Juntáronse todas las banderas y Mohammed penetró con sus huestes en Galicia hasta Santiago. Mas cuando él llegó, ya los cristianos se habían recogido y atrincherado en sus impenetrables riscos: con que tuvo por prudente regresar por Salamanca y Zamora hacia Toledo.

En las fronteras de Afranc un hombre oscuro daba principio á una guerra que había de ser dura y porfiada. Este hombre era Hafsún, originario de aquellas tribus berberiscas que en el principio de la conquista se establecieron en los altos valles y sierras más ásperas del Pirineo. Aunque nacido en Andalucía, era oriundo de la proscrita raza de los judíos. Sus principios fueron oscuros y humildes. Vivía del trabajo de sus manos en Ronda, pero descontento de su suerte pasó á Torjiela (Trujillo) á buscar fortuna, y no hallando recursos para vivir se hizo salteador de caminos, llegando por su valor á ser jefe de bandoleros, y á adquirir no escasa celebridad en aquella vida aventurera y agitada. Hafsún y su cuadrilla se hicieron dueños de una fortaleza llamada Calat-Yabaster. Por último, arrojado del país, se trasladó á las fronteras de Afranc, y se apoderó del fuerte de Rotah-el-Yehud (Roda de los Judíos), situado en un lugar inexpugnable por su elevación y aspereza sobre peñascos cercados del río Isabana.

No sólo fué bien recibido allí Hafsún por los judíos berberiscos, sino que viendo los cristianos de Ainsa, Benabarre y Benasque la fortuna de sus primeras algaras, confederáronse con él para hacer la guerra á los mahometanos; y precipitándose como los torrentes que se desgajan de aquellos riscos, cayeron sobre Barbastro, Huesca y Fraga, levantando los pueblos contra el emir. El walí de Zaragoza, resentido de haber sido nombrado otro gobernador de la ciudad, si no favoreció á los rebeldes, á lo menos no se opuso á sus progresos y correrías. El walí de Lérida Abdelmelik tomó abiertamente partido en favor de Hafsún, y le entregó la ciudad. Lo mismo hicieron los alcaldes de otras poblaciones y fortalezas. De modo que el menestral de Ronda, el jefe de bandidos de Trujillo, se vió en poco tiempo dueño de una parte considerable de la España oriental y de gran número de ciudades y castillos, con lo que más y más envalentonado, recorrió las riberas del Ebro y fértiles campiñas de Alcañiz, engrosando sus filas con todos los descontentos, fuesen cristianos, judíos ó musulmanes.

Sobresaltado Mohammed con tan seria insurrección, y no pudiendo desatender las fronteras del Duero, continuamente invadidas é inquietadas por los cristianos de Ordoño, trató primeramente, y antes de emprender operaciones contra el rebelde Hafsún, de asegurarse al menos de la

neutralidad del imperio franco, á cuyo efecto envió á Carlos el Calvo embajadores con ricos presentes y con proposiciones de paz y amistad. Carlos, á quien hallamos siempre dispuesto y poco escrupuloso en firmar paces y alianzas con todo género de enemigos, no desechó tampoco la propuesta del emir, y despachó á su vez á Córdoba mensajeros encargados de acordar las bases de la pacificación, los cuales, desempeñada su misión, volvieron llevando consigo, en testimonio de las buenas disposiciones de Mohammed, camellos cargados con pabellones de guerra, ropas y telas de diferentes clases, y artículos de perfumería, que el nieto de Calomagno recibió gustoso en Compiègne. Después de lo cual juntó Mohammed el más numeroso ejército que pudo, haciendo concurrir á todos los hombres de armas de Andalucía, Valencia y Murcia, resuelto á dar un golpe de mano decisivo al rebelde Hafsún. Su hijo Almondhir quedó encargado de la frontera de Galicia con las tropas de Mérida y de Lusitania, y él con su nieto Zeid ben Cassim marchó hacia el Ebro con toda la gente.

Temeroso Hafsún de no poder competir con fuerzas tan considerables, recurrió á la astucia, ó mejor dicho, á la falsía y al engaño, pero engaño mañosamente urdido para hombre de tan humilde extracción. Escribió pues, al emir, haciéndole mil protestas, al parecer ingenuas, de obediencia y sumisión, y jurando por cielos y tierra que todo cuanto hacía era un artificio para engañar á los enemigos del Islam; que á su tiempo volvería las armas contra los cristianos y malos musulimes; que le diese al menos el gobierno de Huesca ó de Barbastro, y vería cómo oportunamente y de improviso daba á los enemigos el golpe que tenía pensado. Cayó completamente Mohammed en el lazo, creyó las palabras arteras del rebelde, ofrecióle para cuando diese cima á sus planes no sólo el gobierno de Huesca sino el de Zaragoza, envió una parte del ejército, como innecesario ya, á las fronteras de Galicia á reforzar el de Almondhir, encomendó á su nieto Zeid ben Cassim la expedición proyectada de acuerdo con Hafsún, y él regresó camino de Córdoba.

Incorporáronse las tropas de Zeid con las de Hafsún en los campos de Alcañiz: con las demostraciones más afectuosas acamparon llenas de confianza junto á los que creían sinceros aliados. Mas cuando se hallaban entregadas al reposo de la noche, los soldados de Hafsún se echaron traidoramente sobre los de Zeid, y degollaron alevosamente á los más, incluso el mismo Zeid ben Cassim, que murió peleando valerosamente antes de cumplir diez y ocho años. El emir, todos los caudillos de su guardia, todos los walfes de Andalucía, juraron vengar acción tan aleve; Mohammed lo escribió á su hijo Almondhir, el cual recibió los despachos de su padre en tierras de Álava, é inmediatamente hizo leer su contenido á todo el ejército. La indignación fué general; caudillos y soldados, todos pedían ser llevados sobre la marcha á castigar la negra perfidia de Hafsún. De Córdoba y Sevilla se ofrecieron muchos voluntarios á tomar parte en aquella guerra de justa venganza.

Partió, pues, Almondhir con su ejército de sirios y árabes, ardiendo todos en cólera. Los rebeldes habían vuelto á atrincherarse en los montes y en la fortaleza de Roda, que era, dice un autor musulmán, el nido del pérfido Hafsún. Allí salió á rechazarlos el intrépido Abdelmelik, el walí

de Lérida, que se había incorporado á Hafsún. Á pesar de las ventajas que le daba la posición, los andaluces pelearon con tal coraje, que sus espadas se saciaron de sangre enemiga. Abdelmelik escapó herido con un centenar de los suyos, y se refugió en el castillo de Roda. La noche suspendió la matanza. Al día siguiente los soldados de Almondhir atacaron la fortaleza sin que les detuvieran las breñas y escarpados riscos que la hacían al parecer inaccesible. Todo lo allanaron aquellos hombres frenéticos, si bien á costa también de no poca sangre: Abdelmelik, aunque herido, peleó todavía hasta recibir la muerte, y su cabeza fué cortada para presentarla á Mohammed ; muchos rebeldes se precipitaron en las rocas: Hafsún logró escapar á los montes de Arbe, aconsejó á sus secuaces que se sometiesen al vencedor para conjurar su justa saña, y repartiendo sus tesoros entre los que le habían sido más fieles, desapareció, dicen, en aquellas fragosidades. La victoria de Almondhir intimidó toda la comarca, y apresuráronse á ofrecerle su obediencia las ciudades de Lérida, Fraga, Ainsa, y todas aquellas tierras (866). Almondhir victorioso se volvió á Córdoba, donde fué obsequiado con fiestas públicas.

En este año, que fué el de 866, falleció el rey Ordoño en Oviedo, muy sentido de sus súbditos, así por su piedad y virtudes, como por haber engrandecido el reino y héchole respetar de los musulmanes, con los cuales tuvo otros reencuentros en que salió victorioso, y cuyos pormenores y circunstancias no especifican las crónicas. Ordoño había reedificado muchas ciudades destruídas más de un siglo hacía, y entre ellas Tuy, Astorga, León y Amaya, y levantado multitud de fortalezas al Sur de las montañas que servían como de ceñidor al reino, y acrecido éste en una tercera parte del territorio. Reinó Ordoño poco más de diez y seis años, y fué sepultado en el panteón destinado á los reyes de Asturias (1).

---

(1) El Albeldense le da el bello nombre de *padre del pueblo*. Con él acabó su crónica el obispo Sebastián de Salamanca, y empieza la suya el obispo Sampiro de Astorga.

## CAPÍTULO XII

## ALMONDHIR Y ABDALLAH EN CÓRDOBA: ALFONSO III EN ASTURIAS

*De 866 á 912*

Proclamación de Alfonso III el Magno.—Breve usurpación del conde Fruela.—Su castigo.—Primeros triunfos de Alfonso sobre los árabes.—Casa con una hija de García de Navarra.—Consecuencia de este enlace para los navarros.—Conjuración de los cuatro hermanos de Alfonso.—Brillantes victorias de éste sobre los árabes: en Lusitania; en Zamora.—Calamidades en el imperio musulmán.—El rebelde Hafsun y su hijo.—Batalla de Aybar, en que perece García de Navarra.—Condes de Castilla y Álava.—Fundación de Burgos.—Tratado de paz entre Mohammed de Córdoba y Alfonso de Asturias.—Conspiraciones en Asturias descubiertas y castigadas.—Misteriosa muerte de Mohammed.—Breve reinado de Almondhir.—Famosa rebelión de Ben Hafsun.—Emirato de Abdallah.—Complicación de guerras y sediciones.—Campañas felices de Abdallah.—Renueva la paz con Alfonso de Asturias.—Sus consecuencias para uno y otro monarca.—Conjúranse contra Alfonso la reina y todos sus hijos.—Magnánima abdicación de Alfonso.—Repartición de su reino.—Primer rey de León.—Origen y principio del reino de Navarra.—Origen y principio del condado independiente de Barcelona.

Catorce años solamente tenía Alfonso, el hijo de Ordoño, cuando su padre le asoció ya al gobierno del reino. Diez y ocho años cumplía cuando en mayo de 866 entró á reinar solo bajo el nombre de Alfonso III, confirmando los prelados y próceres la voluntad de su padre (1). Parecía haberse contaminado el reino de Asturias con el ejemplo del de los árabes, pues nunca faltaba ya ó algún magnate ó algún pariente del rey electo que le disputara la posesión del trono. Esto hizo con el tercer Alfonso el conde Fruela de Galicia, que puesto á la cabeza de un ejército marchó atrevidamente sobre Asturias, y hallando desapercibidos á los nobles y al rey, penetró en Oviedo y se apoderó del palacio y de la corona, teniendo el joven Alfonso que huir á los confines de Castilla y de Álava, como en otro tiempo y por igual motivo había tenido que hacerlo Alfonso II. De brevísima duración fué su ausencia, porque volviendo pronto en sí los nobles asturianos, irritados contra el usurpador, asesinaron una noche á Fruela en su palacio, llamaron á Alfonso, y volvió el joven príncipe á tomar posesión del trono que le pertenecía con gran contentamiento del reino.

(1) Mariana, en su empeño de hacer desde el principio hereditaria la corona de Asturias, contra todos los datos históricos, no podía dejar de decir que pertenecía de derecho á Alfonso, por ser el mayor de los hermanos. El trono de la restauración no era más hereditario que el de los godos: lo que hacían los monarcas era asociarse en vida aquel de sus hijos que querían les sucediese, para allanar así el camino á la elección, y el clero y la nobleza solían condescender con la voluntad del padre cuando no había un motivo poderoso para excluir al hijo. Así tácitamente y por consentimiento se fué haciendo el trono hereditario, como lo iremos viendo.—En cuanto á las variantes que se notan en la cronología del tercer Alfonso entre las crónicas de Albelda, de Sampiro y del Silense, parécenos que las concierta cumplidamente el erudito Risco en la *España Sagrada*, tom. XXXVII, capítulo xxv, á quien seguimos.

Si en esto se asemejó el principio de su reinado al de su abuelo Ramiro, parecióse al de su padre Ordoño en haber tenido que hacer el primer ensayo de sus armas en reprimir una insurrección de los alaveses, siempre inquietos y mal avenidos con la dominación de los reyes de Asturias. La presencia y resolución del joven monarca, que voló á apagar aquel incendio, desconcertó á los sublevados, que asustados ó arrepentidos, le prometieron obediencia y fidelidad, y el autor de la sedición, el conde Eilón, prisionero y cargado de cadenas, fué llevado por Alfonso á Oviedo y encerrado allí en un calabozo, donde acabó sus días (1). El gobierno de Álava fué confiado al conde *Vigila* ó *Vela* Jiménez (867).

Aunque de pocos años Alfonso, y teniendo por rival á un príncipe tan avezado á los combates, tan valeroso y resuelto como Mohammed de Córdoba, estaba destinado á dar un gran impulso á la restauración española y á merecer el renombre de *Magno* que se le aplicó y con que le conoce la posteridad. Una escuadra musulmana á las órdenes de Walid ben Abdelhamid se había dirigido á Galicia. Al abordar á la desembocadura del Miño desencadenóse una borrasca, de cuyas resultas se perdieron ó estrellaron casi todos los buques, pudiendo apenas el almirante Walid regresar por tierra á Córdoba, no sin riesgo de caer en manos de los cristianos. Alentado el rey de Oviedo con este desastre, atrevióse á pasar el Duero y tomó á Salamanca y Coria. Verdad es que no pudo conservarlas, porque los wálfes de la frontera se entraron á su vez por el territorio cristiano; pero en cambio, habiéndose internado más de lo que la prudencia aconsejara, se vieron de improviso acometidos y envueltos en terreno donde no podía maniobrar la caballería, y una terrible matanza fué el castigo de su temeridad. Los árabes no disimularon su consternación, y Alfonso se retiró tranquilo y triunfante á su capital (868).

Fueron los árabes, capitaneados por el príncipe Almondhir, á probar mejor fortuna por la parte de Afranc y montes Albaskenses. Tampoco fueron felices en esta expedición. Almondhir intentó, pero no pudo tomar

(1) Sampiro, Chron. p. 838.—La tradición vascongada supone que apenas regresó Alfonso á Oviedo los habitantes de Vizcaya, provincia entonces comprendida en Álava, se rebelaron contra Alfonso, y congregados so el árbol de Guernica nombraron por su señor ó *jaona* á uno de sus compatriotas llamado *Zuria*: que Alfonso despachó á Odoario á sofocar esta nueva insurrección, y que habiendo encontrado á los sediciosos en la aldea de *Padura*, no muy lejos del sitio donde más adelante se edificó Bilbao, se empeñó un sangriento combate, en que las tropas reales quedaron completamente derrotadas y muerto su jefe: que en memoria de tan señalado suceso el lugar de Padura tomó el nombre de *Arrigorriaga*, que en la lengua del país significa *pedras bermejias*, aludiendo á la mucha sangre de que quedó teñido: que Alfonso, ocupado en otras guerras, no pudo ó no cuidó de vengar esta derrota, y que de aquí data la independenciam de señorío de Vizcaya, suponiendo á los señores de la tierra descendientes y sucesores de *Zuria*. Mas como todas estas relaciones no se apoyan en documento alguno histórico de que tengamos noticia, nos contentamos con indicarlas sin admitirlas.—Sobre esto y sobre los demás precedentes en que pretenden los vizcaínos apoyar la antigüedad de su señorío, trató de propósito el erudito Llorente, *Noticia de las Provincias Vascongadas*, tom. I, cap. IX.—Todo esto acogió con su acostumbrada sinceridad el P. Mariana, y además supone un señor de Vizcaya nombrado Zenón, descendiente de Eudón, duque de Aquitania, de que no nos habla escritor alguno de aquellos tiempos.



á Pamplona, defendida por García, hijo del otro García el yerno de Muza. Levantó, pues, el sitio, y dirigió sus huestes sobre Zaragoza, resuelto á castigar al viejo Muza que aun se mantenía allí. Prolongóse el sitio por todo el año, hasta que habiendo ocurrido la muerte de Muza, no sin sospechas de haber sido ahogado en su misma casa, se rindió la ciudad (870). Pero el espíritu de rebelión estaba ya como encarnado en el corazón de los musulmanes españoles, y á pesar de la muerte trágica de Muza, y de la rendición de Zaragoza, otra sublevación estalló en la siempre inquieta Toledo. Dirigíala Abdallah, nieto del mismo Muza, é hijo de aquel Lupo que había vivido en Asturias en compañía del rey Ordoño. Era hombre de ánimo y de experiencia, y los cristianos fomentaban aquella rebelión. Acudió Mohammed en persona como en tiempo de Lupo, y limitóse como entonces á sitiar la ciudad. Cuando Abdallah conoció que no podía resistir á las numerosas tropas del emir, salió con pretexto de reconocer el campo enemigo, y despachó luego comisionados aconsejando á los toledanos que se sometiesen á Mohammed. Poco faltó para que la plebe indignada despedazase á los enviados de Abdallah; con dificultad pudieron contenerla los hombres más prudentes y de más influjo; al fin, aunque de mala gana, vinieron á la capitulación y se estipuló la entrega de la ciudad á condición de que se echaría un velo sobre lo pasado. Muchos generales aconsejaban al emir que hiciese demoler las murallas y torres de un pueblo en que se abrigaba gente tan idómita y díscola, y que sería un perpetuo foco de revolución; pero los hijos de Mohammed fueron de contrario parecer y prevaleció su dictamen (1).

Realizóse en este tiempo un suceso que había de ejercer grande influjo en la posición respectiva de los cristianos entre sí y en sus relaciones con los musulmanes. Los vascones navarros, que desde la derrota del ejército de Luis el Benigno en 824 en Roncesvalles habían sacudido la tutela forzosa en que querían tenerlos los monarcas francos, se habían sostenido en una situación no bien definible, ni enteramente sujetos á los reyes de Asturias, ni del todo independientes, aliándose á las veces con los sarracenos para libertarse del dominio, ya de los cristianos de Aquitania, ya de los de Asturias, y gobernábanse por caudillos propios, condes ó príncipes, que ejercían entre ellos una especie de autoridad real. Los monarcas asturianos solían domeñarlos de tiempo en tiempo, pero manteníase siempre viva una rivalidad funesta para los dos pueblos, y funesta también para la causa del cristianismo. Ejercía esta especie de soberanía en aquel tiempo aquel García gobernador de Pamplona y de Navarra, hijo del otro García Íñigo, acaso el conocido con el sobrenombre de *Arista*. Viendo Alfonso III la dificultad de someter á García, y deseoso de robustecer el poderío de los cristianos, hizo con él una alianza política, que quiso afianzar con los lazos de familia, y pidió y obtuvo como prenda de seguridad la mano de su hija Jimena. De este modo esperaba reunir todas las fuerzas cristianas de España contra el común enemigo. De cuyo principio nace que los caudillos, condes ó soberanos del Pirineo, comenzaran á obrar como reyes, considerando como separados de la corona de Asturias los

---

(1) Conde, cap. LIV.

dice arrogantemente un escritor árabe, «las montañas eran para los musulimes iguales á las llanuras.» Un día, á primera hora de la mañana, encuentran á los enemigos tan cerca, que les fué imposible á éstos dejar de aceptar el combate. Era en un lugar llamado Larumbe en el valle de Aybar (Éibar llaman otros), de donde tomó el nombre la batalla. Peleóse bravamente de una parte y otra; mas declaróse el triunfo por los árabes, y los campos quedaron regados con sangre cristiana. El rey García Íñiguez murió en la pelea, y Hafsún quedó mortalmente herido, de cuyas resultas murió, como veremos después. Gran triunfo fué el de Aybar para los musulmanes. Almondhir permaneció en la frontera hasta el fin del año 882, y Mohammed regresó á Córdoba, donde fué recibido como acostumbraban serlo los triunfadores.

Entretanto, cumplido el plazo de la tregua, distraído Mohammed por la parte de Navarra, y no pudiendo las armas de Alfonso permanecer ociosas, éntrase el rey de Asturias por tierras enemigas, pasa el Guadiana á diez millas de Mérida, avanza hasta las ramificaciones de Sierra-Morena, encuentra allí un cuerpo sarraceno, le derrota, mata algunos millares de enemigos, y regresa victorioso á sus montañas. Por primera vez desde el tiempo de la conquista hollaron plantas cristianas aquellas cordilleras: ningún príncipe se había atrevido á llevar tan adentro sus estandartes.

La derrota de Aybar, aunque terrible, no escarmentó todavía á los parciales de Hafsún. Y aunque el famoso caudillo sucumbió á los pocos meses de resultas de sus graves heridas, quedábale un hijo, heredero de los odios de su padre y de su tribu. Quedaban también los hijos de Muza el renegado, Ismail y Fortún, que aun retenían á Zaragoza y Tudela; todos enemigos de Mohammed. Por otra parte aquel Abdallah, hijo de Lupo, antiguo gobernador de Toledo, celoso de las relaciones que había entre el rey de Asturias y los hermanos Ismail y Fortún, se desprendió de la alianza de aquél, y buscó la del emir de Córdoba, que con este arrimo se creyó bastante fuerte para acometer las posesiones de Alfonso en Álava y Rioja. Pero inútilmente atacó el castillo de Celorico, que defendió briosamente el conde de Álava, Vela Jiménez. Tampoco pudo rendir á Pancorbo, que defendía el conde de Castilla Diego Rodríguez, por sobrenombre Porcellos, y sólo pudo tomar á Castrojeriz, que el conde Nuño había abandonado por no hallarse en estado de defensa.

Corrióse luego Almondhir hacia la comarca de León, y entró en Sublancia, abandonada por sus moradores. Pero la espada de Alfonso el Magno le amenazaba ya de cerca, y no creyéndose seguro el príncipe Omniada ni aún al abrigo de aquellos muros, retiróse á los Estados de su padre, batiendo de paso á Cea y Coyanza, destruyendo el monasterio de Sahagún, y dejando en la frontera á Abul-Walid, que negoció con Alfonso dos cosas, primeramente el rescate de su familia, que aun estaba en poder del monarca cristiano y que éste generosamente le restituyó, después una paz entre el emir y el rey de Asturias. Para acordar las bases de esta paz fué enviado por el monarca cristiano á Córdoba un sacerdote de Toledo llamado Dulcidio. Estipulóse muy solemnemente y después de muy madura deliberación en 883 el tratado entre los dos príncipes, entrando en las condiciones una cláusula que revela bien el espíritu de aquella época, á

saber, que los cuerpos de los santos mártires de Córdoba Eulogio y Leocricia habían de ser trasladados á Oviedo, lo cual se verificó con gran pompa y solemnidad. La paz pareció haberse hecho con sinceridad por parte de ambos soberanos, puesto que no se quebrantó ni en el reinado de Mohammed ni en los de sus dos hijos y sucesores. El uno de ellos, el ya célebre guerrero Almondhir, fué declarado aquel mismo año *alhadi* ó futuro sucesor de su padre y reconocido por todos los grandes dignatarios del imperio, según costumbre (1).

Desde este tiempo quedaron incorporadas al reino de Asturias, Zamora, Toro, Simancas y otras poblaciones del Pisuerga y del Duero que se iban ya haciendo importantes. Se aseguró al rey de Oviedo la posesión del condado de Álava, cuyas fronteras solían invadir los árabes frecuentemente, y para más asegurarlas encomendó Alfonso al conde Diego Rodríguez la fundación del castillo y ciudad que con el nombre de Burgos había de adquirir más adelante tanta celebridad histórica (2). Nada descuidaba el grande Alfonso, y preparándose en la paz para la guerra como previsor y prudente monarca, hizo construir en Asturias una línea de castillos ó palacios fortificados, ya en el litoral, como el de Gauzón, que aun conserva hoy su nombre, fabricado sobre altas peñas á la orilla del mar cerca de Gijón, ya en el interior, como los de Gordón, Alba, Luna, Arbolio, Boides y Contrueces, que todos llegaron á tener importancia histórica (884).

Mas al tiempo que en tan útiles obras se ocupaba, fraguábanse contra él en su mismo reino conspiraciones inmerecidas é injustificables. La de Hano, magnate de Galicia, que intentaba asesinarle, fué oportunamente descubierta, condenado el autor á la horrible pena de ceguera, y confiscados sus bienes y adjudicados á la iglesia de Santiago. Al año siguiente (885) levantóse otro rebelde nombrado Hermenegildo: su muerte no impidió á su esposa Hiberia, mujer resuelta y varonil, continuar al frente de los sublevados, que recibieron el condigno castigo, y sus haciendas fueron igualmente á acrecer las rentas de la basílica compostelana. Y no tuvieron por fortuna otro éxito algunas conjuras que adelante se formaron, si se exceptúa la de sus propios hijos que á su tiempo habremos de referir. Necesitamos ahora volver al imperio árabe.

Abdallah ben Lopia había vencido á sus dos tíos Ismail y Fortún, retenía prisionero á uno de ellos, y había llegado á formarse un Estado en el Ebro superior. Mas como en su desvanecimiento hubiese negado la obediencia al emir, hallóse con dos poderosos monarcas por enemigos, el de Córdoba y el de Asturias, que no le dejaban reposar. Vióse, pues, forzado á solicitar con humillación las mismas amistades de que antes orgullosa y deslealmente se apartara. Pedíasela con importunidad á Alfonso de Asturias, negábasela éste con justo tesón, y cuando el monje de Albelda acabó su crónica en 883 la terminó con estas palabras: «El susodicho Abdallah no cesa de enviar legados pidiendo á nuestro rey paz y gracia al mismo tiempo; pero todavía Dios sabe lo que será.» Infiérese

(1) Albeld. n. 76.—Risco, *Esp. Sagr.*, tom. XXXVII.—Conde, cap. LVII.

(2) Chron. Burg.—Flórez, *Esp. Sagr.*, tom. XXII.—Annal. Complut.

no obstante que al fin la otorgaría el rey, puesto que no vuelve á hablarse de guerra entre los dos.

En este mismo año ofrecióse otra prueba de lo inextinguibles que eran los odios y las venganzas entre los musulmanes. Un hijo del rebelde Hafsún, llamado Caleb, sediento de vengar la muerte de su padre, descendió de las montañas de Jaca al frente de numerosos parciales, y por espacio de tres años hizo por toda la izquierda del Ebro una guerra viva á las tropas del emir, derrotándolas en más de una ocasión, y llegando á hacerse dueño de todo el país oriental comprendido entre Zaragoza y la Marca franco-hispana, donde le daban el título de rey. Así las cosas, ocurrió en Córdoba la muerte del emir Mohammed, que las crónicas musulmanas refieren de un modo esencialmente oriental. «Los más grandes acaecimientos (dicen) como los más leves, el hundimiento de una montaña como el movimiento y vida de una hoja de sauce, todo procede de la divina voluntad, y está escrito en la tabla de los eternos hados cómo y cuando el soberano Señor lo quiere: así fué que el rey Mohammed, hallándose sin dolencia alguna y recreándose en los huertos de su alcázar con sus vazires y familiares, le dijo Haxem ben Abdelaziz, walí de Jaén: «¡Cuán feliz condición la de los reyes!; para ellos solos es deliciosa la vida!; para los demás hombres carece el mundo de atractivos!; qué jardines tan amenos!; qué magníficos alcázares!; y en ellos cuántas delicias y recreos! Pero la muerte tira la cuerda limitada por la mano del hado, y todo lo trastorna, y el poderoso príncipe acaba como el rústico labriego.» Mohammed le respondió: «La senda de la vida de los reyes está en apariencia llena de aromáticas flores, pero en realidad son rosas con agudas espinas; la muerte de las criaturas es obra de Dios, y principio de bienes inefables para los buenos: sin ella yo no sería ahora rey de España.» Retiróse el rey á su estancia, y se reclinó á descansar, y le alcanzó el eterno sueño de la muerte, que roba las delicias del mundo y ataja y corta los cuidados y vanas esperanzas humanas. Esto fué al anochecer del domingo 29 de la luna de Safar, año 273 (886 de J. C.), á los sesenta y cinco años de su edad, y treinta y cuatro y once meses de su reinado: tuvo en diferentes mujeres cien hijos, y le sobrevivieron treinta y tres: fué de buenas costumbres, amigo de los sabios, honraba á los alimes, hafitzes ó tradicionistas, etc. (1).»

Sucedióle su hijo segundo, el infatigable guerrero Almondhir, reconocido tres años hacía sucesor del imperio. Mientras el nuevo emir acudió de Almería, donde se hallaba cuando murió su padre, á tomar posesión del trono, el rebelde Caleb ben Hafsún se apoderaba de Zaragoza y Huesca, y juntando hasta diez mil caballos y contando con la protección de los cristianos de Toledo, marchó sobre esta ciudad, entró en ella, hízose proclamar rey, y tomó y guarneció los castillos de la ribera del Tajo. Así el hijo del antiguo artesano de Ronda, y del capitán de bandidos de Extremadura, se veía dueño y señor, con título de rey, de la mayor parte de la España oriental y central, desafiando el poder de la corte de Córdoba. A esta novedad congregó Almondhir todas las banderas de Andalucía y de Mérida, y envió delante á su primer ministro Haxem con un cuerpo de

(1) Conde, cap. LVII.

caballería escogida. Propúsole el astuto Ben Hafsún entregarle la ciudad y retirarse al Oriente de España, con tal que le facilitase las acémilas y carros necesarios para trasportar sus enfermos, aprestos y provisiones, pues de otro modo no podría hacerlo sin causar extorsiones á los pueblos, añadiendo que había venido engañado por los cristianos de Toledo y por los malos musulimes.

Parecióle bien á Haxem, y con deseo de evitar una guerra sangrienta y de éxito dudoso, lo avisó al emir inclinándole á aceptar la proposición. «Miraos mucho, le contestó Almondhir, en fiaros de las ofertas *del astuto zorro de Ben Hafsún.*» Hablaba Almondhir como hombre escarmentado, pues no podía olvidar la tragedia de los campos de Alcañiz, en que la flor de los musulimes valencianos había sido víctima de la falsía de Hafsún. No bastó esta prevención á desengañar á Haxem: la proposición fué aceptada, y las acémilas enviadas á Toledo con una parte de sus soldados. Dióse principio á cargar en ellas los enfermos y provisiones, y salió Ben Hafsún con algunas de sus tropas de Toledo. El ministro del emir dióse por posesionado de la ciudad, licenció sus banderas, dejó una corta guarnición en Toledo, y se volvió á Córdoba. Pero Ben Hafsún, digno hijo de su padre, y heredero de su doblez y de su perfidia como de su odio á los Omniadas de Córdoba, cargó entonces de improviso sobre los conductores de las acémilas, los degolló á todos sin dejar uno solo con vida, y volviendo á Toledo, donde había dejado oculta una parte de sus tropas, de acuerdo con los parciales de aquella ciudad, ejecutó lo mismo con los soldados de Haxem. aseguró los fuertes del Tajo, y quedó campeando en todo el país.

Cuando la nueva de esta catástrofe llegó á Córdoba, bramó de cólera Almondhir, y haciendo prender á Haxem, y llevado que fué á su presencia, «Tú fuiste, quien me aconsejó, tú el que ayudaste á la perfidia del rebelde, tú morirás hoy mismo, para que aprendan otros en tí á ser más cautos y avisados.» Y sin tener en cuenta sus buenos y largos servicios, le mandó decapitar en el acto en el patio mismo del alcázar; y no satisfecho todavía, hizo encerrar en una torre y confiscar sus bienes á sus dos hijos Omar y Ahmed, walíes de Jaén y de Úbeda. Profundo sentimiento causó aquella muerte á todos los caballeros y jefes musulimes, porque era Haxem por sus altas prendas querido de todos (1).

Hecho esto, reunió de nuevo sus banderas y partió él mismo á Toledo con su guardia, llevando consigo á su hermano Abdallah, el más esforzado, dicen, y el más sabio de todos los hijos de Mohammed. A él encomendó el sitio de Toledo, y él se dedicó á la persecución de los rebeldes y sus auxiliares con un cuerpo volante de caballería escogida. Más de un año pasó sosteniendo diarias escaramuzas y reencuentros con partidas rebeldes, en que logró algunas parciales ventajas. Un día, recorriendo el país con algunas compañías de sus más bravos caballeros, descubrieron en las cercanías de Huete numerosas tropas enemigas. Almondhir, dejándose llevar de su natural ardor, y sin reparar ni en el número ni en la ventajosa posición de los contrarios, los acometió con su acostumbrado arrojo, y aun los hizo al pronto cejar. Mas luego repuestos circundaron por todas partes

(1) Conde, cap. LVIII.  
Tomo II

á los caballeros andaluces, que envueltos en una nube de lanzas perecieron todos, incluso el mismo Almondhir, que cayó acribillado de heridas. Así acabó el valeroso Almondhir Abu Alhakem en el segundo año de su reinado. Fué su muerte en fin de la luna de Safar, año 275 (888), y reinó dos años menos unos días. Era Almondhir valeroso guerrero, sereno en las batallas, en extremo frugal: en sus vestidos, armas y mantenimiento no se diferenciaba de otros caudillos inferiores, y su tienda sólo se distinguía por la bandera de las de otros walfes.

Abdallah su hermano partió inmediatamente para Córdoba. Encontró ya el mejuar reunido para deliberar sobre la elección de emir. Entró Abdallah en el consejo y á su presencia levantáronse todos, y unánimemente le proclamaron emir de España sin restricciones ni reservas: nuevo testimonio de la libertad electiva que conservaban los árabes, puesto que Almondhir había dejado hijos, aunque jóvenes. Inauguró Abdallah su gobierno mandando restituir la libertad y la hacienda á Omar y Ahmed, y llevando más adelante su generosidad, repuso á Omar en el cargo de walf de Jaén, y nombró á Ahmed capitán de su guardia. Tan noble comportamiento le granjeó el afecto y los aplausos del pueblo, pero disgustó á los príncipes de su familia, y muy particularmente á su hijo Mohammed, walf de Sevilla, resentido de Omar y Ahmed por cosas de amoríos y galanteos juveniles. Preparábase Abdallah á partir á Toledo para proseguir la guerra contra el pertinaz Ben Hafsún, cuando recibió aviso de haberse levantado ya en Sevilla su hijo Monammed, en unión con sus dos tíos, hermanos del emir, Alkasim y Alasbag, apoyados por los alcaides de Lucena, de Estepa, de Archidona, de Ronda y de todos los de la provincia de Granada. El nuevo emir, sin mostrarse por eso turbado, encargó á su hijo Abderramán que negociase por prudentes medios la sumisión de su hermano y de sus tíos, y él se encaminó á Toledo considerando siempre como el enemigo más temible al hijo de Hafsún.

Comienza aquí una madeja de guerras y sediciones en todos los ángulos del imperio hispano-muslimico, una complicación tal de escisiones y luchas entre las diferentes razas y tribus y entre los príncipes de una misma familia, que el Mediodía y centro de España semejan un horno en que hierven las rivalidades, los odios, los celos, los elementos todos que anuncian el fraccionamiento á que está llamado el imperio árabe antes de su destrucción.

No había llegado Abdallah á dar vista á Toledo, cuando le fueron notificadas dos nuevas insurrecciones, en Lisboa la una, en Mérida la otra. Para sofocar la primera envió con una flota equipada en Andalucía al vazir Abu Otmán. A reprimir la segunda marchó él en persona con cuarenta mil hombres. El rebelde cadí de Mérida Suleiman ben Anís se echó á los pies del emir, y puso su cabeza sobre la tierra, dice la crónica. Abdallah le otorgó perdón en gracia de su talento y juventud, y en consideración á los servicios de su padre. Seguidamente volvió á Toledo, donde se empeñó en una serie de parciales combates con el sagaz Ben Hafsún. Entretanto las gestiones amistosas de Abderramán con su hermano y tíos, habían sido de todo punto infructuosas. Mohammed ni siquiera se dignaba contestar á las atentas cartas de su hermano. Antes bien había atizado el fuego por

los distritos de Granada y Jaén, y los walíes puestos por el emir, reducidos á sus fortalezas, se veían aislados en medio de la general conflagración. Ben Hafsún no se descuidaba en añadir leña al fuego, y enviaba al valiente Obeidalah ben Omiad á impulsar y organizar las masas rebeldes que infestaban aquella tierra. Hasta las tribus semi-nómadas de los oscuros valles de la Alpujarra abandonaban sus rústicas guaridas para engrosar las filas de unos ú otros combatientes. No quedó quien labrara los campos, ni se pensaba sino en pelear. No había rincón de Andalucía en que no ardiera la guerra civil.

Necesitábase todo el corazón de Abdallah, necesitábase un ánimo tan levantado y firme como el suyo para no abatirse ante tal estado de cosas. Hasta en la capital misma fermentaba el espíritu de sedición, temíase un golpe de mano de Mohammed, y por consejo de Abderramán tuvo que acudir su padre con preferencia á preservar la capital, sin que otra noticia satisfactoria en medio de tantos disgustos recibiera que la de haber vencido Abu Otmán al rebelde walí de Lisboa y á sus secuaces, de cuyo triunfo recibió el parte oficial que acostumbraban á enviar los árabes, á saber, las cabezas cortadas de los sublevados. En cambio, el agente de Ben Hafsún, Obeidalah, se había unido con Suar, que mandaba siete mil rebeldes, y con Abén Suquela, que tenía á sueldo seis mil hombres, árabes y cristianos. El caudillo imperial Abdel Gafir había sido derrotado, cautivados él y sus mejores oficiales, y encerrados en las fortalezas de Granada. Con esto se extendieron los rebeldes por todo el país, ocupando á Jaén, Huesca, Baza, Guadix, Archidona, y toda la tierra de Elvira hasta Calatrava, apoyados en una imponente línea de fortificaciones (889).

Desesperado salió ya Abdallah de Córdoba con la caballería de su guardia, jurando, dice el historiador de los Omniadas, no volver hasta exterminar aquellas taifas de bandidos. Con esta resolución se entró por tierra de Jaén y avanzó hasta la vega de Granada (890). Saliéronle al encuentro Suar y Abén Suquela apoyados en Sierra Elvira: brava y recia fué la pelea; doce mil rebeldes perecieron, entre ellos el caudillo Abén Suquela: Suar cayó herido del caballo, cogieronle unos soldados del emir y presentáronle á Abdallah, que en el momento le hizo decapitar (1). No se desanimaron los rebeldes con tan rudo golpe; pero tuvieron el mal tacto de elegir por caudillo á Zaide, hermano del poeta guerrero Suleiman, guerrero y poeta él también, que más arrojado que prudente cometió la temeridad de salir de Granada, cruzar la vega y provocar á las tropas del emir en los campos de Loja, precisamente donde podía maniobrar la caballería real: de modo que fueron pronto lastimosamente alanceados sus peones y regados con su sangre aquellos hermosos campos. El mismo Zaide, des-

(1) El poeta Soleiman, que seguía á los rebeldes y había celebrado los anteriores triunfos de Suar, dedicó á su muerte estos sentidos versos:

De Suar se quebró la espada—en esa de Sierra Elvira,  
La espada que á las hermosas—de tristes lutos vestía,  
La que de mortales ansias—daba copas repetidas,  
Y de una misma brindaba—á gente noble y baldía...

pués de haber hundido su lanza en muchos pechos enemigos, tuvo al fin que rendirse. Abdallah, faltando á su natural generosidad, ordenó con la crueldad de la desesperación que un verdugo le abrasase los ojos con un hierro candente, y después de tres días de agudísimos dolores y tormentos mandó que le cortaran la cabeza. Por resultado de esta campaña las tropas del emir ocuparon á Jaén, y recobraron á Granada, Elvira y muchos de los torreones alzados en las llanuras del Darro y del Genil (1).

Los restos de las destrozadas huestes se retiraron á la Alpujarra, donde aclamaron por jefe á un ilustre persa, señor de Medina Alhama de Almería (2), llamado Mohammed ben Abdeha ben Abdelathif, conocido en las historias granadinas por Azomor; el cual, más cauto que sus antecesores, se limitó á guarnecer castillos, y á hacer desde las inaccesibles sierras de Granada, Antequera y Ronda la guerra de montaña tan propia para cansar y fatigar al enemigo. Así fué que Abdallah hubo de retirarse á Córdoba para no gastar en una guerra sin brillo las fuerzas que necesitaba para empresas más urgentes.

Si próspera y feliz había sido la campaña de Elvira y de Jaén, no lo fué menos la de su hijo Abderramán en Sevilla. En pocos días quitó á su hermano esta ciudad y la de Carmona, y continuando su persecución, y habiéndose empeñado á poca distancia de la primera una batalla en que pelearon de una y otra parte todos los más nobles y principales caballeros de Andalucía, cayeron en poder de Abderramán prisioneros y heridos su hermano Mohammed y su tío Alkasim. A ambos los hizo curar con esmero: á ambos los encerró en una torre de Sevilla, donde Alkasim vivió como olvidado, y donde Mohammed murió en 895, no sin sospechas de que su muerte hubiese sido más violenta que natural. Lo cierto es que la voz popular designó á este infortunado príncipe con el dictado de *El Mactul*, que quiere decir el *asesinado*; y un niño que dejó de cuatro años llamado Abderramán fué conocido siempre con el nombre de «el hijo del Mactul,» ó *el hijo del asesinado*. Este tierno huérfano había de ser después el más ilustre de la esclarecida estirpe de los Omniadas.

Con esta facilidad se iba desembarazando Abdallah de aquel enjambre de rebeliones, no restándole al parecer más enemigos musulmanes que Ben Hafsún y Azomor. Pero mil enconados odios quedaron por consecuencia de tan complicadas guerras y encontrados intereses. Retábanse entre sí los walíes y caudillos rivales, y se asesinaban en las calles mismas: así por personales resentimientos veía el emir perecer no pocos de sus bravos y útiles servidores. Otra calamidad vino por aquel tiempo á aumentar la turbación en que se hallaba el imperio musulámico. Padeciósse en el año 285 de la hégira (897 de J. C.) tal esterilidad y carestía, y siguióse un hambre tan terrible, que al decir de las historias musulmanas, «los pobres se comían unos á otros; y la mortandad de la peste fué tal que se enterraban muchos en una misma sepultura, sin lavar los cadáveres y sin las oraciones prescritas por la religión, y no había ya quien abriera sepulcros (3).»

(1) Ben Alabar, Ben Hayan, in Casiri, tom. II.—Conde, c. LXI y sig.

(2) *Alhama*, baños: *Medina Alhama*, ciudad de los baños.

(3) Conde, cap. LXIII.—La frecuencia con que las historias arábicas nos hablan



Por fortuna de Abdallah, mientras devoraba sus dominios la llama de tantas guerras civiles, el rey Alfonso de Asturias observaba religiosamente la tregua y armisticio concertado en 883 con su padre Mohammed, y le dejó desembarazado para desenvolverse de tan complicadas sediciones y de tantos enemigos domésticos. Lejos de turbarse después esta buena inteligencia entre el príncipe musulmán y el cristiano, un suceso vino luego á estrecharla más, y dió ocasión al Omniada para mostrar que sabía corresponder á la religiosidad con que Alfonso había cumplido lo pactado, en unas circunstancias en que hubiera podido convertir las discordias intestinas del imperio sarraceno en provecho propio, y quizá derribar el combatido trono de los Beni-Omeyas.

Había en el partido de Caleb ben Hafsún un general ilustre, de la misma familia, dicen, de los Omniadas, llamado Ahmed ben Moawiah, por sobrenombre Abul-Kassim, que sin duda por algún resentimiento contra los suyos se había pasado al bando rebelde. Este Abul-Kassim á quien Ben Hafsún tenía confiado el mando de las fronteras cristianas, fanático y orgulloso hasta el punto de apellidarse profeta, quiso señalarse por alguna empresa ruidosa, y reclutando cuanta gente pudo en toda la España oriental y en tierras de Algarbe y Toledo, con muchos berberies de África que trajo á sueldo, llegó á reunir un ejército de sesenta mil hombres, el mayor que había acaudillado nunca ningún jefe rebelde. Este hombre presuntuoso tuvo la arrogancia de escribir al rey de Asturias intimándole que se hiciese musulmán ó vasallo suyo, ó se preparase á sufrir una muerte ignominiosa. Con estos pensamientos se entró el arrogante musulmán por tierras de Zamora, talando y pillando indistintamente poblaciones musulmicas y cristianas.

Los cristianos que, en paz entonces con el emir de Córdoba, tenían mal guardadas las fronteras, refugiáronse á Zamora, desde donde pidieron auxilio á sus correligionarios. No tardó Alfonso en aparecer en los campos de Zamora con un ejército no menos considerable que el de su atrevido competidor. Tan pronto como se encontraron empeñóse un combate general que se sostuvo con igual encarnizamiento por espacio de cuatro días. Arrollaron al fin los cristianos á los infieles, y el orgulloso Ahmed encontró la muerte en lugar de la gloria que ambicionaba: huyeron con esto desordenadamente los suyos, haciendo de ellos los cristianos gran carnicería, en la que cayó también envuelto Abderramán ben Moawiah, walí de Tortosa y hermano de Ahmed. «Cortaron los cristianos, dice la crónica musulmana, muchas cabezas, y las clavaron en las almenas y puertas de Zamora:» costumbre que sin duda tomaron de ellos. Llamóse aquella batalla *el día de Zamora* (901 de J. C.) (1).

Motivo fué este triunfo de Alfonso para que se renovara y se estrechara más la alianza entre el emir de Córdoba y el rey de Oviedo; que á ambos

---

de años de esterilidad, de sequía, de hambres y pestes, de mortandades y estragos, nos permite sospechar que haya en ello algo de hipérbole, pues de otro modo apenas se concibe cómo entre tan continuadas guerras y tan repetidas plagas no se despobló muchas veces el imperio, y principalmente la Andalucía.

(1) Sampir. Chron. n. 14.—Roder. Tolet. De reb. in Hisp. gest.—Conde, cap. LXIV.

soberanos aprovechaba y convenía mantenerse amigos para mejor resistir al inquieto, activo y formidable Ben Hafsún, á quien miraban uno y otro como el más temible y peligroso vecino. Alentado Alfonso con la reciente victoria y con el nuevo pacto, marchó al año siguiente sobre Toledo, como quien se consideraba bastante fuerte para atacar al hijo de Hafsún en el corazón mismo de sus dominios; mas habiéndole ofrecido los toledanos gran suma de dinero porque se alejara, y conociendo por otra parte las dificultades que le oponía la fuerte posición de la ciudad, volvióse á Asturias, tomando de paso algunos castillos, y contento con el fruto de su expedición y con la gloria de haber sido el primer monarca cristiano que se había atrevido á acercar sus banderas á los muros de la antigua corte de los godos (902).

Por el contrario, la conducta de Abdallah con el rey cristiano excitó de tal modo la murmuración y el descontento de los austeros y fanáticos sectarios de Mahoma, que en algunas ciudades de Andalucía llegaron los imanes y katibes de las mezquitas á omitir su nombre en la chotba ú oración pública, como si fuese un musulmán excomulgado, y en Sevilla propuséronse á aclamar el nombre del califa de Oriente. Su mismo hermano Alkasim, acaso libertado de la prisión por los disidentes, predicaba abiertamente que no debía pagarse el azaque ó diezmo á un mal creyente que lo empleaba en combatir á los mismos musulmanes. Procedió Abdallah en esta ocasión con enérgica entereza; hizo prender á Alkasim, que al poco tiempo murió envenenado en la prisión, y desterró de Sevilla á algunos alimes turbulentos, con lo que logró restablecer por entonces la tranquilidad (903).

No estaba en tanto Caleb ben Hafsún ni dormido ni ocioso. Desde Bailén, donde se hallaba de incógnito, espiaba las discordias y bandos que agitaban la corte misma del emir; contaba en ella con parciales poderosos, y tan audaz como mañero y astuto, halló medios de introducirse en Córdoba disfrazado. No pecaba Ben Hafsún de humilde en sus pensamientos, y acaso lisonjeaba al hijo del antiguo bandido la idea de ser cabeza de una nueva dinastía que reemplazara en el trono imperial á los Beni-Omeyas. Una casualidad dió al traste con todos sus altivos proyectos. Entre las numerosas sátiras y escritos picantes que se habían publicado contra el emir había llamado la atención una en que se le daba el apodo de *El Himar*, el ignorante, el *asno*. Súpose que era de aquel cadí revolucionario de Mérida, Suleiman ben Albaga, que por haberse postrado á los pies de Abdallah había obtenido su perdón. Llevado ahora á su presencia, «¡Por Dios, amigo Suleiman, le dijo el emir, que mis beneficios han caído en bien ingrato terreno! A fe que no merecía de tí esos vituperios, ó sean alabanzas, que para mí lo mismo valían siendo tuyas; y pues tan poco te aprovechó en otro tiempo mi benignidad y mansedumbre, ahora debería darte á gustar el rigor de mi justo enojo; pero no, quiero que vivas, y cuando te lo mande me has de repetir tus versos; y para que veas que los estimo en mucho, has de pagar por cada uno mil doblas, y si más hubieras cargado *al asno*, mayor y de más precio sería la paga (1).» Abochor-

(1) Conde, cap. LXV.—Romey traduce: «prepárate á recibir de mi tesoro mil piezas

nado Suleiman, y «puesta la cara, dice la historia, á los pies del emir,» le pidió perdón, otorgósele Abdallah, y agradecido el delincuente poeta le descubrió la conspiración, y le reveló la estancia de Ben Hafsún en Córdoba; mas éste, sabedor del arresto de Suleiman, huyó otra vez disfrazado de mendigo, y pidiendo de puerta en puerta, según después se supo, pudo llegar á su ciudad de Toledo (905).

Perseguido allí y acosado por el vazir Abu Otmán, vióse reducido á no poder salir en tres años de la ciudad. Quiso después encargarse de la guerra de Toledo el hijo del emir, el valiente Abderramán, llamado ya Almudhaffar, que acababa de pacificar las provincias del Mediodía. Abu Otmán fué nombrado capitán de los esclavos, que formaban la guardia asalariada del emir, y con tal rigor y energía emprendió Almudhaffar la guerra contra Ben Hafsún, que no era osado el orgulloso rebelde á desamparar los muros de Toledo (909). La paz se había ido restableciendo, gracias á la vigorosa actividad del emir y su hijo, en el resto de la España musulmana, antes tan agitada y revuelta.

Proseguía la amistad y buena inteligencia entre el emir de Córdoba y el rey cristiano de Asturias. Dedicado se hallaba el grande Alfonso al fomento de la religión y al gobierno interior de su Estado, y cuando parecía que debería reposar tranquilo entre los suyos sobre los laureles de sus anteriores victorias, un acto de horrible deslealtad de parte de su propia familia vino á acibarar los últimos días de su existencia y de su glorioso reinado. Tenía Alfonso de su esposa Jimena cinco hijos adultos, á saber, García, Ordoño, Fruela, Gonzalo y Ramiro; casado el mayor, García, con la hija de un conde de Castilla llamado Nuño Fernández, residentes los dos entonces en Zamora. Ambicioso García y alentado é instigado por su suegro Nuño, tramó una conspiración encaminada á arrancar la corona de las sienes de su propio padre. Oportunamente pareció haberla conjurado Alfonso, haciendo prender á su hijo en Zamora y trasladarle cargado de cadenas al castillo de Gauzón en Asturias. Así hubiera sido, á no haber entrado en esta conspiración indefinible todos sus hijos, y lo que es más incomprensible aún, su misma esposa, sin que la historia nos haya revelado las causas de ese extraño concierto de toda una familia contra un padre, contra un esposo, contra un monarca, de quien no sabemos qué pudo haber hecho (1) para concitar contra sí ingratitud tan universal (908).

Es lo cierto que todos sus hijos, su esposa, su yerno, todos se alzaron en armas contra él, y libertando de su prisión á García, y apoderándose de los castillos de Alba, de Luna, de Gordón, de Arbolio y de Contrueces, de toda aquella línea de fortificaciones que Alfonso había levantado para proteger las Asturias contra los ataques de los sarracenos, vióse el reino cristiano arder por espacio de dos años en una funesta y lamentable guerra civil. Alfonso, siempre grande en medio de sus amarguras, conociendo

---

de oro por cada verso,» tomando por paga del emir lo que según el texto arábigo era multa al poeta.

(1) Conténtase el arzobispo don Rodrigo con decirnos que la reina amaba poco á su marido.

do las calamidades que de prolongar aquella lucha doméstica lloverían sobre todos sus súbditos, y deseando evitar el derramamiento de una sangre que no podía dejar de serle querida, convocó á toda su familia y á los grandes del reino en el palacio fortificado de Boides, y á presencia de todos y con su asentimiento renunció á una corona que con tanta gloria y por tan largos años había llevado (909), y abdicó solemnemente en favor de sus hijos (1).

Repartiéronse, amistosamente al parecer, los tres hermanos mayores los dominios de su padre. Tomó García para sí las tierras de León, que desde entonces comenzó á ser la capital del reino de este nombre. Tocáronle á Ordoño la Galicia y la parte de Lusitania que poseían los cristianos. Obtuvo Fruela el señorío de Asturias. Gonzalo, que era eclesiástico, se quedó de arcediano de Oviedo; y Ramiro, á quien acaso por su corta edad no se adjudicaron estados, llegó á usar más adelante, como dictado de honor, el título de rey (2). Reservó para sí Alfonso únicamente la ciudad de Zamora, á la cual miraba con predilección por haberla él reedificado y por haber sido teatro de uno de sus más gloriosos triunfos. Pero antes de fijarse en ella quiso visitar el sepulcro del apóstol Santiago, cuya iglesia había reconstruído y dotado; y como de regreso de este piadoso viaje hallase en Astorga á su hijo García, pidióle el destronado monarca, siempre magnánimo, le permitiese pelear, una vez siquiera antes de morir, con los enemigos de Cristo. Otorgóselo García, y emprendió Alfonso su última campaña contra los moros de Ben Hafsún el de Toledo, que desde los fuertes del Tajo no cesaban de inquietar las fronteras cristianas. Con el ardor de un joven se entró todavía Alfonso por las tierras de los musulmanes; y después de haber talado sus campos, incendiado poblaciones y hecho no pocos cautivos, volvió triunfante á Zamora, donde enfermó al poco tiempo, y falleció el 19 de diciembre de 910, á los 44 años de su advenimiento al trono (3).

Había ido entretanto creciendo en Córdoba el joven Abderramán, el hijo de Mohammed el Asesinado, nieto de Abdallah y sobrino de Almudhaffar, siendo por su gentileza, amabilidad y talento la delicia del pueblo, el querido de los walíes y vazires, el protegido de Abu Otmán, y el predilecto de su abuelo, si bien no se atrevía Abdallah á manifestar ostensiblemente todo el cariño que le tenía por no dar celos á su propio hijo Almudhaffar. Con razón se había captado tan universal cariño el tierno príncipe, que á la edad de ocho años sabía de memoria el Corán y recitaba todas las sunnas ó historias tradicionales, que aun no tenía doce cumplidos ya manejaba un corcel con gracia y soltura. tiraba el arco, blandía la lanza, y hablaba de estratagemas de guerra como un capitán

(1) Sampir. Chron. n. 15.—Roder. Tolet. De Reb. Hisp. 1. IV.—Risco, *España Sagrada*, tom. XXXVII.

(2) Consta así de una donación hecha por el mismo Ramiro á la catedral de Oviedo en 926.

(3) Seguimos en esto la crónica del obispo Sampiro. Sobre la variedad que se nota en los historiadores acerca del año de la muerte de Alfonso el Magno, que algunos han querido prolongar hasta el 913, puede verse á Risco, *Esp. Sagr.*, tom. XXXVII, pág. 223.

consumado. Tan raras prendas y tan precoz talento anunciaban que había de ser el más ilustre entre los ilustres Omniadas. Los trabajos, las inquietudes y disgustos, más aún que la edad, tenían á su abuelo Abdallah desmejorado y enmagrecido. La muerte de su madre le afectó hondamente, y le sumió en una profunda melancolía; íbale consumiéndose una fiebre lenta, y sintiendo cercano el fin de sus días, congregó á los walíes y vazires y les declaró su voluntad de que le sucediera en el imperio Abderramán ben Mohammed su nieto. Reconociéronle todos con gusto, incluso su tío Almudhaffar, que lejos de darse por resentido de su postergación, se constituyó en protector generoso y servidor leal de su sobrino. Cumplióse el plazo de los días de Abdallah, y falleció á principio de la luna de Rabie, primera del año 300 de la hégira (noviembre de 912), dejando once hijos y catorce hijas. Príncipe de gran corazón fué Abdallah, bondadoso en lo general y benigno: si bien la exasperación de tantas rebeliones le hizo cometer algunos actos de crueldad, que sin duda le causaron remordimientos. Tuvo habilidad para vencer enemigos, pero le faltó maña para hacerse amigos, y sus alianzas con el rey cristiano y sus preferencias á los sirios sobre los árabes fueron causa de malquistarle con éstos y de enajenarse á los fervientes y fanáticos musulimes.

¿Y qué había sido de los cristianos de la Vasconia y de la Marca franco-hispana, de esos dos Estados que se estaban formando á uno y otro extremo de la cadena del Pirineo?

Después de la desgraciada batalla de Aybar, en que pereció el conde de Pamplona, ó si se quiere rey de Navarra, García Garcés (*García Garseanus*), con cuya hija había casado Alfonso III de Asturias, aparece gobernando á los navarros el hijo de García y descendiente de los condes de Bigorra Sancho Garcés, temible enemigo con quien tuvo que contar el rebelde y poderoso moro Ben Hafsún en la parte del Ebro superior á que se extendían sus dominios. Mientras este formidable rival de los Omniadas había sostenido su sediciosa bandera en el Mediodía y Centro de España, peleando alternativamente con el emir de Córdoba y con el monarca de Asturias, Sancho Garcés de Navarra había hecho una guerra viva á los musulmanes del Nordeste, ganándoles muchas poblaciones, tomando muchas fortalezas, y extendiendo sus conquistas desde Nájera hasta Tudela y Ainsa, y hasta las tierras á que comenzaba á darse el nombre de Aragón. Dueño de estos territorios, sobre los cuales ejercía un mando independiente, tomó en 905 el dictado de rey de Navarra, si no por primera vez, por lo menos más abiertamente que ninguno de sus predecesores (1). Es lo

(1) *In era DCCCCXCIII* (dice la crónica Albeldense) *surrexit in Pampilona Rex nomine Sancio Garseanis*. Hasta ahora ninguna crónica que sepamos había hecho mención tan expresa del título de rey con aplicación á los gobernadores pamploneses.—No es posible que haya un punto histórico en que más disientan los autores que el origen y principio del reino de Navarra. No extrañamos que al llegar á este período digan casi unánimemente los modernos historiadores: «El origen del reino Pirenaico está cubierto de oscuridad y de tinieblas.»—«Nada se presenta en los anales de nuestra nación más oscuro y enmarañado que el origen del reino de Navarra, y no sólo ha contribuído á esta confusión la falta de documentos históricos, sino muy especialmente la rivalidad de los escritores aragoneses y navarros: he estudiado detenidamente las

cierto que desde esta época y con este rey comenzó el reino de Navarra á adquirir su extensión, importancia y celebridad, y verémosle desde ahora ir creciendo y robusteciéndose hasta ser uno de los que contribuyeron más á la grande obra de la restauración española.

relaciones de los mismos, y no he podido sacar otra cosa que confusión y contrariedad en las ideas.» (Tapia y Morón, en sus *Historias de la Civilización de España*.) Así, poco más ó menos se explican todos. Repetimos que no es de extrañar esa perplejidad y embarazo al tratarse de un reino sobre cuyo principio hay entre los autores la discordancia nada menos que del año 716, en que le suponen unos, hasta el 905, en que le fijan otros, aparte de las fechas que otros señalan en el intermedio de estos 189 años. También nosotros, como el escritor citado, hemos intentado penetrar en este laberinto, y procurando examinar los fundamentos en que apoyan sus diferentes opiniones los autores que más de propósito han tratado este punto, tales como Moret, Blancas, Garivay, Morales, Sandoval, Yepes, Briz, Elizondo, Zurita, Risco, Mariana, Mondéjar, Traggia, Yanguas y otros de los que pasan por más autorizados, sin que nos haya sido posible recoger otro fruto que oscuridad y contradicciones; contradicciones tales, que no vemos medio de concertar ni avenir unos con otros. Y no se limita sólo la divergencia en cuanto á la época en que pudo el reino de Navarra tener principio, sino también en cuanto á las cronologías de los antiguos reyes que cada cual supone. Pueden servir de muestra las siguientes:

SEGÚN GARIVAY	SEGÚN MORET	SEGÚN TRAGGIA
García I Jiménez.	García I Jiménez.	Íñigo I <i>Arista</i> .
García II Íñiguez.	Íñigo I Garcés, <i>Arista</i> .	García I Íñiguez.
Fortuño I Garcés.	Fortuño I Garcés.	Fortuño I Garcés.
Sancho I Garcés.	Jimeno Íñiguez.	Sancho I Garcés.
Jimeno I Íñiguez.	Íñigo II Jiménez.	García II Jiménez.
Íñigo I Jiménez, <i>Arista</i> .	García II Jiménez.	Íñigo II Garcés.
García III Íñiguez.	García III Íñiguez.	García III Íñiguez.
Fortuño II Garcés.	Fortuño II Garcés.	Fortuño II Garcés.
Sancho II Garcés, etc.	Sancho II Garcés, etc.	Sancho II Garcés.
		Jimeno II Garcés, etc.

SEGÚN MASDEU
García Sánchez Íñiguez, I.
Sancho Garcés, <i>Abarca</i> , II.
García Sánchez, el <i>Temblón</i> , III, etc.

Para hablar de los fundamentos en que cada cual apoya su genealogía, dando cada uno por apócrifos los documentos en que los otros fundan su sistema, necesitaríamos hacer una disertación aún más difusa que la de Traggia inserta en el tomo IV de las Memorias de la Academia, la cual confesamos que á pesar de la asombrosa erudición que el autor ha vertido en ella no ha podido satisfacernos, ni despejar para nosotros el confuso caos en que los expresados autores han logrado envolver este punto, y hemos estado para exclamar al leerla: *non nostrum est tantas componere lites*. Por eso en nuestra historia nos hemos concretado á consignar lo que acerca de este reino hemos hallado en el continuador del Biclarense que escribía en 724, en el Pacense que acabó su crónica en 754, en Sebastián de Salamanca, en el de Albelda, en Vigila y Sampiro, en San Eulogio de Córdoba, que hizo un viaje á Navarra á mediados del siglo IX, en los biógrafos de Carlomagno y Luis el Pío, en las historias francas y en las arábicas de aquel tiempo, que son para nosotros las fuentes más auténticas. Parécenos hasta cierto punto digna de elogio la sinceridad con que un moderno historiador de las cosas de

Cuéntase de este Sancho, que hallándose del otro lado del Pirineo en ocasión que los moros de Zaragoza hicieron una tentativa sobre Pamplona y estando los montes cubiertos de nieve, proveyó á sus soldados de abarcas de cuero para que pudiesen trepar mejor por aquellas nevadas sierras (de que le quedó el nombre de Sancho *Abarca*, á semejanza del que de su calzado tomó el emperador Calígula), y cayendo precipitadamente sobre los enemigos, los sorprendió causándoles una horrible matanza, de que se salvaron pocos; y que seguidamente y sin descanso atacó y tomó el castillo de Monjardín (de donde algunos historiadores le nombran también Sancho *el de Monjardín*), llevando luego sus armas (908) por tierras musulmanas hasta la confluencia de los ríos Ebro y Aragón, y casi sin soltar la espada de la mano pasó otra vez el Ebro, y corrióse hasta Nájera, Vecaria y Calahorra, donde le dejaremos, porque sus posteriores hechos se enlazan ya más con los de los reinos de León y de Córdoba en época á que no alcanza todavía la narración que nos hemos propuesto comprender en este capítulo.

También en la Marca Hispana habían ocurrido novedades importantes. Había Carlos el Calvo dividido el condado de Barcelona separando la Septimania de la Gothallania ó Cataluña, cada una bajo el gobierno de un conde. Obtuvo después de Udalrico el condado de Barcelona Wifredo llamado el de Arria, que le gobernó con una especie de independencia moral, y sucedióle al poco tiempo un godofranco de la Septimania nombrado Salomón. Asesinaronle los catalanes en 874, que deseando ya tener condes propios é independientes nombraron á uno que había nacido en su país, llamado Wifredo *el Velloso*, á quien muchos suponen hijo del otro Wifredo, emparentado con la estirpe real carlovingia de Francia (874).

Fuese que Carlos el Calvo remitiera á Wifredo en compensación de algún servicio el feudo en que hasta entonces habían estado los condes de Barcelona, ó que él conquistara su independencia con la punta de la espada y con la ayuda de los catalanes, es fuera de duda que con Wifredo el Velloso dió principio aquella serie de condes soberanos é independientes de Barcelona, que había de elevar á tan alto punto de grandeza aquel nuevo Estado cristiano de la España oriental, uno de los más importantes de la gran confederación monárquica española. Supone la tradición haberle concedido el emperador Carlos por armas las cuatro barras coloradas en campo de oro, marcadas en su escudo con los cuatro dedos de la mano ensangrentada de la herida que recibió peleando en favor del emperador

---

Navarra, el señor Yanguas, archivero de aquel antiguo reino, exclama al ver el calor con que se sostiene esta controversia: «Porque á la verdad (dice), ¿qué nos importa que los primeros reyes de Navarra se llamasen Sanchos, Íñigos ó Aznares? ¿Qué significan esas eternas disputas queriendo atribuirse cada uno la gloriosa casualidad de haber dado reyes á un país que jamás quiso ser dominado sino de sí mismo? ¿No tiene también algo de puerilidad la disputa entre aragoneses y navarros, sobre si el primer rey fué proclamado en Sobrarbe ó en Améscoa? ¿Acaso entonces las montañas de Jaca y de Navarra dejaban de ser una misma nación? No había aragoneses ni navarros; todos eran vascones, todos participaban igualmente de las virtudes y de los vicios de los montañeses y de sus glorias, y los moros no les daban otro dictado que el de *cristianos de los montes de Afranc*.» (Prólogo á la *Historia del reino de Navarra*: 1832.)

contra los normandos. Sea lo que quiera de estas contestadas tradiciones, es lo cierto que Wifredo, primer conde independiente de Barcelona, con la sola ayuda de los catalanes, arrojó á los sarracenos de todo el antiguo condado de Ausona (Vich), de las faldas del Monserrat y de una gran parte del campo de Tarragona; y que tan piadoso como guerrero, fundó en el valle alto del Ter los dos célebres monasterios de San Juan de las Abadesas y de Santa María de Ripoll.

A los catorce años de gobierno independiente murió Wifredo el Velloso, dejando el triple condado de Barcelona, Ausona y Gerona, á título ya de herencia, á su hijo Wifredo II, ó Borrell I, que con ambos nombres le designan los documentos (898): *Wifredi, qui vocabulum fuit Borrello*. Continuó Borrell la obra de su padre hasta 912, en que pereció en la flor de su edad, no dejando sino una hija llamada Rikildis, y pasando por lo tanto la herencia del condado, según la costumbre de los francos por que se regían los condes de Barcelona, y que no admitía la sucesión de las hembras, á su hermano Suniario ó Sunyer (1).

He aquí lo que hasta la época que nos propusimos recorrer en el presente capítulo había acontecido en todos los ángulos de España.

---

(1) Bofarull, *Condes de Barcelona*, tom. I.—Comienza á servirnos de guía, en lo relativo á la cronología y genealogía de estos condes, la obra que, con el título de: *Los Condes de Barcelona vindicados*, ha publicado el investigador laborioso y erudito don Próspero de Bofarull, archivero general de la antigua corona de Aragón, con cuya amistad nos honramos, y á cuya inteligencia y amabilidad debimos durante nuestra estancia en aquel archivo la satisfacción de revisar multitud de preciosos documentos históricos, que sin su atinada dirección difícilmente hubiéramos podido examinar. La posición del señor Bofarull, por tan largos años al frente de aquel riquísimo depósito de antigüedades, unida á su laboriosidad é inteligencia, le ha permitido hacer un bien inmenso á la historia de Cataluña y de consiguiente de España, aclarando, rectificando y fijando la cronología de aquellos condes soberanos, incierta, oscura ó equivocada hasta ahora, no sólo en nuestras historias generales, sino también en las que pasaban por las principales fuentes históricas de aquel principado, tales como la historia de Languedoc, la Marca Hispana del arzobispo Pedro de Marca, la colección de documentos de Ballucio, los manuscritos de Ripoll, las crónicas de Pujades, Diago, Feliú, etc. La gran copia de datos auténticos y originales con que el señor Bofarull ha enriquecido su obra, le dan una autoridad indisputable, si bien no puede menos de adolecer de falta de amenidad, achaque natural y consiguiente á toda obra documental.



## CAPÍTULO XIII

## FISONOMÍA SOCIAL DE AMBOS PUEBLOS EN ESTE PERÍODO

(Siglo IX)

I. Extensión material de los tres Estados á la muerte de Alfonso III.—Observación importante sobre las turbulencias que señalaron estos reinados; en Asturias, en Cataluña, y en los imperios árabe y franco-germano.—Extrañas relaciones entre unos y otros pueblos.—Examínase el móvil y principio que las dictaba.—Espíritu religioso del pueblo.—Conducta de los monarcas. Su política.—Respeto de los árabes á Alfonso el Magno.—Nobleza de los árabes: perfidia y doblez de la raza berberisca.—Estado de las letras en esta época.—II. Qué leyes regían en cada uno de los Estados.—Asturias; legislación goda.—Condado de Barcelona: leyes góticas: leyes francas.—Navarra: fuero de Sobrarbe.—Qué era.—Diversos juicios sobre este código.—Opinión del autor.—Otras observaciones sobre el gobierno de los Estados cristianos.—III. De la lengua que en este tiempo se hablaría en España.—Principio de la formación de un nuevo idioma.—Qué elementos entraron en él.—Origen del castellano.—Ídem del lemosín.

I. Cerca de otro siglo ha trascurrido desde Alfonso II el Casto hasta Alfonso III el Magno, desde Abderramán II hasta la proclamación de Abderramán III: y en este período la situación material y moral de ambos pueblos ha sufrido modificaciones sensibles. La España cristiana ha crecido, el imperio musulmán ha menguado: los confines de la una han avanzado, los límites del otro han retrocedido. Un hijo del rey de Asturias se atreve ya á establecer su corte en León; ya no se necesitan riscos que constituyan un valladar al pequeño reino de Asturias; basta ya el Duero, que corre por país llano, para servir de frontera al que ha sido reino de Asturias y comienza á serlo de León. Aquel otro país del Pirineo, la Vasconia navarra, que tanto ha pugnado por recobrar su apetecida libertad, ha logrado sacudir la triple dependencia que alternativamente pesaba sobre ella ó la amenazaba, la de los francos, la de los árabes y la de los asturianos. Roncesvalles la ha libertado de la primera; Pamplona de la segunda; un matrimonio, una mujer, Jimena, ha recabado de un rey de Asturias una especie de *fiat* á la independenciam que de hecho se habían constituido ya los navarros; y ya la Navarra es otro reino cristiano aparte, con monarcas y leyes propias. Aquella Marca Hispana que al Oriente de la Península fundaron los emperadores francos, ha redimido el feudo de la Francia y se ha erigido también en Estado español independiente. El condado de Barcelona se ha hecho otro reino cristiano: que si sus condes siguen usando este modesto título, el nombre será signo de su modestia, no de que falten al Estado las condiciones de monarquía, al modo que se cuentan por emperadores y califas de Córdoba los que hasta ahora han conservado el sencillo título de emires.

Vió, pues, el siglo IX constituido dentro de los naturales lindes de la Península tres Estados cristianos, independientes entre sí, que han ido arrancando al imperio musulmán los territorios comprendidos, de una parte desde el mar Cantábrico hasta el Duero, de otra desde el Pirineo

hasta el Ebro. Y á estas adquisiciones de las armas cristianas se agregan las usurpaciones que la rebelión ha hecho al imperio musulmíco, dominando un rebelde mahometano desde el Ebro hasta el Tajo, desde más allá de Záragoza hasta más acá de Toledo. Gran desmembración, que no han bastado á impedir ni la actividad, ni la política, ni los talentos militares de los emires.

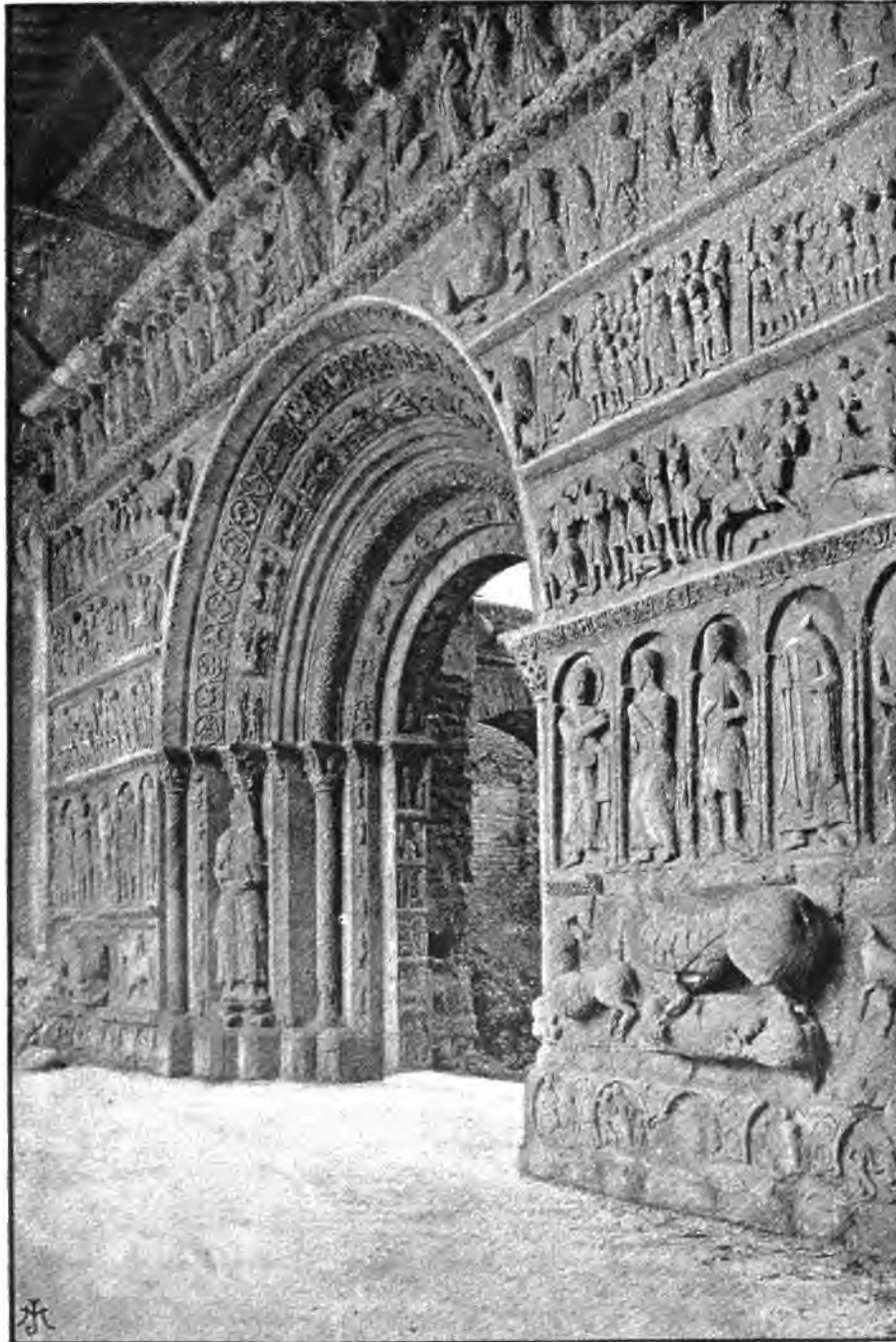
Han imperado en este período en Asturias Ramiro, Ordoño y Alfonso el Magno; en Córdoba Abderramán II, Mohammed, Almondhir y Abdallah; en Navarra los dos Garcías y Sancho; en Barcelona, después de los siete condes francos, los españoles Wifredo y Borrell; en Francia Luis el Pío, y sus hijos Carlos, Lotario y Pepino.

No hemos visto que ningún historiador haya reparado en la semejanza y analogía de los elementos y contrariedades con que tuvo que luchar cada uno de los soberanos ó jefes de estos Estados, ó de tan diferentes procedencias, ó de tan distintas religiones; y sin embargo, creemos que esta observación nos revelará en gran parte la índole, la tendencia, el genio, los rasgos comunes de la fisonomía de cada pueblo en estos siglos: sediciones y revueltas en los países por cada uno dominados: rebeliones de súbditos, conspiraciones de magnates, conjuras y tramas de príncipes, de hermanos, de hijos de cada soberano reinante: ¡qué asimilación de circunstancias!

Ramiro no ha empuñado el cetro, cuando se ve suplantado por el conde Nepociano, y tiene que castigar después las conspiraciones de Aldroito y Piniolo. Ordoño, antes que contra los enemigos de la fe, tiene que ensayar sus armas contra sus propios súbditos de la Vasconia alavesa rebeldes á su autoridad. El reinado de Alfonso III se inaugura con la rebelión de un conde, como el de Ramiro, y antes que contra los sarracenos tiene que marchar contra los alaveses, como Ordoño. Multiplíquense y se suceden en tiempo de aquel gran monarca las conjuraciones. Ya son los magnates Hanno y Hermenegildo, ya son los hermanos del príncipe, ya son sus propios hijos y esposa, que le ponen en el caso de desprenderse de un cetro que con tanta gloria y por tantos años había manejado.

¿Qué acontecía en el imperio musulmán? Abderramán II, como Alhakem su padre y como Hixem su abuelo, tiene que pelear contra sus propios parientes, que le disputaban el trono, antes que con los cristianos, sus naturales enemigos. Los Suleiman y los Abdallah, los Mohammed y los Abén Mafot, son para los emires de Córdoba lo que los Nepocianos, los Aldroitos, los Piniolos, para los monarcas de Asturias. Los wáltes del Ebro y del Pirineo se rebelan contra Abderramán y Mohammed, como los condes de Galicia y de Álava contra Ramiro y Alfonso. En el reinado de Abdallah se suceden una tras otra las conjuraciones como en el de Alfonso el Magno. Los Hafsún, los Muza, los Lupos, los Suar, y Abén Suquela son para el emir Abdallah lo que los Fruelas, los Hannos, los Hermenegildos y los Witizas para el rey Alfonso. Si contra Alfonso se alzaron sus hermanos y sus hijos en Oviedo y Zamora, contra Abdallah se rebelaron dos hermanos y un hijo en Sevilla: Mohammed, Alkasim y Alasbag nos recuerdan á García, Fruela y Ordoño.

¿Reinaba más armonía entre los cristianos de la Marca Hispana? Bera,



PUERTA DEL MONASTERIO DE RIPOLL (COPIA DIRECTA DE UNA FOTOGRAFÍA)

primer conde godo-franco de Barcelona, es acusado de traidor por otro godo, y condenado á muerte. Bernhard, después de haber sido combatido por un conde del palacio imperial; muere asesinado por el mismo Carlos el Calvo, su emperador, y probablemente su hijo. Aledrán es hecho prisionero por Guillermo y Guillermo á su vez muere á manos de los parciales de Aledrán. Supónese al conde Salomón autor del asesinato de Wifredo el de Arria, y Salomón á su turno perece á manos de los catalanes, que proclaman á Wifredo el Velloso.

¿Había más concordia entre los sucesores de Carlomagno y Luis el Pío, entre estos príncipes, entre quienes se distribuyó el imperio del nuevo César de Occidente? Por favorecer Luis á su hijo menor Carlos el Calvo desmembra la herencia de Lotario: los obispos no escrupulizan de alentar la sedición del hijo contra el padre, y Pepino y Luis sus hermanos se ligan con el hermano mayor contra el padre de los tres, como Fruela y Ordoño se ligaron en Asturias con su hermano mayor García contra su padre común Alfonso el Magno. Los leudes destronan á Luis en el *Campo del Perjurio*, como los nobles habían destronado en Oviedo á Alfonso el Casto, y condenado Luis en un concilio á penitencia canónica por el resto de sus días, viste públicamente el cilicio y el saco gris de la penitencia en la Abadía de Saint-Medard, como Alfonso el Casto en el monasterio Abelianense, aunque luego recobra el trono como Alfonso II. ¿Hay necesidad de recordar el destronamiento de Carlos el Calvo por su hermano Luis el Germánico, y las perpetuas guerras domésticas en que anduvo siempre envuelto el débil nieto de Carlomagno?

A vista de este cuadro, de esta fisonomía que presentan el imperio franco-germano, la España Oriental y Septentrional, los reinos y Estados cristianos, el imperio árabe-hispano de Mediodía y Occidente, ¿no podremos designar este espíritu de sedición, de discordia y de rebeldía, como uno de los caracteres del genio de la época, y en este germen de insubordinación y de ruda independencia entrever ya en lontananza el gran fraccionamiento y descomposición á que ha de venir la España cristiana, y más todavía la España sarracena?

Este mismo espíritu producía las transacciones más extrañas y las alianzas más injustificables entre gentes de distintas y aún opuestas creencias y principios. ¿Era ya la fe, era el principio religioso el solo que motivaba los pactos ó las rupturas entre los dos pueblos contendientes, y el que aflojaba ó estrechaba los vínculos sociales? ¿O prevalecían ya el interés y la política sobre el principio religioso? Es lo cierto que hemos visto pelear no sólo ya cristianos con musulmanes, sino cristianos con cristianos y agarenos con agarenos: y lo que es más, al tiempo que los guerreros del cristianismo se hostilizan entre sí, negocian tratos de alianza y amistad con los sectarios de Mahoma, y pelean juntos y unidos por una misma causa, que parece no puede ser la del Evangelio: y mientras los seguidores del Profeta se despedazan entre sí, se ligan en confederaciones solemnes con los monarcas ó condes cristianos, y sus huestes combaten unidas y mezcladas por una causa que parece no puede ser tampoco el triunfo del Corán. Si antes vimos al moro Balhul acaudillando guerreros cristianos en el Pirineo Oriental contra su propio emir, vemos luego á Ca-

leb ben Hafsún al frente de los montañeses cristianos de Jaca desprenderse de aquellos riscos para batir las huestes del soberano Omniada. Si antes los cristianos de la Vasconia imploraban la ayuda de los emires cordobeses contra los reyes cristianos de Aquitania, después García de Navarra se enlaza con la hija de Muza el renegado, y combate contra el monarca cristiano de Asturias.

Podríamos atribuir estos y otros semejantes ejemplos, ó á personales resentimientos y ambiciones, ó á individuales deslealtades, que nunca faltan en todo pueblo y en toda causa por popular y nacional que sea, ó á odios de localidad, de tribu ó de familia, si no viésemos tales alianzas y tratos erigidos como en sistema entre los más poderosos soberanos de unos y otros Estados y de opuestas y enemigas creencias; si no viésemos á los condes de la Gothia, á los caudillos ó reyes de la Vasconia, á los emperadores cristianos de Occidente, aliarse, no ya sólo con la corte del imperio mahometano, sino con cualquier caudillo musulmán que no tuviese más representación que la de un intrépido capitán de bandidos; si no viésemos á los mismos monarcas de Asturias, los legítimos representantes de la causa cristiana, al mismo Alfonso el Magno, el piadoso, el devoto, que fundaba basílicas y convocaba concilios, hacer alianzas ofensivas y defensivas, y observarlas con religiosa escrupulosidad, con Abdallah, último soberano del imperio musulmítico el siglo IX.

¿Deberemos sospechar por eso que el sentimiento religioso de ambos pueblos no se conservaba ya tan puro como en los primeros tiempos de la conquista y de la restauración? Creemos que no hay necesidad de suponer que se hubiera ido enfriando ó evaporando el ardor religioso para explicar las causas de unas negociaciones y conciertos que en verdad se habrían tenido por irrealizables en el principio de una lucha, que parecía haber abierto una sima infranqueable entre los dos pueblos. Creemos, y es más natural que así fuese, que obraban así los más por ambición, por rivalidades de localidad y de origen, por enconos y venganzas, por amor á la independencia individual, y por pasiones humanas comunes á musulmanes y á cristianos. Aconsejábaselo á los monarcas la necesidad ó la conveniencia política, á la cual no escrupulizaban en sacrificar una parte de la antipatía religiosa á trueque de libertarse de un vecino temible ó de quedar desembarazados para atender á un competidor peligroso. Pero el pueblo, que no alcanzaba las miras políticas de sus soberanos, estaba pronto á murmurar de unos convenios de que se figuraba no podían salir sino muy lastimadas sus creencias. Así los árabes andaluces y los moros de Toledo criticaban á Abdallah de mal creyente porque negociaba paces y alianzas con Alfonso el infiel, y los unos omitían su nombre en la oración pública, y los otros excitaban á la rebelión contra el ismaelita excomulgado. Así los cristianos de Asturias, aun cuando nuestras crónicas explícitamente no lo expresen, debían llevar muy á enojo la larga paz de Alfonso con los soberanos infieles de Córdoba, pues no se comprende de otro modo el grande apoyo que encontraron en el reino sus rebeldes hijos, siendo como era Alfonso un monarca tan esclarecido y de tan grandes prendas, y que á tan alto punto de esplendor había sabido ensalzar la monarquía.

El primero que contó el milagro de la batalla de Clavijo se mostró más conocedor del espíritu del pueblo que de su historia. Porque tal era la fe y el entusiasmo religioso de los soldados españoles de aquel tiempo, que si les hubieran dicho que peleaba por ellos el apóstol Santiago en persona, hubieran jurado verle, como los soldados de Constantino juraban haber visto la misteriosa cruz; y con el mismo ardor que combatieron las legiones del emperador romano en los campos del Tíber, hubieran lidiado las huestes de Ramiro en el collado de Clavijo, confiados en que el esclarecido capitán los sacaría triunfantes cualquiera que fuese el número de los infieles. Y este espíritu fué el que les dió, no ya la victoria fabulosa de Clavijo con Ramiro, sino el triunfo verdadero de Albelda con Ordoño, casi en el mismo sitio en que se supuso la primera.

Gran monarca fué este Ordoño. «Príncipe, decía su epitafio de Oviedo, de quien siempre hablará la fama, y cuyo semejante no verán quizá los siglos futuros.» Sin poder convenir nosotros con el autor del honroso epitafio, y más cuando hemos visto sucederle un Alfonso III, no ya semejante, sino muy superior á Ordoño, debieronle engrandecimiento la religión y el reino. Administrador celoso y acertado, mereció el título más honroso de los reyes, el de padre de los pueblos. Fué, dicen, de irreparables costumbres, y esto más que la fortuna y el valor en las batallas nos hace mirar con gusto su alabanza en el sarcófago de Oviedo.

¿Pero era Alfonso III menos piadoso y menos devoto que sus antecesores porque celebrase tratos de paz y viviese á veces en buena inteligencia con los emires del imperio mahometano? ¿Lo sería porque enviara sus hijos á instruirse en las ciencias naturales en las escuelas arábicas de Zaragoza, de acuerdo y aún bajo la protección del walí Ismael? Alfonso, bastante ilustrado para no confundir la educación profana con la religiosa, y bastante discreto para distinguir las necesidades del guerrero de los deberes del creyente, no cedió á ninguno de sus predecesores en actos de piedad cristiana. Bajo su reinado, y merced á sus generosas donaciones, prosperan el culto, la riqueza y la magnificencia de los templos. La iglesia compostelana, erigida de pobre y tosco material por Alfonso el Casto, se transforma en templo suntuoso de sólidos sillares por la mano liberal de Alfonso el Magno. La de Oviedo, que había hecho catedral Alfonso II, es elevada á metropolitana por el tercer Alfonso, y asigna rentas de que puedan vivir á los obispos de las ciudades ocupadas por los infieles, que se habían ido congregando en Oviedo. Propúsose exceder al rey Casto en esplendor y largueza, y al modo que aquél enriqueció el templo del Salvador con la famosa *cruz de los Angeles*, éste, no satisfecho con haber hecho el presente de una hermosísima cruz de oro á la iglesia de Santiago, regala á la de Oviedo otra cruz aún más preciosa, formada en planchas de oro, con labores de esmalte, y tachonada de riquísimas piedras, casi con las mismas inscripciones que se leían en la del segundo Alfonso, como si en los actos más piadosos no pudiera dejar de entereverse el orgullo humano. El alma ó parte interior de esta segunda cruz es de roble. ¿Qué misterio encierra este leño? Encierra un recuerdo el más propio para excitar al mismo tiempo el entusiasmo religioso y el patriotismo de los asturianos. Es la misma cruz de Pelayo. es aquella cruz rústica que el primer liberta-

dor de España tenía en Covadonga, y con la cual se presentó en el glorioso combate.

Es *la cruz de la Victoria*, que así la llamaba el pueblo, porque con ella venció su héroe.

¿Cuál sería el móvil principal que impulsara á Alfonso á consagrar este don, que Ambrosio de Morales, teniéndole á la vista, llama la más rica joya de España? ¿Sería todo piedad, mezclárase algo de rivalidad humana, ó sería acaso un pensamiento político? Todo pudo aunarse en unos tiempos en que si la devoción y la piedad eran verdaderas virtudes en los príncipes, tenían que ser también su política, como el medio de captarse las voluntades de unos pueblos para quienes era todo la fe (1).

Al expirar el año 884, presenciaron los españoles, cristianos y musulmanes, un espectáculo interesante, cuadro dramático y tierno, que representa y dibuja á los ojos del mundo pensador, mejor que los documentos históricos, la índole de la época y la situación respectiva en que se habían colocado ya los dos pueblos. Un embajador cristiano se había presentado en la corte mahometana de Córdoba, enviado por el rey de Asturias. Este embajador es un ministro del altar, era un presbítero, Dulcideo de Toledo. ¿Cómo así se ha atrevido ya un sacerdote de Cristo á presentarse, solo, desarmado, indefenso, en la capital del imperio Omniada, allí donde está el suceso de Mahoma, el terrible Mohammed, gran peseguidor que ha sido de los cristianos? Es que este Mohammed ha solicitado una tregua, ha propuesto una alianza al rey cristiano Alfonso el temido, y ese sacerdote ha llevado de Alfonso la misión de ajustar las condiciones de la paz. Entre estas condiciones había entrado una muy propia del espíritu de aquel tiempo, la de que los cuerpos de los santos mártires Eulogio y Leocricia que los mozárabes de Córdoba guardaban, fuesen trasladados á Oviedo. Accedió á todo el emir, y las reliquias de dos santos, conducidas por un sacerdote, cruzaron pacíficamente desde el Mediodía de España hasta su extremidad septentrional por en medio de pueblos mahometanos, sin que nadie se atreviese á inquietar ni los sagrados restos ni al ministro de paz que los conducía.

Una solemne festividad religiosa anunciaba el 9 de enero en la corte del reino cristiano la llegada del precioso tesoro. Es extraño que la imaginación poética de los orientales no augurara de esta primera humillación del islamismo que pudiera un día el templo del Salvador de Oviedo donde iban las reliquias, acabar de abatir la gran mezquita de la ciudad de donde salían.

¡Sublime testimonio del gran respeto que debía inspirar ya á los infieles el solo nombre de Alfonso el cristiano! ¡Y cómo no habían de respetar al vencedor de Abdel Walib, al triunfador de Orbigo, de Polvoraria, de Sahagún y de Zamora, al que les había arrancado á Deza y Atienza, á Salamanca y Coria, al que los había arrojado de Coimbra, de Porto, de Auca, de Lamego y de Viseo, al que se había atrevido á llevar las lanzas cristianas hasta tocar con ellas los viejos torreones de la antigua corte de

(1) En el tomo XXXVII de la *España Sagrada* pueden verse las escrituras de otras donaciones hechas á diferentes iglesias y monasterios por Alfonso el Magno.

Recaredo y de Wamba? ¡Príncipe magnánimo, que después de abdicar un cetro que empuñara con gloria por espacio de 45 años, tuvo la heroica humildad de pedir permiso al mismo á quien acababa de hacer monarca para combatir á los infieles, y que, anciano y destronado, acreditó que para ser grande y vencedor no necesitaba ni de juventud ni de cetro, y ejecutada su postrera hazaña bajó tan satisfecho al sepulcro como había descendido resignado del trono!

Por lo menos entre los monarcas de Asturias y los emires de Córdoba hemos visto guardarse los pactos con cierta nobleza y dignidad correspondiente á dos grandes poderes. La sangre árabe mostrábase por lo común menos indigna de mezclarse con la sangre española. Perfidia y doblez era lo que acreditaban casi siempre los caudillos berberiscos. Estos africanos no sólo no escrupulizaban de faltar abiertamente á las promesas y convenios, sino que empleaban los artificios más alevos para engañar así á cristianos como á musulmanes, así á enemigos como á favorecedores. Zaid, Hassam, Amrú, hacen gala de rebelarse primero contra su soberano para burlar después á Carlomagno y Luis. Mohammed ben Abdelgebir, el revolucionario de Mérida, infiel á Abderramán, concluye con ser traidor á Alfonso el Casto, á quien había debido asilo y hospitalidad. Haf-sún, el famoso jefe de bandidos de Trujillo, gran revolvedor en el Pirineo y en el Ebro, después de protestar sumisión, obediencia y lealtad á Mohammed, asesina traidoramente á su nieto Ben Cassim y á las tropas que el confiado emir le suministrara. Su hijo Caleb, heredero de su deslealtad, ejecuta en Toledo una felonía semejante á la de su padre en Alcañiz, abusando tan alevosamente de la buena fe de Haxem, como su padre había abusado de la de Almodhir. Abdallah ben Lopia corresponde con ingratitud á Alfonso III, protector de su padre; abandónale sin motivo, para aliarse después y faltar alternativamente á sus dos tíos, al emperador musulmán y al monarca cristiano. La conducta de Muza el renegado con árabes y españoles, con extraños y con deudos, mostró lo que había que fiar en la fe morisca. Parecía que estos africanos se habían propuesto renovar en España y resucitar la memoria de aquella fe púnica de los otros africanos sus mayores, los cartagineses.

En este período han comenzado á sonar en Álava, Castilla y Galicia, y como anunciar su futura influencia los condes gobernadores de provincias y castillos. En Álava Eilón y Vela Jiménez, rebelde y prisionero el uno, enviado á reemplazarle el otro: en Castilla Rodrigo, de desconocido linaje, Diego Rodríguez Porcellos su hijo, fundador de Burgos, Nuño Núñez, gobernador de Castrojeriz, Nuño Fernández, suegro de García de León y conspirador con él: en Galicia Pedro, el que arrojó á los normandos, y Fruela, el que se levantó contra Alfonso III. Hasta ahora han sido gobernadores puestos por los monarcas; no tardarán en aspirar á ser independientes.

Época estéril todavía en letras, no dejaba de haber ya escuelas cristianas, tales como la estrechez de los tiempos las permitía. Abundaban los libros sagrados (1), y no faltaba algún obispo y algún monje que escribiera

(1) En el testamento ó carta de dotación de Alfonso III á la iglesia de Oviedo se



las crónicas de los sucesos; y si la que hemos citado tantas veces como del obispo Sebastián de Salamanca no fué acaso del mismo rey Alfonso III, como muchos sostienen, y con cuyo nombre es también conocida, prueba por lo menos que se suponía á aquel monarca bastante aficionado á las letras para hacerla escribir, ó con bastante capacidad para escribirla él mismo (1).

II. ¿Cómo y por qué leyes se regían estos tres Estados cristianos independientes que se han formado en la Península? Distintos en origen y procedencia, distintos el carácter, las costumbres, las tendencias de cada localidad, distintos tenían que ser también los principios que sirvieran de base á su organización, y diversas la fisonomía social de Asturias, de Barcelona y de Navarra.

Las tradiciones y las leyes góticas seguían prevaleciendo en el más antiguo de los tres reinos, así en la corte como en la Iglesia, así en el orden de sucesión al trono como en el sistema penal; y las dos asambleas de obispos que el tercer Alfonso congregó en Santiago y en Oviedo, para consagrar aquella iglesia reedificada por él, y para elevar ésta á la clase y dignidad de metropolitana, ambas fueron como una reproducción de los concilios góticos, con la misma intervención que en aquellas antiguas congregaciones eclesiásticas tenían respectivamente los monarcas y preladados (2).

Mixto de origen godo y franco el condado de Barcelona, tenía que reflejar en su constitución y en sus usos el genio y carácter de los dos pueblos de que procedía. Godos eran los que se habían refugiado en considerable número á aquel territorio; con el nombre de Gothia se señaló el vasto país de que formaba parte la Marca Hispana, y después el condado de Barcelona, y era natural que se considerara en derecho como vigente la legislación goda; por lo mismo no es maravilla que las leyes godas se citaran con la frecuencia que manifiestan los documentos insertos en el apéndice á la Marca Hispánica del arzobispo Pedro de Marca. ¿Pero cómo había de dejar de sentirse al propio tiempo, y aún con más fuerza, la influencia inmediata de la organización y de las costumbres francas, ha-

lee haber entrado en el número de las dádivas *muchísimos* libros sagrados; *libros etiam divina pagina plurimos*.

(1) Atribuyéronla al primero, Pelayo de Oviedo, Ocampo, Morales y Sandoval; al segundo, Pérez, Mariana, Pellicer, Mondéjar, Pagi y otros. Puede verse sobre esto el Apéndice VII al tomo XIII de la *España Sagrada* de Flórez.

(2) En el concilio de Oviedo dijo el rey á los Padres que los había convocado para elegir metropolitano, arreglar la disciplina eclesiástica, y reformar las costumbres que con la revuelta de los tiempos andaban algo estragadas. Determinóse en él entre otras cosas que se celebrasen sínodos dos veces cada año, y se concluyó mandando que se observasen los cánones de los de Toledo. Las actas se perdieron, y no hay razones bastante fuertes para asegurar que sean auténticas las que publicó Aguirre en el tomo III de su colección. Véanse Risco, *Esp. Sagr.*, tom. XXXVII.—Ferrerías, Sinopsis Hist.—Mariana se muestra bien poco versado en la historia cuando al hablar de este concilio dice: «No era lícito conforme á las leyes eclesiásticas convocar los obispos á concilio si no fuese con licencia del Papa.» En harto fuertes términos le reprenden este error histórico sus dos ilustradores Mondéjar y Sabau. Nosotros le remitiríamos á la historia de los ocho siglos de la Iglesia que iban trascurridos.

biendo sido los monarcas francos los creadores de aquel Estado? ¿Cómo no había de participar el condado de Barcelona, aun después de erigido en independiente, de la constitución, de la índole, de la legislación de la monarquía franca, de que era hijo, y de que había sido feudatario? De aquí la necesidad que más adelante se reconoció de corregir en parte la legislación goda y de suplir lo que á ella faltaba con los *Usages*, que á su tiempo daremos á conocer, como lo hicimos con el fuero de los visigodos.

Desde luego se observa en el condado de Barcelona el principio hereditario de la soberanía, con aquella especie de carácter patrimonial y de familia que le daban los reyes de la raza carlovingia, tan diferente del principio casi electivo que seguía observándose en la monarquía de Asturias. Véase el tinte, la fisonomía feudal que constituía la organización de las monarquías francas, y que arrancando de la corona se extendía á las últimas autoridades y funcionarios del Estado, formando como una escala jerárquica de inféudaciones, de señoríos y vasallaje, viniendo á ser la condición social del condado de Barcelona por causas de origen y de influencia casi idéntica á la de aquellas monarquías, como nos lo irá demostrando la historia (1).

Si oscuro, intrincado y nubloso hemos hallado el origen y principio del reino de Navarra, no rodea más claridad ni alumbrá más copia de luz al origen, época y naturaleza del primer código de leyes que se supone hecho por los navarros, conocido con el nombre de *Fuero de Sobrarbe*. ¿Qué era, y dónde y cuándo nació el famoso Fuero de Sobrarbe? Compendiarémos lo que se cuenta de la historia de este código, que así se refiere al reino de Navarra como al de Aragón, que algunos suponen simultáneos, pretendiendo otros hacer aquél posterior á éste, que es la eterna disputa que el afán de la antigüedad ha suscitado, y mantendrá si se quiere perpetuamente entre aragoneses y navarros, como si uno y otro país no abundaran de verdaderas glorias históricas, sin necesidad de encaramarse á buscarlas allá donde no pueden hacer sino darse tormento á sí propios y dárselo al historiador.

Dícese que un ermitaño llamado Juan, con deseo de hacer vida retirada, construyó para sí una morada en el monte Uruel cerca de Jaca, donde levantó también una capilla con la advocación de San Juan Bau-

(1) El erudito catalán Masdeu se dejó sin duda arrastrar de un celo laudable, pero exagerado, de amor patrio, al sentar en términos absolutos que «Cataluña jamás recibió la legislación francesa.» (*Historia crítica de España*, t. XIII.) Aserción extraña en quien da cuenta de los nombramientos de condes hechos por los reyes francos, y de los *preceptos* de Carlomagno, Luis el Piadoso y Carlos el Calvo, que en el nombre mismo de *preceptos* parece llevar envuelto carácter jurisdiccional. Pudiera ser admisible la aserción del docto crítico si se refiriera á época posterior.

Merece mencionarse, por la idea que da de las costumbres de la época, el singular privilegio que Ludovico, Pío concedió á la iglesia de los santos Justo y Pastor de Barcelona, fundada y dotada por él. Cuando algún caballero era desafiado, retado y retador debían ir á jurar la batalla en dicha iglesia. El día del combate, antes de pasar al campo, habían de entrar en el templo á prestar juramento, el acusador de ser cierta la acusación, y el acusado de ser falsa, de pelear con armas legales, etc.—Pujades, *Chronica*, part. II, lib. X, cap. xiv.

tista. La fama de su santidad le atrajo otros cuatro compañeros que quisieron hacer la misma vida ascética y eremítica que él. Cuando murió el ermitaño Juan, acudió mucha gente de la comarca á hacerle las honras. Entre los concurrentes lo fueron trescientos nobles ó caballeros, que algunos hacen subir á seiscientos, los cuales no iban, dicen otros, á hacer las exequias al ermitaño Juan de Atarés, sino huyendo de los conquistadores moros. Allí reunidos, comenzaron á tratar de la manera de defender su país de los infieles y sacudir su pesada servidumbre, y entonces aclamaron por rey ó caudillo, según unos á Íñigo Arista, según otros á García Jiménez, que suponen dió el señorío de Aragón al conde Aznar, padre de Galindo que le sucedió en el condado de aquella tierra. Bajo la conducta de aquel jefe ganaron una gloriosa batalla sobre un numeroso ejército de moros junto á la villa de Ainsa, que desde entonces fué como la capital del naciente reino de Sobrarbe. A la media legua de esta villa se encuentra una cruz puesta sobre una columna de piedra, imitando el tronco de un árbol, rodeada de otras columnitas de orden dórico, que sostienen una media naranja cubierta de pizarra, cerrado todo el monumento por una verja de hierro. Este, dicen, fué el sitio de aquella célebre victoria, y aquella cruz es el emblema de una cruz roja que se le apareció al afortunado caudillo sobre una encina durante la refriega, y de la cual viene el nombre de *Sobrarbe*, contracción de *sobre-el-árbol*, si bien otros le derivan de *super-Arbem*, *sobre la sierra de Arbe*. Todos los años el 14 de setiembre acuden los fieles en romería á aquella capilla, y para mantener viva la memoria de tan glorioso suceso algunos vecinos vestidos de moros hacen una especie de simulacro de la referida batalla. Esta es una de las diferentes versiones con que se explica el nacimiento del reino de Sobrarbe á principios del siglo VIII (1).

Añádese que al depositar aquellos montañeses el poder en manos de un caudillo le pusieron entre otras las condiciones siguientes: «que jurase mantenerlos en derecho y mejorar siempre sus fueros; que se obligase á partir la tierra y distribuir bienes y honores entre los naturales del país; que ningún rey pudiera juzgar, ni hacer guerra, paz ó tregua, ni determinar negocios graves con príncipe alguno, sin acuerdo de doce ricos-omes, ó de doce de los más ancianos y sabios de la tierra.» A esto poco más ó menos se reducía el Fuero de Sobrarbe, según Moret y Elizondo; el mismo en lo sustancial, pero distinto en los términos del que trae Blancas en sus Comentarios de las cosas de Aragón, escrito en la propia forma y estilo que las famosas leyes de las Doce tablas de los romanos (2). Avanzan al-

(1) De aquí han pretendido muchos escritores aragoneses derivar la antigüedad del reino de Aragón, disputándosela al de Navarra, apoyándose en la vecindad de Bigorra, de donde creen haber venido Íñigo Arista, en que los caballeros que se hallaron á la elección de rey eran de sus montañas, y en haber elegido para su sepultura aquellos primeros reyes los monasterios de San Juan de la Peña y San Victorián; sin embargo, los críticos modernos no dudan en rechazar por apócrifas las inscripciones sepulcrales de San Juan de la Peña, uno de los grandes fundamentos de toda esta historia.

(2) He aquí el texto latino: *In pace et justitia regnum regito, nobisque foros meliores irroganto.—E Mauris vindicabunda dividuntur inter ricos-homines non modo, sed etiam inter milites et infantiones.—Peregrinus autem homo nihil inde capito.—Jura dicere*

gunos escritores aragoneses á asegurar que en el *Fuero de Sobrarbe* se estableció ya la dignidad del *Justicia*, que tan célebre se hizo en la historia política y civil de aquel reino, y no lo dirían sin fundamento á ser ciertas las palabras del Fuero latino: *Judex quidam medius adesto, ad quem a rege provocare, etc.*

En vista de esto, ¿será cierta la existencia del Fuero de Sobrarbe? El historiador Moret que trató de propósito de esta materia después de haber consultado los archivos, y á cuyo buen juicio y espíritu investigador hacen justicia los mismos que difieren de sus opiniones, sienta como cosa incontestable que el Fuero de Sobrarbe no pudo redactarse hasta fines del siglo XI en tiempo de Sancho Ramírez (1). El motivo, dice, de haberse puesto en forma por don Sancho Ramírez el Fuero de Sobrarbe fueron las grandes quejas que en su reinado se levantaron acerca del gobierno, leyes y forma de juzgar entre aragoneses, pamploneses y sobrarbinos. Así lo indica aquel rey en una escritura suya, según la cual pasó á arreglarlo todo con los magnates en San Juan de la Peña (2).

Niegan muchos modernos no sólo la existencia del Fuero, sino hasta la del reino mismo de Sobrarbe, que ciertamente no hallamos mencionado en las crónicas que nos han servido de guía, al menos como existente en la época remota en que se supone (3).

El señor Yanguas, antiguo archivero de la diputación de Navarra, y de cuyos conocimientos en esta materia tenemos más de un testimonio en sus diferentes obras (4), dice así, hablando del Fuero de Sobrarbe: «Si oscura es la materia que acabamos de explicar (5), no lo es menos la del origen del Fuero de Sobrarbe, y el tiempo en que se estableció: porque *el Fuero primitivo no existe*, y son muchos los códices que andan manus-

*regis nefas esto, nisi adhibito subditorum consilio.—Bellum agradi, pacem inire, inducias agere, remve aliquam magni momenti pertractare caveto rex, præterquam seniorum annuente consilio.—Ne quid autem damni, detrimentive lege aut libertates patiantur, judex quidam medius adesto, ad quem a rege provocare, si aliquem læserit, injuriasque arcere, si quas forsan reipublicæ intulerit, jus fasque esto.*

El que insertó Pellicer en castellano antiguo en sus Anales de España, copiado de un códice del Escorial, y compuesto de un prólogo y de diez y seis leyes, ha sido calificado expresamente de apócrifo.

(1) Investig. Histor., lib. II.

(2) El original que vió Moret comenzaba así: *Quoniam mezclabatur omnis terra mea per judicios malos super terras, et vineis, et villas, placuit mihi supradicto regi, et veni ad Sanctum Joannem, etc.*—Tabula pinnat. lig. 1, n. 20, lib. I.

(3) «En mi concepto, dice Morón, no existió jamás el reino de Sobrarbe figurado por los aragoneses, ni el fuero que suponen en el modo y forma con que describen su redacción. Hasta don Sancho el Mayor, es decir, hasta el siglo XI, no hacen mérito los documentos históricos ni siquiera del territorio de Sobrarbe, ni aparece la monarquía de Aragón hasta que don Sancho el Mayor de Navarra dió este reino, pequeño á la sazón, á don Sancho Ramírez.» «Y en el siglo XIII, añade, no se sabía siquiera lo que era el Fuero de Sobrarbe.» *Hist. de la Civilización de España*, tom. IV.

(4) En su Diccionario de Antigüedades del reino de Navarra, Diccionario de los Fueros. Apuntes para la sucesión á la corona de Navarra, y su historia compendiada del mismo reino.

(5) Hablaba del *Fuero general* de Navarra.

critos, casi todos de diferente contexto, variados y adicionados.... Yo sospecho que el Fuero original de Sobrarbe contenía muy pocos artículos, reducidos principalmente á la forma de levantar rey, su juramento, y las prerrogativas de la nobleza y del país de Sobrarbe, á quien parece se concedió; de manera que podía titularse el *Fuero de los Infanzones*, como lo indica el artículo 137 del código de Tudela que dice así: «Et establimos é damos por fuero á los infanzones de Sobrarbe, etc. (1).» Y más adelante: «El título y prólogo de este Fuero de Sobrarbe tampoco dan ninguna luz acerca de la época de su establecimiento, porque están llenos de inconexiones.» El de Tudela comienza diciendo: «En el nombre de Jesucrist, que es é será nuestro salvamento, empezamos este libro, por siempre remembramiento de los Fueros de Sobrarbe é de cristiandad exaltamiento.» «En medio de estas dificultades, dice después, sólo se puede asegurar que hubo un Fuero de Sobrarbe, pero nada de la época en que se estableció, del rey que intervino en su concesión, ni de sus leyes primitivas. Pudiera dudarse también si se le dió el nombre de Fuero de Sobrarbe por haberlo concedido á ese país, ó por haberse formado en él; pero parece más cierto lo primero, si se examina con reflexión el artículo 137 ya copiado: *Et establimos é damos por fuero á los infanzones de Sobrarbe*: lo cual indica que dicho Fuero era relativo únicamente á la nobleza, esto es, á los hombres libres; pero también se mezclaron en ese código leyes y costumbres antiguas, y se adicionaron otras sucesivamente.... Puede asegurarse finalmente, que hubo ciertos pactos sociales y jurados entre los monarcas y los pueblos de Navarra, Sobrarbe y Aragón, cuyos naturales, unidos desde el principio de la guerra contra los africanos, por costumbres, simpatías y necesidades que les eran comunes, caminaron también acordes en sus instituciones civiles, hasta que la división de las monarquías, las nuevas conquistas de Aragón, y las relaciones de Navarra con Francia, les hizo contraer respectivamente otros hábitos, y alejarse con el tiempo de los primitivos (2).»

«La Academia de la Historia (dice el académico Tapia), que registró tantos autores y documentos originales para ilustrar la primera época del reino Pirenaico, da por sentado que en la elección de Íñigo Arista se hicieron pactos fundamentales. Natural era, pues, prosigue, que se escribiesen para preservarlos del olvido; y esto se haría en latín, que era la lengua usada para los instrumentos públicos (3).»

Sentados estos precedentes, y omitiendo otros que no harían sino complicar esta reseña de las diversas opiniones sobre la existencia, carácter y origen del Fuero de Sobrarbe, nosotros creemos que los vascones del Pirineo y los montañeses de Jaca, viéndose acometidos por los moros, y con noticia de la resistencia que á los mismos opusieron los cristianos de Asturias, se unieron y aliaron más estrechamente de lo que antes estaban, y reconociendo la necesidad de elegir un caudillo que los gobernara en la paz y en la guerra, y obrando conforme á su espíritu de independencia y

(1) Dicción. de Antigüed., tom. I, art. *Fuero general*.

(2) *Ibid.*, pág. 578.

(3) Tapia, *Historia de la Civilización española*, tom. I, cap. vi.

á sus costumbres, impusieron á este caudillo, bien se llamara García Jiménez, bien Íñigo Arista, bien García Íñiguez, ó bien Sancho Garcés, ciertos pactos y condiciones que creyeron necesarias para conservar sus libertades, y para que el gobierno que se iban á dar no degenerara en un despotismo como el de los últimos monarcas godos, cuya memoria tuvieron acaso presente. No creemos que para esto fuese necesario un grado de ilustración como el que algunos modernos parece exigir para la redacción de aquéllos fueros; bastaba para dictarlos el sentimiento de libertad y de independencia que era como innato á aquellos rústicos montañeses.

Tenemos, pues, por cierta la existencia de un pacto entre los pueblos aragoneses y navarros, todos vascones en aquel tiempo, y sus primeros reyes, cuyo pacto se llamaría entonces ó después *Fuero de Sobrarbe*. Y así como convenimos en que aquellos primeros reyes, más que verdaderos monarcas serían unos caudillos militares, á quienes unos pueblos también guerreros confiaban el ejercicio de un poder mixto de legislativo, judicial y militar, así también convendremos en que aquellos fueros, ó no se escribieron en el principio, supliendo el juramento á la escritura, ó si se consignaron por escrito, perdiéronse en aquella época de turbulencias y de guerras, quedando acaso mejor conservados en la memoria tradicional que en las diferentes copias que de ellos nos han dado diversos autores, las cuales, opinamos con el juicioso Yanguas, han sido variadas y adicionadas, no existiendo ya el primitivo Fuero.

El estar basados sobre el Fuero de Sobrarbe así el general de Navarra, como los demás cuadernos legales que con el nombre de Fueros otorgaron después los reyes don Sancho Ramírez y don Alonso el Batallador á las ciudades de Jaca y Tudela, y el haber sido el fundamento y principio de las tan famosas y celebradas libertades de Aragón que tan merecido gozan en la historia, al propio tiempo que nos persuade no haber podido ser el llamado Fuero de Sobrarbe una mera invención ó un hecho imaginado, nos da una alta idea del espíritu de independencia y libertad que abrigaban en sus corazones los rústicos montañeses del Pirineo, espíritu que unido á su denuedo y bizarría en los combates, y al celo religioso que los animaba, contribuyó tanto á enfrenar el orgullo sarraceno, influyó tan poderosamente en la reconquista de España, y sirvió de nuevo cimiento á las libertades españolas, como en el discurso de la historia tendremos más de una ocasión de ver comprobado (1).

Tales eran en general los respectivos principios que servían de base al gobierno de cada uno de los tres Estados cristianos de la Península; gobierno imperfecto todavía, como de Estados nacientes, pues si bien el de Asturias contaba ya dos siglos de existencia, la rudeza de los tiempos y la necesidad continua de pelear hacían que monarcas y súbditos atendieran más ó á la propia defensa ó á la conquista y material engrande-

(1) Escriben además algunos autores, que cuando Íñigo Arista aceptó los fueros añadió, que si por un evento llegaba en lo futuro á lastimar en lo más mínimo los fueros del reino ó la libertad del país en ellos contenida, pudiesen elegir otro rey, cual ellos por mejor tuviesen, «ó infiel ó cristiano:» mas que en lo de poder elegir rey infiel, no lo admitieron por cosa deshonesta. Zurita. Anal., tomo I, cap. v.

cimiento de territorio que á la organización política y civil del Estado, que al estudio de las letras, al fomento de la industria y de las artes, y á los medios de regularizar una administración.

III. ¿Qué lengua se hablaría en estos primeros siglos de la reconquista en las diversas comarcas y Estados cristianos de España? Que el idioma se alteró y modificó con la conquista de los árabes y la caída del imperio goda, es incuestionable. Fuera es de duda también que el latín, ya algo adulterado en la dominación goda aun entre las clases ilustradas y los hombres de letras, y más viciado y corrompido en el uso vulgar de las masas iliteratas é incultas, apareció desde los primeros tiempos de la restauración no sólo alterado en su sintaxis, en sus casos y declinaciones, sino salpicado también de palabras nuevas y extrañas, que revelaban el nacimiento y formación de un nuevo lenguaje en el pueblo, cuyo lenguaje trascendía á los documentos oficiales, á las escrituras públicas y á los instrumentos solemnes. No hay sino ver los que de esta clase y de aquellos tiempos insertan en sus obras Yepes, Sandoval, Aguirre, Flórez y otros coleccionistas de escrituras, de donaciones y privilegios de los primeros siglos de la restauración (1).

¿Pero qué elementos entraban en la confección de este nuevo idioma, de que había de resultar andando el tiempo la rica y armoniosa lengua castellana? Creemos que los eruditos Aldrete, Pellicer, Poza, Mayáns y Ciscar, Larramendi, Escolano, Sarmiento, Marina y otros ilustres españoles que han tratado de propósito esta materia hubieran podido andar más acordes en sus opiniones y sistemas, si algunos no se hubieran dejado llevar del apasionamiento hacia lo que se llama glorias de cada país; flaqueza de que no suelen eximirse los escritores de más ilustración y criterio (2). No nós empeñaremos ahora nosotros en apurar la parte respectiva que en la formación del nuevo idioma que lentamente se elaboraba pudo haber á cada uno de los elementos que entraron en su composición: ni es de nuestro propósito, ni nos prometeríamos que de nuestro examen saliera una opinión menos sujeta á controversia que las de los autores citados.

(1) En la de fundación del monasterio de Obona en 780 se encuentran las palabras: *vacas, tocino, mula, río, peña*, y otras completamente extrañas al latín, y que hoy forman parte del diccionario castellano. En la de donación de Alfonso el Católico á la iglesia de Covadonga se lee: «Propterea damus vobis Abbati Adulpho et monachis.... duas *campanas de ferro*, et duas cruces.... *tres casullas de syrgo*, et tres *pallias*, et quinque *capas*.... viginti equos, et totidem equas, triginta *porcos*, etc.» En otra de Ordoño I, se encuentra *verano, iberno, ganado, carnicerías*, y otras del lenguaje usual moderno, como *caballos*, desfigurándose cada vez más el degenerado latín con la mezcla de estas voces castellanas al paso que avanzan los tiempos.

(2) Desconsuela ver la divergencia que en este punto se nota entre nuestros filólogos. Mientras Larramendi hace la lengua éuscara ó vascongada una de las más influyentes en la adulteración del latín y en la formación del castellano, Mayáns y Ciscar la coloca en el último lugar de las que entraron en su composición. «Los etimologistas, dice el escritor valenciano, hallarán en el territorio español más etimologías en la lengua latina que en la árabe, más en la arábica que en la griega, más en la griega que en la hebrea, más en la hebrea que en la céltica, más en la céltica que en la gótica, más en la gótica que en la púnica y más en la púnica que en la vizcaína ó vascuence » *Orígenes de la lengua castellana*. tom. II, p. 67.

Cúmplenos sólo como historiadores considerar las circunstancias de tiempo y de lugar en que comenzó á obrarse esta fusión de idiomas y la situación relativa en que cada pueblo entonces se hallaba, para deducir cuáles de ellos pudieron ejercer más influjo en la construcción de aquella nueva é imperfecta gramática, de que después había de resultar una de las más variadas y armoniosas lenguas vulgares.

Reunidos al abrigo de unos riscos los restos del imperio godo-hispano, apiñados allí y en inmediato contacto emigrados é indígenas, obispos, clérigos, monjes, nobles y pueblo de diferentes comarcas de España, así habitantes del interior como moradores de aquellas montañas que más habían resistido la influencia civilizadora de los pueblos dominadores; los unos con el influjo que les daba su mayor saber, los otros con el ascendiente del número; viviendo todos en íntimo trato y comunicación; hablando el clero y los hombres más ilustrados el latín heredado de los romanos, más ó menos alterado ó puro, degenerado en las masas, y adulterado y confundido en los dialectos usuales de éstas con vocablos del primitivo idioma que siempre conservan los pueblos, y con los que en más ó menos copia dejan y transmiten á cada país las dominaciones que pasan, al modo de las arenas ó del limo que los ríos desbordados van depositando en las comarcas que riegan: todos estos elementos, allí donde la necesidad, el peligro y el interés estrechaban entretanto á los hombres, debieron entrar en la refundición del idioma que comenzó á obrarse. Por lo mismo no tenemos dificultad en convenir en que al latín, raíz principal y elemento dominante siempre, se agregarían voces célticas, éuscas, fenicias, púnicas, griegas y hebreas, y que alterando su sintaxis, y modificándole en sus casos, desinencias é inflexiones, dieran nacimiento á la lengua mixta, que perfeccionada y enriquecida había de ser la que después hablaran los españoles.

Siguiéronse luego las guerras con los árabes, las continuas y recíprocas irrupciones; las conquistas y reconquistas, las treguas y alianzas. Comarcas enteras eran dominadas frecuente y alternativamente por españoles y sarracenos; árabes resentidos emigraban á territorio cristiano, cristianos había en países de continuo ocupados por los árabes; ejércitos árabes y españoles peleaban juntos; cautivos musulmanes eran educados por los cristianos y los hacían sacerdotes, como los *clérigos sacrificantes* de Alfonso el Casto; sacerdotes cristianos eran hechos cautivos por los sarracenos, y con sus predicaciones convertían después á los musulimes, como San Víctor (1); renegados de una y otra religión que se pasaban á los dominios contrarios; capitulaciones, cartas, embajadas, y por último enlaces matrimoniales entre súbditos y aún entre príncipes de ambos pueblos. Todas estas relaciones no podían menos de producir mezclas en los idiomas, y no extrañamos que Marina señale la lengua arábica como una de

(1) Flórez, *Esp. Sagr.* tom. XXVIII: Apéndice III.—El mismo Flórez, y Berganza en sus *Antigüedades*, traen documentos de fundaciones religiosas, en los cuales se leen, entre los nombres de los firmantes, no pocos de presbíteros ó clérigos, ó con muy poca alteración, ó completamente árabes, como *Meliki presbiter*, *Meruanus presbiter*, *Alaytrac presbiter*, *Ayub diaconus*, *Mohamudi diaconus*, etc.



las que se inocularon más en la que hoy se habla en Castilla (1); ni que Escalígero dijera que eran tantas las voces arábicas que se encontraban en España, que podía hacerse de ellas un lexicón completo (2). Y aunque no carezca de razón un crítico moderno cuando dice, «que entrando en el examen de la afinidad de las lenguas por el significado de ciertos vocablos y por el análisis, se entra en un laberinto y se prueban los mayores absurdos,» tales pueden ser las afinidades, y tan numerosas las voces y de tan clara procedencia, que no pueda ponerse en duda su origen, y no hay sino abrir el vocabulario español para hallar multitud de palabras cuya raíz, sabor y sonido arábigo es imposible desconocer.

Mientras así se formaba la lengua en el Norte de España, los cristianos del Mediodía de tal manera llegaron á arabizarse, que al decir del ilustre cordobés Pablo Alvaro (3), á mediados del siglo IX apenas se encontraba en aquella tierra quien supiese escribir bien una carta en latín, habiendo por el contrario muchísimos que hacían elegantes y muy correctos y limados versos en árabe. Y esto hubiera acontecido de todos modos con el trascurso de los tiempos, y aun cuando el emir Hixem no hubiera prohibido, como prohibió, que se enseñase el latín en las escuelas de los cristianos, y ordenado el uso del árabe para todas las transacciones sociales.

Entretanto en el Oriente de España, en la Cataluña ó condado de Barcelona, formábase también otra lengua, nacida, como la castellana, del latín corrompido y modificado con los idiomas y dialectos de los pueblos de raza germánica que se establecieron en el Mediodía de la Francia, con quienes en tan inmediatas y tan largas relaciones estuvieron aquellas regiones españolas. Este idioma, construído también sobre las ruinas del romano, fué el provenzal ó lemosín, del que dijo nuestro historiador Gaspar Escolano: «La tercera lengua maestra de las de España es la lemosina, y más general que todas.... por ser la que se hablaba en Provenza, y toda la Guiayna, y la Francia Gótica, y la que agora se habla en el Principado de Cataluña, reino de Valencia, islas de Mallorca, Minorca, etc. (4).» Y hablábase en efecto el lemosín en la larga zona comprendida desde las fronteras de Valencia y parte de Aragón, Cataluña, la Guiena, Languedoc, Provenza, y la Italia Septentrional hasta los Alpes: era la lengua de los célebres *trovadores provenzales* (5).

No insistimos ahora más sobre este punto, porque la historia y los documentos nos irán mostrando cómo el idioma, siguiendo la misma marcha que la nación, se fué formando como ella sobre los fragmentos inco-

(1) Memoria sobre el origen y progresos de la lengua, y especialmente del romance castellano, inserta en el tomo IV de las de la Academia de la Historia.

(2) Joseph. Escalig. *Epistolæ*: epist. 228 ad Isaacum Fontanum.

(3) En su *Indiculus luminum*.

(4) *Hist. de Valencia*, part. I, lib. I, cap. xiv.

(5) «Tal vez, añade un moderno escritor francés que suele hablar con acierto de las cosas de España, tal vez en Cataluña y Aragón tomó origen el uso de la lengua provenzal, porque los catalanes en su famosa *Proclamación católica* recuerdan al rey de España, como uno de sus principales méritos, que los primeros padres de la poesía vulgar fueron los catalanes....» Viardot, *Hist. de los árabes de España*, part. II, capítulo II.

herentes y dispersos arrancados á anteriores dominaciones, que unidos con el tiempo habían de constituir una nación y una lengua propia, abundante y rica.

## CAPÍTULO XIV

ABDERRAMÁN III EN CÓRDOBA.—DESDE GARCÍA HASTA ORDOÑO III EN LEÓN

De 912 á 950

Toma Abderramán el título de *Califa* y de *Emir Almumentn*.—Dedícase á pacificar la España musulmana.—Vence á Caleb ben Hafsún.—Persigue y somete á los rebeldes de Sierra Elvira.—Breve reinado de García, primer rey de León.—Elección de Ordoño III.—Recobra Abderramán á Zaragoza.—Muerte del famoso revolucionario Ben Hafsún.—Triunfo de Ordoño II sobre los árabes en San Esteban de Gormaz.—Derrota de los reyes de León y Navarra en Valdejunquera: resultados de esta batalla.—Llega Ordoño II hasta una jornada de Córdoba.—Prende y ejecuta á cuatro condes de Castilla.—Muerte de Ordoño II.—Efímero reinado de Fruela II.—Jueces de Castilla: Lain Calvo y Nuño Rasura.—Alfonso IV de León.—Gloriosos triunfos de Abderramán.—Apodérase de Toledo.—Ramiro II de León.—Encierra en un calabozo á su hermano Alfonso y á sus tres primos, y hace sacarles los ojos.—Su primera campaña contra los sarracenos: toma y destruye á Madrid.—El conde Fernán González.—Célebres batallas de Simancas y Zamora: triunfos de Ramiro II.—Tregua con Abderramán.—Prisión y libertad de Fernán González.—Muerte de Ramiro II y elevación de Ordoño III.

Llegamos á uno de los reinados más brillantes de la dominación árabe en España; pero también comienza á complicarse la historia de esta nación, abriéndose nuevos teatros á los sucesos.

Reinaba García en León; gobernaban sus dos hermanos Ordoño y Fruela la Galicia y Asturias, como condes ó señores, ó si se quiere con el título honorario de reyes; á Borrell I había sucedido Sunyer en el condado de Barcelona (1); y en Navarra seguía reinando Sancho García ó Garcés, cuando subió al trono de los Beni-Omeyas el nieto de Abdallah, el hijo de Mohammed *el Asesinado*, el joven y aventajado príncipe que estaba siendo el encanto y las delicias de la corte de Córdoba, el más hermoso de los musulmes, el de color sonrosado y ojos azules, el amable, el gentil, el erudito y prudente Abderramán, de quien anunciamos había de ser la gloria y el orgullo de los Omniadas, de quien dijo Ahmed Al-Makari, «que Dios le había dado la mano blanca de Moisés, aquella mano poderosa que hace brotar agua de las peñas, que hiende las olas del mar, la mano que domina, cuando Dios lo quiere, los elementos y la naturaleza entera, y con la que llevó el estandarte del islamismo más lejos que nin-

(1) Y no Mirón, como suponen casi todas nuestras historias, incluso las de Cataluña, hasta que en la obra antes citada del archivero Bofarull se fijó la verdadera cronología de los condes. Es extraño que habiéndose publicado esta obra en 1836, y habiendo dado á luz tres años después el diligente Carlos Romey el tomo III de su *Historia de España*, haya incurrido en el mismo error cronológico, haciendo á Mirón sucesor de Wifredo el Velloso, cuando mediaron entre los dos Borrell I, Sunyer ó Suniario, y Borrell II. Acaso no conocería aún los *Condes de Barcelona vindicados*.

guno de sus predecesores.» Todos los pueblos y todos los partidos recibieron con júbilo la proclamación de aquel joven de veintidós años, á quien conocían ya por su discreción y sus virtudes. Los partidarios de Abdallah veían en él al predilecto de su abuelo; los muzlitas no recelaban de un príncipe cuyo padre había sido sacrificado por su propia causa; y hasta los cristianos andaluces, después de las persecuciones sufridas, miraban con afición al primer soberano musulmán por cuyas venas corría sangre cristiana, porque «la madre que le parió (dice la crónica árabe) se llamaba María, hija de padres cristianos (1).»

Fué el primer emir de Córdoba que tomó el título de Califa á imitación de los de Bagdad, abusivamente dado por nuestros historiadores á los que le habían precedido. Y deseando honrarle los pueblos le dieron también otros como el de Imam, de *Al-Nassir Ledin Allah* (amparador de la ley de Dios), y de *Emir Almumenín* (príncipe de los fieles), de que los cristianos hicieron por corrupción *Miramamoln*. Fué el primero también que hizo grabar su nombre y sus títulos en las monedas, que hasta entonces no se habían diferenciado de las de los califas de Oriente sino en la indicación del año y lugar en que se acuñaban. En las de Abderramán se leía de un lado esta frase sacramental: *No hay más Dios que Dios, único y sin compañero*: circundada de una orla que contenía estas palabras: *En el nombre de Dios, este dirhem (ó dinar) ha sido acuñado en Andalucía* en tal año. De otro lado: *Imam Al-Nassir Ledin Allah Abd el-Rahman Emir Almumenín*; y por último, la leyenda siguiente: *Mahoma es el apóstol de Dios: Dios le envió para dirigir el mundo, para anunciar la verdadera religión, y hacerla prevalecer sobre todas las demás, á despecho de los adoradores de muchos dioses*. La naturaleza de los caracteres arábigos y el carecer sus monedas de busto permitían tan largas inscripciones. A partir de este reinado muchas de ellas llevaban también el nombre del hagib ó primer ministro, lo cual no dejó en lo sucesivo de influir en las prerrogativas de estos primeros funcionarios.

Dedicóse antes de todo Abderramán á pacificar la España musulmática, y dirigiendo sus miras hacia los hijos del rebelde Hafsún que seguían apoderados de Toledo, de algunas ciudades del Mediodía, y de gran parte del Este de España, hizo un llamamiento general á todos los musulimes, los cuales acudieron en tanto número á la voz del nuevo califa, que para que las familias no quedaran sin apoyo y los campos sin cultivo, fué menester limitar las huestes, quedando reducidas á cuarenta mil hombres, distribuidos en ciento veintiocho banderas. Al frente de este ejército se encaminó Abderramán hacia Toledo. Sometiéronse pronto las fortalezas de la comarca, y no atreviéndose Caleb ben Hafsún á sostener la campaña, salió en busca de refuerzos á la España Oriental, dejando encomendada la defensa de Toledo á su hijo Giafar. Siguióle allí el califa: su tío el valeroso

(1) Conde, cap. LXVIII.—Según un Mss. del Escorial á que se refiere Morales, Abderramán III era nieto de Abdallah y de Íñiga, hija de García Íñiguez el de Navarra, la cual fué cautivada en la batalla de Aybar en que murió su padre. Mohammed, hijo de esta cristiana, se casó también con otra, llamada María, de quien nació Abderramán.

Almudhaffar, bien conocido ya de los rebeldes, guiaba la vanguardia y se encargó de dirigir el combate. Pronto se encontraron con los enemigos en una espaciosa llanura, á propósito para los horrores de una batalla campal, entre Toledo y las montañas de Cuenca. Previamente algunas ligeras escaramuzas entre las avanzadas de uno y otro ejército, empeñáronse en la lid ambas huestes en medio de espantosos alaridos y al ruido de las trompetas y añafles (1). Algún tiempo estuvo incierta la victoria. Al fin la numerosa caballería de Abderramán desordenó las filas contrarias, y siete mil cadáveres enemigos quedaron cubriendo el campo del combate; el triunfo costó al califa tres mil hombres: Ben Hafsún se retiró á Cuenca con fuerzas respetables todavía. Era la primera batalla en que se encontraba el joven Abderramán y se estremeció de ver tanta sangre musulímica derramada; los heridos de uno y otro partido le merecieron igual solicitud, y mandó que se curara á todos con esmero (913).

La continuación de aquella guerra quedó al cuidado del entendido y leal Almudhaffar, y el califa se volvió á Córdoba acompañado de los principales jeques de las tribus andaluzas y de los jefes de su guardia particular. Poco tiempo permaneció en la corte del imperio. Había entrado en su ánimo antes que todo sosegar las turbulencias intestinas y calmar los enconos de los partidos, y con este objeto se dirigió á las sierras de Jaén y Elvira, donde se abrigan rebeldes que no cesaban de inquietar al reino. Cuál sería la política, la prudencia, la dulzura y la confianza que inspiraba el joven califa, demuéstranlo los resultados. Los más poderosos y altivos guerrilleros de aquellos montes no sólo le rindieron las armas, sino que pidieron emplearlas en su servicio y ayudarle á acabar la guerra civil. Tales fueron el ya célebre Azomor, señor de Alhama, y el famoso Obeidalah, señor de Cazlona y jefe de los sediciosos de Huesca y de Segura. El generoso Abderramán no sólo los recibió con benevolencia, sino que nombró al primero alcaide de Alhama, y al segundo walí de Jaén. Valióle esta conducta la sumisión de más de doscientos alcaides de poblaciones fuertes que tremolaban en sus almenas el pendón real con gran contento del país. Después de lo cual regresó Abderramán á Córdoba, y fué recibido del pueblo con inexplicable regocijo (915).

¿Qué era entretanto de los reyes de León? Las crónicas musulmanas no hablan de guerras con los monarcas cristianos en los primeros años de Abderramán, ni los mencionan siquiera. Pero suplen este vacío las crónicas cristianas. Por ellas sabemos que el primer rey de León, García, hizo el primer año de su reinado (910) una expedición contra los moros de Hafsún, en que habiendo talado y quemado á Talavera, volvió con gran botín y cautivos, entre ellos el caudillo Ayola, que por descuido de los conductores logró fugarse (2). Que dotó, según costumbre, varias iglesias y monasterios, entre ellos el de San Isidoro de Dueñas, y que murió en Zamora después de un reinado de poco más de tres años (desde diciembre de 910 á enero de 914). A su muerte, reunidos los grandes de palacio y los obispos del reino para el nombramiento de sucesor, con arreglo á la anti-

(1) *Al nafil*, una de las muchas palabras árabes que quedaron en nuestro idioma.

(2) Sampir. Chron. n. 17.

gua costumbre de los godos, fué electo rey de León su hermano Ordoño, que gobernaba la Galicia, y que ya en más de una ocasión había aterrado á los musulmanes con sus arrojadas excursiones hasta el Guadiana. Así volvieron á reunirse bajo un cetro León y Galicia, momentáneamente separadas (1).

Ocupábase Abderramán, después de los triunfos de Jaén y Elvira, en embellecer y agrandar los pueblos, mezquitas, fuentes y otros edificios de Córdoba y de otras ciudades de Andalucía, cuando recibió cartas de su tío Al-mudhaffar noticiándole sus ventajas contra los rebeldes de Ben Hafsún, á quienes de tal manera había acosado que ni se atrevían ya á entrar en las poblaciones, ni se tenían por seguros sino en las fragosidades más ásperas de las montañas; añadiendo que para acabar de exterminarlos era menester reunir toda la gente de armas de la tierra de Tadmír, y perseguirlos sin tregua ni descanso, y sin consideraciones de una humanidad mal entendida. Penetrado el califa de las razones de su tío, escribió sobre la marcha á los gobernadores de Valencia y Murcia, para que al apuntar la primavera tuviesen toda su gente aparejada y pronta para entrar en campaña: él mismo partió con su caballería á la provincia que conservaba el nombre de Tadmír: recibíéronle con entusiasmo en Murcia, Lorca y Orihuela, visitó las ciudades de la costa, Elche, Denia y Játiva, detúvose unos días en Valencia, y de allí por Murviedro, Nules y Tortosa siguió por la orilla del Ebro hasta Alcañiz, donde se presentaron á hacerle sumisión multitud de jefes que habían sido del partido de Ben Hafsún.

Dirigióse seguidamente á Zaragoza, ciudad de muchos años ocupada por aquel rebelde, y donde por lo mismo contaba con numerosos parciales. Pero la fama de Abderramán y de sus virtudes era ya grande; casi todos los habitantes se declararon por él, en términos que acordaron abrirle las puertas sin condiciones y sin otra fianza que su generosidad. No debió pesarles de ello, porque el califa recibió á todos con su bondad acostumbrada, publicó un indulto para todos los partidarios de Ben Hafsún que se hallasen en la ciudad ó se le sometiesen en un plazo dado, á excepción del caudillo rebelde y sus hijos, de quienes exigía una sumisión especial y con garantías que la asegurasen, y al día siguiente entró en Zaragoza, dando un día de júbilo á sus moradores. Gran prestigio ganó Abderramán con la recuperación de una plaza tan importante como Zaragoza, y tanto tiempo hacía desmembrada del imperio. Estas victorias alcanzadas sin efusión de sangre, prueban lo que puede un príncipe á quien antes que el aparato bélico y el esplendor de las armas ha precedido la fama de sus bondades y el brillo de sus virtudes.

Hallándose el califa en Zaragoza, cuya deliciosa campiña mostró agrardarle mucho, presentáronsele dos enviados de Ben Hafsún proponiéndole tratos de paz. El rey, dice la crónica árabe, los recibió sin aparato ni ostentación en su campo á orillas del Ebro. El más anciano de los dos, que era alcaide de Fraga, le expuso en muy atentos términos que los deseos de Ben Hafsún eran de vivir en paz con él; que sentía como el

(1) Samp. Chron. n. 17.—Silens. Chron, p. 295.—Sandoval, Cinco obispos.—Morales, lib. XV. Flórez, t. XIV.

que más la sangre que se derramaba en los combates, y que por lo mismo, si le reconocía la tranquila posesión de la España Oriental para sí y sus sucesores, él mismo le ayudaría á defender las fronteras de aquella parte; en cuyo caso y en prueba de su lealtad le entregaría inmediatamente las ciudades de Toledo y Huesca, y los fuertes que tenía en su poder. Oyó Abderramán el extraño mensaje y respondió: «Por un exceso de paciencia he sufrido que un rebelde se atreva á proponer tratos de paz al príncipe de los creyentes con aire de soberano: agradeced á vuestra calidad de parlamentarios el que no os haga empalar; volved y decid á vuestro jefe, que si en el término de un mes no viene á rendirme homenaje, pasado este plazo no le admitiré ni con ninguna condición ni en ningún tiempo.» Volviéronse, pues, los dos mensajeros poco satisfechos del éxito de su misión, y Abderramán, arreglado lo necesario al gobierno de Zaragoza, y dejando otra vez á su tío Almudhaffar el cuidado de la guerra, regresó de nuevo á Córdoba (1).

Las aclamaciones con que le recibió el pueblo de Córdoba turbáronse con la noticia que llegó de una nueva sublevación en las sierras de Ronda y de Alpujarra. ¿Quién movía ahora á estos montañeses, cuando sus principales caudillos se habían sometido al califa? Un imprudente recaudador de las rentas del azaque había vuelto á encender el fuego ya apagado. La dureza que empleaba en la exacción, las demasías de los soldados que le acompañaban y que se entraban por las casas de los contribuyentes á arrancarles á la fuerza los impuestos, exacerbó los ánimos de aquellos montañeses, que acometieron á las tropas y mataron la mayor parte de ellas. Una vez de nuevo rebelados, volvieron á nombrar por su caudillo al alcaide de Alhama Azomor, el más prudente y humano de todos, y de quien habían sido tratados con dulzura. Azomor, aunque acababa de someterse al califa y de ser favorecido por él, no tuvo el suficiente carácter para resistir á las exigencias de sus antiguos secuaces y al entusiasmo y empeño con que le proclamaban otra vez. Por debilidad, pues, más que por su deseo, faltó al califa, y tornó á convertirse en caudillo de rebeldes. Indignado de tal conducta Abderramán, acudió apresuradamente á sujetar á tan indócil gente, y su diligencia fué tal que apenas tuvieron tiempo los sublevados para internarse en las sinuosidades de sus breñas. Apoderóse el califa de muchos fuertes, mas como considerase que no era ocupación digna de un jefe del imperio la guerra de bandidos, trasladóse á Jaén y desde allí á Córdoba.

Parecía destino de Abderramán encontrarse, cada vez que entraba en la corte, con alguna importante nueva; esta vez era próspera y grata. Un despacho de su tío Almudhaffar le informaba de la muerte del obstinado Caleb ben Hafsún, acaecida en un castillo de las inmediaciones de Huesca (en mayo de 919). Abderramán dió gracias á Dios por la desaparición de tan terrible enemigo. Quedaban, no obstante, todavía sus dos hijos, Suleiman y Giafar, herederos del valor y del espíritu revolucionario y terco de su abuelo y de su padre, que así se trasmitían y perpetuaban de ge-

(1) Conde, cap. LXXI.

neración en generación entre los sarracenos los odios de familia y de tribu.

Mientras el califa y sus huestes se hallaban ocupados en sujetar los rebeldes de su imperio, el rey de León Ordoño II, que ya antes de serlo había dado pruebas de su belicoso ardor á los musulmanes, mostraba al tercer Abderramán que había empuñado el cetro de León un monarca por cuyas venas corría la sangre de Alfonso el Magno. Después de haber devastado el territorio de Mérida, y puesto á los meridianos mismos en la necesidad de comprarle una paz humillante á fuerza de dádivas (918), corrióse á la tierra de Castilla conocida ya con el nombre de Campo de los Godos. Otra acometida que hizo á Talavera, algo reparada ya por los moros de la destrucción de su hermano García, hizo que Abderramán pensara en atajar los progresos del atrevido cristiano, y juntando grueso ejército, penetró con él hasta San Esteban de Gormaz. En mal hora avanzaron hasta allí los musulmanes; el valiente Ordoño los atacó de improviso, y ganó sobre ellos tan brillante victoria, que al decir del obispo Sampiro, *delevit eos usque ad mingentem ad parietem*, y según el Monje de Silos, desde San Esteban hasta Atienza quedaron montes, collados, bosques y campos tan sembrados de cadáveres sarracenos, que sobrevivieron pocos que pudieran llevar al califa la nueva de tan fatal derrota (919): que grande debió ser aunque se suponga la aserción de los cronistas algo exagerada (1). Decímoslo, porque no debieron quedar los musulmanes tan completamente deshechos, cuando al poco tiempo se los vió vengar en Mindonia el desastre de San Esteban de Gormaz, haciendo en las tropas de Ordoño considerable matanza.

Pero otro suceso, de más compromiso aun, sobrevino al año siguiente, no ya sólo al rey de León, sino al de León y al de Navarra juntos. El ilustró Sancho García (Abarca), que después de haber dilatado maravillosamente los términos de su reciente reino había encomendado la dirección del Estado á su hijo García, y retirándose él al monasterio de Leire, veía su provincia invadida cada día y sin cesar hostigada por el valeroso Almuḥaffar que guerreaba por la parte de Zaragoza. La noticia de una más numerosa irrupción de musulmanes debió despertar su antiguo ardor bélico, y hubo de dejar el claustro para acudir al socorro de su hijo: ello es que nos presentan las crónicas á uno y otro príncipe pugnando por rechazar el torrente invasor; y como se sintiesen todavía débiles para resistirle, reclamó García el auxilio del monarca de León. No vaciló el leonés en responder al llamamiento del navarro, y púsose en marcha para darle ayuda. Acompañábanle dos prelados, Hermogio de Tuy y Dulcideo de Salamanca (2), llevados de aquella afición á las lides y al estruendo de las armas que tenía entonces contaminados á sacerdotes y obispos. Invitó Ordoño á varios condes de Castilla á que se le incorporaran y ayudaran en esta em-

(1) Silens, p. 297.—Sin embargo, no tenemos otra guía para estos sucesos que las crónicas cristianas, pues los historiadores árabes guardan aquí un profundo, y como si fuese estudiado silencio.

(2) El mismo á quien, siendo presbítero de Toledo, envió Alfonso el Magno á Córdoba á estipular con Abdallah las condiciones de la paz.

presa, mas ellos, ó abiertamente se negaron, ó por lo menos no respondieron á la excitación, y Ordoño prosiguió con sus leoneses hasta juntarse con Sancho y García, y verificada que fué la unión marcharon en busca del enemigo que hallaron acampado entre Estella y Pamplona, ó más bien entre Muez é Irujo, en un valle que por estar cubierto de juncos se llamó Val-de-Junquera (921).

Allí se dió la batalla de este nombre, tan fatal para los tres reyes cristianos. Disputada fué la victoria, pero declaróse por los agarenos, los cuales, entre otros muchos cautivos, llevaron á Córdoba los dos ilustres prelados. Dulcidio pudo al fin obtener su rescate: Hermogio, para volver á su diócesis, tuvo que dejar en rehenes á su sobrino Pelayo, niño de diez años, que encerrado en un calabozo alcanzó después la palma del martirio, y cuya desventurada y lastimosa historia más adelante referiremos. Derrota fué la de Valdejunquera que hubiera podido ser mucho más desastrosa para los cristianos, y muy señaladamente para el rey de Navarra, si en lugar de seguirle las huellas no hubieran tomado los moros con extrañeza general el camino de Francia por los ásperos y rudos senderos de las montañas de Jaca, sin que sepamos qué objeto pudo moverlos á tan aventurada expedición. Sabemos, sí, que algunos llegaron por la Gascuña hasta Tolosa, donde acaso se contentaron con la curiosidad de visitar rápidamente, ó con la vanidad de poder contar que habían visitado los países donde habían llegado las armas de sus mayores. De todos modos al regreso tuvieron ocasión de reconocer su imprudencia, porque rehechos Sancho y García, los esperaron en los terribles desfiladeros del Roncal, donde vengaron la derrota de Valdejunquera, por más que Murphy parezca ó negarlo ó ignorarlo (1).

Tampoco hablan las historias árabes de lo que hizo el rey de León durante la expedición del ejército musulmán allende el Pirineo. Parece estudiado olvido el que sobre estos reinados padecieron los escritores mahometanos. Mas no por eso hemos de dejar de mencionar nosotros la atrevida incursión de Ordoño II por las tierras musulmicas, asegurando el cronista Sampiro que llevó su arrojo hasta ponerse á una jornada de Córdoba (2). De vuelta de esta arriesgada correría y hallándose en Zamora tuvo el sentimiento de perder su primera esposa Elvira (3), á quien amaba mucho, y de quien tenía cuatro hijos y una hija, Alfonso, Sancho, Ramiro, García y Jimena: sentimiento que no le impidió contraer segundas nupcias con una señora llamada Aragonta, gallega también como Elvira, y á la cual repudió luego (4), pasando á tomar otra

(1) Abarca y Moret en sus historias.—Murphy, c. III.

(2) Chron. n. 18.

(3) Sampiro la llama Nuña. El arzobispo don Rodrigo la supone dos nombres, cosa muy común en aquel tiempo.—Flórez, *Reinas Católicas*, tomo I, pág. 79.

(4) Este acto del repudio, que algunos escritores censuran agriamente en Ordoño, y que otros omiten como quien huye de lastimar su reputación, era muy frecuente en aquellos tiempos, y de ello encontraremos en lo de adelante ejemplos muy repetidos. En Navarra, al decir de Yanguas (*Historia de Navarra*, pág. 43), los nobles podían divorciarse libremente según fuero, y los plebeyos pagando un buey de multa. El obispo de Pamplona Pedro de París, aconsejó á Sancho el Sabio que no permitiese semejante



tercera mujer de la sangre real de Pamplona, Sancha, hija de García (1).

No podía olvidar el monarca leonés el desaire y el agravio que le hicieron los condes de Castilla en haberse negado á acompañarle y auxiliarse en la guerra de Navarra; y como á su falta atribuyese en gran parte el desastre de Valdejunquera, determinó castigar con todo rigor á los que tanto habían ofendido su autoridad. El resentimiento parecía fundado: el castigo no le aplaudiremos nosotros si fué del modo que Sampiro refiere. Cuatro eran los condes que principalmente se habían atraído el enojo del rey, y los más poderosos de aquella época; Nuño Fernández (el suegro de su hermano y predecesor don García), Abolmondar el Blanco (en cuyo nombre no puede desconocerse la procedencia árabe), su hijo Diego, y Fernando Ansúrez Sabedor Ordoño de que todos cuatro se hallaban reunidos en Burgos, los invitó á una conferencia en un pueblecito de la provincia llamado Tejares sobre las márgenes del Carrión. Acudieron allí sin desconfianza los desprevenidos condes; y tan luego como los tuvo en su poder hizolos conducir, cargados de cadenas, á las cárceles de León: después de lo cual ya no se supo más sino que todos habían sido condenados á muerte. De desear sería que se descubriera, si llegó á formarse, el proceso de estos desgraciados.

Dos solas ciudades de Navarra se levantaron por la causa de los condes, Nájera y Viguera (entonces Vicaria ó Vicaría). Nuevamente solicitó el navarro el auxilio del leonés para el recobro de las dos fuertes ciudades rebeladas, y nuevamente acudió Ordoño en persona al frente de su ejército, y obrando en combinación con García, no tardó en poner á su amigo y aliado en posesión de aquellas dos importantes plazas. En esta expedición, última que hizo el rey Ordoño (923), fué cuando obtuvo la mano de la princesa Sancha (2), viviendo aún la repudiada Aragonta.

Poco tiempo pudo gozar de los halagos de su nueva esposa. Regresado que hubo con ella á sus Estados, sorprendióle la muerte en el camino de Zamora á León (enero de 924) á los nueve años y once meses de reinado. Fué el primer monarca que se enterró en la suntuosa catedral de León que él mismo había hecho erigir desde 916 en el sitio donde estaban los palacios reales (3).

Aunque Ordoño II dejaba los cuatro hijos varones que hemos nombrado, á ninguno de ellos le fué dada la corona. Los magnates y prelados colocaron en el trono de León á su hermano Fruela, que gobernaba las Asturias dándose el título de rey, verificándose así que todos tres hijos de Alfonso el Magno fueron sucesivamente reyes de León, con perjuicio de los hijos del segundo: bien para la unidad española, porque de esta manera volvieron á unirse en el tercero de estos príncipes León, Galicia y

---

abuso, y el rey, con acuerdo de los ricos-hombres, mandó que los matrimonios hechos con capellán y sortija no pudieran deshacerse.

(1) Flórez, *Reinas Católicas*, tom. I.

(2) Sanctiva la llama Mariana.

(3) En su sepulcro se leen dos largos epitafios latinos, que son como un compendio de su historia.

Asturias, divididas á la muerte de su padre. No sabemos qué pudo mover á los grandes á dar esta preferencia á Fruela II, cuyo corto reinado de catorce meses sólo ha suministrado á la historia dos actos de insigne crueldad é injusticia cometidos con dos hijos de un caballero leonés nombrado Olmundo, condenando á muerte al uno, y desterrando del reino al otro, que lo era Frominio, obispo de la ciudad, sin razón ni causa que se sepa, como acaso no los sospechara cómplices en las anticipadas pretensiones de Alfonso, hijo de Ordoño II, al trono que ocupaba su tío. De todos modos no debió aparecer justificado el motivo, puesto que el hecho le concitó la odiosidad de sus súbditos, y á castigo providencial de aquella arbitrariedad tiránica atribuyeron la temprana muerte del rey (925), y la inmundada lepra de que sucumbió. Algunas fundaciones y donaciones piadosas y un camino público hecho en Asturias, todo antes de ser rey de León, fueron los únicos recuerdos que dejó este monarca (1).

En el mismo año que se coronó rey de León Fruela II, falleció el ilustre rey de Navarra Sancho García Abarca, dejando por sucesor del reino á su hijo García Sánchez llamado el Temblón (2).

Refiérese también á este tiempo la creación de un famoso tribunal en Castilla; creación que aunque descansa en el testimonio del arzobispo don Rodrigo, escritor muy posterior á la época de los sucesos, alcanzó gran celebridad histórica, y ha sido después objeto de graves cuestiones entre los críticos. Hablamos de la institución de los *Jueces de Castilla*. Refiérese que indignados los castellanos de las arbitrariedades de los monarcas leoneses, y no siéndoles fácil levantarse en armas contra su autoridad, acordaron proveer por sí mismos á su gobierno, á cuyo fin eligieron de entre los nobles dos magistrados, uno civil y otro militar, con nombre de *Jueces*, título que les recordaba su misión de hacer justicia, no el derecho de autoridad sobre los pueblos, ni menos el de oprimir su libertad. Que para este honroso cargo nombraron á Lain Calvo y á Nuño Núñez Rasura, yerno aquél de éste, aquél para los negocios de la guerra, por ser varón de grande ánimo y esfuerzo, éste para los asuntos civiles, por su mucha instrucción y prudencia. Que estos magistrados juzgaban por el Fuego Juzgo de los visigodos, y que bajo esta forma semi-republicana se rigió la Castilla hasta que se erigió en condado independiente. Por último, que de estos dos primeros jueces trajeron su procedencia y fueron oriundos los ilustres Fernán González y Rodrigo Díaz de Vivar, que sucesivamente se hicieron después tan célebres en los fastos españoles (3).

Del mismo modo que Fruela II había sido antepuesto en la dignidad real á los hijos de su hermano Ordoño, así á su fallecimiento se vieron

(1) Sampir. Chron. n. 20.—Risco, *Esp. Sagr.*, tom. XXXVII.

(2) Porque temblaba, dicen, y se agitaba siempre al entrar en batalla, no de miedo, añaden, sino por natural ardor é impaciencia de vencer al enemigo.

(3) Emitiremos más adelante nuestro juicio sobre esta institución, que admitió sin vacilar Mariana, que niegan sus comentadores, y sobre la que escribió Masdeu una de las *Ilustraciones* de su *Historia Crítica*.—Diremos, no obstante, que en la provincia de Burgos, á trece leguas de la capital, partido judicial de Villarcayo, existe un pueblo llamado *Visjueces*: en el pórtico de su iglesia se ven dos estatuas de piedra, que dicen representar los dos primeros jueces de Castilla, sentados en actitud de administrar

postergados los hijos de Fruela eligiendo los grandes al mayor de los de Ordoño, Alfonso, que ciñó la corona con el nombre de Alfonso IV (1): prueba grande de la libertad electiva que seguían ejerciendo los preladados y nobles del reino. De carácter pacífico y devoto Alfonso IV, aunque débil y voluble, comenzó su reinado con un acto de justa reparación, llamando del destierro y reponiendo en su silla al obispo Frominio relegado por su tío Fruela (927). En el mismo año hizo una expedición á Simancas, donde erigió silla episcopal. Pero inclinado Alfonso á las prácticas y ejercicios de devoción, y más dado á ellas que á los cuidados del gobierno, resolvió en el quinto año de su reinado abdicar el cetro para retirarse al claustro, y llamando á su hermano Ramiro que se hallaba en el Vierzo (entre León y Galicia), con acuerdo de los grandes y demás electores reunidos en Zamora, hizo en él cesión formal de la corona de León (11 de octubre de 930), ejecutado lo cual se retiró al monasterio de Sahagún sobre el río Cea, donde tomó el hábito de monje.

Dejemos reposar en su claustro al monje-exrey, mientras damos cuenta de cómo marchaban las cosas del imperio musulmán bajo la vigorosa conducta del emir Almumenín Abderramán III.

Los moros rebeldes de Sierra Elvira habían vuelto á lograr algunas ventajas sobre las tropas imperiales, y su primer caudillo Azomor se había apoderado otra vez de Jaén. Otra vez también tuvo que acudir Abderramán en persona á apagar el nuevo incendio. Al aproximarse á Jaén huyeron los sediciosos á sus guajaras y riscos, y Azomor fué á buscar su último asilo en Alhama, ciudad fuerte por su natural posición, guarnecida además con gigantescas torres, provista de almacenes y rebosando de agua sus aljibes. Pero allí le siguió Abderramán, resuelto á no alzar reales hasta ver á sus pies la cabeza del pérfido Azomor. Rudos y obstinados fueron los ataques, y obstinada y ruda la defensa de los sitiados. Desesperaba al califa la dilación de un sitio en que veía comprometida su honra. Al fin aplicado un combustible á una parte enmaderada del muro, que calcinando la obra sólida produjo su desplome y abrió una ancha brecha, por encima de aquellos ardientes escombros penetraron arrojadamente en la ciudad los soldados del rey. Muchos defensores murieron peleando: todo lo que se halló con vida en la población, sin distinción de edades ni sexos, fué pasado á cuchillo: reconocióse entre los moribundos á Azomor acribillado de heridas y horriblemente desfigurado. Abderramán, en cumplimiento de su promesa, mandó decapitarle, y su cabeza fué el parte triunfal que se envió á Córdoba.

justicia, por ser este el pueblo donde supone la tradición tenían su residencia y tribunal los dichos jueces, y de aquí el nombre de *Vijueces*, corrupción del antiguo *Vijudio*. Al pie de las estatuas se leen las siguientes inscripciones:

*Laino Calvo fortissimo Civi Gladio, Galeaque civitatis.  
Nuño Rasura Civi sapientissimo civitatis Clipeo.*

(1) Los hijos de Fruela, habidos de su primera esposa Nunilona Jimena, eran tres, Alfonso, Ordoño y Ramiro, y otro tenido fuera de matrimonio nombrado Azenar. Su segunda mujer se llamaba Urraca. Flórez, *Reinas Católicas*, tom. I.

De Alhama pasó el califa á Granada, cuya pintoresca situación, bordados ya de jardines los amenos valles del Darro y del Genil, agradóle mucho, y se detuvo allí algún tiempo. Allí bajaron á prestarle sumisión los rebeldes de las sierras, que privados de su jefe se vieron en la necesidad de reconocer al califa, quedando así extinguidas unas facciones que por espacio de medio siglo habían tenido en continuo desasosiego la Andalucía y ensangrentado muchas veces sus campos.

Terminada esta guerra, volvió el califa su atención hacia Toledo, que en poder de Giafar, el hijo de Ben Hafsún, estaba siendo largos años hacía padrón de afrenta para los soberanos Beni-Omeyas. Esta vez se propuso Abderramán á todo trance recobrarla para el imperio. Por espacio de dos años hizo que sus caudillos se ocuparan exclusivamente en talar la tierra, no dejando en pie ni mieses ni fruto de ningún género. Apurada ya de recursos la ciudad, convocó el califa todas las banderas musulmanas, y él mismo con sus cordobeses estableció su campo al norte de la plaza, el solo punto por donde no la ciñe el Tajo. Destruídos los antiguos edificios que había entre el campo y la ciudad y que servían de avanzados baluartes á los sitiados, de tal manera se apretó el cerco, que convencido Giafar de la imposibilidad de sostenerse trató con los principales toledanos sobre el mejor modo de salir de tan difícil trance. Una mañana al romper el alba, y cuando todo reposaba todavía en el campamento árabe, salió Giafar con dos mil jinetes, cada uno de los cuales llevaba otro soldado á la grupa ó asido á la cincha del caballo, y abriéndose impetuosamente paso á través del campo enemigo, cuando las tropas reales se apercibieron de este inopinado movimiento apenas pudieron ya hacer algunos prisioneros. El califa prohibió que se persiguiera á los fugitivos, suponiendo que le sería entregada la ciudad, y así fué. Aquel mismo día salieron comisionados á ofrecerle obediencia, aprovechando, decían, el primer momento en que se veían libres de los opresores. Este había sido el plan concertado entre los toledanos y Giafar. Abderramán aceptó benévola mente su ofrecimiento, dándoles seguridad de sus vidas y bienes; y entró el tercer Abderramán en Toledo por la puerta Bisagra en el año 315 de la hégira (927), después de cerca cincuenta años de estar la ciudad emancipada del dominio Omíada (1).

El gran recurso de los moros rebeldes cuando se veían vencidos era buscar apoyo en los cristianos. Así lo había hecho Caleb ben Hafsún acogiendo á Sancho Abarca el de Pamplona poco antes de su muerte, y así lo hizo ahora su hijo Giafar, prefiriendo hacerse vasallo del rey de León, que lo era Alfonso IV, á someterse al califa de Córdoba. A tal extremo llegaba la enemiga y el encono de los bandos y parcialidades que dividían á los mahometanos. Gran partido hubiera podido sacar de esta sumisión otro que hubiera sido menos irresoluto y débil que el cuarto Alfonso.

Dejamos á este príncipe en 930 haciendo la vida del monje en el monasterio de Sahagún. Al año siguiente su hermano Ramiro II, más animoso y resuelto que él, se hallaba en Zamora preparando una expedición contra los moros, cuando llegó el inopinado aviso de que Alfonso, tan voluble

(1) Conde, caps. LXXII y LXXIII.

en el claustro como en el trono, había dejado la morada religiosa y trasladándose á la corte de León, cambiada otra vez la cogulla monacal por las vestiduras reales. Ramiro, de genio vivo y belicoso, y de temperamento irascible y fuerte, á la noticia de esta novedad mandó tocar clarines y blandir lanzas, y con el ejército que tenía preparado contra los sarracenos tomó apresuradamente el camino de León, y sin permitir un momento de descanso á sus tropas llegó á la ciudad, que asedió y estrechó hasta rendirla; apoderóse de Alfonso, y le encerró en un calabozo con grillos á los pies (1).

Acaso la noticia de esta prisión hizo pensar á los tres hijos de Fruela II, Alfonso, Ordoño y Ramiro, que se hallaban en Asturias, en aprovecharse de las discordias de sus primos para algún proyecto personal, y más cuando no habrían olvidado que eran los hijos del tercer monarca leonés. Ello es que Ramiro II pasó á Asturias á invitación de los nobles asturianos, invitación que hubo de parecerle sospechosa, puesto que fué bien prevenido y escoltado. Si había designios contra él, no sólo supo frustrarlos, sino que apoderándose de los tres hijos de Fruela los hizo conducir á León, y encerrándolos en la misma prisión en que tenía á Alfonso, en un mismo día ordenó que á todos cuatro les fuesen sacados los ojos con arreglo á la cruel legislación goda. Añádese que más adelante los mandó trasladar al monasterio de Ruiforco, donde fueron tratados hasta su muerte con más humanidad y blandura. Alfonso el Ciego, el ex-monje, vivió todavía más de dos años. Había tenido de su mujer Íñiga un hijo, á quien veremos figurar después bajo el nombre de *Ordoño el Malo* (2).

Tan luego como Ramiro II se vió, aunque por tan crueles medios, afirmado en el trono, no permitiéndole su belicoso genio tener ociosas las armas, y no olvidando que aquel mismo ejército que le había servido para reducir y castigar á su hermano y primos le había reunido anteriormente para combatir á los sarracenos, celebró un consejo ó asamblea de los magnates del reino para acordar hacia qué parte de los dominios musulmanes convendría llevar las banderas cristianas. Determinóse dirigirse hacia el Este, y el ejército leonés, acaudillado por Ramiro, franqueó la sierra de Guadarrama, que era la marca fronteriza de moros y cristianos por la parte de Castilla, y se puso sobre Magerit (3), desmanteló sus murallas, pasó á cuchillo su guarnición y habitantes, ejecutó lo mismo en Talavera, y sin que pudiese darle alcance el walí de Toledo se retiró á su capital cargado de despojos (932).

(1) Samp. Chron. n. 21.

(2) Samp. Chron. l. c.

(3) Es la primera vez que suena en la historia el nombre de esta población que andando los siglos había de ser la capital de España. El cronista Asturicense la nombra *Magerit*: el Monje de Silos y Lucas de Tuy *Majerita*: don Rodrigo de Toledo *Majoritum*: es la misma que el Nubiense llama *Maghliit*, y de la que dijo más expresamente la crónica de Cardena: «Regnó don Ramiro XX annos, é cercó á *Madrid*, é prisóla é lidió muchas veces con los moros é fué aventurado contra ellos.» Debía ser ya Madrid entonces plaza fuerte y de alguna importancia, como situada cerca del cordón fronterizo de los castillos cristianos y como un fuerte avanzado para proteger á Toledo. Sampiro n. 22.—Chron. Silens.—Id. Tudens.—Roder. Tolet., lib. V.—El Edris. Clima IV.

El conde Fernán González, que gobernaba á Castilla, avisó luego á Ramiro del peligro en que ponía sus tierras el movimiento de las tropas musulmanas, ansiosas de vengar los desastres de Madrid y Talavera, y conjurábale que acudiera en su socorro. Hízolo así el leonés, y avanzando hacia Osma, é incorporadas las tropas del monarca y del conde, encontraron á las de Almudhaffar acampadas cerca de aquella ciudad. Empeñóse allí un recio combate, y «el Señor por su divina clemencia (dice la crónica cristiana) dió á Ramiro la victoria; muchos enemigos mató, multitud grande de cautivos llevó consigo, y regresó á sus dominios gozoso de triunfo tan brillante (1).» Y, sin embargo, atribuyéronse los árabes la victoria, según en sus historias se lee; y cuando Almudhaffar á su regreso por Talavera, cuyos demolidos muros hizo reparar, entró en Córdoba, fué recibido en medio de aclamaciones: cosa muy común en las guerras, aplicarse el triunfo de una misma batalla unos y otros contendientes (933).

Estos primeros hechos de armas de Ramiro II no fueron sino los preliminares de otros más brillantes y ruidosos, que habían de mostrar á los mahometanos que si ellos tenían un Abderramán III y un Almudhaffar, guerreros insignes, los cristianos tenían un Ramiro II y un Fernán González, que sabían medir con ellos su poderío y su brazo y les harían probar el alcance y temple de sus armas. Hubo, no obstante, de mediar alguna tregua entre los sucesos referidos y los que ocurrieron después. Para la inteligencia de éstos necesitamos exponer la situación en que se encontraba el imperio musulmítico español y sus relaciones con los mahometanos de África.

De mal grado sujetos siempre los musulmanes africanos á los califas de Damasco y de Bagdad, habían logrado los descendientes de Edris sacudir el yugo de los Abassidas de Oriente y fundar en Fez el imperio independiente de los Edrisitas. Otra dinastía rival de ésta, la de los Aglabitas, había alzado el pendón de la independencia y erigido otro imperio en la parte central del Magreb, estableciendo la corte de su nuevo Estado, primero en Cairwán, después en Túnez. Los Aglabitas habían extendido su dominación á la Sicilia y la Calabria y llevado sus devastadoras excursiones á todo el litoral de Italia. A principios del siglo x levantóse en África otro nuevo profeta, Obeidallah Abu Mohammed, que se nombraba *Al Mahadi* (el conductor), y se decía, como Edris, descendiente de Alí y de Fátima, la hija de Mahoma. Este impostor acertó á fanatizar las poblaciones africanas que en gran número se le adhirieron y reconocieron por jefe, y en poco tiempo fundó otro nuevo imperio en el Magreb central, fijando su corte en una ciudad nueva que de su nombre denominó Almahadia. Arrojadados por él los Aglabitas de Cairwán y de Sicilia, sujetos también á su obediencia los Edrisitas del Magreb, pronto la naciente monarquía del Mahadi ó de los Fatimitas se encontró más extensa, pujante y poderosa que la de los mismos califas de Córdoba y de Bagdad. El octavo soberano edrisita de Fez, Yahia, se veía cercado en su capital por el Mahadi, y sólo á costa de oro y de su independencia pudo comprar una seguridad momentánea. A poco tiempo se apoderó de la ciudad el emir

(1) Samp. Chron. n. 23.

de Mequinez, y le obligó á salvarse con la fuga. El depuesto Ben Edris invocó el auxilio del califa de Córdoba Abderramán III, el cual, ya acordándose de la antigua amistad de los Edrisitas y los Ommiadas, ya por el interés de atajar los progresos de los Fatimitas, que podían ser peligrosos para la misma España, ya también porque viese ocasión de extender sus dominios por la costa de Africa, envió en socorro del destronado rey de Fez un ejército y una escuadra.

No es nuestro propósito referir las vicisitudes de las terribles guerras de Almagreb que empaparon de sangre los campos africanos, sino indicar solamente que estas expediciones lejanas gastaban al califa de Córdoba las fuerzas que le hubiera sido más conveniente emplear contra los cristianos españoles. Cierta que por un pacto con el último heredero de la estirpe de los Edris llegó Abderramán III á gobernar á Fez por medio de uno de sus walíes, mientras el príncipe protegido se había venido á residir en la Península; pero además de haberle costado muchas pérdidas y no poca sangre de los suyos, debió convencerse de que en país como el de Almagreb era más fácil hacer conquistas que conservarlas, por más que el engrandecimiento momentáneo de sus dominios pudiera lisonjear su amor propio. En esto tenía empleada una gran parte de su ejército cuando ocurrieron en España los sucesos que vamos á referir.

Ramiro de León había empezado á inquietar de nuevo á los musulmanes por la parte de Lusitania y Extremadura, y un poderoso walí nombrado Omeya ben Ishak Abu Yahia (1), resentido con el califa por haber condenado á muerto á un hermano suyo, pasóse al rey de León arrastrando consigo á muchos valientes musulmanes de la frontera, y entregándole los castillos que dependían de su gobierno (937). Sabido por Almudhaffar, hizo con sus cordobeses una correría hacia el Duero como para neutralizar el mal efecto de aquella defección, pero volvióse por Mérida á Córdoba, sin otro resultado que el de una algara común. Esto mismo le movió á concertar con el califa y con el diván una expedición seria para castigar al propio tiempo las atrevidas incursiones de Ramiro el cristiano y la deslealtad escandalosa de Abu Yahia.

Proclamóse entonces la guerra santa: á la voz del califa toda la España musulmana se puso en movimiento: Almudhaffar conducía la caballería de los Algarbes; Abderramán salió de Córdoba con su guardia y la flor de los caballeros andaluces, con gran cortejo de jeques y llevando en su compañía todo el diván: los caminos, dicen sus crónicas, estaban cubiertos de gentes y aparatos de guerra: el punto de reunión eran los campos de Salamanca. A orillas del Tormes se formó un vasto campamento (fines de 938), en que figuraban todas las tribus musulmicas de España en número de cien mil guerreros. Pasada revista general y tomadas todas las disposiciones, púsose el ejército en marcha en la primavera de 939, y pasando sin resistencia el Duero, talando campos y quemando poblaciones, y haciendo (dice su crónica) los estragos de las tempestades, llegó la muchedumbre sarracena á la vista de Zamora, «fuerte á maravilla, circun-

(1) Sampiro dice que era el de Zaragoza, el árabe Masudi supone que lo era de Santarén.

dada de siete muros de robusta y antigua fábrica, obra de los pasados reyes, con dobles fosos, anchos y profundos, llenos de agua, y defendida por los más valientes cristianos.» Comenzó el sitio: los cercados hacían salidas que los mismos enemigos llaman impetuosas, si bien rechazadas por los tiradores árabes, que á la menor señal salían de sus tiendas armados de arco y de lanza, y montados en ligerísimos corceles.

En esto supo Abderramán que Ramiro le iba al encuentro con gran golpe de gente cristiana, y con esta noticia, dejando veinte mil hombres en el cerco de Zamora al cargo del walí de Valencia y de Abdallah ben Gamri, pusieron en marcha el califa y Almudhaffar el Duero arriba en busca del ejército leonés. Encontráronse ambas huestes cerca de Simancas hacia la confluencia del Pisuerga y del Duero. Los escritores árabes y cristianos refieren todos que al día siguiente hubo un espantoso eclipse de sol que en medio del día cubrió la tierra de una amarillez oscura, que llenó de terror á aquellos guerreros que no habían visto en su vida cosa semejante (1). Inútil es decir cuánto consternaría este fenómeno á los supersticiosos cristianos, y á los más supersticiosos musulmanes. Dos días pasaron sin que ni unos ni otros hicieran movimiento alguno. Al tercero comenzó el ruido de los añafles y trompetas y los alaridos de ambas huestes á anunciar el combate. Dejemos á los autores árabes que nos cuenten ellos mismos esta memorable batalla.

«Bajaba el inmenso gentío de los cristianos muy apiñado en sus escuadrones, y con enemigo ánimo se acometieron ambas huestes y se trabaron con atroz matanza. Por todas partes se veía igual furor y constancia: el príncipe Almudhaffar recorría todos puestos animando á los musulimes, blandiendo su robusta lanza, y revolviendo su feroz caballo entraba y salía en los más espesos escuadrones enemigos, haciendo cosas hazañosísimas. *Sostenían los cristianos el encuentro de la caballería musulímica con admirable esfuerzo, y su rey Radmir, con sus caballos armados de hierro, rompía y atropellaba cuanto se le ponía delante: el rebelde Abén Ishak (Abu Yahia, el que acompañaba á Ramiro), con sus valientes caballeros, andaba también cubierto de crujiertes armas, derramando la sangre de los musulimes como el más feroz de sus enemigos: cedían el campo los musulimes al valor de esta aguerrida gente; pero el rey Abderramán, viendo desordenadas muchas banderas del ala derecha, y que toda la hueste cedía el campo á los enemigos, se lanzó con la caballería de Córdoba y toda su guardia al costado del ejército de los infieles, y rechazados con valor por apiñados escuadrones de lanceros, todo el ímpetu de la caballería logro penetrar en ellos, y se volvió de aquel lado toda la fuerza del ejército enemigo: por todas partes se renovó la batalla con el mayor ardimiento. Abén Ahmed separó su gente, y peleando en los primeros contra los más valientes enemigos, fué derribado del tercer caballo con*

(1) El eclipse fué cierto, y le mencionan no sólo las historias arábicas sino también Sampiro, los Anales de Saint-Gall, Luitprand, los Monjes de San Mauro en su Cronología de los eclipses, y otros muchos autores. La Crónica Burgense dice que salieron llamas del mar é incendiaron muchas ciudades y villas, y entre ellas un barrio de Zamora, Carrión, Castrojeriz, cien casas en Burgos, Bribiesca, la Calzada, Pancorbo y otras muchas. Chron. Burg. ad kalend. julii.



un fiero golpe de hacha y expiró al punto: también murió al lado de este caudillo, y á la vista del rey Abderramán, el cadí de Valencia Gahaf ben Yeman, y el esforzado caudillo de Córdoba Ibrahim ben David, que se distinguió en este día con extrañas proezas, y cayó lleno de heridas. Ya la victoria se declaraba á favor de los musulimes, y los cristianos se retiraban peleando, cuando la venida del encubridor tiempo de la noche puso treguas á tantos horrores. Quedaron los musulimes sobre el campo mismo de batalla, que estaba regado de humana sangre y cubierto de cadáveres y de heridos moribundos, que expiraban hollados entre los pies de la caballería: allí pasaron la noche, y descansaban los vivos tendidos y mezclados sobre los muertos, esperando con impaciencia y temor la luz del día para acabar aquella sangrienta é inhumana contienda.»

Hemos preferido de intento la relación de un escritor árabe, porque en ella se revela bien á las claras la horrorosa derrota que en aquella célebre lid sufrieron los suyos: la verdad se le escapa de la pluma refiriendo la muerte de sus mejores caudillos y describiendo las irresistibles acometidas de los cristianos, sin atreverse ni siquiera á indicar la pérdida que éstos tuviesen.

Confiesan también los árabes, que si Ramiro no acabó al día siguiente con todo el poder de Abderramán fué porque el moro Abu Yahia, arrepentido ya sin duda de haber contribuído á derramar tanta sangre isnaclita, halló medio de disuadir al rey de León de continuar la pelea, so pretexto de tenerle preparado una emboscada los árabes, y con otras razones y engaños: lo cierto es que «desistió, dicen sus cronistas, alejándose de aquellos estragados campos, lo cual libró á los musulimes de manos de Radmir.» Dirigióse entonces otra vez el escarmentado ejército sarraceno á Zamora, donde, como dijimos, habían quedado veinte mil hombres sitiando la ciudad. Oigamos también la relación que hace el escritor arábigo de la no menos famosa batalla del *Foso de Zamora*.

«Diéronse, dice, recios combates á sus torreados muros, y los cercados se defendían con bárbaro valor. No se adelantaba ni ganaba un paso sino á costa de sangre de los esforzados musulimes: la presencia del rey Abderramán y del príncipe Almudhaffar excitaba el ánimo de los combatientes, y lograron aportillar y derribar dos muros, entraron numerosas compañías de musulimes, y hallaron dilatado espacio, y en medio una ancha y profunda fosa llena de agua, y los cristianos con desesperado ánimo defendían aquella fosa. Fué una espesa nube y horrible torbellino de tiros y saetas, la matanza fué atroz, y los *esforzados castellanos caían muertos en el lugar que ocupaban*. Los valientes musulimes perdieron en aquella pelea algunos millares que alcanzaron este día las copiosas recompensas y premios de su alghied: entraron muchas banderas de la gente de Algarbe y Toledo, y arrojando al foso los cadáveres de sus hermanos musulimes, éstos les sirvieron de puentes, y los cristianos no pudieron resistir el ímpetu de tantas espadas sedientas de sangre, y allí murieron como buenos. La sangre de éstos y la de los musulimes enturbió y enrojeció las aguas del foso, y parecía un lago de sangre.... Esta fué la célebre batalla de Alhandic, ó del foso de Zamora, tan sangrienta para los vencedores como para los vencidos....»

Hasta aquí la relación del cronista musulmán, de la cual harto claramente se desprende que si los mahometanos llegaron á plantar sus estandartes en los muros de Zamora, no lo hicieron sino á costa de una mortandad desastrosamente horrible, que el cronista Sampiro hizo subir á ochenta mil muertos; número que convendremos podrá ser exagerado, como acaso los árabes le disminuirían también por su parte al fijar el de cuarenta ó cincuenta mil, pero que de todos modos hace equivaler á una gran derrota la que ellos proclaman como victoria insigne, y en la cual hasta el mismo califa, según Sampiro, fué retirado del campo del combate malamente herido. Fué la famosa batalla del foso de Zamora en 5 de agosto de 939, víspera de los santos Justo y Pastor, catorce días después de la de Simancas (1).

Poco tiempo fueron los árabes dueños de Zamora: contados días se enseñorearon de la ciudad, porque Ramiro revolvió inmediatamente sobre ella, y recobróla, é hizo pagar bien caro á los soldados del califa su efímero triunfo, si triunfo había sido. Allí hizo prisionero al dos veces desleal Abu Yahia. ¿Cómo se encontraba ahora en Zamora este caudillo sarraceno que había peleado en las filas de Ramiro en la batalla de Simancas? Falto de fe este moro, como lo eran generalmente los de su nación, después de haber sido traidor á Abderramán no paró hasta serlo á su vez al rey Ramiro. Abandonó, pues, las banderas de Cristo el que antes había desertado de las de Mahoma. Recibióle el Miramamolín, acaso más por política que por benevolencia, pues le importaba mucho privar á Ramiro de tan temible auxiliar. Preso ahora por el monarca leonés, cuando acaso iba á recibir el merecido de su felonía, con la suerte que á las veces tienen los malvados, logró fugarse y volvió á obtener entre los musulimes las funciones de walí que antes había ejercido.

Dos meses más tarde, y retirado ya á Córdoba el califa, envió Ramiro su ejército hacia el Tormes á repoblar varias ciudades y pueblos ó desiertos ó arruinados, entre los cuales lo fueron Salamanca, Ledesma, Baños, Peñaranda y varios otros lugares y castillos (2). Pero el conde de Castilla Fernán González, que debía traer ya en su ánimo el proyecto de emanciparse del rey de León, celoso de que el leonés erigiera por sí solo poblaciones que pertenecían al territorio de Castilla, levantóse contra Ramiro en unión con Diego Núñez ó Muñoz, á quien suponen su yerno, conde también ó gobernador de alguna comarca. No se descuidó Ramiro en conjurar

(1) Nuestros historiadores suelen confundir las dos batallas, acaso por mala interpretación del breve y sumario texto de Sampiro: pero en las historias árabes se señalan bien explícitamente las dos.

(2) La mala inteligencia de una palabra de Sampiro dió ocasión á muchos historiadores españoles para suponer que en esta expedición del Tormes había tenido que pelear Ramiro con un general moro llamado *Azeipha*, con quien dicen se alió Fernán González. Es el caso que Sampiro dijo: *Desde post duos menses azeipha ad ripam Turmi ire disposuit*. Y siendo *azeipha* una palabra árabe (de *al saiffah*) que significa ejército ó reunión de gente armada, tomaronlo ellos por el nombre propio de un caudillo sarraceno, y de aquí la batalla que era menester se siguiese, y las desavenencias entre Ramiro y Fernán González á instigación del moro *Azeipha*, y todo el edificio que sobre este falso cimiento se levantó.

esta tormenta, y haciendo á los dos prisioneros (940), los trasportó, al castillo de León al uno y al de Gordón al otro. Allí permanecieron algún tiempo, hasta que hecho juramento de lealtad al rey y de renunciar para siempre á todas sus pretensiones, no sólo les dió libertad, sino que llevó su confianza en Fernán González, cuyo mérito y valor por otra parte conocía, al extremo de concertar el matrimonio de su hijo primogénito Ordoño con la hija de González llamada Urraca (1).

No bien escarmentados todavía los árabes, intentaron al año siguiente (941) otra invasión por la frontera cristiana del Duero. Mas sorprendidos los infieles cerca de San Esteban de Gormaz entre el río y unos altos cerros y tajadas peñas, no les quedaba otra alternativa que perecer ó triunfar. El Coraixi que los mandaba era uno de aquellos musulmanes que reunían la cualidad de poetas á la de guerreros; para alentar pues á sus soldados en trance tan comprometido les recitó unos célebres versos que nos han conservado sus historiadores (2). Según ellos surtió su efecto la enérgica excitación del caudillo poeta, las aguas del Duero se enturbiaron con sangre cristiana, y se apoderaron de la fortaleza de *Sanestefan* con gran mortandad de sus defensores.

Desde esta batalla no se habla de otras relaciones entre árabes y leoneses hasta una tregua ajustada en 944, que el escritor arábigo refiere en los siguientes términos: «El rey Radmir de Galicia envió sus mandatarios al rey Abderramán para concertar ciertas avenencias de paz en sus fronteras; y Abderramán los recibió muy bien, y otorgaron sus treguas que ofrecieron guardar por conveniencia de ambos pueblos, y envió el rey Abderramán á su vazir Ahmed ben Said con los mandaderos de Galicia para saludar en su nombre al rey Radmir, y fué el vazir á Medina Leionis (León).... se ajustaron treguas por cinco años y fueron muy bien guardadas (3).»

Tales fueron las consecuencias de la famosa batalla de Simancas, la mayor que se había dado entre cristianos y musulmanes desde el desastre de Guadalete.

Invirtiéronse los años que duró la tregua en fundar y repoblar ciudades y villas en Castilla y León, hasta que habiendo aquélla expirado (949), y no bien avenido con la ociosidad el genio activo y belicoso de Ramiro, repasó el Duero con sus leoneses, y dirigiéndose á la siempre combatida Talavera maltrató sus muros, obligó á los moros á aceptar un combate en que les mató doce mil hombres, les hizo siete mil prisioneros, y se volvió victorioso á su corte de León (4). Esta fué su última campaña. Habiendo

(1) Sampir. n. 23.—Monach. Silens.—Lucas Tud.—Roder. Tolet.

(2) Conde los traduce así:

«De un lado nos cerca Duero,—del otro peña tajada,  
La salida está en vencer,—y en el valor la esperanza;  
La sangre de los infieles—enturbie del Duero el agua.»

(3) Conde, cap. LXXXII.

(4) Samp. Chron. n. 24.—Los árabes lo cuentan de otro modo, y se atribuyen la victoria como de costumbre.

en el otoño del mismo año hecho un viaje de León á Oviedo, regresó atacado de una grave enfermedad, de la cual sucumbió el 5 de enero de 950, víspera de la Epifanía, después de haber recibido la confesión y el hábito penitencial ante la presencia de varios obispos y abades, y hecho cesión de la corona en su hijo Ordoño, tercero de este nombre, casado con la hija del conde Fernán González. Enterrósele en el monasterio de San Salvador de León, fundado por él para su hija Elvira; que en los pocos períodos de paz que en un reinado de cerca de veinte años disfrutó Ramiro II, hizo lo que acostumbraban á hacer los monarcas de aquel tiempo, fundar y dotar monasterios y dedicarse á arreglar las cosas de la Iglesia (1).

## CAPÍTULO XV

ABDERRAMÁN III EN CÓRDOBA.—DESDE ORDOÑO III HASTA SANCHO I EN LEÓN

De 950 á 961

Grandeza y esplendidez de la corte de Abderramán III.—Descripción del maravilloso palacio de Zahara.—Embajada del emperador griego Constantino Porphirogeneto.—Otras embajadas de príncipes extranjeros al soberano de Córdoba.—Grave disgusto de familia.—Suplicio de su hijo Abdallah.—Muerte de Almudhaffar.—Ordoño III de León.—Conspiran contra él su hermano Sancho y el conde Fernán González.—Frustra su empresa, y repudia á su mujer Urraca.—Muerte de Ordoño III y elevación de Sancho el Gordo.—Sancho es destronado.—Refúgiase á Pamplona.—Pasa á Córdoba á curarse de su extremada obesidad.—Su amistad con Abderramán.—Repónole el califa en el trono de León.—Fuga y desgraciado término de Ordoño el Malo.—Guerras y engrandecimiento de Abderramán en África.—Conquista de Túnez.—Riquísimo y espléndido regalo de Ahmed.—Célebre embajada.—Otón el Grande de Alemania.—El monje Juan de Gorza.—Sobre el martirio de San Pelayo.—Ultimos momentos de Abderramán III.—Su corte.—Ciencias, letras, artes.—Poetisas de su alcázar.—Dicho célebre de Abderramán III.

A cinco millas río abajo de Córdoba había un ameno y apacible sitio, donde Abderramán, convidado por su frescura y frondosidad, solía pasar las temporadas de primavera y otoño. Allí hizo construir edificios magníficos y bellos jardines, pasión predilecta de los árabes. En medio levantó un soberbio alcázar, que se propuso decorar y enriquecer con todo lo más

(1) Disputase mucho todavía sobre si Ramiro II tuvo una sola, ó dos ó más mujeres. Sampiro dice expresamente que casó con *Teresa Florentina*, hija de Sancho Abarca de Navarra. Morales menciona escrituras en que aparece el nombre de *Urraca*. Sandoval cita otras en que se nombra á *Jimena*. El maestro Flórez, en sus *Reinas Católicas*, intenta resolver la cuestión del modo que generalmente acostumbra, esforzándose en probar que fué una sola con los nombres de *Urraca Teresa*. Con frecuencia vemos suscitarse estas dudas sobre el número y nombres de las mujeres de los reyes de Asturias, León y Castilla, bien nazca de que en aquellos tiempos pusieran á las reinas varios nombres, bien de los muchos yerros que en punto á nombres propios cometían los copiantes de manuscritos, bien de que se confundieran los de las mujeres legítimas con los de las *amigas* de los reyes (que así las llama por decoro el erudito Flórez), ó bien de que no se diera á la averiguación de este asunto la mayor importancia, hasta que el mencionado Flórez dedicó á este exclusivo objeto su utilísima obra de las *Reinas Católicas*, que por lo común nos sirve de guía sobre este particular en nuestra historia.

suntuoso y que más pudiera halagar los caprichos de la imaginación humana. Tan galante como espléndido el califa, dedicóle á su esclava favorita, la más hermosa y linda de su harem, llamada *Zahara*, que significa *Flor*, y de cuyo nombre llamó á la nueva ciudad Medina Zahara, ciudad de las flores (1).

Para la construcción de este palacio trabajaron, dicen sus historias, diez mil hombres, mil quinientos mulos y cuatrocientos camellos. Entraban cada día diez mil piedras labradas, sin contar las de mampostería. Hicieronle quince mil puertas, y sustentábanle cuatro mil trescientas columnas de mármoles preciosos. Empleábanse en su servicio interior trece mil setecientos cincuenta esclavos varones y seis mil trescientas cuarenta mujeres. Los pavimentos y paredes eran también de mármol, los techos pintados de oro y azul, las vigas y arcesonados de cedro con relieves de un trabajo exquisito. En los salones había elegantes fuentes que derramaban sus aguas en tazas y conchas de mármoles de colores. En la llamada del Califa había una de jaspe con un cisne de oro de maravillosa labor, trabajado en Constantinopla, y sobre la fuente del cisne pendía del techo una magnífica perla que había regalado á Abderramán el emperador griego León VI. Contiguo al alcázar estaba el generalife (2), con multitud de árboles frutales, bosquecillos de laureles, arrayanes y mirtos, estanques y lagos en que se pintaban las frondosas copas de los árboles y las arboladas nubes del cielo. En medio de los jardines, y sobre un cerro que los dominaba, se veía el pabellón del califa, sostenido por columnas de mármol blanco con capiteles dorados, en el cual descansaba cuando volvía de caza. Las puertas eran de ébano y marfil. Cuentan que en el centro de este pabellón había una gran concha de pórfido con un surtidor de azogue vivo, que fluía y refluía como si fuese de agua, y daba con los rayos del sol y de la luna un resplandor fantástico. Los baños de los jardines eran igualmente de mármol, hermosos y cómodos; las alcázaras, cortinas y velos tejidos de oro y seda, con figuras de flores y animales, que parecían vivos y naturales á los que los miraban. En suma, dice el escritor árabe de quien tomamos esta descripción, dentro y fuera del alcázar estaban como compendiadas todas las riquezas y delicias del mundo que puede gozar un príncipe poderoso. Con razón, pues, exclama en su estilo otro escritor arábigo (3), «que sólo el Dios del cielo podría llevar cuenta de los grandes tesoros que en esta posesión consumió el califa Abderramán.»

Espléndido y fastuoso en todo, hizo construir en Medina Zahara una mezquita que en preciosidad y elegancia, ya que no en grandeza, aventajaba á la de Córdoba. Edificó también una *zeka* ó casa de moneda, y

(1) Otros escriben *Azahra*.—Aun quedó entre nosotros el nombre de *azahar*, aplicado á la flor del naranjo y del limonero, que es una de las más aromáticas y agradables.

(2) *Genat al Arzif*, jardín de recreo, sitio de placer. El que con este nombre se conserva todavía en Granada al oriente de la Alhambra puede dar idea del gusto de estos jardines, en que se mezclaba lo agreste con lo bello, y en que competían la naturaleza y el arte.

(3) Ahmed Al-Makari, *Hist. de los Din estius mahom. en España*.

otros muchos edificios y cuarteles para el alojamiento de su guardia, que se componía de doce mil hombres, cuatro mil esclavos de á pie, cuatro mil africanos zenetas de caballería y otros cuatro mil caballeros andaluces; los jefes y capitanes de esta guardia habían de ser ó de la propia familia real, ó jeques principales de Andalucía. En sus cacerías y expediciones, además de la guardia militar que le acompañaba, llevaba siempre consigo un número de esclavos y esclavas, y hacía también que le acompañasen algunos vazires, alcatibes, sabios, poetas y astrónomos, porque Abderramán no daba un paso en que no desplegase una ostentación y una pompa verdaderamente orientales. ¿Pero qué se hizo esa ciudad de delicias, ese depósito de todo lo más magnífico y bello que la imaginación de un árabe pudo inventar? ¿Qué fué de Medina Zahara? Ni un solo vestigio ha quedado de esa ciudad de maravillas, todo ha desaparecido, y tuviéramosla por una ciudad fantástica, y las descripciones que de ella hacen sus historias se nos entojaran fabulosas, si no nos certificaran de su existencia las muchas monedas en ella acuñadas que se han conservado y aun subsisten. Edificóse Medina Zahara por los años 324 y 325 (936 y 937 de nuestra era).

Así vivía el califa Abderramán III el tiempo que le dejaban libre las guerras de que en el capítulo anterior hemos hablado. La tregua celebrada en 944 con el rey Ramiro de León, le permitió poderse dedicar más tranquilamente á los placeres del campo y al trato y comunicación con los eruditos y sabios de su corte, que eran entonces muchos y de los cuales andaba constantemente acompañado. La fama del esplendor y brillo de la corte de Córdoba y de las guerras de Abderramán en África y España había llegado á los reinos extranjeros y á los países más apartados. En 949 recibió el esclarecido príncipe Omniada una embajada del emperador griego Constantino Porphirogeneto, hijo de León VI, el que le había regalado la famosa perla del alcázar de Zahara, solicitando la renovación de las antiguas relaciones de amistad y alianza que habían existido entre sus mayores contra los califas de Bagdad. La carta del emperador venía escrita en pergamino con caracteres de oro y azul; esta carta contenía otra en fondo azul y letras de plata, en que se expresaban los regalos que ofrecerían al príncipe musulmán los enviados del monarca bizantino. La primera estaba escrita de mano del mismo emperador, de quien dicen que era un excelente calígrafo. Cerrábala un sello de oro, de peso de cuatro mitcales, en cuyo anverso se representaba el rostro de Cristo, y en el reverso los bustos de Constantino y de su hijo Romano. Esta carta iba dentro de una cajita de plata elegantemente cincelada, sobre la cual en un cuadro de oro se veía el retrato de Constantino pintado sobre el cristal. Otra segunda caja de forma de un carcaj, forrada de tela tejida de oro y plata, servía de cubierta á la primera. La carta comenzaba así: «Constantino y Romano, adoradores del Mesías, ambos emperadores y soberanos de Roma, al grande, al glorioso, al noble Abderramán, Califa reinante de los árabes de España, prolongue Dios su vida. etc.»

El recibimiento no podía menos de corresponder, y aun era de esperar que excediese en magnificencia y brillo á la embajada. Desde que Abderramán supo que venían los embajadores había enviado á la frontera á

Yahia ben Mohammed con un escogido cortejo para recibirlos, y cuando se aproximaron á la corte, las mejores tropas con los jefes más distinguidos salieron á darles escolta. Alojáronse en el palacio Meruán, y allí estuvieron sin comunicarse con nadie hasta el día de la recepción solemne, que fué el 11 de la luna de rabie primera (7 de setiembre de 949). Aquel día las tropas de la guardia se pusieron de gran gala; el pórtico, vestíbulo y escalera del alcázar se adornaron con ricas colgaduras. El califa estaba sentado en su trono con sus hijos á la derecha, sus tíos á la izquierda, y sus ministros á un lado y otro en el orden de su respectiva jerarquía; los hijos de los vazires con los funcionarios subalternos, vestidos con ricos trajes, ocupaban el fondo del salón, cuando comparecieron los embajadores, é hicieron presentación al califa de la carta de Constantino. Abderramán, para hacerles los honores, mandó á los poetas y literatos de su corte que celebrasen la grandeza del Islam y del califato, dando gracias á Dios

## MONEDAS ARÁBIGAS



por la protección manifiesta que había dispensado á su santa religión humillando á sus enemigos. Cuentan con este motivo una curiosa anécdota, en que no sabemos si habrá tenido alguna parte la imaginación hiperbólica de los escritores orientales.

Dicen que turbados oradores y poetas con el brillo y majestad que presentaba aquella asamblea, bajaron los ojos y apenas pudieron tartamudear las primeras frases de sus discursos. Mohammed ben Abdilbar, encargado por Alhakem, hijo mayor del califa, de pronunciar una oración, al tiempo de comenzar á hablar se sintió indispuerto y no pudo proseguir. Hallábase de huésped del califa un afamado sabio y poeta llamado Abu Aly al Kaly, el cual fué con este motivo invitado á hablar; pero ni él ni nadie pudieron pronunciar sino algunas palabras. Presentóse entonces un joven, á quien nadie tenía por poeta, y sin haberse preparado pronunció un largo discurso, que más bien, dicen, fué un largo poema. con tal facilidad, elegancia y facundia, que dejó atónita la asamblea, y aquel hombre hasta entonces ignorado y oscuro fué mirado ya como un genio superior. Llamábase Almondhir ben Said, y tan satisfecho quedó el califa de las disposiciones de aquel joven, que le confirió de pronto una de las primeras dignidades de la mezquita de Zahara, y después le hizo cadí de los cadíes de la grande aljama de Córdoba, en cuyo empleo murió con gran reputación de predicador, poeta y escritor moralista.

Los embajadores, después de haber visitado y admirado las maravillas de Córdoba, despidiéronse del califa, el cual dispuso que los acompañara uno de sus vazires hasta Constantinopla, con encargo de saludar al empe-

rador, de llevarle algunos presentes, que consistieron en hermosos caballos andaluces, con jaeces y armas, y de mantener allí y estrechar los lazos de amistad que ya unían á los dos príncipes.

Habíase extendido la fama de Abderramán y de su grandeza por toda Europa, y embajadores de otros monarcas extranjeros vinieron entonces á la capital de los musulmanes de Occidente. Cuéntanse entre ellos los del rey de los Esclavones, los de Hugo, rey de Italia y de Provenza, y los de la reina viuda de Carlos el Simple, y madre de Luis de Ultramar, á quienes acompañaron enviados de Suniario conde de Barcelona, los cuales todos volvieron maravillados de la esplendidez de la corte del califa. Hallábase, pues, Abderramán III en el apogeo de su poder y de su gloria, cuando vino á acibarar sus satisfacciones un suceso de familia de que ahora daremos cuenta, no por serlo de familia, sino por el influjo que tuvo en la suerte del Estado.

Tenía Abderramán dos hijos, Alhakem y Abdallah, ambos de brillantes prendas, de talento distinguido, y celebrados ambos por su vasta erudición. Abdallah era poeta, astrónomo, filósofo y jurisperito, y había escrito una historia de los Abassidas. Gozaba de gran popularidad; pero Abderramán amaba con predilección á Alhakem; habíale educado con esmero, y proporcionádole los maestros y profesores de más reputación y saber: entre otros había hecho venir á costa de oro al que en Oriente tenía más celebridad por su ciencia y erudición, y éste era el que instruía y acompañaba constantemente al príncipe, con el cual vivía en el palacio de Zahara: llamábase Abu Aly al Kaly, y era el mismo á quien hemos nombrado en la solemne recepción de la embajada de Constantinopla. Digno Alhakem por su instrucción, por su bondad y hasta por su carácter amable de ocupar el trono de los Omniadas, había sido declarado por su padre walí alahdí, ó príncipe heredero, ante el cuerpo reunido de los walíes, vazires, alcatibes y demás altos funcionarios del Estado, según costumbre.

Pero Abdallah tenía á su lado un consejero ambicioso, Ahmed ben Mohammed, conocido por Ben Abdilbar, á quien también hemos nombrado en la audiencia de los embajadores griegos, que queriendo explotar para sí la popularidad de Abdallah, comenzó por adularle diciendo que todo el pueblo estaba resentido de la preferencia que su padre había dado á su hermano; que conocía la superioridad de las prendas y de los merecimientos de Abdallah, y que por lo tanto estaba muy dispuesto á hacer una aclamación popular en su favor, y á obligar al califa á revocar la declaración hecha, para lo cual sólo se necesitaba que diese su consentimiento: que en esto su padre no haría sino seguir el noble ejemplo del primer Abderramán, el fundador de la dinastía de los Omeyas, que no había vacilado en dar la preferencia á su hijo Hixem sobre sus dos hermanos mayores Suleiman y Abdallah atendiendo á la superioridad de sus talentos, que era el mismo caso en que él se hallaba con Alhakem su hermano. En fin, tales razones le dijo el ambicioso consejero, y tan fácil y segura le representó la empresa, que el buen Abdallah, no exento de la flaqueza común á todos los hombres, y más común á los príncipes, de creer todo lo que les lisonjea, dejóse deslumbrar hasta el punto, no sólo ya de acceder á que hiciese el pueblo la demostración ofrecida, sino á fo-



mentarla por su parte hablando al efecto y tratando de ganar á los walíes y caudillos y á los hombres de más valer. Así fascina y pierde muchas veces á los mejores y más virtuosos príncipes la lisonja y la instigación de un consejero interesado y ambicioso. Éralo en gran manera Abdilbar bajo un exterior modesto y humilde; pero menos prudente y cauto que intrigante, confió el secreto de la conjuración á uno con quien equivocadamente se atrevió á contar, y éste lo denunció todo al califa, designando el día en que estaba dispuesta y acordada la revolución, que era el de la Pascua de las Víctimas, una de las cuatro pascuas que celebraban los musulmanes de España.

Consultó el califa sobre tan grave negocio con su tío Almudhaffar, y para averiguar la verdad que pudiera haber en la delación acordaron despachar uno de los vazires de palacio con la misión de sorprender á media noche el de Meruán en que habitaba Abdallah. Hízolo así el vazir, y habiendo hallado al príncipe acompañado de Abdilbar y de otro caballero conocido con el nombre del Señor de la Rosa (Sahed al Ward), los prendió á todos tres por sospechosos y los condujo al palacio de Medina Zahara, donde fueron encerrados separadamente y sin comunicación. Cuando Abdallah fué presentado á su padre, le preguntó éste: «¿Te tienes por ofendido porque no reinas?» Abdallah dió sólo lágrimas por respuesta. Interrogado después por dos vazires del consejo de Estado declaró cuanto había, por instigación de quién obraba, y que todo era obra de las sugerencias de Abdilbar, que aspiraba á ser cadí de los cadíes de todas las mezquitas de España, pero que el Señor de la Rosa era inocente y no tenía complicidad alguna en la conspiración. Ni la franqueza ni el arrepentimiento, le sirvieron al infeliz Abdallah; Abderramán obró menos como padre que como inexorable juez, y el ilustrado príncipe fué sentenciado á muerte el día de la Pascua de las Víctimas, el señalado para estallar la conspiración. El pérfido Abdilbar se suicidó en la cárcel la noche de la víspera en que había de ser ejecutado (1).

Dícese que Alhakem pidió á su padre el perdón de su hermano, y que Abderramán le respondió: «Bien están de tu parte la intercesión y los ruegos, y si yo fuese un hombre privado y pudiera escuchar sólo los impulsos y sentimientos del corazón, desde luego accedería á tus súplicas; pero como imán y califa que soy, tengo un deber de justicia que cumplir y dar ejemplo de ella á mis pueblos mientras viva: yo debo imitar al gran califa Omán ben Alchitab: así, pues, ni tus lágrimas ni mi desconsuelo y el de toda nuestra casa pueden librar á mi desgraciado hijo de la pena debida á su crimen.» El infeliz Abdallah también intercedió con su padre pidiéndole por el Señor de la Rosa: «Señor, le dijo, que no padezca un inocente por mi culpa.» Estas fueron las últimas palabras del desgraciado príncipe. Aquella misma noche recibió la muerte en su propia habitación, y al siguiente día fué enterrado en el cementerio de la Ruzafa, acompañando sus restos mortales sus mismos hermanos y toda la nobleza de

---

(1) Abu Omar ben Afif, en su *Historia* que perfeccionó Ben Hayan. Conde, capítulo I.XXXIII.

¡Córdoba. ¡Severidad admirable de un padre, y lastimoso y sensible sacrificio el de un hijo de tan grandes prendas (950)!

«Como las desgracias no vienen solas, añade aquí el historiador arábigo, poco después falleció el príncipe Almudhaffar, tío del rey, con grande sentimiento de éste que le amaba como á padre.» Y bien pudo sentirlo, por que en él perdió el mejor y más acreditado y temible guerrero del imperio, y sobre todo un príncipe que había sido para él el tipo de la lealtad, de la nobleza y de la generosidad.

Era esto en ocasión en que Ordoño III acababa de suceder á su padre Ramiro en el trono de León. Príncipe hábil, valeroso y discreto el tercer Ordoño, hubiera podido dar al reino días de ventura si desde el principio no se hubiera levantado contra él su hermano Sancho, llamado después el Gordo, gobernador de Burgos. Tuvo Sancho maña para arrastrar á su partido no sólo á su tío García de Navarra, sino también á Fernán González, suegro del de León, que así correspondió á los deberes de deudo y al juramento de fidelidad prestado á Ramiro en la prisión. De acuerdo el ingrato conde con el desnaturalizado Sancho, entráronse cada uno con su ejército por tierras de León para caer simultáneamente sobre la capital. Pero engañáronse en sus cálculos, porque prevenido Ordoño, hallaron los pasos tan cerrados, tan fortificadas las plazas, y tan apercebidas y bien distribuídas las tropas reales, que convencidos de las insuperables dificultades de su empresa tuvieron que desistir y retirarse vergonzosamente á sus casas (952).

Todo el golpe de esta campaña vino á descargar sobre la reina; porque irritado Ordoño de la infidelidad de su suegro, repudió á su hija, buscando en la infecundidad de Urraca motivo ó pretexto para la anulación del matrimonio, pasando después á contraer segundas nupcias con Elvira, hija del conde de Asturias Gonzalo, de quien tuvo á Bermudo, que llegó á reinar más adelante.

No bien frustrada la tentativa de Sancho, un nuevo movimiento estalló en Galicia que llenó de amargura el corazón todavía lacerado de Ordoño: pero acudiendo prontamente con un ejército respetable logró fácilmente sujetar á los turbulentos, sin que nadie osara más rebelarse contra el legítimo monarca; el cual, viéndose allí con fuerzas imponentes, no quiso volver á León sin señalarse con alguna empresa contra los mahometanos. Entróse, pues, por tierras de Lusitania, avanzó hasta la embocadura del Tajo, tomó y saqueó á Lisboa, y regresó á León victorioso con multitud de despojos y cautivos. Invasión tan atrevida exasperó á los musulmanes, y á su vez penetraron en Castilla, talando también y saqueando pueblos desde San Esteban de Gormaz hasta las puertas de Burgos. La política ó la necesidad había obligado al conde Fernán González á volverse á poner al servicio del rey de León, y castellanos y leoneses marcharon ya juntos contra los moros, persiguiéndolos hasta el Duero, y forzándolos á dejar en su poder tiendas, prisioneros y caballos (954). Los historiadores arábigos traducen, no obstante, esta campaña como gloriosa á sus banderas, suponiendo haber arrojado á los cristianos de Setmánica (Simancas) y de otras fortalezas del Duero, llevando sus algaras hasta los montes con gran matanza de infieles y gran presa de despojos.

cautivos y ganados. Que así se confunde y se oscurece la verdad histórica por el empeño de interpretar cada historiador los sucesos de una misma campaña en favor de las armas de su nación.

Disponíase Ordoño III á pelear otra vez en persona contra los sarracenos al año siguiente, cuando la muerte vino á atajar sus pensamientos en lo mejor de sus días. Falleció, pues, Ordoño en Zamora (agosto de 955) después de un corto reinado de poco más de cinco años y medio. Su cuerpo fué trasportado á León y sepultado en la iglesia de San Salvador al lado del de su padre Ramiro (1).

Con esto quedó abierto el camino del trono á su hermano Sancho que tan ansiosamente había mostrado codiciarle. Reinó, pues, Sancho I, y reinó el primer año con sosiego y tranquilidad. Pero al siguiente (956) «dispuso el Dios de las venganzas, dice no sin oportunidad un escritor moderno, que sufriese los mismos trabajos que él había hecho padecer á su hermano, y por los mismos caminos y con resultas todavía más pesadas.» Y así fué, que el conde Fernán González, que parecía ser el instrumento escogido por la Providencia ó para castigar los vicios ó para poner á prueba las virtudes de todos los reyes de León; este mismo conde que años antes había sido el alma de las pretensiones de Sancho contra su hermano Ordoño III, concertóse ahora con otro Ordoño, hijo de Alfonso (monje de Sahagún), para destronar al que antes había favorecido. Fernán González había casado á su hija Urraca, la repudiada de Ordoño III, con este otro Ordoño, y entraba en sus intereses colocar otra vez á su hija en el trono de León. Esta vez fué el conde de Castilla más afortunado: logró cohechar las tropas del rey, faltóle á Sancho el apoyo de la fuerza material, y se vió precisado á huir de León y buscar un asilo en Pamplona al lado de García su tío, dejando el trono á merced de otro Ordoño, cuarto de su nombre.

No negó el navarro al destronado sobrino la hospitalidad debida al infortunio, mas no se atrevió ó no pudo suministrarle socorros positivos con que pudiese recobrar el perdido trono. Aconsejóle, sí, que pasara á Córdoba á ponerse en manos de los médicos árabes para que le curaran aquella excesiva obesidad á que debió el sobrenombre de Sancho *el Gordo* ó Sancho *el Craso*, con que es conocido en la historia: grosura tal, que le inhabilitaba, dicen, para montar á caballo y para todo ejercicio militar, que en unos tiempos en que tan necesaria era la actividad personal á los reyes equivalía á imposibilitarle para el gobierno del reino. Decidióse Sancho á hacer el viaje, despachó García embajadores al califa cordobés, hizo que acompañaran á su sobrino varios personajes de su corte, entre los cuales afirman algunos haber ido la reina madre, Teuda, abuela de Sancho. Aunque el objeto ostensible de este viaje era la curación del obeso monarca, llevaba además el fin político de interesar al califa en su favor por si llegaba la oportunidad de poder reclamar sus derechos al trono: que ya los reyes de León y de Navarra no eran aquellos primitivos caudillos de groseros y rudos montañeses, sino príncipes que sabían manejarse con una astucia que hoy llamaríamos diplomacia.

(1) Samp. Chron.

Fué Sancho recibido en Córdoba con aquella cortesanía que distinguía á los árabes, y Abderramán le hizo alojar en su mismo palacio, dándole sus propios médicos para que le asistiesen y trataran. Plácenos ver á dos príncipes de enemigas religiones y pueblos, al uno arrojarse confiadamente en brazos del otro, buscando en él y en sus sabios el remedio á sus males, al otro hospedándole en su propio alcázar y haciendo servir á su bienestar la ciencia de sus doctores, siendo tan admirable la generosa correspondencia del sarraceno como la noble confianza del cristiano. Tuvo Sancho la fortuna y los médicos cordobeses el acierto de corregir su extremada obesidad, y hasta de volverle toda la agilidad y soltura de la juventud (1). Mas para esto hubo de hacer larga residencia en Córdoba, y en este intervalo se instruía en la lengua de los árabes y en sus costumbres, captábase mañosamente la gracia del califa y del diván mismo, ayudábale también el rey de Navarra con sus manejos, y cuando al cabo de tres años de permanencia trató de recuperar el usurpado trono, encontró tan propicio á Abderramán y sus principales jeques, que llegaron á poner á su disposición un ejército musulmán. Las crónicas no expresan las condiciones del tratado que debió ajustarse entre el destronado huésped y el poderoso Miramamolín, pero los resultados inducen á creer que fueron harto generosas por parte del califa y nada humillantes para el rey de puesto.

Vió, pues, España por primera vez con asombro ponerse en marcha un ejército agareno conducido por un príncipe cristiano. Empezó éste en derecha el camino de León (959). Ordoño IV llamado *el Intruso*, y á quien por sus violencias y exacciones apellidaban *el Malo*, no tuvo valor para esperar las huestes sarracenas, y de noche y á la escapada se refugió á Asturias, donde esperaba con ayuda de algunos parciales, mantenerse contra su rival. Continuó Sancho majestuosamente su marcha de ciudad en ciudad, aclamándole las más como libertador, sujetando con las armas á las que le resistían, que eran las menos, porque el escaso partido que tenía Ordoño el Malo acabó de perderle con su cobarde fuga, y apenas había quien se atreviera á defender su causa. Así llegó Sancho á León donde le esperaban numerosos parciales, y ganada la capital sometióse luego todo el reino de sus mayores.

Ordoño, no considerándose ya seguro en Asturias, pasó con su familia á Burgos: pero allí donde pensaba encontrar más favor y apoyo, ni siquiera encontró un asilo. El conde Fernán González su suegro, único que hubiera podido protegerle, había salido á defender las tierras de Castilla acometidas por el rey de Navarra, y él y su hijo fueron hechos prisioneros por García en el pueblo de Cirueña (960), y de allí enviados á Pamplona (2). Los burgaleses, sin dolerse siquiera del infortunio y sin mostrarse conmovidos de la suerte de un monarca abandonado y prófugo, apode-

(1) *Crassitudinem ejus abstulerunt a ventre ejus, et ad pristinam levitatis astutiam reductus, etc.* Samp. Chron. I. c.

(2) Moret, *Investigaciones*, lib. II, cap. x.—*Annal. Compostel. ad ann. 960.*—Según estos Anales, cuando García vió afianzado ya á su sobrino en el trono de León, sacó de la prisión al conde y le envió libre á Castilla.

ráronse de su mujer Urraca y de sus dos hijos, y á él le hicieron salir de la ciudad, no quedándole otro recurso que pasarse á los dominios de los moros de Aragón, entre los cuales vivió algún tiempo haciendo una vida harto desgraciada y miserable, y allí murió ignorado y oscuro, sin que se sepa siquiera el lugar en que acabó su existencia infortunada (1). Tal fué el desastroso fin de Ordoño, cuarto de este nombre, llamado *el Intruso*, y más conocido en las historias por *Ordoño el Malo*.

De este modo Abderramán, de enemigo que había sido de los cristianos, vino en cierto modo á hacerse mediador de sus diferencias, y con haber logrado colocar y asegurar en el trono á su protegido se halló en paz con toda la España. Sancho por su parte, viéndose tranquilo poseedor del reino, pensó en tomar estado, y se enlazó en matrimonio con doña Teresa (961), hija del conde de Monzón Ansur Fernández, de quien tuvo á Ramiro, que más adelante veremos reinar también.

Aun se prolongó por algunos años el reinado de Sancho. Pero la circunstancia de haber ocurrido este mismo año la muerte del califa Abderramán III, personaje interesante y colosal del siglo x. nos mueve á dejar por ahora al repuesto rey de León para dar cuenta de lo que entretanto había acaecido en la corte y dominios de los musulmanes españoles bajo el más esclarecido de sus príncipes.

Habíase hecho el califa español dueño de una gran porción de la Mauritania, si bien teniendo que desplegar un rigor y una severidad inflexibles para con las tribus bereberes, que siempre turbulentas, inconstantes siempre, sin fe ni palabra, haciendo causa tan pronto con los Fatimitas, tan pronto con los Edrisis, apenas pasaba año en que no fatigasen con alguna revolución al califa cordobés. Bien se necesitaba el rigor de Abderramán para tener á raya á aquellos díscolos y volubles africanos.

Un hecho privado, y pudiera decirse casual, vino á proporcionar á Abderramán la conquista de las principales y más opulentas ciudades de la costa de África. Apoderadas sus escuadras de Túnez, sacaron de allí riquezas inmensas, así en oro y pedrería, como en telas y vestidos de todo género, y como en armas, caballos y esclavos; tanto, que después de deducido el quinto para el califa, y después de hacer una distribución abundante á los generales, capitanes y soldados, hasta el punto de quedar satisfechos andaluces y zenetas, aun le restó al hagib una suma cuantiosísima. Recibióle Abderramán con alegría grande, hízole muchos honores, y le señaló una renta anual de cien mil doblas de oro.

Pero por grande que fuera el premio que del califa recibiese Ahmed ben Saíd, aun fué mucho mayor y más espléndido el regalo que éste hizo al emir Almumenín de la parte que le tocó de los despojos de aquella expedición. Consistió este célebre regalo, según lo refiere Abén Chalicán, en los objetos siguientes: cuatrocientas libras de oro puro de Tíbar, valor de cuatrocientos mil zequies en plata en barras, cuatrocientas libras de madera de linaloe, quinientas onzas de ámbar, trescientas onzas de alcanfor precioso, treinta piezas de tela de oro y seda, ciento y diez pieles de martas finas de Korasán, cuarenta y ocho cubiertas ó caparazones de oro y

(1) Sanj. Chron. n. 26.

seda para caballos, tejidas en Bagdad, cuatro mil libras de seda en madejas, treinta alfombras de Persia, ochocientas armaduras de hierro bruñido para caballos de guerra, mil escudos, cien mil flechas, quince caballos árabes de raza con ricos jaeces recamados de oro, cien caballos de África y de España bien enjaezados, veinte acémilas con sillones y cubiertas largas, cuarenta esclavos jóvenes y veinte lindas esclavas, todas con vestidos preciosos, y una casida ó composición larga de elegantes versos en elogio del rey, obra del mismo Ahmed ben Said (1). Todo aparece grande y suntuoso en el reinado del tercer Abderramán.

No pudiendo ya sufrir Maab ben Ismail, cuarto califa Fatimita, el engrandecimiento del imán de Córdoba en África, envió á su caudillo Gehwar el Rumí con veinte mil caballos de Ketama y Zanhaga y muchos más de otras tribus, con orden de que ocupara los Estados de Almagreb. El walí de Abderramán de Córdoba reunió también sus kabilas de zenetas y mazamudas, y salieron al encuentro ambas huestes. Gehwar ofreció grandes premios al que quitara la vida al walí del califa español, y en efecto logró el placer, que placer era este siempre para todo sarraceno, de enviar su cabeza á Maab ben Ismail, el cual la hizo pasear clavada en una lanza por las calles de Cairwán. A esta victoria siguieron otras, y á principios del año 960 se atrevió ya el vencedor Fatimita á poner cerco á la ciudad de Fez, principal asiento del poder del califa español en África. Combatió la día y noche sin descanso, y al cabo de trece días la tomó por asalto con gran mortandad de andaluces y zenetas que se defendieron hasta morir: la ciudad fué saqueada, cautivado su gobernador y demolidos sus muros y las torres de sus puertas. En pocos meses se apoderó el valiente Fatimita de todas las ciudades de Almagreb, á excepción de Ceuta, de Tánger y Tlencen que defendían las tropas de Abderramán. El cautivo walí de Fez con otros quince caballeros, juntamente con el gobernador prisionero de Sigilmesa, fueron llevados encadenados y desnudos en lomos de camellos; y cubiertas sus cabezas con andrajos de lana y cuernos entrelazados, paseáronlos así por las calles y plazas de Cairwán y de Mahedia y encerráronles después en calabozos, donde todos perecieron.

Vivamente alarmado Abderramán con estas noticias, recibidas en ocasión que acababa de perder á su primer ministro Ahmed ben Said, y cuando todavía lloraba las muertes de su hijo Abdallah y de su tío Almudhaffar, en el mal humor que todos estos disgustos le produjeron juró vengar los ultrajes recibidos en Almagreb, y con los arranques de una melancólica desesperación mandó hacer prontos y numerosos aprestos de gente y naves, y que pasaran á África á volver por el honor de los Omeyas y de Córdoba. Embarcáronse con presteza y diligencia tropas de á pie y de á caballo, y unidas con las que guarneceían á Ceuta, Tánger y Tlencen,

(1) Conde, en el cap. LXXXIV, supone este famoso regalo de Ahmed ben Said como hecho de vuelta de su anterior incursión en Galicia. A no dudar se distrajo en esto el ilustrado orientalista español, pues si aun traídas estas riquezas de la opulenta ciudad de Túnez, no puede menos de sospecharse algo de exageración en el relato, ¿cómo pudo haberlas recogido en las pobres poblaciones cristianas, donde eran además desconocidos la mayor parte de estos objetos?

pelearon con tanto valor y con tan próspera fortuna, que en pocos meses recobraron las ciudades y fortalezas perdidas, y tomaron por asalto á Fez, quedando así dueños de todo el país desde Fez hasta el Océano. En todos los almimbares y mezquitas de Almagreb fué proclamado emir Almumenín el poderoso califa de Córdoba Abderramán Anasir Ledinala con general contentamiento y aplauso de los pueblos y kabilas zenas (1).

Así iban las cosas de Abderramán en sus últimos años por parte de las armas y de la conquista. Había pacificado la España árabe aniquilando todas las facciones intestinas que la infestaban; el rey cristiano de León era hechura suya; vivía en amistad con el de Navarra; enviados del conde de Barcelona habían venido á su corte; príncipes y monarcas italianos, franceses, esclavones y griegos habían solicitado su amistad y enviádole embajadores que volvían haciéndose lenguas de su grandeza; las naves de Egipto y de Túnez habían caído en su poder, y en Africa acababan de triunfar sus armas, y en todas las mezquitas resonaba su nombre como el de un salvador. Réstanos dar cuenta de otra embajada que recibió de otro príncipe contemporáneo, de Otón I, rey de la Germania, emperador de la Alemania después, llamado el Grande: embajada notable y curiosa, llena de lances dramáticos, que nos revelarán el espíritu religioso y político de los hombres de ambas creencias musulímica y cristiana en aquella época, y el genio y carácter de Abderramán.

El califa de Córdoba había tenido que enviar un mensaje al gran jefe de la *Alamanya* que ellos decían. La carta misiva de Abderramán contenía varias frases de aquellas que tan familiares eran á los musulimes y que nunca faltaban en sus documentos oficiales, esto es, elogios de su religión, de la protección que Dios dispensaba á los mahometanos contra los infieles, de las excelencias del islamismo sobre el Evangelio y la Cruz, y otras semejantes. Parecióronle á Otón estas expresiones otras tantas injurias que se hacían al Dios de los cristianos, y retuvo mucho tiempo á los enviados del califa, como quien temía con su respuesta ocasionar una ruptura. Pero era menester tomar una resolución, y la resolución fué despachar una embajada á Córdoba, menos al parecer para tratar de negocios políticos que para responder á la parte injuriosa de la carta de Abderramán en que se vulneraba la religión cristiana. El sabio Bruno, arzobispo de Colonia y hermano de Otón, se encargó de redactar la respuesta; respuesta en que prodigaba algunos más denuestos á Mahoma y al Corán que los que de la carta del califa se hubieran podido sacar contra Cristo. Necesitábase para llevar esta carta una persona de resolución y arrojo, que no temiera arrostrar la cólera del califa. Un monje de la célebre abadía de Gorza se ofreció espontáneamente á ello, acaso con la esperanza del martirio: llamábase este monje Juan, y se le dió por adjunto á otro monje de la misma abadía nombrado Garamanno. Partieron, pues, los dos mensajeros camino de España y llegaron á Córdoba, donde hallaron una acogida benévola de parte del monarca musulmán; el cual les destinó una

(1) Cartas de Abd el Halim — Conde, part. II, cap. LXXXVI.

casa distante dos millas de su palacio, los hizo tratar con un lujo verdaderamente regio, pero en aquella especie de cautividad dorada los tuvo más y más tiempo sin que pudieran dar cuenta de su misión.

Preguntaron ya los buenos monjes en qué consistía que tanto se tardara en admitirlos á la presencia del rey, á lo cual les fué respondido que pues los enviados del califa habían sido detenidos tres años por su monarca, ellos lo serían tres veces más, es decir, nueve años. La verdad era que habiéndose traslucido que la carta del rey Otón contenía frases injuriosas á Mahoma y su religión, y prescribiendo expresamente el Corán que el que tal hiciese ó autorizase fuese irremisiblemente condenado á muerte, quería el califa evitar este extremo dando largas y moratorias hasta ver si se hallaba medio hábil de salir de aquel compromiso. Ni el califa quería faltar á la ley, ni hubiera podido aunque quisiera, porque noticiosos los principales musulmanes de Córdoba del contenido de la carta, y recelando que el califa quisiera ser indulgente con los portadores de ella, presentáronse un día tumultuariamente en palacio, exigiendo la observancia de la ley del Corán, y costó no poco trabajo á Abderramán sosegar aquel movimiento hijo del celo religioso. Deseando el califa conciliarlo todo del mejor modo posible, envió á decir al monje Juan, que desde luego le recibiría siempre que no presentase las cartas del rey de Germania: el comisionado de Abderramán se esforzó inútilmente en hacer ver al monje cristiano los inconvenientes y peligros que esto podía traer: el monje se mostró obstinado é inflexible; pero más prudente el califa quiso todavía darle tiempo para que lo pensara mejor, á cuyo efecto mandó que se le dejara solo y entregado á sus meditaciones, sin más compañía que la del otro monje su adjunto.

Al cabo de algunos meses pasó de orden del califa el obispo mozárabe de Córdoba á la habitación del monje Juan, con el solo objeto de persuadirle á que desistiera de presentar las ya ruidosas cartas, haciéndole ver que de insistir en su empeño, además de seguirse una colisión entre los dos pueblos, se vería el califa obligado á usar con él personalmente de una severidad que no podría evitar. Pero si duro había estado el monje embajador con el que le había hablado primeramente, estuvo aún más en esta entrevista con el obispo mozárabe, reprendiéndole á él mismo por la sumisión en que vivían él y su Iglesia á un príncipe mahometano, y concluyendo con decir que nada en el mundo le haría cejar de su resolución. Comunicada á Abderramán esta respuesta, todavía quiso evitar un conflicto y discurrir algún medio de ablandar el duro temple de alma del monje cristiano, que le causaba no poca admiración. Trascurrieron algunas semanas más, y nuevos enviados pasaron á tantear las disposiciones del monje de Gorza, al cual hallaron inmutable en su propósito. Entonces el califa determinó ensayar si por el terror conseguía lo que no había podido recabar por la prudencia y la blandura; y conociendo que la amenaza de un castigo personal no bastaría á doblegar á un hombre de tanto corazón y de ánimo tan firme, hízole entender que, si persistía en su temeridad, decretaría una persecución contra los cristianos de sus dominios, y que él solo por su obstinación sería responsable de todas las víctimas y de todas las desgracias que se siguieran. Ni esto bastó á hacer desistir al



inexorable monje, parapetándose en que su deber era ejecutar las órdenes de su monarca, sucediese lo que quisiera.

Ya eran los cristianos mozárabes los más interesados en buscar una solución á tan difícil y delicado negocio. Hablaron, pues, con el monje Juan, y se acordó proponer al califa que se enviase nueva embajada al rey Otón informándole de los embarazos en que se hallaban, y pidiéndole nuevas instrucciones para ver el medio de salir de ellos. A todo accedió Abderramán, y como no se encontrara quien se prestase á desempeñar tan delicada misión, publicó un edicto prometiendo un favor especial al que se ofreciese á pasar á Germania, y todo género de presentes para cuando volviese á Córdoba.

Había en el palacio de Abderramán un lego llamado Recemundo ó Raimundo, empleado en la secretaría del califa por su instrucción en las lenguas latina y arábica. Viendo Recemundo una ocasión de prosperar y acaso de elevarse á un alto puesto, y asegurado por Juan de que sería bien recibido, aceptó la embajada con una sola condición, la de obtener el obispado de Illiberis que se hallaba vacante. No tuvo dificultad el califa en acceder á ello, y de simple lego que era se encontró de repente Recemundo convertido en prelado de una de las primeras iglesias de Andalucía (1). Consagrado obispo, y recibidas sus instrucciones como embajador, partió de Córdoba, y al cabo de algunas semanas llegó á la abadía de Gorza, donde fué recibido con mucho agasajo, y aun le acompañaron después á Francfort, donde Otón tenía entonces su corte. Presentado Recemundo al emperador, fácilmente consiguió lo que deseaba. Otón despachó un nuevo enviado á Córdoba acompañando á Recemundo con un escrito en que autorizaba á Juan á suprimir ó no presentar la carta primera, causa de todos aquellos debates, y á negociar en cambio un tratado de paz y amistad que pusiese fin á las incursiones de los bandidos sarracenos que infestaban el imperio de Otón. Recemundo y Dudón (que era el nombre del otro mensajero) llegaron á Córdoba á principios de junio de 959.

Presentóse inmediatamente el nuevo enviado en el palacio del califa pidiendo audiencia. «No consintió, contestó Abderramán, en ver á nadie sin que venga antes ese monje testarudo que tanto tiempo me las ha estado apostando. Los otros se podrán presentar después.» Y envió una comisión á Juan mandándole comparecer á su presencia. Poco faltó para que otra vez burlara al califa aquel monje singular. Cuando los vazires fueron á comunicarle la orden le encontraron despeinado y con barbas, con su túnica de sayal tosca y no nada limpia. Expusieronle los vazires que para poder presentarse al califa era menester que se hiciera rasurar la barba y peinar el cabello, así como ponerse otro vestido más decoroso, pues el califa no acostumbraba á recibir á nadie en traje desaliñado. El monje contestó sin turbarse que aquel era el hábito de su orden, y que no tenía otro. Dijéronselo así á Abderramán, quien se apresuró á mandarle diez

(1) Vióse en efecto en la Iglesia mozárabe el ejemplar doblemente extraño de un lego elevado á la dignidad episcopal sin pasar por los grados intermedios, y de un prelado católico nombrado por un emperador mahometano.

libras de plata, cantidad que consideró sobrada para que pudiera hacerse un traje cual correspondía. Juan aceptó la suma y dió las gracias al califa por su atención y generosidad, pero la distribuyó entera á los pobres, y volvió á repetir que no se presentaría sino con su ropaje ordinario. «Pues bien, exclamó ya Abderramán al anunciarle esta última resolución, que venga como él quiera, aunque sea envuelto en un saco si así le parece, y decidle que no dejaré por eso de recibirle bien.» Era menester tanta paciencia y bondad del califa para tanta obstinación y terquedad del monje.

Fijóse, pues, el día para su recepción, y Abderramán hizo desplegar la más suntuosa pompa y aparato para hacer los honores al ya célebre benedictino. En toda la carrera, desde la casa del humilde monje hasta el palacio del poderoso califa, estaban escalonadas las tropas de infantería y caballería de la guardia, los unos con sus picas apoyadas en tierra, los otros blandiendo dardos y venablos y ejecutando una especie de simulacro de combate, los otros oprimiendo con sus largas espuelas los ijares de sus caballos, y haciéndolos retozar y caracolear de mil maneras. Unos grupos de moros, probablemente dervises, especie de monjes de la religión musulmana, que solían asistir á todas las ceremonias públicas, iban dando saltos y haciendo ridículas contorsiones, ataviados también de un modo extravagante y raro. Al aproximarse el monje cristiano al real alcázar salieron á su encuentro los principales dignatarios del califa. El atrio estaba cubierto de vistosas y ricas alfombras. El monje Juan fué introducido al fin por medio de dos filas de magníficos sillones á la presencia del príncipe de los musulimes, que sentado sobre blandos y suntuosos cojines con las piernas cruzadas á estilo oriental aguardaba al embajador en un salón cubierto de riquísimos tapices y telas de seda.

Cuando el monje lorenés estuvo ya cerca del califa español, dióle éste á besar la palma de su mano, honor que dispensaba muy rara vez á los más elevados personajes, nacionales ó extranjeros; y le hizo seña de que se sentara en un sillón que á su lado preparado le tenía. Un intervalo de silencio se siguió á esta ceremonia. Rompió el califa exponiendo las causas que habían retardado aquella audiencia, contestó Juan de Gorza, y en seguida hizo entrega de los presentes del rey Otón; y como luego hiciera ademán de retirarse, «Oh, no, exclamó el califa, no lo consentiré sin obtener antes palabra de que nos habremos de ver muchas veces, y de que nos habremos de tratar para conocernos mejor.» Prometióselo así Juan de Gorza, y salió complacido y satisfecho de haber hallado en el príncipe musulmán un hombre que estaba lejos de merecer el epíteto de bárbaro que entonces aplicaban los cristianos á todos los ismaelitas.

Las entrevistas y conferencias se repitieron conforme habían convenido: en ellas se informó el califa de las fuerzas y poder del rey Otón, del número de sus tropas, de su sistema de guerra y de gobierno, y de otras circunstancias, y después de haber hablado y cuestionado diferentes puntos, y quedado mutuamente aficionados el emir y el monje, partió éste á dar cuenta al emperador del éxito de sus negociaciones, con lo cual quedaron amigos el emperador germano y el príncipe musulmán. Tal fué el resultado de la célebre embajada de Juan de Gorza, que pudo haber

sido trágico para éste y de muy desagradables consecuencias para los dos pueblos sin la extrema prudencia de Abderramán (1).

Por desgracia no había sido siempre este príncipe tan tolerante con los cristianos. O era desigual su carácter, ó había mudado con la edad. Porque diametralmente opuesta había sido su conducta con el cristiano español Pelayo, aquel joven sobrino del obispo Hermogio de Tuy que recordará el lector había sido dado en rehenes á Abderramán para rescatar á su tío hecho prisionero en la batalla de Valdejunquera. Era, dicen, Pelayo tan hermoso como discreto, y hacía ya tres años que estaba cautivo en Córdoba, cuando informado el califa de sus prendas quiso verle y atraerle á su religión. «Joven, le dijo, yo te elevaré á los más altos honores de mi imperio, si renegando de Cristo quieres reconocer á nuestro Profeta como el profeta verdadero. Yo te colmaré de riquezas, te llenaré de plata y oro, te daré ricos vestidos y alhajas preciosas. Tú escogerás de entre los esclavos de mi casa los que más te agraden para tu servicio. Te regalaré caballos para tu uso, palacios para tu habitación y recreo, y tendrás todas las delicias y comodidades que aquí se gozan. Sacaré de sus prisiones á quien tú quieras, y si tienes gusto en que vengan tus parientes á vivir en este país, les daré los más altos empleos y dignidades.»

Á estos y otros seductores halagos resistió con entereza y constancia el joven Pelayo, que contaba entonces trece años de edad. Los escritores cristianos añaden que el califa se propasó á hacer al joven demostraciones y caricias de otro género, que hubieran sido más criminales que las primeras, con lo cual enfurecido y colérico Pelayo se arrojó intrépidamente á Abderramán, y le hirió en el rostro y le mesó la barba, desahogándose en las expresiones más fuertes contra el califa, y contra su falsa religión. El desenlace de este drama fué el martirio del joven atleta, cuyo cuerpo mandó Abderramán atenacear, y que después fuese arrojado al Guadalquivir: horrible muerte, que sin embargo sufrió el joven cristiano con una resignación que parecía increíble en su corta edad. Fué el martirio de San Pelayo á 25 de junio de 925. Crueldad tan desusada en Abderramán, y empeño tan grande en la conversión de un niño que apenas rayaba en la adolescencia, nos induce á sospechar que se mezclaba en ello otro interés que el de la religión, y que no carecen de fundamento las pretensiones de otro género que le atribuyen los escritores cristianos (2).

Esta mancha, la más negra pero no la sola que afeó al reinado del tercer Abderramán, y que tanto contrasta con otros actos de generosidad y de tolerancia de su vida, no nos impide reconocer que en lo general fué reinado el suyo lleno de esplendidez y grandeza. Protector decidido de las letras y de los sabios, las ciencias y las artes tomaron bajo su influjo un

(1) Suministran estas noticias las *Actas de los Santos* de los monjes benedictinos, en Mabillón, y las de la *Vida de San Juan de Gorza*; porque este monje se cuenta en el catálogo de los santos.

(2) Raquel, *Vida y pasión de San Pelayo mártir*. Ambrosio de Morales refiere largamente este martirio, que cantó en versos latinos la monja alemana Roswita, y que se hizo célebre por los poemas y dramas que sobre él se compusieron en la segunda mitad del siglo x.



CIERVO DE BRONCE, ENCONTRADO EN EL SITIO DONDE ESTUVO MEDINA-ZAHARA (CON-  
SÉRVASE EN EL MUSEO PROVINCIAL DE CÓRDOBA).—COPIA DIRECTA DE UNA FOTO-  
GRAFÍA

desarrollo maravilloso. La historia, la geografía, la medicina, la poesía, la gramática, las ciencias naturales, la música, la arquitectura, porción de otros ramos y conocimientos literarios y artísticos, todo prosperó de un modo admirable; fácilmente pudiéramos presentar un largo catálogo de literatos eminentes y de artistas distinguidos, que hicieron célebre en la historia de las letras el reinado del tercer Abderramán, contando á él mismo entre los poetas y entre los hombres de erudición no común. Habíase propuesto que la capital del imperio árabe-hispano fuese el centro de la religión, la madre de los sabios y la lumbrera de Andalucía. A este fin no perdonaba gasto ni medio para traer á Córdoba los profesores más ilustres y las obras más afamadas de todos los pueblos musulmanes: á aquéllos los colmaba de honores, y éstas las compraba á precio de oro. Sus mismos hijos eran historiadores y filósofos, y el palacio de Meruán, punto de reunión de todos los literatos, era más bien que el palacio de un príncipe un liceo ó academia perpetua, en que se cultivaban todos los ramos del saber que en aquella época se conocían; multitud de obras arábicas de aquel tiempo llenan todavía los estantes de las bibliotecas.

• Hasta las mujeres de que se acompañaba eran literatas ó artistas. «Los últimos meses de su vida, dice uno de sus historiadores, los pasó en Medina Zahara, entretenido con la buena conversación de sus amigos, y en oír cantar los elegantes conceptos de Mozna, su esclava secretaria; de Aixa, doncella cordobesa, que cuenta Ebn Hayan que era la más honesta, bella y erudita de su siglo; de Saffa, hija de Abdallah el Rayi, así mismo en extremo linda y docta poetisa, y con las gracias y agudezas de su esclava Noiratedia: con ellas pasaba las horas de las sombras apacibles en los bosquecillos, que ofrecían mezclados racimos de uvas, naranjas y dátiles.»

Además de los soberbios palacios y jardines de Zahara que hemos descrito en otro lugar, y que la mano destructora del tiempo, ayudada de la no menos destructora del hombre, ha hecho desaparecer, le debió la España la fundación del arsenal de Tortosa (944), la construcción de un canal de riego y de un magnífico abrevadero en Ecija (en 949), la de un bello mihrab ó adoratorio en la mezquita principal de Tarragona, multitud de otras mezquitas, baños, fuentes y hospitales, y el patio principal de la grande aljama de Córdoba (en 958), llamado hoy patio de los Naranjos, plantado entonces no sólo de naranjos, sino de palmeras, de jazmines, de bosquecillos de bojés, de mirtos y de rosales, por entre los cuales serpenteaban arroyuelos de puras y cristalinas aguas.

Llególe por fin á Abderramán su última hora, y como dice uno de sus cronistas, «la mano irresistible del ángel de la muerte le trasladó de sus alcázares de Medina Zahara á las moradas eternas de la otra vida, la noche del miércoles día 2 de la luna de Ramazán, del año 350 (961), á los setenta y dos años de su edad, y cincuenta años, seis meses y tres días de su reinado, que ninguno de su familia reinó más largo tiempo: loado sea aquel Señor cuyo imperio es eterno y siempre glorioso.»

Cuenta Ahmed Al-Makari, que entre los papeles que se hallaron después de su muerte se encontró uno escrito por él que decía así: «He reinado cincuenta años, y mi reino ha sido siempre ó pacífico ó victorioso.

Amado de mis súbditos, temido de mis enemigos, respetado de mis aliados y de los príncipes más poderosos de la tierra, he tenido cuanto parece pudiera desear, poder, riquezas, honores y placeres. Pero he contado escrupulosamente los días que he gustado de una felicidad sin amargura, y sólo he hallado catorce en mi larga vida.» Otros dicen que hizo esta célebre confesión al filósofo poeta Suleiman ben Abdelgafir en un momento de melancolía. Uno y otro pudo ser muy bien. Así murió Abderramán III en el apogeo de su poder y de su gloria.

## CAPÍTULO XVI

ALHAKEM II EN CÓRDOBA.—DESDE SANCHO I HASTA RAMIRO III EN LEÓN

*De 961 á 976*

Solemne proclamación de Alhakem II.—Brillantes cualidades de este príncipe. Protege las letras y los sabios.—Riquísima biblioteca de Meruán.—Sus campañas en Castilla.—Ajuste de paz con Sancho I de León.—Traslación del cuerpo del joven mártir San Pelayo á León.—Rebelión de algunos condes de Galicia.—Muere Sancho alevosamente envenenado.—Escena dramática y ruidosa entre dos obispos de Compostela.—Ramiro III de León.—Situación de los demás reinos de España.—Condado de Barcelona. Suniario: Borrell II: Mirón.—Navarra.—Muerte de García el Temblón, y principio de Sancho el Mayor.—Castilla.—Muerte de Fernán González.—Juicio crítico sobre este célebre conde, y sobre el origen y principio de la independencia y soberanía de Castilla.—Imperio árabe.—Guerras de África y su resultado.—Extinción del imperio edrisita.—Cultura de la corte de Córdoba.—Las mujeres literatas. Asambleas de hombres doctos y eruditos.—Estadística de la riqueza y población de Córdoba.—Estado de la agricultura y ganadería entre los árabes.—Sentida muerte del ilustre Alhakem II.—Anuncio de cambio en la situación de los pueblos de España.

Aquel Abderramán que decía no haber gustado en los cincuenta años de su reinado sino catorce días de felicidad, pudo haber contado por el décimoquinto el día de su muerte, pues felicidad es para un monarca en los últimos momentos de su vida saber que va á sucederle un hijo que perpetuará la gloria de su nombre.

Al siguiente día de la muerte de Abderramán III (16 de noviembre de 961), veíase en el patio exterior del alcázar de Zahara los andaluces y zenetas de la guardia vestidos de gran luto y cubiertos de brillantes armaduras: seguían dos hileras de esclavos negros con trajes blancos y con hachas de armas al hombro; otras dos filas de guardias esclavos, teniendo en una mano su espada desnuda y en la otra su ancho escudo, circundaban un gran salón; los vazires, cadíes y catibes en trajes blancos, color de luto entre los árabes; los capitanes de la guardia, todos los altos dignatarios del imperio daban frente á un trono erigido en el centro del dorado salón, en que se veía sentado un hombre, que si no tenía el majestuoso continente de Abderramán, era de un exterior agradable y de una presencia noble; era Alhakem, que rodeado de sus hermanos y primos recibía el juramento de obediencia y fidelidad de su pueblo, y á quien los astrólogos y poetas anunciaban en elegantes versos la continuación del

venturoso reinado de su padre. Tenía Alhakem II de cuarenta y siete á cuarenta y ocho años.

Uno de los primeros actos del nuevo califa fué nombrar su hagib ó primer ministro á Ghiafar el Sekleby, hombre poderoso y guerrero acreditado

El día de su nombramiento regaló al califa cien mamelucos europeos, armados de espadas, venablos y escudos, montados en ligerísimos caballos, y uniformados á la india; trescientas veinte cotas de malla, cerca de quinientos cascos, indios unos, y europeos otros, trescientos venablos ó lanzas arrojadizas, diez cotas de malla de plata sobredorada, cien cuernos de búfalos que servían como de trompetas, y otros efectos preciosos y raros.

Formado Alhakem II desde sus más tiernos años en el estudio y cultivo de las letras, de las cuales había hecho su placer y su pasión dominante, cuando llegó al poder recibieron las ciencias un impulso cual todavía no habían alcanzado jamás. No había en parte alguna profesor de mérito, ni obra rara, que no hiciese venir á Córdoba á costa de oro, para lo cual tenía comisionados especiales en todas las principales ciudades del África, de Egipto, de Siria, de Persia, de todos los países en que pudieran salir producciones literarias. Así llegó á reunir en el palacio de Meruán la biblioteca más numerosa y escogida de aquellos tiempos. Componíase de *cuatrocientos mil volúmenes*, clasificados por ciencias y materias. El índice ó catálogo de obras, según Ebn Hayan, formaba cuarenta y cuatro volúmenes, y además hizo emprender otro en que á los títulos de las obras se añadía los nombres de los autores con su genealogía y su biografía completa. La mayor parte de este trabajo era obra del mismo Alhakem, porque este ilustrado príncipe no era solamente bibliógrafo, no sólo sabía el objeto y materia de cada obra de su biblioteca, sino que era también biógrafo, historiador y genealogista, y él mismo había escrito las genealogías de los árabes de todas las tribus que habían pasado á España. La biblioteca de Meruán además de abundante y rica era también vistosa, porque casi todos los libros estaban lujosamente encuadernados con dibujos y arabescos de los más vivos colores, á cuyo fin había hecho venir y reunido en su palacio los encuadernadores más acreditados, así como los más hábiles copiantes. Ayudábale en sus trabajos bibliográficos su secretario particular Galeb ben Mohammed, por sobrenombre Abu Abdelsalem, de quien dice El Razís que de orden del califa hizo el empadronamiento general de todos los pueblos de España. Él escribió por sí mismo al célebre autor de aquel tiempo Abulfaragi, rogándole que enviase una copia de su libro titulado el Agani, colección muy preciosa de canciones, y para gastos de la copia le envió letra franca y mil escudos de oro. Abulfaragi le mandó la copia, y además una historia genealógica de los Omniadas muy completa y circunstanciada, y una casida muy elegante de versos en elogio de los príncipes de esta dinastía.

Como después de hecho califa no pudiera dedicarse á su ocupación favorita del estudio sino los ratos que le dejaban libres los negocios del Estado, y como por otra parte tuviese que habitar en el palacio de Zahara, encargó la administración de la Biblioteca Meruana á su hermano Abde-

laziz, y el cuidado de las academias y de los sabios á otro hermano llamado Almondhir. Él pasaba la mayor parte del tiempo en Medina Zahara, gozando de las delicias de aquel sitio con más tranquilidad que su padre, comunmente en la compañía de su favorito Mohammed ben Yussuf de Guadalajara, que escribió para el rey la Historia de España y África, y otras historias de ciudades particulares. Tenía también en mucho aprecio al poeta Mohammed ben Yahye, llamado el Calafate, uno de los más floridos ingenios de Andalucía, y al persa Sapor, que á instancias suyas había venido á Córdoba; por ser uno de los hombres más doctos de su país, Alhakem le había hecho camarero suyo. Y como apenas sería posible suponer á un príncipe árabe sin alguna linda esclava que amenizara aquellos verjeles, cítase como su favorita á la bella *Redhiya* (que quiere decir la *Apacible*), á quien él llamaba la *Estrella feliz*.

Vivió Alhakem los dos primeros años de su reinado enteramente consagrado á la administración interior del imperio, sin que por parte del rey Sancho de León se turbaran las relaciones amistosas en que había vivido con su padre. Sólo el conde Fernán González de Castilla, libre ya de la prisión en que le había tenido el rey de Navarra, molestaba con correrías y cabalgadas los dominios musulmanes de las márgenes del Duero, tomando á los moros las mieses ó los frutos ya recogidos, los ganados y todo cuanto pillaba, de tal manera que no dejaba momento de reposo á los enemigos, y hacíales á éstos insoportable vivir en país tan de continuo acometido. Para poner término á este estado de cosas, vióse precisado Alhakem á publicar el *algihed* ó guerra santa contra los cristianos de Castilla, y para dirigir mejor y más de cerca así los preparativos de la expedición como las operaciones, se trasladó en persona á Toledo (963). Entonces fué cuando mandó publicar á los caudillos de todas las banderas como orden del día aquella célebre proclama que nos recuerda la de Abu Bekr, primer sucesor de Mahoma, en los campos de la Meca al tiempo de partir á la conquista de la Siria.

«Soldados, les decía Alhakem, deber es de todo buen musulmán ir á la guerra contra los enemigos de nuestra ley. Los enemigos serán requeridos de abrazar el Islam, salvo el caso en que como ahora sean ellos los que comiencen la invasión... Si los enemigos de la ley no fuesen dos veces más en número que los musulimes, el musulmán que volviese la espalda á la pelea es infame y peca contra la ley y contra el honor. En las invasiones de un país, no matéis las mujeres, ni los niños, ni los débiles ancianos, ni los monjes de vida retirada, á menos que ellos os hagan mal... El seguro que diere un caudillo sea observado y cumplido por todos. El botín, deducido el quinto que nos pertenece, será distribuído sobre el campo de batalla, dos partes para el de á caballo, y una para el de á pie.. Si un muslim reconoce entre los despojos algo que le pertenezca, jure ante los cadíes de la hueste que es suyo, y se le dará si lo reclamase antes de hacerse la repartición, y si después de hecha se le dará su justo precio. Los jefes están facultados para premiar á los que sirvan en la hueste aunque no sean gente de pelca ni de nuestra creencia... No vengan á la guerra ni á mantener frontera los que teniendo padre y madre no traigan licencia de ambos, sino en caso de súbita necesidad, que entonces el primer de-



ber del musulmán es acudir á la defensa del país, y obedecer al llamamiento de los walfes (1).»

Arregadas las tropas y reunidas las banderas de todas las provincias, quiso Alhakem manifestar á los pueblos que no sólo era sabio y prudente, sino que también sabía ser guerrero, aunque era la primera vez que empuñaba las armas, pues su vida anterior había sido toda consagrada al estudio de las letras. He aquí cómo refiere la crónica musulmana esta expedición de Alhakem: «Entró, dice, con numerosa hueste en tierra de cristianos, y puso cerco al fuerte de Santisteban (San Esteban de Gormaz): vinieron los cristianos con innumerable gentío al socorro (2), y peleó contra ellos, y Dios le ayudó, y venció con atroz matanza: entró por fuerza de espada la fortaleza, y degolló á sus defensores, y mandó arrasar sus muros: ocupó Setmanca, Cauca, Uxama y Clunia (Simancas, Coca, Osma y Coruña del Conde), y las destruyó: fué sobre Medina Zamora, y cercó á los cristianos en ella, y les dió muchos combates, y al fin la entró por fuerza, y pocos de sus defensores lograron librarse del furor de las espadas de los musulimes: se detuvo en aquella ciudad con toda su hueste, destruyendo sus muros. Con muchos cautivos y despojos se tornó vencedor á Córdoba, y entró en ella con aclamaciones de triunfo; y se apellidó Almostansir Billah (el que implora el auxilio de Dios).»

Las crónicas cristianas confirman el resultado de esta expedición de Alhakem, tan fatal para las armas de Castilla. Sólo añaden que el conde castellano Vela, que de resultas de un choque con Fernán González, de cuyo engrandecimiento recelaba, había sido expulsado de Castilla, con propósito de vengarse venía ahora ó acompañando ó guiando al ejército musulmán, y del cual dice que se ensangrentó en la pelea contra los cristianos como el más cruel de los enemigos. Acaso á la ayuda y dirección de este tráfuga debieron los árabes tan rápido y completo triunfo (3).

Á la primavera del año siguiente (964) el secretario de Alhakem, Galib, literato á un tiempo y guerrero como lo eran muchos musulmanes, volvió á hacer de orden del califa nueva irrupción en el país castellano, donde tuvo algunos reencuentros ventajosos. Después de lo cual y en combinación con el walí de Zaragoza Attagibi revolvió contra el rey García el Temblón de Navarra, que dicen había infringido las condiciones de un tratado hecho con Alhakem. Así el rey de Pamplona como el conde de Castilla se refugiaron á Coria. Las huestes musulmanas talaron el país y se retiraron. Tan felices expediciones persuadieron á Alhakem de la superioridad de sus armas, y no hubo ya parte de la España cristiana donde no dirigiera sus ejércitos en el otoño de 964 y principios del si-

(1) Casi todas estas máximas se encuentran á la letra en el Corán.

(2) No debió ser tan innumerable, puesto que en esta guerra no se sabe que tomara parte el rey de León, y el conde de Castilla solo no podía acaudillar tantas tropas que ni por hipérbole se pudieran decir innumerables, y menos comparadas con el grande ejército musulmán.

(3) Roder. Tolet. de Reb. Hispan., lib. V.—Lucas Tudens. Chron.—Comienzan á hacerse frecuentes estos casos de pasarse alternativamente cristianos y musulmanes á las banderas enemigas.

guiente. Y si por un lado se atrevieron los musulmanes, conducidos por Attagibi, á penetrar hasta cerca de Barcelona, y á devastar y pillar el territorio de aquel condado, por otro Ebn Hixem y Galib reunidos se apoderaron de Calahorra en Navarra, cuya ciudad reedificó y fortificó el califa haciendo de ella el baluarte avanzado del islamismo sobre el Ebro superior.

Victorias tan repetidas movieron al rey de León y á los señores de Castilla á enviar mensajeros á Córdoba que entablasen con el califa negociaciones de paz. Alhakem, que como hombre dado con apasionamiento al estudio, gustaba naturalmente más de la paz que del estruendo y ruido de las armas, recibió con complacencia las proposiciones de los cristianos y accedió á ellas fácilmente; y después de haber agasajado á los mensajeros en el palacio de Zahara según la noble costumbre de su padre, cuando se despidieron para regresar á su país envió en su compañía á un vazir de su consejo con despachos para el rey de León, encargado también de presentarle en su nombre dos hermosos caballos árabes ricamente enjaezados, dos preciosas espadas de las fábricas de Toledo y de Córdoba, y dos halcones de los más generosos y altaneros, dice la crónica (1).

Casi al mismo tiempo recibió Alhakem emisarios de los condes de Barcelona y de otras plazas de la España oriental, solicitando renovase con ellos la alianza en que habían vivido con su padre. Dice Al-Makari que la demanda de los enviados de Cataluña iba acompañada de un magnífico presente, compuesto de veinte jóvenes esclavos eunucos, diez corazas eslavas, doscientas espadas del Frandjat, veinte quintales de martas cebellinas y cinco quintales de estaño. El califa ajustó con ellos un tratado de paz, en que se estipuló que habían de impedir á los cristianos de dichas fronteras el que despojasen y cautivasen, como acostumbraban siempre que tenían ocasión, á los musulimes de las comarcas aledañas (2).

Alentado Sancho de León con el buen éxito de la primera embajada, y á instancias de su mujer Teresa y de su hermana Elvira, religiosa esta última en el monasterio de San Salvador de aquella ciudad, se atrevió á enviar al califa cordobés una nueva misión, no ya de carácter político,

(1) Conde, cap. LXXXIX.

(2) Cuentan los árabes un suceso ocurrido en este tiempo que nos da idea de cómo se habían ido adulterando las costumbres de los mahometanos españoles. Dicen que por abuso y licencia introducida por los de Irak y otros extranjeros, se había hecho tan común el uso del vino, que, no sólo el pueblo, sino los alfaquíes mismos, lo bebían con escandalosa libertad en las bodas y festines, pero que informado de ello Alhakem, religioso y abstinente como era, juntó sus alimes y alfaquíes y les preguntó en qué podía fundarse el uso que se hacía, no ya solamente del ghamar y el sahíba (vino tinto y blanco de uva), sino también del de dátiles, de higos y otras bebidas embriagantes. Respondieronle que desde el reinado de Mohammed se había hecho recibida y común opinión que estando los musulimes de España en continua guerra con los enemigos del Islam, podían usar del vino, porque esta bebida alienta el ánimo de los soldados para las batallas, y que así en todas las fronteras se permitía su uso para tener más valor y esfuerzo en las lides. Reprobó, añaden, el califa estas opiniones, y mandó arrancar las viñas en toda España, dejando sólo la tercera parte de las vides para aprovechar el fruto de la uva en su sazón en pasas y en arroje, y otras diferentes composiciones saludables y lícitas, hechas de mosto espesado.—Conde, cap. xc.

sino de naturaleza puramente religiosa; á saber, la de que permitiese trasladar á León el cuerpo del joven mártir San Pelayo, que los cristianos cordobeses habían tenido cuidado de recoger del Guadalquivir. Acompañó esta vez á los legados del rey el obispo Velasco de León (966). Algunas dificultades parece que halló al principio el prelado cristiano, mas al fin condescendió también el generoso y amable califa con su demanda, y el cuerpo del mártir Pelayo entró en León al año siguiente con gran contento de todos los cristianos, y muy principalmente de las dos princesas á quienes se debía la adquisición de la preciosa reliquia. El cuerpo fué llevado en procesión solemne á la iglesia de un monasterio erigido por el rey, cuyo monasterio se nombró de San Pelayo (1).

No pudo Sancho participar de esta solemnidad religiosa. Asuntos graves le habían llamado á Galicia, mientras sus enviados negociaban en Córdoba la entrega de los restos mortales del santo mártir. Varios grandes, ó condes, ó duques, se habían alzado en rebeldía contra el rey de León: entre ellos eran los principales Rodrigo Velázquez y Gonzalo Sánchez, este último pariente del obispo de Compostela Sisnando, por cuya instigación se cree que obraba. Este prelado, más inclinado á manejar la espada del guerrero que el báculo del apóstol, hijo de un conde ilustre de Galicia de quien acababa de heredar cuantiosos bienes, había solicitado y conseguido del rey Sancho el permiso para fortificar á Compostela, y pretexto de poner el templo del Santo Apóstol al abrigo de las incursiones de los normandos que de nuevo se habían dejado asomar por la costa de Galicia. En efecto, él circunvaló su ciudad y palacio episcopal de murallas, torres y fosos al modo de una plaza fuerte, pero sacrificando para ello á los fieles de su iglesia, á quienes trataba como esclavos. En vano el rey, á cuya noticia llegaron las tiranías del obispo, le reconvinó repetidamente por sus excesos: el prelado continuaba en sus violencias sin que le movieran las reales amonestaciones. Confiaba en la protección de sus parientes, y en poder con su ayuda resistir al rey, el cual creyó llegado el caso de pasar á Galicia con algún golpe de gente. El obispo compostelano, á pesar de sus fortificaciones y sus bravatas, no tuvo ánimo para resistir al rey, y le abrió las puertas de la ciudad. Sancho depuso al rebelde prelado de su silla, añadiendo algunos que le encerró en un castillo, y puso en su lugar á Rosendo, obispo que era de Mondoñedo y varón respetado por sus grandes virtudes (2).

Quedábale á Sancho todavía un enemigo poderoso, el conde Gonzalo Sánchez que gobernaba á Lamego, Viseo y Coimbra. El monarca leonés no dudó en dirigirse en su busca, pero apenas había pasado el Miño encontróse con los enviados del sublevado conde que venían á ofrecerle en su nombre reconocimiento y homenaje y á pedirle le concediera tener una entrevista con él. Todo lo otorgó el rey fácilmente; pero el paso del conde encerraba un proyecto pérfido y ocultaba una intención indigna de un pecho castellano. La entrevista se verificó; el conde, mostrándose agradecido, quiso festejar al monarca, y en un banquete que dió le hizo

(1) Samp. Chron. n. 27.—Annal. Compost., p. 348.

(2) Samp. ibid.—Chron. Iriens. n. 9.

servir una fruta emponzoñada que el monarca comió sin recelo. Apenas la había gustado comenzó á sentir sus efectos mortíferos: con gestos y palabras entrecortadas pudo sólo hacer entender su deseo de ser llevado á León. Tratóse de ejecutar su voluntad. Pero al tercer día de camino expiró en el monasterio de Castrelo de Miño (967). Su cuerpo fué trasportado á León, y sepultado en la iglesia de San Salvador junto al de su hermano Ordoño (1).

Así acabó Sancho el Gordo á los doce años y un mes de haber empuñado por primera vez el cetro de León, dejando de su mujer Teresa Jimena un hijo llamado Ramiro, de edad de solos cinco años.

Dos novedades notables ocurrieron en León á la muerte de Sancho el Gordo: fué la primera haber colocado la corona en las tiernas sienes del niño Ramiro, habiendo sido hasta entonces la infancia causa frecuente ó pretexto especioso para no sentar en el trono de sus padres á tantos hijos de reyes: la segunda fué haber puesto al tierno monarca, que tomó el nombre de Ramiro III, bajo la tutela de su madre y de su tía Elvira, religiosa ésta en el monasterio de San Salvador, viéndose por primera vez una monja constituída en co-regente y gobernadora de un reino.

Un suceso no menos extraño, pero de muy distinto linaje, se verificaba entonces en Galicia. Reposaba tranquilamente en su lecho la noche de la Natividad del Señor el venerable prelado de Compostela Rosendo (967), cuando un ruido que sintió en su dormitorio le hizo despertar despavorido y sobresaltado: un personaje armado de espada y de coraza levantaba con la punta del acero el lienzo que le cubría; seguidamente vió amenazado su pecho con la punta de aquella misma espada. ¡Cuál sería la sorpresa del virtuoso obispo al reconocer á su antecesor Sisnando, el prelado depuesto por Sancho, que habiendo después de la muerte del rey recobrado la libertad con ayuda de sus parientes, se presentaba á reclamar la silla episcopal de aquella manera y por aquel medio! Á semejante insinuación, el sobrecogido prelado mostróse dispuesto á ceder su báculo, mas no sin tener valor para recordar al obispo guerrero aquellas palabras de Cristo: «El que maneja el acero, por el acero perecerá.» Y despojándose de sus vestiduras episcopales, se retiró resignado al monasterio de San Juan de Cabero edificado por él, pasando después al de Celanova, fundado también por él mismo, donde vivió santa y tranquilamente por espacio de diez años hasta el fin de sus días (2).

En cuanto á Sisnando, cumpliése en él la sentencia de la noche de Navidad. Habiendo los normandos y frisonos acometido de nuevo la Galicia con una flota de cien velas al mando de su rey Gunderedo (968), y derramándose por la comarca de Compostela, talando, devastando y cautivando hombres y mujeres según su costumbre, armóse loca y arrebatadamente el guerrero obispo Sisnando de todas armas, y con su gente salió furioso en busca de los invasores: hallólos cerca de Fornelos, los acometió, pero pagó su temeridad cayendo atravesado de una saeta; con

(1) Samp. Chron. n. 27.—Chron. Iriens. n. 10.

(2) Chron. Iriens. n. 11.—*Vit. S. Rudesindi*, apud Flórez, tom. XVIII.

lo que huyeron los suyos quedando los normandos dueños del campo (1). Alentados con este triunfo internáronse esta vez aquellos piratas hasta los montes de Cebrero, saqueando, incendiando y degollando sin piedad; hasta que al regresar hacia la costa con objeto de embarcar el fruto de sus depredaciones, viéronse arrollados por un ejército gallego capitaneado por el conde Gonzalo Sánchez (el mismo que había propinado el veneno á Sancho el Gordo), que arremetiendo con ímpetu y bravura hizo un espantoso degüello en aquella gente advenediza, quedando entre los muertos el mismo Gunderedo. Quemadas fueron en seguida sus naves, y de este modo desapareció en Galicia aquella hueste de atrevidos aventureros, que tan afortunados habían sido en Francia y en Bretaña (2). Era el tercer año del reinado de Ramiro (969).

Desembarzados de este episodio, volvamos la vista hacia la situación de los demás Estados de España al tiempo que comenzaba á reinar en León Ramiro III.

Habíamos dejado en 912 establecido en Barcelona al conde Sunyer ó Suniario, hermano de Borrell I, é hijo segundo de Wifredo el Velloso. Lo mismo que los reyes de León y de Navarra, había dividido Suniario su tiempo entre la devoción y la guerra, fundando y dotando monasterios y peleando con los musulmanes fronterizos. La suerte de las batallas le privó de su hijo primogénito Ermengaudó ó Armengol, á quien amaba tiernamente, y á quien había dado alguna participación en el Gobierno, y titulaba conde de Ampurias. Asoció entonces el apesadumbrado conde en el mando al mayor que quedaba de sus hijos nombrado Borrell, en cuyas prendas cifraba también grandes esperanzas, y en quien por último vino á descargar todo el peso del gobierno, retirándose él á un monasterio, donde vistió el hábito religioso, y donde falleció en 15 de octubre de 953. Quedó, pues, Borrell II de conde soberano de Barcelona (954), rigiendo solo el Estado hasta 956, en que entró su hermano Mirón á compartir con él el solio, acaso porque así fuese la voluntad testamentaria de su padre. Mas como sobreviniese á Mirón una muerte anticipada (31 de octubre de 966), quedó otra vez Borrell II solo para contrarrestar las tormentas que no habían de tardar en amenazar á Cataluña como á los demás Estados cristianos españoles. Promovió entretanto el segundo Borrell las fundaciones religiosas, y agregó á su corona el condado de Urgel por muerte sin sucesión de otro Borrell primo suyo, titulándose duque y príncipe de la Marca Hispana, aun cuando los demás condados no viniesen vinculados al de Barcelona, pero al cual iban de esta manera incorporándose (3). Esté era el conde soberano de Barcelona al advenimiento de Ramiro III al trono de León.

(1) Samp. Chron. n. 28.

(2) Chron. Iriens. Id. Samp.—*Annal é Hist. Compostel.*

(3) Documentos del Archivo de la antigua corona de Aragón, citados largamente por Bofarull en los *Condes vindicados*. Recordamos al lector la rectificación de la Cronología de los condes de Barcelona hecha por Bofarull, distinta de la que hallará en todas las historias generales de España y particulares de Cataluña anteriores á sus investigaciones.

En Navarra acabó en 970 su vida y reinado García Sánchez el Temblón, sucediéndole su hijo Sancho García II, llamado el Mayor, de no más edad acaso que Ramiro el de León, y cuyo larguísimo reinado, el más dilatado que se había conocido, pues le hacen durar cerca de sesenta y cinco años, fué también uno de los que ejercieron más influjo en la suerte futura de España. Y como si estuvieran los Estados cristianos destinados á sufrir en este tiempo una renovación general en el personal de sus príncipes, acaeció en el propio año en Burgos (970) la muerte del célebre conde de Castilla Fernán González, que tantas inquietudes había causado á los reyes de León, que tantas batallas, ya prósperas, ya adversas, había sostenido contra los musulmanes, uno de los más activos y briosos adalides de aquella edad, y el fundador de la independenciam de Castilla. Enterrósele en el monasterio de Arlanza reedificado por él, y le sucedió en la soberanía de Castilla su hijo García Fernández (1).

(1) La biografía de este famoso personaje ha sido adicionada con tan maravillosas hazañas y extrañas aventuras por los historiadores y romanceros de los siglos XIII al XVI, que vino á ser manantial fecundo é inagotable de asuntos dramáticos para los poetas. Y aunque estamos persuadidos de que los únicos hechos señalados y auténticos del insigne conde castellano que constan de las verdaderas fuentes históricas son los que dejamos consignados, basta la popularidad que aquéllas han adquirido, para que no dejemos de hacer una rápida y sucinta reseña de ellas, siquiera porque esta misma celebridad es ya histórica, y para que el lector pueda también juzgar por sí mismo si tales proezas deben pertenecer á la historia ó al romance.

La fama, dicen, de Fernán González volaba ya por el mundo desde su mocedad. Una de las hazañas que empezaron á darle prez y á hacer resonar su nombre fué el desafío con el rey de Pamplona Sancho Abarca. Fernán ó Fernando se había entrado con un ejército por los Estados del rey de Navarra á tomar con la punta de su lanza la satisfacción que no había querido dar á sus embajadores. Encontráronse los dos ejércitos y se embistieron con igual ímpetu y coraje; pero como en mucho tiempo ninguno de ellos venciese ni fuese vencido, impacientes entrambos generales se retaron como buenos caballeros para decidir la contienda personalmente y cuerpo á cuerpo. El combate fué tan reñido y fuerte que ambos á un tiempo quedaron heridos, con la diferencia que Sancho Abarca exhaló allí el último aliento, y el valeroso conde de Castilla no sólo volvió á levantarse sino que se sintió con fuerzas para pelear seguidamente con el conde de Tolosa que salió á vengar al difunto rey de Navarra, é hizolo con tal brío que de un bote de lanza le derribó también al suelo sin vida, y echó luego del campo á los enemigos, permitiéndoles sólo por gracia y generosidad que se llevasen los cadáveres de los dos príncipes. Mas los que inventaron esta proeza no tuvieron presente que, habiendo muerto Sancho Abarca hacia los años 924 ó 26, en que suponen la exaltación de Nuño Rasura, á quien hacen abuelo de Fernán González, ó éste era un niño cuando mató al rey de Navarra ó acaso no había nacido todavía.

En cuanto á batallas y victorias contra los moros, atribúyenle tantas que no se dan vagar unas á otras, y tan maravillosas que no hay términos como poderlas ponderar. Con cien caballos y quinientos infantes derrotó el día de San Quirce un numerosísimo ejército de infieles, en memoria de lo cual edificó una iglesia á aquel santo en el lugar del combate. El día de la batalla de Simancas, á consecuencia de un voto que hicieron el rey de León y el conde Fernando á sus respectivos santuarios de Santiago y San Millán de ofrecer un donativo anual y perpetuo á las dos iglesias si les concedían la victoria, además del eclipse de sol que privó á los hombres de luz por más de una hora, aparecieron en el aire estrellas ambulantes y cometas de figura espantosa, abrasándose las tierras en viva llama, y se vió pelear en la vanguardia del ejército cristiano

Sólo Alhakem II continuaba en Córdoba en paz con los cristianos y entregado á las reformas interiores del reino y á los placeres literarios, más de su gusto que las guerras y el choque de las armas. Lejos de apro-

---

sobre caballos blancos dos personajes celestiales, que unos decían eran dos ángeles y otros conocieron ser Santiago y San Millán, el primero en defensa de los leoneses y gallegos y el segundo de los castellanos, y que por eso León y Castilla se repartieron el trabajo y las victorias, ganando don Ramiro la primera en Simancas y Fernán González la segunda después en Alhóndiga. A ésta siguieron otras muchas en diferentes puntos, casi todas con intervenciones misteriosas, y no podía dejar de adjudicársele la derrota de aquel supuesto general moro *Azeiphka*, que ni fué moro ni cristiano, ni general ni hombre.

Pero las dos más famosas batallas fueron las dos que dicen dió al valeroso y célebre Almanzor á fines del reinado de Ordoño III y principios del de Sancho, es decir, sobre unos veintitrés años antes que Almanzor comenzara á darse á conocer como regente del califa Hixem. Acompañaron á estas batallas lances dramáticos y aventuras novelescas, prodigios y milagros patentes. Almanzor había acudido con un ejército de ochenta mil hombres; las fuerzas de Fernán González eran infinitamente inferiores en número; pero este no era un inconveniente para el intrépido conde, que resueltamente marchó con sus escasas tropas á la villa de Lara, por donde los infieles tenían que pasar. Mientras llegaban, quiso divertirse en perseguir un jabalí, que aventado del monte se metió en una ermita en que vivían retirados tres santos varones, Pelayo, Arsanio y Silvano. Al encontrarse el conde con una capilla y un altar parecióle más oportuno hacer oración que perseguir la fiera, y puesto de rodillas oró á Dios muy fervorosamente por la felicidad de sus armas. Allí pasó toda la noche, ya orando, ya departiendo con el buen Pelayo, quien le anunció de parte de Dios que ganaría la batalla, pero que antes sucedería una catástrofe impensada y fatal. No nos dicen qué fué entretanto del jabalí, aunque es de suponer que se volviera al monte.

En efecto, el día de la batalla un caballero llamado Pedro González, que tenía fama de valiente, quiso adelantarse con su caballo, y de repente se abrió la tierra y los tragó, sin que jamás volviesen á parecer ni caballo ni caballero. Quedó con esto el ejército helado de asombro, y hubiera querido retroceder si el conde á voz en grito no hubiera avisado que aquella precisamente era la señal de la victoria que le había dado el ermitaño, con lo que realentado el ejército acometió con tal ímpetu que en poco tiempo desbarató y destrozó aquel enjambre de mahometanos. Y como más adelante volviesen otra vez los sarracenos con duplicadas fuerzas, siendo limitadísimas las del conde, no tuvo reparo en atacar á los infieles, seguro de la victoria, porque así se lo había ofrecido el mismo ermitaño, que ya difunto se le apareció entre sueños la noche que precedió á la pelea. Duró, no obstante, tres días el combate, hasta que el apóstol Santiago vino á dar visible ayuda á los cristianos, y entonces se cansaron de matar moros por espacio de dos días sembrando de cadáveres toda la tierra. En reconocimiento de tan señalada protección de Dios y de sus santos, reedificó el antiguo monasterio de San Pedro de Arlanza, objeto predilecto de su especial devoción hasta el último día de su vida.

A esta serie de gloriosas hazañas añaden una cadena de aventuras amorosas. Diremos algunas de ellas. Fué el caso que la reina viuda de Navarra doña Teresa, deseando vengar la muerte que el conde había dado á su padre don Sancho Abarca, discurrió inducirle con palabras dulces y engañosas á que se casase con su hermana doña Sancha, pero con la torcida intención de que esto sirviese solamente como de anzuelo para llevarse á Pamplona, y allí hacerle prender de acuerdo con el rey don García. Marchó, pues, el conde á Pamplona con la alegría y satisfacción de quien va á enlazar su mano con la de una princesa ilustre. Pero el placer de novio se convirtió muy pronto en amargura de prisionero, viéndose encarcelado sin atinar el delito ni la causa. La reina, sin embargo, no logró por esta vez su objeto, porque la princesa, á quien sin duda

vecharse de la propicia coyuntura que le ofrecía la tierna edad de los reyes de León y de Navarra, respondía á los que le instigaban á la guerra, entre ellos algunos tránsfugas castellanos, con aquellas palabras del

pareció bien el conde y en su virtud apetecía ya que las fingidas bodas pasasen á veras, ingenióse para sacarle de la cárcel, y escapándose con él llegaron felizmente á Burgos, donde efectuaron su matrimonio.

Indignado el rey de Navarra con la fuga del conde, y más todavía con la de su hermana, salió inmediatamente con sus tropas para Castilla, resuelto á volverle á prender muerto ó vivo, como pudiese. Pero no pudo de ninguno de los modos, antes fué él el que quedó preso del conde, quien le retuvo más de un año, hasta que las lágrimas de doña Sancha y los ruegos de los demás príncipes aplacaron el ánimo del héroe castellano. No desistió de su proyecto de venganza la reina viuda. Persuadió, pues, al rey don Sancho de León á que con pretexto de celebrar cortes generales llamase al conde y le hiciese prender. Así se verificó, cayendo el bueno de Fernán González en este segundo lazo, que por lo visto era el conde más valiente y hazañoso que cauteloso y precavido. Mas sabedora de su nueva prisión la ya condesa doña Sancha, que debía ser señora no poco varonil y resuelta, púsose luego en viaje con pretexto de ir á visitar el cuerpo del apóstol Santiago. A su tránsito por León obtuvo la gracia de pasar con su marido en la cárcel toda una noche, y al amanecer puso al conde sus vestidos, con los cuales salió disfrazado sin que la guardia se apercibiese de ello, quedando doña Sancha en la cárcel vestida con los del conde. Cuando le pareció que éste se hallaría ya en lugar seguro, escribió al rey una carta diciendo: «Señor, aquí me tenéis en la cárcel en lugar del conde mi marido, con quien yo he trocado mi libertad. Si os hice injuria en tomaros un preso, lo recompenso enteramente con mi persona entregándome prisionera en su lugar, para que me consideréis culpable de sus mismos delitos, si es que los tuviese, y carguéis sobre mí todo el peso del castigo que él hubiera merecido. Dos cosas sólo os suplico que consideréis; que yo soy hermana de vuestra madre y mujer del prisionero á quien he libertado. Si os ensangrentáis contra mí, os bañaréis las manos en vuestra misma sangre, y si castigáis mi único delito, castigaréis la piedad de una mujer para con su marido, etc.»

Sintió mucho el rey al principio el engaño, pero después, aplacado su enojo con la razón, alabó el valor de su tía, y mandó que la llevasen á su marido con grande acompañamiento.

Pero aun es más peregrina la manera cómo logró el insigne Fernán González hacerse conde soberano é independiente de Castilla, al decir de los mismos historiadores. Cuentan que el rey don Sancho de León se enamoró de un hermoso caballo y de un halcón de singular habilidad que el conde tenía, y como no quisiese admitirlos en concepto de regalo por más que el conde se empeñara en ello, los adquirió á un precio considerable, conviniéndose en que de no pagarlos el día que se designó, por cada día que pasara se duplicaría el precio. No los pagó el rey, no sabemos por qué: y al cabo de siete años, resentido Fernán González de los malos tratamientos que de Sancho había recibido, reclamó la paga de su caballo y de su halcón, pero se halló que la suma en este tiempo había subido tanto que no había en el tesoro real dinero con que satisfacerla; y en su virtud se concertaron los dos en que el conde en recompensa de la deuda quedaría desde entonces soberano independiente de Castilla sin reconocer ningún género de vasallaje á los reyes de León. Por más que la anécdota no carezca de cierto gusto romanesco, tal es su carácter de conseja que hasta los historiadores menos críticos y menos escrupulosos miran ya como cargo de conciencia el admitirla.

El prurito de formar líneas genealógicas, el empeño de hacer á Fernán González descendiente directo é inmediato de los jueces de Castilla, y el error de suponer hereditario el condado de Castilla en un tiempo en que todavía no lo era, ha suscitado cuestiones cronológicas de difícilísima solución, si posible acaso, dado que se admitan



Profeta: «Guardad fielmente vuestros pactos, y Dios os lo tomará en cuenta.»

Las nuevas recibidas de África vinieron á turbar al sabio califa en sus

aquellos principios. Lo que más averiguadamente consta es que esta parte de España nombrada antiguamente Bardulia, que desde las conquistas de los primeros Alfonsos comenzó á llamarse Castilla por los muchos castillos que para la defensa de sus Estados fueron levantando aquellos príncipes, comenzó también entonces á ser regida por condes ó gobernadores á estilo de los godos, pero dependientes de los reyes de Asturias y León. El primer conde de quien se tenga noticia fué un Rodrigo, sin duda de origen godo á juzgar por su nombre, pero de familia desconocida. Este Rodrigo fué el poblador de Amaya (villa á nueve leguas de Burgos), la cual hubo de hacer como la capital del condado, mientras duró su gobierno, como parece indicarlo aquel antiguo refrán:

Harto era Castilla pequeño rincón  
Cuando Amaya era la cabeza y Fitero el mojón.

Hijo de este Rodrigo fué Diego Rodríguez Porcellos, el fundador y poblador de Burgos (884), destinada á ser el núcleo y la verdadera capital del condado. Prosiguieron los condes gobernadores, no en línea genealógica ni con título hereditario, sino como autoridades amovibles puestas por los reyes; y á veces no mencionan uno solo las historias, sino varios que regían á un tiempo diferentes comarcas ó fortalezas de Castilla, acaso subordinados á uno principal, como en lo antiguo lo estaban los condes al duque de la provincia. Cítanse entre éstos Nuño Fernández, Nuño Núñez, Gonzalo Téllez, Rodrigo Fernández, Gonzalo Fernández y Fernán González, que aparecen como pobladores, Nuño Núñez de Roa, Gonzalo Téllez de Osma, Gonzalo Fernández de Oca, Coruña del Conde y San Esteban de Gormaz, Fernán González de Sepúlveda. Todos estos condes y algunos otros cuyos nombres se suelen encontrar en las escrituras gobernaban temporalmente y sin orden de sucesión los países ó ciudades que se les encomendaban.

Muy pronto mostraron, así los condes como los pueblos de Castilla, tendencias á emanciparse de los reyes de Asturias y León. Pruébalo la temprana rebelión de Nuño Fernández contra Alfonso III su suegro, el duro castigo que Ordoño II hizo de los cuatro condes desobedientes, la elección que se supone de los dos jueces, y que probablemente entonces no tuvo más objeto que proveerse á sí mismos de magistrados que les administraran justicia mejor que solían hacerlo los monarcas leoneses, hasta que vino el ilustre Fernán González, hijo de Gonzalo Fernández, que con su esfuerzo, valor y destreza supo conquistar poco á poco la independencia de Castilla.

Vemos desde luego á Fernán González eclipsar con su nombre á otros cualesquiera condes subalternos que en Castilla hubiese, dependiendo todavía del belicoso rey de León Ramiro II, hacer un papel importante en los más graves sucesos de la época, pelear por su cuenta con los musulmanes y vencerlos muchas veces: aun preso en las cárceles de León después de frustrada su primera tentativa de independencia, merecer tal consideración y respeto al monarca, que para obtener su juramento de fidelidad hubo de pactar el enlace de su hijo primogénito con la hija del conde: vémosle más adelante todavía, ó por política ó por fuerza, al servicio de Ordoño III: mas luego aparece (siempre rivalizando su poder con el de los reyes), entronizando á Ordoño IV, casado con su hija la repudiada del III, y lanzando del trono á Sancho el Craso, su aliado anteriormente: y por último conducirse en sus luchas con los reyes de León y Navarra con tal actividad, sagacidad y política, que llega á sacudir definitivamente la dependencia de León, y á quedar como un soberano absoluto entre ambos reinos, siendo de esta manera el fundador del condado independiente de Castilla, nueva soberanía que en menos de un siglo había de convertirse en el mayor y más preponderante de los reinos

pacíficos goces. La ambición de los Fatimitas había vuelto á inquietar el Magreb sometido por Abderramán III. En 968 Moez ben Ismail había enviado un ejército á las órdenes de Balkin ben Zeir para castigar las tribus zenetas que se habían negado á reconocer su imperio. El edrisita Alhassán, que gobernaba el Magreb á nombre de los califas de Córdoba, abandonó deslealmente la causa de su soberano, y se unió á los Fatimitas que hacían proclamar en las ciudades y mezquitas africanas el nombre de Moez. No sirvió una victoria que Ghiafar, general de Alhakem, alcanzó en 972 contra los Fatimitas. La guerra prosiguió viva, y habiendo hecho traición á Ghiafar los jefes zenetas, tuvo que retirarse á Andalucía, donde el califa recompensó sus servicios con el título de hagib. Asustado Alhakem con el rápido engrandecimiento de sus rivales de Africa, envió al walí Mohammed ben Alkasim con numerosas huestes al Magreb, pero batido por las kabilas berberiscas del traidor Alhassán, pereció en un sangriento combate el caudillo andaluz, y los restos de su destrozado ejército se refugiaron á Tánger y Ceuta, las solas ciudades que quedaban al soberano cordobés. Aun no desalentado éste, despachó á Galib con nuevas fuerzas, diciéndole: «No volverás aquí sino muerto ó vencedor: el fin es vencer; así, no seas avaro ni mezquino en premiar á los valientes.» El califa y su caudillo sabían bien el poder que tenía el oro para con aquellos interesados y venales africanos. Las instrucciones fueron ejecutadas; el cebo se derramó copiosa y diestramente, y las codiciosas tribus se dejaron ablandar de tal manera, que en una sola noche se vió Alhassán abandonado de todas sus tropas, á excepción de algunos caballeros que le ayudaron á refugiarse en la inaccesible *Peña de las Águilas*, donde había dejado su harem y sus tesoros.

cristianos de la Península, hasta absorber en sí con el tiempo todas las demás monarquías de España.

Casado Fernán González con Sancha, hija del rey Sancho Abarca de Navarra, había tenido de ella varios hijos, de los cuales, por muerte de los primogénitos, le sucedió en el condado García Fernández, tomando ya esta soberanía el carácter de hereditaria.

Tal fué el principio de la independencia de Castilla, cuyo ilustre fundador fué harto esclarecido por sus hazañas verdaderas, sin necesitar para serlo de las que posteriormente hayan podido ser inventadas por romanceros ó historiadores.

En un monumento erigido en la ciudad de Burgos, que lleva el nombre de *Arco de Fernán González*, levantado, dicen, sobre el solar de la casa que habitó el insigne conde, se lee una inscripción latina, que viene á decir: *Á Fernán González, libertador de Castilla, el más excelente general de su tiempo, padre de grandes reyes, á su ciudadano, en el solar de su misma casa, para eterna memoria de la gloria de su nombre y de su ciudad.* Otra mucho más pomposa se leía en el monasterio de San Pedro de Arlanza, cerca del altar mayor en un sepulcro de mármol sostenido por leones.

Estos nombres patronímicos ó apellidos de Castilla, terminados en *ez*, como *Rodríguez, González, Fernández, Núñez*, etc., vienen de la costumbre de añadir al nombre de los hijos el bautismal de los padres. Y como en los documentos públicos se los nombraba en latín: *Nunnius Roderici, Rodericus Ferdinandi, Ferdinandus Gundisalvi*, suprimiendo el *filius*, suplíase en castellano con aquella terminación, que equivale en español al *fi'z* de los ingleses, al *witch* de los rusos, al *ben* de los árabes, etc.

Sobre Fernán González y los condes de Castilla pueden verse y cotejarse los documentos recogidos en Sandoval, Yepes, Argai, Sota, Berganza, Salazar de Mendoza, Coronel, Flórez en el tomo XXVI de la *España Sagrada*, y otros varios.

Rodeó Galib la roca con toda su hueste, y cortando el agua á los sitios vióse Alhassán reducido á tal extremidad, que hubo de someterse á la avenencia que le propuso Galib, asegurándole su vida, su libertad y sus tesoros, á condición de venir á España á hacer por sí mismo su sumisión á Alhakem (973). Con esto se posesionaron las tropas andaluzas de la *Peña de las Águilas*; redujo en seguida Galib todos los pueblos y fortalezas de Almagreb, puso en Fez un walí de su confianza, y asegurado aquel imperio para el califa en sólo un año de campaña, embarcóse en Ceuta para Algeciras (974), llevando consigo al último descendiente de los Edris. Admirable fué la galantería y la generosidad de Alhakem con aquel ilustre prisionero á pesar de su pérfida conducta. Viendo ya en él solamente á un enemigo vencido que venía á ponerse en sus manos, y queriendo al propio tiempo honrar al general vencedor, él mismo con su hijo Abdelaziz y los principales jeques de Córdoba salió á recibirlos á cierta distancia de la ciudad. Cuando se avistaron, apeóse Alhassán y se postró á sus pies. Pero el califa le alargó su mano, y haciéndole que volviese á montar y le acompañase á caballo, entró Alhakem en Córdoba llevando á un lado á Alhassán y á otro á Galib, recibiendo las aclamaciones de la agolpada muchedumbre. No contento con esto el generoso califa, mandó hospedar en el palacio Mogueiz á Alhassán y su familia, señalando rentas de príncipe al que había sido tan ingrato y desleal enemigo. Cuentan que gastaba con él y con los demás africanos, que eran unos setecientos, lo que bastaría para vivir siete mil; con lo cual muchos de ellos se establecieron en Córdoba y quedaron al servicio de Alhakem.

Pero pronto se cansó Alhassán de aquella dorada prisión, y pidió al califa permiso para volverse con su familia á África. Otorgóselo Alhakem, aunque con disgusto, y á condición de que hubiera de residir en el África Oriental, donde su presencia era menos peligrosa. Embarcóse, pues, el africano con su familia y sus tesoros en Almería para Túnez (976). Mas desde allí partió á Egipto, donde puesto bajo la protección del califa Moez, por cuya causa había peleado en África, siempre ingrato y pérfido, escribió cartas insultantes á Alhakem, que las recibía con desdeñoso silencio (1). «Así se extinguió, dice un escritor erudito, la última huella del imperio de Edris, cuyo postrer vástago vivía de las limosnas de un califa y de la clemencia de otro.»

Desembarazado de la guerra de África, pudo Alhakem dedicarse ya exclusivamente á sus ocupaciones favoritas, la administración del Estado y el fomento de las letras y de las artes. Por complacer á su mujer predilecta Sobeyha hizo celebrar con gran magnificencia el reconocimiento y proclamación como futuro sucesor de su hijo Hixem, aunque muy niño. Con este motivo se leyeron en la solemne asamblea de la jura elegantes composiciones en verso de los mejores ingenios de España. Los escritores árabes se complacen, como siempre, en enumerar las obras que se presentaban, el premio que cada una obtenía, juntamente con los nombres y una reseña biográfica de sus autores. Por el número de éstos se comprende bien los progresos que la amena erudición había hecho entre los

(1) Conde, part. II, caps. xci y xcii.

árabes de España, y la estimación grande que gozaban los literatos en el reinado del segundo Alhakem.

Si en tiempo de su padre Abderramán se había extendido hasta las mujeres la ilustración, el alcázar de Alhakem era como un plantel de literatas que hubieran podido ser el ornamento de la buena sociedad en los mejores siglos. Redhiya, la *Estrella feliz* que llamaba Abderramán III, había pasado del padre al hijo; era poetisa é historiadora, y aun después de la muerte de este príncipe hizo un viaje á Oriente donde se captó la admiración de todos los sabios. Lobna, versada en la gramática y poesía, en la aritmética y en otros ramos del saber humano, prudente además y celebrada por la agudeza de sus pensamientos, era de quien se valía el califa para escribir sus asuntos reservados: Ayxa, de quien dice Ebn Hayan que no había en España quien la aventajara en elocuencia y discreción, ni en belleza y buenas costumbres: Cádiga, que cantaba con dulcísima voz los versos que ella misma componía: Maryem, que enseñaba en Sevilla literatura con gran celebridad á las doncellas de las familias principales, y de cuya escuela salieron muchas alumnas que hacían las delicias de los palacios de los príncipes y grandes señores; y otras que los escritores árabes enumeran con muy justo y fundado placer.

El ejemplo del califa no era perdido para los walíes y vazires de las provincias, que en sus respectivos gobiernos no perdían ocasión de fomentar las ciencias y de proteger y premiar á los doctos. Habíase hecho ya gusto de la época el dedicarse á la cultura del espíritu. La historia no ha conservado la descripción de cómo solían invertir el tiempo los literatos en sus reuniones amistosas. Ahmed ben Said, docto y rico alfaquí de Toledo, tenía costumbre de reunir en su casa todos los años, en los meses de noviembre, diciembre y enero, hasta cuarenta amigos aficionados á la bella literatura, así de la ciudad como de Calatrava y otras poblaciones. Reuníanse en un salón, cuyo pavimento estaba cubierto de alfombras de lana y seda, con almohadones de lo mismo, y cubiertas las paredes de tapices y paños labrados: en medio de la gran sala había un grueso cañón cilíndrico lleno de lumbre, especie de estufa, al rededor de la cual se sentaban. Comenzaba la sesión ó conferencia por la lectura de algún capítulo ó sección del Corán, ó bien por algunos versos, que luego comentaban, y seguían después otras lecturas, sobre las cuales cada uno emitía sus ideas. De tiempo en tiempo se suspendía la conferencia, y entraban los esclavos con perfumes para quemar y con agua de rosas para sus abluciones. Después hacia el mediodía les servían una mesa sencilla, pero abundante. Ningún habitante de Toledo, aunque los había muy ricos, era tan generoso y espléndido como Ahmed ben Said, llegando á tanto su amor á las letras que solía pensionar y tener en su casa muchos jóvenes que buscaban su instrucción. Habiéndole hecho el califa prefecto de los juzgados de Toledo, un cadí de la misma ciudad, envidioso de su popularidad y fama, asesinó en su casa á aquel hombre inapreciable y singular.

Inútil es decir que Alhakem buscaba los más doctos profesores de Oriente y Occidente para que dirigiesen la educación del príncipe su hijo: y supondriase, si las historias no nos lo dijeran, que tenía colocados á to-

dos los hombres literatos y doctos en los más honoríficos y eminentes puestos del Estado.

Al empadronamiento ó matrícula general que mandó hacer de todos los pueblos del imperio debemos las siguientes curiosas noticias estadísticas de la población y riqueza que alcanzaba entonces la España musulmana. Había, dicen, seis ciudades grandes, capitales de capitanías, otras ochenta de mucha población, trescientas de tercera clase, y las aldeas, lugares, torres y alquerías eran innumerables. Suponen algunos que sólo en las tierras que riega el Guadalquivir había doce mil: que en Córdoba se contaban doscientas mil casas, seiscientas mezquitas, cincuenta hospicios, ochenta escuelas públicas y novecientos baños para el pueblo. Las rentas del Estado subían anualmente á doce millones de mitcales de oro, sin contar las del azaque que se pagaban en frutos. Explotábanse muchas minas de oro, de plata y otros metales por cuenta del rey, y otras por particulares en sus posesiones. Eran celebradas las de Jaén, Bulche y Arache, y las de los montes del Tajo en el Algarbe de España. Había dos de rubíes á la parte de Beja y Málaga. Se pescaban corales en la costa de Andalucía y perlas en la de Tarragona. La agricultura prosperó también grandemente al abrigo de la larga paz que supo mantener Alhakem: se construyeron canales de riego en las vegas de Granada, de Murcia, de Valencia y Aragón: se hicieron albuheras ó pantanos con el propio objeto, y se aclimataron multitud de plantas acomodadas á la calidad de cada terreno. En suma, dice el autor árabe que nos suministra estas noticias, este buen rey convirtió las espadas y lanzas en azadas y rejas de arado, y transformó los belicosos é inquietos musulimes en pacíficos labradores y pastores. Los hombres más distinguidos se preciaban de cultivar sus huertos y jardines con sus propias manos; los cadíes y alfaquíes se holgaban bajo la apacible sombra de sus parrales, y todos iban al campo dejando las ciudades, unos en la florida primavera, otros en el otoño y las vendimias. Envidiable estado y admirable prosperidad el de la España árabe de aquel tiempo, que casi nos hace sospechar si habrá alguna exageración de parte de sus escritores nacionales, si bien no desconocemos cuán grande y feliz puede hacer á un Estado un príncipe ilustrado y virtuoso que tiene la fortuna de suceder á otro príncipe no menos grande, filósofo é ilustrado.

Muchos pueblos, continúa el mismo historiador, se entregaron á la ganadería, y trashumaban de unas provincias á otras, procurando á sus rebaños comodidad de pastos en ambas estaciones, en lo cual seguían la inclinación y manera de vivir de los antiguos árabes que de este modo pastoreaban sus ganados, buscando en la *mesaifa* ó estación de verano las alturas frescas hacia el Norte ú Oriente, y volviendo al fin de la estación para la *mesta* ó invernadero hacia los campos abrigados del Mediodía ó Poniente. Llamábanse estos árabes *moedinos*, vagantes ó trashumantes (1).

Largo fuera enumerar todas las obras así literarias como artísticas,

(1) Es fácil, añade Conde, que de estos *moedinos*, alterado el nombre, haya procedido el de nuestros ganados *merinos*. Y de aquí, no sin verosimilitud, opinan muchos que ha podido traer su origen la institución conocida en España con el nombre de *Mesta*, que tenía un objeto semejante y ha durado hasta nuestros días.

industriales y de ornato y comodidad pública que se debieron al ilustre Alhakem. La famosa biblioteca del palacio Meruán dicen que se aumentó hasta seiscientos mil volúmenes (1); cifra asombrosa para aquellos tiempos, cuando hoy mismo con el auxilio del gran multiplicador, la imprenta, y con los progresos admirables de la mecánica, son pocas todavía las bibliotecas que reúnen tan considerable depósito de libros. Siendo la poesía como innata en los árabes y una de las bases de su educación, no podía Alhakem dejar de ser poeta, y lo era por educación y por genio (2).

Dicen que solía dar á su hijo Hixem los consejos siguientes: «No hagas sin necesidad la guerra: mantén la paz para tu ventura y la de tus pueblos: no desenvaines tu espada sino contra los malvados: ¡qué placer hay en invadir y destruir poblaciones, arruinar Estados y llevar el estrago y la muerte hasta los confines de la tierra? Conserva en paz y en justicia los pueblos, y no te deslumbren las falsas máximas de la vanidad: sea tu justicia un lago siempre claro y puro, modera tus ojos, pon freno al ímpetu de tus deseos, confía en Dios, y llegarás al aplazado término de tus días.» ¡Coincidencia singular! Estas máximas son casi las mismas que inculcó Hixem I á su hijo Alhakem I. Ahora es Alhakem II el que las recomienda á su hijo Hixem II. Perdidos fueron los consejos de ambos padres, y distantes estuvieron de observarlos los dos hijos.

Pasaron los días del esclarecido Alhakem II, dice su cronista arábigo, como pasan los agradables sueños que no dejan sino imperfectos recuerdos de sus ilusiones. Trasládose á las mansiones eternas de la otra vida, «donde hallaría, como todos los hombres, aquellas moradas que labró antes de su muerte con sus buenas ó malas obras: falleció en Medina Zahara á 2 de safar del año 366 (976), á los 63 años de su edad, y á los quince años, cinco meses y tres días de su reinado: fué enterrado en su sepulcro del comenterio de la Ruzafa (3).»

Con la muerte de Alhakem II, último califa de los Beni-Omeyas que mereciera el nombre de ilustre, variará completamente la situación de todos los pueblos de España, musulmanes y cristianos. Se levantará un

(1) Ebn Alabar, in Casiri.

(2) Bella y notable es la composición que dedicó á la sultana favorita Sobeyha cuando partió para la campaña de San Esteban de Gormaz.

«De tus ojos y los míos—en la triste despedida  
De lágrimas los raudales—inundaban tus mejillas:  
Líquidas perlas llorabas,—rojos zafires vertías,  
Juntos en tu lindo cuello—precioso collar hacían:  
Extrañó amor al partir—cómo no perdí la vida:  
Mi corazón se arrancaba,—el alma salir quería:  
Ojos en llanto anegados,—aquellas lágrimas más  
Si del corazón salieron,—en su propia sangre tintas,  
Este corazón de fuego,—¿cómo no se deshacía?  
Loco de amor preguntaba,—¿dónde estás, bien de mi vida?  
Y estaba en mi corazón,—y con su encanto vivía.....»

(3) Conde, cap. xciv.

genio extraordinario y colosal, que amenazará acabar de nuevo con la independencia y la nacionalidad española, extinguir en este suelo la fe del Crucificado, llevar hasta el último confín de España el pendón del Profeta y frustrar la obra laboriosa de cerca de tres siglos. Examinaremos en otro capítulo esta época fecunda en graves sucesos.

## CAPÍTULO XVII

### ESTADO MATERIAL Y MORAL DE LA ESPAÑA ÁRABE Y CRISTIANA

*De 910 á 970*

I. Reinos cristianos.—Progreso de la obra de la restauración.—Lo que se debió á cada monarca.—Débil reinado de García de León.—Vigor y arrojo de Ordoño II.—Tendencia de los castellanos hacia la emancipación.—Obispos guerreros de aquel tiempo.—Piedad religiosa y moralidad de los reyes.—Jueces de Castilla.—Sistema de sucesión al trono.—Breves reinados de Fruela II y de Alfonso IV.—Ramiro II y Fernán González.—Lo que influyó cada uno en la suerte de la España cristiana.—Ordoño III: Sancho el Gordo y Ordoño el Malo.—Manejo de cada uno de estos príncipes: extraña suerte que tuvieron.—Castilla: Fernán González: cuándo y cómo alcanzó su independencia.—II. Imperio árabe.—Equivocado juicio de nuestros historiadores sobre su ilustración en esta época.—Grandeza y magnanimidad de Abderramán III: generosidad y abnegación de Almudhaffar.—Magnificencia y esplendor del Califa: prosperidad del imperio.—Alhakem II.—Cultura de los árabes en este tiempo.—Protección á las letras: progreso intelectual: cómo se desarrolló y á quién fué debido.—Observación sobre las historias arábicas.

I. En la obra laboriosa y lenta de la restauración española, cada período que recorremos, cada respiro que tomamos para descansar de la fatigosa narración de los lances, alternativas y vicisitudes de una lucha viva y perenne, nos proporciona la satisfacción de regocijarnos con la aparición de algún nuevo Estado cristiano, fruto del valor y constancia de los guerreros españoles, y testimonio de la marcha progresiva de España hacia su regeneración. En el primero vimos el origen y acrecimiento, la infancia y la juventud de la monarquía asturiana: en el segundo anunciamos el doble nacimiento del reino de Navarra y del condado de Barcelona: ahora hemos visto irse formando otro Estado cristiano independiente, la soberanía de Castilla, con el modesto título de condado también. La reconquista avanza de los extremos al centro.

Merced á la grandeza del tercer Alfonso de Asturias, Navarra se emancipa de derecho, y el primogénito de Alfonso el Magno puede fijar ya el trono y la corte de la monarquía madre en León: paso sólido, firme y avanzado de la reconquista. ¡Así hubiera heredado el hijo las grandes virtudes del padre, como heredó el primer rey de León las ricas adquisiciones del último monarca de Asturias! Pero el hijo que conspiró siendo príncipe contra el que era padre afectuoso y monarca magnánimo, ni heredó las prendas paternas, ni gozó sino por muy breve plazo de la herencia real. A castigo de su crimen lo atribuyen nuestras antiguas crónicas; propios juicios de quienes escribían con espíritu tan religioso.

Vínole bien al reino su muerte, porque sobre haberse reincorporado

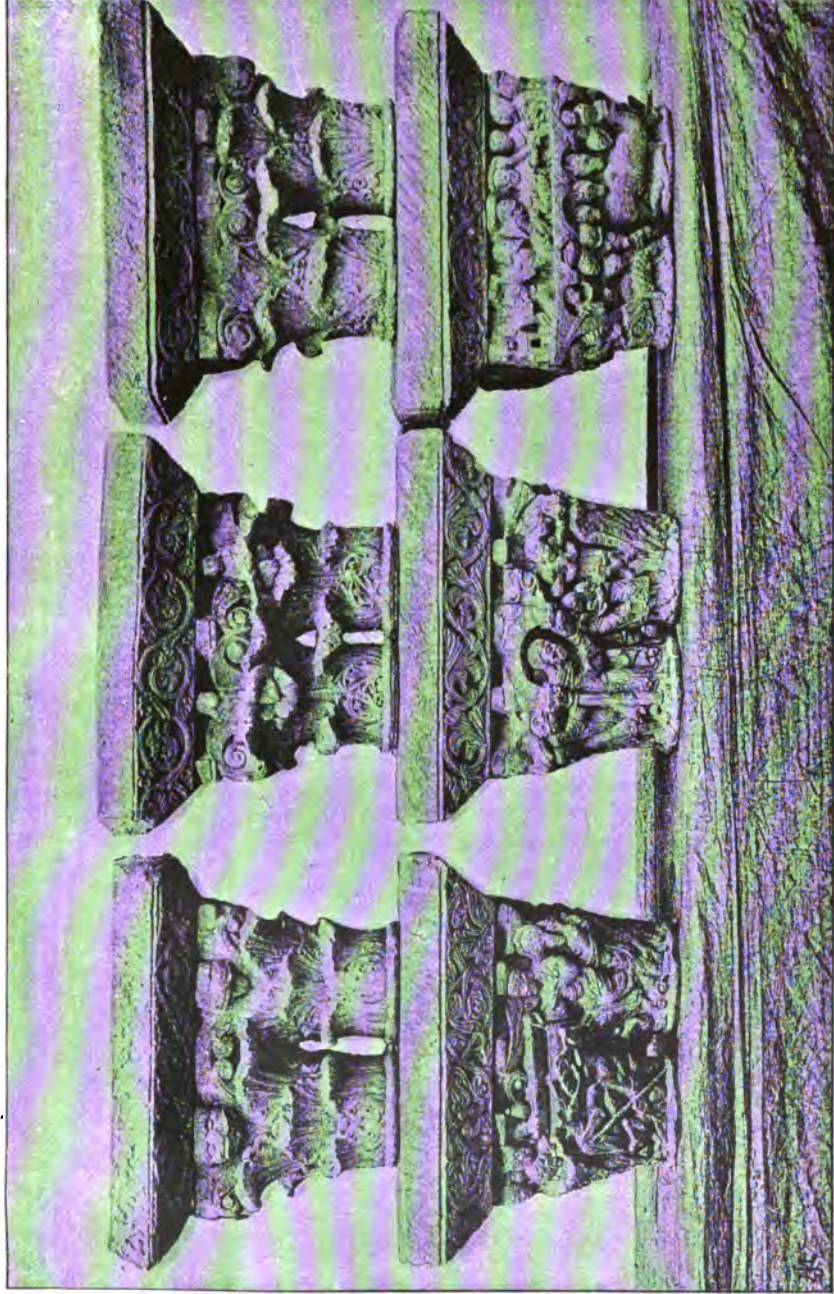
Galicia á León con la sucesión de Ordoño II, acreditó pronto este príncipe que el cetro leonés había pasado á manos más robustas que las de García su hermano. Los campos de Alange, de Mérida, de Talavera, de San Esteban de Gormaz, resonaron con los gritos de victoria de los cristianos. Sin embargo, la batalla de Valdejunquera demostró á Ordoño que no se desafiaba todavía impunemente el poder de los agarenos, y eso que pelearon unidos el monarca navarro y el leonés. Mas ni á Sancho de Navarra escarmentó aquel terrible descalabro, ni acobardó á Ordoño de León. Todavía el navarro tuvo aliento para esperar á los musulmanes en una angostura del Pirineo y vengar su anterior desastre, y todavía Ordoño tuvo el arrojo de penetrar hasta una jornada de Córdoba, como quien avanzaba á intimar al príncipe de los creyentes: «Apresúrate á sofocar las discordias de tu reino, porque te esperan las armas cristianas ansiosas de abatir el pendón del Islam.» Y cuenta que imperaba en Córdoba Abderramán III el Grande, y que mandaba los ejércitos mahometanos su tío el valeroso y entendido Almuadhaffar.

La prisión y ejecución sangrienta de los cuatro condes castellanos ha dado ocasión á nuestros escritores para zaherir ó aplaudir, según sus opuestos juicios, la severa conducta del monarca leonés. Los unos cargan todo el peso de la culpabilidad sobre los desobedientes condes para justificar el suplicio impuesto por el rey de León: los otros intentan eximir de culpa á aquellos magnates para hacer caer sobre el monarca toda la odiosidad del duro y cruel castigo. Nosotros, sin pretender librar á los castellanos condes de la debida responsabilidad por la desobediencia á un monarca de quien eran súbditos todavía, y por cuya falta de concurrencia pudo acaso perderse la batalla de Valdejunquera, tampoco hallamos medio hábil de poder justificar el capcioso llamamiento que Ordoño les hizo, ni menos la informalidad del proceso (si fué tal como Sampiro lo cuenta) para la imposición de la mayor de todas las penas, lo cual se nos representa como una imitación de las sumarias y arbitrarias ejecuciones de Alhakem I y de los despóticos emires de los primeros tiempos de la conquista, menos indisciplinables en éstos que en un monarca cristiano. Lo que descubrimos en este hecho es la tendencia de los condes ó gobernadores de Castilla á emanciparse de la obediencia á los reyes de León; tendencia que, mal reprimida por el excesivo rigor y crueldad de Ordoño, había de estallar no tardando en rompimiento abierto y en manifiesta escisión. Así, mientras por un lado vemos con gusto estrecharse entre las monarquías de León y Navarra las relaciones incoadas por Alfonso III, y pelear ya juntos sus reyes, por otro empieza á vislumbrarse el cisma que habrá de romper la unidad de la monarquía leonesa.

Lo que acerca de los prelados y sacerdotes de esta época dijimos en nuestro discurso preliminar (1), á saber, que solían ceñir sobre el ropaje santo del apóstol la espada y el escudo del soldado, vióse cumplido en el combate de Valdejunquera. Los musulmanes no debían maravillarse de esto, puesto que sus alimes y alcatibes peleaban también, y porque estaban acostumbrados á ver batallar los obispos cristianos desde el metropo-

(1) Página xxxv.





CAPITELES BIZANTINOS: RESTOS DE LA ANTIGUA CATEDRAL DE PAMPLONA (COPIA DIRECTA DE UNA FOTOGRAFÍA)

litano Oppas. Pero no dejaría de causarles extrañeza ver que uno de los obispos prisioneros era el prelado de Salamanca Dulcidio, aquel mismo Dulcidio que siendo simple presbítero de Toledo se había presentado en Córdoba indefenso y desarmado como apóstol de paz, encargado de una negociación pacífica entre el califa Mohammed y el rey Alfonso III. La Providencia parecía haber permitido la prisión de aquellos dos venerables pastores, como para enseñarles que mejor estuvieran en sus iglesias dando el pasto espiritual á los fieles de su grey, que acompañando belicosas huestes en los campos de batalla. Pocos años después, olvidado de este saludable aviso otro prelado, Sisnando de Compostela, aquel turbulento obispo que fué á reclamar del virtuoso Rosendo la cesión de la silla episcopal con la punta de la espada, se ajusta los arreos del guerrero y sale á campaña, y la saeta de un normando le avisa á costa de la vida que no es el oficio de guerreador el que compete al ministro de un Dios de paz. Tales eran sin embargo las costumbres de aquel tiempo: mas si los medios de defender la fe no eran los más apostólicos, el celo religioso que los impulsaba no puede dejar de reconocerse altamente plausible, y veremos por largos siglos á los ministros del altar creerse obligados á blandir la lanza en defensa de la religión, y al pueblo mirar á los sacerdotes de Cristo como legítimos capitanes de los ejércitos de la fe. ¿Y cómo no habían de considerarlos así cuando se persuadían de que los apóstoles y los santos descendían del cielo á capitanearlos en persona y á esgrimir con propia mano el acero contra los enemigos de la cristiandad?

Piadosísimo llaman todas nuestras historias á Ordoño II; y así era natural que calificaran al que erigió y dotó la catedral de Santa María de León, al que cedía para templo episcopal sus propios palacios, y al que se desprendía de sus propias alhajas de oro y plata para colocarlas con su misma mano en los nuevos altares. El palacio en que habitaban los reyes de León era un magnífico edificio abovedado que los romanos tuvieron destinado para baños termales. He aquí la historia religiosa de España. Al principio era un monje el que desbrozaba un terreno inculto para erigir sobre él una pobre ermita, que después un monarca piadoso convertía en catedral. Avanza la conquista, y ya los monarcas cristianos pasan á habitar los edificios que antiguos dominadores gentiles habían hecho para su recreo; estos monarcas ceden después su propia morada para hacerla morada del Señor: las joyas de la corona van á adornar los altares de los santos: lugares y villas del dominio real se trasfieren al de la Iglesia por donación espontánea del rey, que quita y pone obispos y demarca los límites de cada diócesis. De modo, que siendo los reyes los que nombraban y deponían obispos, los que fundaban y dotaban iglesias y monasterios, los que mandaban los ejércitos en persona, y los que administraban por sí mismos la justicia, venían á reasumir por la fuerza de las circunstancias las funciones pontificales, militares, políticas y civiles, del modo que por la organización de su código las ejercían los califas en su imperio. Pero la organización política de los Estados cristianos no es invariable; ella se perfeccionará y se irán deslindando los poderes: la de los musulmanes es inmutable, y durarán los vicios radicales de su constitución

tanto como dure la obcecación de los hombres en la creencia de su falso símbolo (1).

Aquel Ordoño tan belicoso, aquel monarca tan inexorable y tan severo en sus castigos, terminó su gloriosa carrera militar pagando un tributo á la debilidad humana, enamorándose en su postrera expedición de la hija del rey de Navarra su aliado, que hizo su tercera mujer, viviendo todavía la segunda aunque repudiada. La facilidad con que iremos viendo á los reyes cristianos repudiar una mujer legítima, divorciarse, casarse con otra en vida de la primera, sin que ni el pueblo mostrara escandalizarse ni los obispos dieran señales de oponerse, prueba el ensanche de las costumbres de aquel tiempo en esta parte de la moral.

Fruela II, que sucede á sus dos hermanos, no hace sino desterrar á un obispo y condenar á muerte á un hermano del prelado sin causa conocida. La lepra de que murió el rey dió ocasión á que el pueblo atribuyera su pronta y asquerosa muerte á castigo del cielo por aquella doble injusticia: juicio tal vez más religioso que exacto, pero que prueba cómo condenaba el pueblo de aquel tiempo las injusticias, y que imposibilitado de pedir cuentas al soberano que las cometiera, volvía naturalmente los ojos al cielo, y le consolaba la fe de que había allí un rey de reyes que no dejaba impunes las injusticias de las potestades de la tierra. ¿Extrañaremos que este mismo instinto de moralidad social los condujera á buscar también en sí mismos el remedio posible á sus males? En vista del duro comportamiento de Ordoño y de Fruela con los condes, obispos y magnates, no nos maravilla que los castellanos, más apartados del centro de acción de los monarcas leoneses, é inclinados ya á la independencia, trataran de proveerse de *jueces* propios que les administraran justicia con más imparcialidad, ó por lo menos con más formalidad en los procesos que la que aquellos reyes habían usado; principio del ejercicio, aunque imperfecto, de la soberanía, mientras no contaran con la fuerza para llevarla á cumplimiento. Mientras la historia no haga evidente la no existencia de los *jueces de Castilla*, la verosimilitud está en apoyo de la tradición y de los recuerdos históricos en que también se funda

Aunque Fruela II dejaba al morir tres hijos, ninguno de ellos ciñe la corona: los grandes y prelados llaman á sucederle al hijo de Ordoño II con el nombre de Alfonso IV. ¿Cómo los hijos de Ordoño no habían sucedido antes á su padre? ¿Y cómo no suceden ahora á Fruela los suyos? ¿Qué sistema de sucesión á la corona se guardaba entre los reyes de León? Los hechos nos lo dicen; el mismo de los reyes de Asturias, el mismo del tiempo de los godos, y lo que es más, casi el mismo que el de los árabes: sucesión generalmente consentida en la familia, libertad electiva en las personas: las exclusiones de Alfonso el Casto en el siglo IX en Asturias, se ven reproducidas con Ordoño y Fruela en León en el siglo X.

---

(1) La catedral de León que edificó Ordoño II en 916, no es, como muchos creen, la misma que hoy por su grandeza y suntuosidad arrebató la admiración de las gentes. Destruída aquélla por Almanzor, el magnífico templo que hoy existe fué comenzado en tiempo del prelado don Manrique, hijo del conde don Pedro de Lara. Véase Risco, *España Sagrada*: toms. XXXIV y XXXV.

Y sólo un alarde de libertad electiva pudo mover á las magnates leoneses á poner la corona en las sienes de Alfonso IV, príncipe á quien sentaba mejor la cogulla de monje que la diadema de rey, y más aficionado al claustro y al coro que á los campos de batalla y á los ejercicios militares. Sin embargo, la salida de Alfonso IV del claustro de Sahagún para vestir otra vez las insignias reales de que se había despojado, nos presenta un ejemplo práctico de lo que suelen ser las abdicaciones de los reyes, aun aquellas que parecen más espontáneas.

Nos horroriza el recuerdo del terrible castigo impuesto por Ramiro II á su hermano Alfonso y á los tres príncipes sus primo-hermanos, y duélenos considerar que no ha bastado el trascurso de siglos para hacer desaparecer la horrible pena de ceguera heredada de la legislación visigoda, antes la vemos aplicada con frecuencia y con dureza espantosa por nuestros monarcas á los príncipes de su propia sangre y á sus deudos más inmediatos. Siglos bien rudos eran estos todavía.

Mas si como cruel nos estremece Ramiro II, como guerrero nos admira y asombra; y asombraríamos más, si á su lado no viéramos al mismo tiempo al brioso Fernán González, á ese adalid castellano, que con su solo esfuerzo supo ganar para sí una monarquía sin cetro y un trono sin corona. El ruido de los triunfos del monarca leonés y del conde castellano penetra en los salones del soberbio palacio de Zahara, y avisa á su ilustre huésped, el gran Miramamolín que decían los cristianos, el más esclarecido y poderoso de los Beni-Omeyas, Abderramán III, la necesidad de abandonar aquella mansión de deleites y de empuñar la cimitarra si quiere volver por el honor humillado del Corán. Publica entonces el alghied, y acampa á las márgenes del Tormes el más numeroso ejército musulmán que jamás se congregó contra los cristianos. Mahoma y Abu Bekr no hubieran vacilado en encomendarle la conquista del mundo, porque menos numeroso era el que había subyugado la Persia, el Egipto y el África, y una sexta parte había bastado para posesionarse de España dos siglos hacía. Conducíanle Abderramán el Magnánimo y el veterano Almudhaffar su tío, vencedores de Jaén, de Sierra Elvira, de Alhama, de Valdejunquera, de Zaragoza y de Toledo. ¿Cómo no habían de creerse invencibles?

Al revés que en Guadalete, donde los soldados de Cristo eran los más, los del Profeta los menos, en el Duero los guerreros del cristianismo eran infinitamente menos en número que los combatientes del Islam. Y sin embargo, el Corán y el Evangelio van á disputarse otra vez el triunfo en los campos de Simancas como en los campos de Jerez. No importa la desigualdad del número á los cristianos: con las contrariedades de dos siglos se ha enardecido su ardor bélico, y son los vencedores de Osma y de Madrid. Antes de cruzarse las armas se eclipsa el sol, como si esquivase alumbrar el sangriento espectáculo que se preparaba: este fenómeno natural difunde el asombro en los dos campos, y todos sacan consecuencias fatídicas temiendo tener contra sí la ira y el enojo del cielo, porque todos son supersticiosos, cristianos y musulmanes. Dase al fin la pelea, y la clara luz del sol de otro día, más resplandeciente ya de lo que entonces los mahometanos hubieran querido, enseñó á los cristianos con admira-

ción suya el prodigioso número de infieles que en el campo había dejado tendidos el filo de sus espadas. La larga tregua que después hubo de ajustarse entre Ramiro II y Abderramán III prueba más que las relaciones de batallas la pujanza que había alcanzado ya la monarquía leonesa.

Aprovechó el califa esta paz para atender á la guerra de África y para dotar al imperio de escuelas, de palacios y mezquitas: aprovechóla el rey de León para fundar monasterios y dotar iglesias ó reedificarlas. Esta era la marcha de las dos religiones y de los dos pueblos.

Ramiro II se despidió de los moros con otra batalla, de su hijo Ordoño trasfiriéndole el cetro, y del mundo vistiendo el hábito de la penitencia.

Con Ordoño III, aunque sin culpa suya, comienzan á romperse los lazos que unían á los diferentes jefes de los cristianos, y se conjuran contra el nuevo monarca su hermano, su suegro y su tío. Comprendemos que á Sancho le punzara la ambición de reinar; que la política de Fernán González fuera debilitar la monarquía leonesa para labrar la independencia castellana; pero no alcanzamos lo que pudo impulsar á García de Navarra á romper la buena armonía en que su padre había vivido con tres reyes de León consecutivos. Ordoño, en un arranque de indignación por la deslealtad de Fernán González, su suegro, se divorcia de la reina: único ejemplar que sepamos de una princesa que ha subido al trono en premio de un juramento de fidelidad de su padre, y que desciende de él en castigo de haber quebrantado su padre aquel mismo juramento; como si más que reina fuese una prenda pretoria depositada en garantía de un contrato.

Ocupa al fin Sancho por muerte de su hermano Ordoño III el trono que anticipadamente había intentado asaltar, y el conde Fernán González de Castilla tuerce repentinamente el giro de su política, y de auxiliar que ha sido de *Sancho pretendiente* se muda en enemigo armado de *Sancho rey*; y es que quiere sentar en el trono á Urraca su hija, la repudiada de Ordoño III, que ha pasado á ser esposa del que va á ser Ordoño IV, todo por negociaciones de su padre Fernán González, que parecía especular en tronos con su hija. Es difícil bosquejar bien el complicado cuadro de sucesos que produjo la conducta incierta del voluble, ó si se quiere, del político conde. Merced á ella, Sancho el Gordo, siendo ya *rey legítimo*, vióse destronado por el mismo que había querido hacerle *rey intruso*, y forzado á buscar un asilo al amparo de su tío García de Navarra.

Para que todo sea irregular y anómalo en esta época confusa y revuelta, Sancho el Gordo, destronado por los suyos, pasa de Pamplona á Córdoba á curarse de su inmoderada obesidad, y encuentra en la corte del califa médicos musulmanes que le restituyan su agilidad primitiva y un emperador mahometano que le ayude á recuperar su trono. Y el rey cristiano, depuesto por un príncipe, un conde y un ejército cristiano, es restablecido por un sucesor de Mahoma y por soldados del Profeta. Cristianos y musulmanes sacrifican otra vez el principio religioso ó á la ambición ó á la política. No podía prosperar mucho la causa de la fe cuando los cetros se conquistaban al abrigo de los estandartes infieles.

Ordoño el intruso huye cobardemente á Asturias, de donde le arrojan las armas victoriosas de Sancho: busca un refugio en Burgos, y los burga-

leses le arrebatan su esposa y sus hijos, y le envían donde su buena ó mala ventura le valiera; y Ordoño el Malo, rey sin trono, marido sin esposa, padre sin hijos, lanzado de León, arrojado de Oviedo, expulsado de Burgos, acaba su vida desastrosamente entre los moros, sin dejar otra cosa que la memoria de algunas tiranías que ejerció siendo rey, y el sobrenombre de Malo que le ha conservado la posteridad. A pesar de haber reinado más de tres años, ni siquiera ha obtenido un lugar en la cronología.

Parecía que Sancho debería haber perdido prestigio en el pueblo cristiano y devoto por haber debido la recuperación del trono á los auxilios de un mahometano. Pero Sancho obtiene del califa el permiso de trasladar el cuerpo del santo mártir Pelayo á León, y el pueblo leonés, entretenido con la solemne procesión de las santas reliquias, olvida que tiene un rey por la gracia de Dios y del vicario de Mahoma.

La traición y el veneno pusieron fin á los días de Sancho, y el rey cristiano que había debido su salud á médicos musulmanes en la corte mahometana, parece emponzoñado en su propio reino por un conde cristiano súbdito suyo. La nobleza y la generosidad de los árabes correspondían entonces á la grandeza y á las virtudes de sus caifas: el imperio árabe estaba en su época de engrandecimiento. Las costumbres de los cristianos se resentían de las pasiones de sus príncipes y de sus magnates: el reino cristiano iba á entrar en un período de decadencia. Todo guardaba armonía.

Descríbese en la conducta de Fernán González que no se olvidaba nunca del fin á que lo encaminaba todo. De genio altivo y ánimo arrogante, conocedor de su propio valer, sabiendo lo que podía esperar de su corazón y de su brazo, amante de la independencia y al frente de un país que pugnaba por adquirirla, fijóse en el pensamiento de emancipar á Castilla de los reyes de León, y de fundar en ella una soberanía. Achaque suele ser de los escritores apasionarse de los personajes eminentes que nacieron en el mismo suelo que ellos y le ilustraron con hazañosos hechos y heroicas acciones, viendo solamente en ellos lo grande del héroe, nada de lo flaco del hombre.

No nos cegará á nosotros aquella circunstancia para dejar de reconocer que si grande fué el fin, justificado el propósito, admirable la perseverancia, mucha la destreza, asombrosa la actividad é indisputable el denuedo y el brío con que el conde castellano llevó á complemento su obra, no aparecen á nuestros ojos tan plausibles todos los medios que empleó para realizarla. En su manejo con los monarcas de León Ramiro II, Ordoño III, Sancho I y Ordoño el Malo, así como con el rey García de Navarra, auxiliando y contrariando alternativamente á unos y á otros, ó trabajando sucesivamente para entronizar ó destronar á unos mismos, ó jurando fidelidad y quebrantándola, creemos que es menester vengan muy en su auxilio las necesidades ó conveniencias de la política para neutralizar los juicios que pudiera inspirar la moral severa. Notamos no obstante con orgullo, entre otras nobles cualidades del conde Fernán González, la de no haberse aliado nunca con los sarracenos ni transigido jamás con los enemigos de su patria y de su fe: cualidad que deseáramos poder sacar á salvo en más de un monarca cristiano y en más de un celebrado campeón español de los que en la galería histórica irán apareciendo

Traigan también apasionados escritores la independencia de Castilla de tan antiguo como quieran. Nosotros, ciñéndonos á las datos históricos, no podemos anticiparla á la mitad del siglo X, y á la época en que vemos al ilustre conde obrar ya de su cuenta y sin sujeción á los reyes de León, antes bien lanzando de aquel trono al monarca reconocido, y colocando en su lugar, siquiera fuese sin derecho, á un deudo suyo. No señalaremos el día preciso en que Castilla pudo decirse independiente, porque no hubo día de solemne proclamación, ni leemos en parte alguna que se alzaran en determinado día pendones en las plazas públicas gritando: «¡Castilla por el conde Fernán González!» Castilla y su conde fueron ganando la independencia lentamente y de hecho, al compás y en la escala á que los esfuerzos de Fernán González iban alcanzando, y entre oscilaciones, alternativas y contrariedades, á la manera de aquel que después de luchar con las vicisitudes de una enfermedad penosa llega á encontrarse en buen estado de su salud, sin que pueda señalar el momento preciso en que la recobró.

Vamos ahora al imperio árabe.

II. Nos es tanto más necesario bosquejar la fisonomía del imperio musulmán en esta época, cuanto que nuestros cronistas é historiadores apenas usan otro dictado que el de bárbaros para nombrar á nuestros dominadores árabes. Las creencias religiosas como las opiniones políticas suelen de tal manera cegar la razón de los hombres, que no les permiten ver en sus adversarios ni cualidad buena, ni acción digna de alabanza. Puede disculparse este apasionamiento en los que fueron actores ó testigos presenciales de aquella lucha sangrienta, é injustamente por los extraños provocada. Nosotros, hombres de otro siglo, tan sinceramente religiosos como nuestros mayores, pero no perturbada nuestra razón ni enardecida con escenas que por fortuna no presenciarnos, debemos juzgar con más imparcialidad á los hombres de aquel tiempo, fuesen adversarios ó amigos. Por lo mismo que estamos más tranquilos, tenemos obligación de ser más desapasionados.

Príncipes muy esclarecidos había dado ya la ilustre estirpe de los Beni-Omeyas al imperio árabe-hispano en el siglo y medio trascurrido desde su fundación en 756 hasta la muerte de Abdallah en 911. Siete emires, ó sean califas, habían ocupado en este espacio el trono musulmánico de Córdoba, y á pesar de los excesos y lunares de algunos de ellos, pocas dinastías reinantes pudieran presentar una serie de soberanos de tan altas dotes como lo fueron la mayor parte de los Omniadas. Desde el primer Abderramán, figura histórica, bella y esbelta como la célebre palma que plantó en Córdoba por su mano, grande y colosal como la soberbia mezquita que comenzó, pocos dejaron de señalarse ó por su ingenio ó por sus hechos de armas hasta Abderramán III, en que comienza el período en este nuestro capítulo comprendido.

Acontecióle á Abderramán III de Córdoba lo que á Alfonso III de Asturias. A ambos les habían precedido dos ilustres príncipes de su mismo nombre, cuya gloria y fama era muy difícil igualar, cuanto más exceder. Pero los grandes hombres y los grandes ingenios nunca hallan agostado el campo de la gloria, porque le fecundizan ellos mismos. Y así como el



**DÍPTICO DE MARFIL EXISTENTE EN EL MONASTERIO DEL ESCORIAL.**  
Compónese de dos hojas, cada una de las cuales tiene 0<sup>m</sup>30 de alto por 0<sup>m</sup>12 de ancho; en sus ocho relieves se representan episodios de la vida del Salvador.



tercer Alfonso supo elevarse sobre los dos predecesores de su nombre, así el tercer Abderramán halló todavía cosecha abundante de laureles que sus antecesores no habían recogido.

Todo fué grande en la exaltación de Abderramán III al califato, y todo hacía á los musulmanes augurar bien de su elevación. El viejo Abdallah dió una gran prueba de previsión y de tacto en proclamar sucesor del imperio á un nieto sin padre, vástago tierno cuyos frutos sólo en lontananza era dado prever, con preferencia á un hijo reputado ya de guerrero insigne, y con quien había compartido los cuidados del gobierno. Grandeza de ánimo y abnegación admirable fué necesaria en Almudhaffar para verse pospuesto por su padre á un joven sobrino, hijo de un hermano rebelde, y no sólo no darse por sentido, sino constituirse de entonces para siempre en el más decidido sostenedor y el más firme y constante auxiliar del proclamado. Y sobremanera relevante debía ser el mérito precoz del nieto del califa para ser recibido por el pueblo musulmán con tan unánime y universal aplauso. Cuando un imperio cuenta en la familia de sus príncipes hombres de la previsión y tacto exquisito de un Abdallah, de las aventajadas prendas de un Abderramán, y de la generosidad y prudencia de un Almudhaffar, aquel pueblo está en el camino seguro del engrandecimiento. Tal aconteció al imperio árabe-hispano.

Sin unidad y sin tranquilidad interior es imposible que prospere un pueblo, y Abderramán y Almudhaffar se dedican á acabar con las añejas y envejecidas rebeliones que le traían desgarrado. Ambos rivalizan en energía: en el Mediodía el uno, en el Oriente el otro, á la presencia del prudente y simpático Abderramán, al brillo de la espada del intrépido y fogoso Almudhaffar, tiemblan y huyen los insurrectos, las fortalezas enarbolan el pabellón del legítimo califa, y ni en los riscos de la Alpujarra ni en las crestas del Pirineo logran hallar abrigo seguro los rebeldes. Zaragoza, de tanto tiempo en poder de los sediciosos; Toledo, segregada del imperio más de medio siglo hacía; Toledo con sus altos muros tenidos por inexpugnables, todas abren sus puertas al emir Almumenín, y el imperio árabe-español recobra la unidad rota hacía cerca de doscientos años.

Mayor gloria para los cristianos, mayor lauro para Ramiro y Fernán González que han sabido humillar en más de una lid los estandartes musulmicos conducidos por guerreros como Abderramán y Almudhaffar en el apogeo de su poder. Y de estar en el punto culminante de su poder daban testimonio los almimbares de las aljamas de Almagreb que resonaban con el nombre de Abderramán Alnasir Ledin Allah, jefe de los creyentes del imperio africano: dábanle las embajadas de los emperadores de Bizancio y Alemania, de multitud de soberanos de Europa; dábanle las escuadras del califa que cruzaban los mares de Levante, y dábale el soldán de Egipto que experimentó bien á su costa el poderío y pujanza del soberano cordobés.

Si el sobrenombre de Magnánimo con que los cristianos mismos apelidaban al tercer Abderramán no indicara bastante cuál había sido su conducta con ellos después de hecha la paz, publicáralo la hospitalidad generosa otorgada á Sancho el Craso, y su reposición, si acaso no del todo desinteresada, por lo menos con todas las apariencias de tal, en el trono

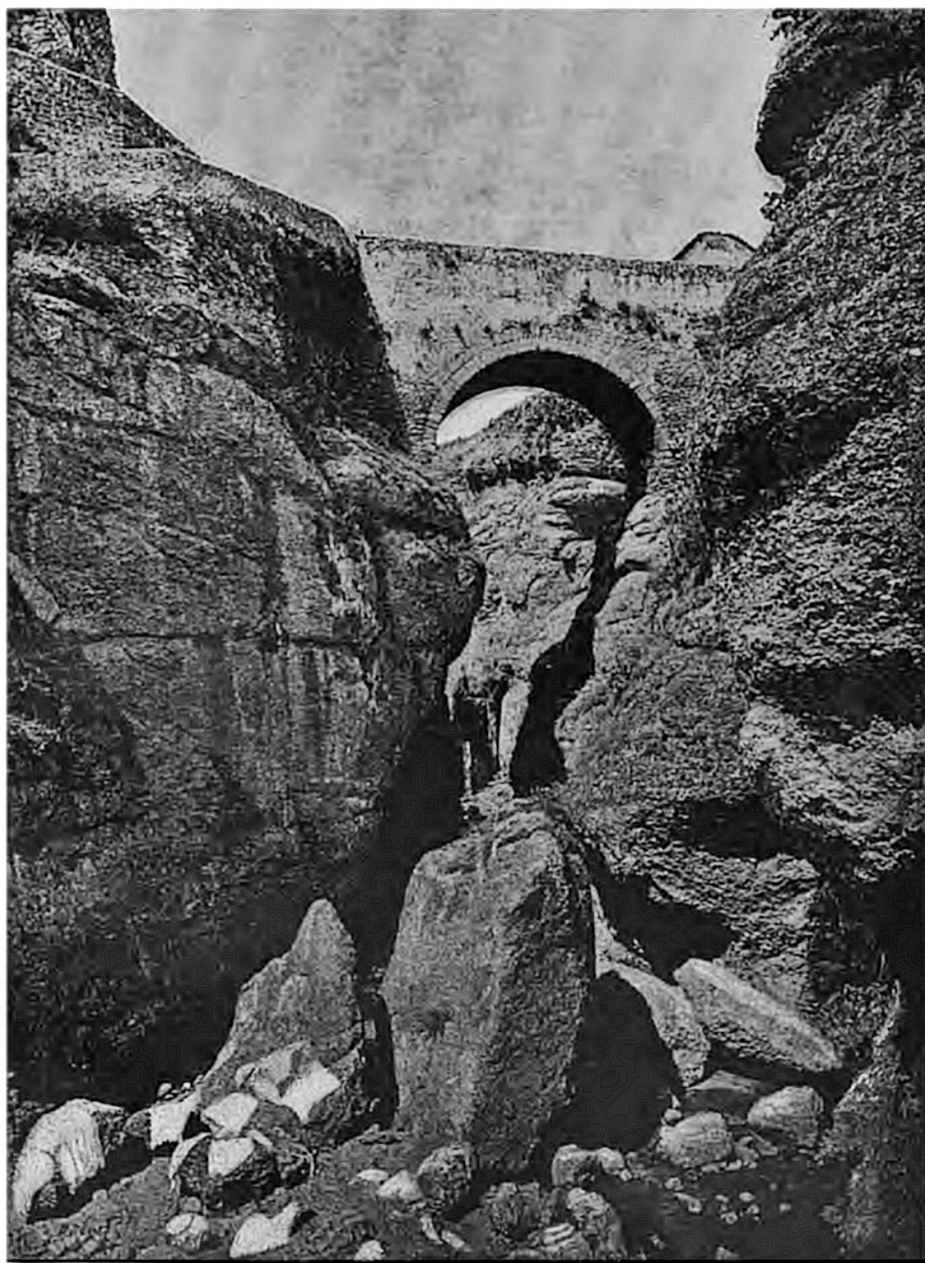
leonés. ¿Hubiera sido imposible que Abderramán se enseñoreara en todo ó en parte del reino de León, si tal entonces hubiera intentado, á vueltas de las discordias que en aquella sazón ardían entre castellanos y leoneses? Pero fuese política, ó compasión al infortunio, ó simpatía personal, ó cumplimiento fiel de algún pacto hecho con su favorecido, ú otra causa que la historia no ha querido revelarnos todavía, concedámosle el mérito y á los cristianos la suerte de haberse contentado con el título honroso de protector, sin pretensiones ni reclamaciones de indemnización material.

Unía Abderramán á la magnanimidad la pasión á la magnificencia. Consignada la dejó en aquella maravilla de los monumentos árabes, en el palacio esplendoroso de Zahara, prodigioso conjunto de grandiosidad y de belleza, morada de delicias y de encantos, que más que otra alguna parece representar los que una imaginación fantástica acertó á reunir en las *Mil y una noches*: con la diferencia que si éstos fueron inventados para dar recreo y deleite con su lectura, los de Medina Zahara fueron una realidad según los testimonios históricos certifican. Los mármples y jaspes, los artesonados y jardines de Zahara podrían ser obra de una loca prodigalidad; imposible asociar á ella la idea de la barbarie, con que nuestros cronistas solían regalar en cada página á sus autores.

Cuando la Providencia quiere permitir el engrandecimiento de un imperio, alarga prodigiosamente los reinados de los monarcas más ilustres. Más de cincuenta años duró el de Abderramán III.

El de Alhakem II, su hijo, fué el reinado de las letras y de la civilización, como el de su padre había sido el de la grandeza y la esplendidez. Nombre de bellos recuerdos debió ser para los árabes este de Alhakem II. ¿Y dejaremos nosotros mismos de recordar con admiración las eminentes dotes de este esclarecido Omniada porque fuese musulmán y no cristiano? Esto equivaldría á pretender negar el mérito de los Augustos, de los Trajanos, de los Adrianos y de los Marco-Aurelios, porque estos ilustres emperadores no hubiesen sido cristianos y sí gentiles. A la paz de Octavio en la España romana sustituyó la paz de Alhakem en la España árabe, pero no sin que Alhakem, como Octavio César, diera antes pruebas de que si deseaba la paz no era porque no supiese guerrear y vencer, sino porque amaba más las musas que las lides, los libros que los alfanjes, los verdes laureles de las academias que los laureles ensangrentados de las batallas, y nadie con más gusto que Alhakem II hubiera mandado cerrar el templo de Jano, si los hijos de Mahoma hubieran conocido las divinidades y las costumbres romanas.

Vióse, pues, al cabo de mil años reproducido en España bajo nueva forma el siglo de Augusto: con la diferencia que si en el de Augusto los talentos habían tenido además un Mecenas, en el de Alhakem cada walí y cada jeque aspiraba á ser un Mecenas protector de los sabios y amparador de los buenos ingenios. A los Sénecas, los Lucanos y los Marciales reemplazaron los Abu Walid, los Ahmmed ben Ferag y los Yahia ben Hudheil, y las églogas y las odas reaparecían con el nombre de cásidas, como las célebres tituladas de las Flores y de los Huertos. La corte habíase convertido en una vasta academia, era Córdoba como la Atenas del siglo x, y la liberalidad, largueza y munificencia con que se premiaba las



PUENTE ÁRABE DE RONDA (COPIA DIRECTA DE UNA FOTOGRAFÍA)

obras del ingenio era tal, que para creerla necesitamos verla por tantos y tan contestes testimonios confirmada. Pero compréndese bien á costa de cuántos sacrificios, de cuánta solicitud y de cuántos dispendios hubo de adquirirse aquella asombrosa colección de 400 ó 600 mil volúmenes manuscritos que constituían la biblioteca del palacio de Meruán.

Hay que advertir, no obstante, que ni este riquísimo depósito de las producciones de la inteligencia, ni la civilización que en aquel tiempo llegaron á alcanzar los árabes, fué obra de solo Alhakem II ni de solo su reinado. La preparación venía de atrás, y era una semilla que había ido desarrollándose y creciendo. Desde que Abderramán I fundó el califato español, propúsose la dinastía de los Beni-Omeyas aventajar así en civilización como en material grandeza al imperio de sus implacables enemigos los Abassidas de Damasco y de Bagdad. El primer Abderramán había buscado ya las mayores celebridades literarias para encomendarles la educación de sus hijos, los cuales asistían á los certámenes académicos, á las audiencias de los cadíes y á las sesiones del diván. El fundador del imperio musulmíco de Occidente erigió ya multitud de madrisas ó escuelas, premiaba los doctos, y hasta nosotros han llegado los elegantes versos que él mismo escribió con su pluma. Su hijo Hixem siguió las huellas de su padre y fomentó y propagó la enseñanza. Alhakem I, aunque sanguinario y cruel, era docto y le dieron el sobrenombre de el *Sabio*. Abderramán II oía y examinaba las producciones literarias de sus hijos Ibam y Othmán. Del III hemos visto cómo llevaba á su corte los sabios de todas las partes del mundo y los colocaba en los cargos y puestos más eminentes del Estado, cómo iba siempre rodeado de un séquito numeroso de astrónomos, médicos, filósofos y poetas distinguidos, y debíale Alhakem II su esmerada educación literaria. Este califa, ilustradísimo ya y aficionado á las letras, alcanzó un período dichoso de paz; y como el germen de la civilización existía, desarrollóse al amparo de su protección, al modo que las plantas crecen con lozanía cuando después de mucho cultivo y de copiosas lluvias aparece un sol claro, radiante y vivificador.

Una observación nos suministra la lectura de las historias arábicas. Ni un solo literato, ni un solo erudito deja de ser mencionado por sus historiadores. No se verá que omitan jamás los nombres de los doctos que florecieron en cada reinado, con sus respectivas biografías y la correspondiente reseña de sus obras. Cítase con frecuencia el fallecimiento de un profesor distinguido como el acontecimiento más notable de un año lunar. La narración de un combate empeñado entre dos ejércitos se interrumpe en lo más interesante para dar cuenta de que allí se encontraba, ó de que llegó á la sazón, ó de que murió á tal tiempo en cualquier punto que fuese tal poeta ilustre ó tal astrónomo afamado. Conócese que estaba como encarnada en aquellas gentes la apreciación del mérito literario, y así correspondía á un pueblo en que los califas eran eruditos, en que los príncipes eran bibliotecarios, y en que los guerreros soltaban el alfanje con que habían combatido para empuñar la pluma y trascribir con ella las escenas mismas en que acababan de ser actores en los campos de batalla.

Anticiparemos, sin embargo, aunque más adelante tendremos ocasión

de hacerlo observar, que era esta una ilustración más brillante que positiva, más superficial que sólida y más poética que filosófica, con cuya prevención ya no nos maravillaremos tanto cuando la veamos desaparecer.

Tal era el estado de los dos pueblos, musulmán y cristiano, cuando murió el ilustre Alhakem Almostansir Billah. Uno y otro van á sufrir grandes mudanzas y alteraciones en su situación física y moral.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

# PARTE SEGUNDA

## EDAD MEDIA

### LIBRO PRIMERO

#### CAPÍTULO XVIII

ALMANZOR EN CÓRDOBA.—DE RAMIRO III Á ALFONSO V EN LEÓN

*De 976 á 1002*

Situación de los tres reinos cristianos al advenimiento del califa Hixem II.—Menoría de Ramiro III de León.—Pónesele bajo la tutela de dos religiosas.—Imprudencias y desórdenes del monarca en su mayor edad.—Irrita á los nobles y proclaman á Bermudo II el Gotoso.—ALMANZOR primer ministro y regente del califato.—Imbecilidad del tierno califa.—Obra Almanzor como soberano del imperio.—Su nacimiento; sus altas prendas: su conducta.—Jura eterna guerra á los cristianos.—Sus dobles campañas anuales.—Sus triunfos.—Fuga de Bermudo II á Asturias.—Toma Almanzor á León y la destruye.—Sus victorias en África.—Conquista á Barcelona.—Recóbrala el conde Borrell II.—Descripción de las fiestas nupciales del hijo de Almanzor.—Los Siete Infantes de Lara.—Vence Almanzor y hace prisionero al conde García Fernández de Castilla: su muerte.—Destruye el gran templo de Santiago de Galicia.—Triunfos de los musulmanes españoles en África.—Muerte de Bermudo II de León.—Alfonso V.—Calamitosa situación de la España cristiana.—Alianza de los soberanos de León, Castilla y Navarra para resistir á Almanzor.—Refuerzos que éste recibe de África.—Famosa batalla de Calatañazor.—Glorioso triunfo de los cristianos.—Almanzor es derrotado después de veinticinco años de victorias, y de cincuenta batallas felices.—Muere en Medinaceli.—Epitafios de su sepulcro.

Podemos anunciar que llegamos á uno de los períodos más importantes de la dominación sarracena en España. El nombre del personaje que va á la cabeza de este capítulo lo dice también bastante al que no sea del todo peregrino en nuestra historia de la edad media. En el hecho mismo de ponerle al frente, no siendo Almanzor califa, damos ya á entender suficientemente que no va á ser el califa, sino su primer ministro, el alma y el sostén del imperio musulmán y el gran competidor de los cristianos en la época que nos toca describir.

Por una rara y singular coincidencia, de los cinco Estados independientes que se han formado en nuestra Península, á saber, el imperio árabe, los reinos de León y de Navarra, y los condados de Barcelona y de Castilla, en los tres primeros y mayores reinan simultáneamente tres niños, Ramiro III en León, Sancho Garcés el Mayor en Navarra, Hixem II. que ha sucedido á su padre Alhakem II, en Córdoba: acontecimiento nuevo para los tres reinos, de donde hasta ahora hemos visto excluidos los príncipes de menor edad. ¿Cuál de los tres tiernos soberanos prevalecerá sobre los otros? Naturalmente habrá de preponderar aquel que tenga la fortuna

de ver depositadas las riendas del Estado que él no pueda manejar en manos más robustas y vigorosas, el que vea encomendada la dirección del reino á persona de más talento y capacidad, la de la guerra á genio más activo y emprendedor.

Habíase confiado la tutela y educación del tierno monarca leonés y la regencia del reino á dos mujeres, á dos religiosas, que lo era ya su tía Elvira cuando subió Ramiro III al trono, y entró también después en el claustro su madre Teresa, la viuda de Sancho I. Por fortuna á la natural flaqueza del sexo suplía la piedad y discreción de estas dos mujeres, en términos que no sólo marchaba en prosperidad el Estado bajo su gobierno, sino que en una asamblea de obispos y magnates celebrada en León (974) se dieron gracias á Dios por los particulares beneficios que el reino disfrutaba bajo la acertada y prudente dirección de las dos piadosas princesas, y principalmente de Elvira, que era la que ejercía más manejo en los negocios públicos, hasta el punto de decir aquellos próceres, que si por el sexo era mujer, por sus distinguidos hechos merecía el nombre de varón (1). En principios de virtud y en máximas de sana moral educaban las dos religiosas princesas á su real pupilo: ejercitábanse en piadosas obras y fundaciones; remediaban y corregían abusos, contándose entre sus medidas la supresión que de acuerdo con los obispos hicieron de la silla episcopal creada en Simancas por Ordoño II contra los sagrados cánones que prohibían la existencia simultánea de dos cátedras episcopales en una misma diócesis. Prosperado hubiera el reino de León bajo el gobierno de tan virtuosas y discretas señoras, si por una parte el príncipe no hubiera, á medida que crecía en años, crecido también en aviesas inclinaciones, desviándose de los saludables consejos de su madre y tía, y dado rienda á sus pasiones juveniles y á los instintos de su natural soberbio y altivo; y si por otra parte el reino leonés hubiera podido conservar la paz que habían respetado Abderramán III y Alhakem II, y no se hubiera levantado en el imperio musulmán un genio inquietador y belicoso que había de poner en turbación y conflicto todos los Estados cristianos.

Como si diera por perdido el tiempo que las directoras de su educación habían tenido enfrenadas sus malas tendencias y quisiera darse prisa á indemnizarse, así obró Ramiro III tan pronto como salió de su menor edad. Con pretexto de que no debía tolerar que el reino continuara gobernado por mujeres y de querer manejar los negocios por sí mismo, emancipóse de sus dos prudentes ayas, contrajo matrimonio con una señora llamada Urraca Sancha, de no conocida familia y no señalada por lo prudente; y lo que fué peor, juntando Ramiro á los caprichos y desarreglos de su corta edad los ímpetus de un natural presuntuoso, despreciador de los grandes, no cumplidor de las palabras, y desatento y acre en las respuestas, ni instruido, ni veraz, ni discreto (2), de tal manera disgustó

(1) *Et quoniam scriptum est* (dijeron aquellos ilustres varones) *quia non est discretio apud Dominum diversorum sexuum virorum ac feminarum, sed qui recte credit et recte agit sine dubio vir nuncupatur*, etc. Risco, *España Sagrada*, t. XXXIV, pág. 283.

(2) Tal es el retrato que de este príncipe nos ha dejado el obispo Sampiro en el número 29 de su Crónica.

y desabrió á los condes y próceres de Galicia, León y Castilla, ya de por sí poderosos y envalentonados, que los más se le hicieron enemigos, y los de Galicia abiertamente se le rebelaron proclamando á Bermudo, hijo de Ordoño III, y aun procediendo á consagrarle como rey en la iglesia de Santiago (980). Noticioso Ramiro de esta novedad salió con sus tropas en busca de su competidor: encontráronse ambas huestes en Portela de Arenas, donde se dió una batalla, en la que murieron muchos de ambas partes, mas sin que se decidiera en favor de ninguna la victoria. Retiróse Bermudo á Compostela, y Ramiro, que de suyo no era muy belicoso y esforzado, volvióse también á León. La muerte que á los dos años sorprendió á Ramiro dejó á su rival desembarazado el camino del trono. Fué sepultado en San Miguel de Destriana, donde yacía su abuelo Ramiro II (1).

Resonaba ya por este tiempo en toda España el nombre de Almanzor. ¿Quién era este famoso personaje que desde el principio se anunció tan terrible para los cristianos? Dirémoslo.

Al morir el ilustre califa Alhakem II había dejado (cosa extraña en aquella prolífica familia) un solo hijo de un poco más de diez años, que á pesar de su corta edad fué sin oposición reconocido y jurado califa por los grandes del imperio bajo el nombre de Hixem II: primer ejemplo de una menoría en los anales del califato andaluz, como lo había sido en los del reino de León la de Ramiro III. Hallábase á la sazón de hagib ó primer ministro aquel Giafar que tanto se había distinguido en las guerras de África (976). Pero había entre los vazires de la corte un hombre, que por su talento, por su afabilidad y gentileza se había captado el favor y la confianza de la sultana Sobheya, la esposa favorita de Alhakem, la que había intervenido en todos los negocios del imperio durante los últimos diez años, y la sola mujer que había hecho un papel político en la historia de los Omniadas. El hombre que así había merecido la predilección de la sultana viuda, y á quien ésta había hecho sucesivamente su secretario íntimo y su mayordomo, se llamaba Mohammed ben Abdallah ben Abi Ahmer el Moaferi: había nacido en una aldea cerca de Algeciras;

---

(1) Suponen algunos haber vivido todavía Ramiro dos años, fundados en tres diplomas de este rey hallados en el monasterio de Sahagún que llevan la fecha de 984. Dada la autenticidad de estos documentos, resultaría haberse retirado á aquel monasterio después del reconocimiento de Bermudo como rey de León. Mas en cuanto á la duración de su reinado, parece no dejar lugar á duda los testimonios contestes de Sampiro, del Silense, de Lucas de Tuy y de Rodrigo de Toledo. Debemos, no obstante, advertir que así en este reinado como en el que le sigue se nota tal discordancia de fechas entre los autores, que no hay medio fácil ni acaso posible de conciliarlos. El haber terminado Sampiro su luminosa crónica que tanta luz nos ha dado hasta aquí, la falta de memorias de aquel tiempo, de que ya un respetable historiador se queja muy fundadamente, y los errores introducidos por el cronista Pelayo de Oviedo, han podido ocasionar confusión tan sensible. Felizmente, conviniendo casi todos en los hechos, han venido á aclarar mucho su cronología las historias arábicas últimamente publicadas, que no pudieron ser conocidas de aquellos respetables escritores, y de ellas y de su cotejo con nuestras crónicas resultan bastante ilustrados los sucesos del último tercio del décimo siglo.



su padre había sido muy particularmente honrado por Abderramán III, y su madre pertenecía á una de las más ilustres familias de España. Había venido al mundo en el mismo año de la famosa derrota de los musulmanes en Simancas, «como si Dios (añade un historiador crítico) hubiera querido señalar y como compensar aquel desastre de los musulimes con el nacimiento del que había de ser su vengador.»

Este hombre, que además del favor de la sultana viuda, gozaba por su valor y prudencia de la consideración y el respeto de los vazires de palacio, de los jefes de la guardia y de los walfes de las provincias, fué nombrado por Sobheya primer ministro de su hijo, sin quitar el título á Giafar, pero encomendando á su favorito la tutela de Hixem, y la regencia y dirección del imperio: ofendióse de ello Giafar, pero disimuló su resentimiento. Vióse desde entonces el imperio árabe en una situación nueva. La política de Almanzor, y lo que es más extraño, la de la sultana madre, fué mantener al tierno califa en una ignorancia y como niñez perpetua, para que ni conociera nunca su posición, ni nunca pensara en emanciparse de la tutela en que se propusieron tenerle. Alejaron de su lado los maestros á quienes su padre tenía fiada su educación, y rodeáronle de jóvenes esclavos que le tuvieran entretenido con sus juegos en los jardines de Zahara. Ni Hixem pensaba en otra cosa que en divertirse, ni su madre y tutor le permitían hacer más que crecer entre juegos y deleites, siempre encerrado en su alcázar, sin comunicar con nadie sino con los muchachuelos de su edad, pues si en ciertos días se daba entrada en palacio á los vazires, hacíaseles retirar en cuanto le saludaban, como suponiéndole en cierto estado de imbecilidad intelectual. De modo que el niño Hixem era, más bien que califa, un preso incomunicado, y sólo por las monedas y oraciones se sabía que había un califa llamado Hixem; pero el verdadero soberano, los decretos se publicaban en su nombre, que se esculpía también en las monedas, y se oraba por él en las mezquitas al propio tiempo que por el califa.

Aunque su elevación había sido del gusto de la mayoría de los vazires y walfes del imperio, no faltaron algunos que se mostraran hostiles, y uno de los primeros cuidados del regente soberano fué irse deshaciendo de sus enemigos y rivales, castigando directamente á unos, é indisponiendo mañosamente á los otros entre sí haciendo que se destruyeran mutuamente. Al mismo tiempo ganaba á los poderosos con honores, á los soldados con larguezas, á los sabios colocándolos en altos puestos, siguiendo en esto el sistema y la política de Alhakem. Si alguna medida odiosa se veía precisado á tomar, como la disminución de la guardia eslava devota de los Omniadas, tenía el ardid de hacer recaer su odiosidad sobre su compañero Giafar, desprestigiándole con los Meruanes mismos. Y mientras meditaba cómo acabar de perder sin estrépito á Giafar, tuvo la astucia de comprometer á su hijo en la guerra de África, negándole los auxilios que le pedía, y dando lugar á que cayera prisionero (1). Así llegó

---

(1) El erudito orientalista *Dozy*, en sus *Investigaciones sobre la Historia política y literaria de España en la edad media*, hace el siguiente retrato de Almanzor, de quien

á adquirir un grado de poder irresistible; poder que había de ser bien fatal á los cristianos; porque á la manera que Aníbal había jurado sobre los altares de los dioses odio eterno é implacable á Roma, así Almanzor había jurado por el nombre del Profeta acabar con los cristianos españoles y no descansar hasta conseguir el exterminio de su raza.

Con este designio hizo paces con los africanos, y celebró con el fatimita Balkim, que tenía sitiada á Ceuta, un tratado de amistad, por el que el emir africano se obligó á enviar anualmente al regente de España cierto número de soldados y caballos berberiscos; lo cual dió ocasión á que algunos murmuraran de que teniendo enemigos declarados en África se mostrase tan dispuesto á inquietar á los cristianos de Galicia y de Afranc, que años hacía estaban siendo fieles cumplidores de los tratos de paz hechos con Alhakem. Almanzor supo acallar todas estas murmuraciones, y cuando hubo recibido los primeros refuerzos de África, emprendió sus primeras excursiones por los territorios cristianos (977), dirigiéndose primeramente á la España oriental; dadas allí las convenientes órdenes para las sucesivas campañas á los walfes de aquellas fronteras, torció hacia las del Duero, y con las huestes de Mérida y Lusitania hizo una incursión exploratoria en Galicia, taló campiñas, saqueó pueblos y ganados, hizo cautivos, y se volvió impunemente á Córdoba satisfecho del éxito de sus primeras algaras (1).

---

ciertamente no se muestra apasionado: «Un solo hombre llegó no sólo á hacer impotente al califa su señor, sino también á derribar los nobles de entonces, ya que no la nobleza. Este hombre, que no retrocedía ante ninguna infamia, ante ningún crimen, ante ningún asesinato, con tal de arribar al objeto de su ambición; este hombre, profundo político y el más grande general de su tiempo, ídolo del ejército y del pueblo, á quien la fortuna favorecía en todas las ocasiones; este hombre era el terrible primer ministro, el hagib de Hixem II, era Almanzor. Trabajando únicamente por afianzar su propio poder, se contentó con asesinar sucesivamente los jefes poderosos y ambiciosos de la raza noble que le hacían sombra, pero no trató de destruir la aristocracia misma. Lejos de confiscar los bienes y tierras que ésta poseía, era, por el contrario, el amigo de aquellos patricios que no le inspiraban temor (páginas 2 y 3).»

Cuenta más adelante (pág. 208), cómo dos poderosos jefes de los eunucos esclavos concibieron y trataron de realizar el proyecto de proclamar por sucesor de Alhakem II á su hermano Al-Mogirah, en lugar de su hijo Hixem, aunque á condición de que aquél hubiera de declarar á su vez sucesor del trono á su sobrino. Comunicaron el proyecto al ministro Giafar, el cual fingió aprobarle, pero habiéndolo revelado con el fin de tomar medidas para conjurar la conspiración á varios de sus amigos, y entre ellos á Mohammed ben Abi Ahmer (después Almanzor), éste se encargó de asesinar á Al-Mogirah, «y estranguló al joven príncipe que aun no sabía la muerte de su hermano.» De esta y otros semejantes hechos, que cita también Al-Makari, no dice nada Conde.

(1) En este mismo año se acabó en Écija el acueducto que había mandado hacer la sultana madre, y en él se puso la inscripción siguiente:

«En el nombre de Dios clemente y misericordioso, mandó edificar esta acequia la señora, engrandézcala Dios, madre del príncipe de los creyentes, el favorecido de Dios, Hixem, hijo de Alhakem, prolongue Dios su permanencia, esperando por ella copiosas y grandes recompensas de Dios: y se acabó con la ayuda y socorro de Dios por mano de su artífice y prefecto cadí de los pueblos de la cora (comarca) de Écija y Carmona y dependencias de su gobierno, Ahmed ben Abdallah ben Muza, en la luna de Rabie postrera del año 367.»

Y sin embargo, no eran estas correrías sino el preludio y como el ensayo de otras más serias y terribles expediciones que meditaba. Desembarazado de los rivales que podía temer, á excepción de Giafar, casi el único que quedaba; dueño de la confianza de Sobheya; reducido á la nulidad el califa Hixem: contando con los socorros de África, y obrando ya en fin con la autoridad de un soberano, pudo dar principio á la realización de sus proyectos y de su plan de campaña, que consistía, como después se vió, en hacer por lo menos dos irrupciones anuales en tierras cristianas, invadiendo alternativamente ya el Norte, ya el Oriente, con la velocidad del rayo, y dejándose caer repentinamente allí donde menos le podían esperar. Tocó á León y Galicia sufrir el ímpetu de la primera irrupción (978). En manos aquel reino de un monarca niño y de dos piadosas mujeres, no preparado por otra parte á la guerra y acostumbrado á la paz en que Alhakem le había dejado vivir, poca resistencia podía oponer al intrépido guerrero musulmán, el cual volvió á Córdoba llevando consigo porción de jóvenes cautivos de uno y otro sexo, siendo recibido con grandes demostraciones de entusiasmo. Entonces fué cuando, al decir de varios autores, se dió á Mohammed el título de Almanzor (*El Mansur*), el Victorioso, el Defensor ayudado de Dios.

O muy desinteresado ó muy político Almanzor, no recogía para sí otro fruto de estas expediciones que la gloria de haber vencido: el botín distribuílo todo entre los soldados, sin reservar más que el quinto que tocaba por la ley al califa, y la *estafa* ó derecho de escoger que se dejaba á los caudillos. Hombre de memoria y retentiva, conocía á todos sus soldados, y conservaba los nombres de los que se señalaban y distinguían: hábil en el arte de ganarse sus voluntades, inspeccionaba personalmente los ranchos de todas las banderas, restableció la costumbre de dar banquetes á las tropas después de cada triunfo, y convidaba á su propia mesa á los que se habían distinguido en el campo de batalla. ¡Y ay del que se atreviera á murmurar de su liberalidad para con los soldados! En la expedición que con arreglo á su sistema hizo en la primavera de 979 á las provincias fronterizas de la España oriental, fué tan pródigo en la remuneración de las huestes que le siguieron, que hubo de quejarse el hagib Giafar de lo poco que del quinto del botín, llamado el lote de Dios, había ingresado en el tesoro. Súpolo Almanzor, y sirvióle de buen pretexto para desembarazarse del único competidor que le quedaba; redújole á prisión, confiscóle todos sus bienes á nombre del califa, y le despojó de todos sus honores y empleos. Cuatro años más tarde corrió la voz de que Giafar había muerto de consunción y de melancolía. Historiadores hay que suponen haber tenido más parte en su muerte la voluntad de Almanzor que ninguna enfermedad.

Pero tan espléndido como era con los soldados, tanto era de severo y rígido en la disciplina. Dice Al-Makari, que cuando les pasaba revista, no sólo los hombres estaban en las filas inmóviles y como clavados, sino que apenas se oía un caballo relinchar. Cuenta que habiendo visto un día relumbrar una espada al extremo de una línea faltando á la uniformidad del movimiento, hizo llevar á su presencia al culpable, el cual, interrogado sobre su falta, dió una excusa que no pareció suficiente á Almanzor, y

en el acto le mandó decapitar, y que su cabeza fuera paseada por delante de todas las filas para escarmiento de los demás. Al propio tiempo era clemente con los vencidos, y no permitía ni hacer daño ni cometer violencias con la gente pacífica y desarmada. Su política con los cristianos, á quienes por otro lado deseaba exterminar, la confiesan nuestros mismos cronistas. «Lo que sirvió mucho á Almanzor, dice el monje de Silos, fué su liberalidad y sus larguezas, por cuyo medio supo atraerse gran número de soldados cristianos: de tal manera hacía justicia que, según hemos oído de boca de nuestro mismo padre, cuando en sus cuarteles de invierno se levantaba alguna sedición, para apagar el tumulto ordenaba primero el suplicio de un bárbaro que el de un cristiano (1).»

Este hombre singular, cada vez que volvía del campo de batalla, hacía que al entrar en su tienda le sacudiesen con mucho cuidado el polvo que habían recogido sus vestidos, y lo iba guardando en una caja hecha al efecto, la cual constituía uno de los muebles más indispensables y de más estima de su equipaje, con ánimo de que á su muerte cubriesen en la sepultura su cuerpo con aquel polvo, sin duda por aquello de la Sura ó capítulo IX del Corán: «Aquel cuyos pies se cubran de polvo en el camino de Dios, el Señor le preservará del fuego.»

Tal era el nuevo enemigo que de repente se había levantado contra los cristianos. Con todo esto llegó á entusiasmar de tal suerte á los musulmanes, que todos á porfía pedían alistarse en sus banderas, y no eran los menos entusiastas los africanos berberiscos, á quienes daba una especie de preferencia, y de quienes llegó á hacer el núcleo y la fuerza principal de su ejército. Supónese que en una revista general que pasó en Córdoba contó hasta doscientos mil jinetes y seiscientos mil infantes: cifra prodigiosa, que no puede entenderse fuese toda de tropas regimentadas, sino de todos los hombres dispuestos á tomar las armas en los casos necesarios. Tenía, sí, un grande ejército activo y permanente que le acompañaba en todas las expediciones, el cual se engrosaba además con la gente de la frontera por donde hacía cada invasión. Aunque sus irrupciones eran inciertas, acometiendo indistinta é inopinadamente ya un punto ya otro, invadía con más frecuencia la Castilla y la Galicia que la España oriental. Llevaba siempre consigo á su hijo el joven Abdelmelik para acostumbrarle á los ejercicios y á las fatigas de la guerra. El lector comprenderá lo difícil que debía ser para los escritores de aquellos tiempos dar cuenta de todas las campañas de este hombre esencialmente guerrero, que sin contar más que las dos expediciones anuales que infaliblemente realizó, resulta haber hecho en veintiséis años de gobierno cincuenta y dos invasiones por lo menos en tierras cristianas. Las principales de ellas, sin embargo, han quedado consignadas, ya en nuestras historias, ya en las crónicas árabes.

Las de los primeros años no podían menos de ser felices para el ministro regente, descuidados los cristianos, desavenidos entre sí, y ocupando el trono de León un rey joven, de poco atinada conducta y no muy querido del pueblo. Debíó, no obstante, el peligro mismo y la necesidad

(1) Mon. Silens. Chron. n. 70.

obligarlos á aperebirse y fortalecerse, cuando las mismas crónicas musulmicas nos hablan de una campaña en el año 370 de la hégira (1), en que habiéndose encontrado frente á frente los dos ejércitos cristiano y sarraceno, ocurrieron circunstancias dignas de especial mención.

Hallábase Almanzor, dicen, á la vista de una poderosa hueste de cristianos de Galicia y Castilla en el año 370: trababan los campeadores de ambos ejércitos frecuentes escaramuzas más ó menos sangrientas y porfiadas. En esta ocasión preguntó Almanzor al esforzado caudillo Mushafa: «¿Cuántos valientes caballeros crees tú que vienen en nuestra hueste?—Tú bien lo sabes, le respondió Mushafa.—¿Te parece que serán mil caballeros? volvió á preguntar Almanzor.—No tantos.—¿Serán quinientos?—No tantos.—¿Serán ciento, ó siquiera cincuenta?—No confío sino en tres; respondió el caudillo.» A este tiempo salió del campo cristiano un caballero bien armado y montado, y avanzando hacia los musulimes: «¿Hay, gritó, algún musulmán que quiera pelear conmigo?» Presentóse en efecto un árabe, peleó el cristiano con él y le mató. «¿Hay otro que venga contra mí?» volvió á gritar el cristiano. Salió otro musulmán, comenzó el combate, y el cristiano le mató en menos tiempo que al primero. «¿Hay todavía, volvió á exclamar el cristiano, algún otro, ó dos ó tres juntos, que quieran batirse conmigo?» Presentóse otro arrogante musulmán, y á las pocas vueltas, dice su misma crónica, le derribó el cristiano de un bote de lanza. Aplaudían los cristianos con algazara y estrépito, desesperaba el despecho y la indignación á los musulimes, y el cristiano volvió á su campo, y al cabo de breves momentos viósele reaparecer en otro caballo no menos hermoso que el primero, cubierto con una gran piel de tigre, cuyas manos pendían anudadas á los pechos del caballo, y cuyas uñas parecían de oro. «Que no salga nadie contra él,» exclamó Almanzor. Y llamando á Mushafa le dijo: «¿No has visto lo que ha hecho este cristiano todo el día?—Lo he visto por mis ojos, respondió Mushafa, y en ello no hay engaño, y por Dios que el infiel es muy buen caballero, y que nuestros musulimes están acobardados.—Mejor dirías afrentados, repuso Almanzor.»

En esto el esforzado campeón, con su feroz caballo y su preciosa cubierta de piel, se adelantó y dijo: «¿No hay quien salga contra mí?—Ya veo, Mushafa, exclamó Almanzor, ser cierto lo que me decías, que apenas tengo tres valientes caballeros en toda la hueste: si tú no sales, irá mi hijo, y si no irá yo, que no puedo sufrir ya tanta afrenta.—Pues verás, replicó Mushafa, qué pronto tienes á tus pies su cabeza, y la erizada y preciosa piel que cubre su caballo.—Así lo espero, dijo Almanzor, y desde ahora te la cedo para que con ella entres orgulloso en el combate.» Salió Mushafa contra el cristiano, y éste le preguntó: «¿Quién eres tú y á qué clase perteneces entre los nobles musulimes?» Mushafa, blandiendo la lanza, le respondió: «Esta es mi nobleza, esta es mi prosapia.» Pelearon, pues, ambos adalides con igual brío y esfuerzo, hiriéndose de rudos botes de lanza, revolviendo sus caballos, parando los golpes, y entrando y saliendo

(1) Este año árabe comprendió desde el 16 de julio de 980 al 5 de julio de 981 del año cristiano.

el uno contra el otro con admirable gallardía. Pero el cristiano estaba ya cansado, y Mushafa, joven y ágil, acertó á revolver su corcel con más presteza, y dando una mortal lanzada á su valiente competidor logró derribarle del caballo: saltó Mushafa del suyo, y le cortó la cabeza y despojó al caballo de la hermosa piel, y corriendo con uno y otro despojo á Almanzor, fué recibido de éste con un abrazo, é hizo proclamar su nombre en todas las banderas del ejército. Dada después la señal del combate, empeñáronse ambas huestes en sangrienta batalla, que vinieron á interrumpir las sombras de la noche. Al día siguiente los cristianos no se atrevieron á volver á la pelea, y se retiraron al asomar el día. Almanzor volvió triunfante á Córdoba (1).

Las dos irrupciones del año siguiente (de julio de 981 á junio de 982) fueron también sobre Castilla, que los árabes seguían nombrando Galicia. El fruto de la primera fué la toma de Zamora, con otras cien fortalezas y poblaciones, cuyas murallas hizo abatir. Los cautivos de ambos sexos, los ganados y despojos que Almanzor cogió en esta campaña fueron tantos, que al decir de sus historiadores faltaban carros y acémilas en que llevarlos, y cada soldado tuvo ocasión de saciar bien su codicia. Dicen que Almanzor entró en Córdoba precedido de nueve mil cautivos que iban en cuerdas de á cincuenta hombres, y que el walí de Toledo Abdala ben Abdelaziz llevó á aquella ciudad cuatro mil, después de haber hecho cortar en el camino igual número de cabezas cristianas, si bien esta última circunstancia no la dan por tan segura, ó al menos aparentan tener para ellos mismos el carácter de rumor. No fué tan feliz el incansable enemigo de los cristianos en la expedición del otoño de aquel mismo año. Sin oposición ni resistencia había pasado el Duero el ejército musulmán y llegado á las frondosas márgenes del Esla, pero no sin que los cristianos los siguiesen y observasen desde las alturas. Allí, creyéndose seguros los sarracenos, dejaron sus caballos forrajear libremente y que paciesen la hierba que entre espesas alamedas viciosa crecía, y entregáronse ellos también descuidadamente al solaz en aquellas frescuras. Los cristianos que los atalayaban aprovecharon tan buena ocasión y cayeron impetuosamente sobre ellos esparciendo con sus gritos de guerra el terror y el espanto en el campo enemigo. Los más valientes corrieron á las armas y quisieron prepararse á la defensa, pero la multitud despavorida, huyendo sin dirección y sin concierto, atropellando los de la primera á los de la segunda hueste de las dos en que estaban divididos los árabes, dió ocasión á que las espadas de los cristianos se cebaran en la sangre de sus confiados enemigos. En este estado, bramando de despecho Almanzor, arroja al suelo su dorado turbante, y llama á voz en grito por sus nombres á los más esforzados caudillos: éstos, al ver la cabeza de Almanzor desnuda y sus desesperados ademanes, se agrupan en derredor suyo, y tanto supo enardecerlos con sus enérgicas palabras y con el ejemplo de su desesperado arrojo, que revolviendo sobre los cristianos los persiguieron hasta ence-

---

(1) Conde, cap. xcviij. ¡Lástima grande que no nos haya sido trasmitido el nombre de aquel valeroso castellano, digno de figurar entre los héroes de los tiempos homéricos!

rrarlos en León (Medina Leionis), y hubieran acaso penetrado en la ciudad, si una borrasca repentina de nieve y granizo no los hubiera obligado á suspender la marcha y á pensar en retirarse por temor á la cruda estación de invierno que se anunciaba (1).

¿Cómo era posible que Almanzor en su orgullo, pudiera olvidar ni dejar sin venganza el descalabro del Esla? Desde entonces su pensamiento, su idea dominante fué la de destruir la corte de los cristianos. Preparóse á ello como para una grande empresa haciendo construir en Córdoba ingenios y máquinas de batir sobre el modelo de las romanas; que eran los muros de León altos y gruesos flanqueados de elevadas torres y defendidos por puertas de bronce y de hierro. Provisto ya de maquinaria, y congregadas las huestes de Andalucía, de Mérida y de Toledo, y lo que era más sensible, acompañado de algunos condes tráfugas cristianos (2), partió al año siguiente á las fronteras de León y Castilla resuelto á tomar á toda costa la ciudad. Reinaba ya en ella Bermudo II llamado el Gotoso, por la enfermedad de gota que padecía. Si antes había hecho el hijo de Ordoño III algún concierto con Almanzor, debió conocer ahora que no iba el guerrero musulmán dispuesto á respetar antiguas relaciones. Así hubo de persuadirselo el nuevo monarca leonés, cuando se resolvió á abandonar su apetecida capital y á refugiarse á Oviedo, llevando consigo las alhajas de las iglesias, las reliquias de los santos y los restos mortales de los reyes sus mayores: triste y melancólica procesión, que recordaba los días angustiosos de la pérdida de España (3).

Con todo eso no fué ni pronta ni fácil la toma de la ciudad, cuya defensa había quedado encomendada al valeroso conde de Galicia Guillermo González. Eran ya los bellos días de la primavera de 984 cuando Almanzor, estrechado el cerco, hizo jugar incesantemente todas las máquinas contra los muros y puertas de León. Por espacio de algunos días fingió el caudillo mahometano atacar por la parte de Oeste para simular el verdadero ataque que había dispuesto por el Sur. Ya logró derruir una parte de la muralla, y las ferradas puertas comenzaban á bambolear. El conde Guillermo, enfermo y postrado, quebrantadas sus fuerzas con largas fatigas, avisado por los suyos del aprieto en que se veían, hízose ajustar su armadura y conducir en silla de manos desde el lecho en que yacía á la parte más amenazada del muro y donde el peligro era mayor. Desde allí alentaba á los bravos leoneses á que defendieran con brío su ciudad, sus haciendas, sus vidas y las de sus hijos y mujeres. A sus enérgicas exhortaciones se debió la resistencia heroica de los últimos tres días. Irritado Al-

(1) Monach. Silens. Chron. n. 71.—Conde, cap. xcvií.—Como este suceso acaeciese el año en que dejó de reinar en León Ramiro III, y en que fué entronizado Bermudo II, no se sabe con certeza en cuál de los dos reinados ocurriese, y dúdase más, porque ninguna crónica árabe ni cristiana nombra á ninguno de los dos reyes, infringiéndose que ni uno ni otro se hallaron presentes al combate. Si hemos de creer una indicación del Cronicón Iriense (n. 12), Almanzor obraba acaso de acuerdo con Bermudo, á quien éste parece había hecho ofrecimientos porque le ayudara á posesionarse del reino de León.

(2) Pelagii Ovetens. Chron. p. 468.

(3) *Rex autem Veremundus* (dice Lucas de Tuy) *podagrica agritudinis nimium gravatus, cum non posset barbaro obviare, se recepit Ovetum.*

manzor con la obstinación de aquellos valientes, ante cuyas espadas caían diezmados en las brechas los soldados musulmanes, fué el primero que penetró dentro de la ciudad con la bandera en una mano y el alfanje en otra; siguiéronle multitud de sarracenos: el intrépido, el brioso, el imperturbable Guillermo pereció en su puesto al golpe de la cimitarra de Almanzor. Vino la noche, y pasáronla todavía los alárabes sobre las armas sin atreverse á penetrar en el corazón de la ciudad. Á la primera hora de la mañana siguiente comenzó el saqueo y el degüello general, de que no se libraron ni ancianos, ni mujeres, ni niños: jamás en dos siglos y medio de guerras desde que había dado principio la restauración había sufrido ningún pueblo cristiano tragedia igual (1). Las bronceadas puertas fueron derribadas, y los macizos muros en gran parte arrasados por orden de Almanzor.

Astorga, la segunda ciudad de aquel reino, fué también tomada, no sin porfiada resistencia. «Pero sus defensores, añade el historiador árabe, trabajaron en vano, pues Dios destruyó sus fuertes muros y gruesos torreones.» No pasó por entonces más adelante aquel genio de la guerra; rápido en sus conquistas y constante en su sistema de expediciones, logrado su principal objeto volvióse á Córdoba, si bien destruyendo al paso á Exlonza, Sahagún, Simancas y algunas otras poblaciones (2). Terrible en verdad había sido esta campaña para los cristianos. Era la primera vez desde Alfonso el Católico que el estandarte de Mahoma ondeaba en la capital de la primitiva monarquía. Quedaban por allí reducidos sus límites á los que tuvo en los primeros tiempos de la reconquista.

Hombre político era Almanzor al mismo tiempo que guerrero. En el tiempo que después de sus expediciones descansaba en Córdoba, su casa era una especie de academia á que asistían los poetas y sabios, á los cuales todos trataba con la mayor benevolencia y consideración, y sus obras las premiaba con tanta liberalidad como hubieran podido hacerlo los dos últimos califas. El estableció una especie de universidad ó escuela normal para la enseñanza superior, en que sólo entraban los hombres ya ilustres por su erudición ó por las obras de un mérito especial y relevante, y él mismo solía concurrir á las aulas y tomar asiento entre los alumnos, sin permitir que se interrumpieran las lecciones ni á su entrada ni á su salida, y muchas veces premiaba por sí mismo á los discípulos sobresalientes. Extraña amalgama esta que vemos en los árabes, tan dispuestos para pelear en los campos de batalla como para discutir en las academias, tan aptos para las letras como para la milicia, para la pluma como para la espada.

Entretanto el imbécil califa Hixem, aunque mozo ya de diez y ocho años, continuaba bellamente aprisionado en su palacio de Zahara y sus deliciosos jardines, sin que nadie pudiese verle sin licencia de su madre

(1) Luc. Tudens. Cron. p. 89.—Conde, cap. xcvi.

(2) No sabemos con qué fundamento pudo decir Mariana que tomó también los castillos de Alva, Luna, Gordón y otros que resguardaban á Asturias, contra los testimonios de Lucas de Tuy y de Pelayo de Oviedo: este último dice expresamente: *Asturias, Gallæciam, et Berizum non intravit. Lunam, Alvam, Gordonem non intravit.*



y del ministro soberano. Y cuando en las pascuas y otras fiestas solemnes asistía por ceremonia á la mezquita, no salía de su *maksura* hasta que todo el pueblo se hubiese retirado, y entonces volvía, ó por mejor decir, le volvían á su alcázar rodeado de su guardia y de su corte sin que apenas pudiese ser visto del pueblo (1).

En el mismo año de la toma de León ocurrieron en África novedades grandes para los musulimes españoles. Aquel Alhassam, á quien vimos en 975 embarcarse en Almería para Túnez y Egipto, aquel prisionero africano tan generosamente recibido y tan espléndidamente agasajado por el califa Alhakem II, prosiguiendo en su carrera de ingratitudes reapareció ahora en Túnez, y ayudado de Balkim, al frente de tres mil caballos y algunos kabilas berberiscos, recorrió el Magreb y se hizo proclamar en muchas ciudades. Almanzor no podía ver con serenidad este movimiento del ingrato Edrisita, é inmediatamente encomendó la guerra de África á su hermano Abu Alhakem Omar ben Abdallah. Pero la expedición de Omar al otro lado del Estrecho no fué tan feliz como lo habían sido las de su hermano en la Península. El ejército andaluz fué deshecho en una sangrienta batalla, y el emir edrisita obligó al hermano de Almanzor á refugiarse en Ceuta, donde le tuvo estrechamente bloqueado. No era posible que el orgullo de Almanzor sufriera humillación semejante: y así envió seguidamente á África á su mismo hijo Abdelmelik, joven que al lado de su padre había sabido ganarse en pocos años una reputación militar aventajada. Tal era la influencia de su nombre, que á la noticia de su arribo á Ceuta dándose Alhassam por perdido le despachó mensajeros solicitando un arreglo, y ofreciéndose á pasar él mismo á Córdoba á ponerse á la merced del califa Hixem, siempre que se le diera seguro para él y su familia. Otorgóselo Abdelmelik, y en su virtud volvió á embarcarse para España el tantas veces rebelde y tantas veces sometido Alhassam. Equivocóse esta vez en sus cálculos: creía sin duda encontrar otro califa tan generoso como Alhakem, y lo que encontró fué un comisionado de Almanzor encargado de cortarle la cabeza en el camino, como así lo ejecutó, enviándola á Córdoba en testimonio del cumplimiento de su comisión. Así terminó su carrera de deslealtades el temerario Alhassam, y con él acabó en Magreb la dinastía de los Edrisitas, que había comenzado con la proclamación de Edris ben Abdallah en el año arábigo de 172, y concluyó con la muerte de Alhassam ben Kenuz en el de 373, habiendo de este modo durado 202 años y 5 meses lunares. El hijo de Almanzor tomó con este motivo el título que tanto le lisonjeaba de Almudhaffar, ó vencedor feliz.

No impidieron estas guerras ni interrumpieron las expediciones periódicas de Almanzor á tierras cristianas. En el otoño del propio año de 984

---

(1) Llamábase *maksura* la tribuna de los califas un poco elevada sobre el pavimento en la parte principal de la mezquita. La colocación del pueblo era la siguiente: los jóvenes se ponían detrás de los ancianos, las mujeres detrás de los hombres y separadas de ellos: éstos no se movían hasta que no hubiesen salido todas las mujeres. Las doncellas no iban á las mezquitas en que no tuviesen un lugar apartado, y siempre asistían muy tapadas con sus velos. Conde, cap. xcviII.

volvió á acabar de arruinar el reino de León, y entonces fué sin duda cuando tomó á Gormaz y Coyanza, hoy Valencia de Don Juan. A la primavera siguiente (que las primaveras y otoños eran siempre las estaciones que elegía para sus rápidas y afortunadas irrupciones), la tempestad periódica fué á descargar á la región oriental. Tocóle esta vez á Cataluña. Salió, pues, Almanzor de Córdoba con lo más escogido de su caballería. Detúvose en Murcia aguardando las naves y tropas que habían de acudir de Algarbe á proteger sus operaciones militares en Cataluña. Los árabes describen con placer el suntuosísimo hospedaje que se hizo á Almanzor y á los suyos en los veintitrés días que permanecieron en Tadmir. Alojábase el regente en casa del gobernador de la provincia Ahmed ben Alchatib: los manjares más raros y exquisitos, las frutas más delicadas se presentaban diariamente á su mesa: los aromas más estimados de Oriente se derramaban con prodigalidad, y todas las mañanas aparecía lleno de agua de rosas el baño de Almanzor y de sus principales vazires. A todas sus tropas se dieron cómodos alojamientos, y todos dormían en camas ricamente cubiertas con telas de seda y oro. Cuando Almanzor al tiempo de partir pidió la cuenta de los gastos, dijéronle que todo se había hecho á expensas del gobernador Ahmed. «En verdad, exclamó, que este hombre no sabe tratar gentes de guerra, que no deben tener más arreo que las armas, ni más descanso que pelear, y me guardaré bien de enviar otra vez por aquí mis tropas: mas por Alá que un hombre tan generoso y espléndido no debe ser un contribuyente común, y yo le relevo de todo impuesto por toda su vida (1).»

Tomó desde allí Almanzor el camino de Barcelona, mientras las naves hacían su derrotero por la costa hasta la capital del condado. El conde Borrell II, á quien los árabes daban el título de rey de Afranc (2), salió con numerosas tropas á hacer frente á las del caudillo sarraceno; pero ¿quién podía resistir al ímpetu de los aguerridos y victoriosos soldados de Almanzor? Los cristianos de las montañas fueron arrollados, y buscaron su salvación dentro de los muros de Barcelona; los musulmanes cercaron la ciudad con ardor y resolución: Borrell se fugó una noche como en otro tiempo el walí Zeid, sólo que aquél lo hizo por mar, y más afortunado que el moro, á favor de las tinieblas pasó sin ser visto por en medio de los bajeles algarbes: á los dos días la ciudad se rindió por capitulación, y Almanzor se encontró dueño de las capitales de dos Estados cristianos, León y Barcelona (3). En seguida se volvió á Córdoba por el interior de

(1) Ebn Hayan, *Hist. de los Alamerites*.—Abu Bekr Ahmed ben Said, en Conde, capítulo xcviij.

(2) Es muy extraño que el juicioso Roseew Saint-Hilaire diga al hablar de esta expedición: «Esta ciudad (Barcelona), mandada por un conde Borrell, *feudatario de los reyes francos*.....» Pues no debía ignorar este ilustrado autor que el feudo de los reyes francos había concluído con Wifredo el Velloso, y que hacía más de un siglo que el condado de Barcelona constituía un Estado independiente. En el mismo error incurre Bomey, si mal no lo hemos comprendido.

(3) *Gesta Comit. Barcinon.* cap. vii.—Los dos Cronicones de Barcelona.—Conde, cap. xcviij.

España. Tal era el sistema de Almanzor, invadir, conquistar, volverse y prepararse para otra invasión (985).

Faltaba el otoño de aquel año, y no podía dejar de aprovecharle el incansable sarraceno. Las sierras y montañas de Navarra fueron el campo de sus triunfales correrías; Sancho Garcés el *Mayor* probó á su turno cuán impetuosas eran las acometidas del guerrero musulmán, el cual, después de haber devastado el país de Nájera, volvióse á invernar á Córdoba, cargado de despojos.

Su llegada á la corte musulímica coincidió con la de su hijo Abdelmelik, el triunfador de África, que había ido á celebrar sus bodas con su sobrina la joven Habiba. La descripción que hacen los árabes de estas famosas bodas y de las fiestas y regocijos con que se celebraron, nos informan de sus costumbres en estas ceremonias solemnes, si bien las del hijo de Almanzor se hicieron con una pompa desacostumbrada. El ministro absoluto convidó á las fiestas hasta á los cristianos: distribuyó á su guardia armas y vestuarios lujosos: dió abundantes limosnas á los pobres de los hospicios, dotó un gran número de doncellas menesterosas, y prodigó regalos á los poetas que con mejores versos cantaron el mérito y las virtudes de los dos esposos. La novia fué paseada en triunfo por las calles principales, acompañada de todas las jóvenes amigas de la familia, precedida del cadí y de los testigos, y seguida de los principales jeques y caballeros de la ciudad. Doncellas armadas de bastoncitos de marfil con puño de oro guardaban el pabellón de la novia: el novio acompañado de gran séquito de nobles mancebos de su familia, armados de espadas doradas, había de conquistar el pabellón de la novia, defendido en su entrada por la guardia de sus doncellas. Los jardines estaban espléndidamente iluminados: en los bosquecillos de naranjos y arrayanes, en derredor de las fuentes, en los lagos y estanques, en todas partes ondeaban vistosas banderolas, y coros de músicos acompañaban las lindas canciones en que se presagiaba la felicidad de los dos esposos: el pabellón de la desposada fué asaltado y conquistado por el novio después de un simulacro de combate entre los mancebos y las doncellas: toda la noche duraron las músicas y los conciertos, y la fiesta se repitió al día siguiente (1).

---

(1) Conde, cap. XCIX.—En este tiempo colocan también algunos de nuestros historiadores otras fiestas nupciales celebradas en Burgos, con poca menos solemnidad, pero de bien más trágicos resultados que las de Córdoba. Eran las del famoso castellano Ruy Velázquez, señor de Villarén, con doña Lambra, natural de Bribiesca, señora también de una gran parte de la Bureba, y prima del conde de Castilla Garci Fernández. Terrible é inolvidable memoria dejaron estas bodas en España por la sangrienta catástrofe á que dieron ocasión, al decir de estos autores. Hablamos de la célebre aventura de los *Siete Infantes de Lara*.

Eran estos siete hermanos hijos de Gonzalo Gustios y de Sancha Velázquez hermana de Ruy y nietos de Gustios González, hermano de Nuño Rusura, y por consecuencia oriundos de los jueces y condes de Castilla. Su padre, dicen, les había construído un soberbio palacio repartido en siete salas, de donde se llamó el pueblo *Salas de los Infantes*. Había convidado Ruy Velázquez á sus bodas á sus siete sobrinos, que en aquel día fueron armados caballeros por el conde don García. Ocurrió en la fiesta nupcial un lance desagradable entre Alvar Sánchez, pariente de los novios, y Gonzalo, el

Mas ni las bodas de su hijo, ni los sucesos de África en que figuraba ahora la familia de los Zeiríes que había de fundar una nueva dinastía en

menor de los siete infantes, que uno de los romances compuestos por Sepúlveda describe así:

« Un primo de doña Lambra,  
que Álvar Sánchez es llamado,  
vió que caballero alguno  
no alcanzaba en el tablado.

Ninguno dió miente á ello,  
que están las tablas jugando:  
sólo Gonzalo González,  
el menor de los hermanos,  
que á furto de todos ellos  
cabalgaba en un caballo.

Álvar Sánchez con pesar  
al infante ha denostado.  
Él respondi6 á sus palabras,  
á las manos han llegado.  
Gran ferida dió el infante  
á Álvar Sánchez su contrario.

Doña Lambra que lo vido  
grandes voces está dando,  
feriase en el su rostro  
con las manos arañando.....»

En su despecho, la buena de doña Lambra mandó á un criado que arrojase al rostro de Gonzalo un cohombro empapado en sangre, que era la mayor afrenta que podía hacerse á un caballero castellano. Éste vengó el ultraje matando al osado sirviente en el regazo mismo de doña Lambra á que se había guarecido. La señora pidió venganza á su esposo en los términos que expresa otro romance:

« Matáronme un cocinero  
so faldas de mi brial:  
si de esto no me vengades,  
yo mora me iré á tornar. »

Ruy Velázquez, deseoso de complacerla, juró vengarse, no sólo de Gonzalo, sino de todos sus hermanos y hasta de su padre. Al efecto envió primeramente á Córdoba á Gonzalo Gustios con pretexto de que cobrase ciertos dineros que el rey bárbaro (dice el P. Mariana) había prometido, pero haciéndole portador de una carta semejante á la de Urías en que encargaba al rey moro que tan pronto como llegara le hiciese quitar la vida. No lo hizo así el moro, ó por humanidad, ó por respeto á las canas de hombre tan principal y venerable, antes le puso en una prisión tan poco rigurosa, que la hermana del rey moro le solía hacer frecuentes visitas, aficionándose tanto al prisionero cristiano que de tales visitas vino á resultar con el tiempo el que dicha señora diera al mundo un Mudarra González, fruto de sus amores, que después vino á ser el fundador del linaje nobilísimo de los Manriques de Lara. Tal gracia debió hallar la princesa mora en las canas del venerable castellano.

Meditando entretanto Ruy Velázquez cómo vengarse de los siete hermanos, logró

Almagreb, nada estorbaba á Almanzor para continuar sus campañas periódicas. Otra vez en 986 volvió sobre Castilla, y tomó sin resistencia nota-

ganar á los moros de la frontera y en combinación con éstos les armó una celada en los campos de Araviana á la falda del Moncayo, en que descuidados los de Lara y no pudiendo sospechar la traición fueron todos asesinados en unión con su ayo Nuño Salido, aunque no sin que peleasen como buenos y derramaran mucha sangre de enemigos. Ruy Velázquez envió á Córdoba á Gonzalo Gustios el horrible presente de las cabezas de sus siete hijos, que reconoció el desgraciado padre á pesar de lo magulladas y desfiguradas que llegaron. Movido á compasión el rey de Córdoba dió libertad á Gonzalo, y le dejó ir á Castilla, sin que nos digan qué fué después de este infortunado padre. Lo que nos dicen es que cuando el niño Mudarra, fruto de sus amores de prisión, llegó á los catorce años, á persuasión de su madre pasó á Castilla, y ayudado de los amigos de su familia vengó la muerte de sus hermanos matando á Ruy Velázquez, y haciendo que doña Lambra muriese apedreada y quemada; acción por la cual no sólo mereció que el conde de Castilla le hiciese aquel mismo día bautizar y le armase caballero, sino que su misma madrastra doña Sancha le adoptase por hijo y heredero del señorío de su padre. Esta adopción se hizo, al decir de nuestras historias, con una ceremonia bien singular. Dicen que la doña Sancha metió al mancebo por la manga de una muy ancha camisa (que bien ancha era menester que fuese por delgado que suponíamos al recién cristianado moro), le sacó la cabeza por el cuello, le dió paz en el rostro, y con esto quedó recibido por hijo. De aquí viene, añade el P. Mariana con admirable candidez, el adagio vulgar: «Entra por la manga y sale por el cabezón.»

Tal es la famosa historia, anécdota ó aventura de los *Siete Infantes de Lara*, tan celebrada por poetas y romanceros, sacada de la Crónica general, desechada como fabulosa por muchos críticos, admitida por otros como cierta en su fondo, pero desestimando las circunstancias ó ridículas ó inverosímiles, y adoptada con todos sus episodios por el P. Mariana. Sus editores de la grande edición de Valencia le ponen la siguiente nota: «Nuestros escritores más estimables tienen por aventuras caballerescas la desgraciada muerte de los Infantes de Lara, los amores de don Gonzalo Gustios con la infanta de Córdoba, la adopción de Mudarra González, hijo de estos hurtos amorosos, y que este héroe imaginario haya sido tronco nobilísimo del linaje de los Manriques. Sería detenernos demasiado hacer demostración de tal fábula, y mucho más producir los argumentos con que se desvanece, que pueden ver los lectores en los caps. XI y XII del libro II de la *Historia de la Casa de Lara* del erudito Salazar; aunque por respeto á la antigüedad no se atreve este excelente genealogista á negar el suceso de los Siete Infantes de Lara. Don Juan de Ferreras trató también separadamente de este asunto en el t. XVI, cap. XIV, pág. 99 de su *Hist. de Esp.* (equivocan la página de Ferreras, pues es la 118).»

De novela la califica también el señor Sabau en sus ilustraciones á Mariana. Pero el ilustrado don Angel Saavedra, duque de Rivas, en la nota tercera á la pág. 188 del tomo II de su *Moro Expósito*, nos hace conocer el siguiente documento, que existe (dice) en el archivo del duque de Frías, actual poseedor de los estados de Salas, el cual puede dar diferente solución á la cuestión de autenticidad de esta tradición ruidosa.

«En 12 de diciembre de 1579 se hizo una información de oficio por el gobernador de la villa de Salas, con asistencia de los señores don Pedro de Tovar y doña María de Recalde su mujer, marqueses de Berlanga, ante Miguel Redondo, escribano de número de ella, de la cual resulta, que pues allí había en la iglesia mayor de Santa María, en la pared de la capilla del lado del Evangelio, *las cabezas de los Siete Infantes de la Hos de Lara, y la de Gustios su padre, y la de Mudarra González su hijo bastardo*, que por haber tantos años que estaban allí, y ser los letreros antiquísimos dudaban algunas personas si era verdad; mandase abrir las pinturas de ellas, y armas con que estaba cubierta dicha pared, para saber lo que había dentro y enterarse

ble á Sepúlveda y Zamora (1). Pero el rumor de un serio movimiento hacia los valles del Pirineo oriental obligó á Almanzor á volver sus pasos hacia Cataluña. No era infundado el rumor. Muchedumbre de cristianos habían bajado de aquellas altas montañas, llenos de fe y resolución: mandábalos el conde Borrell. En vano se apresuró el caudillo musulmán á evitar un golpe de aquella gente; cuando llegó ya estaba dado; Borrell había recobrado á Barcelona, ocupada un año hacía por los agarenos: Almanzor no pudo hacer sino vencer en algunos reencuentros á los cristianos: á pesar del terror que inspiraba su nombre, Barcelona quedó y continuó en poder de los catalanes, y el regente de la España musulmica tuvo que contentarse esta vez con llevar á Córdoba algunos despojos de su correría (2).

de la verdad. Y dicho gobernador, poniéndolo en ejecución, mandó á un oficial que quitase una tabla pintada, que estaba inclusa en la dicha pared, la cual tiene *siete cabezas* de pintura antigua, al parecer de más de cien años, y encima de ellas hay siete letreros cuyos nombres dicen: *Diego González, Martín González, Suero González, don Fernán González, Ruy González, Gustios González, Gonzalo González*. Y al cabo de ellas, un poco más abajo, está otra cabeza, que dice el letrado que está sobre ella *Nuño Salido*. Y de la otra parte de arriba de las cabezas está un castillo dorado, y encima pintados dos cuerpos de hombres de la cinta arriba: el letrado del uno dice *Gonzalo Gustios*, y el del otro *Mudarra González, los cuales tienen cada uno en la mano medio anillo y le están juntando*. Y quitada la dicha tabla, pareció en la pared otra pintura muy antiquísima, con los mismos nombres que la primera, excepto que el nombre de la cabeza que está de la parte de abajo en la primera tabla dice *Nuño Salido*, y en el más antiguo *Nuño Sabido*. Y visto que dichas pinturas estaban sobre piedra, y que no había ningún oficial de cantería que rompiese la pared, suspendieron la diligencia. En el día 16 de dicho mes y año de 1579 mandó el propio gobernador á Pedro Saler, cantero, que tentase la dicha pared para saber si estaba hueca: y dando golpes con un martillo donde estaban las armas (que es un castillo dorado), sonó hueco. Y quitando la pintura que estaba sobre la dicha piedra, se halló otra piedra de cerca de media vara de largo y una tercia de alto, que se meneaba y estaba floja. Y dicho cantero, presentes muchos vecinos de la villa, la quitó, y dentro había un hueco grande á manera de capilla, en la cual estaba un arca, clavada la cubierta con dos clavos. Y sacada, la pusieron junto á las gradas del altar, donde se desclavó, y pareció dentro de ella un lienzo muy delgado y sano, sin ninguna rotura, en el cual estaban envueltas las dichas cabezas, algo deshechas, desmolidas y desconyuntadas del largo tiempo, aunque las quijadas y cascos están de manera que claramente se conoció ser cabezas antiguas, que estaban en la dicha arca. Y vistas por mucha parte de los vecinos de aquella villa, y otros, el dicho gobernador mandó al oficial tornase á clavar el arca, y él lo verificó con cinco ó seis clavos en la cubierta, dejando dentro las dichas cabezas, y volviendo á poner el arca en la capilla y lugar donde antes estaba.»

En vista de este documento parece no poder dudarse del trágico fin de los siete hermanos de Lara: los demás episodios han podido ser inventados por los novelistas y romanceros.

(1) *Era MXXIV prendiderunt Sedpublica* (Annal. Complut.) *In Era MXXIV prendiderunt Zamoram* (Ann. Tolet.)

(2) *Gesta Comit. Barcin.* in *Marca*, p. 542.—Según la tradición y las crónicas catalanas, en esta ocasión el conde Borrell II ofreció privilegio militar ó de nobleza hereditaria á cuantos se presentasen con armas y caballos en las montañas de Manresa, y de aquí, dicen, nació la clase llamada *Homens de Paratge*, esto es, hidalgos, hombres de Paraje ó casa solariega.

En este tiempo acaeció en Francia la memorable revolución que hizo pasar la corona

Con más fortuna al año siguiente el hombre de las dos campañas anuales invadió la Galicia, llegó cerca de Santiago, tomó á Coimbra, que dejó al fin abandonada, y regresó á Córdoba por Talavera y Toledo. Diríase que antes se habían cansado los autores de escribir que Almanzor de ejecutar sus sistematizadas irrupciones, pues ni los anales cristianos ni los árabes nos dan noticias ciertas de las campañas que debió emprender en los siguientes años, acaso porque no fuesen de particular importancia, si se exceptúa la que hizo en 989, en que destruyó y desmanteló las ciudades fronterizas de Castilla, Osma y Atienza, que por su posición habían sufrido ya cien veces todos los rigores de la guerra, y habían sido á cada paso tomadas, perdidas y reconquistadas por cristianos y musulmanes (1).

En tanto no faltaron disgustos de otro género ni al conde García Fernández de Castilla ni al rey Bermudo de León, comenzando á dar al primero grandes pesadumbres su hijo Sancho, queriendo sucederle antes de tiempo (990), y rebelándose contra el segundo algunos condes de Galicia; sucesos que aunque por entonces no pasaron adelante, hubieran favorecido mucho á Almanzor para sus acometidas y ulteriores designios, si él no hubiera tenido por este tiempo otro mayor disgusto de la misma índole. Y vamos á referir un hecho que ninguno de nuestros historiadores ha mencionado hasta ahora.

Abatidos por Almanzor los más poderosos nobles del imperio, el único que quedaba, Abderramán ben Motarrif, walí de Zaragoza, temía que no había de tardar en llegarle su turno, y quiso probar si podía á su vez deshacerse del regente. Hallábase en Zaragoza el hijo menor de Almanzor llamado Abdallah, resentido de su padre por la preferencia que daba á sus dos hermanos. Proyectaron, pues, Abderramán y Abdallah una revolución con el designio de alzarse el uno con la soberanía de Zaragoza y de todo Aragón, el otro con la de Córdoba y el resto de España. Contaban ya con algunos generales y vazires. Súpolo Almanzor y llamó á Córdoba á su hijo, á quien comenzó á tratar con mucha atención y dulzura. En cuanto al de Zaragoza, supo Almanzor con su acostumbrada astucia ganar á sus tropas en una expedición en que aquél le acompañaba, y que ellas mismas le acusaran de haberse apropiado el sueldo de los soldados. Con este motivo le quitó el gobierno de Zaragoza, pero con mucha política nombró para reemplazarle al hijo mismo de Abderramán. Preso éste y procesado por malversador, hízole Almanzor decapitar en su presencia. Faltábale atraerse á su propio hijo Abdallah, y lo intentó á fuerza de halagos y de amabilidad, mas todos sus esfuerzos se estrellaron ante el carácter obstinado y el genio sombrío de Abdallah, que en otra expedición contra Castilla se pasó secretamente al conde García Fernández, prometiéndole ayudarle contra su padre. Informado de ello Almanzor, reclamó enérgicamente al conde castellano la entrega de su hijo. Negóse García á

---

de la familia de los Carolingios á la de los Capetos, de la dinastía de Carlomagno á la de Hugo el Grande. Hugo Capeto, hijo del Grande, fué consagrado en Reims el 3 de julio de 987.

(1) Chron. Conimbric.—Annal. Compl. y Tolet.—Conde, cap. xcix.

la intimación, y permaneció Abdallah por espacio de un año al lado del conde de Castilla. Mas en el otoño de 990, perdidas por García las ciudades fronterizas arriba mencionadas, y recelando él mismo de las pretensiones de su propio hijo Sancho, debió convenirle desenojar á Almanzor y accedió á entregarle el reclamado Abdallah, y enviósele con buena escolta de castellanos. De orden de Almanzor salió el esclavo Sad á recibirle al camino, el cual en el momento de encontrarle besó la mano á Abdallah, y no dejó de alimentarle la esperanza de que hallaría indulgencia en su padre. Mas al llegar á las márgenes del Duero, intimáronle los soldados de Sad que se dispusiera á morir: el pérfido esclavo que les había dado esta orden se había quedado algunos pasos detrás: Abdallah se apeó con resignación, y entregó sin inmutarse su cuello á la cuchilla del verdugo. Así pereció el ambicioso y obstinado hijo de Almanzor á la edad de veintitrés años (1).

Llegó así el año 992, en que falleció el conde Borrell II, sucediéndole su hijo Raimundo ó Ramón Borrell III, y dejando el condado de Urgel á otro hijo nombrado Armengaudó ó Armengol. Los historiadores árabes se detienen en referirnos los sucesos que á este tiempo en África acaecían, los cuales ocupaban no poco á Almanzor, y preparaban en el Magreb la elevación de una nueva dinastía bajo la astuta política de Zeiri ben Atiya, pero cuyos pormenores nos dispensamos de referir por no pertenecer directamente á nuestra España. Repetimos que por nada dejaba Almanzor sus dobles expediciones anuales. Muchas parece haber sido consideradas por los escritores de aquel tiempo como acaecimientos comunes, pues apenas dan cuenta de ellas: otras les merecían más atención por sus resultados, tal como la que en 994 ejecutó sobre Castilla, y en que tomó á Ávila, Coruña del Conde y San Esteban de Gormaz; y la que en 995 hizo á la España Oriental con tan asombrosa rapidez, que antes llegó él á Cataluña que supiesen los cristianos su salida de Córdoba.

Tantos desastres sufridos en los Estados cristianos por las repetidas invasiones del infatigable, enérgico y valeroso Almanzor, movieron al conde García Fernández de Castilla, uno de los que más habían tenido que luchar contra las huestes del intrépido agareno, á llamar en su auxilio al rey don Sancho de Navarra, para ver de resistir aunados á tan formidable poder. Así fué que en su expedición de 995 encontró ya Almanzor juntas las tropas castellanas y navarras entre Alcocer y Langa. Mas aun no habían acabado de reunirse ni de prepararse al combate, cuando ya se vieron atacadas por la caballería sarracena: sostúvose no obstante la lid por todo el día con igual arrojo y denuedo por ambas partes, y cuando la noche separó á los dos ejércitos combatientes, unos y otros contaban con que al siguiente día se renovaríá la pelea con más furor.

Cuenta Abulfeda (que también eran no poco dados á consejos los árabes de aquel tiempo), que la noche á que nos referimos, uno de los literatos que solían ir en el ejército según costumbre de los musulmanes, llamado

---

(1) Este hecho, que refiere Ebn Ahdari en su *al-Bayano el-mogrib*, nos le ha dado á conocer el orientalista Dozy en sus *Investigaciones sobre la historia de la edad media de España*, tom. I, págs. 19 á 24.



Said ben Alhassán Abulola, presentó á Almanzor un ciervo atado por el cuello, á cuyo ciervo puso por nombre García, y que en unos versos que llevaba le pronosticó que al día siguiente el rey de los cristianos, García (que así llamaban ellos al conde), sería llevado al campo musulmíco atado como el ciervo de su nombre. Aceptó Almanzor el ciervo y los versos con regocijo, y pasó una parte de la noche con sus caudillos preparando lo conveniente para la batalla, á fin de que se cumpliese el vaticinio del poeta (1).

Á la hora del alba comenzaron ya á sonar por el campo musulmíco los añafles y trompetas; y la terrible algazara, y las nubes de flechas y los torbellinos de polvo anunciaban haberse empeñado la pelea: á poco tiempo los caudillos de la vanguardia sarracena comenzaron á cejar: los cristianos se precipitaron como torrentes impetuosos de las cuevas y cerros con espantosa gritería; á su llegada parecía desordenarse el centro del ejército musulmán y como prepararse á huir en confusión.... los cristianos se internan más y más.... ¡desgraciados! cayeron en el lazo que les tendiera Almanzor: aquella retirada y aquel desorden eran un ardid combinado, y pronto se vieron envueltos por las dos alas y por la retaguardia de la caballería enemiga, y por más que sus generales y caballeros pelearon con denuedo y ardor, abatida la tropa cristiana con tan imprevisto ataque, dióse á huir con el mayor aturdimiento, siendo acuchillada por los jinetes árabes. Y aun no fué este el resultado más funesto de la batalla; el agüero poético se había cumplido; entre los caballeros castellanos que habían sido hechos prisioneros se encontró el valeroso y desgraciado conde García, tan gravemente herido, que aunque Almanzor encomendó su curación á los mejores médicos musulmanes, sucumbió el digno hijo de Fernán González á los cinco días. Fué esta memorable y funesta batalla, según los datos que tenemos por más exactos, el 25 de mayo de 995, y la muerte de García el 30 del propio mes (2). El cadáver del conde fué trasportado á Córdoba y depositado provisionalmente á ruegos de los cristianos en la iglesia llamada de los Tres Santos: los árabes añaden que Almanzor le hizo poner en un cofre labrado, lleno de perfumes y cubierto con telas de escarlata y oro, para enviarlo á los cristianos, y que habiendo éstos solicitado su rescate á precio de riquísimos presentes, Almanzor, sin admitir los regalos, le hizo conducir hasta la frontera con una escolta de honor. Tan caballerosamente solía conducirse el héroe musulmán (3).

Pero esto no le obstaba para proseguir sus acostumbradas expedicio-

(1) Abulfeda, tom. II, pág. 533.—Conde, cap. c.

(2) Era el conde García Fernández suegro de Bermudo el Gotoso, cuya segunda mujer, llamada Elvira, fué hija del conde y de Ava su esposa, hija de Enrique, emperador de Alemania: tuvo además García á Urraca, que entró religiosa en el monasterio de Cobarrubias, y á Sancho que le sucedió en el condado.

Omitimos por fabulosos los amores romancescos del conde García Fernández con Argentina y Sancha, y las demás aventuras novelescas y absurdas que nos cuenta Mariana, evidenciadas ya de tales, y como tales desechadas por Morales, Yepes, Berganza, Mondéjar y otros respetables autores.

(3) Annal. Compost., p. 319.—Annal. Burg., p. 308. *Et ductus fuit ad Cordobam, et inde adductus ad Caradignam*

nes, y en el mismo año de la muerte de García Fernández ejecutó otra á tierras de León, en que también obtuvo ventajas, de cuyas resultas el rey don Bermudo (*Bermond* que ellos decían), envió embajadores y cartas á Almanzor solicitando avenencias y paz. Acompañó de regreso á los enviados cristianos uno de los vazires, Ayub ben Ahmer, encargado por Almanzor de tratar con Bermudo. No debió el vazir corresponder muy cumplidamente ó á los deseos ó á las instrucciones del ministro cordobés, pues al regresar á Córdoba de vuelta de su misión hízole encarcelar, y no le restituyó la libertad mientras él vivió.

O no fueron notables las invasiones que hiciera en 996, ó al menos no nos informan de ellas los documentos que conocemos. En cambio en el año 997, después de una incursión en tierras de Álava en la estación lluviosa de febrero, cuyo botín se distribuyó por completo entre las tropas sin deducirse el quinto para el califa en consideración á haberse emprendido en medio de un temporal de fríos y lluvias, verificóse la gran gazúa á Santiago de Galicia (*Schant Yakub*), la más célebre, si se exceptúa acaso la de León, y la cuadragésima octava de sus irrupciones periódicas, según Murphy (1). El conde de Galicia Rodrigo Velázquez, uno de los que antes habían conspirado contra el rey de León, por haber éste depuesto de la silla compostelana á su hijo el turbulento obispo Pelayo y reemplazádole con un virtuoso y venerable monje, parece que puesto á la cabeza de los nobles descontentos, si no provocó, por lo menos auxilió esta entrada del guerrero mahometano. Es lo cierto que habiendo partido Almanzor de Córdoba y encaminádose por Coria y Ciudad Rodrigo, incorporáronsele, dicen, los condes gallegos en los campos de Argañín, y juntos marcharon sobre Santiago. Al-Makari, que nos da el itinerario que llevó Almanzor, refiere minuciosamente las dificultades que tuvo que vencer el ejército expedicionario para pasar ciertos ríos y atravesar ciertas montañas. El 10 de agosto se hallaba el formidable caudillo del Profeta sobre la Jerusalén de los españoles. Desierta encontró la ciudad. Sus murallas y edificios fueron arruinados, el soberbio santuario derruido, saqueadas las riquezas de la suntuosa basílica; sólo se detuvo el guerrero musulmán ante el sepulcro del santo y venerado Apóstol; sentado sobre él halló un venerable monje que le guardaba: el religioso permaneció inalterable, y Almanzor, como por un misterioso y secreto impulso, se contuvo ante la actitud del monje y respetó el depósito sagrado.

Destruída la grande y piadosa obra de los Alfonsos, de los Ordoños y de los Ramiros, avanzó Almanzor con su hueste hacia la Coruña y Betanzos, recorriendo países, dicen sus crónicas, «nunca hollados por planta musulmana,» hasta que llegando á terreno en que ni los caballos podían andar, ordenó su retirada. Al llegar otra vez á Ciudad Rodrigo colmó de presentes á los condes auxiliares y los envió á sus tierras. Añade el arzobispo don Rodrigo, y lo confirma Al-Makari, que hizo trasportar en hombros de cautivos cristianos las campanas pequeñas de la catedral de Santiago, que mandó colgar para que sirviesen de lámparas en la gran

---

(1) Conde pone esta expedición tres años antes. Seguimos al monje de Silos, á Pelayo de Oviedo, y á Al-Makari.

mezquita, donde permanecieron largo tiempo (1). Entró, pues, Almanzor en Córdoba precedido de cuatro mil cautivos, mancebos y doncellas, y de multitud de carros cargados de oro y plata y de objetos preciosos recogidos en esta terrible campaña. Al decir de nuestros historiadores estuvo lejos de ser tan feliz su regreso. Cuentan que Dios en castigo del ultraje hecho á su santo templo de Santiago envió al ejército musulmíco una epidemia de que morían á centenares, y aún á miles. Pero el Tudense, que no menciona aquella disentería, dice que el rey Bermudo destacó por las montañas de Galicia ágiles peatones, que ayudados por el Santo Apóstol, perseguían desde los riscos á los moros y los cazaban como alimañas (2), lo cual es muy verosímil atendida la topografía de aquel país y sus gargantas y desfiladeros.

Dedicóse el rey Bermudo II, después del desastre de Santiago, á restaurar el santo templo con la magnificencia posible, y á reparar las maltratadas fortalezas, ciudades y monasterios de sus dominios, para lo cual pudo aprovechar el reposo que al fin de sus días parece quiso dejarle Almanzor, pues no se sabe que en los dos años que aun mediaron hasta la muerte de aquel monarca volviera á molestar el territorio leonés el formidable guerrero musulmán. Habíasele agravado á Bermudo la gota en términos de no permitirle cabalgar, y tenía que ser conducido en hombros humanos. Al fin sucumbió de aquella enfermedad penosa después de un reinado no menos penoso de diez y siete años, en uno de los últimos meses del año 999, en un pequeño pueblo del Vierzo nombrado Villabueña: su cuerpo fué trasladado después al monasterio de Carracedo, y de allí años adelante á la catedral de León, donde se conserva su epitafio y el de su segunda mujer Elvira (3).

Debido fué sin duda el extraño reposo de que gozaron en estos últimos

(1) *Campanas minores in signum victoriae secum tulit, et in Mesquita Cordubonensi pro lampadibus collocavit, quae longo tempore ibi fuerunt.* Roder. Tolet. de Reb. Hisp. l. V, c. 16.

(2) *Mors paucorum trucidabant.* Luc. Tud. Chron., p. 88.

(3) El obispo cronista Pelayo de Oviedo se empeñó en afear la memoria de este rey con una animosidad que sienta mal á un historiador y desdice de su carácter de prelado. Comienza por llamarle indiscreto y tirano en todo (*indiscretus et tyrannus per omnia*): atribuye á castigo de sus pecados las calamidades que sufrió el reino, y hasta la circunstancia de haber repudiado su primera mujer y casádose con otra en vida de aquélla, acción tan común en aquellos tiempos como hemos observado, la califica él de *nefas nefandissimum*. Pero el monje de Silos, que muy justamente es tenido por escritor más verídico, desapasionado y juicioso, nos pinta á Bermudo como un príncipe prudente, amante de la clemencia y dado á las obras de piedad y devoción. Cierta que su reinado fué calamitoso y desgraciadísimo: ¿pero qué pudiera haber hecho Bermudo contra un enemigo del talento y del temple de un Almanzor? A pesar de todo y en medio de tan azarosas circunstancias no se olvidó de dotar al país de algunas instituciones útiles. Restableció las leyes del ilustre Wamba, y mandó observar los antiguos cánones, no los cánones pontificios, como arbitrariamente interpreta Mariana y le hacen ver sus anotadores, sino los de la antigua Iglesia gótica.

En su afán de ennegrecer la fama del monarca le atribuyó el cronista crímenes que no cometió, y milagros á los obispos que tuvo necesidad de castigar, y aun los aplica á obispos que se sabe no existieron. No fatigaremos á nuestros lectores con el relato de

años León y Castilla á las graves turbulencias que de nuevo se suscitaron en África, y á cuya guerra, si bien no concurrió Almanzor en persona, dedicó toda su atención y esfuerzos. El emir Zeiri ben Atiya, no pudiendo disimular más el enojo contra Almanzor que hasta entonces había encubierto con el velo de una amistad aparente, se resolvió ya á suprimir en la chotba ú oración pública el nombre del regente de España, conservando sólo el del califa Hixem. Deshecho y destrozado por el caudillo fatimita el primer ejército que envió Almanzor, fué preciso que acudiera su hijo Abdelmelik que ya había ganado en África el título de Almudhaffar ó vencedor afortunado. Con su ida mudó la guerra de aspecto. En una refriega recibió el emir Zeiri tres heridas en la garganta, causadas por el yatagán del negro Salem, y en otro combate, que duró desde la mañana hasta la noche, sucumbió en el campo de batalla. El valeroso hijo de Almanzor se posesionó de Fez, donde gobernó seis meses con justicia y con prudencia, y el territorio de Magreb quedó de nuevo sometido á la influencia de Almanzor. Tan lisonjeras nuevas fueron solemnizadas en Córdoba dando libertad á mil ochocientos cautivos cristianos de ambos sexos, haciendo grandes distribuciones de limosnas á los pobres, y pagando á los necesitados todas sus deudas.

La prosperidad de las armas andaluzas al otro lado del mar hubo de ser fatal á los cristianos de la Península; porque desembarazado Almanzor de aquel cuidado, volvió á sus acostumbradas expediciones. Dos mencionan las historias arábicas en el año 1000, al Oriente la una, al Norte la otra, que dieron por resultado la destrucción de algunas poblaciones y la devastación de algunas comarcas, que los naturales mismos solían abandonar é incendiar á la aproximación de los enemigos. Trascurrió el año 1001 sin notable ocurrencia, como si hubiera sido necesario este reposo para preparar el gran suceso que iban á presenciar los dos pueblos.

Había sucedido en el reino de León á Bermudo II el Gotoso, su hijo Alfonso V, niño de cinco años como Ramiro III cuando entró á reinar, y al cual se puso bajo la tutela del conde de Galicia, Menendo González, y

---

estas invenciones que acreditaron á Pelayo de poco escrupuloso y aún de falsificador de la historia, de cuyo concepto goza entre los mejores críticos.

Con respecto á las mujeres de Bermudo II, de las exquisitas investigaciones del erudito Flórez resulta en efecto haber tenido dos legítimas, ó por lo menos veladas ambas *in facie Ecclesie*: la primera llamada Velasquita, de quien tuvo á Cristina, que casada después con el infante don Ordoño, dió origen á la familia de los condes de Carrión: la segunda Elvira, hija, como hemos dicho, del conde de Castilla García Fernández, de la cual tuvo también varias hijas y un hijo varón, que fué el que le sucedió en el trono con el nombre de Alfonso V. Es también indudable que se casó con Elvira viviendo Velasquita, á quien había repudiado, no sabemos por qué causa, pero que fué reconocida como legítima: y este monarca nos suministra otro ejemplo de la facilidad y ningún escrúpulo con que los reyes católicos de aquellos tiempos se divorciaban y contraían nuevos matrimonios viviendo su primera esposa. Tuvo además sucesión Bermudo de otras dos mujeres que se cree fueron hermanas, á quienes el sabio Flórez llama según su costumbre *amigas*, y los demás cronistas nombran con menos rebozo *concubinas*. Noticias son todas estas que dan luz no escasa sobre las costumbres y la moralidad de aquellos tiempos en esta materia.

de su mujer doña Mayor. Diríjale al mismo tiempo su tío materno el conde de Castilla, Sancho Garcés, el hijo y sucesor de García Fernández. Reinaba en Pamplona otro Sancho Garcés el Mayor, nombrado *Cuatro-Manos* por su intrepidez y fortaleza, y estaba casado con una hija del de Castilla, llamada Sancha (1). Todos estos soberanos vieron en el año 1001 un movimiento universal é imponente por parte de los sarracenos en el Mediodía y centro de la España musulímica. Los walíes de Santarén, de Badajoz y de Mérida, allegaban toda la gente de armas de sus respectivos territorios. Numerosas huestes berberiscas habían desembarcado en Algeciras y en Oconoba; eran refuerzos que Moez, hijo y sucesor del difunto Zeiri, se había comprometido á enviar á Almanzor para la gran gazúa que meditaba contra los cristianos. Las banderas de África, de Andalucía y de Lusitania se congregaban en Toledo. ¿Qué significan estos solemnes preparativos? Es que Almanzor ha resuelto dar el último golpe á Castilla, á esa Castilla cuya obstinada resistencia le es ya fatigosa, y quiere agregarla definitivamente al imperio musulmán. Terrible es la tormenta que amenaza á los castellanos. Pero su mismo estruendo los despierta, y en vez de amilanarse se preparan á conjurarla. Convidó Sancho de Castilla á los dos soberanos sus parientes á formar una liga para resistir de consuno al formidable ejército musulmán. La necesidad de la unión fué reconocida, cesaron las antiguas disensiones, pactóse la alianza, y se organizó la cruzada contra los infieles. El punto de reunión del ejército cristiano combinado eran los campos situados por bajo de Soria, hacia las fuentes del Duero, no lejos de las ruinas de la antigua Numancia. Conducía las banderas de León, Asturias y Galicia el conde Menendo á nombre de Alfonso V, niño entonces de ocho años; mandaban las de Navarra y Castilla sus respectivos soberanos.

Los musulmanes, divididos en dos cuerpos, compuesto el uno de españoles, el otro de africanos, dirigiéronse el Duero arriba, y hallaron á los cristianos acampados en Calatañazor (*Kalat-al-Nosor*, altura del buitres, ó montaña del águila). Cuando los exploradores árabes (dice su crónica) descubrieron el campo de los infieles tan extendido, se asombraron de su muchedumbre y avisaron al hagib Almanzor, el cual salió en persona á hacer un reconocimiento y á dar sus disposiciones para la batalla. Hubo ya aquel día algunas escaramuzas que interrumpió la noche. En la corta tregua que ésta les dió, añade el escritor arábigo, no gozaron los caudillos musulimes la dulzura del sueño: inquietos y vacilantes entre el temor y la esperanza, miraban las estrellas y á la parte del cielo por donde había de

---

(1) El rey Sancho de Navarra era llamado en este tiempo rey de los Pirineos y de Tolosa, en razón á que su poder se extendía á aquella región de la Galia, nombrada antiguamente la Segunda Aquitania, ya por su parentesco con los condes de aquellas tierras, ya porque éstos prefiriesen reconocer una especie de soberanía en el monarca navarro á someterse á la nueva dinastía de los Capetos. Háblase también de un conde Guillermo Sánchez, cuñado de Sancho el Mayor, que era el duque de la Vasconia francesa. Todos estos parece que suministraron tropas al navarro para la batalla de que vamos á hablar, y así se explica el número considerable de cristianos que llegaron á reunirse. *Hist. des Cons. de Tolose*, Rodolp. Glaber, Bouquet, Briz, Martínez y Sandoval, cit. por Romey, tom. IV, c. xvii.

asomar el día. Al divisar el primer albor que tanto suele alegrar á los hombres, los tímidos sintieron como anublarse su espíritu, y el toque de añafles y trompetas estremeció á los más animosos. Almanzor hizo su oración del alba: ocuparon los caudillos sus puestos, y se reunieron las banderas. Movieronse también los cristianos y salieron con sus haces bien ordenadas: el clamoreo de los musulmanes se confundió con el grito de guerra de los cristianos: las trompetas y atambores, el estruendo de las armas y el relincho de los caballos hacían retumbar los vecinos montes y parecía hundirse el cielo.

Empeñóse la lid con furor igual por ambas partes. Los cristianos con sus caballos cubiertos de hierro peleaban como hambrientos lobos (es la expresión del escritor arábigo), y sus caudillos alentaban á sus guerreros por todas partes. Almanzor revolvía acá y allá su fogoso corcel que semejaba á un sangriento leopardo: metíase con su caballería andaluza por entre los escuadrones de Castilla, é irritábale la resistencia que encontraba «y el bárbaro valor de los infieles.» Sus caudillos peleaban también con un arrojo que nosotros á nuestra vez podríamos llamar bárbaro. Con las nubes de polvo que se levantaban se oscureció el sol antes de su hora, y la noche extendió antes de tiempo su ennegrecido manto. Separáronse con esto los guereadores sin que ninguno hubiese cejado un palmo de terreno: la tierra quedó empapada en sangre humana: la victoria no se sabía por quién.

Había Almanzor recibido muchas heridas. Retirado por la noche á su tienda, y observando cuán pocos caudillos se le presentaban, según costumbre después de un combate: «¿Cómo no vienen mis valientes? preguntó.—Señor, le respondieron, algunos se hallan muy mal heridos, los demás han muerto en el campo.» Entonces se penetró del estrago que había sufrido su ejército, y antes de romper el día ordenó la retirada y repasó el Duero marchando en orden de batalla por si le perseguían los cristianos. Sintióse en el camino Almanzor abatido y desalentado: recrudeciéronse le y se le enconaron con la agitación las heridas de tal modo, que no pudiendo sostenerse á caballo, se hizo conducir en una silla y en hombros de sus soldados por espacio de catorce leguas hasta cerca de Medina Selim (Medinaceli). Allí le encontró su hijo Abdelmelik (á quien no sabemos cómo no llevó á la batalla), enviado por el califa para adquirir nuevas de su padre. A tiempo llegó solamente para recoger su postrer aliento, pues allí mismo y en sus brazos expiró el héroe musulmán á los tres días por andar de la luna de Ramazán, año 392 de la hégira (9 de agosto de 1002), y á la edad de 63 años (1).

Sus restos mortales fueron sepultados en Medinaceli, cubriéndolos con

---

(1) Muchos de nuestros historiadores, y entre ellos Mariana, anticipan con manifiesta equivocación tres años esta memorable batalla, y por consecuencia de este error hacen asistir á ella á Bermudo el Gotoso. Bien que no es posible formar idea por Mariana ni de los hechos de Almanzor ni de los sucesos de los reinos cristianos de aquel tiempo. Encontrámosle lleno de inexactitudes y de aventuras fabulosas y hasta absurdas. Sentimos tener que censurar á tan respetable escritor, pero no podemos prescindir de nuestro deber histórico.

aquel polvo que, como dijimos, se había ido depositando en una caja del que sus vestidos recogían en los combates. Cumpióse la ley del Corán que decía: «Enterrad á los mártires según les coge la muerte, con sus vestidos, sus heridas y su sangre. No los lavéis, porque sus heridas en el día del juicio despedirán el aroma del almizcle.» Su hijo Abdelmelik Almudhaffar, que tomó el mando del ejército, le hizo también los honores fúnebres, y sobre su sepulcro se inscribieron sentidos versos (1).

Así acabó el famoso Mohammed ben Abdallah ben Abi Ahmer, conocido por Almanzor, después de veinticinco años de continuados triunfos, y que hasta su muerte se había creído invencible. Lloráronle los soldados con amargura: «¡Perdimos, exclamaban, nuestro caudillo, nuestro defensor, nuestro padre!» Con luto y aflicción universal se recibió en Córdoba la nueva de su muerte, y en mucho tiempo ni la ciudad ni el imperio se consolaron; ó por mejor decir, no pudieron consolarse nunca, porque la muerte del grande hombre había de llevar tras sí la muerte del imperio. Dice nuestro cronista el Tudense, que luego que murió Almanzor se dejó ver á las márgenes del Guadalquivir un hombre en traje de pastor, que andaba gritando, unas veces en árabe y otras en castellano: *En Calatañazor Almanzor perdió el tambor*. Y que cuando se acercaban á preguntarle se ponía á llorar y desaparecía á repetir las mismas palabras en otra parte. «Creemos, añade el piadoso cronista, que aquel hombre era el diablo en persona, que gritaba y se desesperaba por la gran catástrofe que habían sufrido los moros.»

---

(1) Conde copia la traducción que de uno de sus epitafios hizo su amigo don Leandro Fernández de Moratín y es como sigue:

«No existe ya, pero quedó en el orbe  
Tanta memoria de sus altos hechos,  
Que podrás, admirado, conocerle  
Cual si le vieras hoy presente y vivo:  
Tal fué, que nunca en sucesión eterna  
Darán los siglos adalid segundo,  
Que así, venciendo en guerras, el imperio  
Del pueblo de Ismael acrezca y guarde.»

---

## CAPÍTULO XIX

## CAÍDA Y DISOLUCIÓN DEL CALIFATO

De 1002 á 1031

Justos temores y alarmas de los musulmanes.—Gobierno de Abdelmelik, hijo y sucesor de Almanzor, como primer ministro del califa Hixem.—Sus campañas contra los cristianos; su muerte.—Gobierno de Abderramán, segundo hijo de Almanzor.—Infundado orgullo de este hagib; su desmedida ambición; hácese nombrar sucesor del califa.—Terrible castigo de su loca presunción.—Ministerio de Mohammed el Omniada y del eslavo Wahda.—Encierran al califa Hixem en una prisión y publican que ha muerto.—Mohammed se proclama califa.—Le destrona Suleiman con auxilio del conde Sancho de Castilla.—Gran batalla y triunfo de los castellanos en Gebal Quintos.—Recobra Mohammed el trono con ayuda de los cristianos catalanes.—Saca Wahda al califa Hixem de la prisión, y le enseña al pueblo que le creía muerto.—Entusiasmo en Córdoba: alboroto: Mohammed muere decapitado, y su cabeza es paseada por las calles de la ciudad.—Apodérase Suleiman otra vez del trono, y desaparece misteriosamente para siempre el califa Hixem.—Muere Suleiman asesinado por Alf el Edrisita, que á su vez se proclama califa.—Precipítase la disolución del imperio: partidos, guerras, destronamientos, usurpaciones, crímenes.—Últimos califas: Alf, Abderramán IV, Alkasim, Yahia, Abderramán V, Mohammed III, Yahia, segunda vez, Hixem III.—Acaba definitivamente el imperio Omniada.

Muy fundado era en verdad el desaliento y la adicción y la pesadumbre que produjo en toda la España musulímica la nueva de la derrota de Calatañazor. Penetraba bien el instinto público que todo aquel esplendor y grandeza, toda aquella extensión, pujanza y unidad que había adquirido el califato bajo la enérgica y sabia dirección del ministro regente, había de desplomarse y venir á tierra con la muerte de aquel hombre privilegiado, que con tanta intrepidez como fortuna, con tanta maña como arrojo, y con tanta política como vigor, había elevado el imperio musulmán á la mayor altura de poder que alcanzó jamás, y reducido al pueblo cristiano casi á tanta estrechez como en los tiempos de Muza y de Tarik. Que si los defensores de la cruz no se vieron en tan escaso territorio encerrados como en los días de Pelayo, halláronse al cabo de tres siglos de esfuerzos casi en la situación que tuvieron en tiempo del primer Alfonso, y apenas fuera de la cadena del Pirineo podían contar con una fortaleza segura y con un palmo de terreno al abrigo de las incursiones del gran batallador. Temían los musulmanes, derribada la robusta columna de su imperio, por la suerte de la dinastía Omniada, con un califa siempre en estado de pueril imbecilidad, y sin esperanza de sucesión. Temían también no menos justamente lo que á los príncipes y guerreros cristianos, antes tan abatidos, habría de alentar aquel solemne triunfo.

Brindaba ciertamente ocasión propicia á los cristianos el resultado glorioso de la batalla, y más que todo el desconcierto y descomposición á que por consecuencia de ella vino el imperio musulmán, no sólo para haberse recobrado de sus anteriores pérdidas, sino para haber reducido á la impotencia á los sarracenos, si los nuestros hubieran continuado unidos, y en lugar de aprovecharse de las disensiones de los infieles, no se hubieran



ellos consumido también en intestinas discordias y rivalidades. Achaque antiguo de los españoles era esta falta de unión y de concierto, y causa perenne de sus desdichas y de la prolongada dominación de los pueblos invasores.

El rey Alfonso V de León, niño de ocho años, continuaba bajo la tutela de su madre doña Elvira y de los condes de Galicia Menendo González y su esposa, que educaban al rey y gobernaban el reino con recomendable prudencia. El hijo de Almanzor, Abdelmelik Almudhaffar, que había ido á Córdoba con las destrozadas huestes del ejército sarraceno, fué nombrado por la sultana Sobheya (que sobrevivió un corto tiempo á Almanzor) *hagib* ó primer ministro del califa Hixem, el cual proseguía en su dorado alcázar, entregado á sus juegos infantiles, contento con llevar el nombre de califa y sin tomar parte alguna en los negocios del imperio. Heredero Abdelmelik de la autoridad y de algunas de las grandes cualidades de su padre, pero no de su fortuna, quiso proseguir también su sistema de guerra con los cristianos, y asegurado por la parte de África en cuyo emirato confirmó á Moez ben Zeiri, comenzó sus incursiones periódicas por el lado de Cataluña, y alcanzó una victoria cerca de Lérida (1003). En el otoño de aquel mismo año, después de un corto descanso en Córdoba, pasó con grande ejército á tierras de León. y al decir de los historiadores árabes, venció en un encuentro á los leoneses, se apoderó otra vez de la capital y destruyó lo que había quedado en pie en la ocupación de su padre: relación que está en manifiesta discordancia con la que de esta expedición nos cuenta el arzobispo don Rodrigo, el cual dice expresamente que Abdelmelik en esta tentativa fué puesto en vergonzosa fuga por los cristianos (1).

Continuó el hijo de Almanzor sus incursiones periódicas, ni notables por su brillo ni fecundas en resultados, hasta el 1005 en que otorgó á los cristianos una tregua, que equivalió para ellos á una paz. Debieron mover á los leoneses á solicitar esta transacción algunas desavenencias ocurridas con el conde de Castilla, y apoyó y esforzó su instancia el walí de Toledo Abdallah ben Abdelaziz, uno de los más antiguos y fieles caudillos de Almanzor. Motivaba este interés del walí toledano en favor del monarca leonés lo siguiente. Entre las cautivas cristianas que Abdallah tenía en su poder se hallaba una hermosa doncella, hacia la cual concibió el walí una pasión vehemente. Supo que aquella linda joven era hermana del rey de León y pidiósele en matrimonio. Accedió Alfonso á darle su hermana como medio y condición de alcanzar la paz de Abdelmelik. Celebráronse las paces, y también las bodas muy contra lo voluntad de Teresa, que así se llamaba la princesa cristiana. Cuenta la crónica que la noche de las bodas le dijo á su mal tolerado esposo: «Guárdate de

(1) «Venció, dicen los escritores árabes de Conde, á los cristianos cerca de León, y se apoderó de la ciudad, y arrasó sus muros hasta el suelo, que ya antes su padre los había destruido hasta la mitad.» Capítulo ciii.—«Habiendo congregado, dice el arzobispo don Rodrigo, un grande ejército sobre León, fué vergonzosamente ahuyentado, y se retiró ignominiosamente..... á *cristianis turpiter effugatus, turpiter est reversus.*» Hist. Arab. c. xxxii.—Estas contradicciones son frecuentes, y no es ya fácil apurar de parte de quién está la verdad.

tocarme, porque eres un príncipe pagano: y si lo hicieres, el ángel del Señor te herirá de muerte.» Rióse de ello el musulmán, y desatendió su intimación. Mas no tardó en arrepentirse de ello, porque á poco tiempo se cumplió el fatal vaticinio, y como el walí sintiese acabársele la vida, llamó á sus consejeros y sirvientes, mandó que devolviesen á su hermano la joven desposada, tan bella cautiva como infausta esposa, y que fuese conducida á León, acompañando el mensaje con ricos dones de oro y plata, joyas y vestidos preciosos. Abdallah falleció al poco tiempo: Teresa profesó de religiosa en un convento, y en este estado murió en Oviedo en el año 1039 (1).

Muerto Abdallah, y expirado que hubo también el plazo de la tregua, invadió de nuevo Abdelmelik las tierras de Castilla (1007), desmanteló á Ávila, Gormaz, Osma y otras fortalezas que los cristianos habían ido reparando, avanzó por Salamanca á Galicia y Lusitania, y regresó á Córdoba, donde sólo se detuvo á preparar la campaña de la primavera siguiente. Empezó ésta hacia el interior de Galicia (1008), «al frente. dicen las crónicas árabes, de cuatro mil jinetes escogidos, armados de corazas resplandecientes como estrellas, cubiertos sus caballos con caparazones de seda de dobles forros: seguía la caballería andaluza y africana, gente aguerriada que se había distinguido en las más peligrosas ocasiones... Acometieron á los cristianos, y aunque eran los héroes de su tiempo, que todos habían entrado en muchas batallas y eran gente avezada á los horrores de las peleas, los atropellaron y rompieron sus almadanas, y se volvieron sobre ellos como dragones, y les pusieron en desordenada fuga, dejando el campo regado de sangre. Siguió Abdelmelik el alcance con su caballería, y reparados los cristianos en unos recuestos y pasos difíciles, se renovó la cruel batalla. Los infieles (continúa su crónica) pelearon como rabiosos tigres, y allí los musulimes padecieron mucho. A favor de la oscuridad que sobrevino se retiraron los cristianos á sus ásperos montes, y los musulmanes viendo la horrible pérdida que habían sufrido se volvieron á las fronteras, y de allí por Toledo á Córdoba.» Esta fué la última campaña de Abdelmelik. A poco tiempo le acometió una grave enfermedad, de que sucumbió en Córdoba en el mes de Safar de 399 (octubre de 1008) con gran sentimiento de los buenos musulimes, y no sin sospechas de que hubiese sido envenenado.

Había muerto ya la sultana madre; su hijo el califa Hixem continuaba vegetando en su alcázar entre juegos y placeres, y restaba otro hijo de Almanzor, llamado Abderramán, tan parecido á su padre en el cuerpo y la fisonomía, como desemejante en las cualidades del corazón y del entendimiento. Sin aptitud para los negocios graves ni disposición para gobernar, dado al vino y á las mujeres, acostumbrado á pasar su vida entre juegos y festines, y aficionado á los ejercicios de caballería en que lucía su bella figura, fué no obstante nombrado *hagib* del califa como su padre y hermano, por los esclavos y eunucos del palacio, conocidos con el nombre de *Alameríes*, que eran los que disponían de la voluntad del imbécil Hixem y de las primeras dignidades del imperio. Tan lleno de ambición

(1) Pelag. Ovet. Chron. n. 3.  
Tomo III

como escaso de mérito el nuevo ministro, no se contentó con tomar el pomposo título de Al Nasir Ledin Allah como Abderramán III el Grande, lo cual revela bastante su presunción desmedida, sino que so pretexto de la falta de sucesión de Hixem, aunque todavía se hallaba en edad de poder tenerla, pretendió y obtuvo del mentecato califa que le declarara walf alhadí ó sucesor del imperio. Paso tan arrojado y pretencioso, á que no se había atrevido ni aún el mismo Almanzor, y que no dejó de traspasar aunque dado en secreto, no podía menos de indignar á los ilustres miembros de la familia Omniada, que se consideraban, y con razón, con más derechos y más títulos á la herencia del califato en el supuesto de morir Hixem II sin sucesión, y que si habían soportado el yugo de Almanzor, había sido sólo por las relevantes prendas é indisputable mérito del ministro regente.

Distinguíase entre ellos el joven Mohammed, biznieto de Abderramán III, hombre de resolución y de brío, el cual, dispuesto á atajar las orgullosas pretensiones de Abderramán, pasó á las fronteras, habló, excitó y logró reunir en torno suyo á los muchos adictos á la familia de los Meruanes, y congregada una respetable hueste marchó á su cabeza derechamente sobre Córdoba. Informado de esta marcha Abderramán, salió con la caballería africana y la guardia del califa á hacer frente á su competidor; pero éste, hurtándole la vuelta por medio de una hábil maniobra, penetró atrevidamente en la capital, apoderóse del resto de la guardia y de la persona del califa, y cuando el hijo de Almanzor revolvió sobre Córdoba, ardiendo en ira y en despecho, confiado en el favor popular con que contaba por respetos á la memoria de su padre, halló la plaza de palacio ocupada por las tropas de Mohammed: empeñóse allí un rudo y sangriento combate: el populacho en que confiaba Abderramán, no sólo se hizo sordo á sus órdenes, sino que se puso de parte de Mohammed; faltóle hasta la guardia africana, y cuando desesperado intentó retirarse, cayó acribillado de heridas en poder de los enemigos: poco tiempo tardó en verse clavada en un palo la cabeza del usurpador cortada de orden de Mohammed (1009). Así acabó el segundo hijo del grande Almanzor: sus bienes fueron confiscados, y el pueblo, versátil en sus afecciones, desahogó su furor destruyendo el magnífico palacio de Azahira que Almanzor había construído para sí (1).

Comenzó el nuevo ministro por alejar del lado del califa todas las hechuras de sus antecesores y por rodearle de personas de su partido y confianza. Pero aguijóle pronto la impaciencia de reinar: al efecto hizo difundir primeramente la voz de que el califa había sido atacado de una enfermedad grave: el poco interés que el pueblo mostró por la salud de un soberano á quien no conocía y que nada significaba, inspiró á Mohammed el pensamiento de atentar á su vida, pero el eslavo Wahda á quien confió su designio, antiguo camarero de Hixem, y á quien por lo tanto conservaba un resto de cariño, pudo disuadirle de la idea de derramar sin necesidad una sangre inocente, y le sugirió la de encerrarle en una

---

(1) Conde, cap. crv.—Al-Makari, en Murphy, cap. III.—Roder. Tolet. Hist. Arab. cap. xxxi.

estrecha prisión y publicar su muerte, lo cual era igual para sus fines. Accedió á ello Mohammed, y el califa fué sigilosamente encerrado. Para dar más aire de verdad á la proyectada farsa, se discurrió y ejecutó lo siguiente. Había en Córdoba un cristiano por su desgracia y fatalidad muy parecido en edad, en estatura y en fisonomía al hijo de Alhakem y de Sobheya. Este infeliz fué de noche sorprendido y ahogado; y habiendo colocado su cadáver en el lecho mismo de Hixem, publicóse que el califa había sucumbido de su enfermedad. Creyólo el pueblo: hiciéronse solemnes y pomposas exequias al supuesto califa, y congregados los walfes y vazires, fué declarado sucesor del califato el hagib Mohammed, de la ilustre dinastía de los Beni-Omeyas (1), el cual tomó el título de Mahady Billah (el Pacificador por la gracia de Dios).

No justificaron en verdad los sucesos la adopción de tan bello título. Habiendo determinado expulsar de Córdoba la guardia africana, aborrecida del pueblo y de ninguna confianza para él, insurreccionóse ésta á la voz de sus jefes: los formidables zenetas y los rudos berberiscos atacaron bruscamente el real alcázar, y costó una lucha mortífera de dos días el arrojarlos de la ciudad: la cabeza de su primer caudillo, que cayó en la retirada herido y prisionero, fué arrojada por encima del muro al campo africano. Un primo suyo, nombrado Suleiman ben Alhakem, á quien aclamaron por jefe, juró vengar tamaña afrenta, y partiendo para las fronteras de Castilla, invocó la ayuda y protección del conde Sancho García, ofreciéndole la posesión de varias fortalezas si le prestaba su auxilio contra el usurpador Mohammed. Acogió el conde castellano la proposición, y un ejército cristiano, unido á los berberiscos de Suleiman, se encaminó hacia Córdoba. Salíóle al encuentro Mohammed con sus andaluces, y hallándose ambas huestes en Gebal Quintos, trabóse una tremenda batalla (conocida en la historia árabe por la *batalla de Kantisch*), en que las lanzas castellanas de Sancho se cebaron horriblemente en la sangre de los andaluces de Mohammed: veinte mil árabes quedaron en el campo (7 de noviembre de 1009), y Mohammed, el Pacificador por la gracia de Dios, tuvo que refugiarse en Toledo al abrigo de su hijo Obeidallah, walf de aquella ciudad. Suleiman, victorioso, merced á los robustos brazos castellanos, no se atrevió á entrar en Córdoba receloso del mal espíritu del pueblo contra las razas africanas. Un mes tardó en resolverse á entrar. Entonces se hizo proclamar califa con el sobrenombre de Almostain Billah (el protegido de Dios).

Con justa desconfianza estaba Suleiman en Córdoba. Sus africanos eran aborrecidos de las razas árabes que predominaban en el Mediodía de España. Estallaban continuas conjuraciones que tenía que ahogar con sangre, y en una ocasión se vió precisado á cortar la cabeza á un pariente suyo que intentaba suplantarle en el mando y á cincuenta cómplices más. Sin embargo de ser africano, no carecía Suleiman de elevados sentimientos. Habiéndole descubierto el eslavo Wahda que el califa Hixem vivía y atreviéndose á proponerle que le repusiera en el poder: «Wahda, le respondió sin enojarse, yo lo desearía mucho, pero no es ocasión de entregarnos

(1) Roder. Tolet. Hist. Arab. I. c.—Conde, ubi supra.

á manos tan débiles: su tiempo le vendrá.» Y como le hubiese aconsejado alguno que permitiese á sus soldados hacer una matanza de los cristianos que le habían favorecido, á fin de que nunca pudiesen ayudar á otro: «Jamás, contestó Suleiman con energía, jamás consentiré semejante maldad; han venido bajo mi fe y cumpliré mis juramentos.» Pero temiendo algún desmán por parte de los suyos, dió licencia á los cristianos y los invitó á que regresaran á sus tierras colmándolos de riquezas y preciosos dones (1), lo cual ejecutaron ellos de muy buen grado.

Pero Suleiman había enseñado á su competidor Mohammed á quién había de recurrir para ganar victorias; y á la manera que aquél había acudido al conde Sancho de Castilla, éste desde Toledo solicitó el auxilio de los condes de Afranc, Bermond y Armengudi (Ramón Borrell, conde de Barcelona, y su hermano Armengol, que lo era de Urgel), los cuales mediante tratos y convenios le asistieron con una hueste de nueve mil cristianos que Mohammed incorporó á treinta mil musulmanes de las provincias de Valencia, Murcia y Toledo. A la cabeza de los catalanes venían los dos valerosos condes Ramón y Armengol, y en las primeras filas ondeaban las banderas de los obispos de Barcelona, Gerona y Vich, que personalmente quisieron compartir con sus compatriotas los peligros de aquella guerra. Por primera vez los estandartes de Cataluña reflejaron en las aguas del Guadalquivir. Los ejércitos de los dos rivales mahometanos, Suleiman y Mohammed, se hallaron frente á frente en los campos llamados de Akbatalbacar (la colina de los bueyes). Lanzáronse impetuosamente los berberiscos sobre las huestes aun no bien ordenadas de el Mahady, y hubieran sucumbido si las lanzas catalanas no hubieran inclinado la victoria en favor de Mohammed, y regado los campos con sangre africana. El triunfo fué tan señalado, que el año 400 de los árabes (el 1010 de los cristianos), en cuyo estío se dió este famoso combate, quedó señalado en la historia arábiga con el nombre de *el año de los Francos*, que así llamaban ellos á los catalanes. Pero tan insigne triunfo fué comprado con noble y preciosa sangre cristiana. Allí pereció el brioso conde Armengol de Urgel; allí sucumbieron los tres venerables prelados, á quienes tal vez un excesivo celo religioso hizo preferir al ejercicio pacífico de su ministerio la vida inquieta y peligrosa de campaña (2).

Quedáronle abiertas las puertas de Córdoba á Mohammed; y Suleiman, que debió echar muy de menos el socorro de los castellanos, retiróse hacia Algeciras con intento de reclamar auxilios de África, después de haber saqueado sus soldados el espléndido palacio de Zahara, llevándose las joyas y suntuosas colgaduras, las lámparas de oro y plata del alcázar y de la mezquita, y destruído con bárbara y salvaje mano una gran parte de los libros de su magnífica biblioteca; que así comenzó la deliciosa mansión del magnífico Abderramán á ser destruída por los vándalos

(1) Roder. Hist. Arab. c. xxxii et xxxiii. — Conde, cap. cv.

(2) Roder. Tolet. Ibid. — Conde, cap. cvi. — Según algunos, el conde Armengol no murió en esta batalla, sino en la de Guadiaro, y según otros después de haber salido de Córdoba á consecuencia acaso de las heridas recibidas en ella. Conde se contradice en dos páginas no muy distantes. De todos modos es cierto que murió en esta expedición.

africanos. Salió Mohammed de Córdoba en persecución de los fugitivos y dióles alcance en los campos del Guadiaro. Pero alumbrole en este encuentro infausta estrella: arremetieron su hueste los berberiscos con impetuosa furia, y hubo de retirarse á Córdoba en desorden. Dedicóse á fortificar la ciudad, pero bullían ya, así en la capital como en toda la España musulmica, las parcialidades y los bandos. El eslavo Wahda, que tenía guardado al califa, servíase del secreto de su depósito como de un talismán para conservar su influencia y dársela á los esclavos sus compatricios, que de este modo dominaban á Mohammed. Hubiera éste querido conservar los auxiliares catalanes, pero siniestros rumores que corrieron acerca de atentados que contra ellos se proyectaban, movieron al conde Ramón Borrell á volverse á Barcelona á pesar de las protestas del califa. Invocó Mohammed el apoyo de los wálíes de Mérida y de Zaragoza y de los alcaldes de la frontera, y excusáronse todos bajo diferentes pretextos; y era que cada cual no pensaba ya sino en apropiarse algún despojo de un imperio que veían desmoronarse. Inquietábanle los africanos con incesantes algaras; á las calamidades de la guerra civil se agregaron las de una epidemia: faltaban en Córdoba las provisiones: todo el que podía abandonaba la ciudad, y sus mismas tropas se le desertaban para ir á incorporarse á los africanos. La situación de Mohammed era desesperada y no sabía qué partido tomar.

Tomóle por él el astuto Wahda. De improviso y de su propia cuenta sacó de la prisión al desventurado califa Hixem á quien todos creían muerto, y le presentó al pueblo en la maksura ó tribuna de la grande aljama. Entusiasmado el pueblo con tan inesperada novedad, se agolpó á la mezquita, y saludó con aclamaciones de júbilo al resucitado califa (junio de 1012), no viendo ya en él al príncipe imbécil, sino al legítimo soberano de una dinastía á quien amaba entrañablemente. Asustado Mohammed con los gritos de alegría que oía resonar por todas partes, ocultóse en una de las piezas más apartadas de su alcázar: descubrióle un eslavo y le presentó al califa, que con energía desacostumbrada: «Ahora probarás, le dijo, el fruto amargo de tu desmesurada ambición.» Y en el acto le hizo cortar la cabeza, que un vazir paseó á caballo en la punta de su lanza por toda la ciudad: su cuerpo fué desgarrado y hecho piezas en la plaza pública, y la cabeza enviada al campo de Suleiman como para que sirviese de lección y de escarmiento al caudillo africano. Mas el uso que de ella hizo Suleiman fué embalsamarla y hacerla conducir con diez mil mitcales de oro al wálí de Toledo Obeidallah, el hijo de Mohammed, que se preparaba á vengar á su padre, con el mensaje siguiente: «Ahí va la cabeza de tu padre Mohammed: así recompensa el emir Hixem á los que le sirven y le restituyen el imperio: guárdate de caer en manos de este ingrato y cruel tirano: si buscas seguridad y venganza, Suleiman será tu compañero.»

La carta y el presente surtieron el efecto que se apetecía. Obeidallah, antes rival y enemigo de Suleiman, se unió á él para combatir juntos al verdugo de su padre, y con este fin había salido ya de Toledo. Súpolo el eslavo Wahda y partió de Córdoba con un cuerpo escogido de caballería en dirección de aquella ciudad. Conocedor de la importancia y del valor

del auxilio de los cristianos, le solicitó del conde Sancho de Castilla haciéndole ventajosas proposiciones. Pero habíase anticipado ya Suleiman y Sancho le contestó: «Seis fortalezas me ofrece ya Suleiman: si Wahda me promete por lo menos otras tantas, preferiré emplear mis armas en favor del califa Hixem.» Duélenos ver á un soberano de Castilla adjudicar su poderosa espada y disponer de los brazos castellanos en favor del mejor postor de entre los competidores musulmanes, pero así era por desgracia (1). Wahda hizo su puja y Sancho se decidió por él, y con ayuda de los cristianos se apoderó fácilmente de Toledo. Volvió el joven Obeidallah contra el enemigo, pero batido en Maqueda por musulmanes y cristianos, desbaratada su hueste y hecho prisionero él y sus principales oficiales, fué enviado á Córdoba, donde el califa Hixem, convertido después de su resurrección de imbécil y mentecato en déspota terrible, como si realmente hubiera renacido con otra naturaleza, hizole dar una muerte tan cruel como la de su padre, y su cuerpo decapitado y mutilado fué arrojado al río (1013). Dejó Wahda el gobierno de Toledo al poderoso y noble jeque Abu Ismail Dilnum, y después de haber entregado á los cristianos algunas de las fortalezas contratadas y despedídoslos con grandes dádivas y promesas (2), tomó la vuelta de Córdoba. Premióle largamente el califa Hixem y dió á sus esclavos y alameríes á título de perpetuidad las alcaldías y tenencias de Murcia, Cartagena, Alicante, Almería, Denia, Játiva y otras: costumbre y manera de premiar imprudentemente introducida por Almanzor, y principio y fundamento de los reinos independientes que no habían de tardar en nacer (3).

(1) El arzobispo don Rodrigo, Hist. Arab. c. xxxvii.

(2) De las siete fortalezas prometidas sólo se mencionan como entregadas cuatro, San Esteban, Coruña del Conde, Osma y Gormaz, y «algunas otras casas en Extremadura.» Chron. Burgens. — Annal. Complut. y Compostel.

(3) La relación de los sucesos de estas guerras, que hemos tomado de los autores árabes de Conde y de los historiadores latinos españoles, difiere en muchos incidentes de la que hace el señor Dozy con arreglo á otras historias arábicas que él ha consultado (*Recherches sur l'Histoire*, etc. tom. I, desde la pág. 238 hasta la 268).

El autor de esta obra, titulada: *Recherches sur l'Histoire politique et litteraire de l'Espagne pendant le moyen age*, comenzada á publicar en Leyden en 1849, se muestra en ella profundamente versado en la historia de la dominación de los árabes en España y gran conocedor de los autores arábicos, cuyas palabras textuales cita, copia y coteja con frecuencia en sus propios caracteres, al mismo tiempo que manifiesta no serle extraño lo que en otras lenguas se ha escrito antigua y modernamente así en España como en otros países, por lo menos en lo relativo al oscuro período que se propone examinar. Escudriñador é investigador minucioso, pero crítico severo, duro, inexorable, confesamos que no han podido menos de introducir en nuestro ánimo zozobra, confusión y desconfianza las atrevidas proposiciones que con aire de infalible magisterio sienta en el brevísimo prólogo en forma de epístola de su obra y en el discurso de toda ella. El señor Dozy con un rigor desapiadado parece haberse propuesto dar al traste con todas las ilusiones de los que creíamos que después de las publicaciones de Casiri, de Conde, de Gayangos y de otros orientalistas nacionales y extranjeros, podíamos ya saber algo de la historia de los árabes españoles. El señor Dozy tiene la crueldad de decirnos que no sabemos nada, porque estos escritores no lo sabían ellos mismos. Copiaremos algunas palabras de su prólogo.

De Casiri dice, que «sus extractos dejan mucho que desear en punto á exactitud;

La situación de Córdoba y de toda la Andalucía estaba bien lejos de ser lisonjera. Quejábanse amargamente los nobles de la preferencia que Hixem y su ministro daban á los esclavos y alameríes. Criticábanlos agriamente por el suplicio de Obeidallah, que al fin había sido hecho prisionero peleando contra cristianos. Ardía la capital en discordias y partidos,

que no estaba suficientemente familiarizado con la materia que intentaba esclarecer, y que por otra parte no se distingue por un juicio sólido y claro.» — Es, sin embargo, á quien trata con más compasión y con menos dureza. — «Conde (dice) trabajó sobre documentos árabes sin conocer mucho más de esta lengua que los caracteres en que se escribe; pero supliendo con una imaginación en extremo fecunda la falta de los conocimientos más elementales, con una impudencia sin ejemplo ha forjado fechas á centenares, inventado millares de hechos, haciendo siempre alarde de quien pretende traducir fielmente textos árabes... Los historiadores modernos, sin sospechar que eran unos simples engañados por un falsario, han copiado muy cándidamente todas estas mentiras: algunos han dejado atrás á su mismo maestro combinando sus invenciones con los autores latinos y españoles á quienes de esta manera calumniaban...» «En resumen (dice más adelante), si contamos sólo con el libro de Conde, considerado siempre como el más importante y el más completo sobre la historia de la España árabe, el público de hoy, y hablo aquí de los literatos no orientalistas, no tiene más medios para instruirse en esta historia que los que tenía el público para quien escribió Morales en el siglo XVI. Es peor todavía: los que han leído y estudiado á Conde, se hallan en la necesidad de hacer todo lo posible para salir de este abominable camino en que se los ha extraviado, de olvidar todo lo que habían aprendido... Porque se deberá considerar de hoy más el libro de Conde como si no existiera (*comme non avenu*)... etc.»

Con muy poca más piedad trata al señor Gayangos, de quien dice desde luego que «su libro no ha reemplazado al de Conde.» Y nos sería fácil citar muchísimas páginas en que hace una crítica acre y amarga de su traducción de Al-Makari, ya suponiendo que no ha entendido bien el original, ya notando omisiones esenciales ó adiciones que dice haber hecho el traductor de su cuenta, ya haciendo indicaciones no muy embozadas que parece tienden á demostrar que de parte de este ilustrado traductor ha habido algo más que descuido ó mala inteligencia. No se podrá en verdad argüir al señor Dozy de indulgente en sus juicios.

De todo ello deduce, que «la historia de España en su edad media hay que rehacerla.» «Yo creo, añade, que se hará bien en abandonar la senda hasta ahora seguida. En lugar de hacer historia será mejor estudiar y publicar desde luego los textos.»

Véase si decíamos con razón que el señor Dozy con sus palabras y su obra había introducido en nuestro ánimo confusión y desconfianza, por lo mismo que su erudición y los inmensos recursos literarios de que parece dispone no pueden menos de dar valor y peso á sus juicios. Dejamos, no obstante, á los orientalistas españoles y extranjeros (y en ellos comprendemos á todos los que hasta ahora han escrito de la historia de la España árabe) el cuidado de contestar á los gravísimos cargos que contra ellos envuelven sus dogmáticas y absolutas aserciones, y de demostrar (como esperamos y nos alegraremos de que lo hagan), que ni ellos han sido ó tan ignorantes ó tan falsarios, ni los que nos hemos valido de sus obras hemos sido tan cándidos y tan simples, ni acaso el señor Dozy sea tan infalible como él en sus arrogantes asertos supone.

Nosotros mismos, que no nos preciamos de orientalistas, lo haremos ver fácilmente. Pongamos un solo ejemplo. En la relación misma de los hechos, en que tanto corrige á nuestros autores y que le hacen exclamar: «¡Así la pobre España no tendrá jamás una Historia! (pág. 256)» cuenta el crítico holandés que después de la batalla de Akbatalbazar, Suleiman, que se había retirado hacia Zahara, «en una noche abandonó aquella mansión con sus berberiscos, y se retiró sobre Xátiva (pág. 245).» ¿Sabe bien el señor Dozy dónde está Xátiva? Pues está á nueve leguas de Valencia, y á más de setenta ú



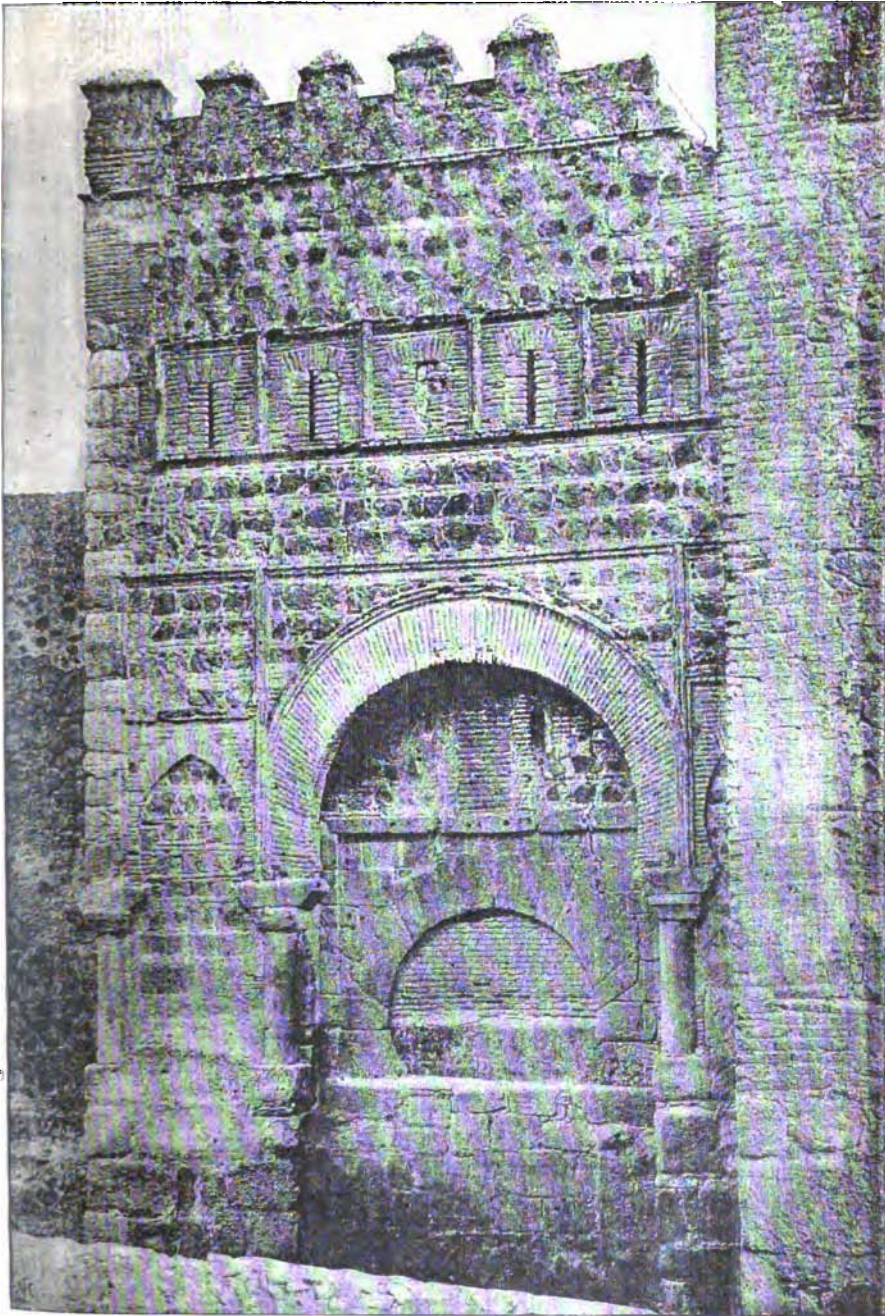
y Suleiman, que con sus correrías no dejaba un momento de reposo al país y estaba informado del descontento de la población, traspuso á Sierra Morena, visitó y escribió á los walíes de Calatrava, Guadalajara, Medinaceli y Zaragoza, ofreciéndoles la posesión hereditaria de sus gobiernos y reconocerlos como soberanos feudatarios sin otra carga que un ligero tributo, si le ayudaban á libertar á Córdoba del tirano protector de los eslavos. Aceptaron ellos la proposición y le asistieron con sus personas y sus banderas. Aproximóse con este refuerzo Suleiman á Córdoba, desolada simultáneamente por la peste, la miseria y los partidos. Huían otra vez las gentes de la ciudad acosadas por la penuria. Desde Medina Zahara, donde Suleiman sentó sus reales, mantenía inteligencias con algunos nobles cordobeses por medio de los tráfugas que iban á su campo. En tal conflicto el ministro Wahda creyó oportuno escribir á los walíes edrisitas de Ceuta y Tánger pidiéndoles ayuda y haciéndoles grandes ofrecimientos, mas luego mudó de parecer y guardó las cartas. No faltó quien le denunciara al califa como uno de los que se correspondían secretamente con Suleiman. Fuese verdad ó calumnia, vióse el ministro Wahda preso por aquel mismo califa á quien él mismo había tenido tanto tiempo apisionado: hizo se le capituló de acusación de aquellas cartas que se hallaron en su poder, escritas, según muchos piensan, con acuerdo del califa y que nada revelaban menos que la inteligencia que se le suponía con Suleiman, y á pesar de todo, aquel Hixem, que al cabo le era deudor de la vida y del trono, sin consideración de ningún género condenó á muerte á su antiguo servidor; que parecía haberse propuesto aquel malhadado califa desquitarse en pocos días á fuerza de crueldad inflexible de la torpe flaqueza de tantos años. Fué el desgraciado Wahda reemplazado por el walí de Almería Hairan, eslavo también, hombre distinguido por su valor y generosidad, por su benignidad y prudencia, y «el más á propósito para salvar á Hixem si su fortuna no hubiese llegado ya al último plazo (1).»

Apretaba ya Suleiman el cerco de Córdoba, y Hairan se propuso cum-

---

ochenta de Córdoba y de donde estuvo Zahara, regular distancia para retirarse en una noche. Por lo menos los españoles no tenemos noticia de otra Xátiva que la Sastabis de los romanos, la Xátiva de los árabes, San Felipe de Játiva hoy. Añade Dozy que Mohammed entró en Córdoba acompañado de los catalanes; que los berberiscos dejaron á Xátiva y avanzaron hasta Algeciras; que salió Mohammed de Córdoba en su busca, y se encontraron los dos ejércitos cerca del Guadiaro en las cercanías de Algeciras, donde se dió la segunda batalla: todo en el espacio de cinco días que mediaron de uno á otro combate (del 15 al 21 de junio), en cuyo tiempo, si Suleiman y sus berberiscos anduvieron de Zahara á Xátiva y de Xátiva á Algeciras, tuvieron que andar cosa de ciento sesenta leguas por lo menos. El señor Dozy enmienda (en la nota primera de dicha página) al arzobispo don Rodrigo que en lugar de Xátiva nombra *Citana*, y á Conde que la nombra *Citawa*. No conocemos hoy esta ciudad, pero tenemos esto por menos malo, que hacer á Suleiman y á sus africanos ir donde no podían ni debían de ir, y andar lo que no podían ni debían andar. Y no debe ser otra Xátiva que la que nosotros conocemos, puesto que el mismo Dozy, hablando del principado de Almería, nos dice que «comprendía al N. E. las ciudades de Murcia, Orihuela y Xátiva (pág. 65).» De todos modos agradeceríamos al sabio orientalista holandés que con su infalibilidad nos disipara esta dificultad histórico-geográfica que nos ha ocurrido.

(1) Conde, cap. cviii. — Roder. Tolet., c. xxxviii.



**PUERTA ÁRABE DE BISAGRA, EN TOLEDO (COPIA DIRECTA DE UNA FOTOGRAFÍA)**

plir con los deberes de hombre pundonoroso y de fiel *hagib*. Pero de poco le sirvieron ni sus nobles propósitos ni sus heroicos esfuerzos, que no es posible, dice oportunamente el escritor arábigo, defender una ciudad que no quiere ser guardada, y en vano es sacrificarse por un pueblo que desea ser conquistado. Mientras él á la cabeza de sus esclavos rechazaba vigorosamente los enemigos que atacaban una puerta, el populacho arrollaba la guardia de la ciudad que defendía otra y la franqueaba á los africanos. Merced á la cooperación de los de dentro, penetró Suleiman en la plaza: el combate fué horrible, inundáronse las calles de noble sangre árabe, porque los andaluces de pura raza árabe defendieron el alcázar del califa hasta no quedar uno con aliento, y entre cadáveres nobles cayó herido el generoso Hairan que los había alentado á todos, y fué tenido y contado por muerto. Apoderáronse al fin los africanos del alcázar y de todos los fuertes; por espacio de tres días fué entregada la ciudad á un horroroso saqueo: muchos nobles jeques y *cadfes*, muchos sabios y hombres de letras fueron pasados al filo de los rudos alfanjes africanos (1013). El valeroso Hairan era el que, tenido por muerto, respiraba todavía: á favor de la oscuridad de la noche y de la confusión del saqueo, había podido refugiarse en casa de un pobre y honrado vecino, donde sin ser conocido se hizo la primera cura de sus heridas. Vivía Hairan y le veremos todavía hacer un importante papel en la historia. Dueño Suleiman del alcázar y del califa, suplicáronle y le pidieron por la vida de éste algunos de sus honrados servidores: «lo que hizo de él se ignora, dice la crónica árabe, pues nunca pareció ni vivo ni muerto, ni dejó sucesión sino de calamidades y discordias civiles.» Así desapareció definitivamente el califa Hixem II, tan misteriosa y oscuramente como había vivido (1).

Remuneró Suleiman á los wálíes y caudillos sus auxiliares, reconociéndoles conforme á lo ofrecido, la soberanía independiente de sus provincias, aunque con la condición de asistirle en las guerras, especie de feudo que ya casi ninguno se prestó á cumplir, y cuya medida apresuró más y más el fraccionamiento y subdivisión de pequeños principados en que vino pronto á caer el imperio. Al paso que protegía á sus africanos, perseguía y ahuyentaba á los alameríes y esclavos (2). El eslavo Hairan, último ministro del califa, curado ya de sus heridas, logró escaparse de Córdoba y ganar á Almería, ciudad de su antiguo waliato. El wálí puesto por Suleiman quiso impedirle la entrada, y aun se sostuvo en su alcázar por espacio de veinte días, al cabo de los cuales, indignado contra él el pueblo, le arrojó por una ventana al mar con sus hijos. De Almería pasó Hairan á África, donde consiguió persuadir á Alí ben Hamud, wálí de Ceuta, y á

(1) Conde, cap. CVIII.

(2) Aun no hemos explicado lo que éstos eran. Los árabes compraban á los judíos gran número de esclavos germanos ó esclavos, de los cuales unos eran eunucos y se servían de ellos en los harems, otros constituían parte de la guardia de los califas, y solían distinguirse en las batallas: todos llevaban el nombre genérico de esclavos, y habían abrazado el islamismo: los príncipes los manumitían por servicios particulares, y muchos se habían hecho ricos propietarios y llegaron á formar un partido poderoso opuesto al de los africanos berberiscos.

su hermano Alkasim, que lo era de Algeciras, que le ayudasen á lanzar de Córdoba al usurpador Suleiman y á reponer al legítimo soberano Hixem, á quien suponía vivo y encarcelado por Suleiman. Sirviéronle mucho al efecto las cartas cogidas al desgraciado Wahda, en las cuales el califa Ommiada ofrecía á Alí nombrarle su sucesor y heredero. Alentáronse con esto los hermanos Ben Hamud, y desembarcó Alí en Málaga con sus huéspedes de Ceuta y Tánger. Uniéronsele los alameríes, y diósele el mando general del ejército. Apoderado de Málaga, marchaba el ejército aliado hacia Córdoba cuando salió Suleiman á su encuentro. Vióse éste obligado muy contra su voluntad á aceptar un combate general, en el cual llevó la peor parte y tuvo que tocar retirada. Cúpole peor suerte todavía en otro encuentro con los confederados cerca de Sevilla. Abandonáronle las mismas tropas andaluzas pasándose á los africanos: abandonábale ya del todo la fortuna: él y su hermano heridos perdieron sus caballos y cayeron prisioneros. Entraron al día siguiente los vencedores en Sevilla sin resistencia, y avanzando á Córdoba, tampoco hallaron oposición, que no

## MONEDAS ARÁBIGAS



Dirhem

Dinar

quiso estorbarles la entrada el padre de Suleiman que gobernaba la ciudad, sabedor de la desgracia de sus dos hijos y temeroso de mayores males.

Valióle poco, en verdad, al anciano aquella conducta; porque el feroz Alí, haciendo que le fuesen presentados el padre y sus dos hijos Suleiman y Abderramán, éstos ya casi exánimes de resultas de sus heridas: «¿Qué habéis hecho de Hixem, les preguntó, y dónde le tenéis?—Nada sabemos de él, respondió el anciano.—Vos le habéis muerto, replicó Alí.—No, por Dios, contestó el viejo Alhakem, ni le hemos muerto, ni sabemos si vive ni dónde está.» Entonces sacando Alí su espada: «Yo ofrezco, dijo, estas cabezas á la venganza de Hixem y cumpla su encargo.» Alzó Suleiman los ojos y le dijo: «Hiéreme á mí solo, Alí, que éstos no tienen culpa.» Pero Alí, desatendiendo su ruego, los descabezó á todos tres con ferocidad horrible con propia mano. Diéronse luego á buscar á Hixem por todas las estancias, y hasta por los subterráneos de palacio, y por todas las casas de la ciudad, y no habiéndole encontrado por ninguna parte, se anunció públicamente su muerte en la ciudad, muerte en que ya no quería creer el pueblo, dando esto ocasión al vulgo por espacio de algunos años para mil fábulas y consejas (1016).

Proclamado califa Alí ben Hamud el Edrisita, tomó los títulos de Motuakil Billah (el que confía en Dios), y de Nassir Ledin Allah (el defensor de la ley de Dios). Pero dábanle mucha inquietud los alameríes, y el mis-

mo Hairan le inspiraba recelos, por lo que, temeroso de su influjo, le envió á su gobierno de Almería. Había escrito Alí á los walfes de las provincias reclamando su fidelidad y obediencia como á sucesor legítimo del califato designado por el mismo Hixem; pero los de Sevilla, Toledo, Mérida y Zaragoza ni aun se dignaron contestar á sus cartas. Formóse por el contrario una federación entre los walfes emancipados, al parecer y de público con el intento de colocar en el trono á algún príncipe Ommiada, de secreto tal vez con el principal designio de asegurar la independencia de sus gobiernos. Proclamóse, pues, á Abderramán ben Mohammed, llamado Almortadi, de la ilustre stirpe de los Beni-Omeyas, hombre virtuoso y rico, de ánimo esforzado y muy querido de todos, al cual se dió el nombre de Abderramán IV. Casi todos los walfes de la España Oriental y muchos alcaides del Mediodía, doquiera que dominaban los alameríes, se agruparon con gusto en derredor de aquella bandera. Mas en su misma corte y dentro de su propio alcázar tenía Alí ben Hamud desafectos que espiaban ocasión de deshacerse de él. Un día, cuando él se preparaba á salir de Córdoba, como ya lo habían verificado sus tropas y acémilas, para combatir á Abderramán que se sostenía en tierra de Jaén, quiso tomar antes un baño, del cual no salió, porque le ahogaron en él los mismos esclavos que le servían, tal vez ganados por los alameríes de la capital (1017). Divulgóse su muerte como un accidente y natural desgracia, y así lo creyeron sus guardas y familiares.

Nada aprovechó este acaecimiento á Abderramán Almortadi, porque el partido africano, bastante fuerte todavía en Córdoba, proclamó al walf de Algeciras Alkasim, hermano del ahogado. Condújose Alkasim con una crueldad que hizo olvidar la de su antecesor, y con pretexto de descubrir y castigar á los perpetradores de la muerte de su hermano, á unos daba tormento, á otros hacía perecer en suplicios, y los alameríes y las familias más nobles de Córdoba se vieron oprimidas ó proscritas, y no había quien no temiera su venganza. Pero alzóse pronto contra él un terrible enemigo, su propio sobrino Yahia, hijo de su hermano Alí, que se hallaba en Ceuta, el cual, pretendiendo que le pertenecía el trono de Córdoba, desembarcó en España al frente de sus salvajes tribus, trayendo consigo una hueste auxiliar compuesta de los feroces negros del desierto de Sús, raza belicosa y bárbara que nunca había pisado el suelo español. Cuando Alkasim partió de Córdoba á su encuentro, ya su sobrino se había apoderado de Málaga: diéronse los dos competidores algunas batallas sangrientas, mas temeroso Alkasim de que sus discordias redundasen en provecho de Abderramán el Ommiada que se mantenía en las Alpujarras, propuso á Yahia un concierto, por el cual se convino en compartir entre sí el imperio. Tocóle á Yahia la ciudad de Córdoba, y encargóse Alkasim de proseguir la guerra contra Almortadi con la gente de Sevilla, Algeciras y Málaga que reservó para sí. Mas habiendo tenido este último la imprudente confianza de pasar á Ceuta, con objeto de dar solemne sepultura á los restos mortales de su hermano, Yahia, con insigne mala fe, se hizo proclamar en su ausencia soberano único del imperio musulmíco español. Favorecióle mucho la general odiosidad que había contra Alkasim, no sólo para que aquel fatigado pueblo no se opusiese á la usurpación, sino para que los jeques

y vazires se alegraran del cambio y le juraran gustosamente fidelidad y apoyo (1021).

Súpolo Alkasim en Málaga de regreso de su expedición funeral, y con toda su gente marchó resueltamente sobre Córdoba decidido á vengar la alevosía de su sobrino. Faltóle á Yahia el valor cuando más le había menester, y á pesar de contar con el arrojo de sus negros, y con más partido, ó siquiera con menos antipatías en el pueblo que Alkasim, no se atrevió á esperarle, y abandonando la ciudad, no paró hasta Algeciras. Sin resistencia entró segunda vez Alkasim en Córdoba, si bien la soledad, el silencio, la tristeza que notó á su entrada le significaron bastante el disgusto con que era recibido, y que él aumentó con sus nuevas crueldades y sañudas ejecuciones. El aborrecimiento llegó á punto que no podía ya dejar de producir un conflicto. Una noche se tocó á rebato, y el pueblo, de antemano y secretamente armado, acometió furiosamente el alcázar, que á pesar de su impetuosa arremetida no pudo tomar, porque la guardia le defendió con bizarría. El populacho, sin embargo, no se separó de allí, y por espacio de cincuenta días tuvo estrechamente asediado al califa y sus guardias. Faltos ya de provisiones, determinaron hacer una salida vigorosa: muchos perecieron clavados en las lanzas populares: el mismo Alkasim hubiera sido despedazado sin la generosidad de algunos caballeros que le conocieron y escudaron, y le sacaron de la ciudad, y aun le dieron escolta hasta Jerez.

Cansada la población del yugo africano, hubiera recibido con los brazos abiertos al Omniada Abderramán Almortadi, si á tal sazón no hubiera llegado la noticia de su muerte. ¿Cómo fué la muerte de este esclarecido príncipe, y qué había sido de sus aliados, y cómo no prosperó más su partido á través de las disidencias entre los caudillos y califas africanos? He aquí cómo lo cuenta Ebn Khaldun en su capítulo sobre los príncipes de Granada. Veían Hairan y Almondhir (walf de Almería el uno y de Zaragoza el otro, principales fomentadores de la insurrección y del partido de Abderramán) que Almortadi no era el califa que ellos se habían propuesto buscar. Cuidábanse ellos en el fondo muy poco de los derechos de los Omeyas, y si combatían por un príncipe de aquella familia, era con la esperanza de reinar ellos bajo un señor débil é impotente que hubieran impuesto como soberano legítimo á los berberiscos. Pero Almortadi, que era de natural altivo y fiero, no quiso acomodarse á semejante papel ni contentarse con una sombra de soberanía. Lejos de obrar según las miras y fines de Hairan y Almondhir, fué bastante imprudente para hacérselos enemigos. Un día les había prohibido entrar en su casa. «A la verdad, se dijeron ellos entre sí, este hombre se conduce de bien distinta manera ahora que manda un numeroso ejército que antes. Indudablemente es un engañador de quien no se puede fiar.» Para vengarse de Almortadi, que había favorecido á costa de ellos á los jefes de las tropas de Valencia y Játiva, escribieron á Zawi (1), excitándole á que atacase á Almortadi en su marcha á Córdoba, prometiéndole que abandona-

(1) Zawi ben Zeiri era el walf de Granada, que, como berberisco, se había mantenido fiel á Alkasim, y fué el que principalmente sostuvo la guerra con Abderramán.

rían al califa cuando la lid estuviera empeñada. La batalla duró muchos días; en uno de ellos las huestes de Almondhir y de Hairan, según su promesa, volvieron la espalda al enemigo, quedando Abderramán solo con los verdaderos partidarios de su familia y con algunos cristianos auxiliares que llevaba. Fueron éstos pronto puestos en fuga por los berberiscos, que hicieron horrible matanza en sus contrarios, y se apoderaron de sus riquezas y de las magníficas tiendas de sus príncipes y sus generales.

«Esta derrota, dice Ebn Hayan, fué tan terrible, que hizo olvidar todas las demás: desde entonces, jamás el partido andaluz pudo reunir ya un ejército, y él mismo confesó su decaimiento y su impotencia.» Expiaron, pues, Hairan y Almondhir con la ruina de su propio partido su infame traición contra Almortadi. Este desventurado príncipe logró no obstante poder escapar de los berberiscos, y ya había llegado á Guadix cuando unos espías enviados por Hairan le descubrieron y asesinaron. Su cabeza fué enviada á Almería, donde Almondhir y Hairan se hallaban entonces (1).

Gran desconsuelo causó esta novedad á los alameríes de Córdoba y á todos los parciales de los Omeyas, que temían verse de nuevo envueltos en los horrores de la guerra civil de que un momento se lisonjearon haberse libertado. Pero conociendo que no debían perder el tiempo en lamentos estériles, apresuráronse á proclamar califa á Abderramán ben Hixem, hermano de Mohammed el biznieto de Abderramán III. Diéronle el título de Abderramán V, y el sobrenombre de Almostadir Billah (el que confía en el amparo de Dios). Joven de veintitres años, bella y agradable figura, ingenio claro, erudito y elocuente, y de costumbres severas, parecía Abderramán V el más á propósito para reparar los males del imperio, si los males del imperio no hubieran sido ya irreparables. Todos ambicionaban ya el trono, y su mismo primo Mohammed ben Abderramán fué el que más sintió verse postergado y juró destronarle ó sucumbir en la demanda. Sobre no poder contar ya ningún califa con la sumisión de los walíes de las provincias, perdióle á Abderramán su propia severidad y su celo por la reforma de los abusos. Quiso enfrenar la licencia de la guardia africana, andaluza y eslava, y suprimir algunos privilegios odiosos que se habían arrogado, y como no faltara quien instigase á los descontentos, á quienes tales medidas ofendían, burlábanse de él diciendo que era más cortado para superior de un convento de monjes que para soberano de un imperio. Mohammed era el que principalmente fomentaba estas malas disposiciones. El resentimiento estalló en rebelión abierta, y una mañana

(1) Dozy, *Recherches*, etc., tom. 1, pág. 40 y sig. — Conde, cuyo relato difiere del de Ibn Khaldun, cuenta que «en lo más recio de la pelea, cuando la victoria se declaraba por los alameríes, una fatal saeta flechada por la mano del destino enemigo de los Omeyas, hirió tan gravemente al rey Abderramán, que expiró en la misma hora que al rey Abderramán le anunciaron que sus tropas y aliados seguían victoriosos á sus enemigos (capítulo CXIII).» Dozy supone este acontecimiento en 1018. Conde en 1023. Esta última fecha concierta mejor con los sucesos anteriores y posteriores, según hasta ahora los conocemos. Según Conde, no pudo Hairan tener parte en el asesinato del califa Ommiada, puesto que refiere haber sido decapitado por Alf en una invasión que éste hizo en Almería. Dozy le hace morir después de muerte natural. ¡Notables discordancias!

antes de levantarse el califa se vió asaltado por una muchedumbre tumultuosa, que comenzó por asesinar los esclavos que guardaban la puerta de su departamento. Despertó Abderramán al ruido, y empuñando su alfanje se defendió valerosamente un buen espacio, hasta que sucumbió á los repetidos golpes de los asesinos, que con bárbara ferocidad hicieron su cuerpo pedazos, y se derramaron tumultuariamente por la ciudad proclamando á desaforados gritos á Mohammed en medio de la sorpresa y espanto de una población intimidada.

Dueño Mohammed del apetecido y ensangrentado trono, siguió el sistema opuesto al de su antecesor. Propúsose conquistar la afección de la guardia africana á quien debía su elevación, á fuerza de prodigalidades y larguezas. Otorgóle nuevos privilegios, daba á los soldados espléndidos banquetes, agasajábalos de mil maneras, y creyéndose con esto afianzado y seguro entregóse á una vida de placeres, entre músicas, versos, juegos y festines en el palacio y jardines de Zahara que hizo reparar. Los walfes y alcaldes que le veían tan distraído y apartado de los negocios públicos y de gobierno obraban como señores independientes y disponían por sí de las rentas de las provincias, y como éstas dejaron de ingresar en el tesoro y los dispendios del califa consumían tan apresuradamente los escasos recursos que quedaban, agotáronse éstos pronto, y sólo á fuerza de gabelas y vejaciones empleadas por los recaudadores públicos podían los pueblos de Andalucía subvenir á las liberalidades de su pródigo soberano. Pero era á costa de la miseria y de la opresión del pueblo, cuyas quejas y lamentos eran necesarios y naturales. Cuando todo se apuró, y llegó á faltar no sólo para las acostumbradas larguezas sino hasta para las atenciones indispensables, murmurábanle ya simultáneamente la guardia y el pueblo, éste por lo que había dado de más, aquélla por lo que dejaba de percibir. Pueblo y guardia al fin se sublevaron; comenzó la multitud amotinada por pedir la destitución de algunos vazires y las cabezas de otros, y concluyó por reclamar á gritos la del califa y sus ministros. Merced á la lealtad de algunos jinetes de la guardia africana que pudieron librarle del furor popular, logró Mohammed salir de Zahara con su familia y refugiarse en la fortaleza de Uclés, cuyo alcaide le franqueó generosamente la entrada. Pero allí le alcanzó el odio de sus perseguidores, y en aquel hospitalario asilo murió á poco tiempo envenenado, después de un corto reinado de año y medio (1025).

Córdoba suspiraba ya por un soberano capaz de poner término á la feroz anarquía que la desgarraba. Poseía entonces el emirato de Málaga y extendía su gobierno á Algeciras, Ceuta y Tánger aquel Yahia ben Alí el Edrisita, que ya había obtenido algún tiempo el califato, y gozaba fama de gobernar con moderación y con justicia. A invitación de sus parciales pasó Yahia á Córdoba, donde fué recibido con demostraciones públicas de alegría. Su primer cuidado fué escribir á los walfes ordenándoles que pasaran á la capital á jurarle obediencia, pero éstos no estuvieron con él más deferentes que con sus antecesores: los unos ó se excusaron ó se hicieron sordos, los otros le desobedecieron abiertamente, y aun se atrevieron á tratarle de intruso y usurpador. De este número fué el de Sevilla Mohammed ben Abed, llamado Abu al-Kasim, conocido ya por su rivali-



dad con Yahia. Quiso éste castigar ejemplarmente su desobediencia, y salió á combatirle con la caballería de Córdoba, dando orden á los alcaides de Málaga, de Arcos, de Jerez y de Medina-Sidonia para que se le incorporasen. Noticioso de ello el de Sevilla dispuso una emboscada, y por medio de una hábil estratagema logró envolver el ejército del califa, que fué completamente desbaratado: el mismo Yahia recibió en la refriega una lanzada que le clavó á la silla de su caballo: su cabeza fué enviada á Sevilla en señal de triunfo, y las reliquias del destrozado ejército cordobés se retiraron en el más triste abatimiento (1026). Así acabó Yahia ben Ali, último califa edrisita, que en dos veces que ocupó el trono no llegó á reinar año y medio. Mohammed ¡cosa extraña! se volvió á Sevilla sin aspirar al califato.

Hubieron de proceder á nueva elección los cordobeses, y á propuesta é influjo del vazir Gehwar recayó el nombramiento del califa en Hixem ben Mohammed, otro biznieto del grande Abderramán, y hermano de aquel desgraciado Abderramán IV Almortadi. Hallábase el elegido retirado en la fortaleza de Albone (acaso Alpuente) en compañía de su alcaide, cuando le fué anunciada la nueva de su proclamación. Modesto, desinteresado y prudente Hixem, contestó á los enviados del diván que daba las gracias al pueblo de Córdoba por la honra que le hacía y el afecto que le mostraba, pero que no podía resolverse á echar sobre sus hombros el grave peso del gobierno, ni á dejar la vida quieta y pacífica de su retiro. Pasáronse algunos meses antes que pudieran vencer su repugnancia al trono, y cuando hostigado por las instancias de los principales alameríes se resolvió á aceptarlo, difirió cuanto pudo su entrada en Córdoba so pretexto de organizar un ejército en las fronteras, encomendando entretanto el gobierno de la capital al vazir Gehwar á quien nombró su hagib. Habían los cristianos, á través de las discordias que también los consumían entre sí, aprovechádose algo, aunque mucho más hubieran podido hacerlo, de las que destrozaban á los musulmanes, y ensanchado considerablemente los límites de sus fronteras. Guerreó, pues, Hixem III con ellos por espacio de tres años con fortuna varia, y principalmente por la parte de Calatrava y de Toledo. Fomentó mucho la institución de los zahbits, especie de monjes guerreros, y como la milicia sagrada de los musulmanes, que se consagraban voluntariamente al ejercicio de las armas y á defender constantemente las fronteras contra los almogávares cristianos; origen, á lo que muchos creen, de las órdenes militares cristianas.

Pero si algo ganaba el califa sosteniendo el honor de las armas musulmicas en las fronteras, perdía más por otra parte el imperio con su apartamiento de la capital, aflojándose, ó más propiamente desatándose ya los escasos vínculos que le unían, ya tomando ocasión de su misma ausencia los sediciosos para fomentar en la capital hablillas y disturbios, ya declarándose los walfes en completa independencia y obrando como reyes absolutos. De todo le dió aviso su fiel hagib Gehwar, instándole á que con la mayor presteza y diligencia pasase á Córdoba. Hízolo así Hixem (1029), y su presencia, su afabilidad, su prudente y generoso comportamiento no dejó de calmar los ánimos de los más revoltosos é inquietos, y de captarse las voluntades de la mayoría de la población, visitando las escuelas,

colegios y hospicios, y socorriendo á los huérfanos, desvalidos y enfermos. Mas cuando quiso persuadir á los walfes con amistosas cartas y prudentes razones la necesidad de la unión y cooperación común para recuperar lo que las discordias habían hecho perder al imperio, no obtuvo ya sino ó negativas ó indiferencia, y no hubo manera de recabar de ellos las contribuciones y subsidios. Convencido de la ineficacia de los medios blandos y suaves, apeló á los fuertes y violentos, y encomendó á sus más fieles caudillos la reducción de los walfes desobedientes. ¡Inútiles y tardíos esfuerzos! Algunos de los disidentes eran momentáneamente sometidos, pero la unidad del imperio, ya virtualmente disuelta, acabó de disolverse en lo material. El africano Zawi ben Zeiri se hacía proclamar rey de Granada y de Málaga: los de Denia y Almería, los de Zaragoza, Badajoz, Mérida y Toledo, declaráronse independientes de hecho y de derecho; á las mismas márgenes del Guadalquivir se le rebelaban los de Carmona, Sevilla y Medina-Sidonia; y el mismo Abdelaziz á quien había dado el gobierno de Huelva se alzaba con el señorío de aquel país. Apenas le quedaba sino la capital, y ésta no tardó en enajenársele.

Supieron que el califa en última necesidad había hecho pactos y transacciones con los rebeldes, y aquella población, aquella raza degenerada, que, como el mismo Hixem decía, ni sabía ya mandar ni sabía obedecer, le criticó de débil y de cobarde, le culpó de la mala suerte de la guerra y de las calamidades del reino, y se produjo en términos y demostraciones amenazadoras contra el califa. Aconsejábale Gehwar que abandonara la ciudad: él, que no había merecido la desafección del pueblo, no creía tampoco en su ingratitude, hasta que llegó el caso de pedir la amotinada multitud á gritos por las calles la deposición del califa y su destierro. Avisóselo el mismo Gehwar, y entonces Hixem, con resignación filosófica, exclamó sin alterarse: «Gracias sean dadas á Dios que así lo quiera.» Y aquel príncipe, que con repugnancia había aceptado un trono jamás ambicionado, salió sin pesar de Córdoba acompañado de su familia y de algunos principales caballeros y literatos que quisieron correr la misma suerte que su soberano. Retiróse éste primeramente á Hisn Aby-She-riff (1031), mas perseguido allí por los cordobeses buscó un asilo cerca de Lérida, donde acabó tranquilamente sus días en 1037. «En él, dice el historiador árabe, feneció la dinastía de los Omeyas en España, que principió en Abderramán ben Moawiah año 138, y acabó en este Hixem al-Motadi año 422 (de 756 á 1031). Así pasó el estado y la fortuna de ellos, añade, como si no hubiese sido. Feliz quien bien obró y loado sea siempre aquel cuyo imperio jamás acabará (1).»

(1) Conde, cap. cxvii.

## CAPÍTULO XX

## REINOS CRISTIANOS

DESDE ALFONSO V DE LEÓN HASTA FERNANDO I DE CASTILLA

De 1002 á 1037

Falta de unión entre los monarcas cristianos. — Conducta de Alfonso V. — Repuebla á León. — Sus desavenencias con Sancho de Castilla. — Célebre concilio de León de 1020. — Sus principales cánones ó decretos. — Constituye el llamado *Fuero de León*. — Muerte de Alfonso V. — Fueros de Castilla otorgados por el conde don Sancho. — Fueros en el condado de Barcelona. — Borrell II y Berenguer Ramón I. — Fuero de Nájera por el rey Sancho el Mayor de Navarra. — García II de Castilla y Bermudo III de León. — Muere el conde García asesinado en León por la familia de los Velas. — Apodérase el rey de Navarra del condado de Castilla. — Horrible castigo de los Velas. — Conquista una parte del reino de León. — Discordias entre el leonés y el navarro. — Vienen á acomodamiento y se pacta reconocer á Fernando por rey de Castilla. — El navarro se apodera de Astorga y se erige en rey de León. — Muerte de Sancho el Grande de Navarra, y famosa distribución de reinos que hizo entre sus hijos. — Guerra entre Ramiro de Aragón y García de Navarra. — Guerra entre Bermudo III de León y Fernando I de Castilla. — Muere Bermudo. — Extínguese la línea masculina de los reyes de León. — Hácese reconocer por rey de León Fernando de Castilla. — Reunión de las coronas de León y Castilla en Fernando I.

Decíamos en el anterior capítulo que el resultado de la batalla de Calatañazor y la descomposición á que por consecuencia de ella vino el imperio musulmán, brindaba ocasión propicia á los cristianos, no sólo para recobrar de sus pasadas pérdidas, sino para haber reducido á la impotencia á los sarracenos, si los nuestros hubieran continuado unidos y sabido convertir en provecho propio el desconcierto á que aquéllos vinieron y las disensiones que los destrozaban. Añadiremos ahora, que si después de la muerte de Almanzor (1002) y durante los seis años del gobierno de su hijo Abdelmelik pudieron todavía los estandartes que triunfaron en la cuesta de las Águilas detenerse hasta un resto de pujanza que conservaba el imperio mahometano bajo la dirección de aquel belicoso caudillo, muerto éste (1008), ni hallamos la razón ni podemos justificar la conducta de los príncipes cristianos en no haber proseguido de concierto la guerra contra los enemigos de la fe. Pronto olvidaron que una sola vez que se habían unido habían triunfado del gran capitán de los agarenos en el apogeo de su poder: y como si hubiera pasado para ellos todo peligro, volvieron al sistema fatal de aislamiento y renacieron antiguas rivalidades.

Seguían, es verdad, venciendo las armas cristianas en Gebal Quintos y en Akbatalbacar, allí mandadas por el conde Sancho de Castilla, aquí por los condes Ramón Borrell de Barcelona y Armengol de Urgel. Pero vencían, el uno para dar el trono de Córdoba á Suleiman el Berberisco, el otro para entronizar á Mohammed el Omniada. Eran solicitados como auxiliares, y aparecían como mercenarios pudiendo haber obrado como señores. Contentábanse con la cesión de algunas fortalezas y ciudades en pago de un servicio los que hubieran debido ganarlas por conquista, y las espadas que

hubieran debido emplearse contra los enemigos de la fe eran arrojadas en la balanza musulímica para inclinarla con su peso alternativamente, ya en favor de uno, ya en favor de otro de los aspirantes al trono musulmán. Algo los disculpa el haberse propuesto, como creemos, debilitar de aquella manera las fuerzas de los mahometanos y contribuir á fomentar sus escisiones.

Sin embargo, no fué por estos solos medios, ni fué solamente el material ensanche de territorio lo que ganaron los reinos cristianos durante la disolución del imperio Omniada. Reparáronse y se repusieron de las pérdidas y desastres causados por Almanzor, y lo que fué más importante todavía, dieron grandes y avanzados pasos hacia su reorganización religiosa, política y civil. Alfonso V de León, ya en su menor edad bajo la tutela y dirección del conde Menendo de Galicia y su esposa, y de su madre doña Elvira (1), ya después de haber alcanzado la mayoría y enlazándose en matrimonio con la hija de los condes sus ayos llamada Elvira también (1008), en ambas épocas con recomendable piedad, ó inspirada ó propia, se ocupó en reparar y fundar iglesias y monasterios, ó en dotarles de rentas y hacerles ricas donaciones. Llenos están el cartulario y tumbo de León y todos los pergaminos de aquel tiempo de privilegios de este género otorgados por el joven y piadoso monarca (2).

Mas no fueron solos monasterios é iglesias los que fundó, reedificó ó restauró el hijo del segundo Bermudo. La capital misma de su reino, la ciudad de León desde las deplorables irrupciones de Almanzor y de Abdelmelik había quedado assolada, casi yerma, reducida, como dijo Ambrosio de Morales, á un cadáver de población. Alfonso V se consagró con ahinco y afán á levantarla de sus ruinas, emprendió enérgicamente obras de reparación y construcción, dictó oportunas medidas para atraer nuevos pobladores, y no perdonó medio para hacerla recobrar en lo posible su grandeza y esplendor primitivo. Aun conserva Alfonso V el título de repoblador de León *Qui populavit Legionem post destructionem Almanzor*, dice todavía su epitafio: *et fecit ecclesiam hanc de luto et latere*. Hasta á los muertos los hizo contribuir á dar vida á aquella población exánime, haciendo trasladar á la iglesia de San Juan los restos mortales de todos los reyes que se hallaban sepultados en diferentes iglesias del reino, entre ellos el cuerpo de su padre que hizo conducir desde el Vierzo.

Las desavenencias entre el rey de León y su tío el conde Sancho de

(1) Usándose ya en los siglos que históricamente recorremos los antanombres de *Don* y *Doña* aplicados á los reyes y reinas y á otras personas ilustres, los emplearemos nosotros también, aunque no en todos los casos ni para todos los nombres, siguiendo en esto la costumbre generalmente recibida.

Con respecto á los *Alfonso* ó *Alonso*, que de ambas maneras se encuentran nombrados en nuestros autores aquellos monarcas, hemos preferido usar constantemente el de *Alfonso*, ya por ser una contracción de *Ildephonsus*, ya porque los árabes nunca omitían el sonido de la *f* ó *ph*, fuese que los nombraran *Alfuns*, *Anfus* ó *Adefuns*, ya porque los mismos monarcas en sus instrumentos públicos se decían siempre: *Ego Adefonsus Dei gratia*, etc.)

(2) Pueden verse los muchos que recogió el P. Risco en el t. XXXVI de la *España Sagrada*.



Miniatura-portada del libro de los TESTAMENTOS ó PRIVILEGIOS  
 que se conserva en la catedral de Oviedo  
 (Ejecutada por orden del obispo D. Pelayo á principios del siglo XII)

Castilla debieron comenzar de 1012 en adelante, puesto que aquel año se ve al rey don Alfonso hablar del conde con el afecto de deudo (1), y en 1017 le trata de inicuo, de desleal, de enemigo que no piensa ni de día ni de noche sino en hacerle daño (2). Acaso fué la causa de estas escisiones la protección que el castellano solía dar á los criminales que del reino de León pasaban á sus dominios, de cuyo comportamiento se vengó el leonés despojándole de algunas posesiones que aquél tenía en su reino y trasfiriéndolas á sus leales servidores. Agregóse á esto que aquella familia de los Velas, enemiga de los condes de Castilla desde Fernán González, y que expulsada por éste y unida á los sarracenos los había concitado á hostilizar la Castilla y dirigidolos á veces en sus invasiones, viendo mal paradas las cosas de los musulmanes, habíase acogido otra vez á Castilla, donde los recibió el conde don Sancho. Mas como los Velas diesen muestras de volver á sus antiguas infidencias, los arrojó ignominiosamente el conde de sus Estados. Entonces el de León, no sólo los admitió benévola-mente en su reino, sino que les señaló en los valles limítrofes de León y Asturias tierras y posesiones con que pudiesen vivir con arreglo á su distinguida clase (3), lo cual produjo gran resentimiento en el conde castellano, y estas disidencias duraron hasta su muerte.

No estorbaron al monarca leonés estas discordias ni le sirvieron de embarazo para congregar una de las más importantes asambleas que en la época de la restauración se celebraron en España, y de las que más influjo ejercieron en su reorganización política y civil. Hablamos del concilio de León del año 1020 (4); asamblea político-religiosa que nos recuerda las famosas de Toledo del tiempo de los godos, y la primera de los siglos de la reconquista en que se hizo un código ó pequeño cuerpo de leyes escritas que nos hayan sido conservadas después del Fuero Juzgo. Abrióse el día 1.º de agosto (5), en presencia del rey y de su esposa doña Elvira, en la iglesia de Santa María, con asistencia de todos los prelados, abades y próceres del reino. «En la Era MLVIII (dice), el 1.º de agosto á presencia del rey don Alfonso y de la reina Elvira su mujer, nos hemos congregado en la misma sede de Santa María todos los pontífices, abades y grandes del reino de España, y por mandato del mismo rey hemos ordenado los decretos siguientes, que habrán de ser firmemente observados en los tiempos futuros (6).» Hicieron en él cincuenta y ocho decretos ó cánones, de los cuales los siete primeros versan sobre asuntos eclesiásticos, previniéndose

(1) *Et etiam tius et adjutor meus Sanctius comes. Esp. Sagr. t. XXXVI, ap. IX.*

(2) *Infidelissimo et adversario nostro Sanctioni, qui die nocteque malum perpetrabat apud nos. Cartular. de León, fol. 188. — Esp. Sagr., t. XXXVI, ap. XII.*

(3) Estos Velas eran tres, según testimonios auténticos, Bermudo, Nebuciano ó Nepociano y Rodrigo; no Rodrigo, Íñigo y Diego, según el arzobispo don Rodrigo, á quien siguió Mariana, ni menos Diego y Silvestre, según Lucas de Tuy, que nombra sólo estos dos. En escrituras del archivo de León aparecen las firmas de los tres primeramente nombrados.

(4) Mariana con manifiesto error le supone celebrado en Oviedo.

(5) Ya no se duda de esta fecha, con la cual concuerdan todos los códices, y que por una mala inteligencia apareció equivocada en la colección de Aguirre, t. III, pág. 180.

(6) Tenemos á la vista la copia del libro de testamentos de la iglesia de Oviedo,

en el 7.º que se trate primero de las cosas de la Iglesia, después lo perteneciente al rey, y en último lugar la causa de los pueblos (*causa populorum*). Los otros hasta el 20 son verdaderas leyes políticas y civiles para el gobierno de todo el reino, y los demás son como ordenanzas municipales de la misma ciudad de León y su distrito: el 20 tiene por especial objeto la repoblación de la ciudad, «despoblada (dice) por los sarracenos en los días de mi padre el rey Bermudo.»

Son notables, entre otras disposiciones de este célebre concilio, las siguientes: «Mandamos (dice el canon 13), que el hombre de *benefactoría* vaya libre con todos sus bienes y heredades á donde quisiere.» El hombre ó pueblo de *benefactoría*, de donde se derivó la palabra *behetría*, era el que tenía derecho ó facultad de sujetarse al señor que más le acomodaba, para que le amparase, defendiese é hiciese bien, con la libertad de mudar de señor á voluntad: «con quien bien me hiciere con aquel me iré (1).»

«Los que han acostumbrado á ir al *fosado* con el rey, con los condes ó con los merinos (2), vayan siempre según costumbre.»

Ir al fosado era lo mismo que ir á campaña, á lo cual por las leyes godas estaban obligados todos los propietarios, llevando á la guerra, además de su persona, la décima parte de sus esclavos. En las nuevas monarquías habían ido los nobles y ricos relajando esta obligación y mirando como mera costumbre lo que había sido verdadera ley. En algunas partes se había conmutado el servicio personal en una contribución llamada *fonsadera*. El citado canon tenía por objeto conservar aquella ley ó costumbre tan útil y necesaria para la defensa del Estado.

Decretóse en el 18 que en León y en todas las ciudades del reino hubiese jueces nombrados por el rey. Que también en este punto se había relajado la legislación visigoda, apropiándose los señores en muchos lugares este derecho de la soberanía.

En cuanto á los fueros particulares que por este concilio le fueron otorgados á la ciudad de León, habíalos también muy notables. «Ningún vecino de León, clérigo ó lego, pagará rauso, fonsadera ni mañería (3).» Concedíase por el 24 á la ciudad de León el fuero de que si se cometía en ella

---

inserta por don Tomás Muñoz en el t. I de su Colección de Fueros Municipales y Cartas-pueblas de los reinos de Castilla, León, etc., 1847.

(1) Estas *behetrias*, tan célebres en el derecho de Castilla de la edad media, eran de diferentes clases según su extensión ó limitación. A veces el señor ó benefactor que se hubiera de elegir había de ser de determinado pueblo ó localidad. A veces este derecho se extendía á todo un país ó distrito, y en ocasiones no se prescribían límites, sino que el pueblo de *behetría* tenía facultad de elegir señor en cualquier punto de la Península de uno á otro extremo, que era lo que se denominaba *de mar á mar*.

(2) Los *merinos* (derivación de la voz latina *majorinus*), de que ya se halla mención en el Fuero de los visigodos, eran unos jueces mayores del rey, de los cuales el *sayón* era el ejecutor ó ministro. «Merino es nome antiguo de España (dice la l. 23, t. 9, p. 2 de la Recopilación), que quier tanto decir como home que ha mayoría para facer justicia sobre algún lugar señalado, así como villa ó tierra, etc.»

(3) Ya hemos explicado lo que era fonsadera. *Rauso* se llamaba la multa que debía pagarse por las heridas y contusiones. *Mañería* (manneria) era otra contribución por el derecho de testar los que morían sin hijos, del cual estaban privados los esclavos, colonos y demás personas de origen servil.

algún homicidio, huyendo el reo de su casa y estando oculto nueve días, pudiera volverse á ella seguro de la justicia y guardándose de sus enemigos ó componiéndose con ellos, sin que el sayón le exigiera cosa alguna por su delito. Las causas y pleitos de todos los vecinos de León y de su término habían de decidirse precisamente en la capital, y en tiempo de guerra estaban todos obligados á guardar y reparar sus muros, gozando el privilegio de no pagar portazgo de lo que allí vendiesen (can. 28). Todo vecino podía vender en su casa los frutos de su cosecha sin pena alguna (can. 33). Las panaderas que defraudaran el peso del pan, por la primera vez habían de ser azotadas, por la segunda pagarían cinco sueldos al merino del rey (can. 34). Ninguna panadera podía ser obligada á amasar el pan del rey, como no fuese esclava suya (can. 37).

Dos de los más apreciables privilegios concedidos por este concilio fueron los siguientes: «Ni merino ni sayón pueda entrar en el huerto ó heredad de hombre alguno sin su permiso, ni extraer nada de él, si no fuese de siervo del rey (can. 38).» «Mandamos que ni merino, ni sayón, ni dueño de solar, ni señor alguno entren en la casa de ningún vecino de León *por nenguna calofia*, ni arranque las puertas de su casa (can. 41).» Recaen estos privilegios ya sobre la mala costumbre que había, ó mejor dicho, abuso, que con el nombre de *fuego de sayonia* se arrogaban los jueces y los ministros de hacer pesquisas y visitas domiciliarias de oficio y sin queja de parte conocida, estafando á los pueblos á pretexto de costas judiciales, ya sobre la corruptela de entrar por fuerza en las casas para cobrar deudas, en cuyos casos, entre otras vejaciones, solían arrancar y llevarse las puertas: costumbres que con razón se denominaban en algunas escrituras *malos fueros*. Estas mismas gracias concedidas por el concilio demuestran lo oprimidos que antes de su concesión estaban los vecinos de la capital, y de aquí puede deducirse lo tiranizados que vivirían los moradores de las pequeñas poblaciones.

Concluye el concilio con una terrible conminación de anatema á los transgresores de aquella ley: «Si alguno de nuestra progenie ó de otra cualquiera intentase quebrantar á sabiendas esta nuestra constitución, cortada la mano, el pie y el cuello, arrancados los ojos, sacadas y derramadas las entrañas (1), herido de lepra, juntamente con la espada de la excomunión, pague la pena de su delito en condenación eterna con el diablo y sus ángeles.»

Tales fueron las principales disposiciones del célebre concilio de León de 1020. Mantúvose este código en observancia por espacio de muchos siglos, y recibió el nombre de *Fuero de León*. Como principal título de gloria pregona, y con justicia, el epitafio de Alfonso V el haber dotado el reino y la ciudad de buenos fueros (*et dedit ei bonos foros*). Así se iba modificando, sin abolirse por eso ni dejar de regir el Fuero Juzgo, la jurisprudencia heredada de los visigodos, con arreglo á las nuevas condiciones en que se iba encontrando la sociedad española.

Continuó el rey don Alfonso en los años sucesivos promoviendo la de-

---

(1) *E con nas entrañas fuera e esparcidas por la tierra...* Copia de la traducción de este código que existía en el monasterio de Benevivere.



voción religiosa y dando de ella personal ejemplo, protegiendo á los buenos preladados como el docto Sampiro, aplicando frecuentemente á los monasterios é iglesias los bienes que confiscaba á los criminales, y recompensando los servicios de sus más leales súbditos á costa de los que intentaban rebelarse contra su autoridad. Llegóse así el año 1026, en que con motivo de la guerra que hacía por las fronteras cristianas el último califa Omniada Hixem III, á semejanza del postrer esfuerzo de un moribundo, pasó el monarca leonés el Duero, y prosiguiendo hacia el Sur fué á poner sitio á Viseo en la Lusitania. La plaza estaba ya casi á punto de rendirse, cuando un día, hostigado el rey por el calor, excesivo para aquella estación (5 de mayo de 1027), púsose á hacer un reconocimiento á caballo al rededor del muro, sin coraza y sin otro abrigo ni defensa que una delgada camisa de lino: en esto que una flecha lanzada de lo alto de una torre por mano de un musulmán vino á clavársele en el cuerpo, y cayendo del caballo sucumbió á muy poco tiempo de la herida. Así murió Alfonso V de León, el de los buenos fueros, á los 33 años de su edad y 28 de reinado, dejando dos hijos jóvenes, Bermudo y Sancha, que ambos heredaron el reino como veremos después (1).

Sancho de Castilla por su parte tampoco se había contentado con dilatar las fronteras de sus dominios, ya recobrando con la espada muchas plazas perdidas en los calamitosos tiempos de Almanzor, ya recibiendo, como antes hemos enunciado, fortalezas y ciudades á cambio y premio del auxilio que á solicitud de los califas ó caudillos sarracenos, solía prestarles. Ganó también Sancho, aun antes que el monarca leonés, fama y renombre de generoso y de justiciero, al propio tiempo que de político y de organizador, por la largueza con que otorgó á los pobladores de las ciudades fronterizas exenciones, franquicias y derechos apreciables, que recibieron y conservan el nombre de *fueros*: nueva forma que comenzó á recibir la jurisprudencia española, origen noble de las libertades municipales de Castilla, y justa y merecida recompensa con que los príncipes cristianos ó remuneraban á los defensores de una ciudad que se sostenía heroicamente contra los rudos é incesantes ataques del enemigo, ó alentaban á los moradores de un pueblo que había de servir de centinela ó vanguardia avanzada de la cristiandad, expuesta siempre á las incursiones é invasiones de los musulmanes; pequeñas cartas otorgadas, y preciosas aunque diminutas y parciales constituciones especie de contrato mutuo entre los soberanos y los pueblos, que más de un siglo antes que en otro país alguno de Europa sirvieron de fundamento á una legislación que todavía encarecen las sociedades modernas.

Precedió, hemos dicho, el conde Sancho de Castilla al rey Alfonso V de León en la concesión de estos fueros y cartas-pueblas. Nos ha quedado escrito el que en 1012 concedió á Nave de Albura á la margen izquierda del Ebro (2). Las referencias de otros soberanos posteriores al confirmar

(1) Pelag. Ovet. Chron. n. 5. — Mon. Silens. Chron. n. 73. — Luc. Tud. pág. 89, etc.

(2) Llorente, *Memorias de las Provincias Vascongadas*, part. III. — *Memorias de la Academia de la Historia*, t. III, pág. 308. — Colección de Fueros y Cartas-pueblas, tomo I, pág. 58.

los que muchos pueblos habían obtenido del conde don Sancho, nos certifican de la liberalidad con que otorgó esta clase de derechos á las poblaciones de sus dominios el que tuvo la gloria de pasar á la posteridad con el honroso sobrenombre de *Sancho el de los Buenos Fueros*. La exención de tributos y el no hacer la guerra sin estipendio, como hasta entonces se había acostumbrado, fué uno de los más notables fueros que concedió este célebre conde de Castilla. *Heredado é enseñoreado el nuestro señor conde don Sancho del condado de Castilla.....fizo por la ley é fuero que todo home que quisiese partir con él á la guerra á vengar la muerte de su padre en pelea, que á todos facta libres, que no pechasen el feudo ó tributo que fasta allí pagaban, é que no fuesen de allí adelante á la guerra sin soldada* (1). «Dió mejor nobleza á los nobles, dice el arzobispo don Rodrigo, y templó en los plebeyos la dureza de la servidumbre (2).»

El que precedió á su coetáneo Alfonso V de León en la concesión de fueros, si bien los del conde castellano no formaban todavía un cuerpo de derecho escrito como los del monarca leonés (3), precedióle también en la muerte, en 1021 (4), dejando por sucesor del condado á García su hijo, muy joven aun; pues que había nacido en el mismo año que su padre hizo la expedición á Córdoba en calidad de aliado y auxiliar de Suleiman.

Mientras así obraban los soberanos de León y de Castilla durante la disolución del imperio musulmico cordobés, el conde Ramón Borrell de Barcelona, no menos celoso de la prosperidad y engrandecimiento de su Estado que los castellanos y leoneses, después de su expedición á Córdoba como auxiliar de Mohammed, y de regreso de las batallas de Akbatalbacar y del Guadiaro, redobló sus ataques contra las fronteras musulmanas, en unión con los prelados, abades, vizcondes, caballeros y todos los hombres de armas, conquistando fortalezas y castillos hacia el Ebro y el Segre, y proveyéndolos de alcaides y gobernadores de probado valor. Así descendió el noble conde al sepulcro (25 de febrero de 1018), dejando por sucesor del trono condal á su hijo Berenguer Ramón, joven de tierna edad, bajo la tutela de su madre la condesa doña Ermesindis, que en las ausencias de su esposo había quedado siempre gobernando el condado, y

(1) Documento antiguo inserto por el M. Berganza en sus antigüedades de España, tomo II.

(2) *Nobiles nobilitate potiore donavit, et in minoribus servitutis duritiam temperavit.* De Reb. Hisp., lib. V.

(3) No insistimos ahora más sobre las concesiones forales del conde Sancho de Castilla, puesto que tendremos ocasión de hablar de la legislación foral de España, y entonces demostraremos también que los fueros y cartas-pueblas fueron en España más antiguos de lo que generalmente se cree.

(4) Omitimos por infundado y fabuloso el cuento del envenenamiento de su madre y los amores de ésta que refiere el P. Mariana, con aquello de haberse aficionado á ella cierto moro principal, «hombre muy dado á deshonestidades y membrudo.» El mismo Mariana, tan poco escrupuloso en prohiar esta clase de consejas, añade después de haberla referido: «es verdad que para dar este cuento por cierto no hallo fundamentos bastantes.» Mariana llama doña Oña á la madre de Sancho, siendo su verdadero nombre doña Aba.

de saber dirigir los negocios públicos con fortaleza, discreción y buen consejo había dado multiplicadas pruebas. Mas esta misma intervención en el gobierno del Estado á que se acostumbró en vida del conde su esposo, las excesivas facultades con que éste quiso dejarla favorecida en su testamento, y la corta edad é inexperiencia de su hijo, despertaron en la condesa viuda tan desmedida ambición de mando, que el joven Berenguer Ramón I tuvo que luchar después constantemente contra las exageradas pretensiones de su madre, origináronse disturbios graves en la familia, acaso las catástrofes sangrientas que luego sobrevinieron tuvieron en estas discordias su principio y causa, y el hijo tuvo por fin que pactar con la madre sobre el imperio como se pudiera pactar entre dos rivales y extraños poderes.

Á pesar de estas flaquezas y de no haber sido el conde Berenguer Ramón un príncipe guerrero, debióle el condado el haber hecho sentir la fuerza blanda de la ley y haber comenzado á dar asiento y forma al imperio heredado de sus mayores. «Por esto, dice un moderno historiador de Cataluña, la historia debiera trocar por el de *Justo* el sobrenombre de *Curvo* con que designa á Berenguer Ramón I; y á Barcelona le cumple añadirle el de *Liberal*, ya que á él debieron en 1025 los moradores de este condado la primera confirmación histórica de todas sus franquicias y de la libertad de sus propiedades (1).» Ya el conde Borrell II en 986 en su carta de población de Cardona había dado á esta ciudad privilegios y derechos apreciables (2), y estas y otras exenciones eran las que confirmaba el desgraciado hijo de Ramón y de Ermesindis.

Así iban los soberanos de la España cristiana casi simultáneamente y como por un sentimiento unánime fundando una nueva jurisprudencia y despojándose de sus atribuciones para compartirlas con los pueblos que con tan heroico y constante esfuerzo sostenían sus tronos al mismo tiempo que la causa de la cristiandad.

No de otra manera obraba por su parte Sancho el Mayor de Navarra. Aunque otro monumento no hubiera quedado de este gran príncipe que el insigne y celebrado fuero de Nájera, hubiera bastado para darle renombre (3). De esta manera y por una coincidencia singular, mientras el imperio mahometano de Córdoba caminaba apresuradamente hacia su disolución, los reinos ó Estados cristianos de León, de Castilla, de Barce-

(1) El juicioso y malogrado señor Piferrer, *Recuerdos y bellezas de España*, tomo de Cataluña, pág. 95.

(2) Copiada por Villanueva en el t. VIII de su Viaje literario á las iglesias de España, ap. xxx. — Colección de Fueros y Cartas-pueblas, t. I, pág. 51. — Léese en esta carta, entre otras cosas, lo siguiente: *Et si vobis major necessitas fuerit, omnes vos imperabit, per vestram bonam voluntatem, sicut videritis quodmodo opus est vobis, ut vos defendatis contra inimicos vestris* (sic).

(3) Los doctores Asso y Manuel atribuyeron este famoso fuero, sin duda por equivocación de nombres, á los condes de Castilla don Sancho y don García su hijo. Sempere y Guarinos le supone otorgado por el rey Alfonso VI de León, que lo que hizo en 1076 fué confirmarle. Las palabras de este mismo monarca nos descubren su origen: *Isti sunt fueros que habuerunt in Navarra in diebus Sanctii regis et Garciani regis*. — Véase Marina *Ensayo Histórico-crítico sobre la antigua legislación de Castilla*, n. 105.

lona y de Navarra, sin dejar de progresar en lo material aunque no tanto como hubieran podido si hubieran obrado de concierto contra el enemigo común, se reorganizaban y reconstituían interiormente sobre la base de una nueva codificación, que sin destruir la antigua (pues ya hemos dicho que el código de los visigodos no dejó por eso de considerarse como la jurisprudencia general), daba nueva fisonomía á la constitución civil de los Estados, suplía á aquél en las necesidades y condiciones de nuevo creadas en las nascentes monarquías, y ampliándose cada día había de ser la base y principio de la legislación foral que tanta celebridad goza en la historia de la edad media en España.

La muerte de Sancho de Castilla y la de Alfonso V de León, ocurridas la primera en 1021, la segunda en 1027, dieron ocasión á enlaces de familia entre príncipes y princesas de las dinastías reinantes, los cuales produjeron relaciones y sucesiones que cambiaron esencialmente la condición de los Estados cristianos en que estaba la España dividida y complicaciones de largos y duraderos resultados.

Era, como hemos dicho, conde de Castilla el joven García II hijo de



BERENGUER RAMÓN I

SANCHO II

Sancho, cuando sucedió en el trono de León á Alfonso V su hijo Bermudo, tercero de su nombre, joven también de diez y siete á diez y ocho años, pero esclarecido en saber, aunque pequeño en edad, como le califica un antiguo escritor (1). Uno de los primeros actos del nuevo monarca leonés fué unirse en matrimonio con la hermana del conde castellano (1028) llamada Jimena Teresa, en algunos documentos también Urraca. Otra hermana del conde de Castilla, doña Mayor de nombre, y mayor también en edad, estaba casada con don Sancho el de Navarra. De forma que los tres soberanos de León, Navarra y Castilla, estaban emparentados en igual grado de afinidad.

Para estrechar más todavía estos lazos entre las familias reinantes, los condes de Burgos celebraron consejo y acordaron enviar un mensaje á Bermudo III de León solicitando diese en matrimonio su única hermana Sancha al conde García, y que con tal motivo consintiese en que dicho conde tomara el título de rey de Castilla. Acogió el leonés con beneplácito la embajada de los caballeros burgaleses y les prometió acceder á los dos extremos de su demanda. Partió, no obstante, Bermudo á Oviedo, cuya iglesia parece haber hecho voto de visitar, dejando en León á la reina su esposa y á su hermana. Satisfechos del resultado de su misión los nobles castellanos, regresaron á Burgos, é instaron al conde García á

(1) *In etate parvus, in scientia clarus.* Anon. de Sahagún.

que pasase por León á Oviedo y concertase con Bermudo todo lo concerniente á su matrimonio y al título real. Hizolo así García, partiendo de Burgos en los primeros días de mayo de 1029, con la flor de la nobleza castellana. Llegado que hubieron á León, pasó inmediatamente García á visitar á la reina su hermana y á la hermana del rey, Sancha su prometida. Pensaba detenerse en León sólo los días precisos para el descanso y para cumplir con los deberes de la galantería y de la urbanidad. ¡Cuán ajeno estaba de sospechar la catástrofe que le esperaba allí!

Sabedores los Velas de la llegada de García á León, aquellos Velas á quienes el conde Sancho había arrojado de Castilla y Alfonso V había acogido en su reino y dádoles posesiones en las montañas de Asturias, aquellos eternos enemigos de la familia de Fernán González, que vieron una ocasión de vengar antiguos y personales agravios, aprovechándose de la ausencia del rey Bermudo, levantaron un buen golpe de gente de sus parciales, y marchando á su cabeza y caminando toda una noche sin descanso, sorprendieron al rayar el alba del otro día la ciudad de León. Habíase dirigido el conde castellano, sin duda con objeto de cumplir alguna devoción, al templo de San Juan Bautista. Á la puerta misma del templo se vió de improviso asaltado por los conjurados, que sin respeto á la santidad del lugar consumaron su horrible proyecto, y la cabeza del joven conde de Castilla cayó á los pies de los que habían sido súbditos de sus mayores, en los momentos en que le sonreía el más halagüeño porvenir. Por una coincidencia que hace resaltar el horror del crimen, Rodrigo Vela, que en los días de reconciliación con el conde don Sancho había tenido en la pila bautismal al niño García, fué el que descargó ahora con mano impía el golpe mortal sobre su ahijado. Varios caballeros castellanos y leoneses que acudieron á defender al joven conde cayeron también al golpe de los afilados aceros de la gente de los Velas. Mas viendo éstos amotinarse el pueblo para vengar la muerte de García, abandonaron la ciudad y se retiraron al castillo de Monzón. Fué este lamentable suceso el 13 de mayo de 1029. La princesa Sancha, dice la crónica, derramó abundante llanto sobre el cadáver de su prometido esposo, y le hizo enterrar con los debidos honores cerca del de Alfonso su padre en la iglesia misma de San Juan Bautista (1).

Con la muerte de García acababa la línea masculina de la ilustre prosapia de Fernán González, su tercer abuelo, y sólo restaban dos princesas, casadas ambas, la menor con Bermudo III de León, la mayor con Sancho el Grande de Navarra. Así el importante condado de Castilla venía á quedar expuesto á las pretensiones, ó del más ambicioso de los dos monarcas, ó del más fuerte, ó del que se creyera con más derecho á él. Reuníanse todas estas cualidades en don Sancho el Mayor de Navarra, que no tardó en hacerlas valer para alzarse con la soberanía de Castilla, ni tardó tampoco en presentarse con poderoso ejército, apoderándose del país como de una herencia de que venía á tomar posesión. Pero al propio

(1) Luc. Tud. Chron. — Púsosele en el panteón de San Isidoro, antes San Juan, el siguiente sencillo epitafio: *H. R. Dominus García, qui venit in Legionem ut acciperet regnum, et interfectus est a filiis Vele comitis.*

tiempo los asesinos de García vieron caer sobre sí un vengador terrible, de aquellos de que á las veces se vale la Providencia para la expiación de los grandes crímenes.

Dijimos que los Velas se habían refugiado al castillo de Monzón. Estaba esta fortaleza situada en una colina á orillas del río Carrión, en tierra de Campos, á dos leguas de Palencia, en la villa que hoy conserva su nombre. Allí los fué á buscar el viejo rey de Navarra; púsoles apretado cerco, tomó al fin el castillo por asalto, degolló á todos sus defensores, excepto á los tres hijos de Vela, á los cuales reservaba otro género de muerte....: Los hijos de Vela, los asesinos de García, fueron quemados vivos por orden del nuevo soberano de Castilla. Después de lo cual el heredero y vengador del malogrado conde pasó á Burgos y se hizo reconocer por los grandes y caballeros castellanos como conde ó duque soberano de un país que tan digna y valerosamente había sabido hasta entonces conservar su independencia desde los tiempos de Fernán González cerca de un siglo había (1).

Así don Sancho de Navarra se encontraba el más poderoso de los monarcas cristianos. Pero esto era poco para satisfacer sus ambiciosas miras, que la facilidad con que se apoderara de Castilla no hizo sino despertar. La proximidad al reino de León, la corta edad del príncipe que ocupaba aquel trono, la fuerza de que entonces disponía, todo le excitaba á proseguir en la carrera de conquista que tan próspera se le presentaba. Érale, no obstante, necesario otro pretexto para llevar sus armas al territorio leonés, sobre el cual carecía absolutamente de derechos que alegar. Un suceso vino á proporcionarle el motivo ú ocasión que deseaba para romper con el rey de León. He aquí cómo lo refieren las crónicas.

Cazaba un día el viejo monarca navarro con sus monteros en uno de los bosques de la comarca de Palencia. Un jabalí herido y acosado por los alanos se internó en lo más fragoso de la selva: el rey, que le perseguía con el ardor é interés de entusiasmado cazador, le vió entrar en una gruta y no vaciló en entrar también en pos de la fiera con resolución de acabarla de matar: mas al levantar el brazo para arrojarla el venablo le sintió embargado é inmóvil. Entonces reparó en un altar que en el subterráneo había con la imagen de San Antolín (2), y conociendo que la repentina parálisis del brazo podría ser un castigo de su desacato, pidió al santo perdón y le ofreció edificarle allí un templo, con lo que el brazo recobró su acción. Y habiéndole informado á don Sancho de que aquel era el solar de la antiquísima Palencia que el tiempo y las guerras habían arruinado y convertido en bosque de jarales, determinó reedificar la ciudad y en ella el prometido templo á San Antolín, encomendando este cuidado al obispo Ponce de Oviedo, de quien no sabemos cómo estuviese en tan íntimas relaciones con el monarca navarro siendo súbdito del de León. Sea lo que quiera de esta anécdota, que se encuentra referida en

(1) Roder. Tolet. De Reb. Hisp. c. — Escalona, *Hist. de Sahagún*. Apend. — Morales, *Coron.* l. XVII.

(2) No de San Antonino, como le nombra Ferreras, ni de San Antonio, como le llama equivocadamente Romey.

uno de los privilegios del rey don Sancho, debiósele á este rey la reedificación de la ciudad y templo, y hállase hoy aquella santa gruta en medio del cuerpo principal de la catedral, dedicada al santo mártir Antolín, siendo objeto de gran veneración para los fieles palentinos, de los cuales no hay quien ignore la aventura del rey don Sancho y del jabalí, origen tradicional de la fundación del venerado santuario.

Opúsose el monarca leonés á la reedificación de Palencia comenzada por el navarro, alegando pertenecer aquel territorio á sus dominios y no á los de Castilla; sostenía lo contrario el de Navarra, y la discordia produjo un rompimiento entre los dos príncipes, que era sin duda lo que Sancho apetecía y más en aquellos momentos en que el rey de León se hallaba en Galicia con objeto de sofocar dos pequeñas sediciones que en aquel país se habían movido. Escogió, pues, el activo y experimentado Sancho ocasión tan oportuna para invadir resueltamente los Estados de su nuevo enemigo, y fuele fácil posesionarse del territorio comprendido entre el Pisuerga y el Cea. Franqueó seguidamente este río, y avanzó hasta los llanos de León. Mas allí encontró ya á los leoneses alzados en defensa de su reino y de su rey. Este por su parte acudió también con su ejército de Galicia, y ya los dos monarcas estaban para venir á las manos, cuando los obispos de uno y otro reino se presentaron como mediadores, haciendo ver á ambos monarcas lo funestas que eran tales disensiones para la causa común del cristianismo. Y éranlo en verdad tanto, que en aquella sazón acababa de caer el último califa de los Omeyas, arrastrando tras sí la disolución del imperio musulmán; oportunísima ocasión para arruinar del todo el quebrantado poderío de los musulimes, si los cristianos no se hallaran con tales discordias distraídos. Lograron al fin las razones de los preladados traer á los dos monarcas á un acomodamiento (luego veremos si de buena fe por ambas partes), estableciéndose por bases de la paz el casamiento de Sancha, la hermana del rey de León, antes prometida al malogrado García de Castilla, con el príncipe Fernando, hijo segundo del rey de Navarra (1012), que éste tomaría el título de rey de Castilla, y que Bermudo daría en dote á su hermana el país que Sancho al principio de la campaña había conquistado entre el Pisuerga y el Cea, quedando de esta manera cercenado el reino de León. Celebráronse las bodas con la más suntuosa solemnidad y Fernando quedó instalado rey de Castilla (1).

Parecía que con esto debería haber quedado satisfecha la ambición del anciano rey de Navarra, si á la ambición de los conquistadores se pudiera poner límites. Pero apenas habían gozado un año de paz los leoneses, cuando volvió el navarro, sin pretexto que nos sea conocido, á llevar sus armas al territorio de León; se apoderó de Astorga (2), y procedió á gobernar como dueño y señor el reino de León, las Asturias y el Bierzo hasta las fronteras de Galicia (3), donde se había acogido Bermudo. De esta ma-

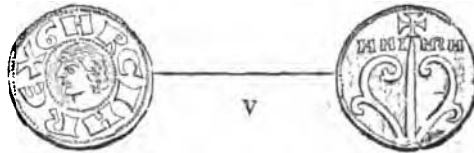
(1) Roder. Tolet. De Reb. Hisp.—Luc. Tud.—Chron.

(2) *Presit Sancius rex Astorga*. Ann. Complut.

(3) Privilegio del rey don Fernando I del año 1059. — Risco, *Esp. Sagr.*, t. XXXVI, Apend. — Escol. *Hist. de Sahagún*, Apend. — Tal vez en este tiempo se acabó la iglesia

nera se halló Sancho el Grande de Navarra, merced á su ambición y á su energía, dueño de un vasto imperio que se extendía desde más allá de los Pirineos hasta los términos de Galicia, y si él no tomó ya el título de emperador, aplicáronsele después por lo menos (1).

Pero duróle ya poco el goce de tan vasto poder, porque se cumplió el plazo que estaba señalado á la vida del conquistador. Y bien fuese que recibiera muerte violenta yendo á visitar las reliquias y el templo de Oviedo, según la Crónica general; bien fuese natural su muerte, como parecen indicarlo los dos prelados cronistas de Toledo y de Tuy, no le cogió aquella desprevenido, puesto que sintiendo aproximarse su fin tuvo tiempo para hacer entre sus hijos aquella célebre distribución de reinos que tantas discordias había de producir y tanto había de alterar la respectiva condición de los Estados cristianos. Dejó, pues, Sancho á su hijo mayor García el reino de Navarra; á Fernando el antiguo condado de Castilla, juntamente con las tierras conquistadas al reino de León entre los ríos Pisuerga y Cea; á Ramiro, habido fuera de matrimonio, le señaló el territorio que hasta entonces había formado el condado de Aragón, y por último, á Gonzalo, otro de sus hijos, el señorío de Sobrarbe y Ribagorza.



GARCÍA II

Tal fué la famosa partición de reinos que don Sancho el Mayor de Navarra hizo entre sus hijos poco tiempo antes de su muerte acaecida en febrero de 1035, después de un reinado de cerca de 65 años; duración prodigiosa y la más larga que se hubiese hasta entonces visto (2).

En este mismo año (26 de mayo de 1035), murió también el conde de Barcelona Berenguer Ramón I *el Curvo*, cuando sólo contaba treinta años de edad, si bien el cielo le había dotado de larga sucesión en dos mujeres que había tenido, doña Sancha de Gascuña y doña Guisla de Ampurias, sucediéndole en la soberanía condal de Barcelona el primogénito del primer matrimonio Ramón Berenguer, llamado *el Viejo*, aunque joven, por la razón que diremos después.

No conocemos bastante para poder apreciarlas debidamente, ni las razones especiales que moverían á Sancho de Navarra, ni la intención y el fin que pudo llevar en distribuir de la manera que lo hizo entre sus hijos la rica herencia que les legó, ni los motivos personales que le impulsaran á dejar favorecidos á unos más que á otros en aquella desigual par-

---

de Palencia, cuya consagración alcanzó á ver, y entonces hizo acaso también abrir el nuevo camino desde Francia á Santiago de Galicia, por Navarra, Brivesca, Amaya, Carrión, León, Astorga y Lugo, para los peregrinos que antes iban rodeando por las montañas de Álava y Asturias. Yerra Mariana cuando atribuye esta obra al conde Sancho de Castilla.

(1) El epitafio que se puso á la reina su mujer decía así: *Hic requiescit famula Dei Domna Mayor Regina, uxor Sancti imperatoris.*

(2) Mon. Silens. Chron. — Annal. Complut., p. 113. — Chron. Burg., pág. 308.



tija. Infiérese de las escatimadas y oscuras explicaciones de los escritores de aquel tiempo que influyeron no poco en ella secretos y afecciones nacidas de la vida doméstica de aquel gran monarca. De todos modos, cualquiera que hubiese sido la partición, una vez rota la obra laboriosa de la unidad, una vez distribuído como patrimonio de familia el grande imperio que Sancho había sabido concentrar en una sola corona con los esfuerzos de su vigoroso brazo, hubiera sido difícil poner freno á la ambición, á la codicia y á la envidia que muy pronto se desarrolló entre los hermanos coherederos, y evitar las sangrientas guerras civiles que entre ellos nacieron apenas enfrió el hielo de la muerte el cadáver de su padre.

Ramiro el Bastardo (1), á quien tocó el pequeño reino de Aragón, fué el primero que, descontento de su lote, tomó las armas contra su hermano García de Navarra, que de orden y acaso con alguna misión de su padre se hallaba á la sazón en Roma. Mas no contando Ramiro con bastantes fuerzas propias para despojar á su hermano, llamó en su ayuda á los réglus musulmanes de Zaragoza, Huesca y Tudela, con cuyo refuerzo penetró hasta Tafalla y puso sus tiendas al rededor de esta ciudad. Pero García, que con noticia de la muerte de su padre, regresaba á sus Estados, informado del movimiento y proyectos de Ramiro, reunió apresuradamente un ejército de pamploneses, y con la celeridad del rayo cayó sobre el campamento de Tafalla, arrolló las desapercibidas huestes, huyeron despavoridos los que quedaron con vida, y el mismo rey de Aragón, que acaso reposaba descuidado, para no caer en manos de García hubo de montar descalzo y casi desnudo en un caballo desjaezado y sin más bridas que un toscos ronzal al cuello, y así huyó hasta ganar las montañas de su reino; quedando los navarros dueños de las tiendas y despojos de cristianos y musulmanes. Debe creerse que no tardaron en ajustarse paces entre los dos hermanos, pues se vió luego á don Ramiro en posesión tranquila de su reino (2).

Por su parte Bermudo de León, tan luego como supo la muerte de Sancho, se preparó á recobrar sus antiguos dominios. Ayudábale el buen espíritu de sus pueblos, y fácilmente se reinstaló en León y recuperó las tierras del Oeste del Cea. Como quien ostentaba hallarse otra vez en la plenitud de sus derechos, expidió carta de privilegio para la reedificación de la ciudad y templo de Palencia, anulando la que había dado don Sancho, como emanada de un poder ilegítimo. Y como en su propósito de recuperar todo lo que obligado por la fuerza y la necesidad había cedido al nuevo rey de Castilla avanzase sobre las modernas fronteras de los dos reinos, don Fernando, viéndose atacado por fuerzas superiores á las

(1) Pretenden algunos hacer á Ramiro hijo legítimo. Creemos que se equivoca el señor Cuadrado cuando dice (*Recuerdos y bellezas de España*, tomo de Aragón, nota á la pág. 23): «La opinión de que Ramiro era bastardo no tiene apoyo alguno en las crónicas antiguas.» En el *Ordo numerum Regum Pampilonensium* se lee: *Sanctius rex ex ancilla quadam nobilissima et pulcherrima, quæ fuit de Aybari, genuit Ramirum... Deinde accepit uxorem legitimam reginam... filiam comitis Sanzio de Castella.* El monje de Silos (Chron. n. 75) dice expresamente que le tuvo de una concubina: *Dedit Ramiro, quem ex concubina habuerat...*

(2) Rod. Tolet., l. VI. — Mon. Sil., n. 76. — Luc. Tud., p. 91.

suyas, acudió en demanda de auxilio á su hermano don García el de Navarra. No tardó éste en presentarse con un ejército en Burgos. Reunidas las fuerzas de ambos reyes castellano y navarro, marcharon al encuentro del leonés. Halláronle con su gente en el valle de Tamarón, ribera del río Carrión, y empeñóse una sangrienta batalla, en que de un lado y otro se peleó con igual arrojo y esfuerzo. El rey don Bermudo se mostró uno de los más intrépidos y de los primeros en arrostrar los peligros: fiado en su juventud, en su valor y en la ligereza de su caballo, llamado *Pelagiolus*, se precipitó lanza en ristre en lo más cerrado y espeso de las filas enemigas buscando y desafiando á Fernando. Su ciega intrepidez le perdió. Fernando y García resistieron firmemente el choque de su rival; tropezóse Bermudo con las puntas de sus lanzas, y cayó mortalmente herido del caballo. Siete de sus compañeros de armas perecieron á su lado. El combate duró todavía algunos instantes, pero la noticia de la muerte de Bermudo se difundió entre los leoneses y se pronunciaron en dispersión y retirada hacia León (1037).

Así pereció el joven rey don Bermudo III (1), concluyendo en él la línea varonil de los reyes de León, pues un solo hijo que había tenido sobrevivió unos pocos días no más á su nacimiento. El monje de Silos, al dar cuenta de la muerte de aquel malogrado monarca, se muestra embargado y como agobiado de dolor. Todos los historiadores elogian las virtudes de este príncipe. Joven, sin los vicios de la juventud, se ocupó en reformar las costumbres, era el consuelo de los pobres, fué justo y benéfico, y con leyes y castigos oportunos llegó á corregir en gran parte el desenfreno y la licencia que se habían introducido y propagado en el reino.

Después de la batalla de Tamarón, conociendo Fernando lo que le importaba la actividad para consumir su obra, prosiguió con su ejército victorioso hasta los muros de León. Cerráronle los leoneses las puertas; pero reflexionando luego sobre la dificultad de resistir al castellano, considerando por otra parte que no había más heredero del trono de León que doña Sancha su mujer, y que no les convenía atraerse la enemistad del que un día ú otro había de ser su soberano, acordaron abrirle las puertas, entró don Fernando en León con banderas desplegadas y entre las aclamaciones de su ejército y alguna parte, aunque pequeña, del pueblo. Hízose, pues, ungir y coronar rey de León en la iglesia catedral de Santa María por su obispo Servando á 22 de junio de 1037.

De este modo vinieron á reunirse las coronas de Castilla y de León, que ambas habían recaído en hembras, la primera en doña Mayor, hija del conde de Castilla y mujer de don Sancho de Navarra, y la segunda en doña Sancha, hermana del rey de León don Bermudo III y mujer de don Fernando: «Accidente y cosa (dice el P. Mariana hablando de haber recaído las dos coronas en hembras), que todos deben aborrecer asaz, pero diversas veces antes de este tiempo vista y usada en el reino de León: si dañosa, si saludable, no es de este lugar disputallo ni determinallo. A la

(1) Mon. Sil. n. 79.—Luc. Tud. ubi sup.—Sandoval, *Historia del rey don Fernando el Magno*.

verdad muchas naciones del mundo fuera de España nunca la recibieron ni aprobaron de todo punto.»

De esta manera se extinguió la línea masculina de aquella ilustre estirpe de reyes de Asturias y León que se remontaba hasta Pelayo y se enlazaba con las dinastías de los antiguos monarcas godos. La reunión de las dos coronas de León y de Castilla, si bien costó sangre muy preciosa, encerraba en germen la futura unidad de las monarquías cristianas de España. Por desgracia esta obra de la perseverancia española tardará todavía en llevarse á feliz término: sufrirá todavía interrupciones sensibles y contrariedades penosas; pero los cimientos de tan apetecida unión quedaron echados.

## CAPÍTULO XXI

### FRACCIONAMIENTO DEL CALIFATO. — GUERRAS ENTRE LOS MUSULMANES

*De 1031 á 1080*

Causas de la disolución del imperio Omniada. — Reinos independientes que se formaron. — Córdoba, Toledo, Badajoz, Zaragoza, Almería, Valencia, Málaga, Granada, Sevilla, etc. — Familias y dinastías. — Almeríes, Tadjibitas, Beni-Huditas, Beni-Al Afthas, Edrisitas, Zeiritas, Abeditas, etc. — Sabio y benéfico gobierno de Gehwar en Córdoba. — República aristocrática. — Orden interior. — Armamento de vecinos honrados. — Seguridad pública. — Ambición del de Sevilla. — Sus guerras con los de Carmona, Málaga, Granada y Toledo. — El rey de Sevilla se apodera por traición de Córdoba. — Fin del reino cordobés. — Revolución en Zaragoza. — Extínguese allí la dinastía de los Tadjibi, y la reemplaza la de los Beni-Hud. — Independencia y sucesión de los reyes de Almería. — Justo y pacífico gobierno de Al-Motacim. — Prendas brillantes de este príncipe. — Reyes de Valencia. Alzase con este Estado el de Toledo. — Los Beni-Al Afthas de Badajoz. — Engrandecimiento de Al Motadhi el de Sevilla. — Su muerte. — Cualidades de su hijo y sucesor Al Motamid. — Su rivalidad con el de Almería. — Necesidad de estas noticias para el conocimiento de la historia de la España cristiana.

Dos términos puede tener un imperio que se descompone y desquicia combatido por las ambiciones, destrozado por las discordias, devorado por la anarquía, y corroído y gangrenado por la desmoralización y por la relajación de todos los vínculos sociales. Este imperio, ó es absorbido por otro, que se aprovecha de su desorden, de su debilidad y flaqueza, ó se fracciona y divide en tantas porciones y Estados cuantos son los caudillos que se consideran bastante fuertes para hacerse señores independientes de un territorio y defenderle de los ataques de sus vecinos. No aconteció lo primero al imperio de los Omniadas de España, merced á la falta de acuerdo entre los príncipes cristianos, los Alfonsos, los Sanchos, los Bermudos y los Borrelles, á algunos de los cuales los mahometanos mismos habían enseñado por dos veces el camino de su capital. Malogróse aquella ocasión, y España tuvo que llorarla por siglos enteros. Sucedió, pues, lo segundo, esto es, el fraccionamiento del imperio musulmán en multitud de pequeños reinos independientes, como pedazos arrancados de un manto imperial.

Acostumbrados los walfes de las provincias á ver sucederse rápida-

mente dinastías y soberanos, fuertes por la flaqueza misma del gobierno central, halagados y solicitados por califas débiles que necesitaban de su apoyo para conservar un poder disputado, hechos á recibir por premio de un servicio prerrogativas que los hacían semi-soberanos en sus distritos respectivos, de que fué el primero á dar ejemplo el grande Almanzor con

TOLEDO



VALENCIA



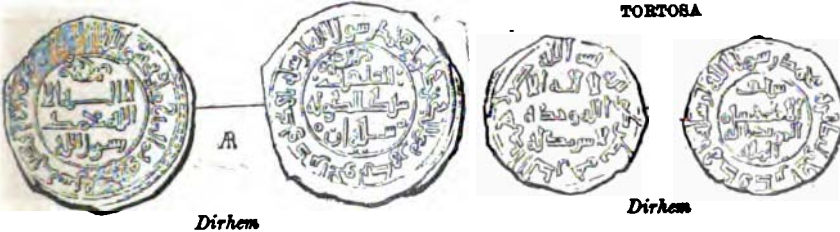
BADAJOS

DENIA



DENIA

TORTOSA



sus esclavos y alameríes (que no comprendemos cómo se escaparon sus funestas consecuencias al talento de aquel grande hombre), fuéronse emancipando de la autoridad suprema, de forma que á la caída del último califa no tuvieron que hacer sino cambiar los nombres de alcaides y walíes en los de emires ó reyes. Eran entre éstos los más poderosos los de Toledo, Zaragoza, Sevilla, Málaga, Granada y Badajoz, y, por la parte de Oriente, los de Almería, Murcia, Valencia, Albarracín, Denia y las Ba-

leares; aparte de otra multitud de pequeños soberanos, de los cuales habíalos que poseían sólo un reducido cantón, una sola ciudad ó fortaleza. Cada cual en su escala tenía su corte, sus vasallos y su ejército, levantaba y cobraba impuestos, muchos acuñaron moneda con su nombre, y alguno tomó el pomposo título de Emir Almumenín.

No es fácil determinar la época precisa en que cada uno de estos reinos comenzó á ser ó á llamarse independiente, pues si bien desde el año 1009 empezaron algunos walfes á negar con diferentes pretextos y excusas su obediencia á los califas ó á rebelarse de hecho contra ellos. ó bien reconocían después á otros que les sucediesen y fueran más de su partido, ó bien aquellas mismas excusas y pretextos demuestran que aun no se atrevían á emanciparse abiertamente del gobierno central. Otros á quienes los califas dejaban en una dependencia puramente feudal, iban arrogándose poco á poco los demás derechos y constituyéndose en señores absolutos, relevándose del feudo siempre que la debilidad de los califas lo permitía. De modo que desde la muerte del segundo hijo de Almanzor hasta la extinción del califato en el tercer Hixem, puede decirse que fueron fermentando y desarrollándose estas pequeñas soberanías, hasta que al nombramiento de Gehwar en Córdoba en 1031 se vió que era excusado contar ya con los walfes, y que cada cual gobernaba su comarca con autoridad propia y se apellidaba rey.

Compréndese bien que entre tantos régulos ó caudillos pertenecientes á distintas familias ó dinastías, todos más ó menos ambiciosos, obrando todos con independencia, dispuestos á sostener la posesión de su territorio, con opuestos intereses, sin respeto á un poder superior que los refrenara, la condición natural é inevitable de esta situación había de ser la guerra. La España mahometana había de ser teatro de complicadas luchas, de alianzas y rompimientos infinitos de los musulmanes entre sí y con los príncipes cristianos, de variados incidentes, en que se viera á soberanos y pueblos desplegar todo género de afectos y pasiones, nobles y generosas, miserables y flacas, á que ayudaban las costumbres á la vez bárbaras y caballerescas de las diferentes razas y familias que formaban aquellos reinos. Embarazo grande para el historiador, que por largo tiempo ha de tener que ligar los descosidos retazos de cerca de cuarenta Estados, entre cristianos y musulmanes, que á este tiempo se encuentran formados en el territorio de nuestra Península. Dejamos, no obstante, á los historiadores de la dominación sarracena en España el cargo de referir los sucesos especiales de algunas de estas pequeñas soberanías que pasaron sin ejercer grande influjo, tal vez sin que llegara á sentirse su influencia en la condición social de los dos grandes pueblos, y nos concretaremos á hablar de las principales dinastías, y de aquellos hechos que tuvieron alguna importancia en la historia general de la Península.

Hemos nombrado ya los más poderosos emiratos que se formaron en la España musulmana á la caída del imperio Omniada. Casi toda la parte oriental y mucha de la meridional quedaba en poder de los Alameríes y de los Tadjibitas (llamados así estos últimos de la tribu de que eran originarios), familias unidas por la sangre y por las alianzas. En Zaragoza dominaba el bravo Almondhir el Tadjibi, á quien hemos visto figurar en

las guerras de los últimos califas de Córdoba, y que por su valor y sus hazañas era apellidado con el título de Almanzor. Almondhir se había apoderado de Huesca, cuyo gobierno tenía su primo Mohammed ben Ahmed, el cual tuvo que refugiarse al lado del rey de Valencia, Abdelaziz, nieto de Almanzor. Acogió Abdelaziz con tanta benevolencia á su ilustre y desgraciado huésped, que dió en matrimonio sus dos hermanas á los dos hijos de Mohammed. Perekó éste en el mar queriendo pasar á Oriente. Sucedió á Almondhir en el reino de Zaragoza su hijo Yahia, que reinó diez y seis años, y acabó con él la dinastía de los Beni-Hixem, apoderándose de Zaragoza Suleiman ben Hud, aquel walí de Lérida que había dado generoso asilo al postrer califa Omniada Hixem III. Con Suleiman reemplazó en Zaragoza á la familia de los Tadjibitas la de los Beni-Hud. Era Yahia rey de Zaragoza cuando el primer rey de Aragón don Ramiro invocó el auxilio de los musulmanes aragoneses para hacer la guerra á su hermano don García de Navarra (1).

En Almería sucedió á Hairan el Alamerí, muerto en 1028, su hermano Zohair, el cual guerreó con Badis el de Baeza, y murió en batalla en Alpuente en 1038 después de un reinado de diez años. Abdelaziz el de Valencia intentó apoderarse de Almería después de la muerte de Zohair, pero Mogueiz el de Denia atacó entretanto á Valencia, y queriendo Abdelaziz hacer la paz con él, salió de Almería dejando el gobierno de la ciudad á su hermano Abul Ahwaz Man, que después se declaró independiente, y le reconocieron entre otras ciudades, Lorca, Baeza y Jaén.

Murcia pertenecía á los Estados del dominio de Zohair, pero después de la muerte de este príncipe pasó con su territorio á Abdelaziz el de Valencia (2). En Castellón, Tortosa y fronteras de Cataluña, dominaban también los Tadjibitas y Alameríes. Otro tanto acontecía en Mérida y casi todo el Portugal. Mandaba allí Abdallah ben Al Afthas y los Afthasidas eran también adictos á los Alameríes á quienes debían su reino. Alamerí era igualmente Sapor ó Sabur que se había alzado con el gobierno independiente de Badajoz, hasta que se apoderó de esta ciudad y reino el mismo Abdallah ben Al Afthas. Y en Toledo dominaba Ismail Dignum, cuya familia dió á este reino cuatro emires ó reyes.

Por el contrario, en Málaga y Algeciras reinaban los Edrisitas, ó sea la familia de los Ben Alí y Ben Hamud de aquellos emires de África que obtuvieron en los últimos tiempos el califato de Córdoba, y cuyo señorío se extendía por las vertientes meridionales de las Alpujarras, teniendo su principal fuerza y apoyo en África. El país de Granada y Elvira era regido por un sobrino de Zawi el Zeiri, aquel que tanto había favorecido á los

(1) Aquí nos separamos en muchos puntos de la narración de Conde, y tomamos del señor Dozy aquellas noticias en que nos parece rectifica con más justicia y fundamentos á Conde, al arzobispo don Rodrigo y á los que han seguido á estos autores. En la pág. 53 y siguientes del t. I de sus Investigaciones sobre la historia de la edad media de España pueden verse los errores que nota en Conde acerca de esta dinastía de los Tadjibitas.

(2) Es muy oscura la historia de Murcia en esta época. Gayangos confiesa que es casi imposible decidir en esta materia, no pudiendo consultarse los manuscritos de que se valieron Conde y Casiri. Dozy se propone aclararla.

califas africanos contra los Omniadas durante las guerras del imperio, y que continuaba tan adicto como su tío al partido y familia de los Hamuditas. Por último, el reino de Sevilla se hallaba en manos del poderoso Mohammed Ebn Abed, que había bastado él solo para derribar al califa Yahia ben Alí, y acaso el más terrible de los que aspiraban á recoger la herencia de los Omniadas.

Tal era el estado de la España musulímica cuando á consecuencia de la retirada del último califa Omniada fué proclamado emir de Córdoba por los jeques, vazires y cadíes reunidos el honrado Gehwar ben Mohammed, hombre de relevantes dotes personales, de ilustres ascendientes, ajeno á todos los partidos, respetado por todos los bandos y muy querido de todos. Gehwar, modelo de desinterés y de modestia en medio de tantas ambiciones desmedidas, creó para el gobierno del Estado un diván ó consejo compuesto de los principales jefes de las tribus, especie de asamblea aristocrática á la cual invistió del supremo poder, reservando para sí solamente la presidencia. El diván era el que deliberaba sobre todos los negocios graves del Estado, y si alguno se dirigía á él en particular con alguna queja ó demanda, acostumbraba á responder: «Yo no puedo resolver por mí en este asunto: eso pertenece al consejo, y yo no soy más que uno de sus individuos.» Moderación desusada en tales tiempos, y con cuya política, á la vez que rehuía la responsabilidad de exigencias peligrosas se captaba las voluntades así de los hombres influyentes como del pueblo. Todo correspondía en él á esta prudente y modesta conducta. Costó mucho trabajo hacerle habitar los regios alcázares, y cuando ya se determinó á ello, arregló el servicio de palacio bajo el pie económico de una casa particular, reduciendo gastos y suprimiendo gran número de sirvientes, y fuera de la material suntuosidad del alcázar parecía más bien la vivienda de un súbdito honesto que la morada del jefe del Estado.

Llamamos la atención de nuestros lectores sobre el gobierno de este ilustre musulmán. Una de sus primeras medidas fué la abolición de los delatores, que vivían como en otro tiempo los de Roma de las calumnias y litigios que ellos mismos inventaban ó fomentaban. Estableció procuradores asalariados como los jueces y especie de fiscales encargados de las acusaciones públicas. Creó proveedores, alcaldes de los mercados, almojarifes ó recaudadores de los impuestos, que cada año tenían que dar cuenta de su administración al diván. Formó un cuerpo de inspectores de seguridad pública y de vazires encargados de vigilar la ciudad de día y de noche. Cerrábanse las puertas y las tiendas á determinada hora. Hizo dar armas á los vecinos más honrados y acomodados, los cuales por turno rondaban las calles, y concluido su servicio entregaban las armas á los que habían de reemplazarlos, dándoles cuenta de lo que habían observado. Para prevenir los excesos y crímenes que solían cometerse de noche y que los malhechores no pudieran evadir el castigo fugándose de un cuartel á otro, hizo construir barreras ó verjas de hierro al extremo de cada calle. Con tan esmerada policía, logró restablecer la tranquilidad y seguridad pública después de tantos desórdenes, y con las medidas para el abastecimiento de la ciudad llegó á hacerse Córdoba el granero

de España y el gran mercado á que concurrían gentes de todas las provincias.

Bajo un gobierno tan prudente y paternal, y bajo una administración tan económica y acertada parece que hubieran debido los wálíes agruparse en derredor del único hombre que se mostraba capaz de volver la vida al desmoronado imperio. Así lo intentó el mismo Gehwar escribiéndoles y exhortándoles á que le prestaran obediencia como á jefe superior del Estado: pero fueron ya inútiles los esfuerzos y las buenas intenciones de Gehwar; llegaban tarde, y el mal no tenía remedio. Despreciaron la excitación unos, y recibieronla otros con indiferencia fría y desconsoladora. Disimuló no obstante el prudente Gehwar, y aun volvió á escribirles aplaudiendo su celo por el bien y la seguridad de las provincias que les estaban encomendadas, pero rogándoles no olvidasen que la unión y la concordia eran la base de la prosperidad de los imperios.

Dirigíanse tan buenos consejos á quienes no tenían voluntad de oírlos. Estaban demasiado vivas las rivalidades y las ambiciones, y la guerra era inevitable. Fué el primero á romperla el poderoso emir de Sevilla, Mohammed Ebn Abed, acometiendo al sahíb de Carmona, cuya familia deseaba exterminar. Bloqueado estrechamente el de Carmona, pudo no obstante fugarse, y corrió á implorar el auxilio de los de Málaga y Granada, Edris ben Alí y Habus ben Zairi, los cuales le facilitaron tropas y recursos con el designio de atajar los ambiciosos proyectos del de Sevilla. Éste por su parte envió contra los aliados á su hijo Ismail con un cuerpo de ejército. En un encuentro que tuvieron sucumbió peleando Ismail, y los soldados de Málaga enviaron su cabeza en testimonio de su triunfo á su rey Edris (1034). Este funesto golpe y el temor de que Gehwar pudiese ligarse contra él con aquellos mismos emires movieron al de Sevilla á discurrir un medio que le diese á él prestigio y visos de justificación á sus pretensiones. Al efecto inventó la especie más original y peregrina. Publicó que el califa Hixem II el Omniada había reaparecido otra vez en Calatrava, que aquel infortunado califa le había pedido su amparo, que él le había dado asilo en su alcázar y prometídole reponerle en el califato. Hízolo anunciar oficialmente, y escribió á los principales jeques y wálíes de España y África interesándolos en favor del segunda ó tercera vez resucitado califa. Por extravagante y absurda que fuese la ficción, era tal el respeto y cariño que los pueblos de Andalucía conservaban al ilustre nombre de los Beni-Omeyas, que aunque todos los hombres de razón oyeron con desdén tan inverosímil fábula no faltó quien por credulidad ó por política la prohiyase, y llegó á rezarse la chotba en las mezquitas y á batirse moneda en la zeka de Sevilla á nombre de Hixem II (1036).

Pero entretanto el ejército aliado de Málaga, Granada y Carmona corrió las tierras de Sevilla, llevó sus algaras hasta las puertas de la ciudad, y llegó á entrar en el arrabal de Triana. Logró al fin rechazarlos el general de la caballería sevillana, Ayub ben Ahmer, y los aliados, culpándose mutuamente del mal éxito de la expedición, se separaron desavenidos y se volvió cada cual á su país. Ayub se recompensó á sí mismo alzándose con la soberanía de Huelva y de Gezira Saltis, cuyo gobierno



tenía, al modo que su hermano Ahmed ejercía un señorío absoluto en Niebla. A este precio se salvó Sevilla.

Así las cosas, falleció el rey de Málaga Edris ben Alí (1039), sucediéndole con general aprobación su hijo Yahia ben Edris, conocido por Hassán. Mas llegado que hubo la noticia de la muerte de Edris á Ceuta, el eslavo Nahjah que tenía aquel gobierno, vino de allí con el proyecto de coronar en Málaga al joven Hassán ben Yahia, á quien él había educado, y á cuya sombra se prometía dominar á un tiempo en Málaga y Ceuta. Siguióse una guerra en que el eslavo llegó á poner en aprieto grande al de Málaga, y en la mayor extremidad, hasta encerrarle en su propio palacio como en una prisión. Dios sabe en qué hubieran parado sus proyectos á no haber acudido en socorro del de Málaga su pariente Mohammed ben Kassin el de Algeciras. Murió por último el ambicioso Nahjah en una celada que el de Algeciras supo prepararle, y desalentadas sus tropas, las unas se retiraron á África, las otras se quedaron al servicio del mismo Ben Kassin el de Algeciras, el emir de Málaga fué repuesto, y volvieron las cosas al estado anterior.

Tales discordias, tales facciones y guerras á la vecindad misma de Córdoba, convencieron al buen Gehwar, con harta pesadumbre suya, de que sus generosos planes de unión y de paz eran irrealizables, é inútiles de todo punto sus nobles gestiones. Entonces se resolvió á ir sometiendo por la fuerza á los más vecinos y menos poderosos de los rebeldes. Envió, pues, un general con un cuerpo de caballería escogida á ocupar la comarca de Alsahllah que tenía Hudhail como si fuese suya propia. Pero imploró este jeque el auxilio de Ismail ben Dilnum el de Toledo, y una hueste toledana penetró fácilmente en el territorio ocupado por los de Gehwar y repuso á Hudhail, á quien el país por otra parte amaba por sus buenas prendas y por la dulzura con que le gobernaba. A pesar de no ser venturosos los sucesos de la guerra de Gehwar contra el señor de Alsahllah y el de Toledo, amábanle los cordobeses con justo entusiasmo por su bondad y su acrisolada justicia, y bendecíanle por la tranquilidad y abundancia interior de que gozaban á la benéfica sombra de su sabia administración y gobierno: llamábanle el padre del pueblo y el defensor del Estado, y no había sacrificio á que por él no se prestaran gozosos. En tan feliz estado vivieron hasta que acaeció su muerte en el año de la hégira 435 (1044). Acompañaron su pompa funeral con llanto y sollozos todos los vecinos de Córdoba; y hasta las retiradas doncellas, dice el escritor arábigo, fueron detrás de su féretro derramando preciosas lágrimas. Sucedióle su hijo Mohammed Abul Walid, tan prudente y virtuoso como su padre, pero de salud enfermiza y quebrantada. Amigo de la paz, más de lo que convenía á tan revueltos tiempos, entabló negociaciones de avenencia con el rey de Toledo y el señor de Alsahllah, mas habiéndole éstos contestado con altiva aspereza, continuó á pesar suyo la guerra por las comarcas fronterizas, no con gran resultado.

Entretanto el de Sevilla creyó ya oportuno dar otro giro á la fábula de la aparición de Hixem, y publicó que había muerto, dejando escritas unas cartas en que le declaraba su heredero y vengador de sus enemigos. No faltaron todavía imaginaciones que se dejaran seducir por la nueva

conseja, y especialmente los alameríes y la gente sencilla del pueblo, á quienes el inextinguible apego á la dinastía de los Omeyas predisponía á creer todo lo que se les contara favorable á aquella esclarecida familia. Logró, pues, con esto que se le mantuvieran fieles los que se le habían adherido cuando comenzó á pregonar la primera parte de la fábula. Mas un suceso fatídico vino á su vez á turbar la imaginación supersticiosa del emir. Su hijo Abed estaba casado con una hermana de Mogueiz el rey de Denia, y de este matrimonio nació en 1041 un niño de quien auguraron los astrólogos que al fin de sus días y cuando su fortuna se hallase en el plenilunio de la prosperidad se eclipsaría totalmente. Al oír Ebn Abed que su nieto estaba sometido á las adversidades de un fatalismo irresistible, devoróle la pesadumbre de saber lo poco duradera que habría de ser su dinastía. Consumióle una enfermedad de melancolía, y al poco tiempo la muerte, dice la crónica, le trasladó de los alcázares de Sevilla á los del Paraíso (1042).

Sucedióle su hijo Abed llamado Al Motadhi, príncipe de buen personal y de agudo ingenio, pero cruel y por demás voluptuoso. Dícese de él que en tiempo de su padre entretenía en su harem hasta setenta lindas esclavas compradas á precio de oro en diferentes países, y que dueño del trono aumentó el número hasta ochocientas. Al propio tiempo hacía servir á sus cortesanos bebidas dulces en tazas guarnecidas de oro y pedrería, formadas de cráneos de los principales personajes cuyas cabezas habían derribado el alfanje de su padre y el suyo, entre los cuales se contaba el del califa Yahia ben Alí. Este hombre feroz y disoluto era además censurado de impío, porque en los veinticinco castillos de sus dominios sólo hizo una mezquita y un púlpito, y en las comidas y bebidas no era tampoco más guardador de la ley del Corán. Hizo Al Motadhi de nuevo la guerra á los emires de Málaga, Granada y Carmona, y logrando ganar á su partido á Mohammed el de Algeciras, éste, aunque primo de Edris II el de Málaga, á la cabeza de sus negros mercenarios acometió la capital del Edrisita y se apoderó de su trono. Sublevóse en favor de su legítimo rey el pueblo de Málaga, los negros del de Algeciras ó capitularon ó se fugaron decolgándose por el muro, y abandonado Mohammed se rindió á discreción. Edris tuvo la generosidad de perdonarle la vida contentándose con desterrarle á-Larache. Perdióle aquella misma clemencia, porque Mohammed, nunca arrepentido, siguió desde el destierro el hilo de sus tramas, volvió sobre Málaga, conmovió el pueblo, y destronó á Edris, que murió ya viejo en una prisión.

El de Toledo, que veía sus campiñas taladas por las tropas del de Córdoba, escribió á su yerno Abdelmelik, hijo del rey de Valencia Abdelaziz, y al walf de Cuenca Abu Ahmer para que levantasen gente y le acudiesen con ella. Para quedar más desembarazado hizo treguas con los cristianos de Castilla y Galicia. Hecho esto entróse con poderosa hueste por las tierras del de Córdoba, tomóle muchas fortalezas, y convencido Ben Gehwar de que no podía resistir solo á tan terrible adversario solicitó por su parte la alianza y ayuda de Al Motadhi el de Sevilla y de Mohammed ben Al Afthas el de Algarbe. En uno y otro halló la proposición benévola acogida, y por medio de sus respectivos vazires reunidos en Sevilla, des-

pués de una madura discusión á que asistieron los arrayaces ó régulos de otros pequeños Estados, se estipuló una triple alianza entre los de Sevilla, Córdoba y Algarbe, para el mantenimiento y recíproca defensa de la integridad de sus dominios contra los enemigos exteriores, pero sin mezclarse en los asuntos de gobierno interior del Estado de cada uno. Sin embargo, no quedaron los de Córdoba y el de Algarbe muy satisfechos de los términos del convenio, en el cual salía aventajado el de Sevilla; pero disimularon por entonces porque le necesitaban (1051).

En conformidad á lo pactado auxilió el de Sevilla á Ben Gehwar el de Córdoba con un cuerpo de quinientos jinetes mandados por Ben Omar de Oksonoba, y otro semejante socorro le envió el de Badajoz. Los señores de Huelva, Niebla y Santa María de los Algarbes, desazonados contra el de Sevilla por no haber querido reconocerlos independientes, se ofrecieron á pasar sin su orden al servicio del cordobés; sabido lo cual por Ben Abey el Sevillano, despachó contra ellos á su hijo Mohammed, que sucesivamente se fué apoderando de los Estados y dominios de todos aquellos aspirantes á soberanos. Carmona, aquella ciudad tan codiciada por los Abed, vióse también en la triste necesidad de rendirse, y aunque otra vez pudo su sahib escaparse de noche é interesar de nuevo en su favor á su antiguo aliado el de Málaga, no alcanzó otra cosa que poder fortalecerse en Écija, única ciudad que le quedaba de su pequeña soberanía.

No intimidó la triple alianza á Ismail Dilnum el de Toledo: sus huestes continuaron devastando las campiñas de Córdoba, y por último en un sangriento combate que duró un día entero deshicieron el ejército confederado cerca del río Algodor, así llamado por los muchos arjides y estragemas que usaron en aquella lid los caudillos de ambas huestes. Golpe fué aquel que difundió la consternación en Córdoba, é hizo despertar al príncipe Abdelmelik, hijo de Ben Gehwar, hasta entonces distraído en juegos y deleites con los jóvenes de su edad. Avivóle el temor del peligro, y corrió á Sevilla á implorar con urgencia mayor socorro de Abed Al Motadhi. Pero este astuto y artificioso emir entretúvole con obsequios, cumplimientos y lisonjas, y despidióle por último con muchos ofrecimientos y con el escaso auxilio de doscientos caballos. Cuando Abdelmelik llegó á las cercanías de Córdoba, halló la ciudad estrechamente cercada por los toledanos. Cortadas las comunicaciones, apretada la plaza, enfermo el rey y consternado el pueblo, ofreciéronse premios á quien se atreviera á llevar cartas al príncipe Abdelmelik y al rey de Sevilla que eran ya su única esperanza. No faltó quien tuviera arrojo para atravesar el campo enemigo, y poner las cartas en manos de los dos personajes. El rey de Sevilla creyó llegada la ocasión oportuna para sus secretos proyectos, y dióse prisa á enviar á su hijo Mohammed y al caudillo Abén Omar con toda la fuerza que pudo reunir de á pie y de á caballo, y con instrucciones de lo que deberían hacer. Qué instrucciones fuesen estas, nos lo van á demostrar pronto los hechos. Grande fué la actividad que desplegaron los jefes sevillanos y muy bien meditadas las disposiciones que tomaron para el combate. Realizóse éste, y la caballería valenciana auxiliar del de Toledo huyó ante la impetuosa acometida de las lanzas sevillanas y cordobesas. El desorden de aquella desconcertó á los de Toledo, y todos se retiraron

despavoridos. Los caballeros de Córdoba no quisieron presenciar inactivos el triunfo de sus favorecedores, y salieron también de la ciudad en alcance de los fugitivos.

Aquí comenzó el caudillo Abén Omar de Sevilla á cumplir las instrucciones de su señor. Mientras las tropas vencedoras corrían dando caza á los que huían, y en tanto que los de Córdoba habían salido á recoger los despojos del campo enemigo, Abén Omar, sin que nadie pudiese sospechar de sus intenciones, entróse con su hueste en Córdoba, ocupó las puertas y los fuertes, se apoderó del alcázar, y el desgraciado y enfermo Abul Walid Ben Gehwar se encontró custodiado, preso en su propio palacio por una guardia que se había convertido de auxiliar en señora. Afectó de tal manera tan inesperada maldad y traición, que la enfermedad se le agravó rápidamente, y á los pocos días le condujo al sepulcro. Cuando el príncipe Abdelmelik volvió del alcance y supo la alevosía de los sevillanos que le esperaban ya como enemigos á las puertas de la ciudad para im-

ZARAGOZA



*Dirhem*

*Dirhem*

pedirle la entrada, ardiendo en ira vacilaba sobre el partido que debería tomar, pero sacóle de la incertidumbre la misma caballería sevillana que le rodeó intimándole la rendición. Determinóse el desesperado príncipe á morir matando, y peleó con heroica bravura, despreciando las ocasiones que tuvo para huir, hasta que herido de muchas lanzadas, cayó prisionero. Encerráronle los nuevos poseedores de Córdoba en una torre, donde le acabó la pesadumbre más que las heridas, y murió maldiciendo á su falso amigo Abed Al Motadhi el de Sevilla, pidiendo al Dios de las venganzas que diese igual suerte al príncipe su hijo, y oyendo entre los sollozos de la muerte las aclamaciones con que era recibido en Córdoba el rey de Sevilla, el cual á fuerza de mercedes y de fiestas y espectáculos de fieras (1), con que halagó y entretuvo á los cordobeses, procuró hacerles olvidar la memoria del sabio y benéfico gobierno de los Gehwar, cuya dinastía quedó extinguida juntamente con el reino de Córdoba (1060).

Así acabó la grandeza y la independenciam de aquella ciudad insigne, que por más de tres siglos había sido la metrópoli del imperio ismaelita, «la madre de los sabios, la antorcha de la fe y la lumbrera de Andalucía,» la corte de los ilustres y poderosos califas, el centro y emporio del comercio, del lujo, de la riqueza y de las artes, y la envidia del Oriente.

(1) Es la primera vez, observa un erudito escritor moderno, que hallamos mencionados en las memorias arábigas los combates de fieras á estilo de los romanos.

El rey de Sevilla pudo vanagloriarse del medio que empleó para alzarse con el más precioso resto del imperio y del califato.

Mientras tales sucesos acontecían en el Mediodía y Centro de la España musulmana después de la caída del imperio Omniada, en la parte oriental ocurrían otros de no menor importancia, y cuyo conocimiento nos es indispensable para la inteligencia de la historia misma de los reinos cristianos, con la cual está íntimamente unido (1). Al emir de Zaragoza Almondhir el Tadjibi, cuyos hechos hemos contado en otro capítulo, sucedió en 1023 su hijo Yahia, que reinó diez y seis años, y fué el que auxilió á Ramiro I de Aragón, aunque con poca fortuna (2). Yahia murió en una revolución que acaeció en Zaragoza en 1039, asesinado por su primo Abdallah ben Hasam, probablemente sobornado por Suleiman ben Hud el de Lérida, que fué el que se alzó con el reino, puesto que el asesino le reconció por su soberano. Amotinóse el pueblo de Zaragoza contra Abdallah, que tuvo que retirarse al fuerte castillo de Rota'l-Yeud, llevando consigo todos los tesoros de la familia real. El populacho saqueó el palacio arrancando hasta los mármoles, y hubiérale destruído completamente si no hubiera acudido á toda prisa Suleiman, el cual restableció el orden y quedó desde esta época reinando en Zaragoza, reemplazando así á la dinastía de los Tadjibi la de los Beni-Hud.

Otro de los más poderosos, y acaso el más bello de todos los principados que se fundaron sobre las ruinas del imperio fué el de Almería. Después de la muerte de Zohair el sucesor de Hairán, cuyos hechos hemos también referido, quiso apoderarse de Almería Abdelaziz el de Valencia, nieto de Almanzor, pero estorbóselo Mogueiz el de Denia acometiendo á Valencia mientras aquél se hallaba en Almería. Con objeto de hacer la paz con Mogueiz, salió Abdelaziz de esta ciudad dejando por gobernador de ella á su cuñado Abul Ahwaz Man (1040). Declaróse Man independien-

---

(1) Para los hechos hasta aquí referidos en el presente capítulo hemos consultado á Conde (part. III desde el cap. I hasta el 5). «Sobre las guerras civiles que siguieron á la caída del califato de Córdoba, dice el ilustrado Romey (t. V, cap. 22, nota), las mejores noticias, aunque recogidas con poco tino y criterio, se hallan en Conde. Nosotros le hemos seguido en muchas cosas, sin dejar por eso de consultar el corto número de textos ó fuentes que están á nuestro alcance, tales como Casiri, Al-Makari, Ebn Abd el Halim, etc.» Otro tanto hemos hecho nosotros. Mas respecto á los emiratos y dinastías de Zaragoza, Valencia y Almería, etc., á no dudar padeció Conde muchas equivocaciones, y seguimos generalmente á Dozy que le rectifica, según al principio apuntamos. «Reina, dice Saint-Hilaire (t. III, pág. 273, nota), en la sucesión de los emires de Zaragoza una confusión enmarañada... Conde, Rodrigo de Toledo y Casiri se contradicen á cual más sobre este punto.» Sobre los emires de Almería, punto no menos intrincado, dice Lafuente Alcántara (*Hist. de Granada*, t. II, pág. 204, nota 2): «La historia de esta dinastía debe ocupar á los ingenios valencianos y aragoneses.» Es lo que se ha propuesto esclarecer Dozy en el t. I de sus Investigaciones. Tócanos, pues, ser el primer español que, guiado por este sabio orientalista, aclare los oscuros sucesos de aquellos países en el período que nos ocupa.

(2) La familia de los Tadjibitas ó de los Beni-Hixem había reemplazado en Zaragoza á los Beni-Lope, de quienes en nuestra historia hemos hablado. Había sido su jefe Abderramán el Tadjibi. El primer Tadjibita que vino á España fué Almirah, según Ibn Alabar.

ta, y reconociéronle la mayor parte de las ciudades de aquel reino, que abrazaba territorios de Murcia, de Granada y de Jaén. Poco tiempo reinó Man, pues murió en 1041, y le sucedió su hijo Mohammed, de edad de catorce años, durante cuya minoría gobernó el Estado su tío Abu Otbah el Zomadih. Sublevóse contra el nuevo príncipe el gobernador de Lorca, y aunque acudió contra él el regente, no le fué posible reducirle á la obediencia. El regente murió á los tres años, y Mohammed comenzó de diez y siete á regir por sí mismo el reino (1044), y á ejemplo de Abed el de Sevilla que había tomado el nombre de Al Motadhi, éste tomó el de Al Motacim, con que es conocido en la historia.

La corta edad de este príncipe tentó á sus vecinos á hacerse señores de las plazas situadas á alguna distancia de la capital, y como en realidad Al Motacim no se distinguiera por lo belicoso, lograronlo aquéllos sin dificultad grande hasta reducirle al recinto de la ciudad y de la comarca que la circunda, y aun así no carecía de importancia, porque la sola ciudad equivalía á un reino. Todos los escritores árabes ponderan su grandeza en aquella época. Contábanse en ella, dicen, cuatro mil telares de las más preciosas telas, había multitud de fábricas de utensilios de hierro, de cobre y de cristal, era el puerto más concurrido de España, buques de Siria, de Egipto, de Génova y Pisa se surtían en él de todo género de mercancías, y contenía cerca de mil hospederías y casas de baños.

Mas si Al Motacim no era ni gran capitán ni profundo político (dice el autor de quien tomamos estas noticias); si el historiador no puede consagrarle páginas brillantes, la justicia obliga á poner en su cabeza la bella corona debida á un príncipe que merecía ser llamado el bienhechor de sus súbditos. No envidiaba á los que poseían más vastos dominios que los suyos; contentábase con lo que tenía: enemigo de verter sangre, cuando la necesidad le forzaba á rechazar los ataques de sus ambiciosos vecinos, hacía la guerra contra su voluntad: honraba la religión y los sacerdotes, y ciertos días de la semana reunía en una sala de su palacio los faquyes y cortesanos, los cuales conferenciaban allí y discutían sobre los comentarios del Corán y sobre las tradiciones relativas al Profeta. Era justo, bondadoso, y se complacía en perdonar las injurias (1). Ciertamente, prosi-

---

(1) Cuéntase de él la siguiente curiosa anécdota. Después de haber colmado de favores al famoso poeta de Badajoz Abul Walid al Nihli, éste desde Sevilla cometió la ingratitud de insertar en un ditirambo, compuesto en honor de aquel rey, el siguiente verso: *Ebn Abed ha destruido los berberiscos; Ebn Man* (que era el de Almería), *ha exterminado los pollos de las aldeas*. Pasado algún tiempo volvió el poeta á Almería, olvidado ya de la amarga sátira que había escrito contra Al Motacim. Convidóle este príncipe un día á comer, y no le presentó otra cosa que pollos de distintas maneras aderezados. «Pero, señor, exclamó admirado el poeta, ¿no hay en Almería otros manjares que pollos?—Otros tenemos, respondió Al Motacim, pero he querido haceros ver que os engañasteis cuando dijisteis que Ebn Man había exterminado los pollos de las aldeas.» Quiso el poeta, abochornado, disculparse, pero el príncipe: «Tranquilizaos, le dijo; un hombre de vuestra profesión no gana su vida sino obrando como vos: el solo que merece mi cólera es el que os oyó recitar este verso y sufrió que ultrajaseis á un igual suyo.» Para más tranquilizarle le hizo el príncipe nuevas dádivas, pero el poeta, que no conocía bien toda la bondad de su carácter, no se atrevió á permanecer en Alme-

que este autor, si un príncipe tan noble, tan generoso, tan justo, tan amante de la paz, hubiera reinado en otra época y en un país más extenso, su nombre hubiera sido inscrito entre los de los reyes que no deben su gloria á los arroyos de sangre vertida por ensanchar algunas leguas los límites de su reino, sino á los beneficios que han derramado sobre sus súbditos y á su amor por la justicia. El carácter de Al Motacim era bien diferente del de los demás príncipes que gobernaban entonces la España, y su protección á las letras atrajo á Almería un considerable número de los más distinguidos ingenios de la época. Consagrado á hacer la felicidad pacífica de sus gobernados, ningún acontecimiento político de importancia caracterizó su largo reinado, que duró hasta Junio de 1091.

Habiendo muerto en 1061 Abdelaziz el de Valencia, sucedióle su hijo Abdelmelik Almudhaffar bajo la tutela de su pariente Al Mamún el de Toledo, que había sucedido á Ismail Dilnum, el cual nombró su representante en Valencia á Abu Abdallah Ebn Abdelaziz, perteneciente á una familia plebeya de Córdoba y cuyo hijo había de sentarse en el trono de Valencia. Cuando en 1064 fué esta ciudad sitiada y atacada por Fernando de Castilla, según en su lugar diremos, Abdelmelik pudo salvarse por la fuga. Al Mamún el de Toledo dejó apresuradamente su capital y pasó á Cuenca para estar más cerca de Abdelmelik. Pero fuese que no quisiera fiar la defensa de aquella ciudad á un príncipe tan débil como Abdelmelik contra un monarca tan valeroso y diestro como el cristiano, ó fuese sólo ambición, Al Mamún despojó á su deudo del trono y le tomó para sí (1065). Alzado el sitio de Valencia por los cristianos, volvióse Al Mamún á Toledo dejando encomendado el gobierno de aquella ciudad á Abu Bekr, hijo de Ebn Abdelaziz que había muerto. Este Abu Bekr se proclamó más adelante soberano independiente de Valencia, y era el que poseía aquel reino cuando Alfonso VI se puso sobre aquella ciudad (1).

A Mohammed ben Afthas el de Badajoz, llamado Almudhaffar, sucedió en 1068 su hijo Yahia, nombrado Almanzor como su abuelo; que este honroso sobrenombre se hizo común entre los emires ó reyes de estos pequeños Estados, y aplicábasele con frecuencia desde que le llevó con tanta gloria el gran ministro y regente del califa Hixem. Mas como hubiese quedado de gobernador de Évora su hermano Omar Al Motawakil, estallaron pronto desavenencias entre los dos hermanos, de que nos tocará hablar en la historia de la España cristiana, viniendo por último á reinar en Badajoz Al Motawakil, el postrero de la dinastía Afthasida (1081).

Continuaba Al Mothadi el de Sevilla engrandeciendo sus Estados á costa de los de Málaga y Granada y de los señores de otras pequeñas comarcas vecinas. Ayudábale en sus expediciones de conquista su hijo Mohammed, aquel sobre quien había recaído el horóscopo fatal, y como ya entonces comenzara á sonar la fama de los Almoravides de África, no dudaba Al Motadhi que aquellas gentes serían las que habían de eclipsar la

---

ría, y dirigió á Al Motacim otros versos llenos de arrepentimiento: el príncipe prosiguió dispensándole mercedes.

(1) Esta es la relación que hace Dozy en sus Investigaciones (t. I, pág. 808 y siguientes) enteramente diversa de la de Conde (part. III, cap. v).

estrella de su dinastía según el pronóstico de los astrólogos, lo cual no dejaba de llenar su corazón de amargura y zozobra en medio de sus triunfos. Nuevas revoluciones estallaron en Málaga, y el viejo rey Edris ben Yahia fué fácilmente desposeído por su sobrino Mohammed ben Alcasim el de Algeciras, que continuó la guerra contra los Beni-Abed de Sevilla. Murió Habus el de Granada, y su hijo Badis ben Habus, enérgico, noble y brioso como su padre, guerreó también valerosamente contra el sevillano, y supo mantener la integridad de su territorio. Llególe también su hora al terrible y ambicioso Abed Al Motadhi de Sevilla (1069). Aquel hombre codicioso, falso, disipado y cruel, que por tan pérfidos medios se había apoderado de Córdoba, tenía el sentimiento de la familia, y le mató la pesadumbre de haber perdido á su hija querida Thairah, joven de maravillosa y singular hermosura. Empeñóse en que el cortejo fúnebre había de pasar por delante de su palacio, y aunque la fiebre le tenía postrado en cama, no pudo contenerse y se levantó y asomó á una ventana para presenciar la ceremonia funeral: causóle el espectáculo sensación tan viva y profunda que hubo que retirarle casi exánime, y á los dos días siguió á su hija á la tumba.

Sucedióle su hijo Abul Kasim, el del horóscopo fatídico, que entre otros títulos tomó el de Al Motamid Billah (el fortalecido ante Dios). Valeroso, magnífico y liberal, dulce y humano en la victoria, literato y protector de los hombres de letras, en lo cual rivalizaba con Al Motacim el de Almería, pero ambicioso también, político y astuto, supo el nuevo monarca ganarse el afecto de sus súbditos, y restituyó á sus hogares á todos los que la crueldad de su padre tenía desterrados. Criticábanle, no obstante, como á aquél, porque también bebía vino y lo permitía beber á sus tropas para animarlas á los combates, y además gustaba de la sociedad de los judíos y de los cristianos. Veremos más adelante las relaciones que con estos últimos sostuvo, y la intervención que en ellas le tocó ejercer á su hija Zaida. Háblele recomendado su padre en el lecho de muerte que se guardara mucho de los Lamtunas ó Almorabitanos (los que después conoceremos bajo el nombre de Almoravides), y que cuidara de asegurar bien y guardar las llaves de España, Gibraltar y Algeciras, y sobre todo que trabajara por reunir y concentrar en una sola mano el fraccionado imperio de España, que le pertenecía como señor de la imperial Córdoba (1).

Tal era en general la situación de los pequeños Estados musulmanes formados sobre los escombros del desmoronado imperio de los Omniadas. Importábanos conocer las principales divisiones en que quedó partida la España musulmana, las familias y dinastías que en aquella región prevalecieron, las escisiones y guerras que tuvieron entre sí, y el poder de cada uno de aquellos príncipes, no sólo por lo que respecta á la historia musulmico-española, sino para comprender lo mejor posible la de la España cristiana en este oscuro y complicadísimo período.

---

(1) Conde, part. III, c. v.



## CAPÍTULO XXII

FERNANDO I DE CASTILLA Y DE LEÓN

De 1037 á 1065

Cómo se captó Fernando el afecto de los leoneses. — En qué empleó los primeros años de su reinado. — Medidas de gobierno interior. — Concilio de Coyanza en 1050. — Sus principales cánones. — Confirmación de los fueros de Castilla y León. — Guerra con su hermano García de Navarra. — Batalla de Atapuerca, en que muere García. — Noble conducta de Fernando antes y después de esta guerra. — Primeras campañas de Fernando contra los sarracenos. — Conquistas de Viseo, Lamego y Coimbra. — Sus campañas en el centro de la Península. — Sitio de Alcalá de Henares. — Humilde súplica del rey musulmán de Toledo. — Campaña contra el rey mahometano de Sevilla. — Humillación de Ebn Abed. — Historia de la traslación del cuerpo de San Isidoro de Sevilla á León. — Testamento de Fernando. Distribución de reinos. — Campaña y sitio de Valencia. — Sorpresa de Paterna. — Enfermedad de Fernando. — Se retira á León. — Religiosa y ejemplar muerte de este gran monarca.

Dejamos en el capítulo XX á Fernando, primero de este nombre, hijo de Sancho el Grande de Navarra, posesionado de las coronas de Castilla y de León, heredada esta última por su esposa la princesa doña Sancha, por haberse extinguido en Bermudo III, su hermano, la línea masculina de Alfonso el Católico, y adquirida la primera por extinción también de la línea varonil de los condes de Castilla y por herencia de otra princesa castellana, esposa de su padre Sancho, viniendo á ser de este modo dos hembras el lazo que unió las familias de Navarra, Castilla y León, la base y principio de la unidad de la monarquía española, cuyo complemento, no obstante, habrá de diferirse todavía siglos enteros.

Quedaba con esto don Fernando el más poderoso de los reyes cristianos de España. Y si bien al principio le miraban muchos leoneses con alguna desafección, nacida del natural sentimiento de faltarles la antigua y gloriosa dinastía de sus reyes propios y de considerarle de algún modo como extranjero para ellos, dedicóse este prudente monarca, después de conquistada la ciudad, á conquistar los corazones de sus nuevos súbditos, ya gobernando con dulzura y con justicia, ya confirmándoles los *buenos fueros* que les había otorgado Alfonso V, ya añadiendo otros conformes á sus costumbres, ya también halagándolos con anteponer en algunos diplomas el título de rey de León al de Castilla, aunque posterior aquél á éste respecto á su persona. Á pesar de esto, avezados algunos magnates y poderosos á revolucionarse fácilmente contra sus reyes y señores, no dejaron de darle algunas inquietudes: hay quien señala entre aquéllos al conde Lain Fernández, pero la prudencia y vigor del nuevo monarca redujeron tales conatos á inútiles tentativas, y el orden y la subordinación se conservaron en ambos reinos.

Consagróse, pues, Fernando en los primeros años de su reinado á moralizar las costumbres, á restaurar las antiguas leyes góticas, á organizar su antiguo y nuevo Estado y á cuidar del orden y la disciplina de la Igle-

sia (1). Si la historia no nos ha transmitido las particulares medidas que dictó para estos objetos, hallámoslas como compendiadas en el Concilio de Coyanza (hoy Valencia de Don Juan), diócesis de Oviedo, celebrado por este monarca en unión con la reina Sancha en 1050, y con asistencia de todos los obispos, abades y próceres ó magnates del reino, *ad restauratió-nem nostræ christianitatis*: asamblea á la vez religiosa y política como las de Toledo del tiempo de los godos, y en que se ordenaron trece cánones ó decretos, algunos de ellos importantísimos para la historia, relativos unos á negocios eclesiásticos, otros al orden político y civil (2). Notaremos las principales disposiciones de este concilio.

Mándase en el primer decreto (*título* que se dice en el acta), que cada obispo desempeñe convenientemente su ministerio con sus clérigos en sus respectivas diócesis.

Ordénase en el segundo que todos los abades y abadesas, monjes y monjas, se rijan por la regla de San Benito; y que todos con sus monasterios estén sujetos á los obispos.

El tercero sujeta á todas las iglesias ó clérigos á la jurisdicción episcopal, quitando á los legos toda potestad ó autoridad sobre ellas. Prescribe el servicio personal, el de libros y ornamentos que han de tener las iglesias y los altares: da reglas para el sacrificio de la misa; designa cómo han de vestirse los clérigos, mándales llevar siempre la corona abierta y la barba rapada, les prohíbe el uso de armas de guerra, y tener en su casa otra mujer que no sea madre, hermana, tía ó madrastra.

Preceptúa el quinto á los sacerdotes, que no vayan á las bodas á comer, sino á echar su bendición; que los clérigos y legos convidados á comer á las casas mortuorias, no coman el pan del difunto sino haciendo alguna obra buena por su alma, y dando participación á los pobres.

En el sexto, después de aconsejar á los cristianos que asistan á las vísperas los sábados por la tarde y á la misa los domingos, se manda que no anden por los caminos como no sea para enterrar los muertos, visitar los enfermos, ó por orden del rey, ó para resistir alguna invasión sarracena; y que los cristianos no cohabiten con judíos ni coman con ellos. El noveno exceptúa á los bienes de las iglesias de la ley trienal de la prescripción, y el duodécimo devuelve á los templos el derecho de asilo en conformidad á la ley gótica.

Versan los sétimo, octavo y décimotercero sobre negocios de gobierno político y civil. Estos dos últimos son de especial importancia histórica.

(1) Muchos historiadores, y entre ellos Mariana, suponen á este monarca desde los primeros años en guerra con los infieles. Esto no se conforma ni con las historias árabes ni con las crónicas cristianas más antiguas.

(2) Los obispos que asistieron fueron los siguientes: Froilán de Oviedo, Diego de Astorga, Cipriano de León, Siro de Palencia, Gómez de Huesca, Gómez de Calahorra, Juan de Pamplona, Pedro de Lugo y Cresconio de Compostela. No sabemos cómo pudo encontrarse aquí el de Pamplona. Hábalos también de ciudades ocupadas todavía por los árabes. El de Huesca, nombrado en el acta *Visocensis*, acaso por *Oscensis*, fué probablemente el que Ferreras tomó por de *Viseo*, deduciendo de aquí que el concilio de Coyanza había sido posterior á la conquista de esta ciudad por Fernando, que es error manifiesto.

«Ordenamos, dice el octavo, que en León y sus términos, en Galicia, en Asturias y en Portugal se juzgue con arreglo á lo establecido por el rey Alfonso para los homicidios, robos y todas las demás caloñas. En Castilla adminístrese la justicia de la misma manera que en los días de nuestro abuelo el duque Sancho.»—«Mandamos, dice el décimotercero, que todos, grandes y pequeños, no sólo respeten la justicia del rey, sino que sean fieles y rectos como en los tiempos del señor rey Alfonso, y se rijan de la misma manera que entonces: pero los castellanos en Castilla sean para el rey como lo fueron para el duque Sancho. El rey por su parte los gobierne como el mencionado conde Sancho. Y confirmo todos aquellos fueros que á los moradores de León otorgó el rey Alfonso, padre de la reina Sancha mi esposa. El que esta nuestra constitución quebrantare, rey, conde, vizconde, merino ó sayón, eclesiástico ó seglar, sea excomulgado, etc. (1).»

Por lo decretado en esta asamblea, aparte de lo perteneciente á la disciplina eclesiástica, se ve cómo el monarca garantía y confirmaba á cada uno de los dos Estados reunidos el uso y ejercicio de sus respectivos privilegios y fueros, dando al propio tiempo testimonio del respeto que le merecían así los pueblos como los reyes sus antecesores. Pasó, pues, Fernando el primer período de su reinado en afianzar la pacificación interior de sus reinos, en sofocar las tendencias de los magnates á la rebelión, en dictar reformas para el clero, en establecer las bases de la legislación, renovando la de los visigodos y agregando á ella la que las nuevas necesidades de sus pueblos exigían, y en cuidar además con la solicitud de padre y con el esmero de rey de la educación de sus hijos. Eran éstos, Urraca, á quien había tenido tres años antes de su advenimiento al trono de León; Sancho, que nació en el mismo año de su coronación; Elvira (en latín Geloira), Alfonso y García. A cada uno de estos hijos procuraba darle la educación más adecuada á su edad y á su sexo, con arreglo á las costumbres de la época y á lo que el estado de la ilustración entonces permitía: á las hijas haciéndolas instruir en las labores propias de mujeres y en los ejercicios de religión y de piedad, y á los varones amaestrándolos en el manejo de armas y caballos y en los deberes á que pudieran ser llamados algún día.

Fatalidad fué de Fernando, como lo había sido de los Alfonsos y de los Ordoños, y lo era para España, tener que desnudar el acero antes contra sus propios deudos y hermanos que contra los enemigos naturales de su patria y de su fe. Por desdicha fué así, y esta desdicha perseguirá todavía por mucho tiempo á esta nación tan heroica como desventurada. La partición de reinos hecha por Sancho el Grande de Navarra, sin duda con mejor intención y fe que con prudencia y tino, y que muy pronto había comenzado á dar amargos frutos con las funestas disidencias entre los hermanos coherederos de Aragón y de Navarra, prodújolos aún más amargos, si bien algo más tarde, entre los de Navarra y Castilla. Tiempo hacía que estaba viendo en secreto con envidiosos ojos el rey García de Navarra una tan bella porción como la de los dos reinos unidos de Castilla y de León en manos de su hermano Fernando. Aunque parecía distraído de

(1) Aguirre, Collect. Max. Concil.

este pensamiento, ocupado como se hallaba en unión con su esposa Estefanía en embellecer con grandes edificios y suntuosos templos la ciudad de Nájera, que habían hecho corte y residencia real, no por eso habían dejado de devorarle la ambición y los celos, pasiones de que tan fácilmente se suelen desnudar los príncipes, hasta que un suceso vino á ponerle en ocasión de revelar designios que había tenido encubiertos y en tentación de cometer un acto de insidiosa perfidia.

Habiendo enfermado este monarca, creyóse Fernando en el deber fraternal de pasar á visitarle á Nájera (1053). Mas no bien hubo llegado, surgió su presencia á García tentaciones siniestras contra su hermano, y aun hubo de proceder á dar órdenes para la ejecución de su mal pensamiento. Con todo, no debieron ser tan reservadas que de ellas no se apercibiese el castellano, lo cual le movió á dejar apresuradamente aquella mansión y volverse á sus dominios con la fortuna de haber prevenido y frustrado oportunamente todo criminal intento contra su persona. Hizo la casualidad que á poco tiempo enfermara á su vez Fernando; y García, ya restablecido, quiso volverle la visita, como el medio más propio para disipar cualesquiera sospechas que sobre él hubiera podido concebir su hermano. Grandes pruebas ó gran convencimiento debía tener Fernando de las desleales intenciones de García, cuando procedió á ponerle en prisión y á encerrarle en el castillo de Cea (1). Mas habiendo logrado el navarro evadirse de la prisión sobornando á la guardia encargada de su custodia, y ponerse en cobro en sus Estados, rebosando de indignación y de despecho ya no pensó en más que en hacer guerra abierta á su hermano. Comenzó por devastar á mano armada las tierras fronterizas del de Castilla, el cual por su parte reunió grande ejército con el fin de castigar, ó por lo menos de reprimir semejantes agresiones. Todavía, sin embargo, quiso emplear los medios de la persuasión para ver de evitar un fatal rompimiento, y despachó á García personas respetables y prudentes que le recordaran la sangre común que por las venas de ambos corría, que le hicieran ver cuánto importaba el mantenimiento de la paz entre hermanos, que cada cual podía vivir tranquilo y feliz en los dominios que su padre le había señalado, y que meditara por último que en el caso de obstinarse no era posible que sus tropas, inferiores en número como eran, pudiesen resistir á la muchedumbre de las que Castilla tenía dispuestas contra él. Desoyó el navarro en su ciega cólera tan justas y racionales proposiciones, y en lugar de venirse á buenas como la razón y la conveniencia le dictaban, cometió el atentado de hacer prender los legados, si bien mudó luego de propósito, y poniéndolos en libertad: «Andad, les dijo con arrogancia, id ahora á buscar á vuestro señor, que cuando yo venza á éste, os volveré á traer prisioneros como ovejas de un rebaño.»

(1) No Ceya, como escriben Mariana, Romey y otros. Ceya está en Navarra cerca de Pamplona. El redactor de la parte histórica del Diccionario de Madoz ha aplicado con más acierto este suceso á la villa nombrada Cea, en la provincia de León, pero ha cometido al mismo tiempo dos graves equivocaciones, la una en suponer acaecido este hecho en 1040, habiendo sido en 1053, y la otra en llamar al rey prisionero Sancho García, siendo García Sánchez.

Fiaba García en el valor de sus navarros, fiaba en los aliados musulmanes que había logrado atraer á su partido, y fiaba en que él mismo era tan hábil general como soldado valeroso. Con esta confianza rompió con su ejército por tierra de Burgos en busca de su hermano, y estableció su campamento en Atapuerca, á cuatro leguas de aquella ciudad, y á la vista de las huestes castellanas que acampaban en aquel valle. Todavía Fernando, más, á lo que es de creer, por generosidad y nobleza de sentimientos que por temor, renovó á su hermano las proposiciones de paz, y aun envió á su campo á dos venerables varones, San Ignacio, abad de Oña, y Santo Domingo de Silos, á intento de ver si con sus santas palabras hacían desistir de su temerario empeño al obstinado García. Inútiles fueron también los piadosos esfuerzos de tan virtuosos prelados. El malhadado rey de Navarra corría desbocado á su perdición como aquellos hombres á quienes parece arrastrar á su ruina un destino fatal. Frustradas todas las tentativas de avenencia por parte del monarca castellano, la batalla se hizo inevitable y la batalla se dió.

Al primer albor de la mañana (1.º de setiembre de 1054), entre la confusa gritería de ambas huestes mezcláronse los peleadores y se cruzaron con furor las espadas. En el calor de la pelea vióse á un anciano y venerable navarro arrojarle lanza en ristre, sin casco y sin coraza, en lo más cerrado de las filas enemigas, como quien busca desesperado la muerte, que recibió con la imperturbabilidad de quien la deseaba. Era el ayo del rey don García, el que le había educado en su niñez, que después de haberle exhortado con enérgicas razones á que desistiese de aquella guerra, viendo la ineficacia de sus consejos, no quiso sobrevivir á la pérdida de su patria y á la muerte de su señor que preveía, y se anticipó á morir como bueno. Una cohorte de caballeros leoneses, antiguos allegados al rey Bermudo, y particularmente adictos á la causa de su hermana la reina doña Sancha, de los que se habían hallado en la batalla de Tamarón, se abrieron paso con sus lanzas á través de los dos ejércitos, y llegando á donde se hallaba don García rodeado de un grupo de valientes navarros, se precipitaron sobre ellos y los arrollaron, derribando de su caballo al rey, que cayó al suelo acribillado de heridas. Quedáronle al temerario monarca tan solamente algunos momentos de vida, que aprovechó para confesarse con el abad de Oña, uno de los dos santos prelados cuya misión de paz no había querido escuchar antes el acalorado rey (1).

Tal fué el fruto que de su tenacidad sacó el monarca navarro García Sánchez, conocido por *el de Nájera*, en los campos de Atapuerca, que la tradición designa todavía hoy con el nombre *de la Matanza*. Muerto García, gritaron victoria los castellanos, y desalentáronse y huyeron los na-

---

(1) Hemos tomado la relación de estos sucesos principalmente del monje de Silos, Chron. n. 82 y 83, con la cual concuerda Lucas de Tuy. Al decir del Silense, Fernando de Castilla había manifestado á aquellos caballeros su deseo de que le entregaran vivo más bien que muerto á su hermano; pero ellos y la reina deseaban vengar con sangre la que él había hecho verter á Bermudo en los campos de Tamarón. El arzobispo don Rodrigo lo cuenta con algunas variantes. Nos merece en esto más fe el Silense, por ser escritor contemporáneo.

varros y sus auxiliares. Fernando ordenó que se persiguiera á los fugitivos cristianos de modo que se les diera tiempo para salvar sus vidas; los sarracenos auxiliares quiso que fuesen tratados con todo el rigor de las leyes de la guerra, y los que no fueron acuchillados quedaron cautivos. Hizo Fernando recoger y trasportar el cadáver de su hermano á Nájera, y enterróle en la iglesia de Santa María, edificada y dotada por él (1). Pudo Fernando después de esta victoria haberse hecho acaso sin gran dificultad dueño del reino de Navarra: moderado anduvo en haberse contentado con Nájera y con los pueblos de la derecha del Ebro: de todo lo demás puso él mismo en posesión á su sobrino Sancho, el primogénito de su desventurado hermano García.

Desembarazado de esta guerra, y deseando ya medir sus armas con los infieles, regresado que hubo el victorioso castellano á sus antiguos dominios, preparó sus huestes para la campaña que emprendió la primavera siguiente (1055), pasando el Duero y el Tormes, y penetrando en las provincias de la Lusitania ocupadas por los musulmanes (2). Apoderóse desde luego por asalto de la fortaleza de Sena (hoy Cea) en la provincia de Beira. Desde allí continuó haciendo devastadoras correrías y tomando poblaciones, sin darse ni dejar más descanso que el que el rigor de las estaciones le obligaba á hacer, y que empleaba en atender á los negocios interiores de su reino. Acrevióse ya en 1057 á poner sitio á Viseo, ante cuyos muros una flecha fatal había dado treinta años hacía una muerte prematura á su suegro Alfonso V de León. Terrible fué la resistencia que le opusieron los sitiados. Aquellos ballesteros musulmanes eran tan diestros y certeros, que á más de no errar el golpe de saeta arrojábanlas con violencia tal, que no había casco ni coraza tan dura que no la traspasaran, lo cual obligó á los sitiadores á armarse de triples corazas y de escudos forrados de madera. Habíase provisto también Fernando de cuerpos de honderos. Merced á estos medios y al arrojo de los castellanos la plaza fué entrada á viva fuerza, y sus habitantes y defensores ó pasados á cuchillo ó hechos cautivos. Entre estos últimos se hallaba todavía el que disparó el mortífero venablo que puso fin á la preciosa vida de Alfonso V. Dicen que el rey, después de sacarle los ojos, le hizo cortar ambas manos y un pie; venganza que querriamos no ver ejecutada por un príncipe cristiano, pero que en aquellos y aun en muy posteriores tiempos se consideraba y aplaudía como un rasgo de celo religioso y de piadosa y justa severidad (3). Á la toma de Viseo siguió algunos meses después la de Lamego, ciudad situada cerca del Duero, y tenida por casi inexpugnable en razón á

(1) Tuvo el rey García Sánchez ocho hijos, cuatro varones y cuatro hembras; Sancho, Ramiro, Fernando y Raimundo, y Urraca, Ermesinda, Jimena y Mayor. La reina doña Estefanía sobrevivió tres años y medio á su esposo.

(2) *Mortuo fratre*, dice el monje de Silos, *jam securus de patria reliquum tempus in expugnandos barbaros... agere decrevit*. Esto unido á lo que antes había dicho este cronista, que «pasó diez y seis años sin salir de los límites de su reino ni emprender nada contra extrañas gentes,» demuestra que los historiadores españoles, Mariana, Sandoval, Ferreras y otros han puesto indebidamente las campañas de Fernando en Portugal antes que la guerra con su hermano García.

(3) Mon. Sil. Chron. n. 85 y 86.

sus elevados muros. Nada arredró á los castellanos y leoneses, y abierta brecha en aquellas altísimas murallas, posesionáronse de la ciudad matando y cautivando según costumbre. Lo mejor de los despojos fué de orden del piadoso monarca destinado al servicio de las iglesias y «de los pobres de Cristo,» según la expresión de la crónica (1).

Alentado Fernando con estos triunfos, concibió el proyecto de apoderarse de Coimbra. Era Coimbra la ciudad más importante y como la capital de todas aquellas posesiones musulmanas. Para prepararse á tan gloriosa empresa como cumplido y fervoroso cristiano pasó el rey de Castilla á visitar el sepulcro del santo apóstol Santiago, á quien dirigió por espacio de tres días y tres noches humildes y fervientes oraciones, implorando por su intercesión el auxilio divino en favor de las armas españolas. Hecho esto, volvió á poner sitio á Coimbra (enero de 1058), lleno de esperanza y de fe. No le fué, sin embargo, la toma de la ciudad tan fácil como acaso se habría imaginado. Costóle siete meses de asedio, al cabo de los cuales el hambre y la penuria, á lo que se cree, obligaron á los sitiados á pedir capitulación (24 de julio), que el monarca cristiano les otorgó, fijándose en los dos días siguientes las condiciones, reducidas á que los habitantes entregarían la plaza al monarca cristiano, saliendo ellos con sus mujeres y sus hijos y el dinero necesario para su viaje. Fueron, no obstante, más de cinco mil sarracenos entregados al vencedor en calidad de cautivos, y el domingo 26 de julio hizo su entrada solemne en Coimbra, acompañado de la reina doña Sancha, de los obispos de Compostela, Lugo, Viseo y Mondoñedo, y de otros principales personajes (2).

Dueño Fernando de Coimbra, encomendó el gobierno de la ciudad y su comarca á un tal Sisnando, que en su juventud había sido hecho prisionero en Portugal por Ebn Abed, rey de Sevilla; en cuya ciudad había llegado por su mérito y sus luces á obtener de tal modo el favor del emir, que además de haberle confiado éste importantes cargos, vino á hacerle su más íntimo consejero. Habíase puesto después Sisnando en relaciones con el rey de Castilla y de León, y como Sisnando conocía bien la religión, las costumbres y la lengua de los árabes, parecióle al rey á propósito para gobernar así á los cristianos como á los musulmanes que quedaron en la jurisdicción y distrito de Coimbra, donde les permitió seguir viviendo bajo ciertas condiciones. Sisnando gobernó sabiamente aquel territorio, haciéndose respetar igualmente de mahometanos y cris-

(1) Mon. Sil. Chron. n. 87.—Chron. Conimbric., pág. 337.—Flórez, *Esp. Sagrada*, tomo XIV.—Ribeiro, Dissert. Chronolog. é crit. sobre la hist. de Portugal, t. IV.

(2) Chron. Complut., p. 316.—Mon. Silens. n. 89.—Flórez, *España Sagrada*, t. XIV, pág. 90 y siguientes. Otros difieren la conquista de Coimbra hasta el año 1064.—Los anotadores de Mariana en la edición de Valencia dicen: «Las antiguas crónicas cuentan que en la mezquita mayor de Coimbra después de su purificación fué armado caballero Rodrigo Díaz de Vivar llamado el Cid, por el rey Fernando, y describen el ceremonial de esta función. Lo cierto es que en la escritura de Lorbaon confirma el Cid, siendo esta la primera memoria verídica que de él se encuentra (t. III, pág. 280, nota).» La escritura que se cita es de una gratificación que hizo el rey á los monjes de Lorbaon por el socorro de víveres que le suministraron para el sitio de Coimbra, que publicó en castellano Sandoval en los *Cinco Reyes*, p. 12.

tianos, bajo el título que adoptó de *alvasir*, españolizando el *vazzir* de los árabes. Bajo la administración de este singular personaje fué agrandada y embellecida Coimbra con magníficos monumentos.

Fernando volvió á dar gracias al apóstol Santiago por el feliz éxito de su empresa, y regresando á León celebró una asamblea de magnates para deliberar, al modo que lo hizo en otro tiempo Ramiro II, á qué punto de los dominios mahometanos convenía llevar la guerra. Tomado el competente acuerdo, salió el ejército cristiano á campaña la primavera siguiente (1059), y tomó á San Esteban de Gormaz, tan disputada dos siglos hacía por musulmanes y cristianos, á Vadoregio, Aguilar y Berlanga. Prosiguió hasta Medinaceli, destruyó castillos y poblaciones, derribó las cabañas ó aduare que los sarracenos tenían para proteger y guardar los ganados, demolió la línea de atalayas que de trecho en trecho habían construído, pasó la frontera de Cantabria (1060), y revolviendo otra vez hacia el reino de Toledo, traspuso á Somosierra, taló los campos de Uceda y Talamanca, recogiendo rebaños, cautivando hombres, mujeres y niños, llevando la devastación por todas partes, y no dando reposo ni á los musulmanes ni á sus soldados. Guadalajara, Alcolea, Madrid, todas las poblaciones musulmanas situadas en los valles y en las márgenes del Henares, del Jarama y del Manzanares, fueron teatro de las terribles correrías del monarca y ejército castellano, que por último puso estrecho cerco á la importante ciudad de Al-Kalaa-en-Nahr (altura ó fortaleza del río), de que le vino el nombre que hoy tiene de Alcalá de Henares.

Había ya el rey de Castilla desmantelado á hierro y fuego los edificios exteriores, ya el ariete había desmoronado una parte de sus muros, cuando en tal aprieto despacharon los sitiados una embajada al rey de Toledo, que lo era entonces Al Mamún, suplicándole les libertase por cualquier medio del rudo enemigo que en tan apretado trance los tenía, y que lo hiciese pronto si no quería que á la pérdida de Alcalá siguiese la de todo el reino de Toledo. Hecho cargo Al Mamún del peligro, y escuchando los consejos de los más prudentes, reunió una inmensa cantidad de oro y plata acuñada, telas y vestidos riquísimos, y habiendo obtenido un salvoconducto del monarca cristiano, pasó muy cortésmente en persona al campo del rey, y admitido á su presencia le rogó que aceptase aquellos presentes y que levantara mano en la devastación de las fronteras de su reino. Aun hizo más el musulmán toledano. Para mover al rey de Castilla á que dejase más pronto en paz sus dominios le dijo que él y sus Estados quedaban desde aquel momento bajo la protección y amparo del monarca leonés. Fernando, si bien no confiaba mucho en las palabras del sarraceno, como que de todos modos por ser llegada la estación fría pensaba regresar á sus dominios, aceptó el presente y la oferta, y volvió cargado de botín á Tierra de Campos, como en otro tiempo Alfonso III se había retirado cargado de riquezas de debajo de los muros de Toledo (1).

---

(1) Este ofrecimiento de Al Mamún, que el monje de Silos expresa en estos términos: *se et regnum suum suæ potestati commissum dedit*, y que parecía constituirle en vasallo ó tributario del rey de Castilla, ha sido sin duda el que dió ocasión á algunos



Aprovechó Fernando aquel período de reposo dedicándole á las mejoras de su reino: restauró á Zamora, arruinada como León en los calamitosos tiempos de Almanzor, y en esta última ciudad reconstruyó de cal y canto la iglesia de San Juan Bautista, ya reedificada de tierra cuarenta años antes por Alfonso V que había hecho colocar en ella los cuerpos de los reyes sus predecesores. Fernando, á ruegos de la reina Sancha, que tenía especial devoción á este templo, destinóle también para panteón suyo y de su familia, y dispuso que fuesen trasladadas á él las cenizas de su padre Sancho el Mayor y de su cuñado Bermudo. Terminadas estas obras, y deseando el piadoso monarca aumentar la devoción del pueblo á aquel privilegiado santuario, determinó enriquecerle con las reliquias de los santos que existían en las ciudades dominadas por los infieles. Y como no esperase adquirirlas de otro modo que por la fuerza de las armas, juntó Fernando poderoso ejército, y encaminóse con él por la Extremadura y Lusitania, y entróse por tierra en Andalucía esparciendo la devastación y el terror. Intimidado Ebn Abed el de Sevilla, de quien eran los Estados invadidos, y á quien hemos visto en guerra casi incesante con los de Málaga y Granada, salió al encuentro del castellano llevando ricos presentes, que ofreció al monarca cristiano rogándole los aceptase y que dejara de hostilizar sus tierras y súbditos. Consultó Fernando con los prelados y principales caudillos la respuesta que debería dar, y como éstos le aconsejasen que usara de mansedumbre hasta con los enemigos de la fe, aceptó el ofrecimiento del musulmán, mas no sin exigirle otro tributo de bien diferente índole, el que permitiera trasladar el cuerpo de la santa virgen y mártir Justa que desde la persecución de Diocleciano yacía en aquella ciudad. Accedió gustoso Ebn Abed á la demanda, satisfecho de haber conjurado á tan poca costa la tempestad que le amenazaba, y hechas las paces tornóse Fernando con su victorioso ejército á León (1062).

Desde allí despachó á Sevilla una solemne embajada, compuesta del obispo de León Alvito, de Ordoño de Astorga, del conde Munio ó Nuño, y de otros dos nobles personajes llamados Gonzalo y Fernando, con buena escolta para que llevasen á ejecución lo pactado con Ebn Abed. Presentáronse estos ilustres comisionados al rey musulmán, el cual les dijo que en efecto se acordaba de lo ofrecido, pero que era el caso que el cuerpo de la mártir Justa no se encontraba. Vanas fueron también las diligencias y pesquisas que por hallarle hicieron los enviados cristianos, lo que les dió no poco desconsuelo. Cuentan que en tal aflicción el obispo Alvito exhortó á sus compañeros á que por tres días consecutivos de ayuno y oraciones procurasen mover á Dios á que no hiciese inútil su piadoso viaje, revelándoles dónde se ocultaba el sagrado tesoro que iban buscando. Parecióles bien el pensamiento, y practicáronlo así los enviados del rey. La crónica añade que las tres noches se le apareció en sueños al venerable Alvito un hombre con una respetable cabellera blanca, ceñida su frente con la mitra episcopal, que con gran majestad y dulzura le dijo: «Sé que el intento con que tú y tus compañeros habéis venido es el de llevar el

---

escritores á suponer que Al Mamún había obrado como aliado de Fernando en las campañas sucesivas.

cuerpo de la bienaventurada mártir Justa. Mas ten por cierto que la voluntad de Dios es que las reliquias de la santa queden aquí para consuelo y amparo de esta ciudad. Sin embargo, no quiere la bondad divina que os volváis con las manos vacías á vuestra patria, pues desde ahora os concedo mi propio cuerpo; tomadle pues, y llevadle á la corte de León.» Preguntó entonces Alvito á aquel venerable prelado quién era, y él respondió: «Yo soy el doctor de las Españas, Isidoro, que fuí en otro tiempo obispo de esta ciudad.» Y dicho esto, desapareció el santo anciano con toda la majestad y claridad que traía. Dicen también que en la segunda aparición señaló el santo obispo el lugar donde estaba su sepulcro hiriendo la tierra tres veces con el báculo que llevaba, y que en confirmación de ser verdad cuanto decía pronosticó á Alvito que hallado el sepulcro y sacadas las reliquias le atacaría una enfermedad, la cual á los pocos días le enviaría á participar con él de la corona de la gloria (1).

Todo, dice la crónica, se verificó tal como el venerable prelado godo lo había revelado al de León. La caja de enebro en que reposaban los restos de San Isidoro, fué hallada en el sitio por él indicado, llenando de suavísima fragancia á todos los circunstantes como si hubiera caído sobre ellos un blando rocío de bálsamo; el obispo Alvito murió á los siete días en Sevilla, después de recibir los santos sacramentos y de haber encomendado la traslación del santo cuerpo á sus compañeros. Obtenida, pues, la venia del soberano musulmán, fueron las sagradas reliquias de San Isidoro, junto con el cuerpo del obispo Alvito, trasladadas á León, donde el rey Fernando les tenía ya preparado un recibimiento solemne y pomposo, y aun él mismo con la reina y sus hijos, seguido del clero y el pueblo, salió de la ciudad en procesión á recibir los sagrados cuerpos. El de San Isidoro fué depositado en la iglesia de San Juan Bautista, que desde aquel día tomó el nombre y advocación de aquel santo, y el del obispo Alvito lo fué en la de Santa María de Regla. El día de la ceremonia el rey agasajó con un banquete á todo el clero leonés, en el cual para dar un testimonio público de humildad y de devoción, él mismo, la reina y los príncipes sus hijos sirvieron á los convidados á la mesa, haciendo los oficios no sólo de domésticos ó criados, sino los reservados á los esclavos de ambos sexos que se cogían en la guerra. Acaeció el ruidoso suceso que acabamos de referir en diciembre de 1063 (2).

Con motivo de la ceremonia de la traslación de las reliquias de la lumbrera de la Iglesia goda San Isidoro, habían acudido á León los principa-

---

(1) El monje de Silos, que fué el primero que nos trasmitió la historia de este glorioso y extraño suceso, interrumpe varias veces su narración para decir: «Hablo cosas prodigiosas, pero contadas por los mismos que intervinieron en ellas: *stupenda loquor, ab his tamen qui interfuerit prolata.*» «Cuento, exclama otra vez, cosas maravillosas, pero que recuerdo haber oído á los mismos que las presenciaron: *mira loquor, ab his tamen, qui interfuerit, me reminiscor audisse.*» Véase también Risco en la *Vida de San Alvito*.

(2) Pueden verse las Actas de esta traslación publicadas por el maestro Flórez—Mariana, que además de sus muchos errores históricos en este época, confunde y trueca á cada paso lastimosamente la cronología, pone el suceso de la traslación del cuerpo de San Isidoro antes del concilio de Coyanza celebrado en 1050.

les personajes de ambos reinos, y aprovechando esta ocasión el piadoso rey don Fernando, y sintiéndose ya en edad avanzada, reunió una asamblea más política que religiosa, á fin de repartir el reino entre sus hijos, para que á su muerte pudiesen vivir con tranquilidad y en buena armonía. En esta distribución, en que tal vez se propuso imitar á su padre, no considerando bien los males y escisiones que aquélla había ocasionado entre los hermanos, adjudicó á Alfonso, que aunque no era el mayor era á quien amaba con preferencia, todo el reino de León con los Campos Góticos ó Tierra de Campos; á Sancho, que era el primogénito, le dió el reino de Castilla; hizo rey de Galicia á García, el más joven de todos; á Urraca, su hija mayor, le confirió en dominio absoluto la ciudad de Zamora, y á Elvira la de Toro, ambas sobre el Duero, con todos los monasterios de su reino para que pudiesen vivir en el celibato hasta concluir sus días (1).

Decoró el piadoso monarca con lujo y esplendidez la iglesia ya dicha de San Isidoro, pasábase en ella muchas horas en oración, y solía mezclar su voz con la de los sacerdotes que cantaban las alabanzas divinas. Cuando iba al monasterio de Sahagún asistía con los monjes al coro, y más de una vez tomó humildemente asiento con ellos á la hora de la refección, participando como si fuese otro monje de la vianda preparada para la comunidad (2). Su mano liberal estaba siempre abierta para socorrer á sacerdotes y clérigos, á las vírgenes consagradas á Dios, y en general á todos los pobres cristianos menesterosos.

Réstanos hablar de la última campaña contra los infieles con que este gran monarca terminó su glorioso reinado. Era por el cotejo de las historias árabes y españolas, el año 1064, cuando penetró Fernando con su ejército en la antigua provincia Celtibérica, infundiendo nuevamente el terror en los sarracenos, talando campiñas, saqueando lugares, incendiando y destruyendo cuanto encontraba fuera de las ciudades amuralladas, llegando en su excursión delante de la ciudad de Valencia. Gobernaba este reino el débil Abdelmelik Almudhaffar, hijo de Abdelaziz, ó por mejor decir, le gobernaba en su nombre su pariente Al Mamún el de Toledo. Sitiáronla los castellanos y leoneses. Un día fingieron éstos levantar el sitio como quienes se retiraban convencidos de su impotencia para conquistar la ciudad. Cayeron los valencianos en el lazo, y haciendo una salida, vestidos con sus trajes de gala como si fuesen á divertirse con el ejército cristiano, dieron en la emboscada que Fernando astutamente les había preparado cerca de Paterna, y acometidos de improviso por los cristianos, gran número de ellos fueron acuchillados, siendo bastante afortunado su rey Abdelmelik para salvarse por la fuga (3). Volvió Fernan-

(1) Mon. Sil. Chron. n. 103.—Pelag. Ovet. Chron.

(2) Cuenta el Silense que en uno de estos días, habiendo bendecido el abad en las ánforas el vino que se había de servir á la mesa, según costumbre, hizo presentar al rey una copa de aquel vino. El rey la dejó caer por descuido, y como era de cristal se rompió en mil piezas. Entonces llamó á uno de sus pajes, y le mandó llevar la copa de oro en que él bebía ordinariamente, y poniéndola sobre la mesa la regaló á los padres en reemplazo de la que había roto.

(3) De esta sorpresa de Paterna, de que no hablan nuestras crónicas, nos ha dado noticia el árabe Ibn-Bassan, escritor contemporáneo, MS. de Gotha, citado por Dozy.—

do después de este triunfo á estrechar el cerco de Valencia, y estaba á punto ya de tomarla, cuando hizo la mala suerte que le acometiera una enfermedad que le obligó á retirarse otra vez á León, donde no mucho antes había hecho que fuese trasladado el cuerpo del mártir San Vicente, hermano de las santas Sabina y Cristeta, que se hallaban en Ávila.

Llegó, pues, Fernando á León un sábado 24 de diciembre de 1065. A pesar de su quebrantadísima salud su primera visita fué al templo de San Isidoro, donde arrodillado ante los sepulcros de los santos mártires hizo fervorosa oración á Dios por su alma. De allí pasó al palacio á reposar algunas horas. A la media noche se hizo conducir otra vez á la iglesia, donde asistió á la misa solemne de la Natividad del Señor, y después de haber comulgado hubo que llevarle en brazos á su lecho. A la mañana siguiente, al apuntar el día, presintiendo cercano su fin, convocó á los obispos, abades y religiosos de la corte para que fortificasen su espíritu en aquel trance supremo, y todavía otra vez se hizo trasportar al templo en compañía de aquellos venerables varones, revestido de todas las insignias reales. Allí, arrodillado ante el altar de San Juan, alzando los ojos al cielo, pronunció con voz clara y serena estas memorables palabras: «Vuestro es el poder, Señor, vuestro es el reino, vos sois sobre todos los reyes, y todos los imperios del cielo y de la tierra están sujetos á vos. Yo os devuelvo, pues, el que de vos he recibido, y que he conservado todo el tiempo que ha sido vuestra divina voluntad. Ruégoos, Señor, os dignéis sacar mi alma de los abismos de este mundo y recibirla en vuestro seno.» Y dicho esto, se desnudó del manto real, se despojó de la corona de piedras preciosas que ceñía su frente, y recibiendo el óleo santo de mano de los obispos, trocó el manto por el cilicio y la diadema por la ceniza, y prosternado y con lágrimas imploró la misericordia del Señor, á quien entregó su alma á la hora sexta del tercer día de Pascua, fiesta de San Juan Evangelista. Tal fué y tan ejemplar y envidiable la muerte del primer rey de Castilla y de León, á los 28 años y medio de haber ceñido la segunda corona, cerca de 31 de haber llevado la primera. Fué enterrado en el panteón de la iglesia de San Isidoro que él había hecho construir (1).

Bajo el cetro vigoroso de Fernando I adquirieron gran preponderancia

---

A la nueva de este desastre fué cuando acudió Al Mamún el de Toledo á Cuenca á proteger á su pariente Abdelmelik, y considerándole poco hábil para defender la ciudad contra tan poderoso enemigo como Fernando, le depuso y encerró en la fortaleza de Cuenca, alzándose con su reino luego que levantó el sitio Fernando, según en el anterior capítulo expusimos. Así, pues, según Ibn-Bassan, el escritor más inmediato á los sucesos que se conoce, Al Mamún no fué á Valencia como aliado de Fernando, que es lo que se había creído hasta ahora, sino como protector de Abdelmelik, aunque la ambición le convirtió pronto de auxiliar en usurpador de su reino.—Al-Makari habla también de la batalla de Paterna, que indica igualmente Ebn Hayan.

(1) Mon. Sil. Chron. n. 106. Yepes, Coron. de la orden de San Benito.—Sandoval, *Cinco reyes*.—Flórez, *Esp. Sagr.*, y muchos otros.—La reina doña Sancha, señora no menos piadosa, prudente y amable que su marido, le sobrevivió sólo dos años, y fué enterrada también en la misma iglesia de San Isidoro al lado de su esclarecido esposo, como se ve por los epitafios grabados en sus tumbas.—Anales Complut., Compostel. y Toledanos.

los reinos cristianos de Castilla y de León, y su reinado preparó la gloria de los siguientes. Con justicia, pues, es llamado Fernando el Magno el que fué uno de los príncipes más gloriosos que cuenta la España (1).

## CAPÍTULO XXIII

LOS HIJOS DE FERNANDO EL MAGNO.—SANCHO, ALFONSO Y GARCÍA

*De 1065 á 1085*

Juicio de la distribución de reinos que hizo Fernando I de Castilla en sus tres hijos.—Guerra de Sancho de Castilla con sus primos Sancho de Aragón y Sancho de Navarra y su resultado.—Despoja Sancho de Castilla á sus dos hermanos Alfonso y García de los reinos de León y Galicia.—Aventuras de Alfonso VI de León.—Su prisión: toma el hábito religioso en Sahagún: se refugia á Toledo, y vive en amistad con el rey musulmán.—Quita Sancho la ciudad de Toro á su hermana Elvira.—Sitia en Zamora á su hermana Urraca.—Muere Sancho en el cerco de Zamora.—Traición de Bellido Dolfos.—El Cid.—Es proclamado Alfonso rey de Castilla, de León y de Galicia.—Juramento que le tomó el Cid en Burgos.—Alianza de Alfonso VI con Al Mamún el de Toledo.—Toman juntos á Córdoba y Sevilla.—Piérdense otra vez estas dos ciudades.—Muerte de Al Mamún.—Resuelve Alfonso la conquista de Toledo.—Alianza con el de Sevilla.—Ofrece éste su hija Zaida al monarca leonés y la acepta.—Ríndese Toledo al rey de Castilla.—Capitulación.—Entrada de Alfonso en Toledo.—Concilio.—Primer arzobispo de Toledo.—Conviértase la mezquita mayor en basílica cristiana.—Cambio en la situación de los dos pueblos cristiano y musulmán.

El ejemplo vivo y reciente de lo funesta que había sido la partición de reinos hecha por Sancho el Mayor de Navarra, ejemplo cuyas consecuencias fatales había experimentado en sí mismo su hijo Fernando, no sirvió á éste de escarmiento, é incurrió, como hemos visto, en el propio error de su padre, rompiendo la unidad apenas establecida, y subdividiendo las dos coronas de Castilla y de León, unidas momentáneamente en sus sienes, entre sus tres hijos Sancho, Alfonso y García, en los términos que en el

(1) Hemos omitido el inverosímil é infundado suceso que cuenta la Crónica general y adoptó de lleno Mariana (l. IX, c. v), de la reclamación que en tiempo de este rey hicieron el papa y el emperador de Alemania para que Castilla se reconociera feudataria de aquel imperio, de las cortes que para deliberar sobre este extraño negocio, dice, reunió el rey Fernando, del razonamiento que en ellas hizo el Cid, de la resolución que á consecuencia de su discurso se tomó, del ejército de diez mil hombres que al mando de Rodrigo de Vivar pasó á Francia, de la embajada que aquél recibió en Tolosa, del asiento que allí se hizo para libentar á España del pretendido feudo, etc., por estar ya reconocido y probado de fabuloso todo este conjunto de bellas invenciones por los mejores críticos. Ferreras dijo ya: «Esta pretensión no es más que un cuento, porque yo no he hallado, ni en los escritores germánicos, ni en otros de aquella edad rastro de tal intento, etc.» Los ilustradores de la edición de Valencia, dijeron también hablando de lo mismo: «Pero nuestros historiadores más atinados han desechado como fingida toda esta narración.» Y el doctor Sabau y Blanco dice con su acostumbrado desenfado sobre este capítulo de Mariana: «Todo este cuento es tomado de la Crónica general de España, que no tiene fundamento en ningún autor que merezca fe. Ninguno de los escritores de este tiempo hace mención de semejante suceso; y así debe despreciarse toda esta narración de Mariana como fabulosa.»

anterior capítulo dejamos expresados. Creyó sin duda Fernando, y tal debió ser su propósito y buen deseo como acontecería á su padre, dejar de aquella manera más contentos á sus hijos, prevenir los efectos de la envidia y de la ambición entre ellos, y acaso se persuadió también de que distribuido el reino en pequeños Estados, cada soberano podría regir con más facilidad el suyo y sostenerle con más energía contra los sarracenos ó dilatar cada cual con más fuerza de acción sus respectivas fronteras. Si tal pensamiento tuvo, pudo más en él el buen deseo que la lección práctica de la experiencia, y mostróse poco conocedor del corazón humano. Falta-ba por otra parte todavía el conocimiento y fijación de la sabia ley de la primogenitura para la sucesión al trono. Lo cierto es que la partición de reinos de Fernando encerraba, como vamos á ver, el germen de guerras tan mortíferas entre sus hijos como las que antes había ocasionado la distribución de su padre Sancho de Navarra.

Bien lo previeron algunos nobles leoneses, y entre ellos principalmente el prudente y experimentado Arias Gonzalo, los cuales habían intentado persuadir al rey que revocase aquella división. No escuchó el monarca el consejo, y en conformidad á su determinación el mismo día de su muerte fueron proclamados Sancho rey de Castilla, Alfonso de León, y García de Galicia y Portugal. Aunque descontento y quejoso Sancho, ya porque viese más favorecido en la partija á su hermano Alfonso, ya porque como primogénito se creyera con derecho á toda la herencia de su padre, no hubo todavía rompimiento entre los hermanos, ni se turbó su aparente concordia en algún tiempo, acaso porque supo mantenerlos en respeto su madre doña Sancha, señora de gran juicio y prudencia: por lo menos estuvo reprimida su envidia y no se manifestó en abierta hostilidad hasta que murió la reina madre en 1067.

Mas no estuvo entretanto ocioso el genio turbulento y activo de Sancho. Llamóle su ambición hacia otra parte, y esto contribuyó también á que dejara algún tiempo en paz á sus hermanos. Reinaban en aquel tiempo en Aragón y Navarra otros dos Sanchos, primo-hermanos del de Castilla; el de Aragón hijo de su tío don Ramiro, y el de Navarra hijo de su tío don García (1); reinando de este modo simultáneamente tres Sanchos en Aragón, Navarra y Castilla; coincidencia que ha podido dar lugar á confusión y equivocaciones históricas, y sobre lo cual repetimos lo que acerca de la identidad de nombres dijimos en la primera parte de nuestra obra. En tanto que el de Castilla encontraba ocasión para arrancar á sus hermanos la herencia de su padre, ensayóse en otra empresa, que fué la de querer privar á su primo el de Navarra de la parte que Fernando mismo le había reconocido. Pero el navarro y el aragonés, conocedores sin duda del genio codicioso del de Castilla, habíanse confederado ya para impedir todo atentado que contra sus dominios intentase, y cuando aquél pasó el Ebro encontráronle los dos aliados en la llanura en que se fundó

---

(1) A su tiempo rectificaremos á Mariana, Romey y otros historiadores, que difieren la muerte de Ramiro I de Aragón hasta el año 1067, y le hacen reinar al mismo tiempo que Sancho de Castilla, habiendo muerto aquél en 1063. Notaremos también entonces la grave equivocación en que incurrió el juicioso y docto Zurita en este punto.

más adelante la ciudad de Viana, llamada, dice un moderno historiador navarro (1), el *Campo de la verdad*, «porque de muy antiguo estaba destinado para los combates de los nobles en desafío, que creían encontrar la verdad y la razón en la fuerza ó en la destreza de las armas.» Dióse allí una batalla entre los tres Sanchos, en la cual el de Castilla quedó vencido, teniendo que escapar precipitadamente en un caballo desenjaezado, como en los campos de Tafalla había acontecido treinta años antes á Ramiro de Aragón. Fuéle preciso al castellano repasar el Ebro, y regresar á sus Estados, lo cual proporcionó al de Navarra el poder recuperar las plazas de la Rioja, perdidas por su padre y ganadas por Fernando á consecuencia de la victoria de éste en Atapuerca (2).

No pudo el rey de Castilla tomar satisfacción y venganza de sus dos primos como hubiera deseado, porque la muerte de su madre (1067) vino á allanarle el único obstáculo que parecía haber estado comprimiendo los ímpetus de su ambición y estorbándole atentar abiertamente contra la herencia que sus dos hermanos habían recibido de su padre común. Vió, pues, llegado el caso de aspirar á lo que más codiciaba, y rota toda consideración y miramiento, acometió primeramente á Alfonso que era el que más cerca tenía, y sin dar tiempo á que el leonés recibiese los auxilios que había solicitado de sus primos los de Aragón y Navarra para contener al turbulento castellano (3), dióle un combate que el de León se vió en necesidad de aceptar en Plantaca ó Plantada (después Llantada), á orillas del Pisuerga, en que pelearon los dos hermanos como dos encarnizados enemigos (1068). La victoria quedó por los castellanos, y Alfonso, vencido, tuvo que retirarse á León (4).

Fuese que Alfonso (el VI de su nombre) contentara por entonces á Sancho cediéndole alguna parte de las fronteras de su reino ó condescendiendo con alguna de sus exigencias, ó que Sancho, debilitado en los campos de Viana, no se considerara en aquella sazón bastante fuerte para internarse en los dominios leoneses teniendo enemigos á la espalda, no se vuelve á hablar de nueva lucha entre los dos hermanos hasta tres años más adelante (1071), que reaparecen combatiendo otra vez en Golpejar á las márgenes del Carrión, aun más sangrientamente que en Llantada. Hay quien dice haber concertado antes y convenídose en que aquel que venciese quedaría con el señorío de ambos reinos. La fortuna favoreció esta vez á los leoneses, y los castellanos volvieron la espalda dejando abandonadas sus tiendas. Condújose Alfonso con laudable aunque pernicioso generosidad, prohibiendo á sus soldados la persecución de los enemigos, á fin de que no se vertiese más sangre cristiana, y porque, si fué cierta la estipulación que se supone, se creería ya señor de Castilla. Perdióle aquella misma generosidad. Porque uno de los guerreros castellanos reanimó al monarca vencido diciéndole: «Aun es tiempo, señor, de recobrar lo perdido, porque los leoneses reposan confiados en nuestras tiendas; caiga-

(1) Yanguas, *Hist. Compend. de Navarra*, pág. 69.

(2) Moret, *Annal. de Nav.*, lib. XIV.

(3) «Y perseguir (añade el culto Mariana) aquella bestia fiera y salvaja.»

(4) *Annal. Complut.*, p. 313.

mos sobre ellos al despuntar el alba, y nuestro triunfo es seguro.» El caballero que así hablaba era Rodrigo Díaz, conocido y célebre después bajo el nombre de el *Cid Campeador*, que ya entonces tenía entre los suyos fama de gran capitán, aunque es la primera vez que le hallamos mencionado como tal en las antiguas historias (1).

Aceptó Sancho el consejo de Rodrigo, y sin tener en cuenta, si no un compromiso pactado, por lo menos la noble conducta que con él había usado Alfonso, cayó con su ejército al rayar la aurora sobre los descuidados y dormidos leoneses, de los cuales muchos sin despertar fueron degollados, los demás huyeron despavoridos, y Alfonso buscó un asilo en la iglesia de Santa María de Carrión, de cuyo sagrado recinto fué arrancado y conducido desde allí al castillo de Burgos (julio de 1071). Pasó Sancho con su ejército victorioso á la capital del reino leonés, de la cual se posesionó ya fácilmente. Amaba con predilección doña Urraca á su hermano don Alfonso, y á instigación y por consejo suyo rogó el conde Pedro Ansurez á don Sancho sacase de la prisión á su hermano, á lo cual accedió el de Castilla, á condición y bajo la promesa de que Alfonso tomaría el hábito monacal en el monasterio de Sahagún. Resignóse el destronado monarca á cubrir con la cogulla aquella cabeza que acababa de llevar una corona, él y sus favorecedores con la esperanza de que el tiempo trocaría las cosas y el variable viento de la fortuna daría otro rumbo á su suerte. Así sucedió. Por arte y maña de los mismos que habían negociado su entrada en el claustro no tardó Alfonso en salir de él á favor de un disfraz, y tomando el camino de Toledo acogiése al amparo del rey Al Mamun, que no sólo le recibió con benevolencia, sino que le trató como á un hijo, según la expresión del arzobispo cronista. Dióle el rey musulmán morada cerca de su mismo palacio, proporcionábale todo lo que podía hacerle amena y agradable la vida, y hasta le señaló una casa de recreo fuera de muros donde pudiese vivir apartado del tumulto de la ciudad, y entretenido con sus cristianos.

Acompañábanle allí tres nobles hermanos, Pedro, Gonzalo y Fernando Ansurez, servidores fieles suyos y de su hermana Urraca, que con tierna solicitud le había procurado esta buena compañía. Con estos y otros cristianos no menos leales vivía Alfonso en su deliciosa alquería, en la más estrecha amistad con el monarca sarraceno. Un día, habiendo salido Alfonso á caza por aquellos bosques, llegó hasta un sitio llamado Brivea, hoy Brihuega, fortaleza entonces de poca importancia, pero cuya situación agradó mucho al desterrado castellano. Pidióselo á Al Mamun, y éste se la concedió sin dificultad. Allí estableció Alfonso una especie de colonia de cristianos sometidos á su autoridad. Así pasó el destronado rey de León cerca de un año, ya auxiliando con sus cristianos al rey de Toledo en sus guerras con otros musulmanes, ya entreteniendo los períodos de paz en ejercicios de montería, á que se prestaba grandemente aquel sitio.

Cuenta el arzobispo don Rodrigo, que habiendo bajado un día Al Mamun al jardín del castillo de Brihuega á solazarse un rato, y habiéndose puesto á conferenciar con los árabes de su corte sentados en círculo, so-

---

(1) Lucas de Tuy, págs. 97 y 90.—El arzobispo don Rodrigo, libro VI, cap. xvi.



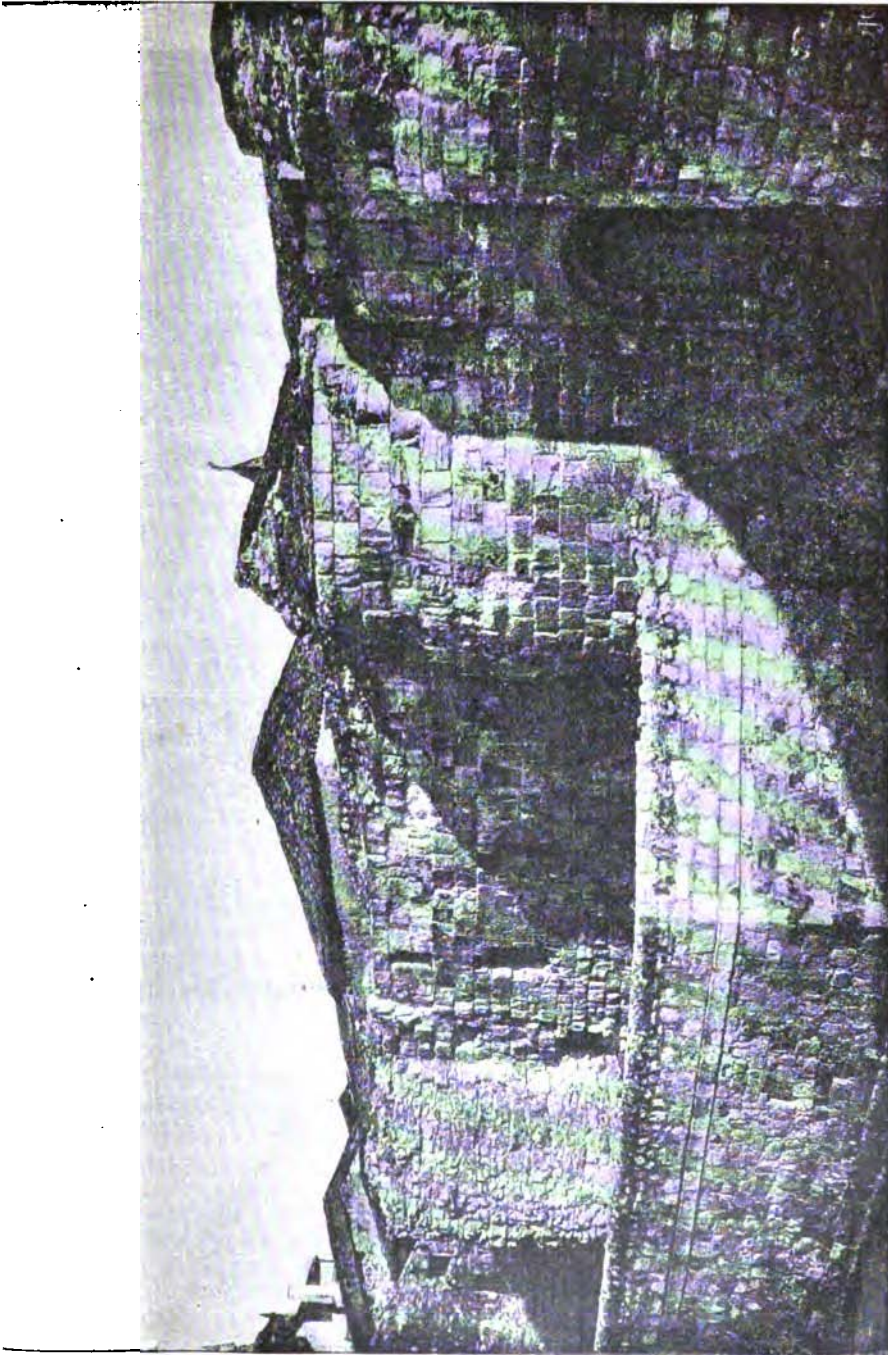
bre el medio cómo se podría tomar una plaza tan fuerte como la de Toledo, Alfonso se había recostado al pie de un árbol y aparecía profundamente dormido: creyéndolo así los árabes, continuaron departiendo entre sí en alta voz y con toda confianza. Preguntóles Al Mamún si creían posible que una ciudad como aquella pudiera nunca ser conquistada por los cristianos. «Sólo habría un medio, contestó uno de los interlocutores, que sería talar por espacio de siete años sus campiñas, de suerte que llegaran á faltar absolutamente los víveres.» No fué perdida la respuesta, dice el historiador cristiano, para Alfonso que no dormía, y guardada la tuvo en su memoria; como queriendo atribuir á esta revelación la conquista que años adelante hizo de Toledo este mismo Alfonso. Nosotros, concediendo el hecho, creemos que Alfonso no necesitaba de estas revelaciones, teniendo como tuvo tiempo sobrado para conocer la ciudad y calcular todos los medios que pudieran facilitarle su grande empresa, si por acaso pensó en ella entonces (1).

Mientras esto pasaba en Toledo, Sancho, ufano con la victoria, y no satisfecho con el reino de León, había continuado su marcha á Galicia, resuelto á deponer también de aquel reino á García, su hermano menor. García tenía exasperados los pueblos con inmoderados tributos, y disgustados á los principales gallegos con el ascendiente que dispensaba á uno de sus sirvientes ó domésticos llamado Vernula, á cuyas delaciones daba siempre oídos con una credulidad ciega. Muchas veces los nobles que habían sido el blanco de sus calumnias habían rogado al príncipe que alejase de sí tan indigno favorito. El rey se había empeñado en sostenerle, y haciéndose ya insoportables á los grandes las vejaciones que les causaba, asesinaron un día al delator á la presencia y casi en los brazos del rey. La cólera de García no reconoció límites ni freno desde entonces, y degeneró en una especie de demencia ó de manía de persecución contra todos sus súbditos de cualquiera edad ó sexo que fuesen. Así cuando se presentó Sancho en Galicia, fuéle fácil la sumisión de los gallegos, harto indignados ya contra la loca dominación de su hermano. Solos trescientos soldados seguían á García, con los cuales, conociendo la imposibilidad de resistir á la hueste castellana, acudió en demanda de auxilio á los sarracenos de Portugal, ofreciéndoles que si le ayudaban á hacer la guerra les daría en vasallaje no sólo su reino, sino también el de su hermano. Contestáronle los musulmanes con palabras de alto desprecio. «¿Con que no has podido, le dijeron, defender tu Estado siendo rey, y ahora que le has perdido nos ofreces dos reinos?» Tuvo no obstante, el desairado y desatentado García la temeridad de seguir recorriendo el país con su pequeña cohorte, hasta que llegando á la campiña de Santarén (2), encontróse con

---

(1) La estancia de Alfonso en Toledo se ha exornado con anécdotas y cuentos inverosímiles, como aquello de haberle echado plomo derretido en una mano para probar si estaba realmente dormido, de que diz le quedó el sobrenombre de *el de la mano horadada*; lo de habérsele enrespado el cabello en términos de no podersele allanar, y otras puerilidades absurdas que el buen sentido nos dispensa de refutar seriamente.

(2) Las palabras del arzobispo don Rodrigo nos descubren la etimología de Santarén. *In loco qui Santa-Hirenea dicitur.*



MURALLAS Y PORTILLO DE LA CASA DE DOÑA URRACA (COPIA DIRECTA DE UNA FOTOGRAFÍA)

su hermano Sancho, donde vinieron á las manos. Acuchillada y deshecha la gente de García y el prisionero, quedó Sancho duefio y señor de todo el reino de Galicia (1071). Fué el prisionero destinado al castillo de Luna, de donde luego le soltó Sancho sobre homenaje que le hizo de ser siempre vasallo suyo, y refugióse á Sevilla (1).

Parece que debería haber quedado satisfecha la ambición de Sancho con verse señor de los tres reinos de Castilla, León y Galicia. Mas como su codicia fuese insaciable, tan pronto como regresó á León, volvió sus ojos hacia los pequeños dominios independientes de sus dos hermanas Urraca y Elvira; y so pretexto de que se interesaban demasiado en favor de Alfonso, llevó contra ellas un ejército considerable. Elvira no le opuso resistencia en Toro. Pero Urraca, contando con el pueblo de Zamora y con la lealtad de algunos nobles caballeros, entre ellos el prudente y valeroso Arias Gonzalo, á quien encomendó la defensa de la ciudad, se dispuso á soportar con ánimo varonil todos los azares y rigores del sitio. Estrechóle Sancho cuanto pudo; los ataques y los asaltos se renovaban cada día con más ímpetu y coraje, mas todos se estrellaban en el valor y decisión de los valientes zamoranos, acaudillados por el brioso y entendido Arias Gonzalo. Ya los sitiados iban sintiendo algunos efectos de tan prolongado sitio, cuando salió de la ciudad un hombre llamado Bellido Dolfos, que dirigiéndose á don Sancho y fingiendo acaso quererle informar del estado de la plaza, logró que el rey, dando entera fe á sus palabras, saliese solo con él á reconocer el muro, con cuya ocasión, cogiendo á Sancho desprevenido, le atravesó á traición con su lanza, y corrió á refugiarse á la ciudad. Rodrigo Díaz, el Cid, que hacía parte del ejército de Sancho, sabedor de la acción de Bellido, lanzóse como un rayo en persecución del traidor, á quien se abrió una de las puertas á punto que faltaba ya poco para alcanzarle la lanza de aquel insigne guerrero: lo que hizo sospechar á los castellanos que Bellido contaba en la ciudad con participantes y favorecedores de la traición (2).

Con la muerte de Sancho difundióse en el campo la consternación. Los leoneses y gallegos, como que servían de mala voluntad en sus banderas, abandonáronlas incontinenti y se desbandaron. Los castellanos, como más obligados, permanecieron firmes en su puesto; y colocando después en un féretro el cadáver del rey, le trasportaron con lúgubre aparato al monasterio de Oña, donde le dieron sepultura y le hicieron las correspondientes exequias. Algunos añaden que los de Zamora salieron de la ciudad en persecución de los fugitivos. y que los castellanos, correspondiendo á su fidelidad proverbial, se fueron defendiendo vigorosamente

(1) Fragmento de una crónica manuscrita del Escorial que cita Berganza.—Chron. Compost. é Iriense, publicados por Flórez, *Esp. Sagr.*, ts. XX y XXIII.

(2) Luc. Tud. Chron., p. 98 y sig.—Chron. Lusit., p. 405.—Id. Burg., pág. 309.—Annal. Compost., pág. 319.—Id. Tolet. era MCX.—La embajada del Cid con quince caballeros á la infanta doña Urraca, y el desafío de Diego Ordóñez de Lara con los tres hijos de Arias Gonzalo, con que Mariana y otros autores han amenizado el célebre cerco de Zamora, no tienen fundamento en ninguna crónica antigua, y deben ser contados en el número de los romances.

te en la retirada, siendo celosos guardadores de los inanimados restos de su señor hasta depositarlos en la tumba.

Acaeció la muerte de Sancho II de Castilla el 6 de octubre de 1072. Su mujer, la reina Alberta, no le dió sucesión. Había reinado seis años, nueve meses y diez días en Castilla: en León un año, dos meses y veintidós días, contando desde la batalla de Golpejar. Mereció por su valor el dictado de Sancho el Fuerte. Era de arrogante y bella apostura, y en el epitafio de Oña se le compara en la figura y belleza á *Paris*, en la bravura bélica á *Héctor* (1).

Reunidos los castellanos en Burgos, sin rey y sin persona de familia real en quien pudiera recaer el cetro, acordaron de común consentimiento elegir por su rey y señor á Alfonso, á condición solamente de que hubiera de jurar no haber tenido participación alguna en la muerte alevosa de Sancho. Tomada la resolución, despacharon legados á Toledo que informasen secretamente al rey Alfonso de su elección. Por su parte doña Urraca, de acuerdo con la nobleza de León y de Zamora, envióle también secretos nuncios, recomendándoles mucho que procuraran no llegase la nueva á oídos del rey Al Mamún, temerosa de que tal vez retuviera á Alfonso ó le impusiera condiciones humillantes á trueque de la libertad que le diera. Con corta diferencia de tiempo llegaron los mensajeros de Zamora y de Burgos. Encontráronse unos y otros antes de entrar en Toledo con el conde Pedro Ansúrez (Peranzules), que todos los días acostumbraba á pasear á caballo fuera de la ciudad, al parecer por vía de distracción y de recreo, y en realidad por si tropezaba con quien le llevase noticias de su patria. Comunicó el conde la alegre nueva al rey Alfonso, y conferenciaron los dos sobre si convendría ó no informar á Al Mamún de lo que pasaba, recelando peligros de hacerle la revelación, y temiéndolos no menos de guardar el secreto si por acaso lo sabía por otro conducto el musulmán.

En tal perplejidad exclamó de repente Alfonso: «No, no debo ocultar nada á quien tan generosa y noblemente se ha portado conmigo, tratándome como á un hijo.» Y presentándose con la franqueza propia de un noble castellano, informó por sí mismo al musulmán de cuanto acababan de noticiarle los enviados de su hermana y de los castellanos. Todo lo sabía ya Al Mamún; y correspondiendo á la confianza de su ilustre huésped, y llevando hasta el fin la generosidad con que desde el principio le había tratado: «¡Gracias doy á Dios, exclamó lleno de alegría, que te ha inspirado tal pensamiento! El ha querido librarme á mí de cometer una infamia, y á tí de un peligro cierto: si hubieras intentado fugarte de aquí sin mi conocimiento y voluntad, no hubieras podido salvarte de la prisión ó la muerte, porque ya había hecho vigilar todas las salidas de la ciudad, con orden á mis guardias de que aseguraran tu persona. Ahora vé, y toma posesión de tu reino; y si algo necesitas, oro, plata, caballos, armas, ú otros recursos, de todo te podrás servir, pues todo te será inmediatamente facilitado.» Rasgo digno de todo encarecimiento, y cuyo relato nos pareciera apasionada exageración si nos le hubiesen transmitido escritores árabes, y

(1) *Sanctius forma PARIS et ferox HECTOR in armis.*

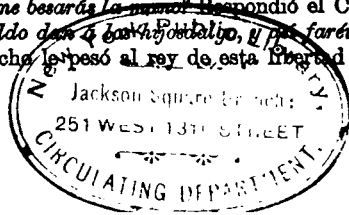
no historiadores cristianos nada sospechosos de parcialidad en favor de aquellos infieles (1).

Semejante conducta afianzó y estrechó más y más las amistosas relaciones entre Alfonso y Al Mamún. Pidióle éste al de Castilla que renovase el juramento de respetar su reino, y de ayudarle en caso necesario contra los árabes sus vecinos; igual juramento le demandó para su hijo mayor. Hízolo así Alfonso, obligándose para con él en los propios términos Al Mamún y su hijo.

Otro hijo menor del de Toledo no fué comprendido en este compromiso, sin que sepamos la razón de ello, pero cuya circunstancia conviene no olvidar para lo de adelante. Con esto se dispuso Alfonso á tomar el camino de Zamora. Colmóle Al Mamún de obsequios y presentes, y con solemne y regia pompa le acompañó hasta la altura de una colina, donde se hicieron el cristiano y el musulmán una tierna despedida: prosiguió el primero con sus caballeros castellanos hasta Zamora, donde ya su cuidadosa hermana lo tenía todo aparejado y dispuesto para su proclamación. Desde allí partiéronse á Burgos á recibir el juramento de los castellanos. Ya hemos dicho el que éstos por su parte habían acordado exigir al rey para prestarle su reconocimiento. Dura en verdad era la condición, y no poco violento para un rey haber de humillarse á prestar un juramento de su inocencia é inculpabilidad en la muerte de su hermano. Así es que no había caballero que osara exigirle, y un silencio mudo é imponente reinaba en la iglesia de Santa Gadea. Hubo uno al fin que se atrevió á pedirle, y levantando su robusta voz: «¡Juráis, Alfonso, le dijo, no haber tenido participación ni aun remota en la muerte de vuestro hermano Sancho rey de Castilla?—Lo juro, respondió Alfonso.» Aquel arrogante castellano era Rodrigo Díaz, el Cid (2). Desde entonces, por mucho que Alfon-

(1) Roder. Tolet. de Reb. in Hisp. Gest.—Luc. Tud. Chron. ubi sup.

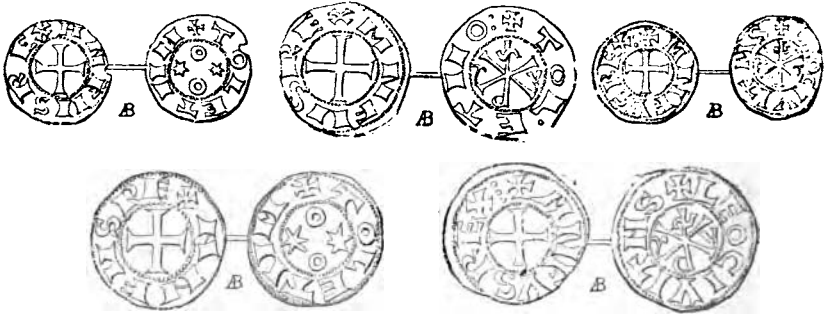
(2) Luc. Tud., Chron., pág. 99.—Algunos historiadores cuentan que se repitió hasta tres veces la fórmula del juramento, aunque las crónicas antiguas no hablan más que de una. El obispo don Fr. Prudencio de Sandoval en los *Cinco Reyes*, trae lo siguiente acerca del juramento de Alfonso VI en Burgos. «En un tablado alto para que todo el pueblo lo viese, se puso el rey, y llegó Rodrigo Díaz á tomarle el juramento, abrió un misal puesto sobre un altar y el rey puso sobre él las manos, y Rodrigo dijo así: *Rey don Alfonso, ¿vos venís á jurar por la muerte del rey don Sancho vuestro hermano, que si lo matastes ó fuistes en aconsejarlo decid que sí, y si no muráis tal muerte cual murió el rey vuestro hermano, y villanos os maten, que no sean hidalgos, y venga de otra tierra, que no sea castellano?* El rey y los caballeros respondían: *Amén*. Segunda vez volvió Rodrigo y dijo: *¿Vos venís á jurar por la muerte del rey mi señor, que vos no lo matastes ni fuistes en aconsejarlo?* Respondió el rey y los caballeros: *Amén*.—*Si no muráis tal muerte cual murió mi señor; villanos os maten, no sea hidalgo, ni sea de Castilla, sino que venga de fuera, que no sea del reino de León;* y él respondió: *Amén*, y mudósele el color. Tercera vez volvió Rodrigo Díaz á decir estas mesmas palabras al rey, el cual y los caballeros dijeron: *Amén*. Pero ya no pudo el rey sufrirse, enojado con Rodrigo Díaz, porque tanto le apretaba, y díjole: *Varón Rodrigo Díaz, ¿por qué me ahincas tanto que hoy me haces jurar, y mañana me besarás la mano?* Respondió el Cid: *Como me ficiéredes algo, que en otras tierras sueldo dar á los hidalgos, y vos faréis vos á mí si me quisiéredes por vuestro vasallo: mucho le pesó al rey de esta libertad que Rodrigo Díaz le dijo, y*



so lo disimulara, quedóle en su ánimo cierto desabrimiento y enojo hacia el Cid. Oído el juramento victorearon todos al monarca, y acabada la ceremonia se alzaron los pendones de Castilla por Alfonso rey de Castilla, de Galicia y de León (1073).

Creyó su hermano García, el destronado rey de Galicia, ocasión oportuna aquella para salir de su destierro de Sevilla y presentarse á Alfonso, en quien esperaba sin duda hallar más benignidad que en Sancho. Engañóse por su mal el desventurado príncipe, porque Alfonso, conociendo acaso su condición desasosegada, su incapacidad para gobernar, las pretensiones que pudiera suscitar un día, y que tal vez no tuviese del todo cabal su juicio, prendióle de nuevo, é hizole encerrar otra vez en el castillo de Luna para no más salir de él, pues allí acabó sus días al cabo de diez y siete años de rigurosa prisión (1).

No tardó Alfonso VI de León y Castilla en acreditar á Al Mamún el de



ALFONSO VI

Toledo que la generosa hospitalidad, las atenciones, agasajos y finezas que le había dispensado cuando era un príncipe destronado y prófugo, no habían sido hechas á un corazón desagradecido: al contrario, deparósele pronto ocasión de mostrarle que, soberano de un Estado poderoso, sabía cumplir con los deberes que la gratitud por una parte, los recientes pactos por otra le imponían. Presentóle esta ocasión la guerra que el rey de Sevilla y de Córdoba Ebn Abed Al Motamid había movido al de Toledo, invadiéndole sus posesiones. Asustóse, no obstante, Al Mamún cuando observó el movimiento en que se pusieron las tropas castellanias, recelando de su objeto, hasta que Alfonso le tranquilizó manifestándole que, cumplidor fiel del juramento con que se había empeñado á auxiliarle en las guerras que los príncipes musulmanes pudieran moverle, como auxiliar y amigo suyo iba, no como enemigo y contrario. Causó no poco albo-

jamás desde este día estuvo de veras en su gracia. Que los reyes ni superiores no quieren súbditos tan libres.»

(1) Murió García en 1090, á consecuencia de una evacuación de sangre que se empeñó en hacerse, según el obispo Pelayo de Oviedo, autor contemporáneo (Chron. n. 10). *Et ille in illa captatione voluit minuere se sanguine, et postquam sanguinem minuit decedit in lecto, et mortuus est, et sepultus est in Legionis.* Mariana le hace morir en 1081.

rozo esta manifestación á Al Mamún, y dando las gracias á Alfonso, entráronse unidos por las tierras de Córdoba, llevando en pos de sí la devastación y el incendio, «como una terrible tempestad de truenos y relámpagos, dice un escritor árabe, que espantaba y destruía las provincias en pocas horas.» Apoderáronse los toledanos de Córdoba, donde en una sangrienta refriega en los patios mismos del alcázar real fué herido y expiró de sus resultas el hijo de Ebn Abed que se hallaba en la flor de su edad. «¡Venganza de Dios, que es terrible vengador!» gritaban los toledanos paseando por las calles la cabeza del joven príncipe clavada en la punta de una lanza. Pasaron desde allí á Sevilla, que tampoco pudo defender Ebn Abed, divididas como estaban sus fuerzas para atender á otra guerra en tierras de Jaén, Málaga y Algeciras (1075). Seis meses estuvo Sevilla en poder de Al Mamún, hasta que repuesto Ebn Abab la cercó con todas sus fuerzas; enfermó Al Mamún, privado del auxilio de los castellanos que habían regresado hacia sus dominios, agravada la enfermedad del de Toledo, y habiendo por último sucumbido de ella (1076), por más que sus caudillos quisieron tener oculta su muerte para que las tropas no se desalentaran, ya no les fué posible defender la ciudad, y recobróla Ebn Abed, que seguidamente marchó á Córdoba, y arrojó de allí á los toledanos y alanceó al gobernador Hariz puesto por Al Mamún (1).

Al morir Al Mamún en Sevilla, había dejado su hijo Hixem Al Kadir bajo la tutela y protección, entre otras personas, del rey de Castilla su amigo, «de cuya lealtad y amor estaba muy seguro.» Pero debió aquel príncipe reinar muy breve tiempo, desposeído, según algunos escritores, por los mismos toledanos en un alboroto que contra él movieron, acusándole de ser más amigo de los cristianos que de los musulmanes, y poniendo en su lugar á su hermano menor Yahia Al Kadir Billah, en quien concurrían opuestas circunstancias (2). Pero pronto debieron arrepentirse los

(1) Conde, parte III, c. VII.

(2) Sobremanera embrollados y confusos hallamos los sucesos de este período en las historias arábicas y españolas. Prescindiendo de que Conde pone la muerte de Al Mamún en 1074, Dozy, con arreglo á sus autores árabes, en 1075, Romey (que se separa en esto de Conde, á quien comunmente sigue) en 1077, y otros, á quienes nosotros seguimos, en 1076, aparte de este hecho, que no pasa de una discordancia de fechas, encontrámosla mayor todavía en cuanto al sucesor de Al Mamún. Dozy dice que fué su nieto Al Kadir (t. I de sus *Investigaciones*, pág. 311). Conde, que fué su hijo Yahia Al Kadir (part. III, cap. VII). El arzobispo don Rodrigo, que con tanta exactitud nos ha informado de la vida de Alfonso en Toledo, hace á Yahia hijo segundo de Al Mamún, y supone que otro hermano reinó antes que él, pues habla de si seguía ó no las huellas de su padre y hermano: *qui á vis fratris et patris minus aberrans...* etc. Y es el mismo que dijo antes no haber sido comprendido en el pacto de Alfonso y Al Mamún: *erat autem minor filius de cujus foedere nihil dixerunt, nec Aldefonsus fuit ei in aliquo obligatus*. Creemos, pues, que hubo un hijo mayor de Al Mamún que sucedió á éste y precedió á Yahia. De él dice solamente Romey que le destituyó el pueblo revolucionariamente, pero ignoramos de dónde lo ha tomado: parece que quiso decirlo, pues al referirlo hace una llamada á nota (pág. 210 del t. V de su *Historia*), mas la nota se le olvidó. Por otra parte, de un pasaje de una crónica árabe traducido por Gayangos parece resultar que á consecuencia de un alboroto que se movió de noche en Toledo pidió Al Kadir á Alfonso un ejército cristiano que le ayudara á contener sus súbditos: que Alfon-

toledanos de su obra, porque era Yahia hombre cruel, despótico, vicioso y desatentado. Abubekr ben Abdelaziz, el gobernador de Valencia puesto por Al Mamún, negó su reconocimiento á la autoridad de un soberano que no vivía sino entre eunucos y mujeres. Los toledanos, oprimidos con todo género de vejaciones, llegaron á decirle un día: «O tratas mejor á tu pueblo, ó buscamos otro que nos defienda y ampare.» Mas no por eso abandonó Yahia ni su vida de disipación ni sus despóticos instintos. Entonces los vecinos de Toledo enviaron un mensaje al rey Alfonso de Castilla, invocando su poderosa protección, é invitándole á que pusiera cerco á la ciudad, que aunque reputada por inexpugnable, confiaban en que ellos mismos tendrían ocasión de facilitarle la entrada: resolución extrema, pero no extraña en quienes se veían tan oprimidos y ajados que en expresión del arzobispo cronista preferían la muerte á la vida. Por otra parte Al Motamid el de Sevilla, perpetuo enemigo y rival de los ben Dignum de Toledo, provocó también á Alfonso á que rompiera la alianza que le había unido á aquellos emires, y aceptara la suya que le ofrecía. Negoció, pues, Abén Omar en su nombre un tratado secreto con Alfonso que los escritores musulmanes con apasionada indignación califican de alianza vergonzosa, pero que al sevillano le convenía mucho, así por abatir al de Toledo, como por quedar él desembarazado para extender sus dominios por Jaén y Baeza, y por Lorca y Murcia. No desaprovechó el monarca cristiano tan tentadoras invitaciones, y como que no le ligaba compromiso ni pacto con Yahia, no habiendo sido éste comprendido en el juramento hecho entre Alfonso y Al Mamún, quedó resuelta en el ánimo del rey de Castilla la empresa de conquistar á Toledo, y comenzó á hacer gente y á levantar banderas, y á juntar armas, vituallas y todo género de bastimentos de guerra (1078).

Hechos todos los aprestos, franqueó Alfonso con sus huestes las montañas que dividen las dos Castillas, talando campos, incendiando y destruyendo poblaciones, haciendo incursiones rápidas é inesperadas, no dejando á los musulmanes, en expresión de uno de sus historiadores, ni tiempo para

---

so le exigió por ello tan gran suma de dinero, que no pudiéndola pagar el musulmán reunió á los principales vecinos y les intimó que de no facilitársela entregaría á Alfonso sus hijos y parientes en rehenes: que entonces los toledanos acudieron á Al Motawakil el de Badajoz, con cuyo noticia el rey de Toledo abandonó la ciudad de noche, y huyó á Huelva, cuyo gobernador no quiso darle asilo: que Al Motawakil entró en Toledo, y no quedó á Al Kadir otro recurso que implorar de nuevo el auxilio de Alfonso, el cual le exigió en recompensa todas las contribuciones de Toledo y además dos fortalezas; que Al Kadir aceptó las condiciones, Alfonso sitió la ciudad, Al Motawakil huyó, la ciudad se rindió, y Al Kadir fué repuesto en el trono. No es imposible conciliar esta narración con todas las demás noticias que tenemos acerca de la conquista de Toledo por Alfonso.

Conde, que es entre los nuestros el que más de intento y más difusamente trató de las cosas de los árabes, está tan confuso en lo relativo á este siglo, que es difficilísimo seguirle, y poco menos difícil entenderle. Ya nos contentaríamos con que nos ocurrieran en lo sucesivo otras dificultades y de otro género que las que ligeramente apuntamos. Nuestra relación, no obstante, irá basada en lo que del cotejo de unos y otros resulte para nosotros más averiguado. Por lo mismo deseamos tanto como el señor Dozy que haya quien nos aclare este oscuro y complicado período de la historia de la edad media de España.



alabar á Dios ni para cumplir con sus obligaciones religiosas. Contaba, no obstante, el toledano, aunque aborrecido de sus súbditos, con muchos medios de defensa: la ciudad era fuerte por naturaleza y por el arte, y ni podía ni se proponía Alfonso conquistarla desde luego, sino iría privando de mantenimiento y recursos hasta reducirla á la extremidad. Repitieronse los siguientes años estas correrías devastadoras, sin que bastara á impedir las el emir de Badajoz Yahia Almanzor ben Alafthas, que se presentaba como protector y auxiliar del de Toledo, pero que se iba á la mano en lo de medir sus fuerzas con las huestes castellanas. El rey de Zaragoza Al Moktadir ben Hud, que en 1076 había despojado de sus Estados al de Denia, y era uno de los más poderosos emires de España, se preparaba en 1081 á acudir en socorro del toledano, pero la parca, dice la crónica musulímica, le atajó sus gloriosos pasos, y su muerte fué un suceso feliz para Alfonso. Hizo éste en 1082 otra entrada por las montañas de Ávila, fortificó á Escalona y se apoderó de Talavera. Interesado el de Sevilla en estrechar la amistad y alianza con el monarca cristiano, á favor de la cual se había apoderado de Murcia en 1078, ofrecióle en premio de ella por medio de su astuto negociador Abén Omar su misma hija la hermosa Zaida con cierto número de ciudades por vía de dote si la aceptaba en matrimonio, proposición que admitió Alfonso, aunque casado entonces en segundas nupcias con Constanza de Borgoña. Prometía además el de Sevilla invadir por su lado el territorio de Toledo, y entregar al de Castilla en cumplimiento de aquel trato las conquistas que hiciese al Noroeste de Sierra Morena. En su virtud la bella Zaida pasó á poder de Alfonso *quasi pro ucore*, que es la expresión del obispo cronista de Tuy. Escándalo grande fué este para los musulimes, que acusaban á Ebn Abed y á su favorito de sacrificar los intereses del islamismo y el decoro de su propia familia á una alianza bochornosa, y hacíanle fatídicos presagios. Pero el sevillano cumplió su promesa, tomando á Huete, Ocaña, Mora, Alarcos y otras importantes poblaciones de aquella comarca que vinieron á formar el dote de su hija.

En la campaña siguiente (1083) se apoderó Alfonso de todo el país comprendido entre Talavera y Madrid. Al fin, después de tantas y tan devastadoras correrías, llegó ya el caso de poner el cerco á la ciudad fuerte, al baluarte principal del islamismo en España. Está Toledo situada sobre una elevada roca, ó más bien sobre una eminencia cercada de barrancos y peñas escarpadas, por cuyas sinuosidades corre el Tajo bañando casi todo el recinto de la ciudad, excepto por la parte de Septentrion en que deja una entrada de subida agria y difícil, formando una especie de península. Defendíala gruesas murallas además de sus naturales fortificaciones. Sus calles estrechas y tortuosas contribuían también á dificultar su entrada aún en el caso de una sorpresa. Por eso desde una época que se pierde en la oscuridad de los tiempos había sido Toledo una ciudad importante. Lo fué ya mucho bajo la dominación de los godos, y estaba desde la entrada de Tarik bajo el dominio de los sarracenos, que habían hecho de ella un centro del lujo y de las artes, que casi podía competir con Córdoba en sus mejores tiempos.

Tal era la ciudad que se propuso conquistar Alfonso. Para cerrarla por

todas partes, cortar todos los pasos é impedir la entrada de vituallas y socorros, fuéle preciso emplear mucha gente y ocupar también toda la vega que se extiende á la falda del monte sobre que está asentada la ciudad. Levantáronse torres, y se jugaron máquinas é ingenios. Pero la principal arma de guerra era la privación de todo género de mantenimientos para los sitiados. El rey Yahia, que no se atrevía á habérselas en persona con enemigo tan poderoso, pidió auxilio al de Badajoz, que lo era entonces Al Motawakil, el último de los Afthasidas, el cual envió en efecto en su socorro al walí de Mérida su hijo. Pero el refuerzo llegó tarde; Alfadal ben Omar no pudo ponerse en combinación con los sitiados, y tuvo que retirarse apresuradamente á Mérida, derrotado por las tropas de Alfonso. Los árabes dicen que el cadí Abu Walid el Bedji profetizó en esta ocasión la ruina del islamismo en Andalucía: los cristianos cuentan que San Isidoro se apareció en sueños al obispo de León y le profetizó la pronta conquista de Toledo. Así los escritores de cada religión citan sus profecías.

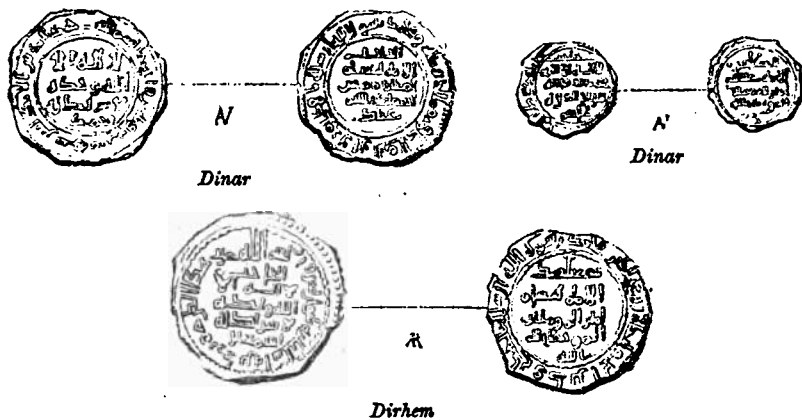
Ultimamente perdida por parte de los de la ciudad toda esperanza de socorro y apurados por el hambre, la mayoría de los habitantes en unión con los judíos y con los cristianos mozárabes, expusieron al rey, algo tumultuariamente, la necesidad de que entrara en negociaciones con Alfonso. Diferentes veces salieron comisionados á tratar de paz, llegando en una de ellas á ofrecer el de Toledo que se haría vasallo y tributario del de León, á condición de que levantara el sitio. Mantúvose firme Alfonso en no admitir ni escuchar otra proposición que la de entregarle la ciudad. Por fin la necesidad obligó á unos y la conveniencia á otros á celebrar el pacto de entrega bajo las bases y condiciones siguientes: Que las puertas de la ciudad, el alcázar, los puentes, y la huerta llamada del Rey, serían entregadas á Alfonso; que el rey musulmán podría ir libre á Valencia; que los árabes quedarían en libertad de acompañar á su rey, llevando consigo sus haciendas y menaje; que el rey don Alfonso le ayudaría á cobrar la ciudad y reino de Valencia; que á los que permaneciesen en la ciudad les serían respetadas sus propiedades; que la mezquita mayor quedaría en su poder para seguir teniendo en ella su culto; que no se les impondrían más tributos que los que antes pagaban á sus reyes, y que se les conservarían sus jueces propios ó cadíes para que les administrasen justicia conforme á las leyes de su nación. Prestáronse por una y otra parte los juramentos de cumplir este tratado, de que se hicieron cuatro ejemplares en árabe y en latín, y que firmaron ambos reyes con los principales funcionarios eclesiásticos, militares y civiles de uno y otro.

En su virtud entró Alfonso triunfante en la ciudad de Toledo el día 25 de mayo de 1085, día de San Urbano; y el rey Yahia Al Kadir con sus principales oficiales salió para Valencia llevando consigo los más preciosos tesoros. Así volvió la gran ciudad de Toledo á poder de los reyes cristianos después de trescientos sesenta y cuatro años cumplidos que estaba bajo el dominio sarraceno, desde que se apoderó de ella el berberisco Tarik ben Zeyad hasta su reconquista por Alfonso VI. El rey cristiano fijó por algún tiempo sus reales fuera de la población, hasta que bien seguro del favor popular y de que no tenía nada que temer de la población musulmana, que era mucha, ocupó el alcázar con toda su corte y desde enton-

ces volvió á ser Toledo la capital del imperio cristiano como en tiempo de los godos (1).

Ayudaron al rey de Castilla en esta gloriosa conquista tropas auxiliares de Aragón, y hasta aventureros y caballeros principales de Francia, que espontáneamente acudieron á tomar parte en una empresa cuya fama se extendía por toda la cristiandad, y veremos más adelante cómo algunos de ellos fueron señaladamente protegidos en España y se enlazaron con las princesas reales de Castilla, y fueron después troncos de dos familias de reyes. Hallábanse con Alfonso y entraron con él en Toledo la reina doña Constanza, sus hermanas doña Urraca y doña Elvira, los más distinguidos condes y caballeros de la nobleza castellana y leonesa, entre ellos el ilustre Rodrigo Díaz, el *strenuus miles* de las antiguas crónicas, que al decir de algunos historiadores, fué el primero que con su pendón

SEVILLA



entró en la ciudad, y á quien el rey dió, aunque poco tiempo, su gobierno (2). Aseguró con esto don Alfonso todo lo que hay desde Atienza y Medinaceli hasta Toledo, y desde esta ciudad hasta Plasencia, Coria y Ciudad Rodrigo, cuyas principales poblaciones hasta veintiséis enumera con sus nombres el arzobispo cronista (3).

Recobrada Toledo al cristianismo, y deseando Alfonso volverle su antigua grandeza religiosa, congregó en concilio los obispos y próceres del reino, en el cual se restauró la antigua silla metropolitana y se eligió para ella al abad de Sahagún, Bernardo, de nación francés, monje de Cluni que había sido en su patria, y protegido por la reina Constanza, francesa también (1086); varón de buen ingenio y que gozaba de aventajada reputación por su doctrina y sus costumbres, pero más celoso por la religión que discreto y prudente á lo que se vió luego. El rey, dotada la Iglesia

(1) Rod. Tolet., lib. IV.—Conde, cap. VIII.—Luc. Tud., pág. 100.—Chron. Lusit., página 405.—Tumbo negro de Santiago.—Becerro de Sahagún, fol. 50.

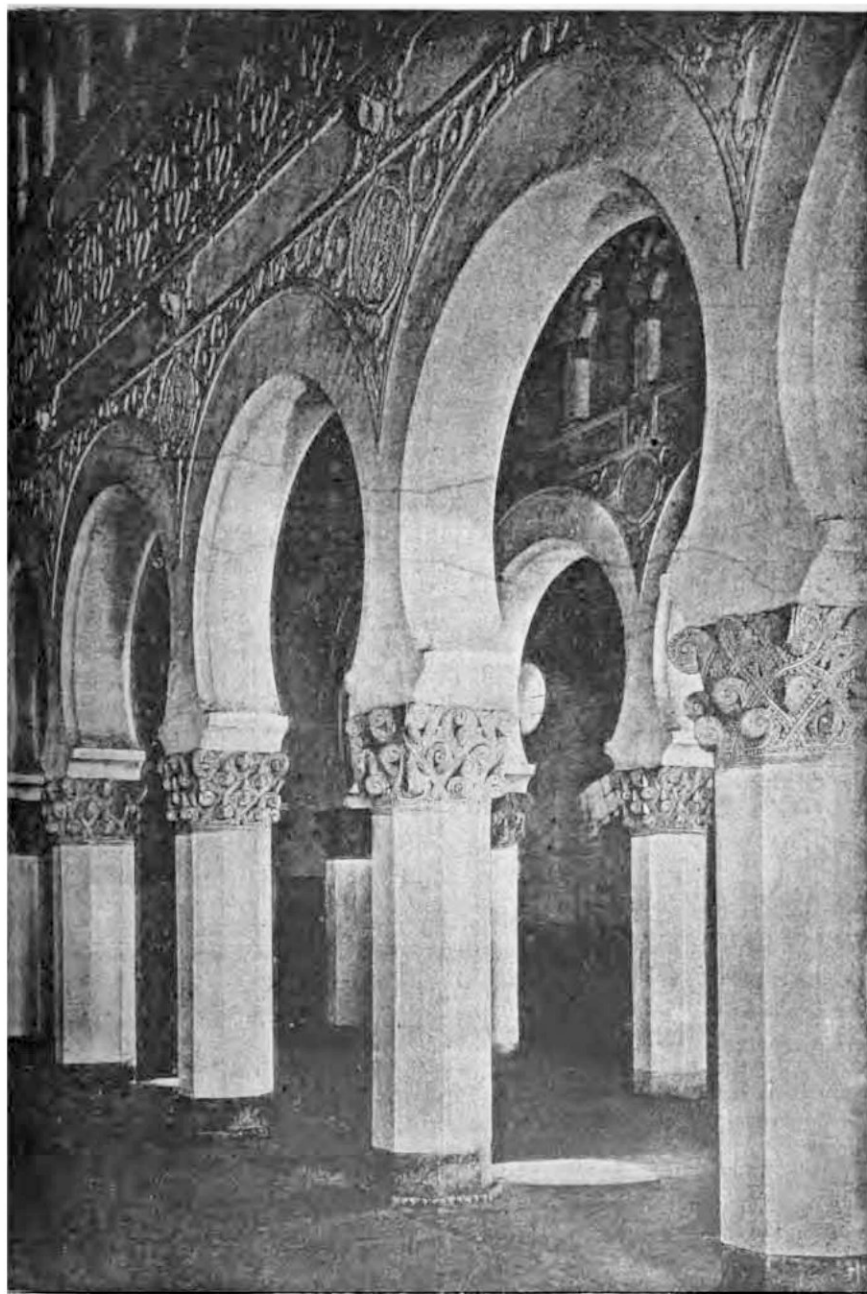
(2) Sandoval, *Cinco Reyes*, pág. 227, ed. de 1792.

(3) De reb. Hisp. lib. VI, c. XXIII.

con gran número de villas y aldeas, de huertas, molinos y campos para la sustentación de su culto y de sus ministros, habíase partido para León, donde le llamaban atenciones urgentes. Entretanto el nuevo arzobispo, ó por hacer mérito de su celo, ó porque en realidad considerase afrentoso para los cristianos el que los infieles siguieran poseyendo el mejor templo de la recién conquistada ciudad. una noche, de acuerdo con la reina Constanza y acompañado de operarios y gente armada, hizo derribar las puertas, despojar y purgar el templo de todo lo que pertenecía al culto musulmánico. poner altares á estilo cristiano, y colocar en la torre una campana que mandó tañer para convocar al pueblo á los oficios divinos. Indignó tanto como era natural á los musulmanes ver tan pronto y de tal manera violada una de las condiciones de la capitulación, por la cual se había estipulado dejarles el uso de aquel templo, y como aun constituían la mayoría de la población estuvo á punto de moverse un alboroto que hubiera puesto nuevamente en riesgo la ciudad. Contúvulos por fortuna la esperanza de que el rey anularía lo hecho por el arrebatado arzobispo.

Irritó en efecto tanto á Alfonso la noticia de aquella acción, que desde Sahagún, donde se hallaba. partió con la mayor velocidad á Toledo, resuelto á escarmentar al arzobispo y á la reina misma como quebrantadores del solemne pacto celebrado por él con los árabes. Los principales vecinos de Toledo, sabedores del enojo del rey, saliéronle al encuentro en procesión y cubiertos de luto. Los mismos musulmanes, calculando ya más tranquilos las graves consecuencias que habrían de experimentar de llevarse adelante el riguroso castigo con que el rey amenazaba, salieron también á recibirle, y uniendo sus súplicas á las de los cristianos, arrodillados todos intercedieron con lágrimas y razones en favor del arzobispo y de la reina. Costóles trabajo ablandar el ánimo irritado de Alfonso, pero al fin hubo de ceder á tantos ruegos, y otorgado el perdón hizo su entrada en Toledo, donde con tal motivo se trocó en día de regocijo y gozo el que se temía que fuese de luto y llanto. Desde entonces la que había sido por largos siglos mezquita de mahometanos quedó de nuevo convertida en basílica cristiana para no dejar de serlo jamás, y se ordenó que en memoria de tan señalado beneficio se celebrara cada año el 24 de enero solemne festividad religiosa en nombre de Nuestra Señora de la Paz.

Con la conquista de Toledo, variará sensiblemente la posición de los dos pueblos beligerantes. Privado de aquel fuerte apoyo el uno, contando el otro con un nuevo y avanzado baluarte, el pueblo musulmán irá ya en declinación, el pueblo cristiano tomará una actitud imponente y vigorosa. La España cristiana sufrirá también desde esta época modificaciones esenciales, no sólo en lo material, sino también en lo moral, en lo religioso y en lo político. Desde la conquista de Toledo comenzará una nueva era para la monarquía castellana: por eso la consideramos como una de las líneas que marcan los límites del primer período de los tres en que hemos dividido la historia de la edad media de España. Antes, sin embargo, de bosquejar el cuadro que presentaba el estado social de la Península en el siglo que comprende la narración de los sucesos que llevamos referidos en esta segunda parte, veamos lo que hasta esta fecha había acontecido en los demás reinos cristianos.



VISTA INTERIOR DE SANTA MARÍA LA BLANCA, ANTIGUA SINAGOGA DE TOLEDO  
(COPIA DIRECTA DE UNA FOTOGRAFÍA)

## CAPÍTULO XXIV

ARAGÓN.— NAVARRA.— CATALUÑA

RAMIRO.— LOS SANCHOS.— RAMÓN BERENGUER

*De 1035 á 1085*

Ramiro I de Aragón.—Estrechos límites de su reino.—Frustrada tentativa contra su hermano García de Navarra.—Hereda lo de Sobrarbe y Ribagorza por muerte de su hermano Gonzalo.—Toma algunas plazas á los sarracenos.—Concilio de San Juan de la Peña.—Ídem de Jaca.—Testamento de Ramiro I.—Errores en que nuestros historiadores han incurrido acerca de su muerte, y cuéntase cómo fué ésta.—Sancho Ramírez.—Conquista á Barbastro.—Relaciones entre los tres Sanchos, de Aragón, Navarra y Castilla.—El cardenal legado del papa, Hugo Cándido.—Cuándo se abolió en Aragón el rito gótico y se introdujo el romano.—Negociaciones con Roma.—Muere asesinado Sancho Garcés de Navarra, y se unen Navarra y Aragón en Sancho Ramírez.—Campañas de Sancho Ramírez con los árabes.—Condado de Barcelona.—Ramón Berenguer I *el Viejo*.—Resultados de su prudente y sabio gobierno.—Ensancha los límites de su Estado.—Reforma eclesiástica: concilio de Gerona.—Cortes de Barcelona: famosas leyes llamadas *Usages*.—Auxilia al rey musulmán de Sevilla.—Extensión que en su tiempo adquiere el condado de uno y otro lado del Pirineo.—Muere asesinada su esposa la condesa Almodis.—Aficción del conde y su muerte.—Heredan el condado *pro indiviso* sus hijos.—Hace asesinar Berenguer á su hermano Ramón, llamado *Cabeza de Estopa*.—Queda con la tutela de su sobrino y con el gobierno del Estado.—Causas por qué se suspende esta narración.

Diminuto y reducido era el territorio comprendido en el reino de Aragón, así llamado del río de este nombre, que en la parte central de los Pirineos entre los valles del Roncal y de Gistain constituía el Estado que en la distribución de reinos hecha por Sancho el Mayor de Navarra señaló á su hijo primogénito Ramiro. Apenas, según varios historiadores de aquel reino, abarcaba entonces una comarca como de veinticuatro leguas de largo sobre la mitad de ancho poco más ó menos. Nadie podía imaginar en aquella sazón que tan estrecho recinto se había de convertir andando el tiempo en Estado vasto y poderoso, y que había de ser uno de los reinos más extensos y respetables, no sólo de España, sino de Europa. Que Ramiro intentó muy desde el principio ensancharle á costa de los Estados de su hermano García de Navarra, dijimoslo ya en el capítulo XXII de este libro. Pero sorprendido y vencido en Tafalla, hubo de agradecer el poder regresar fugitivo á guarecerse en las montañas de su estrecho y exiguo Estado. Así permaneció hasta 1038, en que su hermano Gonzalo, señor de Sobrarbe y Ribagorza, fué asesinado á traición en el puente de Monclús por su vasallo Ramonet de Gascuña, al volver un día de caza. Entonces los de Sobrarbe y Ribagorza, viéndose sin señor, eligieron por rey á Ramiro, con lo que comenzaron á recibir los primeros ensanches los límites de su reino.

Había casado Ramiro en 1036 con Gisberga, hija de Bernardo Roger, conde de Bigorra, á la cual mudó el nombre en el de Ermesinda. Tuvo de ella cuatro hijos, á saber: Sancho, que le sucedió en el reino; García, que

fué obispo de Jaca; Teresa y Sancha, que casaron con los condes de Provenza y Tolosa. Hijo natural de Ramiro fué también otro Sancho. á quien dió el señorío de Adbar, Javierre y Latre, con título de conde, y el de Ribagorza. Murió la reina Ermesinda en 1.º de setiembre de 1049, y fué enterrada en el monasterio de San Juan de la Peña.

Nótase gran falta de documentos y noticias respecto á los primeros años del reinado de Ramiro. Los escritores aragoneses suponen haber extendido su dominación al condado de Pallás, y afirman haber conquistado de los moros á Benabarre, lanzándolos de todos los términos de Ribagorza, y aun hecho tributarios á los emires de Lérida, Zaragoza y Huesca, en lo cual no están de acuerdo las crónicas arábicas. Más conocidos son sus hechos religiosos. Dos concilios se celebraron en el reinado de Ramiro I, en San Juan de la Peña el uno, en Jaca el otro. En el primero, que ha llegado mutilado á nosotros, se hizo un canon notable por lo singular: «Decretamos é instituímos, dijeron los padres, que los obispos de Aragón sean nombrados y elegidos de los monjes de este monasterio (1): testimonio inequívoco de la influencia y ascendiente que aquellos monjes ejercían. Pero más importante y célebre fué el de Jaca, congregado en 1033. Asistieron á él y le confirmaron, el rey don Ramiro, los dos Sanchos sus hijos, el legítimo y el bastardo, nueve obispos (2), tres abades, un conde y todos los próceres de la corte del rey. Era por lo tanto un concilio mixto, como la mayor parte de los de aquel tiempo. Después de tratar de la reforma de las costumbres y disciplina eclesiástica estragadas por las guerras y por el comercio con los infieles, se restauró en Jaca la antigua silla episcopal de Huesca, declarando que cuando esta ciudad se recobrará del poder de los mahometanos, la de Jaca le fuese súbdita y una misma cosa con ella «y la obedeciese como hija á su matriz.» Asignó el rey á esta diócesis á título de perpetuidad diferentes tierras y monasterios con sus dependencias.

Mas la deliberación trascendental que se tomó en este concilio, fué la donación que Ramiro y su hijo Sancho hicieron á Dios y á San Pedro (al bienaventurado pescador, *beato piscatori*) «de todo el diezmo de sus derechos, del oro, plata, trigo, vino y demás cosas que de grado ó por fuerza les pagaban así cristianos como sarracenos, de todas las villas y castillos, así en las montañas como en los llanos.... de todos los tributos que al presente ó de futuro percibieran ó pudieran percibir con la ayuda de Dios.» «Y donamos, añadieron, á dicha Iglesia y obispo, la tercera parte del diezmo que recibimos de Zaragoza y de Tudela.» «Y yo Sancho, hijo

(1) *Hoc vero est nostræ institutionis decretum: ut episcopi aragoneses ex monachis prefati canobii habeantur et eligantur.* Collect. Max. Conc. Hispan., t. III.—Según Flórez (*Exp. Sagr.*, t. III), este concilio debió celebrarse en 1062. Supónenle algunos celebrado en 1034: error manifiesto, puesto que asistió á él el rey don Ramiro, que no empezó á reinar hasta 1035. Por consecuencia todo lo que se le podría anticipar sería á este año.

(2) Los de Aux, Urgel, Bigorra, Olorón, Calahorra, Leytora, Aragón (Jaca), Zaragoza y Roda. Los nombres de estas diócesis dan idea de la circunscripción de los límites que alcanzaba entonces el reino, si bien algunos de estos preladados estaban todavía *in partibus infidelium*, como el de Zaragoza.

del precitado rey, encendido en amor divino, concedo á Dios y á San Pedro (*beato clarigero*) la casa que tengo en Jaca con todas sus pertenencias.» Tal era la devoción y piedad del primer Ramiro de Aragón, á quien por lo mismo no extrañamos que el papa Gregorio VII llamara más adelante *cristianísimo príncipe*. Ofrece este concilio la notable singularidad de haber sido también confirmado por todos los moradores de Jaca, hombres y mujeres (*cuncti habitatores aragonensis patrie, tam viri quam fœminæ*) que unánimemente exclamaron: «Demos gracias al Cristo Celestial, y á nuestro benignísimo y serenísimo príncipe Ramiro.... etcétera (1).»

Dos años antes de este concilio, hallándose el rey enfermo en San Juan de la Peña (1061), hizo su testamento, que se conserva y cita como pieza auténtica, en el cual, después de declarar sucesor de todas sus tierras y señoríos á su hijo Sancho, «hijo de Ermesinda, cuyo nombre bautismal fué Gisberga,» cede al otro Sancho, el ilegítimo, Aybar, Javierre y Latre con las villas de su pertenencia para que las posea en feudo por su hermano Sancho como si fuese por él Mas «si, lo que Dios no permita, hiciese la infamia de separarse de su obediencia, ó de querer levantarse contra los reyes de Pamplona, que sea echado de estas tierras y del señorío que le dejo, y que estas tierras y este señorío vengan á poder de mi hijo Sancho, hijo mío y de Ermesinda.» Curiosas son algunas de las cláusulas que siguen, así por la idea que dan de las costumbres, como de la modificación que estaba sufriendo la lengua en aquel tiempo (2). «Pero mis armas, que pertenecen á barones y caballeros, sillas, frenos de plata, espadas, escudos, adargas, cascos, cinturones y espuelas, los caballos, mulas, yeguas, vacas y ovejas, las doy á mi hijo Sancho, al mismo á quien dejo aquella mi tierra, para que lo posea todo; á excepción de mis vacas y ovejas que estuvieron en Santa Cruz y en San Cipriano, que las dejo por mi ánima, mitad á San Juan y mitad á Santa Cruz. En cuanto á mi mobiliario, oro, plata, vasos de estos metales, de alabastro, de cristal y de macano, mis vestidos y servicio de mesa, vaya todo con mi cuerpo á San Juan, y quede allí en manos de los señores de aquel monasterio; y lo que de este mobiliario quisiere comprar ó redimir mi hijo Sancho, cómprelo ó redímalo, y lo que no quisiere comprar, véndase allí á quien más diere; y aquellos vasos que mi hijo Sancho comprare ó redimiere, sea peso por peso de plata. Y el precio de lo que mi hijo comprare ó redimiere, y el precio de todo lo demás que fuere vendido, quede la mitad por mi ánima á San Juan, donde he de reposar, y la otra mitad distribúyase á voluntad de

(1) Aguirre, Collect. Conc. Hisp.

(2) Hé aquí algunos trozos de latín castellanizado de este documento: «De meas autem *armas* qui ad varones et *cavalleros* pertinent, *sellas* de argento, et *frenos*, et *brumias*, et *espatas* et *adarcas*, et *gelmos*, et *tertinias*, et *esutorios*, et *sporas* et *cavallios*, et *mulas*, et equas, et *vaccas*, et oves, dimitto ad Sanctium meum filium, etc... et *vassos* de auro et de argento, et de *girca*, et *cristalo*, et macano, et meos *vestitos*, et *acitaras*, et *collectras*, et *almuallas*, et *servitium de mea mensa*, totum vadat, etc..... Et illos *vassos* quos Sanctius filius meus *comparaverit*, et redemerit, *peso per peso de plata*, aut de *cazeni*, illos *prendat*.... et in castellos de *fronteras de Mauros* qui sunt *pro facere*, etc.— Publicado por Briz Martínez, en la *Historia de San Juan de la Peña*, pág. 438.



mis maestros, al arbitrio del abad de San Juan y del obispo que fuere de aquella tierra, y del señor Sancho Galíndez y el señor Lope Garcés y el señor Fortuño Sanz y de otros mis grandes barones, por la salud de mi ánima pártase entre los diversos monasterios del reino, y en construir puentes, redimir cautivos, levantar fortalezas ó terminar las que están construídas en fronteras de los moros para provecho y utilidad de los cristianos, etc.»

Cuentan la mayor parte de nuestros historiadores, incluso los particulares de Aragón, que teniendo Ramiro I puesto cerco al castillo de Graus el Grado según otros, para arrancarle del poder de los sarracenos, fué contra él con poderoso ejército, y como aliado del rey moro de Zaragoza, su sobrino el rey Sancho el Fuerte de Castilla, y que acometido y envuelto por todas partes el de Aragón pereció allí con muchos de los suyos. Mas como Sancho de Castilla no comenzara á reinar hasta 1065, en que murió su padre Fernando el Magno, los escritores que le suponen en guerra con Ramiro I de Aragón han tenido que recurrir á prolongar la vida de este monarca hasta 1067 habiendo muerto en 1063, añadiendo así un error cronológico para poder sostener una inexactitud histórica (1). Siendo para nosotros cosa averiguada la muerte de Ramiro en 1063 (2), resulta no haber sido posible la ida del rey Sancho de Castilla contra él cuando tenía asediado el castillo de Graus, ni otra guerra alguna entre los dos monarcas. ¿Cómo fué, pues, la muerte de Ramiro I?

Un historiador arábigo (3), casi contemporáneo y que vivía en Zaragoza, nos informa de este suceso de una manera que hasta ahora no conocíamos. «Cuando Al Moktadir Billah, dice, dejó á Zaragoza para ir con su hueste al encuentro del tirano Radmil (Ramiro), el príncipe de los cristianos, habiendo reunido los dos reyes el mayor ejército posible, diéronse vista musulmanes é infieles; cada uno de los dos ejércitos estableció su campo y se colocó en orden de batalla. Consternóse Al Moktadir; la lucha había sido tan encarnizada que los musulmanes se dispersaron acá y allá. Entonces Al Moktadir llamó á cierto musulmán que aventajaba á todos los demás guerreros en conocimientos militares. el cual se llamaba Sadadah. «¿Qué pensáis vos de este día? le preguntó Al Moktadir.—Desgraciado ha sido, le respondió Sadadah; pero aun me queda un recurso.» Y

(1) El erudito Romey ha incurrido en este punto en la misma equivocación de Mariana. Ambos, con otros muchos que nos dispensamos de citar, difieren la muerte de Ramiro hasta 1067, para dar lugar á la guerra con Sancho. El docto Zurita (*Anales de Aragón*, lib I, cap. XVIII) cae en una contradicción todavía mayor. Convinendo en que la muerte de Ramiro acaeció en 1063, cuenta sin embargo la guerra de éste con Sancho de Castilla que no reinó hasta 1065 y la ida de Sancho al castillo de Graus cercado por Ramiro.

(2) Anal. Toledan. primeros: «Murió el rey don Ramiro en Grados, era MCI.»—Epitaño de San Juan de la Peña.—Blancas, Comentarios.—Id. Inscripciones de los reyes de Aragón.—Moret, *Annal. de Navarra*, tomo I.—Id Investigac. históric pág. 494.—Cron. de Ripoll, citada por Villanueva, Viaje literario, pág. 245.—*España Sagr.*, t. III, página 293.—Id, tomo XLIV. Fragm. históric, p. 327.

(3) Al Tortoschi, en su Sirádjo'l-moluc, cit. por Dozy en sus *Investigaciones*, página 435.

dicho esto se marchó. Llevaba este tal el traje de los cristianos y hablaba muy bien su lengua porque vivía á su vecindad y se mezclaba con ellos muchas veces. Penetró, pues, en el ejército de los infieles, y se acercó al tirano Radmil. Encontróle armado de pies á cabeza, con la visera calada, de suerte que no se le veía más que los ojos. Sadadah le acechó esperando una ocasión de poderle herir. Presentósele ésta, lanzóse sobre Ramiro y le hirió en el ojo con su lanza. Ramiro cayó boca abajo en tierra. Entonces Sadadah comenzó á gritar en romance: «El sultán ha sido muerto, ¡oh cristianos!» Difundida por el ejército la noticia de la muerte de Ramiro, dispersáronse los cristianos y huyeron precipitadamente. Tal fué, por la permisión del Todopoderoso, la causa de la victoria de los musulmanes.»

Si así fué como lo cuenta el historiador arábigo, aquel Sadadah fué el Bellido Dolfos de los sarracenos. Sin embargo, el rumor de la muerte de Ramiro había sido falso: el rey estaba herido solamente; pero murió de sus resultas el 8 del siguiente mayo (1) dejando por sucesor á su hijo Sancho el legítimo, que ya durante la enfermedad de su padre había gobernado el reino, á quien llamaremos Sancho Ramírez, para distinguirle de los otros dos Sanchos que reinaron en su tiempo en Navarra y en Castilla (2).

Joven de diez y ocho años Sancho Ramírez; pero príncipe de grande ánimo y esfuerzo, prosiguió guerreando contra los árabes ansioso de vengar la muerte de su padre, y ensanchó los términos de sus dominios mucho más de lo que eran cuando él los heredara. Una de las empresas que en los primeros años de su reinado dieron más fama al joven príncipe fué la

(1) En San Juan de la Peña, donde fué enterrado.

(2) Dice Mariana, en el cap VII del lib. IX de la *Historia*, hablando de este rey: «Del papa Gregorio VII que gobernó la Iglesia por estos tiempos se halla una bula en que alaba al rey don Ramiro, y dice fué el primero de los reyes de España que dió de mano á la superstición de Toledo (que así llamaba él al Breviario y Misal de los godos), la cual superstición tenía con una persuasión muy necia deslumbrados los entendimientos, y que con la luz de las ceremonias romanas dió un muy grande lustre á España. A la verdad este príncipe fué muy devoto de la Sede Apostólica, en tanto grado que estableció por ley perpetua para él y sus descendientes que fuesen siempre tributarios al sumo pontífice: grande resolución y muestra de piedad.»

No es posible decir más errores en menos palabras. 1.º El papa Gregorio VII no gobernaba entonces la Iglesia, ni ocupó la silla pontificia hasta diez años después de la muerte de Ramiro. 2.º La bula á que se refiere no se halla en los registros de sus cartas. 3.º El rey don Ramiro I de Aragón no dió de mano al Breviario gótico, ni éste se abolió en Aragón hasta 1071, ocho años después de haber muerto Ramiro. 4.º El rito gótico no era una superstición que con persuasión muy necia tuviese deslumbrados los entendimientos, sino un rito nacional muy venerado y muy legítimo, reconocido como tal no sólo por la Iglesia española, sino por concilios y pontífices. 5.º Ramiro I de Aragón no hizo su reino perpetuamente tributario de Roma. 6.º Si lo hubiera hecho, habría sido muestra de gran piedad, pero no una grande resolución, sino una resolución muy perjudicial á España y no autorizada por ninguna de las leyes del reino.

Todo esto recae después de haber hecho Mariana vivir á Ramiro hasta 1067, habiendo muerto en 1063, y de haberle hecho morir en guerra con su sobrino Sancho de Castilla cuyo reinado no alcanzó. Pone el concilio de Jaca de 1063 en 1060, y hace posterior á éste en dos años el de San Juan de la Peña. No hallamos, pues, en Mariana verdad ni exactitud en nada de lo que cuenta de don Ramiro. ¡Tendremos necesidad de hacer la misma advertencia en otras épocas y reinados!

conquista de Barbastro, que hizo en unión con el conde Armengol de Urgel su suegro, si bien costó la vida á este ilustre vástago de la familia de los Armengoles de Urgel que tantos laureles ganaron en las guerras con los musulmanes (1065). Abrió aquella conquista á Sancho Ramírez el camino para otras no menos importantes en las regiones fértiles y abundosas de la tierra llana, en que hasta entonces habían vivido los sarracenos con toda seguridad y regalo. Así no le hubiera distraído del que debía ser su principal objeto como el de todos los monarcas cristianos de aquella época la ambición de Sancho de Castilla, que obligó á los dos Sanchos de Navarra y de Aragón á confederarse entre sí, y que produjo la batalla de Viana (1066) con todas las demás consecuencias de que dimos ya cuenta en el anterior capítulo tratando de la historia de Castilla.

Un negocio eclesiástico, de grave interés por las proporciones que llegó á tomar y por el grande influjo que con el tiempo ejerció en la condición religiosa y política de toda España, vino á ocupar al rey Sancho Ramírez de Aragón en medio de las atenciones de la guerra. Era el tiempo en que los papas y la corte de Roma aspiraban á extender su influjo y dominación y á someter á él todos los imperios y príncipes cristianos, de cuyo sistema, y de su justicia ó injusticia, conveniencia ó inconveniencia no juzgaremos ahora. España era el país en que menos intervención había ejercido la Santa Sede aun en los negocios eclesiásticos, y mucho menos en los temporales. Á ella, pues, dirigieron sus miras los romanos pontífices. Ocupaba á este tiempo la silla de San Pedro el papa Alejandro II, el cual, en el año segundo del reinado de Sancho Ramírez (1064), envió á Aragón al cardenal legado Hugo Cándido, con la comisión de impetrar del rey la abolición del rito y breviario gótico ó mozárabe que hasta entonces había usado constantemente la Iglesia española, reemplazándole con el breviario y ritual romano. Este paso del pontífice debió lisonjear mucho al monarca aragonés, el cual recibió al legado en su corte con grandes honras acompañado de sus hermanos, Sancho el conde, y García obispo de Jaca, y de varios ricos-hombres y caballeros principales del reino. Acaso los asuntos de la guerra impidieron al rey arreglar por entonces la negociación apostólica relativa á la sustitución del rezo por favorables que fuesen para ello sus disposiciones. O más bien se diferiría por la reclamación que en favor del oficio gótico hicieron Castilla y Navarra, de donde pasaron tres prelados al concilio de Mantua de 1067 á representar ante el papa y el sínodo la legitimidad y santidad del rito mozárabe, logrando que uno y otro le reconocieran y aprobaran como tal. A pesar de todo, fué tal el empeño que en aquel negocio mostró Alejandro II, que habiendo vuelto el legado Hugo Cándido á Aragón, quedó abrogado el rito gótico en aquel reino y reemplazado por el romano (marzo de 1071), comenzando á usarse éste en el monasterio de San Juan de la Peña; primera brecha que se abrió en España á la preponderancia de la corte pontificia, preponderancia que había de ir acreciendo, y que monarcas y pueblos inútilmente se habían de esforzar después por atajar (1).

Deferente y respetuoso el monarca aragonés á la silla pontificia, puso

(1) Sobre la verdadera época de la introducción del oficio y rezo romano en Aragón,

bajo su protección todos los monasterios de su señorío, y con el cardenal Hugo Cándido envió á Roma al abad del de San Juan de la Peña, Aquilino, suplicando al papa recibiese bajo su amparo aquel monasterio que sus predecesores habían fundado y dotado con cuantiosas rentas. A su paso por Barcelona lograron estos dos enviados que el conde Ramón Berenguer decretase la abolición del rito mozárabe en sus Estados y su reemplazo por el romano, al modo de lo que acababa de ejecutarse en Aragón, contribuyendo á ello la condesa doña Almodis, de nación francesa, acostumbrada en su patria á las ceremonias de aquella liturgia (1). Fácil le fué á don Sancho Ramírez alcanzar del papa Alejandro II las bulas que impetraba. Pero llevaba muy á mal su hermano García, el obispo de Jaca, la exención de los monasterios y de las iglesias que se iban fundando y dotando en los lugares que se ganaban á los moros: exponía al rey que eso era derogar la jurisdicción ordinaria, y procedía contra todos los que pretendían la exención. Inquietos traía á los monjes y al rey la conducta del celoso prelado. Envió Sancho con este motivo nuevo embajador á Roma, y Gregorio VII, que había sucedido en 1073 en la silla de San Pedro á Alejandro II, confirmó las exenciones otorgadas por éste. Por último, merced á la solicitud y buena maña del abad Galindo, concedió el sumo pontífice al rey la facultad de distribuir y anexar las rentas de las iglesias, los monasterios y capillas que en adelante se fundasen en su reino ó se conquistasen de los infieles (1074). Dió esto ocasión á un hecho que nos demostrará las ideas que en aquel tiempo dominaban.

El rey había hecho aplicación de algunas de aquellas rentas á los gastos y atenciones de la guerra que sostenía contra los enemigos de la fe. A pesar de lo sagrado del objeto, «teníase por grave, dice un historiador de Aragón, lo que el rey hacía; él mismo entró en escrúpulos; y pareciéndole que con aquello ofendería á Dios y acaso movía escándalo en el pueblo, hallándose con la corte en Roda, hizo á presencia del obispo de aquella diócesis penitencia pública en el templo, y pidió perdón y satisfacción á Dios por haber echado mano de las décimas y primicias de las iglesias, mandando desde luego restituir á la de Roda lo que él decía haberle usurpado (2).»

Un acontecimiento imprevisto vino á poner un nuevo cetro en manos de Sancho Ramírez de Aragón. El 4 de junio de 1076 hallándose entretenido en el ejercicio de la caza su primo Sancho Garcés de Navarra en los bosques de Peñalén, fué alevosamente sorprendido por su hermano Ramón y precipitado por él y sus amigos de lo alto de una elevada roca, de lo cual le quedó en la historia el nombre de Sancho el Despeñado y de Sancho el de Peñalén. Engañóse el fratricida si cometió el asesinato con intención de arrancar á su hermano la corona, porque los navarros, viéndose sin rey y no creyendo digno del trono á quien por tan criminales me-

---

puede verse la luminosa disertación del erudito maestro Flórez, en el t. III de la *España Sagrada*.

(1) Diago, *Hist. de los condes de Barcelona*. — Sandoval, *Cinco obispos*. — Flórez, en la citada disertación, *Esp. Sagr.*, tom. III.

(2) Zurita, *Anal.*, lib. I, cap. xxxv.

dios pretendía usurparle, eligieron de común acuerdo al de Aragón, que así se encontró soberano de una nueva y poderosa monarquía. Marchó el aragonés á Pamplona á posesionarse del reino que tan inopinadamente le había venido, pero al propio tiempo Alfonso VI de Castilla, que se consideraba con derecho á la sucesión de aquel Estado, dirigióse también con el ejército á Navarra, y se apoderó de la Rioja, de Calahorra y de otras plazas limítrofes de Navarra y de Castilla. Un hijo de Sancho el Despeñado, llamado Ramiro, huyó por temor al asesino de su padre y se refugió en Valencia, donde permaneció mucho tiempo y casó con una hija del Cid. Ramón, el fratricida, expulsado por los navarros, se acogió á Zaragoza, donde fué bien recibido por el rey musulmán, que le dió casa y haciendas con que pudiese vivir con el decoro correspondiente á su clase de príncipe (1).

No trató por entonces el aragonés de disputar á su primo el de Castilla la posesión de las plazas de Rioja de que se había apoderado. Urgíale más pelear contra los infieles, y con este intento pasó á Ribagorza, donde sitió el fuerte castillo de Muñones y le tomó por asalto después de derrotar en sangrienta lid al emir de Huesca que á defenderle había acudido. En 1078 se atrevió á pasar á la vista de Zaragoza, taló sus campos, siguió las corrientes del Ebro y construyó la fortaleza de Castellar, desde la cual



SANCHO III (NAVARRA)

tenía en respeto toda aquella comarca mahometana. En los años siguientes obligó al rey de Zaragoza á comprar la paz con un tributo anual, tomó varias fortalezas, se posesionó por asalto del castillo de Graus, lugar que tan funesto había sido á su padre, fortificó á Ayerbe, conquistó á Piedra Tajada, y por último en 1086 ganó á Monzón, que con título de rey dió á su hijo don Pedro, que ya lo era de Sobrarbe y Ribagorza (2).

Tal era el estado de las cosas en Aragón y Navarra cuando Toledo fué conquistada por las armas de Castilla. Veamos lo que entretanto y en el mismo período había acontecido en el condado de Barcelona.

De once á doce años de edad contaba solamente Ramón Berenguer I cuando en conformidad al testamento de su padre Berenguer Ramón I *el Curvo*, subió al trono condal de Barcelona en 26 de mayo de 1035 (3). Veremos, no obstante, la justicia con que se aplicó al conde niño el sobrenombre de *el Viejo*, por el tino, madurez y prudencia que supo desplegar en el gobierno del Estado. Éranle tanto más necesarias estas prendas y virtudes cuanto que tuvo que luchar muy desde el principio contra las pretensiones de su abuela la condesa Ermesindis, cuya ambición y afán de dominar habían dado ya harto que hacer á su hijo, el padre del actual conde. No porque ella tuviese la tutela y administración del condado du-

(1) Anal. Compost. p. 320. — Moret, *Anales de Navarra*, lib. XIII. — Id. Invest. libro III. — Zurita, Anal., lib. I, cap. xxiii.

(2) Zurita, Anal., caps. xxvii y xxix.

(3) De extrañar es en verdad el error del cronista Pujades que da á este príncipe 39 años cuando heredó el condado. Véase á Bofarull, *Condes de Barcelona*, t. II, p. 3.

rante la menor edad de su nieto, como han consignado graves autores, sino porque no queriendo renunciar á la desapoderada sed de influencia y de mando, movió tales desavenencias, rencores y disturbios en la familia, que llegaron á hacer ligas y confederaciones muy enconadas unos con otros, y aunque su joven nieto la contrariaba con la entereza de un hombre de edad madura, no por eso dejó de llenar de amargura sus días: que son temibles las intrigas y manejos de una mujer ambiciosa de influjo y dada por intervenir en los negocios de gobierno. Llegó su venganza hasta el punto de pedir y alcanzar del jefe de la Iglesia una excomunión contra el conde su nieto, comprendiendo en ella á su segunda esposa Almodis y al obispo de Narbona Wifredo. En cuanto á sus pretensiones, no renunció á ellas hasta los últimos años de su larga vida, en que arrepentida tal vez de sus injusticias, y de cierto cansada de luchar en vano con la firmeza del conde, vino á pactos con él, como había hecho con Berenguer Ramón su hijo, y añadiendo una prueba de interesada y desdorosa codicia á las que había dado de ambición, vendióle sus pretendidos derechos á los condados de Gerona, Barcelona, Manresa y Vich por el miserable precio de 100,000 sueldos barceloneses, ó sean 1,000 onzas de oro, confesando ella misma en las escrituras su usurpación, obligándose á ser fiel á sus nietos y comprometiéndose á impetrar del Papa el alzamiento de la excomunión que á su instancia había contra ellos fulminado (1).

Unido en matrimonio con la princesa Isabel, hija del conde de Bitiers, Bernardo Trencavelo, tuvo de ella tres hijos, Berenguer, Arnaldo y Pedro Ramón, de los cuales sólo vivió el último para desgracia de su padre y del Estado, como veremos después. En los once años que duró esta unión, de 1039 hasta 1050 en que murió la condesa, tuvieron no pocas contestaciones y diferencias grandes con varios otros condes y obispos, transacciones, convenios, alianzas, cesiones mutuas de poblaciones y fortalezas, que demuestran cómo los nobles catalanes esquivaban ya y rehuían la sujecion á la autoridad central, y cómo el prudente conde supo renovar los feudos y hacer que los principales barones le rindieran homenaje y le juraran lealtad y ayuda en las guerras contra los sarracenos. Dedicóse á éstas más principalmente después de la muerte de la condesa Isabel su primera esposa, y la fortuna le favoreció lo bastante para obligar á varios régulos musulmanes á rendirle parias. El de Zaragoza fué uno de los que probaron más la fortaleza y el brío de los cristianos catalanes. De gran auxilio sirvió para esto al de Barcelona el célebre pacto que hizo con el intrépido y valeroso Armengol de Urgel, por el cual se obligó éste á serle amigo fiel y á ayudarle sin fraude ni engaño en todas sus expediciones contra los infieles, si bien reservando Armengol para sí la tercera parte de lo que conquistasen, dándole el de Barcelona en feudo el castillo de Cubells, con 100 onzas de oro barcelonesas y 350 mancusos de oro anuales (1058). En virtud de este pacto, que nos recuerda el que en otro tiempo hicieron los dos hermanos Ramón Borrell de Barcelona y el otro

---

(1) Pujades, Felfu, Carbonell, Masdeu, Ballucio, Bofarull y otros. — Archivo de la corona de Aragón. Colección de los documentos sin fecha de Ramón Berenguer I, números 173 y 204.

Armengol de Urgel para atajar aunados las invasiones de Almanzor, rompieron los dos aliados la guerra por el valle de Noguera Ribagorzana, tomaron varias fortalezas á los musulmanes, y se ensancharon los límites del condado barcelonés por la parte de Lérida, de Tortosa y de Tarragona, estableciendo el conde alcaides de frontera en los castillos y fuertes avanzados hasta darse la mano por algunos puntos con el reino de Aragón. El ardimiento bélico del de Urgel y la circunstancia de haber dado su hija Felicia en matrimonio al rey Sancho Ramírez de Aragón movieronle á ofrecer su brazo á este monarca para ayudarle en el sitio de Barbastro, y en esta gloriosa empresa le arrebató la muerte (1065), de lo cual le quedó en la historia el sobrenombre de Armengol el de Barbastro.

No era el conde don Ramón Berenguer I hombre que por atender á las empresas militares desatendiera los negocios religiosos y políticos del Estado. Por el contrario, más todavía que de guerrero supo ganar perdurable fama de piadoso, de legislador, de reformador de las costumbres públicas. Además de haberle debido Barcelona la nueva fábrica de la catedral y otras piadosas fundaciones, quiso poner remedio á las costumbres relajadas y un tanto rudas de los eclesiásticos, que más se cuidaban de armaduras y caballos y de ejercicios de guerra y de montería que de los deberes de su sagrado ministerio. A este propósito congregó en 1068 con aprobacion del papa Alejandro II un concilio en Gerona que presidió el legado Hugo Cándido de vuelta de su primer viaje á Roma. Los catorce cánones de este concilio nos revelan cuáles eran los abusos y excesos que predominaban y que se creyó más urgente corregir. Se condenó la simonía, se aseguró la dotación del clero secular, se excomulgó á los que no se apartasen de los matrimonios incestuosos y á los maridos que rehusasen reunirse con sus mujeres legítimas, se prohibió á los clérigos el matrimonio y el concubinato, el uso de las armas, el ejercicio de la caza y los juegos de azar, pero no se abolió en este concilio el oficio gótico, como muchos han creído, sino tres años después y de la manera que hemos enunciado ya (1).

No contento con esto el celoso conde, y aspirando al glorioso título de legislador, convocó en aquel mismo año (2) y congregó en Barcelona y en su mismo palacio á los condes, vizcondes y barones principales de Cataluña, y de acuerdo y conformidad con la condesa doña Almodis, su segunda ó tercera esposa (3), manifestó á aquella ilustre asamblea la nece-

(1) Actas del concilio de Gerona.—Véase Flórez, *Esp. Sagr.*, t. III.—La Canal, continuación de la misma, t. XLIII.

(2) Otros suponen que en 1070. La opinión más común y seguida es que fué en 1068.

(3) Hay vehementes indicios y aun algunos datos para creer que después de la muerte de la condesa doña Isabel y en los tres años que mediaron hasta que el conde contrajo nuevo matrimonio con doña Almodis, hija de los condes de la Marca en el Limosín, estuvo don Ramón Berenguer el Viejo casado con doña Blanca, de desconocida familia, á quien sin duda repudió por los nuevos amores con doña Almodis, repudiada á su vez por Poncio, conde de Tolosa. Créese que este hecho fué el que dió ocasión á la abuela doña Ermesinda para alcanzar del papa la excomunion de que hemos hablado contra sus nietos.

sidad de reformar la legislación catalana. Había regido hasta entonces el Fuero Juzgo de los godos; pero muchas de sus leyes se habían alterado ó caído en desuso con el trascurso de los tiempos, eran otras inaplicables á las circunstancias de entonces, y los usos y costumbres de los nuevos pueblos habían introducido y arraigado costumbres, que habían ido adquiriendo fuerza de ley. Era, pues, necesario suprimir unas, acomodar otras á las nuevas condiciones sociales, y autorizar con la sanción lo que la experiencia había aconsejado como conveniente. Era menester, en una palabra, variar la constitución civil y social del pueblo, y esto fué lo que hizo el conde don Ramón Berenguer el Viejo con su esposa doña Almodis y con el auxilio de sus barones y magnates en las cortes de Barcelona de 1068, compilando el famoso código de los *Usages de Catalunya*, sabia compilación que los ilustrados monjes de San Mauro llamaron *la compilación sistemática é íntegra de usos, más antigua y auténtica que se conoce* (1). Obra fué esta la más honrosa del conde Ramón Berenguer I, y una de las más brillantes páginas de la historia del pueblo catalán. Debemos advertir que aquella asamblea de Barcelona no fué un concilio, como equivocadamente han querido decir Baronio, Mariana y otros autores, ni la presidió el cardenal Hugo Cándido, ni asistió á ella un solo obispo, sino un verdadero congreso político, unas cortes en que no se trató una sola materia eclesiástica. Y lo que es más, no se abolieron tampoco en ellas las leyes góticas, como muchos también han pretendido, sino que se mantuvieron en observancia en la parte no reformada ó reemplazada por los *Usages* hasta mucho después de incorporado el condado de Barcelona con el reino de Aragón (2).

La fama de la grandeza y poderío de Ramón Berenguer había llegado á los árabes del Mediodía de España, y cuando Ebn Abed el de Sevilla se puso sobre Murcia, su negociador y caudillo Ebn Omar, el mismo que había agenciado la amistad y alianza de Alfonso VI de Castilla, pasó también á Barcelona á solicitar auxilios del conde, que obtuvo á precio de diez mil doblas de oro, prometiendo otras tantas tan pronto como la hueste auxiliar catalana llegase á Murcia. El hijo del rey de Sevilla había de ser entregado en rehenes al conde de Barcelona, y éste envió con igual condición un primo suyo al emir sevillano. Pisaron, pues, las tropas catalanas los campos de Murcia; púsose el hijo del emir en manos del conde barcelonés, mas como no viese cumplidos por parte del rey musulmán otros artículos del convenio, apoderóse la sospecha y la desconfianza del ejército catalán y de su jefe, siguiéronse conflictos y choques en el campo, y Ramón Berenguer tomó, sin soltar sus rehenes, la vuelta de Catalunya. Retenido permaneció en su poder el hijo de Ebn Abed Al Motamid, hasta que su ministro Abén Omar volvió á pasar á Barcelona, no ya con sólo la suma estipulada, sino con treinta mil doblas de oro, efectuán-

(1) *L'Art de verifier les dates* citado por Capmany, *Memorias de Barcelona*, t. II.—Vives, *Usages y otros derechos de Catalunya*, t. I.

(2) Flórez, *Esp. Sagr.*, t. III. Id. t. XXIX.—Masdeu, *Hist. Crít.*, t. XIII.—Bofarull, t. II.—Vives, *Usag.*, t. I.—Balucio, *Marca Hispan.*, lib. IV.



dose entonces el canje del primo del barcelonés y del hijo del sevillano (1).

Si prudente, activo y mañoso fué el conde Ramón Berenguer I para restablecer la quebrantada unidad condal y dilatar las fronteras de su Estado de este lado de los Pirineos, no lo fué menos para aumentar y asegurar las posesiones que de la otra parte de los montes le pertenecían por derecho de herencia de su abuela Ermesinda. Astucia, energía y diligencia necesitó, y esta fué una de sus mayores glorias, para conseguir que fuesen renunciando á sus respectivas pretensiones los jefes de aquellas casas poderosas; y merced á su habilidad y destreza vióse por los años 1070 á 1071 dueño de los pingües Estados de Carcasona, Tolosa, Narbona, Cominges, Conflent y otros de aquella parte del Rosellón. De modo que llegó este célebre conde á concentrar en una sola mano un vastísimo territorio que de uno y otro lado de los Pirineos comprendía los condados de Barcelona, Gerona, Vich, Manresa, Carcasona, el Panadés, y las comarcas que caían en los condados de Tolosa, de Foix, de Narbona, de Minerua y de otras regiones traspirenaicas.

Pero reservado estaba á tan gran príncipe ver acibarados los posteriores años de su gloriosa carrera con un gravísimo disgusto doméstico, el mayor de todos los que había experimentado. Entre su esposa la condesa Almodis y el hijo único que le había quedado de la princesa Isabel, llamado Pedro Ramón, estallaron discordias que turbaron lastimosamente la paz de la familia. Acaso el entenado sospechaba que la madrastra por amor á sus hijos propios instigara al padre para que le privase de lo que le pertenecía por derecho de primogenitura. Fuese esta ú otra la causa, el encono y las malas pasiones del hijo de Isabel le cegaron y arrastraron al extremo de ensangrentar sus manos en la prudentísima esposa de su padre, y á mediados de noviembre de 1071 cometió el horrible crimen de asesinar á su madrastra la condesa Almodis. Golpe fué este que apenó tan hondamente al desgraciado padre y esposo, que aquel corazón que los contratiempos no habían podido nunca consternar, dió entrada al pesar y al abatimiento, á términos de ir consumiéndose poco á poco aquella vida preciosa hasta llevarle á la tumba. Falleció, pues, el ilustre conde don Ramón Berenguer el Viejo, el guerrero, el legislador, el justo, coronado de gloria y de laureles, pero lleno de amargura, el 27 de mayo de 1076, después de un reinado de 41 años. La historia sigue denominándole con el título de *el Viejo*, no por su edad, sino por el consejo y prudencia que mostró desde su juventud (2).

Era el año que á consecuencia de la muerte alevosa dada á otro prín-

(1) Conde, part. III, cap. vi.

(2) Los cuerpos de los ilustres condes don Ramón Berenguer I y doña Almodis se conservan en la catedral de Barcelona, en dos urnas de madera cubiertas de terciopelo carmesí, colocadas en el lienzo de pared interior que media desde la puerta de la sacristía á la que da salida al claustro, á unos quince palmos de elevación del pavimento.— El matador de su madrastra, Pedro Ramón, parece que desterrado de su país natal fué condenado por el pontífice y colegio de cardenales á una ruda penitencia que duró veinticuatro años.

cipe, Sancho Garcés el de Peñalén, se habían unido las dos coronas de Navarra y de Aragón en la persona de Sancho Ramírez. Así, al propio tiempo que estos dos reinos parecía marchar hacia la unidad, Ramón Berenguer el de Barcelona, llevado del amor de padre como Sancho el Mayor de Navarra y Fernando el Magno de Castilla, había incurrido en el mismo deplorable error que ellos, dejando el Estado *pro indiviso* á sus dos hijos y de la condesa Almodis, los dos hermanos gemelos Ramón Berenguer II y Berenguer Ramón II. Parecía fatalidad de los grandes príncipes, cuanto mayores eran, desconocer más las pasiones de la naturaleza humana. Tenían demasiado cerca los nuevos condes el incentivo de la ambición para que pudieran dejar de tentar al uno ó al otro. Una sola corona para dos cabezas, por más que el padre dejara dispuesto para evitar discordias que partiesen entre sí las rentas y las gozasen por igual, fácilmente se había de convertir en manzana de discordia, y así aconteció. Ramón Berenguer, el primer nacido, llamado Cabeza de Estopa (*Cap d'estopes*) por su blonda cabellera, era de tan gentil presencia como de índole apacible y amante de las virtudes pacíficas: Berenguer Ramón, el menor, era belicoso, activo, impetuoso y descontentadizo.

No tardó este último en mostrar por quién había de romperse la difícil armonía y concordia tan necesarias para el bien de sus comunes pueblos, exigiendo al mayor palabra pública y testimoniada de que se efectuaría la partición de las tierras. Antojósele luego poco segura aquella palabra, y más adelante, en 1079, ya exigió su cumplimiento, proponiendo además que, pues el gobierno debía partirse en lo posible, cada uno de ellos morase medio año en el palacio condal, el uno desde ocho días antes de Pentecostés hasta ocho antes de Navidad, y el otro el resto del año, y que cada cual esperase su turno y retuviese como en garantía el castillo del puerto. A todo iba accediendo el bondadoso y cándido Ramón Berenguer *Cap de Estopa*, y nada bastaba á satisfacer al exigente y descontentadizo hermano Berenguer Ramón. Al año siguiente (1080) los hallamos celebrando otro contrato, que descubre á las claras el rencor y malquerencia del hermano menor, pues entre otras condiciones arrancó á su hermano la de entregarle en rehenes diez de sus mejores prohombres (1). Tanta condescendencia y tanta mansedumbre de parte de don Ramón Berenguer no hicieron sino precipitar su ruina. Dos años después de este último convenio, el 6 de diciembre de 1082, en un bosque solitario que había camino de Gerona entre San Celoni y Hostalrich se encontró el cadáver de un hombre que se conocía haber muerto á manos de asesinos. Era él, el buen Berenguer *Cap de Estopa*, asesinado por gentes de su hermano Berenguer Ramón. El desgraciado acababa de ser padre de un niño que un mes hacía le había dado su esposa Mahalta, la hija del valiente capitán normando Roberto Guiscard (2).

Espanto, indignación y horror causó en toda Cataluña la nueva del

(1) Archivo de la corona de Aragón, colección de don Ramón Berenguer II, n. 48.

(2) El maestro Diago ha querido salir á la defensa del conde *Fratricida* (que con este infamante nombre se le conoció después): de seguro no se hubiera constituido en defensor de tan mala causa si hubiera examinado bien los documentos del archivo de

horrible crimen. Sin embargo, nadie se atrevía á tomar sobre sí la defensa y tutela de la desventurada viuda y del ilustre huérfano, llamado también Ramón Berenguer como su padre. Atrevióse el primero el vizconde de Cardona Ramón Folch (1083) á declararse vengador del *Fratricida*. Siguiéron más adelante su ejemplo (1084) los Moncadas y otros barones y allegados de la casa condal, juntos con el conde y condesa de Cerdaña y el obispo de Vich. «Mas ¿qué podía, exclama con razón un juicioso historiador catalán, una junta celebrada á escondidas y á la sombra del misterio por unos pocos servidores contra la habilidad y pujanza de Berenguer Ramón?» Por otra parte, el testamento del último conde favorecía al que sobreviviese de los dos hermanos coherederos, y ya por respeto á esta cláusula, ya por temor al carácter y pujanza de Berenguer Ramón, hubieron los conjurados de tener por prudente diferir para mejor ocasión sus planes de venganza, y consentir en que se sometiese la tutela del niño y el gobierno de lo que á éste le tocaba en herencia á su tío Berenguer, el asesino de su padre, de la cual se le invistió en 6 de junio de 1085, si bien limitándola al plazo de once años, y hasta que el niño Ramón alcanzase á los quince el derecho de reinar y de calzar las espuelas de caballero, símbolo del mando.

Dejamos, pues, al conde Berenguer Ramón II *el Fratricida*, gobernando el condado de Barcelona por sí y á nombre de su sobrino; época que fué en Cataluña fecundo principio de grandes é importantes sucesos: y puesto que hemos trazado el cuadro de lo que aconteció en los tres reinos de Aragón, Navarra y Barcelona hasta la memorable conquista de Toledo, que inauguró una nueva era para Castilla, cuya marcha y vicisitudes hemos adoptado por norma para las divisiones de nuestros períodos históricos, hagamos aquí alto y examinemos con arreglo á nuestro sistema las modificaciones que en su vida material y moral ha ido recibiendo cada Estado de la España, así cristiana como musulímica, en el período que comprenden los capítulos XVII al XXIV de este libro.

---

Barcelona, y principalmente si hubiese visto la sentencia que los jueces de corte pronunciaron en Lérida en 1157 sobre este hecho.

---

## CAPÍTULO XXV

## RESUMEN CRÍTICO DE LOS SUCEOS DE ESTE SIGLO

De 976 á 1085

Expónense las causas de los sucesos de este período.—Cotéjase la situación de la España cristiana y de la España árabe á la aparición de Almanzor.—Retrato moral de este personaje.—Lo que ocasionó su ruina.—Crisis en el imperio musulmán.—Mudanza en la condición de los dos pueblos.—Comparaciones.—Por qué los príncipes cristianos no aprovecharon el desconcierto del imperio árabe.—Desavenencias, escisiones, guerra entre las familias reinantes españolas.—Juicio del carácter y conducta de cada monarca, y fisonomía de cada reinado.—Paralelo entre el comportamiento de un rey árabe, de un rey de Castilla y del Cid Campeador con Alfonso VI.—Disidencias entre los príncipes cristianos de Aragón, Navarra y Cataluña.—Importante y melancólica observación que nos sugieren estos sucesos.—Por qué iba adelantando la reconquista en medio de tantas contrariedades.—Causas de la decadencia y disolución del imperio Omniada.

En los 109 años que han trascurrido desde la elevación de Almanzor, el enemigo formidable de los cristianos, hasta la conquista de Toledo por Alfonso VI de León y de Castilla, ha variado completamente la situación respectiva de los dos pueblos, el cristiano y el musulmán. Los poderosos y soberbios son ahora los abatidos y flacos. Los que eran débiles y pobres se presentan ya pujantes y orgullosos. Parecía que no faltaba sino inscribir definitivamente la palabra «triunfo» sobre el pendón del Islam, y sin embargo resplandece la cruz sobre la cúpula de la grande aljama de Toledo convertida en basílica cristiana. El grande imperio mahometano de Córdoba que amenazaba absorber hasta el último rincón de la España independiente ha caído desplomado; extinguióse la ilustre estirpe de los esclarecidos Beni-Omeyas, y los reyezuelos que sobre las ruinas del grande imperio han levantado sus pequeños tronos, los unos han sido derrocados por los monarcas cristianos, los otros han caído á impulsos del huracán de la discordia civil, los otros son tributarios de los soberanos de Castilla, de Aragón ó de Barcelona. ¿Cómo y por qué causas se ha obrado esta mudanza en la condición de los pueblos?

Después que la traición y el veneno pusieron fin á los días de Sancho el Gordo, la monarquía madre de Asturias y León viene á caer en manos de un niño de cinco años (1), y de dos mujeres (2). ¿Qué se podía esperar de la suerte de este pobre reino, fiado á manos tan débiles, precisamente cuando en el imperio musulmán ha sucedido á Abderramán III el Grande su hijo Alhakem II el Sabio? Por fortuna de los cristianos, Alhakem los deja vivir en paz, porque ama más los libros que las armas y gusta más de letras que de conquistas: y por fortuna suya también la monja Elvira que gobierna el reino acredita con su prudencia y discreción que bajo la toca de la virgen hay una cabeza que pudiera ceñir dignamente la diade-

(1) Ramiro III.

(2) Teresa y Elvira, madre y tía del rey.

ma real. Pero aquel niño crece, y creciendo en cuerpo y en años crece también en aviesas inclinaciones, sacude el freno de la dirección y del buen consejo de sus prudentes tutoras, corre desbocado por el camino de los vicios, irrita con su desacordada conducta, con su altivez y ásperos tratamientos á los magnates de su reino, levántanse los nobles, se alza un pretendiente al trono, coronánle sus parciales y le ungen con el óleo santo, se hacen armas por una y otra parte. se pelea, y la discordia, y el desconcierto y el desorden reinan en la pobre monarquía leonesa.

¿Y cuándo acontece todo esto? Cuando en el pueblo enemigo, cuando en el grande imperio musulmán aparece un genio belicoso, emprendedor y resuelto, figura histórica colosal, gigante, que desde su aparición asombra, y á quien sin embargo se le ve siempre creciendo; político profundo, ministro sabio, guerrero insigne, el Alejandro, el Aníbal, el César de los musulmanes españoles. Excusado es que nombremos á este famoso personaje con su verdadero nombre: porque, ¿quién conoce á Mohamed ben Abdallah ben Ami Ahmer el Moaferi? Mas si le apellidamos con el título que le valieron sus hazañas, si le nombramos *Almanzor*, no hay ni quien le desconozca ni quien le pronuncie sin asombro y sin respeto.

Cuando un pueblo tiene la desgracia de ver sucederse una serie de príncipes, ó débiles y flacos, ó desatentados y viciosos; cuando además este pueblo se ve destrozado por las ambiciones y las discordias; cuando al propio tiempo en el pueblo enemigo se levanta un genio de las dimensiones de Almanzor, ¿quién no teme, y quién no augura la ruina propia é inmediata de aquel imperio? Emprende Almanzor aquel sistema propio suyo de las dos irrupciones y campañas anuales. Incierto como un cometa errante, terrible como el trueno, rápido como el rayo, no se sabe nunca dónde irá á descargar el siniestro influjo de este astro de muerte, si al Norte, si al Este, si al Oeste de la España cristiana. Todo lo recorre el valeroso musulmán, y allí se deja caer como una lluvia de fuego donde menos se le espera. Los cristianos pelean con valor, pero ¿quién resiste á la impetuosidad del mahometano? Cada estación señala un triunfo para el guerrero árabe, y sus victorias se cuentan por el número de sus campañas. Zamora, la Numancia de aquellos tiempos; León, la corte de los monarcas cristianos; Barcelona, la ciudad de Luis el Pío y de los Wifredos; Pamplona, la plaza envidiada de Carlomagno; Compostela, la Jerusalén de los españoles; San Esteban de Gormaz, una de las llaves de Castilla, todo cae al golpe de las cimitarras sarracenas, todo cede al ímpetu del alfanje manejado por el brazo irresistible de Almanzor. Bermudo el Gotoso de León se refugia á los riscos de Asturias con las reliquias de los santos y las alhajas de los templos como en tiempo de Rodrigo el Godo. Borrell huye de Barcelona como Bermudo de León. Las campanas de la basílica del santo apóstol son llevadas á la corte musulmana para servir de lámparas en el gran templo de Mahoma. El conde García de Castilla es conducido y atado como un ciervo á los pies de Almanzor; y mientras su hijo Abdelmelik gana en África el título de Almudhaffar (guerrero afortunado), los cristianos de España se ven reducidos á la cuna de su independencia como en tiempo de la conquista.

Una ilustre religiosa de León, la célebre abadesa Flora, cautivada con

otras compañeras en la catástrofe de aquella ciudad, nos dejó consignados en patéticos lamentos los estragos de aquellos días de tribulación. «Los pecados de los cristianos, dice, atrajerón la gente sarracena de la estirpe de los ismaelitas sobre toda la región occidental, para devorar la tierra, pasar á todos al filo de sus aceros, ó llevar cautivos á los que quedaran con vida. Nuestra constante acechadora la antigua serpiente les dió la victoria: destruyeron las ciudades, desmantelaron sus muros y lo conculcaron todo: los pueblos quedaron convertidos en solares, las cabezas de los hombres cayeron tronchadas por el alfanje enemigo, y no hubo ciudad, aldea ni castillo que se librara de la universal devastación.»

¿Será que haya sonado la última hora para el pueblo fiel? ¿Habrá entrado en los decretos eternos que sean perdidos para los cristianos los sacrificios de cerca de tres siglos? No: el que rige la marcha de la humanidad y tiene en su mano los destinos de las naciones, volverá los ojos hacia su pueblo: pasará la tormenta, se calmará el huracán, caerá el coloso del Mediodía, el Nembrot de los musulmes. La Providencia envía un soplo de inspiración á los monarcas cristianos, y los que estaban sumidos en el abatimiento se sienten de repente fortalecidos, y los que hasta entonces habían sido víctimas de sus propias rivalidades se unen instantáneamente para hacer un vigoroso y desesperado esfuerzo en defensa de su fe y de su libertad. Líganse como instintivamente los soberanos de León, de Castilla y de Navarra, atrévase á desafiar al hombre de las cincuenta victorias, y se da la memorable batalla de Calatañazor. La Providencia, que suele hacer visible su omnipotente mano en las ocasiones solemnes, mostró allí que no abandonaba á los que confiados en ella no se dejan abatir por los infortunios. En el camino de Medinaceli se ven cuatro guerreros musulmanes conduciendo en hombros un personaje moribundo entre las desordenadas filas de un ejército consternado. Este personaje exhala entre acerbos dolores su último suspiro..... Conducido á Medinaceli, una lápida sepulcral guarda sus restos inanimados. Era Almanzor, el grande, el guerrero, el victorioso. «¡Almanzor ha muerto! exclaman los soldados de Mahoma con acento dolorido: ¡cayó la columna del imperio!» El pueblo cristiano entona himnos de regocijo, y Córdoba viste de luto después de la batalla de Calatañazor, como Roma después de la batalla de Cannas. El imperio musulmán que llegó al apogeo de su engrandecimiento bajo un califa niño, comenzará á decrecer bajo un rey cristiano niño también, porque niño es Alfonso V de León como Hixem II de Córdoba, que Dios quiso colocar al pueblo cristiano en circunstancias análogas á las del pueblo infiel para sus sabios fines.

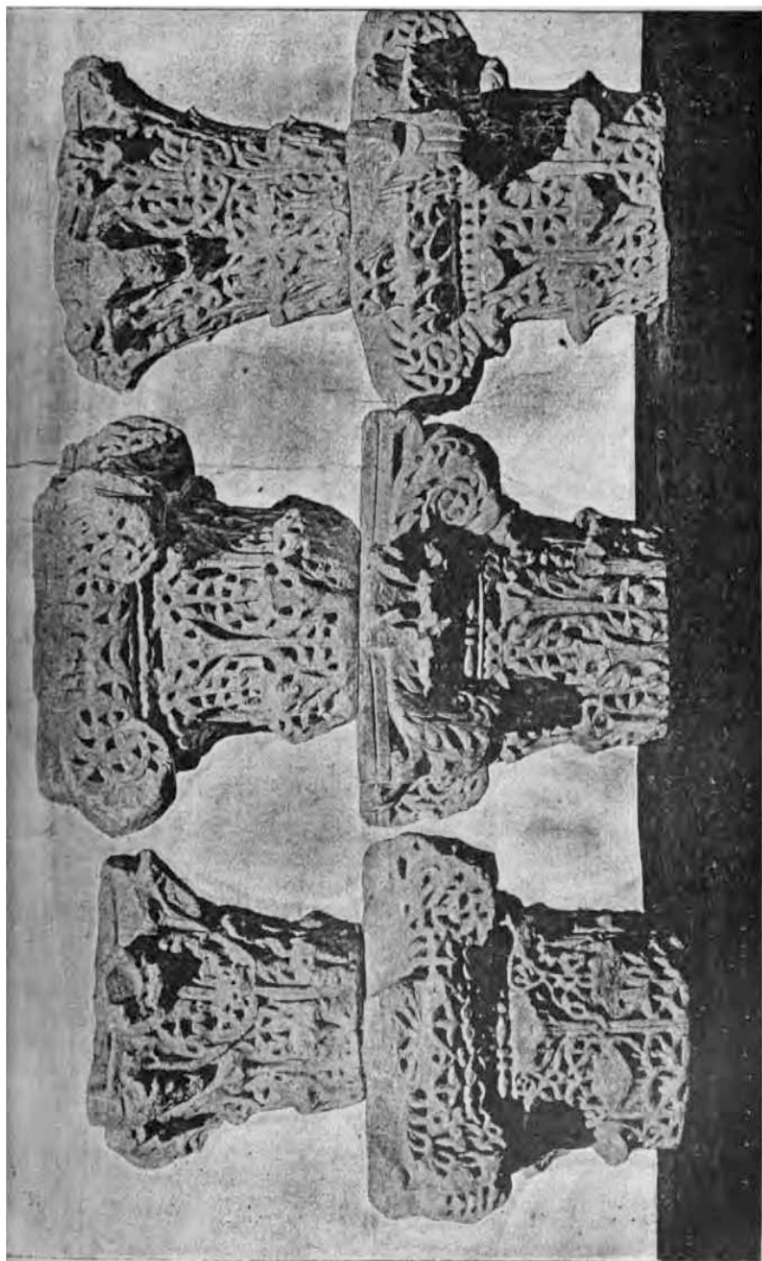
Difícilmente presentará la historia de ningún pueblo entre sus grandes hombres el tipo de un personaje como Almanzor. Que fuese gran ministro, hábil regente, político profundo, administrador diestro, batallador insigne y el mayor general de su siglo, nos causaría admiración, pero no asombro: que no se arredrara ante ningún obstáculo, ni cesara ante ningún crimen, ni reparara en la calidad de los medios para llegar á los fines de su ambición: que fuera deshaciéndose por reprobados caminos de todos los que creyera podían servirle de estorbo para afianzar su omnipotencia, cualidades son en que por desgracia se le han asemejado muchos de los

los hijos del último monarca: huye el uno por temor, y desechan al otro por tirano y fratricida, y entregan de libre y espontánea voluntad el reino á un príncipe, que aunque de la dinastía de sus reyes, era considerado ya como extraño, que tal debía ser para ellos Sancho Ramírez de Aragón. Este ejercicio de la soberanía en los casos extraordinarios le hallamos lo mismo en los pueblos cristianos que en los musulmanes.

En el condado de Barcelona el gran príncipe Ramón Berenguer el Viejo, el autor de los famosos Usages, trabajando siempre por someter á los díscolos condes, víctima de discordias domésticas, herido de excomunión por arte y manejo de una abuela intrigante y codiciosa, sufre la amargura de ver á un hijo ambicioso y desnaturalizado teñir sus manos en la sangre de la esposa de su padre, y baja al sepulcro prematuramente agobiado de pena y de dolor. También el príncipe catalán, como los de Castilla, Aragón y Navarra, hizo alianzas con los árabes; y los campos de Murcia se vieron inundados de huestes catalanas y andaluzas, cristianas y musulmicas, mezcladas y confundidas en defensa de una misma causa y en contra de otros cristianos y de otros infieles, como en otros tiempos se habían reunido en los campos de Acbatalbakar y del Guadiaro.

Una fatalidad tan lamentable como indefinible parecía presidir á los testamentos de los príncipes cristianos españoles. Apenas se concentraba en una mano una vasta extensión de territorio á fuerza de apagar interiores disturbios y de vencer enemigos exteriores, volvían las disposiciones testamentarias de los príncipes á legar á sus hijos y á sus reinos una herencia de discordias y una semilla de ambiciones, de envidias, de turbulencias y de crímenes. Ramón Berenguer el Viejo de Barcelona, siguiendo el camino opuesto al de Sancho el Mayor de Navarra y de Fernando el Magno de Castilla, dejó en su testamento el germen de resultados igualmente desastrosos. Desconociendo como aquéllos la índole de sus hijos y las ventajas de la unidad en el gobierno de un Estado, y como si la soberanía consintiese participaciones y su sola voluntad bastase á enmendar la naturaleza humana y á despojarla de las pasiones de la ambición y de la envidia, quiso ceñir con una sola corona las sienes de sus dos hijos, lo que equivalía á legarles una manzana de discordia y un incentivo perenne de desavenencias. Desarrolláronse pronto por parte del más descontentadizo y díscolo, del más codicioso y avaro, y el genio maléfico de la envidia arrastró á Berenguer Ramón II al extremo de teñir su mano en la inocente sangre del apacible Ramón Berenguer *Cap de Estopes*, y de darle una muerte alevosa. Otro fratricidio.

Concluiremos este cuadro con una observación bien triste, pero exacta por desgracia. Los príncipes que han regido los diferentes Estados de la España cristiana en el periodo que examinamos, todos á su vez han peleado entre sí, y casi todos cuando han blandido sus lanzas contra los soberanos de sus mismas creencias y de su misma sangre, han llevado consigo auxiliares musulmanes, ó comprados á sueldo, ó ligados con ellos en amistosas alianzas. De ellos los siete han muerto, ó en guerra con sus parientes, ó asesinados por sus propios hermanos. García de Castilla bajo las alevosas espadas de los Velas: Bermudo III de León y García Sánchez de Navarra combatiendo contra su hermano Fernando de Castilla: Sancho



CAPITELES DE ESTILO ÁRABE BIZANTINO, EXISTENTES EN EL MUSEO PROVINCIAL DE CÓRDOBA (COPIA DE UNA FOTOGRAFÍA)



las bodas de ese mismo hijo haciendo donativos á los hospicios y madrisas, y dotando doncellas huérfanas. Grande debió ser este personaje cuando los mismos escritores cristianos reconocieron su mérito y no pudieron negar las altas prendas de su más terrible enemigo. Por primera y única vez que sepamos en los fastos del mundo, se vió al jefe de un Estado compartir las estaciones entre las letras y las armas, y esta fué una de las causas de su perdición. Era ciertamente bello poder decir cada invierno y cada estío en Córdoba: «Salí, vencí, conquisté y he vuelto;» y después de cada campaña consagrarse á los negocios pacíficos del Estado. Pero no advertía, y esto parece incomprendible en tan gran capitán, que con tales periodos, y no deteniéndose á consolidar sus adquisiciones, daba lugar á los infatigables cristianos á que se repusieran de sus pérdidas, y á que mientras él se enseñoreaba de Barcelona, los cristianos de Asturias recobraran en su ausencia las ciudades de Galicia ó de León, y en la primavera que Almanzor invadía de nuevo la Castilla, Borrell recuperara á Barcelona; y así les dió tiempo para rehacerse y confederarse, hasta recoger en Calatañazor el castigo de su orgullo y el fruto amargo de su errado sistema.

Cuando se desenlaza y resuelve una gran crisis, todo por lo común se trastrueca y cambia. La muerte de Almanzor fué también la crisis de muerte para el imperio omniada. Era una bóveda que se sostenía sobre los hombros de un Atlante: faltó el apoyo, y tenía que desplomarse el edificio. De los dos hijos de Almanzor, el uno, Abdelmelik, fué como el último resplandor de una luz que se apagaba. El otro, Abderramán, fué un insensato que quiso parodiar la grandeza de su padre, y lo que hizo fué presentar un triste ejemplo de lo pronto que suele degenerar una raza. Fióse en que llevaba en su fisonomía la imagen y recuerdo de su padre, y no advirtiendo que le faltaba su corazón, su entendimiento, su alma, atrevióse á más de lo que su padre se había atrevido. En el castigo que sufrió llevó la penitencia de su desacordada ambición y necio orgullo. Cuando el pueblo cordobés paseaba la cabeza del hijo de Almanzor clavada en un palo, no pensaba en que aquel desfigurado rostro se había parecido al de su padre; tenía sólo presente que al padre había debido el imperio engrandecimiento y gloria, y el hijo había sido un presuntuoso y miserable. Desde entonces comienza la guerra entre los pretendientes á un trono, como en otra parte dijimos, ni vacante en realidad, ni en realidad ocupado. Los aspirantes solicitan el auxilio de las armas cristianas, y Sancho de Castilla coloca en el trono musulmítico á Suleiman, como antes Sancho de León había sido repuesto en el trono cristiano por Abderramán el Grande. Los papeles se han trocado. Y es que antes el imperio musulmán se hallaba en el período de crecimiento; ahora está en el de decadencia.

¿Por qué los príncipes cristianos no llevaron esta decadencia á completa ruina, aprovechando el desconcierto de los musulmanes? Porque después de la unión momentánea que les dió el triunfo de Calatañazor volvieron á su sistema habitual de aislamiento, herencia fatal del antiguo genio ibero-celta, y como patrimonio inadmisibles de los españoles. Castellanos y catalanes contentáronse con poner su brazo y su espada á sueldo de solicitadores sarracenos, y con debilitar, si se quiere, al enemigo en vez de aniquilarle. Triunfaban las huestes cristianas en Gebal Quintos y

que vivían con iguales condiciones en territorios dominados por los árabes. Gran novedad en la historia de ambos pueblos, y principio de tolerancia por primera vez practicado después de tres siglos de lucha.

Igual conducta observa después con los reyes de Toledo y de Sevilla. Cuando lleva el teatro de la guerra al primero de estos reinos, destruye, desmantela, demuele, tala, incendia y cautiva. Es el capitán brioso que subyuga á fuerza de armas el país enemigo, es el guerrero que vence y aterra. Mas cuando los moradores de Alcalá invocan en su apurada situación el socorro de Al Mamún, cuando el rey mahometano se presenta en el campo del victorioso monarca de Castilla y le ofrece tributo y le presenta cuantiosos dones á trueque de que no hostilice más sus pueblos, entonces Fernando obra ya como gran político, y comprendiendo cuán útil podrá serle la alianza del musulmán y contento con verle humillado, ostenta una generosidad que deja obligado y reconocido al de Toledo. Cuando invade los Estados del de Sevilla, las huestes castellanas llevan en pos de sí la devastación, el incendio, el exterminio. Entonces Fernando es el conquistador terrible. Mas cuando el rey Ebn Abed sale á encontrarle ofreciéndole dádivas y presentes, y se resigna á darle parias y accede á entregarle los cuerpos de dos santos mártires que los cristianos le reclaman, entonces Fernando vuelve á ser el vencedor generoso y el monarca político: y sepáranse ambos reyes satisfechos, el de Sevilla con haber conjurado á costa de una humillación la tormenta que amenazaba á su trono y sus dominios, el de Castilla con la superioridad moral que parecía entrar en su sistema con preferencia á las adquisiciones materiales, y que le valió el título de *par del emperador* que le dan algunas crónicas cristianas.

Por resultado de aquel concierto vió por segunda vez la España mahometana, humillada y silenciosa, la conducción pacífica de las reliquias de un santo desde Sevilla á León, como en tiempo del tercer Alfonso había visto conducir las del mártir Pelayo desde Córdoba á Oviedo. Aquello pudo atribuirse á la condescendencia de un califa, cumplidor exacto de una condición de paz, pero jefe de un grande imperio que no podía temer la guerra si se hubiera turbado la procesión religiosa: esto era ya una concesión que la necesidad arrancaba á un príncipe mahometano para salvar su imperio: porque ¡ay de él, si las cenizas del santo obispo Isidoro no hubieran llegado indemnes á la capital del reino cristiano! La traslación de aquellas reliquias dió ocasión á Fernando para acreditar á sus súbditos que el vencedor de Bermudo de León y de García de Navarra, que el conquistador de Viseo y de Coimbra, que el humillador de los reyes de Toledo y de Sevilla, que el reformador del clero en Coyanza, era el príncipe religioso que reedificaba templos, que los dotaba con esplendidez y los enriquecía con los cuerpos de santos ilustres traídos de las más populosas ciudades musulmanas. Hace más: Fernando da un banquete al clero, y el príncipe coronado de victorias, el rey de Castilla, de León y de Galicia, depone espontáneamente su grandeza, y sirve á la mesa á los convidados, apareciendo más grande cuanto más se humilla, y avasallando más los corazones cuanto más parece querer nivelarse con el postrero de sus vasallos.

hermano de su esposa el cefirse las dos coronas de León y de Castilla. ¡Triste y lamentable felicidad! Este primer paso hacia la unidad nacional es producto de una guerra fratricida, y la ilustre estirpe de los reyes de Asturias y de León, de los sucesores de los Ordoños y Ramiros, de Alfonso el Grande, del Casto, del Católico, de Pelayo, de Wamba y de Recaredo, esta esclarecida dinastía goda-hispana que no han podido acabar en más de tres siglos de lucha todas las fuerzas, todo el poder de los agarenos, se extingue con Bermudo en su línea varonil, como la de los condes de Castilla, en lid sangrienta con príncipes cristianos, con príncipes españoles, con deudos, con hermanos suyos. ¡Deplorable fatalidad de España!

¡Y si al fin hubieran terminado con esto las funestas discordias! Pero el espíritu de ambición, de envidia y de rivalidad estaba como encarnado en las familias de nuestros príncipes, y la famosa distribución de reinos de Sancho el Mayor de Navarra, bien que la supongamos hecha con la mejor fe, no hizo sino desarrollar aquel germen de división y de muerte. No bien había descendido á la huesa aquel padre de reyes, cuando ya dos de sus hijos, Ramiro y García, de Aragón y de Navarra, habían blandido las lanzas para combatirse y despojarse mutuamente. Ramiro había llevado en su ayuda gente infiel y extranjera contra un hermano, español y cristiano como él.

Aquel mismo García que en la batalla de Tamarón había lidiado en favor de su hermano Fernando de Castilla contra el cuñado de éste Bermudo de León, conspira más adelante contra Fernando, le arma asechanzas, le tiende lazos, en que al fin vino á caer el mismo que los tendía: *incidit in foveam quam fecit*. Por último le mueve una guerra imprudente y obstinada, lleva consigo auxiliares sarracenos para pelear contra su hermano, como antes los llevó contra él su hermano Ramiro, y se da el combate en que recibe García el castigo de su temeraria provocación. Fernando de Castilla que había visto en Tamarón caer á sus pies el hermano de su esposa, ve en Atapuerca sucumbir el hijo de su mismo padre. ¡Tristes victorias las de Fernando! La una cubre de luto á León, la otra á Navarra: en cada una perece un hermano. ¿Necesitaremos ya investigar las causas por qué no progresaba como debía la reconquista?

Y sin embargo no es Fernando el culpable; ambas veces ha sido provocado: Fernando es un príncipe generoso: tiene á sus pies la corona de Navarra y no la recoge; le dice á su sobrino Sancho: «Cíñetela tú, que harto severa lección has recibido con la muerte de tu temerario padre.» Fernando sabe á quiénes ha de mirar como verdaderos enemigos de su patria, y tan pronto como las turbulencias intestinas se lo permiten sale á combatir los musulmanes. Toma á Cea, Viseo, Lamego y Coimbra, y después de conducirse como guerrero intrépido comienza á obrar como gran político. Pruébalo un hecho importantísimo, en que no han parado la consideración nuestros historiadores. Dueño Fernando, por la capitulación de Coimbra, de todo el territorio comprendido entre el Mondego y el Duero, deja á los moros que habitaban aquel distrito vivir en él tranquilos, regidos por sus propias leyes, aunque sujetos al monarca cristiano y pagándole un tributo.

Llamáronse *mudéjares*, como se llamaban *mozárabes* los cristianos

que vivían con iguales condiciones en territorios dominados por los árabes. Gran novedad en la historia de ambos pueblos, y principio de tolerancia por primera vez practicado después de tres siglos de lucha.

Igual conducta observa después con los reyes de Toledo y de Sevilla. Cuando lleva el teatro de la guerra al primero de estos reinos, destruye, desmantela, demuele, tala, incendia y cautiva. Es el capitán brioso que subyuga á fuerza de armas el país enemigo, es el guerrero que vence y aterra. Mas cuando los moradores de Alcalá invocan en su apurada situación el socorro de Al Mamún, cuando el rey mahometano se presenta en el campo del victorioso monarca de Castilla y le ofrece tributo y le presenta cuantiosos dones á trueque de que no hostilice más sus pueblos, entonces Fernando obra ya como gran político, y comprendiendo cuán útil podrá serle la alianza del musulmán y contento con verle humillado, ostenta una generosidad que deja obligado y reconocido al de Toledo. Cuando invade los Estados del de Sevilla, las huestes castellanas llevan en pos de sí la devastación, el incendio, el exterminio. Entonces Fernando es el conquistador terrible. Mas cuando el rey Ebn Abed sale á encontrarle ofreciéndole dádivas y presentes, y se resigna á darle parias y accede á entregarle los cuerpos de dos santos mártires que los cristianos le reclaman, entonces Fernando vuelve á ser el vencedor generoso y el monarca político: y sepáranse ambos reyes satisfechos, el de Sevilla con haber conjurado á costa de una humillación la tormenta que amenazaba á su trono y sus dominios, el de Castilla con la superioridad moral que parecía entrar en su sistema con preferencia á las adquisiciones materiales, y que le valió el título de *par del emperador* que le dan algunas crónicas cristianas.

Por resultado de aquel concierto vió por segunda vez la España mahometana, humillada y silenciosa, la conducción pacífica de las reliquias de un santo desde Sevilla á León, como en tiempo del tercer Alfonso había visto conducir las del mártir Pelayo desde Córdoba á Oviedo. Aquello pudo atribuirse á la condescendencia de un califa, cumplidor exacto de una condición de paz, pero jefe de un grande imperio que no podía temer la guerra si se hubiera turbado la procesión religiosa: esto era ya una concesión que la necesidad arrancaba á un príncipe mahometano para salvar su imperio: porque ¡ay de él, si las cenizas del santo obispo Isidoro no hubieran llegado indemnes á la capital del reino cristiano! La traslación de aquellas reliquias dió ocasión á Fernando para acreditar á sus súbditos que el vencedor de Bermudo de León y de García de Navarra, que el conquistador de Viseo y de Coimbra, que el humillador de los reyes de Toledo y de Sevilla, que el reformador del clero en Coyanza, era el príncipe religioso que reedificaba templos, que los dotaba con esplendidez y los enriquecía con los cuerpos de santos ilustres traídos de las más populosas ciudades musulmanas. Hace más: Fernando da un banquete al clero, y el príncipe coronado de victorias, el rey de Castilla, de León y de Galicia, depones espontáneamente su grandeza, y sirve á la mesa á los convidados, apareciendo más grande cuanto más se humilla, y avasallando más los corazones cuanto más parece querer nivelarse con el postrero de sus vasallos.

Se ve, pues, bajo Fernando I el Magno al reino unido de Castilla y de León alcanzar una importancia, una solidez y una superioridad cual no había tenido nunca todavía. Y eso que la muerte robó á España y á la cristiandad tan insigne príncipe cuando amenazaba hacer tremolar el estandarte de la cruz sobre los adarves de Valencia. Piadoso y devoto en todo el discurso de su gloriosa vida, modelo de unción, de virtud y de humildad religiosa en el acto de dejar el cetro para despedirse de este mundo, no sabemos cómo la Iglesia no decoró al primer Fernando de Castilla y de León con el título con que honra á sus más esclarecidos hijos, y que muy merecidamente aplicó más adelante al tercer monarca de su nombre.

Que fué funesta la distribución de reinos que hizo Fernando á ejemplo de la partición de su padre, lo dijimos ya. ¡Pero le haremos por ello un cargo tan severo como el que algunos modernos críticos pretenden hacerle? Acaso no fué sólo un exceso de amor paternal el que le movió á obrar de aquel modo: tal vez conociendo Fernando la tendencia de cada conde y de cada magnate á la independencia, creyó que la mejor manera de reprimir aquel espíritu de insubordinación y de precaver una desmembración semejante á la del imperio árabe, era dejar á cada uno de sus hijos una monarquía más limitada y que pudiera más fácilmente vigilar. ¿Quién sabe si se propuso, designando á cada hermano una porción casi igual de territorio, contentar á todos, y prevenir aquellas rivalidades y envidias que estallaron después? No lo extrañaríamos, aunque los sucesos acreditaron lo errado del cálculo. Lo que no comprendemos es cómo á Fernando se le ocultó el genio ambicioso y díscolo de su hijo Sancho, y cómo no conoció la falta de capacidad y de virtud para gobernar de su hijo García. ¡Pero se hubieran acallado las ambiciones y evitado las discordias si hubiera caído toda la herencia en uno solo? Confesemos que en aquellos tiempos era una desgracia para el país el que un monarca muriese dejando muchos hijos. Recordemos las conspiraciones de familia que mortificaron á los reyes de Asturias, las conjuraciones de hermanos que perturbaron el sosiego de los monarcas de León: volvamos la vista á Navarra y Cataluña, y veremos los mismos odios de hermanos y las mismas catástrofes. Si las guerras que sobrevinieron se hubieran circunscrito á los tres hijos de Fernando, podríamos creer que el germen de las disidencias había estado todo en las partijas que aquél hizo de su reino. Mas cuando vemos á Sancho de Castilla, no bien cubierta la hoya en que reposaban las cenizas de su padre, en guerra ya con sus primos, los Sanchos de Navarra y de Aragón; cuando le vemos, después de dejarse arrastrar de la codicia hasta llevar las lanzas castellanas contra dos débiles mujeres, ir á inquietar en sus limitadas posesiones de Toro y de Zamora á sus dos hermanas Elvira y Urraca, ¿cómo no hemos de atribuir estos males, más que á culpa del padre, al natural turbulento, codicioso, avieso y desnaturalizado del hijo?

Este despojador de reinos, azote de su familia, que había desenvainado su espada contra dos primos y cuatro hermanos, cuando ya no le faltaba sino una hermana á quien despojar, se estrelló ante la constancia de una mujer fuerte, y en el cerco de Zamora halló el condigno castigo de su desmesurada codicia. El venablo de un traidor puso fin á sus días al pie de los muros de la única ciudad que le restaba para redondear el despojo

de toda su familia, sin que le valiera estar mandando un poderoso ejército ni tener á su lado al tipo del valor y de la intrepidez, Rodrigo el Campeador. No pretenderemos indagar por qué la Providencia se vale á veces de los criminales como instrumentos para castigar á los que se desvían de la senda de la humanidad y de la justicia: pero es lo cierto que suele emplearlos para sus altos fines. ¿Tuvo Urraca alguna participación en el trágico término de su hermano? Así lo expresaba uno de los epitafios que se dedicaron á la memoria de Sancho el Bravo (1). Nosotros no hallamos bastante justificada tan grave inculpación, pero tampoco nos atreveríamos á salir garantes de su inocencia, ni extrañaríamos no hallarla pura atendido su justo resentimiento y lo mal parados que en aquel siglo andaban los afectos de la sangre.

La muerte de Sancho el Bravo valió á su hermano Alfonso tres coronas por una que aquél le había arrancado. Las vicisitudes dramáticas de Alfonso VI son como el trasunto de la fisonomía de su época. Rey de León, inquietado por un hermano codicioso, vencedor y vencido en las márgenes del Carrión y del Pisuerga, despojado del trono, acogido á un templo, preso en un castillo de Burgos, monje en Sahagún, fugado del claustro, prófugo en Toledo, agasajado por un rey musulmán, brindado en su destierro por leoneses, gallegos y castellanos con las coronas de los tres reinos, aliado y auxiliar de un rey mahometano (el de Toledo) para destronar á otro rey mahometano (el de Sevilla), en amistad después y en alianza con el de Sevilla para destronar al de Toledo: favorecido y obsequiado del padre (Al Mamún), y derrocando del trono al hijo (Yahia), dueño y señor de la antigua corte de los godos donde antes había recibido hospitalidad de un árabe, Alfonso VI representa y compendia, en este primer período de su dramática historia, la vida, las costumbres, el manejo, las condiciones de existencia de hombres y pueblos en aquella época turbulenta y crítica.

¡Qué contraste tan desconsolador forma la noble y generosa conducta de Al Mamún el de Toledo con la de Sancho de Castilla para con Alfonso! El uno arranca el cetro á su hermano, el otro, siendo un infiel, acoge y trata al príncipe destronado como á un hijo, el hermano encierra al hermano en un castillo, el mahometano le da palacios y jardines para su recreo: cuando por la muerte de Sancho quedó vacante el triple trono de Castilla, León y Galicia, Al Mamún tenía en su poder al único príncipe llamado á ocuparle, y sin embargo, en vez de retenerle, en vez de aprovechar para sí aquella orfandad de los reinos cristianos para acometer cualquiera de ellos, ayuda á Alfonso con todo género de medios para que vaya á ceñir sus sienes con las coronas que le esperan; en cambio de tanta protección sólo le pide su amistad. Este proceder de Al Mamún, que nos recuerda el de Abderramán el Grande con Sancho el Gordo, revela los instintos generosos de aquella noble raza árabe que se iba á extinguir en España, al propio tiempo que la tolerancia que había ya entre árabes y

---

(1) En uno de los ángulos de su sepulcro en Oña se leía el epitafio siguiente: *Res iste occisus fuit, proditore consilio sororis suae Urracae apud Numantiam civitatem per manum Belliti Adolphis magni traditoris.*

españoles, que aparte de la religión llegaban á rivalizar en hidalguía. Alfonso VI, como monarca español y cristiano, hizo un bien inmenso á España y á la cristiandad con la conquista de Toledo: como amigo jurado de Al Mamún parece que deberían haber alcanzado al hijo las consideraciones de que era deudor al padre: aquel hijo no obstante no había sido comprendido en el asiento de alianza; los toledanos mismos reclamaron ser libertados de su opresión por el monarca de Castilla, y Alfonso pudo, sin romper juramento, hacer aquel servicio inmensurable al cristianismo y á la libertad española, y redimir al propio tiempo á los musulmanes que le invocaban.

El célebre juramento tomado á Alfonso en el templo de Santa Gadea de Burgos patentiza toda la arrogancia de la nobleza castellana. Sin embargo, sólo se encontró un caballero que se atreviera á tomársele, Rodrigo Díaz: se ha ensalzado á coro este hecho del Cid como un rasgo de heroico valor cívico; lo fué, y con ello dió el Campeador un testimonio de la grandeza de su alma; pero también fué un rasgo de audacia insigne el humillar á un monarca haciéndole que jurase por tres veces no haber tenido participación en la muerte de su hermano: audacia que el Cid, menos acaso que otro caballero alguno, hubiera debido permitirse: porque Alfonso pudo haberle demandado á su vez: «¿Y juráis, vos, Rodrigo, no haber tenido parte en la alevosía de Carrión, en aquella funesta noche en que mi hermano Sancho por consejo vuestro, después de vencido pagó mi generosidad degollando á mis soldados desapercibidos, haciéndome prisionero y apoderándose de mi trono? ¿Juráis vos estar inocente de aquella negra ingratitud que costó tanta noble sangre leonesa, y que me hizo cambiar mi trono por una prisión, mi corte por un claustro y mi libertad por el destierro de que vengo ahora?» No sabemos qué hubiera podido testar el Cid, si de esta manera se hubiera visto apostrofado por el mismo á quien tan arrogantemente juramentaba. No lo hizo Alfonso, contentándose con guardar secreto enojo á Rodrigo Díaz, enojo que hallamos fundado, si bien sentimos que le llevara, como en otra parte hemos dicho (1), más allá de lo que reclamaba el interés de la causa cristiana, y de lo que á él mismo le convenía para no ser tachado de rencoroso.

Mientras tan lastimosas y mortales escisiones agitaban los tronos y los pueblos de Castilla y de León, ¿reinaba más armonía entre los príncipes soberanos de Aragón, de Navarra y de Cataluña? Mencionado hemos ya las guerras entre los hermanos Ramiro de Aragón y García de Navarra entre éste y su hermano Fernando de Castilla, y entre los tres Sanchos de Castilla, Navarra y Aragón. ¿A qué se debió la unión de estas dos últimas coronas en las sienes del aragonés? á un fratricidio: á la muerte alevosa del navarro por su hermano Ramón en Peñalén, como la unión de las coronas de León y Castilla en Fernando se había debido á la muerte de Bermudo peleando con el esposo de su hermana en Tamarón. ¡Triste fatalidad de nuestra España! Aquel suceso, sin embargo, nos suministra una observación importantísima. El trono de Navarra pasa de repente de hereditario á electivo. Al menos los navarros prescinden del derecho de

---

(1) Discurso preliminar.

los hijos del último monarca: huye el uno por temor, y desechan al otro por tirano y fratricida, y entregan de libre y espontánea voluntad el reino á un príncipe, que aunque de la dinastía de sus reyes, era considerado ya como extraño, que tal debía ser para ellos Sancho Ramírez de Aragón. Este ejercicio de la soberanía en los casos extraordinarios le hallamos lo mismo en los pueblos cristianos que en los musulmanes.

En el condado de Barcelona el gran príncipe Ramón Berenguer el Viejo, el autor de los famosos Usages, trabajando siempre por someter á los díscolos condes, víctima de discordias domésticas, herido de excomunión por arte y manejo de una abuela intrigante y codiciosa, sufre la amargura de ver á un hijo ambicioso y desnaturalizado teñir sus manos en la sangre de la esposa de su padre, y baja al sepulcro prematuramente agobiado de pena y de dolor. También el príncipe catalán, como los de Castilla, Aragón y Navarra, hizo alianzas con los árabes; y los campos de Murcia se vieron inundados de huestes catalanas y andaluzas, cristianas y musulmicas, mezcladas y confundidas en defensa de una misma causa y en contra de otros cristianos y de otros infieles, como en otros tiempos se habían reunido en los campos de Acbatalbakar y del Guadiaro.

Una fatalidad tan lamentable como indefinible parecía presidir á los testamentos de los príncipes cristianos españoles. Apenas se concentraba en una mano una vasta extensión de territorio á fuerza de apagar interiores disturbios y de vencer enemigos exteriores, volvían las disposiciones testamentarias de los príncipes á legar á sus hijos y á sus reinos una herencia de discordias y una semilla de ambiciones, de envidias, de turbulencias y de crímenes. Ramón Berenguer el Viejo de Barcelona, siguiendo el camino opuesto al de Sancho el Mayor de Navarra y de Fernando el Magno de Castilla, dejó en su testamento el germen de resultados igualmente desastrosos. Desconociendo como aquéllos la índole de sus hijos y las ventajas de la unidad en el gobierno de un Estado, y como si la soberanía consintiese participaciones y su sola voluntad bastase á enmendar la naturaleza humana y á despojarla de las pasiones de la ambición y de la envidia, quiso ceñir con una sola corona las sienes de sus dos hijos, lo que equivalía á legarles una manzana de discordia y un incentivo perenne de desavenencias. Desarrolláronse pronto por parte del más descontentadizo y díscolo, del más codicioso y avaro, y el genio maléfico de la envidia arrastró á Berenguer Ramón II al extremo de teñir su mano en la inocente sangre del apacible Ramón Berenguer *Cap de Estopes*, y de darle una muerte alevosa. Otro fratricidio.

Concluiremos este cuadro con una observación bien triste, pero exacta por desgracia. Los príncipes que han regido los diferentes Estados de la España cristiana en el período que examinamos, todos á su vez han peleado entre sí, y casi todos cuando han blandido sus lanzas contra los soberanos de sus mismas creencias y de su misma sangre, han llevado consigo auxiliares musulmanes, ó comprados á sueldo, ó ligados con ellos en amistosas alianzas. De ellos los siete han muerto, ó en guerra con sus parientes, ó asesinados por sus propios hermanos. García de Castilla bajo las alevosas espadas de los Velas: Bermudo III de León y García Sánchez de Navarra combatiendo contra su hermano Fernando de Castilla: Sancho



de Castilla sitiando en Zamora á su hermana Urraca: García de Galicia en una prisión en que le encerraron sucesivamente sus dos hermanos Sancho y Alfonso: Sancho Garcés de Navarra traidoramente asesinado por su hermano Ramón en Peñalén: Ramón Berenguer II de Barcelona bajo el puñal fratricida de Berenguer Ramón.

Á vista de tan afflictivo cuadro de miserias y de crímenes, que hacían interminable la obra gloriosa de la restauración española, nuestro corazón se llenaría de horror y desesperaría del triunfo de la buena causa, si no se elevara á otra más alta esfera, allá donde hay un ser superior que lleva majestuosamente las naciones y los pueblos á su destino al través de todas las miserias de la humanidad. Á pesar de tantas rivalidades y malquerencias de familia, á pesar de tantas discordias interiores y tantas alianzas con los mahometanos, conservábase siempre vivo el sentimiento de la independencia y el principio religioso como el instinto de la propia conservación. Y á la manera que en otro tiempo aunque se aliaran los españoles alternativamente con cartagineses y romanos se mantenía un fondo de espíritu nacional y un deseo innato de arrojar á romanos y cartagineses del suelo español, del mismo modo ahora subsistía, á vueltas de las flaquezas y aberraciones que hemos lamentado, el espíritu religioso y nacional, que puesto en acción por algunos grandes príncipes como Sancho el Mayor de Navarra, Fernando el Magno de Castilla, Sancho Ramírez de Aragón, Ramón Berenguer el Viejo de Barcelona, hacía que fuese marchando siempre la obra de la reconquista. Debióse á esta causa el que aquellas contrariedades no impidieran el acrecimiento y ensanche que recibieron las fronteras cristianas en León y Castilla, en Navarra, Aragón y Cataluña, desde la recuperación de León hasta la conquista de Toledo, el acaecimiento más importante y glorioso de la España cristiana desde el levantamiento y triunfo de Pelayo.

¿Cómo no aprovecharon los árabes aquellas discordias de los cristianos para consumar su conquista? Porque ellos estaban á su vez más divididos que los españoles. Por fortuna suya los cristianos se consumían en escisiones domésticas cuando más útil les hubiera sido la unión. Por fortuna de los españoles los sarracenos en las ocasiones más críticas se enflaquecían y destrozaban entre sí y dejaban á los cristianos en paz. Iguales miserias en ambos pueblos. De aquí haber durado la lucha cerca de ochocientos años.

El imperio árabe en su decadencia corrió la suerte de los imperios destinados á fenecer, no por conquista, sino por una de esas enfermedades interiores lentas y penosas, que del mismo modo que á los individuos van consumiendo los cuerpos sociales y corroyéndolos hasta producir una completa disolución. Era ya un fenómeno que con una cabeza tan flaca como la de Hixem II se hubiera robustecido en vez de enflaquecerse el cuerpo del imperio; pero este fenómeno era debido á las altas y privilegiadas prendas de Almanzor, y los fenómenos no se repiten cada día. Muerto el hombre prodigioso, la marcha del Estado siguió su natural orden y curso. Faltaba la cabeza y todos querían serlo. Despertáronse las ambiciones que la superioridad de un solo hombre había tenido reprimidas, y comenzó aquella cadena de convulsiones violentas, de sacudimien-

tos, de crímenes, de confusión y de anarquía, que acompañan siempre al desmoronamiento de un Estado. Todos los imperios que perecen por disolución se asemejan en el período que precede á su muerte. Conjuraciones, turbulencias, guerras de razas, relajación de los vínculos de la sangre, extinción de los afectos de familia, regicidios, hermanos que asesinan á hermanos, hijos que siegan la garganta del padre, temiendo no sucederle si se prolonga unos días más su existencia, caudillos feroces que capitaneando turbas tan feroces como ellos conquistan un trono por el puñal y la espada para descender de él por la espada y el puñal, soldados que quitan y ponen emperadores, pueblos que pasean hoy con regocijo la cabeza ensangrentada del que proclamaron ayer con entusiasmo, soberanos de un día, casi á la vez sacrificadores y sacrificados, grandes crímenes y grandes criminales, horribles y trágicos dramas, entre los cuales se deja ver de período en período alguna virtud heroica y sublime, como el fulgor de una estrella en noche tempestuosa y oscura. Habiendo visto los excesos que acompañaron la agonía del imperio romano, no nos sorprenden los que señalaron la caída del imperio Omniada, con la diferencia que la ruina de éste fué más rápida, porque debido su engrandecimiento á las prendas personales de sus califas, faltando éstos tenía que desplomarse casi de repente el edificio.

Además del elemento de disolución que en su seno encerraba el imperio con tantas razas y tribus rivales y enemigas que ansiaban y espían la ocasión de destruirse, Almanzor en medio de su gran talento cometió errores que ayudaron no poco á la explosión de estos odios y rivalidades, ya con la protección que dispensó á las huestes africanas que llegaron á constituir la mayoría del ejército musulmán, ya con la influencia que dió á la raza eslava, á aquellos extranjeros que de la clase de esclavos de otros esclavos subieron á la de príncipes y emperadores. Abrió Almanzor ancha brecha á la unidad del imperio con los gobiernos perpetuos que por premio de momentáneos servicios confió á los alcaides y walíes. Este paso, cuyas consecuencias no se conocieron durante su vigorosa administración, fué un ejemplo funesto para el porvenir, para cuando el imperio cayese en manos más débiles que las suyas. Los califas que siguieron á Hixem, así como los aspirantes al califato todos á imitación de Almanzor para ganar el apoyo de los walíes apelaban al recurso de halagarlos, invistiéndolos con aquella especie de soberanía feudal; y ellos, harto propensos ya á la independencia, ó se emancipaban abiertamente del gobierno central, ó le negaban los subsidios de sus provincias y se hacían sordos á sus excitaciones y llamamientos; la impunidad en que los débiles califas dejaban á los walíes desobedientes alentaba á otros á seguir su ejemplo, y Córdoba, la metrópoli del imperio musulmánico de Occidente, que se dilataba por casi toda España y por inmensos territorios africanos, llegó á encontrarse completamente aislada, constituido cada walí en soberano independiente del distrito de su mando. De aquí la multitud de régulos y pequeños monarcas que se alzaron sobre las ruinas del califato, y de que hemos dado cuenta en nuestra historia, y cuyas guerras entre sí y con los cristianos hemos referido.

Expuestas las causas principales de los acontecimientos, veamos la

fisonomía política y social que presentaban los diferentes Estados de la España cristiana en este período.

## CAPÍTULO XXVI

### GOBIERNO, LEYES, COSTUMBRES DE LA ESPAÑA CRISTIANA EN ESTE PERÍODO

I. Los reyes.—Atribuciones de la Corona.—Cómo se desprendían de algunos derechos.—Conservaban el alto y supremo dominio.—Funcionarios del rey.—Sistema de sucesión.—Impuestos.—II. Mudanza en la legislación.—Jurisprudencia foral.—Examen del fuero y concilio de León.—Los siervos: cómo se fué modificando y suavizando la servidumbre.—Behetrías: qué eran: sus diferentes especies.—Milicia.—Jueces.—Diversas clases de señoríos.—Si hubo feudalismo en Castilla.—Fueros de Sepúlveda, Nájera, Jaca, Logroño y Toledo.—Sistema feudal en Cataluña.—Los Usages.—III. Gran mudanza en el rito eclesiástico.—Historia de la abolición del misal gótico-mozárabe á introducción de la liturgia romana.—Empeño de los papas y del rey.—Resistencia del clero y del pueblo.—Pretensiones del papa Gregorio VII.—Carácter de este pontífice.—Monjes de Cluni.—Comienza á sentirse la influencia y predominio de Roma en España.—IV. Estado intelectual de la sociedad cristiana.—Ignorancia y desmoralización general del clero en toda Europa en esta época.—El clero español era el menos ignorante y el menos corrompido.—V. Costumbres públicas.—Espíritu caballeresco.—El duelo como lance de honor y como prueba vulgar.—Otras pruebas vulgares.—Respeto al juramento.—Formalidades de los matrimonios.—Fiestas populares.

I. Al paso que en lo material avanzaba la reconquista por los esfuerzos parciales de los príncipes y de los pueblos, progresaba también, aunque lenta y gradualmente, la organización política, religiosa y civil de cada sociedad ó de cada Estado, no de un modo uniforme, sino con arreglo á las circunstancias de localidad, á las tendencias y costumbres y al origen y procedencia de cada reino, que es lo que constituyó la diferencia de fisonomía que distinguió los diversos Estados en que entonces se dividió la España, diferencia que subsistió por muchos siglos, y que á pesar del trascurso de los tiempos no ha acabado de borrarse todavía. Dió, no obstante, la organización social de la España cristiana pasos avanzados en el período que nos ocupa.

Continuaban los reyes ejerciendo la autoridad suprema en la plenitud del poder, aun sin aquel consejo áulico de que se rodeaban los monarcas godos; si bien la necesidad por una parte, el espíritu religioso por otra, los hacían desprenderse diariamente de una parte de aquel poder y de aquella autoridad con las donaciones de territorios, rentas, derechos y jurisdicciones que hacían á iglesias ó monasterios, á obispos ó particulares, bien como actos de piedad y devoción, bien como remuneración y recompensa de servicios prestados al monarca, con lo que iba debilitándose el poder de éstos y robusteciéndose el del clero y la nobleza. Seguían no obstante los reyes considerándose y obrando como dueños y supremos señores de los territorios que se ganaban á los infieles, proveían á las iglesias, nombraban y trasladaban obispos, mandaban los ejércitos y administraban la justicia. Representaban su autoridad en las provincias ó distritos los condes, y ejercían en los pueblos á su nombre las funciones judiciales los

merinos (majorini), que tenían bajo su dependencia los ejecutores ó ministros inferiores nombrados sayones (1).

La costumbre y el consentimiento habían ido haciendo mirar como hereditaria la corona; sin embargo, ni había todavía una ley de sucesión al trono, ni menos estaba establecido el principio de la primogenitura. Sancho el Mayor de Navarra y Fernando el Magno de Castilla dispusieron de sus reinos como de un patrimonio de familia, y en la adjudicación de las partijas á sus hijos atendieron más al cariño que al orden del nacimiento. Los prelados y magnates se amoldaban en esto á la voluntad de los monarcas, y la falta de una ley fija de sucesión produjo las discordias en las familias reinantes, y las turbaciones en los reinos, que tanto hemos lamentado. Pero ningún príncipe se sentaba en el trono sin la aprobación y el reconocimiento de los obispos y próceres, y cuando la aplicación del principio hereditario era peligrosa, apelaban los pueblos á la elección, como aconteció en Navarra después de la muerte de Sancho el de Peñalén. Alfonso VI de Castilla subió la segunda vez al trono por la voluntad de los castellanos. Las hembras en Castilla y León no estaban excluidas de la sucesión al trono como en Cataluña; y había caído en desuso la ley de los godos que condenaba á reclusión á las viudas de los reyes; por el contrario, solían ser tutoras de sus hijos y regentes del reino como la madre de Ramiro III.

No hubo en los primeros siglos un sistema general de impuestos. Las rentas reales se componían de los dominios particulares del rey, del quinto de los despojos ganados en la guerra, uso que los cristianos tomaron de los árabes, de las prestaciones señoriales, que consistían en servicios personales del trabajo, en frutos, que alguna vez eran el diezmo, y en las multas y penas pecuniarias, que eran el arbitrio de más consideración, atendido el sistema de redimir las penas y sentencias judiciales por dinero, á lo cual se agregó después del siglo X los tributos conocidos con los nombres de moneda forera, de rauso, yantar, fonsadera, martiniega, etc., que en otro lugar hemos mencionado y explicado (2).

II. La legislación sufre en este tiempo una modificación esencial. El célebre código de leyes heredado de los visigodos, el Fuero Juzgo, único cuerpo legal que había regido, aunque imperfectamente, en la España de la restauración, no podía ya ser aplicado en todas sus partes á un pueblo

---

(1) Concilio de León de 1020.—El señor Morón, en su *Historia de la civilización de España* (t. III, pág. 296), sienta con grande equivocación que el nombre de *Merino* apareció por primera vez en el año 1090 en una escritura de donación hecha por Alfonso VI á la iglesia de Palencia. Error notable en un historiador, que no podía ignorar cuántas veces se nombraban dichos funcionarios en el mencionado concilio ó sean Cortes, como autoridad existente y ya conocida. Según Salazar de Mendoza (*Dignidades de Castilla*, libro I), la memoria más antigua que se halla de este oficio es en el reinado de Bermudo II. Los había *mayores* y *subalternos*. El *Merino* se empezó á llamar *alguacil mayor* antes de Enrique II (Santayana, *Magistrados y Tribunales de España*, lib. III, capítulo II). De Merino se denominaron las *merindades*, que se distinguían en antiguas y modernas. El conde Fernán González dividió las siete merindades de Burgos, Valdivieso, Tovalina, Manzanedo, Valdeporro, Losa y Montija (Berganza, lib. III, cap. XIV.)

(2) Capítulo XX de este libro.

cuyas condiciones de existencia habían variado tanto. Las circunstancias eran otras, otras las costumbres, distinta la posición social, y era menester atemperar á ellas las leyes, era necesario no abolir las antiguas, sino suplir á las que no podían tener conveniente aplicación con otras más análogas y conformes á lo que exigían las nuevas necesidades de los pueblos y de los individuos. Nacieron, pues, los *Fueros* de León y de Castilla, de Navarra, Aragón y Cataluña, y gloria eterna será de los Alfonsos, de los Sanchos, de los Fernandos y de los Berengueres de España, haber precedido en más de un siglo á todos los príncipes de Europa en dotar á sus pueblos de derechos, franquicias y libertades comunales, tanto más meritorio en ellos, cuanto que las continuas y desastrosas luchas domésticas y exteriores en que andaban envueltos no les impidieron fijar su atención en la organización interior de sus Estados.

El concilio de León de 1020, asamblea político-religiosa, testimonio insigne del encadenamiento y enlace de las épocas y de las sociedades, porque revela la herencia que la España de la restauración había recibido de la España gótica, causó una verdadera revolución social en el país, introdujo un nuevo orden de cosas en lo civil y en lo político, y mejoró notablemente la condición de los hombres de aquella sociedad. Un ligero examen de sus leyes (que nuestra cualidad de historiador general no nos permite hacerle más detenido) nos dará una idea clara del estado de aquella sociedad y del mejoramiento que recibió (1).

«Nadie, dice el canon 7.º, compre heredad del siervo de la Iglesia, ó del rey, ó de cualquiera hombre, y el que la comprare, pierda la heredad y el precio.» Este decreto expresa las tres clases de siervos que había. Los del rey eran los más considerados y tenían otros siervos bajo su dependencia. Los siervos de la Iglesia eran los destinados al servicio de los templos y al cultivo de las heredades del clero: los de particulares eran todos los demás que estaban bajo el dominio de los nobles ó de los simples ingenios, y se destinaban á los oficios mecánicos y serviles y á las labores del campo. La servidumbre se había transmitido de generación en generación, y los descendientes de siervos eran los que constituían las *familias de creación*. Poco á poco había ido modificándose esta servidumbre, y los siervos fueron convirtiéndose lenta y sucesivamente en solariegos y éstos en vasallos. Contribuyeron al mejoramiento progresivo de la condición de esta clase, por una parte las ideas civilizadoras del cristianismo, por otra el interés personal de los señores, que convencidos de que el cultivo de sus tierras prosperaba más con el trabajo de personas libres que con el de esclavos, los elevaban á la clase de solariegos, y por otra la necesidad de repoblar las villas y ciudades fronterizas de los moros para

---

(1) Nos fijamos en el concilio y fuero de León, no porque fuese el más antiguo fuero que se conoce, como dice Mariana (*Ensayo Histórico-crítico*, lib. IV, n. 6), puesto que hubo antes que él otros fueros de localidad, como los de Castrojeriz y Melgar de Laso, los de Palenzuela, Sepúlveda, etc., sino por ser el documento solemne escrito, en que se contienen ordenanzas y leyes civiles y criminales encaminadas á establecer sólidamente las municipalidades y comunes de un reino, y afianzar en ellas un gobierno acomodado á las circunstancias de los pueblos.

que sirviesen de valladar contra las invasiones enemigas. Los siervos que acudían á poblarlas obtenían su libertad, y adquirían tierras que labraban y derechos vecinales. Los particulares, temerosos de que sus siervos se acogieran á las nuevas poblaciones y los abandonaran, se apresuraban á dulcificar su condición, dándoles solares para sí y para sus hijos, imponiéndoles sólo un tributo más ó menos grande. Esto había sido un verdadero progreso social. Nada prueba mejor nuestro principio del mejoramiento progresivo de la humanidad, que ver cómo ha ido pasando la clase de esclavos á la de siervos, la de éstos á la de solariegos, después á la de vasallos, en cuya marcha se podía haber augurado en aquella misma edad que todos los hombres habían de ser libres con el tiempo (1).

En el canon 9.º de dicho concilio se habla ya de *behetrías*, cuya palabra nos conduce á distinguir las cuatro especies de señoríos que en este tiempo había en León y Castilla, á saber: el *Realengo*, en que los vasallos no reconocían otro señor que el rey: el *Abadengo*, que era una porción del señorío y jurisdicción real, de que los reyes se desprendían á favor de algunas iglesias, monasterios ó prelados: el *Solariego*, que tenían los señores sobre los colonos que habitaban en sus solares y labraban sus tierras, pagando una renta ó censo, que se llamaba *infurción*: y el de *Behetría*, el más favorable de todos á los vasallos por la gran preeminencia de mudar de señor á su voluntad y dejarle cuando querían (2).

Fué una institución hija de la necesidad y de las circunstancias en que se hallaban los pueblos ó individuos en los primeros siglos de la reconquista. Los débiles y pobres necesitaban del apoyo de los poderosos y ricos, y buscaban su protección y se sometían á una especie de vasallaje mediante algunas pequeñas prestaciones en señal de reconocimiento, obligándose por su parte los señores á protegerlos y ampararlos, pero quedando aquéllos en libertad de dejarlos y de mudar de señor tan pronto como cesasen de ser protegidos en sus bienes, personas ó familias. Todos han seguido la definición que de las behetrías y sus diferencias hace el canciller Pedro López de Ayala en su *Crónica del Rey Don Pedro* cuando dice: «Debedes saber que Villas é Lugares ay en Castilla, que son llamados behetrías *de mar á mar*, que quiere decir que los moradores, é vecinos en los tales lugares pueden tomar señor á quien sirvan, é acojan en ellos, quienes ellos querrán, y de cualquier linage que sea, é por esto son llamados behetrías *de mar á mar*, que quiere decir, como que toman señor, si quieren de Sevilla, si quieren de Vizcaya, ó de otra parte. E los lugares de las behetrías son unos que toman señor cierto, de cierto *linage*, y de parientes suyos entre sí, é otras behetrías ay que non han naturaleza con

(1) Sobre el origen, clases y diferencias de solariegos y vasallos, puede verse á Ambrosio de Morales, á Berganza en sus *Antigüedades*, Asso y Manuel en las *Notas al Fuero Viejo de Castilla*, Pidal en las adiciones al mismo, Muñoz en las *Notas á los Fueros latinos de León*, etc.

(2) La palabra *behetría* no es derivada del griego, como dice Mariana (lib. XVI, capítulo XVII), sino de *benefactoria*, que se corrompió después en *bienfetría*, y más adelante en *behetría*, que significaba que los pueblos escogían señores para bienhechores ó *benefactores* suyos.

linages, que serán naturales de ellos, é estas tales toman señor de linages, qual se pagan, é dicen que todas estas behetrías pueden tomar y mudar señor *siete veces al día*, y esto se entiende *cuantas veces les placirá*, y entendieren que los agravia el que los tiene... (1).»

Necesitábase para la constitución de las behetrías el beneplácito del rey en virtud del superior dominio que tenía sobre todos los pueblos de la corona, y su organización y condiciones variaban notablemente en cada pueblo según los pactos que se estipulaban entre los señores y los vasallos, fuesen pueblos ó personas. De aquí los tributos y prestaciones llamadas *devisa, naturaleza, servicio personal*, etc., y los diferentes medios por que se adquiría el derecho de behetría. Subsistieron éstas hasta los tiempos de don Juan II, que con sabia política trastornó su constitución primitiva (2).

Prescribíase en el canon ó decreto 1.º del concilio y fuero que examinamos la obligación de ir al *fosado* (á la guerra) con el rey, con los condes y los merinos, según costumbre. Supone este capítulo una fuerza pública, una milicia armada que tenía que acudir al llamamiento del rey, ya fuesen moradores de los pueblos de realengo, ya de los de señorío, que á costa de esta obligación solían concederse y adquirirse los derechos señoriales. Pero aquella milicia no era una milicia regimentada y á sueldo. Cuando el rey proyectaba una conquista ó una irrupción, convocaba los nobles, los obispos y el pueblo, y cada señor y á veces cada obispo que ejercía derechos dominicales, acudían con su respectiva gente y sus banderas, igualmente que los vasallos de los pueblos de realengo. Ninguno había disfrutado de sueldo de campaña hasta el fuero que hemos mencionado del conde don Sancho de Castilla: hasta ese tiempo los jefes de las tropas así congregadas subsistían de lo que llevaba cada cual, y más principalmente de lo que tomaban al enemigo. Terminada la campaña, volvíanse los soldados á sus hogares, y las plazas recuperadas ó conquistadas pertenecían al rey, que solía darlas á los condes ó señores en premio de sus servicios, con el cargo de fortificarlas y defenderlas, y concediendo privilegios á los soldados, vasallos ó sirvos que quisieran establecerse en ellas y repoblarlas, origen de los señoríos y de las cartas de población.

Establécense en dicho concilio jueces nombrados por el rey para que juzguen «las causas de todo el pueblo (3),» y se concede á los concejos ó ayuntamientos atribuciones administrativas y algunas veces también judiciales (4). Se decreta la abolición del odioso y terrible fuero de *sayonía* (5);

(1) Equivocóse gravemente el P. Sota (Chron. de los Príncipes de Asturias, lib. III) al decir que los solares de los infanzones comenzaron á llamarse behetrías por la libertad que tenían los señores de elegir un juez que entendiase en los pleitos de sus vasallos.

(2) Los que deseen más noticias sobre esta materia, pueden consultar las leyes del tit. VIII, libro I, del Fuero Viejo de Castilla, con las Notas de los doctores Asso y Manuel, las del tit. III, lib. VI de la Nueva Recopilación, las memorias del fiscal don Antonio Robles Vives, el tratado que dejó escrito don Rafael de Floranes sobre esta materia, y otros muchos documentos que sería largo enumerar.

(3) Can. 18.

(4) Can. 35, 45 y 47.

(5) Can. 11.

preciosa garantía otorgada á los individuos y á los pueblos contra las arbitrariedades de los delegados del poder, y progreso relativamente grande en la civilización, pero se confirmaban las absurdas pruebas vulgares por juramento, por agua caliente, por pesquisa y por duelo ó combate personal (1), triste testimonio de la ignorancia y grosería y del atraso intelectual en que estaba todavía nuestra España, y del carácter supersticioso de una época, en que aun se creía que velando Dios sobre la inocencia y el crimen no podía permitir la impunidad del reo ni la condenación del inocente, y suponíase que Dios había de hacer en cada caso un milagro suspendiendo el efecto de las causas naturales. Sin embargo, esta manera tan ineficaz y tan absurda de justificar é investigar la verdad en los juicios, heredada de los pueblos del Norte, era comunmente usada en toda Europa.

A pesar de las diferentes especies de señoríos que hemos apuntado como existentes en Castilla en la época que examinamos, y que parecía tener cierto tinte de feudalidad, estuvo lejos de aclimatarse en esta parte de España el sistema feudal que regía en otros Estados de Europa. Ni la nobleza leonesa y castellana alcanzó aquí la independencia y el poder que obtuvo en Alemania, Francia é Inglaterra, ni se conoció aquí la rigurosa organización jerárquica del feudalismo, ni los condes y señores de Castilla tuvieron el derecho de batir moneda, ni el tribunal de los pares, ni las ayudas pecuniarias, ni otros que constituían el sistema de infeudación. A pesar de los derechos dominicales y jurisdiccionales que los reyes de León y Castilla otorgaban á los próceres y nobles, y á los obispos y abades, á pesar de que unos y otros tenían sus vasallos especiales, nunca los monarcas se desprendieron de la suprema autoridad sobre todos sus súbditos, de cualquier jerarquía que fuesen: convocaban y presidían las cortes ó concilios, administrábase en su nombre la justicia, conservaron el derecho inalterable de apoderarse en caso necesario de los castillos y fortalezas de los señores y todos tenían obligación de asistirles á la guerra. Las circunstancias especiales de este país le colocaron en un caso excepcional al en que se encontraban en lo general los demás Estados y naciones de Europa (2) La guerra continua con los árabes obligaba á los cristianos españoles á reunirse á una sola cabeza, á agruparse en derredor de un poder central, para dar más unidad á las operaciones militares, y los señores

(1) Can. 40.

(2) El ilustrado Robertson, en su excelente y erudita Introducción á la Historia del reinado de Carlos V, ó no tuvo presente ó padeció el descuido de no distinguir esta situación excepcional de la monarquía castellana en lo relativo al feudalismo: omisión indisculpable en quien tenía que tratar del estado político y civil de España anterior al gran reinado cuya historia se proponía escribir.—Monsieur Guizot, en su Historia de la civilización europea, describe los caracteres del feudalismo y enumera las atribuciones de los poseedores de feudos, y ninguna de ellas es aplicable á los señores de León y Castilla.—Véase también á Mondéjar, en las Memorias históricas del rey don Alfonso el Sabio. Marina, Ensayo histórico-crít. núm. 63. «El único señorío feudal, dice Tapia (*Historia de la civilización española*, t. I, pág. 66), conocido en los reinos de Castilla y León, según el testimonio de los historiadores españoles, fué el de Portugal, que con título de condado dió el rey don Alfonso VI á don Enrique de Besanzon, casado con su hija natural doña Teresa, para sí y sus sucesores.»



tampoco podían vivir mucho tiempo encastillados como los barones feudales, ni el desarrollo del régimen municipal les permitía arrogarse la independencia y la soberanía que en otros países; y si los condes y nobles de Castilla se insubordinaban muchas veces contra sus monarcas, ni aquel desorden era habitual y permanente, ni aquella resistencia al poder monárquico era legal; era el resultado del estado todavía incierto de la sociedad, y de que faltaban aún al poder supremo medios para asegurarse contra las agresiones de los genios turbulentos y contra la desobediencia individual. No hubo, pues, en España verdaderos feudos sino en el condado de Barcelona, donde introdujeron los francos, fundadores de aquel Estado, sus leyes, usos y costumbres; pues aunque en Aragón existió una especie de feudo con el nombre de *honor*, los magnates de aquel reino y del de Navarra no eran tampoco aquellos señores feudales que hacían la guerra á los monarcas como iguales suyos, y que ejercían en sus Estados una autoridad sin límites, como pequeños soberanos con su corte, sus tribunales, sus casas de moneda y su gobierno privativo.

Ya dijimos que aunque el Fuero de León había sido el más solemne por la forma con que se otorgó y el primero que se escribió y cuyas leyes se dieron para que rigieran todo el reino, existían antes y desde el siglo X otros fueros en Castilla otorgados por sus condes soberanos, y principalmente por don Sancho, llamado el *de los buenos fueros*, que confirmó el primer rey de Castilla y de León Fernando el Magno en el concilio de Coyanza de 1050. Goza entre ellos de justa nombradía el de Sepúlveda, de grande estima en la edad media por las franquicias y libertades que dispensaba á sus pobladores, y cuya legislación, aunque diminuta, se extendió á otros muchos pueblos. Redújole por primera vez á escritura en 1076 el rey don Alfonso VI, confirmando los primitivos usos y costumbres autorizados por los antiguos condes. «Yo, Alfonso rey, dijo, y mi esposa Inés confirmamos á Sepúlveda su fuero, que tuvo en tiempo de mi abuelo, y en tiempo de los condes Fernán González y García Fernández, y del conde don Sancho, de sus términos, etc. (1).»

Un mismo espíritu animaba en este siglo á los soberanos de León y de Castilla, de Aragón y de Navarra. El fuero concedido á Nájera por Sancho el Mayor, el otorgado á Jaca por Sancho Ramírez, no fueron ni menos amplios, ni menos célebres que el de Sepúlveda; y Alfonso VI de León y de Castilla confirmó los de sus antecesores, extendió la legislación foral á muchos pueblos, y los dió de nuevo á Toledo, Logroño, Miranda de Ebro, y otras poblaciones que fuera largo enumerar. Semejábanse todos, á pesar de su variedad aparente, en los puntos principales, reducidos á mejorar la condición civil de las personas y de los pueblos, á disminuir los derechos dominicales, y á amplificar las franquicias y libertades del estado general. Era la nación que se constituía en lo político y en lo civil por es-

---

(1) Marina, en su Ensayo histórico-crít. números 107 á 112, rectifica varios errores en que acerca de este célebre fuero incurrieron los doctores Asso y Manuel en su Introducción á las Instituciones del derecho de Castilla, don Rafael Floranes en la suya á la Copia del Fuero de Sepúlveda y otros, y da noticia del que existe en el archivo de aquella villa, discurriendo acerca de su autenticidad.

fuerzos parciales, del mismo modo que se constituía en lo material. Conviendremos con el erudito Marina en que todos estos cuadernos de leyes no formaban un cuerpo de derecho general y compacto. Sin embargo, esta jurisprudencia foral contenía un sistema de leyes políticas, civiles y administrativas, local por una parte, pues que muchas de estas cartas se daban á ciudades y villas particulares, y general por otra, atendida la poca variedad en las exenciones, y el espíritu igualmente popular y democrático que dominaba en todas, en cuyo sentido llegaban á constituir los fueros un sistema general de legislación que venía á reducirse á tres principales puntos: régimen municipal, disminución de prestaciones señoriales, y concesión de franquicias y garantías al estado llano, para alentarle á poblar y defender del enemigo las ciudades fronterizas, ponerle á cubierto de las violencias de los magnates y establecer más inmediatas relaciones entre los pueblos y el rey (1). Lo que la autoridad real perdía

(1) Daremos una muestra de las franquicias de los principales fueros. 1.º Del de *Sepúlveda*. Ninguna persona podía preñar á otra por deuda, ni en Sepúlveda ni en sus aldeas, sin decreto judicial, bajo la pena de sesenta sueldos y el duplo de los prendas: si el señor ó gobernador de Sepúlveda injuriaba á algún vecino, debía acusarle al concejo y obligarle á dar satisfacción al agraviado: el alcalde, merino y arcipreste debían ser precisamente naturales de aquella villa: el juez debía ser elegido anualmente de sus *collaciones* ó parroquias: eximióse á los vecinos del tributo de mañería, y al fonsado del rey sólo debían ir los caballeros, como no fuera estando cercado y para batalla campal: cuando el rey iba á la villa, no se había de forzar á ningún vecino á dar alojamiento á su comitiva: todo el que quisiera mudar de señor podía hacerlo, sin perder su casa ni heredad, como el señor nuevo no fuera enemigo del rey, etc.—2.º Del de *Nájera*. El pueblo de Nájera no estaba obligado á ir al fonsado sino una vez al año y para batalla campal: ni el infanzón ni el villano debían dar al rey el quinto de lo que ganaran en la guerra, como era costumbre general en otras partes: se eximió á los vecinos del yantar, ó sea obligación del suministro de víveres al rey, como no fuera pagándolos por su justo precio: los delincuentes no podían ser presos dando fiadores: los reos de cualquier delito, menos de hurto, refugiados en la casa de algún vecino de Nájera, no podían ser extraídos por fuerza, bajo la pena de doscientos cincuenta sueldos siendo de noble, y de ciento siendo de villano: quien pusiese una querrela ante los alcaldes, y no la concluyera dentro de un año y día, perdía su derecho: los vecinos de Nájera no debían dar excusadera ni otro pecho más que el de trabajar el alfoz (término de la jurisdicción) ó pago de su castillo: su concejo debía nombrar todos los años dos sayones: todos los vecinos podían comprar las tierras, viñas y heredades que quisiesen, sin las restricciones y *malos fueros* que había en otras partes, y construir todo género de artefactos y vender libremente sus fincas, etc.—3.º Del de *Logroño*. Se concedieron franquicias á todos los que quisiesen establecerse en Logroño, fuesen españoles, franceses ó de cualquier otra nación: se prohibió á los gobernadores hacerles violencia ni injusticia: ni el merino ni el sayón podían entrar en las casas á sacar prendas por fuerza ni tomarles cosa alguna contra su voluntad: se les eximió de las pruebas de hierro y agua caliente, de batalla y pesquisa: el señor ó gobernador de la villa no había de nombrar para merino, alcalde ó sayón sino á naturales de ella: se concedió á los vecinos libertad de comprar y vender heredades, uso libre de aguas, pastos, leña, de ocupar y labrar las tierras baldías, etc.—4.º Del de *Jaca*. Se le quitaron los malos fueros que antes tenía, y se elevó la villa á la categoría de ciudad: todo vecino podía edificar casas con la comodidad que más gustase; comprar y vender libremente, prohibiéndoles donar ni vender los honores á la iglesia ni á los nobles: no se les obligaba á la fonsadera sinó por tres días, y esto para batalla campal ó estando el rey cercado por los enemigos: ninguno podía ser preso dando fian-

por una parte renunciando derechos y prerrogativas y concediendo inmunidades y privilegios locales, ganábalo por otra en prestigio con los pueblos, que recibían agradecidos aquellos beneficios, neutralizaban así los monarcas el poderío peligroso de la nobleza, creando un nuevo poder en el Estado, y estimulaban á la población y conservación de las fronteras con el aliciente de las franquicias que concedían á sus moradores y defensores. De esta manera la concesión de fueros era en los reyes simultáneamente una conveniencia y una necesidad, y redundaba en recíproca ventaja de los pueblos y de la corona.

Grandemente progresó también la constitución de Cataluña en el siglo XI con la promulgación de los *Usages*. Pero diferente este Estado de los demás de España así por su procedencia como por su organización y sus costumbres, su división en condados demostraba ya el carácter feudal que había recibido. La nobleza catalana, organizada jerárquicamente como la francesa y dividida en condes (ó potestades según los *Usages*), vizcondes, varvesores y simples caballeros, tenía una jurisdicción privilegiada para sus causas, administrando justicia por sí ó por sus bailes: existían para ellos los juicios de los pares; los barones eran juzgados en su corte por los barones, los caballeros de un escudo por caballeros de un escudo, y así los demás. Y aunque los derechos del príncipe fueron en Cataluña mayores que en otros países feudales, los de cada señor sobre sus vasallos, plebeyos ó payeses, eran absolutos, y algunos hasta inmorales y repugnantes como el de servir de los hijos é hijas de los payeses contra su voluntad, y el de tomar para sí con las desposadas las primicias de los derechos del matrimonio. El vasallo no podía repartir el feudo entre sus hijos, sin permiso del señor. El payés que recibiese daño en su cuerpo, honor ó haber, debía reclamar al señor y estar del todo á su justicia. Aquel mismo orden jerárquico constituía á unos mismos á la vez en vasallos de los que ocupaban una jerarquía más alta y en señores de los que tenían debajo de sí. No podía, pues, existir en Cataluña un poder público central como en Castilla, y si los condes de Barcelona conservaron su superioridad

---

zas: se tasaron las penas de los homicidios y heridas como en otros fueros, etc.—Pueden verse más pormenores sobre estos fueros en Sempere y Guarinos, *Hist. del Derecho español*, t. I, cap. x, y en Marina, *Ensayo histórico-crítico* ya citado.—Merece, por último, especial mención el Fuero de *Toledo*, por la especialísima situación en que se halló aquella ciudad cuando fué conquistada. Componían su vecindario cinco clases de moradores: 1.º los mozárabes: 2.º los castellanos, así llamados porque constituían el mayor número de los que habían contribuido á la conquista: 3.º los francos ó extranjeros que atraídos de su riqueza fijaron en ella su domicilio: 4.º los árabes y moros, y 5.º los judíos, á quienes se permitió vivir en su ley. A cada una de estas clases concedió Alfonso VI privilegios y fueros muy apreciables, y el gobierno municipal de Toledo sirvió después de modelo para otras ciudades y villas. Es notable la disposición de que todos los pleitos se decidieran por un alcalde, asociado de diez personas de las mejores y más nobles, con arreglo á las leyes del Fuero Juzgo. Á los labradores, pagando al rey un diezmo de sus frutos, no se les había de exigir otra contribución, ni servicio de jornales forzados, fonsadera, etc., concediéndoles además que cualquiera de ellos que quisiese cabalgar pudiera hacerlo y entrar en las costumbres de los caballeros. Sempere y Guarinos, ubi sup. cap. XI Marina, *Ensayo y Teoría de las Cortes*. Ortiz de Zúñiga, *Anales de Sevilla*, y *Mem. para la vida de San Fernando*.

fué por lo extenso de sus dominios y porque solían concentrar en sí diferentes condados. Tuvo, pues, el condado de Barcelona todos los caracteres de la organización feudal que en su fundación y origen le había sido comunicada y transmitida, si bien no adquirió desde el principio, sino con el trascurso del tiempo, su completo desarrollo.

Tales fueron en resumen las alteraciones y novedades que sufrió cada uno de los Estados cristianos de España en el período que abarca nuestro examen, relativamente á su organización política y civil, y á la respectiva posición social de los reyes para con el pueblo, de éste para con los monarcas y los nobles, y de todos entre sí.

III. Una novedad importantísima, un suceso de consecuencias inmensas para el porvenir de nuestra nación en el orden moral se realizó en el último tercio del siglo XI en España, innovación cuyo influjo se experimenta todavía después del trascurso de cerca de nueve siglos. Hablamos de la abolición del oficio gótico ó breviario mozárabe, y su reemplazo por la liturgia romana á instancia y gestión de los romanos pontífices, y de la intervención que desde esta época comenzaron á ejercer los papas, no ya sólo en los asuntos pertenecientes al gobierno de la Iglesia española, sino también en lo tocante al poder temporal de sus príncipes y soberanos. Jamás monarca alguno español (y había habido desde Recaredo hasta Fernando el Magno de Castilla multitud de piadosísimos y cristianísimos reyes) había sometido y subordinado su autoridad al poder pontificio: contaba ya el cristianismo cerca de once siglos de existencia, y la Iglesia española, sin dejar de reconocer la suprema y universal jurisdicción espiritual de los sucesores de San Pedro sobre todos los fieles de la cristiandad, habíase gobernado á sí misma, bajo la protección de sus católicos monarcas, con una independencia en que no la aventajó otra alguna de las naciones cristianas, como en ninguna brilló tan gran número de sabios, virtuosos y esclarecidos obispos, y ninguna acaso suministró tan largo y glorioso catálogo de insignes mártires y de varones santos. Una lucha heroica en que se hallaba empeñada hacia ya cerca de cuatro siglos para sostener la pureza de su fe, y á la cual se debió sin duda que el pendón de Mahoma no llegara á tremolar en la cúpula del Vaticano, había acreditado á la faz del mundo que España era la nación esencialmente católica y religiosa. ¿Cómo, pues, se introdujo en su culto esa gran novedad que hemos anunciado contra la voluntad del pueblo y de la Iglesia española? Explicarémoslo con la severa imparcialidad de historiadores.

Venía de muy atrás, y principalmente desde la coronación del emperador Carlomagno por el papa León III, el pensamiento de ensanchar los límites de la autoridad pontificia, y algunos papas habían aspirado ya á someter el poder temporal de los príncipes al dominio del jefe de la Iglesia y á subordinar y sujetar las coronas á la tiara y los cetros de los imperios de la tierra á las llaves de los sucesores de San Pedro. Las pretensiones de los papas Zacarías, Gregorio II y Nicolás I habían producido ya vehementes y acaloradas cuestiones, choques peligrosos y serios conflictos en los imperios. Mas en el estado de barbarie, de ignorancia y de corrupción y desorganización social en que generalmente llegó á encontrarse la Europa en los primeros siglos de la edad media, á vista de las calamidades

y desgracias que afligían la humanidad, de las rudas y feroces pasiones que agitaban hombres y pueblos en aquellos infortunados siglos, volvíanse naturalmente los ojos como en busca de remedio hacia la única institución que por su antigüedad, por su especial y sagrado origen, y por su universal influencia parecía reunir en sí las condiciones propias para moralizar la sociedad y dar unidad al mundo, á saber, á la institución del pontificado. Cundió, pues, la idea de que el mundo no podía ser reformado sino por la Iglesia que estaba á su cabeza. Mas, desmoralizada también la Iglesia (1), oponíanse los obispos y el clero á las reformas; la medida de prescribirles la observancia del celibato halló una resistencia desesperada, si bien el pueblo, cansado de presenciar la incontinencia, el lujo y la disipación de los sacerdotes, se puso en este punto del lado y á favor de los pontífices reformadores (2). Comenzó por otra parte la lucha entre los papas y los jefes de los imperios, sosteniendo éstos y disputándoles aquéllos el poder temporal: deponíanse unos á otros; valíanse de todo género y linaje de armas y de medios, guerreaban en persona, sufrían las alternativas y vicisitudes de la vida de las armas, y los pueblos padecían turbaciones y conmociones violentas. Sin embargo, en medio de la lucha más viva y continuada con los monarcas y con los obispos, la Iglesia romana fué ensanchando su autoridad en progresión ascendente, preparándose el camino para la dominación universal á que aspiraba, y á la cual favorecía el espíritu religioso de la época, y la circunstancia de que los pontífices á vueltas de su sistema de invasión temporal llevaban el noble y lauda-

---

(1) El mismo Gregorio VII decía: «Apenas descubro algunos sacerdotes que hayan llegado por las vías canónicas al episcopado, que vivan como cumple á su clase, que gobiernen su rebaño con espíritu de caridad, no con el despótico orgullo de los poderosos de la tierra. Entre los príncipes seculares no encuentro ninguno que prefiera la gloria de Dios á la suya propia, la justicia al interés. Peores son que judíos y gentiles los romanos, los lombardos, los normandos, entre quienes vivo (Epíst. II, 49).» Pero á su vez la corte romana era acusada de sórdida codicia. El monje Raoul Glaber, que atribuía al papa el derecho de dar el imperio de Italia á quien le pareciese, censuraba acremente la corrupción de la corte pontificia. (Colección de historiadoras originales de Guizot, tomo VI, pág. 295.) Y cuando el conde Foulques, célebre por sus maldades y robos, logró á fuerza de oro que el papa Juan enviase un cardenal para la consagración de su iglesia, á que se oponía el virtuoso arzobispo de Tours, decía el citado monje: «Los prelados de las Galias reconocieron que esta orden sacrílega no había podido ser dictada sino por una ciega codicia, y que las rapiñas del uno recogidas por la avaricia del otro acababan de manchar la Iglesia romana con este nuevo escándalo, etc. (ib., págs. 210 á 213).» Fuertes son las expresiones del monje, pero los escritores más religiosos las citan como prueba de que todo en aquel tiempo había llegado á contaminarse. En parte no extrañamos este lenguaje cuando al hablar de Juan XIX, que ocupó la silla romana en 1024, dicen los juiciosos monjes de San Mauro, «que compró la tiara á precio de oro.» Puede verse á César Cantú, *Hist. Univ. Epec. X*, cap. xvii. Morón, *Hist. de la Civilización de España*, t. IV, lecc. 32.

(2) Un escritor de aquellos siglos de tinieblas pinta con las siguientes ingeniosas palabras la vida de los eclesiásticos de su tiempo: *Potius dediti gula quam glossa: potius colligunt libros quam legunt libros: libentius intuentur Martham quam Marcum: malunt legere in Salomone quam in Salomone*: Alan, de Art. prædicat. apud. Le Bœuf. Dissert., t. II. Cit. por Robertson, *Hist. de Carl. V*, t. I, not. X.

ble objeto de conservar la pureza del dogma y de oponer á la anarquía en que se agitaba la sociedad la unidad de un poder central venerable, sagrado y de prestigio, como era la Santa Sede.

En esta solemne lucha del jefe de la Iglesia con los poderes temporales, en esta guerra de conquista de la tiara sobre las coronas, en que el influjo de aquella llegó á hacerse sentir en la mayor parte de los Estados europeos, natural era que aspirara á extenderse también á nuestra España, que era la que se había conservado más independiente. El campo que se escogió para infiltrar este influjo en España fué la pretensión de abolir el rito y misal gótico ó mozárabe tan justamente venerado de los españoles, como que era su culto nacional, inalterablemente conservado desde los primeros tiempos de la Iglesia gótica, y de reemplazarle con el oficio romano que se observaba en Italia, en Francia y en otras Iglesias de Europa. Esta fué la misión especial que en nombre del papa Alejandro II trajo á Aragón en 1064. el cardenal legado Hugo Cándido cerca del rey don Sancho Ramírez. Las negociaciones llevaron los trámites que en otro lugar dejamos referidos (1). Mas á pesar de haber sido aprobado el rito gótico español en Roma en 923 (2), á pesar de haber sido de nuevo reconocido y aprobado como legítimo y católico en el concilio de Mantua de 1067 (3), el papa redobló su empeño, y las nuevas gestiones del cardenal legado lograron al fin recabar del rey de Aragón en 1071 que decretase en su reino la abolición del rito mozárabe y su reemplazo por el romano, y lo mismo obtuvieron en el propio año del conde Ramón Berenguer de Barcelona, allí con mayor facilidad, por las razones que en nuestra historia ya expusimos.

Conservábase, sin embargo, el rito gótico-mozárabe en los reinos de León, Castilla y Navarra, no obstante algunas tentativas de Roma y de los monjes cluniacenses. Pero en 1073 subió al solio pontificio un hombre de alma apasionada, de temperamento fuerte, de genio activo, severo, inflexible y osado. El más ardiente defensor del sistema de dominación omnímoda y universal, era también el más á propósito para realizarle sin cejar ante ninguna consideración, ante ninguna contrariedad ni obstáculo, y desde luego alzó su voz tremenda como para atemorizar á los príncipes y soberanos de los pueblos. Pero al propio tiempo austero y rígido en sus costumbres, era inexorable contra los vicios y desórdenes del clero, é infatigable en el afán de reformar y corregir sus costumbres y mejorar la relajada disciplina de la Iglesia. Este personaje colosal, á quien Bayle ha comparado con los Alejandro y Césares, por el principio de que las conquistas de la Iglesia no exigen ni menos talento ni menos corazón que las conquistas de los imperios, era el monje cluniacense Hildebrando, que subió al pontificado con el nombre de Gregorio VII y que por su influjo puede decirse que había sido el verdadero pontífice bajo Alejandro II. En su gran proyecto de regenerar la sociedad con ayuda del cristianismo, y

(1) En el cap. xxiv de este libro.

(2) Flórez, *Esp. Sagr.* t. III, núm. 117.

(3) Con cuyo objeto pasaron á Mantua y asistieron á dicho concilio algunos obispos españoles. Id. ib. n. 134.

no creyendo poder realizar sus designios sin que la cátedra de San Pedro se sobrepusiera sobre lo temporal como en lo espiritual á los tronos de los reyes, proclamó ya atrevida y desembozadamente el principio de la soberanía universal del pontificado. Volúmenes enteros han escrito, así los panegiristas como los detractores de este célebre papa, para calificar sus pensamientos: nosotros dejaremos al mismo Gregorio VII exponer sus propias ideas.

«La Iglesia debe ser libre ó llegar á serlo por medio de su jefe, por el sol de la fe, el papa. Éste ocupa el lugar de Dios, cuyo reino gobierna sobre la tierra.... Conviene, pues, que éste arranque á los ministros del altar de los lazos con que el poder temporal los tiene encadenados.... Hállase el mundo alumbrado por dos luminaires, el sol, que es el mayor, y la luna, más pequeña. La autoridad apostólica se asemeja al sol, el poder real á la luna. Como la luna no alumbra sino por influjo del sol, así los emperadores, los reyes, los príncipes no subsisten sino por el papa, porque éste emana de Dios....» «Emanando el papa de Dios, todo le está subordinado: ante su tribunal deben ser llevados todos los asuntos espirituales y temporales.... La Iglesia romana como madre manda á todas las iglesias y á todos los miembros que les pertenecen, y tales son los emperadores, reyes, príncipes, etc. (1).»

Todas sus cartas están llenas de estas máximas. Con arreglo á ellas quiso someter á su autoridad á todos los príncipes de la tierra, constituir á la Santa Sede árbitra de los destinos del universo, y considerar el mundo como una gran monarquía cuya cabeza era el romano pontífice. Así apenas hubo príncipe á quien no disputara la soberanía ni reino que no pretendiera pertenecerle: él sostenía que la Sajonia había sido dada á San Pedro por Carlomagno: él invocaba un diploma de este emperador, que decía poseer en sus archivos, para exigir tributos de la Francia: él amenazaba á los soberanos de Cerdeña con dar su isla á los conquistadores que se la pidiesen, si persistían en negarle el denario de San Pedro: él escribió á los dos reyes que se disputaban la Hungría intimándoles que se sometieran uno y otro al juicio y decisión de la Santa Sede: él alegaba derechos sobre la Dalmacia, y habiendo el heredero del trono de Rusia ido á Roma á visitar los sepulcros de los santos apóstoles, le hizo recibir la corona de sus manos como un don de la Iglesia romana; y sabidas son las guerras, los disturbios, las conmociones y los escándalos que produjeron sus contestaciones y disputas con Enrique IV de Alemania, á quien excomulgó y depuso relajando á sus súbditos el juramento de fidelidad y aboliendo el derecho de investidura (2). No menos aspiró al señorío en propiedad de toda España, alegando que pertenecía á la silla apostólica antes

---

(1) Epist. de San Greg. VII.

(2) Este derecho de investidura consistía en que el emperador debía consentir en la elección de los preladados, quienes le juraban fidelidad y recibían de él por medio del báculo y el anillo los señoríos y derechos reales. El derecho de investidura, que tantas luchas produjo entre los emperadores de Alemania y los papas, duró hasta el concordato de Calixto II en 1122, por el cual el emperador resignó toda pretensión de investir á los obispos del báculo y el anillo, y reconoció la libertad de las elecciones.

de haber sido de los sarracenos, y diciendo que preferiría verla en poder de éstos mejor que en el de cristianos que no rindieran el debido homenaje á la Santa Sede.

En su carta á los *príncipes de España* les decía: «Creo no ignoraréis que desde lo antiguo era el reino de España propio del patrimonio de San Pedro, y aunque le tengan ocupado los paganos, como no faltó el derecho, pertenece al mismo dueño. Por tanto el conde Ebolo de Roceyo, cuya fama no ignoraréis, va á conquistar esa tierra en nombre de San Pedro, bajo las condiciones que hemos estipulado. Y si alguno de vosotros emprendiese lo mismo, observará el trato igual de pagar á San Pedro el derecho de lo adquirido; y no de otra manera (1).»

Jamás se habían visto tan audaces pretensiones ni tanta actividad y perseverancia, unidas á un celo y á una severidad de costumbres, que hacen perdonar á Gregorio VII, dice un escritor contemporáneo, las innovaciones peligrosas que alentó con su ejemplo, y que se extendieron y perpetuaron después con poco provecho para la Iglesia y con grave daño para los Estados.

Como la pretensión del señorío y dominio temporal, lejos de hallar eco, fué rechazada en España, quiso que el reino le estuviese por lo menos moralmente supeditado. El medio escogido para llegar á este fin era la adopción del rito romano, y tan pronto como Gregorio VII ocupó la silla pontificia, escribió al rey Sancho Ramírez de Aragón (1074) tributándole muchos elogios y llamándole rey piadosísimo y cristianísimo porque había abrogado en sus dominios el oficio mozárabe (2), y en el propio año escribió á Alfonso VI de León y de Castilla para que practicase lo mismo en sus Estados (3), sin omitir por eso otras gestiones ni dejar de enviar legacías, que hasta entonces en Castilla sólo habían producido disturbios. Pero Alfonso VI, príncipe á quien por otra parte tanto debió la España, tenía la cualidad de ser adicto á todo lo que fuese francés; y el que tan afecto se mostraba á los monjes de Cluni, á cuya orden había pertenecido el papa Gregorio, el que casó consecutivamente con dos princesas de Francia, el que dió después sus dos hijas en matrimonio á dos condes franceses, el que nombró primer prelado de Toledo á un francés y monje cluniacense y trajo de Francia monjes de Cluni para sentarlos en las primeras sillas episcopales de Castilla, no podía dejar de estar dispuesto á admitir el rito

---

(1) Sobre esta carta que copia el maestro Flórez en el t. XXV de la *España Sagrada*, pág. 132, dice aquel erudito y religioso escritor: «¿Dónde están las constituciones, por donde se dice haber sido entregado el reino de España al derecho y propiedad de la Iglesia romana.....? ¡Qué emperador cristiano, qué rey, hereje ó católico, hizo cesión de su dominio?» Extiéndese en probar con solidísimas razones lo infundado y absurdo del pretendido derecho, y manifiesta luego que el mismo San Gregorio «habiendo llegado á reconocer el mal informe en que le interesó la fraudulencia, no volvió á tocar semejante propuesta en las diversas cartas que escribió á España después de 1077, siendo así que sobrevivió ocho años, cuya desistencia debe atribuirse al desengaño del mal informe, etc.» Pág. 142.—El conde Ebolo de Roceyo era hermano de la reina de Aragón Felicia, mujer de Sancho Ramírez.

(2) Epist. 63 del lib. I de San Gregorio.

(3) Epist. 64 de id.



romano, que se denominaba también rito galicano ó rito francés. En 1077 manifestó ya á las claras su voluntad de suprimir la liturgia mozárabe ó toledana, mas como hallase una tenaz y obstinada resistencia en el clero y en el pueblo á dejar su antiguo rito nacional, remitióse la decisión á la prueba del duelo. Pelearon, pues, dos campeones, el uno en defensa del oficio romano, el otro en favor del rito mozárabe. Venció éste á su adversario: la historia nos ha conservado el nombre de este adalid de la causa del clero y del pueblo: era un castellano viejo llamado Juan Ruiz de Matanzas (1).

No sirvió este solemne triunfo. Empeñado el rey, siempre obsecuente á los deseos del papa, en que se adoptara el oficio romano, consiguió al fin en 1078, con ayuda del cardenal Ricardo que á petición suya le envió el pontífice, que se comenzara á introducir aquel rito en Castilla (2). Creyóse, no obstante, necesario (que tal era la repugnancia y mala voluntad con que era admitido el nuevo rezo) celebrar un concilio en Burgos, que presidió el mismo cardenal Ricardo, legado del papa, en que se decretó ya solemnemente (1085) la abolición del rito mozárabe tan querido y venerado de los españoles (3). Todavía no bastó esto á vencer el disgusto con que era mirada en el reino esta innovación. Cuando se trató de establecerla en Toledo renováronse las disidencias entre el pueblo y el monarca. Éste no desistía, y aquél se obstinaba en no querer desprenderse de un rito que había tenido la gloria de conservar por siglos enteros en medio de la dominación musulmana. Temíanse grandes disturbios, y se apeló á pedir al cielo nueva sentencia. Convínose en que se echasen al fuego los dos misales, y en que prevaleciera el que no se quemara y saliera ileso de las llamas. También triunfó en esta prueba el breviario toledano, saliendo sin lesión de la hoguera (4). En vano se regocijaron el pueblo y clero con el doble triunfo de su causa en las dos pruebas del duelo y el fuego, decisivas en aquella edad. Contra la voluntad de los españoles, y á riesgo de que se alterara la tranquilidad de sus reinos, mandó el rey que se destruyera de las iglesias de Castilla el venerado oficio gótico y que se recibiera el romano. El papa había triunfado: el predominio de Roma quedaba establecido en España: la cuestión de los dos ritos fué la que le abrió la puerta. Desde Gregorio VII los legados del papa presiden nuestros concilios: el primer arzobispo de Toledo después de la conquista se nombra á gusto de Roma, y el pontífice designa un extranjero, un francés, un monje de Cluni (5): los legados que enviaba eran también cluniacenses y franceses: el rey adicto al papa y á los monjes de Cluni, francesa la reina, fran-

(1) Chron. Burg. Era 1115.—Anal. Compostel.—Chron. Malleacens.—Flórez, *Esp. Sagr.* t. III, pág. 173.

(2) *Era 1118 entró la ley romana en España.* Memorias antiguas de Cardaña.—Flórez, *ibid.* n. 175.

(3) Flórez, *ubi sup.* n. 186.—Mariana pone muy equivocadamente este concilio en 1078, cuando ni siquiera había venido á España el legado pontificio que le presidió.

(4) Roder. Tolet.—Véase Flórez, *ubi sup.* n. 201.

(5) «No te importe, decía el papa al rey Alfonso, que sea extranjero y de humilde sangre, con tal que sea idóneo para el gobierno de la Iglesia.» Aguirre, *Collect. Max. Concil.*, t. III, pág. 257.

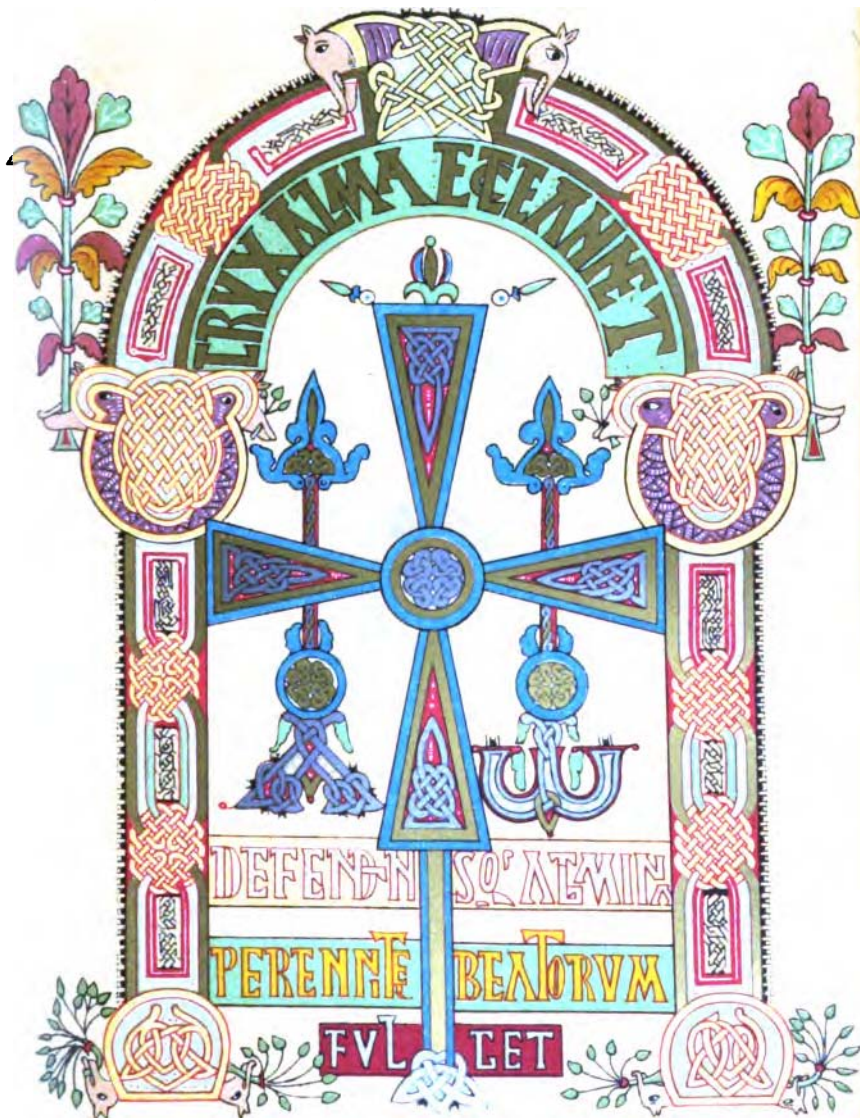
ceses los condes y obispos á quienes los monarcas favorecieron más, todo cooperaba á arraigar en España la influencia francesa y la influencia cluniacense, que venían á ser una misma, y todo cooperó al cambio radical que sufrió en este tiempo la Iglesia española, y con ella el estado social de la monarquía, cuyos resultados y consecuencias habremos de ver después (1).

IV. El estado intelectual de la sociedad cristiana en este siglo no podía ser todavía muy aventajado. Reducida la España desde el siglo VIII hasta el XI á la triste condición de un país conquistado, abrumada por enemigos poderosos, ahogados como en un diluvio los restos de la cultura goda, teniendo que reconquistarse palmo á palmo, en lucha incesante y perpetua con los dominadores, y casi siempre además trabajada con guerras civiles, precisados todos los españoles, incluso clérigos, monjes y obispos, á enristrar la lanza y embrazar el escudo para dar al país la existencia material, sin la cual es imposible la vida civil, ¿qué literatura, qué artes, qué comercio, qué industria, qué escuelas, qué civilización podía tener la pobre España, ni qué cultura podía haber en una sociedad puramente guerrera? Gracias si del retirado fondo de algún claustro, ó como de debajo de la bóveda de alguna catedral, salía un cronicón descarnado y seco, escrito en mal latín, ó alguna leyenda piadosa, con que se entretenía y fomentaba el espíritu religioso en aquellos malhadados tiempos. Apenas siquiera en las crónicas y documentos de aquella época, calamitosa por una parte y gloriosa por otra, se encuentra noticia de las escuelas que no dudamos había ya en algunas iglesias y monasterios. Pero concentrado el escaso saber de aquellos siglos en los obispos y sacerdotes, encontrándose apenas entre los legos quien supiese extender y menos redactar una escritura, los clérigos tenían que hacer oficios de notarios, y, sin embargo, el clero hizo un señalado servicio á la España y aun á Europa, conservando en medio de su escasa instrucción los últimos restos del saber humano.

En este estado vino el siglo XI, al cual, por las razones ya indicadas y por otras que iremos exponiendo, miramos como el siglo divisorio, como el eslabón que une la antigua rudeza con el renacimiento de un estado social más culto, ó por lo menos más apartado de la ignorancia que había señalado á los anteriores. Porque con las conquistas materiales, con la posesión ya más pacífica y segura de grandes poblaciones y de territorios extensos y fértiles, con el mayor trato y comunicación con los árabes, y con la nueva organización de la sociedad que obraron la legislación foral y los concilios, aquella nación, antes tan pobre y atrasada, no podía menos de entrar, con la reunión de todos estos elementos, en una carrera de adelantos progresivos, aunque más lentos de lo que fuera de apetecer. Así es excusado buscar todavía en el siglo XI ni obras científicas, ni esmerados artefactos, ni edificios suntuosos. En nuestra visita al archivo general de

---

(1) Es singular coincidencia que la liturgia romana se introdujera en España en tiempo de tres príncipes casados todos con francesas; Sancho de Aragón con Felicia, Ramón Berenguer de Barcelona con Almodis, y Alfonso de Castilla con Inés primero y con Constanza después, todas francesas.



COPIA DE UNA PÁGINA DEL CÓDICE LLAMADO VIGILANO  
que se conserva en la Biblioteca del Escorial.—Pertenece al siglo XI ó XII

la Corona de Aragón hemos encontrado un documento que prueba bien el atraso literario de aquel país en el siglo que examinamos. Es una escritura, en que consta que Giliberto obispo de Barcelona y los canónigos de Santa Cruz, por la gran falta y necesidad que tenían de libros, compraron en las calendas de diciembre del año 14 de Enrique (1) á Raimundo Seniofredo dos libros de gramática por precio de un casal sito en el Call de Barcelona, y una pieza de tierra sita en Mogoria, y firmaron la escritura de contrato cuatro obispos y varios eclesiásticos de dignidad, con el juez de Ausona (2). Todos estos requisitos y formalidades se emplearon para la adquisición de dos libros de gramática.

¿Pero era sólo en España donde se padecía esta escasez de elementos de instrucción? General era y acaso mayor en otros países de Europa á pesar de hallarse en circunstancias menos desfavorables que el nuestro. Un ejemplar de las Homilias de Haimón obispo de Halberstad, costó á la condesa de Anjou doscientos carneros, cinco cuarteras de trigo y otras tantas de centeno y de mijo (3). Cuando se regalaba algún libro á alguna iglesia ó monasterio, el donador le ofrecía en persona delante del altar *por el remedio de su alma* (4). Motivábase en gran parte la falta de materiales en que escribir. Escribíase sólo en pergamino, y era muy común tener que borrar un libro de Tito Livio ó de Tácito para reemplazarle con la vida de un santo ó con las oraciones de un misal. Remedióse mucho este mal en el siglo XI con la invención del papel debida á los árabes, que favoreció extraordinariamente el estudio de las ciencias con la multiplicación de los manuscritos.

Así no es maravilla que el clero español fuese poco ilustrado: y á pesar de todo éralo más que el de otras partes. Lamentábase Alfredo el Grande de que desde el río Humber hasta el Támesis no se encontrase un sacerdote que entendiese la liturgia en su idioma natural, ó que fuese capaz de traducir el más fácil trozo de latín. Entre las preguntas que los cánones prescribían hacer á los que aspiraban á ser ordenados, era una si sabían leer el evangelio y las epístolas, y si á lo menos literalmente podían exponer su sentido; y muchos eclesiásticos constituidos en dignidad no pudieron firmar los cánones de los concilios á que asistían como miembros (5). General era la ignorancia entre los legos de más alta jerarquía: y en esa Francia, después tan ilustrada, se cita, ya en el siglo XIV, el ejemplo del condestable Duguesclin, uno de los más ilustres personajes de su época, que no sabía leer ni escribir (6). La irrupción de la milicia de Cluni en España, de esa milicia que producía los varones más doctos de su tiempo,

(1) Que corresponde al 1044.—En Cataluña siguieron por muchísimo tiempo rigiéndose en su sistema cronológico por los reinados de los reyes de Francia, en lugar de la ~~era~~ que regía en el resto de España.

(2) Pergamino núm. 75 del 8.º conde de Barcelona don Ramón Berenguer I.

(3) *Hist. lit. de France* par des relig. benedict. t. 7, pág. 3.

(4) Murat. vol. 3, pág. 836.

(5) *Nouveau Traité de Diplomate.* vol. 2.

(6) Sainte-Palaye, Mem. sur l'anc. chev.

Puede verse sobre este asunto toda la nota X del discurso preliminar de Robertson á la *Hist.* de Carlos V.

fué favorable bajo el aspecto literario al clero español, si bien parecía llevar en ello la doble mira de monopolizar las letras en el clero y de convertir la España en una nación puramente teocrática, pues á muy poco vemos al obispo Diego Gelmírez en un concilio de Santiago prohibir que los clérigos enseñasen á los legos (1).

En cuanto á la grosería y corrupción de costumbres, no negaremos que fuese lamentable la de una gran parte de nuestro clero, á juzgar por las medidas que para corregirla se tomaron en los concilios de Coyanza, Jaca, Gerona y otros de este siglo. Duélenos leer en la Historia Compostelana que los canónigos de la iglesia de Santiago «vivían como animales, y se presentaban en coro sin cortarse jamás las barbas, con capas rotas y cada una de su color, habiendo tal desorden, que mientras unos canónigos comían con la mayor esplendidez, otros se morían de hambre.» ¿Pero eran más cultos ó menos corrompidos los eclesiásticos del resto de Europa? Desconsuela leer los escritos de Baronio y de Pedro Damiano, y los cuadros de desmoralización que en ellos nos presentan. Rather, arzobispo de Verona, que habiendo congregado un concilio halló que muchos de los asistentes ni aun sabían el *Credo*, declamaba enérgicamente contra el clero de Italia, que «excitaba con el vino y los alimentos sus apetitos libidinosos.» El bienaventurado Andrés, abad de Vallombrosa, exclamaba: «El ministerio eclesiástico estaba seducido por tantos errores, que apenas se hallaba un sacerdote en su iglesia: corriendo eclesiásticos por aquellas comarcas con gavilanes y pèrros, perdían su tiempo en la caza: unos tenían taberna, otros eran usureros: todos pasaban escandalosamente su vida con meretrices: todos estaban gangrenados de simonía hasta tal extremo, que ninguna categoría, ningún puesto desde el más ínfimo hasta el más elevado podía ser obtenido, si no se compraba del mismo modo que se compra el ganado. Los pastores, á quienes hubiera correspondido poner remedio á esta corrupción, eran hambrientos lobos (2).» «Tienen hambre de oro, exclama Pedro Damiano hablando de los prelados... (3).» Pero no recargaremos más este cuadro, y sólo diremos con un erudito escritor de nuestros días: «Tanta depravación atestiguan las crónicas, las invectivas de los hombres honrados y de los concilios, que en esto mismo se ve una prueba más de la institución divina de la Iglesia, pues si hubiera sido una institución humana, de cierto hubiera sucumbido (4).»

Infiérese de todo, que el clero español en este siglo, en medio del estado de perturbación en que se hallaba la España, y á pesar de sus desarreglos parciales, era el menos corrompido y acaso el menos ignorante de Europa.

V. Dificil es siempre reducir á un cuadro las costumbres públicas que retratan ó constituyen la fisonomía de un pueblo y de un período, y más de una época de que quedan tan escasos documentos. Indicaremos, no obstante, algunas de ellas.

(1) Aguirre, *Collect. max. concil.*, t. III.

(2) Ap. Puricelli de San Arialdo, II.

(3) Op XXXI, c. LXIX.

(4) César Cantú, *Hist. Univ.*, época X.

El espíritu caballeresco toma gran desarrollo en este siglo. Aunque mezclados muchos hechos con las fábulas introducidas por los romances; aunque contemos entre las invenciones el reto del príncipe don Ramiro de Navarra á todos sus hermanos por defender el honor de su madre acusada de adulterio; el de don Diego Ordóñez de Lara á don Arias Gonzalo y á sus hijos y á todos los zamoranos, y como dice la crónica general, «á los grandes como á los pequeños, é al vivo, é al que es por nascer, asi como al que es nascido, é á las aguas que bebieren, é á los paños que vestieren, é aun á las piedras del muro;» el del Cid con el caballero aragonés Martín Gómez por la posesión de Calahorra, y otros semejantes que se le atribuyen y de que está llena la historia romancesca de este siglo, encuéntranse en él tipos, rasgos y acciones caballerescas en abundancia, así en Castilla como en Aragón y en Cataluña y en todos los Estados cristianos. El caballero castellano que retó solemnemente á los moros del ejército de Almanzor, Gonzalo de Lara el vengador de sus hermanos, el conde Armengol de Urgel, el mismo Cid, que aun despojado de los arreos con que le revistiera después la fábula, se presentaba ya como el genio y tipo de la caballería, daban ya á esta época aquel tinte que había de distinguir el carácter español en los siglos sucesivos de la edad media.

De que no era el combate personal usado tan solamente como lance de honor, sino también como prueba jurídica, hemos presentado ya hartos testimonios. Vese no obstante en el siglo XI comenzar la lucha entre una costumbre generalizada y el convencimiento de su monstruosidad. Pues por una parte la cuestión de los oficios gótico y romano se remite de público á la prueba del duelo, y el antiguo fuero de Sahagún prescribe la lid para que los acusados de homicidio oculto pudiesen justificarse con esta prueba; por otra don Alfonso VII liberta al clero de Astorga de esta prueba judicial como de un mal fuero; el de Sepúlveda exime á sus habitantes de la prueba de batalla, y en el de Jaca se manda que no estén obligados al duelo sino de consentimiento de las partes, y precediendo para los desafíos con personas de fuera el consentimiento de la ciudad. Así nuestros monarcas, si no quisieron ó no pudieron desterrar de la sociedad este abuso monstruoso, procuraron por lo menos contenerle, sujetando los duelos, lides, rieptos y desafíos á un prolijo formulario, estableciendo leyes oportunas para precaver la frecuencia y evitar el furor y crueldad con que antes se practicaban.

Otro tanto decimos de las demás pruebas llamadas vulgares, tales como la caldaria, ó del agua hirviendo, y la del fuego ó hierro encendido. Horroriza leer el difuso ceremonial de este género de pruebas en el antiguo libro de fueros de San Juan de la Peña. «El agua, dice, debe ser fervient... et sea tanta en la caldera que él pueda cubrir al que ha de sacar las gleras de la muineca de la mano fata la yuntura del cobdo; pues que hobiere sacado las gleras el acusado, átenle la mano con un paino de lino que sean las dos partes del cobdo. Et sea atado en la mano con que sacó las gleras en IX dias, et seyeillenlo la mano en el nudo de la cuerda con que está atado con seello sabido, en manera que no se suelte fata que los fieles lo suelten. Acabo de IX dias los fieles cátenle la mano, et si le fallairen quemadura peche la pérdida con las colonias. Et es á saber que en el fuego

con el que se ha de calentar el agoa en que meten las gleras, deben haber de los ramos que son benedichos en el día de Ramos en la egleſia (1).» «Mujer que á sabiendas fijo abortare, decía el Fuero de Plasencia, quémela viva si manifesto fore, si non sálvese por fierro.» «Causa ciertamente admiración, dice con justicia á este propósito uno de nuestros más sabios jurisconsultos, cómo nuestros mayores pudieron consentir que los intereses, fortuna, honor y vida de los hombres pendiese de cosas tan casuales y tan inconexas con la conciencia y con el crimen como las pruebas llamadas comunmente vulgares.» Ya hemos dicho las causas, y por fortuna también se iba conociendo la monstruosidad y poniendo el remedio.

Conócese que el juramento era muy sagrado y respetado en aquel tiempo, y el perjurio uno de los delitos que se miraba con más horror. Imponíase entre otras penas á los testigos falsos la de destruir sus casas hasta los cimientos, y la espiritual y terrible de la excomuni6n (2). Y si las leyes son el reflejo de las costumbres generales de un pueblo, las noticias que de la legislaci6n conciliar y foral hemos apuntado no dejan de dar luz sobre el estado social y moral de la Espa~a de aquel siglo.

Podemos no obstante a~adir, que si es cierto, como no duda afirmarlo el cronista don Pelayo de Oviedo, que en los últimos años de Alfonso VI de Castilla podía una mujer cruzar sola de un extremo á otro de Espa~a con el oro en la mano sin temor de ser robada, inquietada ni ofendida, no había sido inoportuno el derecho penal ni infructuosa su aplicaci6n, al menos en cuanto á la seguridad de las personas y de las propiedades, moralizaci6n prodigiosa en una época en que el continuo guerrear parecía deberia traerlo todo en turbaci6n y desorden.

La alta idea que se tenía del matrimonio hacía que se mirara un día de boda como de júbilo para el pueblo, y las leyes mismas establecían severas penas contra los perturbadores de la pública alegría, y principalmente contra los que en tales días injuriasen á los desposados. Los juegos con que se festejaban solían ser ya las danzas, las justas y torneos (3). Y entre las formalidades de los matrimonios, figuraba siempre la trasmisi6n de arras, ceremonia que hallamos solemnemente practicada en los contratos matrimoniales de Sancho el Mayor de Navarra, de Rodrigo Díaz el Cid, de Ansur Gómez y de otros caballeros castellanos, navarros y catalanes.

No damos más extensi6n á esta ligera reseña del estado social de la Espa~a cristiana, así por la escasez de los documentos de este tiempo,

(1) Al fol. 83. De traer gleras de la caldera.

(2) Can. 19 del Concil. de León.

(3) El P. Fr. Luis de Ariz en su historia de Avila, describe las fiestas que en 1107 hubo en aquella ciudad con motivo de las bodas de Blasco Muñoz con Sancha Díaz, y dice que hubo en ellas corridas de toros, torneos y bofardeos, a~adiendo que la infanta doña Urraca danzó con el gallardo moro Fermín Hiaya á la usanza de la morería, y los demás cada cual con sus moras. Suceso que manifiesta lo admitida que estaba ya esta clase de fiestas populares, la mezcla de árabes y cristianos en los regocijos públicos, y la modificaci6n que en esta parte habían ido sufriendo las costumbres, á que debió contribuir mucho el ejemplo del enlace de Alfonso VI con la mora Zaida, la hija de Ebn Abed de Sevilla.



**ARMAS DE LOS SIGLOS XI Y XII**  
(Tomadas de códices y bajo relieves de la época)



como porque la variación misma, que más adelante con más copia de datos iremos notando, nos habrá de informar mejor de lo que existía, por la mudanza de lo que en lo eclesiástico, en lo político, en lo civil y en lo moral experimentaron los reinos cristianos desde los fueros, desde la alteración del rito y desde la conquista de Toledo.

## LIBRO SEGUNDO

### EDAD MEDIA

#### CAPÍTULO PRIMERO

##### ALFONSO VI.—LOS ALMORAVIDES

*De 1086 á 1094*

Apurada situación de los musulmanes.—Desaviénense el rey Alfonso y el rey árabe de Sevilla.—Arrogante y agria correspondencia que medió entre los dos.—El de Sevilla y los demás reyes mahometanos de España llaman en su auxilio á los almoravides de Africa.—Quiénes eran los almoravides.—Retrato de su rey Yussuf ben Tachfin, fundador y emperador de Marruecos.—Vienen los almoravides á España: nueva y formidable irrupción de mahometanos: únense con los musulmanes españoles.—Salen á combatirlos Alfonso y los demás príncipes cristianos.—Célebre batalla de Zalaca: solemne derrota y horrible mortandad del ejército cristiano: logra salvarse el rey Alfonso y se refugia en Toledo.—Ausencia de Yussuf.—Reanímense los cristianos.—Resuelve Yussuf hacerse dueño de toda la España musulmana.—Apodéranse los almoravides sucesivamente de Granada, Córdoba, Sevilla, Almería, Valencia, Badajoz y las Baleares.—Desastrosa suerte de los emires de estas ciudades.—Consideraciones con el de Zaragoza.—Dominan los almoravides en España.

Parecía que con la disolución del imperio omniada, con las ventajas que en todas partes las armas cristianas habían obtenido, y con el desconcierto, los disturbios, las guerras que los reyezuelos musulmanes tenían entre sí, debería haberse decidido en favor de España la gran lucha entre los dos pueblos y las dos creencias que se disputaban su señoría. Y hubiera sucedido así, si por una parte el común peligro no hubiera inspirado á los mahometanos el pensamiento de apelar, como en otra ocasión, á un remedio heroico, y si por otra parte no hubieran tenido una Africa á que acudir, semillero inagotable de enemigos del pueblo español y del nombre cristiano y á la cual volvían los ojos en sus mayores conflictos y tribulaciones.

Pesábale ya al mismo Ebn Abed de Sevilla haber contribuído tanto con sus alianzas al engrandecimiento del poder de Alfonso. Advertíanselo también las sentidas quejas y murmuraciones que llegaban á sus oídos y el disgusto general de los musulmanes. Meditó, pues, á pesar de los lazos que con él le unían, cómo cooperar á abatir al orgulloso cristiano, que dueño de Toledo, y después de haber corrido y devastado los emiratos de Zaragoza y Badajoz, tuvo el atrevimiento de penetrar con un cuerpo de caballería por tierras del de Sevilla con pretexto de protegerle contra sus